



Universidad de Oviedo

Programa de Doctorado en
Investigaciones Humanísticas

La (a)tracción del centro

*Una propuesta filosófico-política sobre las síntesis y
los discursos socioliberal y fascista
en Europa y España*

Sergio Brea García

Oviedo, 2020



Universidad de Oviedo

Programa de Doctorado en
Investigaciones Humanísticas

La (a)tracción del centro

*Una propuesta filosófico-política sobre las síntesis y
los discursos socioliberal y fascista
en Europa y España*

Sergio Brea García

Oviedo, 2020



RESUMEN DEL CONTENIDO DE TESIS DOCTORAL

1.- Título de la Tesis	
Español/Otro Idioma: La (a)tracción del centro. Una propuesta filosófico-política sobre las síntesis y los discursos socioliberal y fascista en Europa y España	Inglés: The (at)traction of the center. A philosophical-political proposal on the social liberal and fascist syntheses and discourses in Europe and Spain

2.- Autor	
Nombre: Sergio Brea García	DNI/Pasaporte/NIE: [REDACTED]
Programa de Doctorado: Programa de Investigaciones Humanísticas	
Órgano responsable: Centro Internacional de Posgrado	

RESUMEN (en español)

El objetivo de la presente investigación es triple: por un lado, analizar la naturaleza del centro político; por otro, esclarecer la naturaleza de la extrema derecha; por último, (re)ubicar en consecuencia el nazi-fascismo dentro del espectro político vertebrado en torno al clásico eje izquierda-derecha. Se trata, entonces, de definir lo que significan la izquierda, la derecha y el centro políticos, así como sus respectivas ideologías características, de recolocar a los movimientos nazi-fascistas en la hipótesis de que no son (*so/o*) movimientos e ideologías de extrema derecha, sino, más bien, de «extremo centro», guardando por tanto un «aire de familia» estructural-ideológico no casual con el socioliberalismo de centro moderado y, como intermediario entre ambos, con el nacionalpopulismo social de centro radical (populista).

Una vez expuestas estas metas en la Introducción, en la primera parte se estudia el espectro político, con especial atención a la (re)definida categoría de extrema derecha y a la de centro, que es caracterizada como categoría relacional o sintética. A este respecto, en el Entreacto I se ofrece una «tipología general de las síntesis políticas» diseñada, en primer lugar, para identificar la singularidad y especificidad de las síntesis políticas centristas y, en segundo lugar, para señalar las del resto de síntesis posibles por relación y contraste con aquéllas. Sobre esta base, en la segunda parte se estudian las corrientes socioliberal y nazi-fascista en el contexto europeo, se pone a prueba la viabilidad de su «conexión por el centro» a través de la categoría política intermedia del «centro radical populista» y su correspondiente ideología, el nacionalpopulismo social, y se profundiza en la tipología anteriormente delineada. El Entreacto II, por su parte, examina el ultraliberalismo como ideología y -previo descarte de su ubicación en la extrema derecha- justifica su inclusión en el modelo de espectro político expuesto a continuación por medio de un Diagrama que supone el cierre de la sección puramente teórica de la investigación. En este sentido, la tercera y última parte reviste un carácter más localizado dentro del marco español, aplicando los resultados de la investigación a la comparación de los discursos de Ciudadanos (etapa 2014-2019) en calidad de partido representante del socioliberalismo español y JONS, Falange Española y Falange Española de las JONS (etapa 1931-1936) en calidad de formaciones representantes del fascismo español. La Conclusión



recapitula lo expuesto en el trabajo y compendia los resultados obtenidos. Finalmente, el Apéndice sobre la problemática ambigüedad (des)igualitarista de la izquierda contemporánea completa la investigación y constituye, al mismo tiempo, una posible vía de desarrollo teórico dando cuenta de varias cuestiones complementarias de las estudiadas en el texto principal.

RESUMEN (en Inglés)

The aim of this research is threefold: first, to analyze the nature of the political center; second, to clarify the nature of the extreme right; finally, (re)place Nazi-fascism accordingly within the political spectrum that is structured around the classic left-right axis. Once defined what the left, the right and the political center, as well as their respective characteristic ideologies mean, the task therefore consists of relocating Nazi-fascism according the hypothesis that it is not (only) an extreme right movement and ideology, but rather an «extreme center» movement and ideology, thus keeping a non-casual structural-ideological «family resemblance» with the social liberalism moderate center and, as an intermediary between the two, with the (populist) radical center of the social nationalpopulism.

Once these goals have been exposed in the Introduction, the political spectrum is studied in the Part one. Special attention is paid to the (re)defined category of the extreme right and to that of center, which is characterized as a relational or synthetic category. In this regard, the first Intermediate Reflections (Entreacto I) offer a "general typology of political syntheses", which is designed, first, to identify the uniqueness and specificity of centrist political syntheses and, secondly, to indicate the uniqueness and specificity of other possible syntheses in relationship and by contrast with those ones. In the Part two, the social liberal and Nazi-fascist currents are studied in the European context, the viability of their "connection through the center" is established by using the intermediate political category of "populist radical center" and its corresponding ideology, that of social national populism, and finally the typology previously delineated is developed more in detail. In the second Intermediate Reflections (Entreacto II), ultraliberalism is analyzed as an ideology and - after discarding its location in the extreme right - it is justified its inclusion in the political spectrum model exposed in the Diagram, which supposes the closure of the purely theoretical part of this research. In this sense, the third and last part has a more localized character within the Spanish framework, applying the results of the previous research to the comparison between Ciudadanos (stage from 2014 to 2019) as a representative party of Spanish social liberalism and JONS, Falange Española y Falange Española de las JONS (stage from 1931 to 1936) as parties representing Spanish fascism. The Conclusion recapitulates what is stated in the dissertation and summarizes the results obtained. Finally, the Appendix on the problematic egalitarian nature of the contemporary left completes the investigation and constitutes, at the same time, a possible path of theoretical development by considering several issues complementary to those studied.

A mis padres, por no cuestionarme nada.

Por indicación mía, el joven jefe de circunscripción eligió papeles pintados de la Bauhaus, aunque le advertí que eran «comunistas». Sin embargo, el joven liquidó mi advertencia diciendo: Nosotros cogemos lo mejor de todos, incluso de los comunistas. Con estas palabras expresó lo que Hitler y sus colaboradores llevaban años haciendo: reunir todo lo aprovechable sin tener en cuenta las ideologías, e incluso decidir las cuestiones ideológicas en función de su efecto sobre los electores.

Albert Speer, *Memorias*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
PRIMERA PARTE. EL ESPECTRO POLÍTICO	27
Capítulo 1. Análisis general del espectro político.....	29
1) Historia y definición del espectro político.....	29
2) Sobre los modelos de espectro político	32
3) Selección de un modelo de espectro político	36
Capítulo 2. Análisis particular del espectro político.....	43
1) De las posiciones constituyentes del espectro político	43
2) De las posiciones moderadas, convergentes o centrípetas: izquierda y derecha	45
3) De las posiciones extremistas, divergentes o centrífugas: extrema izquierda y extrema derecha	51
Capítulo 3. El centro político.....	65
1) Problemática general de la categoría del centro político	65
2) Hacia una definición minimalista del centro político	75
3) Hacia una caracterización maximalista del centro político	79
ENTREACTO I.....	83
SEGUNDA PARTE. LAS SÍNTESIS Y LOS DISCURSOS SOCIOLIBERAL Y FASCISTA EN EUROPA.....	95
Capítulo 4. El socioliberalismo como síntesis política moderada.....	97
1) Breve historia del liberalismo y del socioliberalismo	98
1.1. El liberalismo	98
1.2. El socioliberalismo	100
1.3. Liberalismo y socioliberalismo.....	105
2) Análisis filosófico-político del liberalismo y del socioliberalismo.....	106
3) El socioliberalismo como síntesis política moderada	118
Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista	123
1) Breve historia del fascismo y del nazismo	124
1.1. La Primera Guerra Mundial.....	124
1.2. El fascismo	125
1.3. El nazismo	144
2) Análisis filosófico-político del fascismo y del nazismo	161
3) El nazi-fascismo como síntesis política extremista	168
Capítulo 6. El centro radical populista (CRP) como posición de enlace entre la síntesis socioliberal y la síntesis nazi-fascista.....	183
1) Breve historia del «centro radical populista» (CRP) y del Frente Nacional (FN)	184
1.1. El «centro radical populista» (CRP).....	184
1.2. El Frente Nacional (FN).....	187
2) Análisis filosófico-político del «centro radical populista» (CRP) y del Frente Nacional (FN)	190
2.1. El «centro radical populista» (CRP).....	190
2.2. El Frente Nacional (FN).....	193
3) El centro radical populista (CRP) como posición de enlace entre la síntesis política moderada socioliberal y la síntesis política extremista nazi-fascista.....	200
ENTREACTO II.....	207
DIAGRAMA.....	213

TERCERA PARTE. LAS SÍNTESIS Y LOS DISCURSOS SOCIOLIBERAL Y FASCISTA EN ESPAÑA.....	217
Capítulo 7. El socioliberalismo en España. Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía..	219
1) Breve historia del liberalismo y el socioliberalismo en España	219
2) Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía como representante del centro socioliberal en España.....	232
Capítulo 8. El fascismo en España. Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, Falange Española y Falange Española de las JONS	245
1) Breve historia de la Segunda República española	245
2) Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), Falange Española (FE) y Falange Española de las JONS (FE-JONS) como representantes del extremo centro fascista en España.....	249
Capítulo 9. Las síntesis y los discursos socioliberal y fascista en España: Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía y JONS, Falange Española y Falange Española de las JONS	269
1) De lo común en los discursos de Falange y de Ciudadanos	270
1.1. Orígenes	270
1.2. Forma de Estado	271
1.3. El ideal de España. De lo que es (y les desagrada) a lo que debe ser (y anhelan).....	272
1.4. Unidad y soberanía nacionales.....	273
1.4. España como proyecto común (ni de izquierdas ni de derechas)	275
2) De lo dispar en los discursos de Falange y de Ciudadanos	280
2.1. La nación.....	280
2.2. El demoliberalismo	284
2.2.1. Europa.....	284
2.2.2. Ideología	286
2.2.3. Libertad individual, partidos políticos y democracia	288
2.2.3.1. Libertad individual.....	289
2.2.3.2. Partidos políticos.....	290
2.2.3.3. Democracia	291
2.3. Sobre la revolución o la reforma	292
3) Del porqué de lo común y el porqué de lo dispar en los discursos de Falange y de Ciudadanos.....	296
CONCLUSIÓN.....	301
APÉNDICE	307
BIBLIOGRAFÍA.....	351

Agradecimientos

No puedo comenzar un apartado de agradecimientos sin hacer primera e inexcusable mención a mi director, Javier Gil. Profesor durante mi Grado, tutor de mi Trabajo Fin de Grado, director de mi tesis y, al cabo, sempiterno mentor del que jamás dejaré de aprender. Año tras año, siempre a su lado, he crecido y madurado como persona y, claro está, como *aprendiz* de filósofo político con ganas de entender y explicar el mundo, afán del que la propuesta contenida en esta investigación no pretende ser más que un ambiciosamente modesto intento.

Tampoco puedo olvidarme de mi familia en general y de mis padres en particular, así como de algunos compañeros y amigos que han estado ahí prestándome su apoyo, su tiempo y sus consejos no solo desde el principio, sino también, y en especial, hasta el final.

Por último, como no podía ser de otra manera, quiero expresar mi mayor y más sincero agradecimiento a los miembros del tribunal, tanto titulares como suplentes, en primer lugar, por haber aceptado formar parte de mi tribunal, y en segundo lugar, por haber hecho un hueco en sus, por descontado, apretadas agendas para leer mi tesis.

A todos, en definitiva, GRACIAS. Sin ellos esta tesis habría sido posible, *pero no real*.

INTRODUCCIÓN

Contexto

Europa en general y España en particular viven tiempos de cambio e inestabilidad que son consecuencia de acontecimientos históricos cuyo alcance aún hoy desconocemos. En un contexto como este, con el foco de atención situado en el auge de los populismos y los extremismos, urge, paradójicamente, analizar una de las categorías más controvertidas del espectro político y, sin embargo, menos tenidas en cuenta debido a su peculiar «invisibilidad»: la categoría de centro político.

Si bien sorprende la escasez de estudios especializados sobre esa «categoría esencialmente disputada», sobre todo por comparación con el resto de categorías del espectro político, actualmente el centro cobra (o debería cobrar) trascendencia en tanto categoría nuclear de todo programa democrático que quiera dar respuesta a las dos grandes amenazas a las que se enfrenta, sin ir más lejos, el conjunto de la Europa comunitaria: de un lado, la creciente tecnificación de la propia administración política comunitaria (que abre y acrecienta una peligrosa brecha de desafección entre una clase política burocratizada y una ciudadanía que tiende a ser marginada de la toma de decisiones); de otro, el fortalecimiento de los populismos, los radicalismos y los extremismos (fruto tanto de esa brecha como de su concurrencia con diversos elementos: factores económicos, fenómenos migratorios, cuestiones identitarias y de soberanía, crisis de representación, recelo de las instituciones...). Ambos desafíos son, sin duda, ineludibles, y su confrontación no puede aplazarse. No es posible mirar para otro lado ante retos que ya están sobre la mesa y al respecto de los cuales la más mínima vacilación o, peor, dejación, puede ser, a la postre, decisiva, definitiva, y, en potencia, fatal.

Claro que esa fatalidad depende del punto de vista –léase corriente ideológica y política- que se adopte. El crecimiento sostenido y aparentemente imparable de los populismos, los radicalismos y los extremismos de todo género y especie, tendencia y naturaleza, está poniendo en cuestión y en jaque, de un tiempo a esta parte, no solo a un sistema económico que se percibe –por enésima vez- fallido (en tanto no es capaz de, primero, evitar caer en crisis periódicas, y segundo, superarlas con la deseada rapidez, solvencia, y, sobre todo, justicia (social)), sino también a todo el sistema de valores que lo acompaña, complementa y legitima, lo que da lugar a un cuestionamiento de las instituciones políticas, sociales y económicas en general que tiende a enaltecer a aquellas figuras, movimientos o partidos que logran hacer suya la bandera de «el cambio», la regeneración o, incluso, la revolución, sea lo que sea que ello signifique o pretenda significar¹. En estos casos, ni siquiera se concibe la posibilidad de que las susodichas falencias sistémicas puedan ser reparadas sin necesidad de dramatismos ni brusquedades; cuando el cáncer se extiende, solo cabe extirparlo. Y cuanto antes y con mayor contundencia se haga, mejor.

Pero mejor, ¿para quién? Tradicionalmente, las modernas democracias se han caracterizado por contar con electorados eminentemente centristas, esto es, moderados². En

¹ «El poder de la idea de revolución, sangrienta o no, debe entenderse en relación con la Ilustración, en la que es esencial el proyecto de “*limpieza del pasado*”. (...) El atractivo de la idea de revolución para quienes han caído bajo su influjo, han afirmado algunos críticos, procede de sus características milenaristas y de un cierto romanticismo. Pero se podría afirmar exactamente lo contrario. Lo que resulta atrayente en el concepto de revolución –si se interpreta no en su viejo sentido de regreso, sino como un salto adelante- es que se trata de *un momento concentrado de liberación (...) de la tradición y la autoridad heredada*. (...) Ocurra o no a través de luchas activas en las calles, la revolución es la expresión de un “giro de Gestalt”, una transición de un tipo de sociedad a otro». (Giddens, Anthony, *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales* (1994), traducción de M^a. Luisa Rodríguez Tapia, Cátedra, Madrid, 1996, pp. 70-71. La cursiva es añadida.)

² «En una sociedad democrática, pluralista, donde existen varios grupos en libre competición, con reglas de juego que deben ser respetadas, mi convicción es que tienen mayor posibilidad de éxito los moderados (...). Guste o no guste, las democracias suelen favorecer a los moderados y castigan a los extremistas. (...) Quien quiera hacer política día a día debe adaptarse a la regla principal de la democracia, la de moderar los tonos cuando ello es necesario para obtener un fin, el llegar a pactos con el adversario, el aceptar el compromiso cuando este no sea humillante y cuando es el único medio de obtener algún resultado». (Del prólogo de Joaquín Estefanía a Bobbio, Norberto, *Derecha e izquierda* (1994), traducción de Alessandra

su mayoría, estos suelen ser partidarios de cambios, reformas y modernizaciones «tranquilas», ponderadas, previamente anunciadas e informadas y, por supuesto, siquiera en la medida en la que ello sea posible, dialogadas y consensuadas, sea, en el peor de los casos, por todas o la mayoría de las fuerzas políticas, sea, en el mejor, por todas o la mayoría de tales fuerzas políticas y, además, la población cuyos intereses representan y defienden aquellas en el Parlamento, sede por antonomasia de la soberanía nacional. Si a esta realidad le sumamos la constatación de las inolvidables consecuencias que los extremismos del pasado han traído consigo de manera sistemática y brutal, es inevitable plantearse la pregunta: ¿cómo es posible que, incluso en nuestros días, los radicalismos —provengan de donde provengan dentro del espectro- pervivan y, lo que es más, coticen al alza? Aun en situaciones de urgencia y crisis, lo más acorde con esa presunta templanza que se presume que caracteriza al votante medio debería ser apostar por opciones políticas conscientes de la necesidad (u obligatoriedad) de un cambio, sí, *pero* no menos conscientes de la necesidad (u obligatoriedad) de llevar a cabo ese cambio con la debida mesura y reflexión, y no a base de iracundos arrebatos de furia, frustración y/o revanchismo popular. Máxime cuando dichos arrebatos se revisten, con mayor o menor explicitud, de discursos demagógicos tan henchidos de emotividad como carentes de argumentario racional. Empero, como aventurábamos, de un tiempo a esta parte, y más concretamente del crac financiero de 2008 a esta parte, parece que es justamente ese tipo de radicales postulados el que está triunfando, el que se está granjeando la adhesión, si no inquebrantable, desde luego sí sostenida de un en absoluto desdeñable porcentaje de ciudadanos en multiplicidad de países, especialmente de la Unión Europea y Estados Unidos. ¿A qué se debe esta circunstancia? Fundamentalmente, aun a riesgo de pecar de simplismo, nos aventuramos a enunciar tres razones.

En primer lugar, la sensación, por parte de la ciudadanía, de que los partidos tradicionales —lo que en nuestro país a veces se denomina «la vieja política»— han fallado demasiadas veces a la hora de dar soluciones y, sobre todo, de evitar problemas, desentendiéndose, aparentemente, del bienestar de la ciudadanía en tanto en cuanto este no estuviera directamente conectado con el de sus partidos o, más grave todavía, con el de los dirigentes de los mismos a título personal, con su consecuente —y hasta cierto punto justificada— pérdida de confianza y apoyo popular (hacia ellos y, por añadidura, hacia el sistema al que pertenecen y que manejan). En segundo lugar, la ausencia del tipo de partidos reformistas pero moderados al que antes aludíamos o, en su defecto, es decir, en su presencia, su descrédito debido bien a su previa participación en gobiernos considerados como negativos o perniciosos por la razón ya indicada, bien a su escasa representación e influencia, causa y a la vez efecto de que el «voto útil» tienda a caer en manos de los partidos a su izquierda o a su derecha. En tercer lugar, en línea con lo ya apuntado, la engeguedora desesperación de ciertos colectivos cuya fe en las instituciones se ha depauperado tanto como su propia situación laboral, social, personal y, en suma, vital, lo que parece hacerlos —hasta cierto punto comprensiblemente— inmunes a toda forma de actuación política tradicional, se considere esta «vieja», «nueva», reformista o, *a fortiori*, continuista.

En este sentido, para gran parte de la recientemente empobrecida clase media — sostenedora fundamental de los regímenes políticos en general y de las democracias en

Picone, Tauros, Alfaguara Grupo Editorial, Madrid, 2014, p. 11.) Como veremos, Bobbio no tardará en convertirse en uno de nuestros autores de cabecera. Por otro lado, en una dirección similar a la suya se pronuncia, décadas antes, Robert Michels, cuyo análisis de la naturaleza de los partidos políticos le conduce a la conclusión, más que constatable, de que «[l]os partidos políticos, por mucho que se fundamenten sobre estrechos intereses de clase, y por muy evidente que sea su acción contra los intereses de la mayoría, quieren identificarse con el universo o, al menos, presentarse como colaboradores de todos los ciudadanos del país, y proclamar que luchan en el nombre de todos y por el bien de todos». (Michels, Robert, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna* (1911), traducción de Enrique Molina de Vedia, Amorrortu, Buenos Aires, 1969, p. 61), realidad que casa a la perfección con la necesidad de dichos partidos de agenciarse el centro de una u otra manera so pena, en caso contrario, de rebajar drásticamente sus opciones de triunfo electoral.

particular³- resulta cada vez más atractiva y prometedora una retórica de corte revolucionario y mesiánico, que prometa instaurar un «paraíso en la tierra» o «asaltar los cielos», hasta el momento en manos de «el establishment», «los ricos», «la élite» (normalmente financiera), «la oligarquía», «los poderosos», «los burócratas», «los tecnócratas», «la Casta», «el Ibex», «el neoliberalismo», «la Trama» (que abarcaría a todos los anteriores), otrora «los judíos», «los extranjeros», «los inmigrantes (ilegales)», «los burgueses», «los capitalistas» y un larguísimo etcétera de enemigos reales o imaginarios cuya significación será lo de menos siempre y cuando «La Gente», reconvertida en marca registrada de propiedad inequívoca y exclusiva de sus representantes *verdaderos* (que pueden estar o no en el Parlamento, pero que incluso estando, si no es en el Gobierno, no dudan en recurrir a su filial exterior mediante la impugnación de todo lo que a «La Gente» *de verdad* le convenga impugnar) tenga a bien reaccionar y organizarse para tomar el poder en la idea de que *este* fin sí justifica los medios.

Con todo, lo más chocante de esta situación es su aparente condición de eterna retornada. Ya Unamuno sentenciaba hace casi un siglo que «el fascismo se cura leyendo». Pero no solo el fascismo debe «curarse». También exigen tratamiento los síntomas a él asociados o de él disociados: populismo, demagogia, violencia, miedo, odio, hostilidad y, como caldo de cultivo y aun condición de posibilidad de todo ello, *victimismo*. Ciertamente, el mismo fascismo no carecía de ninguna de estas cosas. Y a pesar de ello es precisamente el fascismo –o sucedáneos- lo que, bajo otras formas más sutiles y «modernas» (vale decir, más modernas aún, puesto que el propio fascismo ya era en su época un fenómeno rabiosamente moderno), está resurgiendo, sin ir más lejos, en el Viejo Continente, de la mano del Frente Nacional (rebautizado en 2018 como Agrupación Nacional⁴) *de Marine Le Pen* en Francia, del Partido de la Libertad de Austria o del UKIP (Partido de la Independencia del Reino Unido) británico⁵, por citar tan solo tres de los más destacados ejemplos posibles.

Pero no solo el fascismo (o sus émulos más o menos fascistizados) se renueva. También el comunismo, y con mayor facilidad si cabe –entre otras cosas, por haber ganado una guerra mundial y ostentar una recurrente posición de superioridad moral que no duda en aprovechar-, reagrupa a sus, tras la caída del Muro, desperdigadas tropas y, reinención mediante, adquiere nueva vitalidad, insuflada tanto por los fracasos puntuales pero profundísimos del sistema capitalista como, en consecuencia, por el exponencial incremento de la desigualdad y la pauperización a que semejantes fracasos dan lugar (sin importar que, en el cómputo holístico y global, tanto la desigualdad como la pauperización objetivas no

³ Como bien sabía Aristóteles: «En todas las ciudades hay tres elementos propios de la ciudad: los muy ricos, los muy pobres, y tercero, los intermedios entre éstos. (...) [L]o moderado es lo mejor y lo intermedio, obviamente, también (...). Asimismo, la clase media es la que menos rehúye los cargos y la que menos los ambiciona, actitudes ambas fatales para las ciudades. (...) La ciudad pretende estar integrada por personas lo más iguales y semejantes posible, y esta situación se da, sobre todo, en la clase media; por tanto, esta ciudad será necesariamente la mejor gobernada (...), pues [los miembros de la clase media] ni ambicionan lo ajeno, como los pobres, ni otros ambicionan su situación, como los pobres la de los ricos (...). Es evidente entonces que la comunidad política mejor es la de la clase media, y que pueden tener un buen gobierno aquellas ciudades donde la clase media sea numerosa y muy superior a ambos partidos (...); pues agregándose se produce la nivelación y evita la aparición de los excesos constantes. (...) Que el régimen intermedio es el mejor es obvio, ya que sólo él está libre de sediciones; pues donde es numerosa la clase media se originan con menos frecuencia revueltas y discordias entre los ciudadanos. Las grandes ciudades están menos expuestas a sediciones por esta razón, porque la clase media es numerosa; y en las pequeñas es más fácil que todos se disgreguen en dos extremos, hasta el punto de no quedar término medio y ser todos, en general, pobres o ricos. (...) Donde la cantidad de la clase media es superior a ambos extremos o a casa uno aisladamente, allí el régimen puede ser estable; ya que no hay que temer que alguna vez se pongan de acuerdo los ricos con los pobres en contra de éstos, pues nunca desearán servir los unos a los otros, y si buscan, ningún régimen más común encontrarán que éste. En efecto, no soportarán gobernar alternativamente, a causa de la mutua desconfianza, y en todas partes el más digno de confianza es el árbitro, y árbitro es el de la clase media. Cuanto mejor mezclado esté el régimen, tanto más estable». (Aristóteles, *Política*, traducción de Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez, Alianza, Madrid, 2010, IV, 12, 1297a, p. 184.)

⁴ Una Agrupación Nacional a la que, sin embargo, nos referiremos, salvo ocasiones puntuales, como Frente Nacional, puesto que la mayor parte de lo que estudiaremos sobre esta formación corresponde a su etapa nominalmente frentista. Pretendemos con ello facilitar o, cuanto menos, rebajar la posible confusión que tendería a traer consigo el correspondiente baile de nombres y siglas en las diversas menciones que haya, en lo sucesivo, al partido.

⁵ Cuyo más rotundo éxito ha sido, como es sabido, la consecución de su mayor anhelo y vindicación: la salida del Reino Unido de la Unión Europea, lograda mediante referéndum en junio de 2016.

hayan dejado de reducirse década tras década, con un significativo acelerón en los últimos lustros⁶).

Ahora bien, a nuestro juicio, existe una crucial diferencia entre ambos extremismos: mientras uno de ellos –el comunista– está perfectamente ubicado dentro del espectro político, el otro –el fascista, o mejor, el nazi-fascista– no lo está. Y lo que es más: su justa ubicación lo convierte, *mutatis mutandis*, en el correlato radicalizado del centro moderado (reformista pero «tranquilo») al que más arriba hemos aludido. Una suerte de «extremo centro» en sentido *literal y descriptivo*, y no meramente retórico y despectivo⁷. Esta será, precisamente, la segunda de las cuestiones a examinar a lo largo de nuestra investigación. Pero vayamos por partes.

Estado de la cuestión y motivación de la investigación

Establecido ya, a vuelapluma, el marco o contexto en el que nos hallamos y, por extensión, en el que tiene lugar la presente investigación, es el momento de hacer explícita la naturaleza y propósito de esta.

Para empezar, el planteamiento recién presentado pide forzoso comentario. ¿A qué viene la contraposición entre un centro político caracterizado, en tanto tal, por su moderación, y unos extremismos, de uno u otro sesgo, caracterizados, en tanto tales, por lo contrario, esto es, por su desapego a todo comedimiento? Más aún: ¿a qué obedece la propuesta de conexión entre uno y otros (en concreto, entre uno y otro, puesto que es con uno de los dos extremismos principales con el que hemos establecido el vínculo: el fascista o nazi-fascista) hecha inmediatamente después de realizada la contraposición? Claro que, puestos a preguntar, ¿qué es en realidad el centro político? ¿Cabe hablar de un centro político sustancial? En caso afirmativo, ¿en base a qué características y/o criterios? Supuesto que sea posible definirlo, ¿cómo compatibilizarlo con tendencias histórica, tradicional, mayoritaria y poco menos que automática e «intuitivamente» ubicadas en la extrema derecha? Y viceversa: ¿cómo redefinir esa *presunta* extrema derecha de modo que sea posible vincularla, *mutatis mutandis*, con el centro? ¿Realmente es necesario redefinirla para que, de alguna manera, case? ¿En qué sentido? ¿Sería esto posible? De nuevo: ¿en base a qué características y/o criterios?

Toda vez que, como hemos dicho, ya hemos contextualizado, *grosso modo*, la turbulenta circunstancia o «encrucijada» política en la que se halla inmerso Occidente en general y Europa y España en particular, es necesario explicar el sentido e intención existente tras la propuesta de esta investigación.

Nuestra tesis está orientada, justamente, a resolver varias de las incógnitas planteadas a través de la argumentación de una triple hipótesis. La primera es que el centro político existe, esto es, que puede ser definido conforme a una serie de parámetros singulares que lo hagan identificable –por sí solo y por contraste con el resto de posiciones del espectro– allá donde esté representado políticamente. La segunda es que esos parámetros característicos pueden encontrarse, y no por casualidad sino por exigencia estructural e ideológica, en los movimientos nazi-fascistas, pudiendo argumentarse, en consecuencia, que dichos movimientos están erróneamente ubicados, dentro del espectro político tradicional, en la extrema derecha, siendo su auténtico «lugar natural» el propio centro, pero en su versión extremista, vale decir, en el extremo centro. La tercera es que entre ambos centros, moderado y extremo, existe un tercer centro, vale decir, un «centro entre centros» radical⁸ cuya presencia

⁶ Para una documentada referencia al respecto, véase la obra *Progreso. 10 razones para mirar al futuro con optimismo*, de Johan Norberg. Por otro lado, la pervivencia de los proyectos comunistas, aun a pesar de los millones de muertos que han solido acarrear, se explica apelando a la «santidad de la idea»; lejos de ser esta la que falla o la que conlleva semejantes matanzas, son sus abogados y prácticos los que yerran, los que se desvían de ella, los que la corrompen o la traicionan. De ahí que cada cierto tiempo tienda a (re)surgir un nuevo defensor de la misma bajo la justificación tácita de que *esta vez* sí saldrá bien y no se repetirán los errores del pasado.

⁷ Como es el caso del uso que le atribuye Tariq Ali, a quien volveremos a mencionar más adelante.

⁸ Por «centro radical» no entenderemos aquí la acepción común en el ámbito anglosajón, vinculada a la llamada «tercera vía» y que, no obstante, estudiaremos en capítulos posteriores. Sin embargo, sí queremos ofrecer ya la explicitación del sentido

prueba la existencia de un eje o *continuum* articulado en tres puntos: centro, centro radical (populista) y extremo centro. En términos ideológicos, socioliberalismo, nacionalpopulismo social y nazi-fascismo, respectivamente.

En efecto. Como trataremos de ver en lo sucesivo, los movimientos nazi-fascistas no se ajustan a la caracterización de lo que realmente definiría a la auténtica extrema derecha. Su propia caracterización no deja dudas de que, en primer lugar, no son ni pueden ser considerados movimientos políticos *solo* de extrema derecha, y, en segundo lugar, son y pueden ser considerados movimientos políticos análogos al centro, solo que, como postulamos, con un evidente y decisivo grado de radicalización que, no obstante, los vincula a ambos estructural e ideológicamente.

Este planteamiento hipotético exige una mínima exposición del estado de la cuestión. O, en este caso, de las cuestiones, puesto que son tres las implicadas directamente en las pretensiones teóricas de la tesis: primero, el estatus del centro político como categoría política; segundo, el estatus de la extrema derecha, también como categoría política, y del nazi-fascismo como ideología; tercero, los intentos de vinculación entre el centro y el fascismo toda vez que, en primer lugar, se haya definido con claridad qué es el centro; en segundo lugar, se haya aclarado qué es *realmente* la extrema derecha; y en tercer lugar y en consecuencia, se haya sentado que los movimientos nazi-fascistas, tradicionalmente adscritos a la extrema derecha, no son movimientos de extrema derecha o, si se prefiere, no lo son *solamente*, puesto que su naturaleza es, a fuer de deliberadamente sintética (y sobre todo del tipo de síntesis que los caracteriza), necesariamente centrista.

A continuación glosaremos, de forma breve y anticipatoria, sin intención de agotar su desarrollo (que iremos desplegando a lo largo de los capítulos correspondientes), una serie de consideraciones básicas relativas a cada uno de estos tres interrogantes, de modo que sea posible entrever, en base a ellas, lo que constituirá, en lo sucesivo, la línea argumental que recorrerá todo el trabajo.

Respecto al estatus del centro político como categoría política, caben fundamentalmente dos posturas: o bien se niega la posibilidad de dicha categoría, o bien se acepta. Si se niega, se hará o bien desde las posiciones radicales y extremistas por, digamos, «repudio natural» -en tanto posiciones eminentemente centrífugas y antimoderadas-, o bien desde las posiciones moderadas (de izquierda y derecha), en este caso por, digamos, «repudio electoral» -como explicaremos, admitir la existencia de un punto intermedio podría suponer (lo supondría de hecho) la pérdida de una cantidad potencialmente significativa de sufragios tanto a un lado como a otro del espectro, siendo así que tanto a una como a otra posiciones les conviene, por consiguiente, «empujar» al presunto intermediario hacia el bando contrario, tratando de que sea el adversario el único que sufra la probable fuga de votos-. Si se acepta, se hará o bien como ideal regulativo, y por tanto sin concreción ni, más aún, posibilidad de concreción sustancial ni consistencia o individualidad ideológica (se aceptaría como mera reivindicación de virtuosismo del justo medio al modo aristotélico o estrategia similar), o bien como posicionamiento político puramente práctico o pragmático, carente, *per se*, de más teorización que la que, conforme a su naturaleza sintética, pueda «tomar prestada» de la/su izquierda (verbi gracia: socialismo, bienestarismo, intervencionismo estatal, economía social de mercado, etc.) y de la/su derecha (conservadurismo, moderantismo, economía de libre mercado, etc.)⁹, o bien, por último, como posicionamiento político práctico o pragmático

que, en lo sucesivo, le daremos en nuestro trabajo al término «radical» siempre que vaya referido al centro, así como a la izquierda y la derecha (populistas), a saber: «lo que no es moderado ni extremista», o lo que es lo mismo, lo que define a aquello que es más exaltado que lo moderado, pero menos que lo extremista. Se trata de una precisión que sostienen politólogos como el holandés Cas Mudde y que, a título de curiosidad, refleja por ejemplo el derecho constitucional alemán, según el cual «el populismo de derechas es «radical», y por lo tanto legal, mientras que el fascismo es «extremista», y por lo tanto ilegal». (Griffin, Roger, *Fascismo* (2018), traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez, Alianza, Madrid, 2019, p. 131.)

⁹ Probablemente la mayor ventaja de esta postura es que explica de forma relativamente satisfactoria el porqué de la menor presencia y relevancia (siquiera por comparación) de partidos de centro en los parlamentos occidentales y, en relación con esto, la volatilidad del voto de centro y la tendencia al abstencionismo de sus votantes. Carente, supuestamente, de un

pero de pleno derecho, esto es, con una teoría propia, y no solo con una praxis política más o menos definida pero en cualquier caso nutrida de teorizaciones ajenas antes que vernáculas.

Respecto al estatus de la extrema derecha, también como categoría política, y del fascismo como ideología, no hay tanta ambigüedad como respecto al estatus del centro político. A diferencia de lo que sucede con este, la existencia y, huelga decirlo, la posibilidad de la extrema derecha como posicionamiento y parte del espectro político es indiscutible e indiscutida. Ahora bien, lo es de forma confusa y en absoluto unívoca. En pocas palabras: se sabe con total e incuestionable certeza que existe, pero no cómo. Dependiendo del lugar del espectro desde el cual se juzgue, podemos toparnos con caracterizaciones que le atribuyen como núcleo definitorio esencial e inalienable desde un espíritu reaccionario, regresivo, medievalista, feudalizante, tradicionalista y ferozmente antimoderno hasta lo que *a priori* podría considerarse como todo lo contrario, esto es, un *conatus* furibundamente capitalista y ultraliberal, pasando por quienes directamente, sin solución de continuidad, le achacan, por acción u omisión, los dos conjuntos de propiedades al mismo tiempo, a todo lo cual hay que añadir el ya clásico encaje de los movimientos nazi-fascistas, que representarían una tercera corriente indefinible –desde luego no en su plenitud– por ninguna de las posturas antedichas. Según esto, la extrema derecha cobijaría en su seno a movimientos tradicionalistas, reaccionarios, ultraconservadores e incluso «filmerianos» (vale decir, apologetas recalitrantes del derecho divino de los reyes¹⁰), a movimientos individualistas y cuasi libertarios (siquiera en lo económico) y a movimientos futuristas, modernistas, revolucionarios y ateístas (vale decir, propagadores –si no *de iure*, sin duda *de facto*– de religiones seculares civil-políticas que a lo sumo incorporan, pero no se someten, a la religiosidad tradicional) en lo que, en consecuencia, no deja de ser sino un cajón de sastre desvirtuado y a duras penas delimitado que, en tanto tal, exige una adecuada comprensión y precisión.

Finalmente, respecto a los intentos de vinculación entre el centro y el fascismo, solo Seymour Lipset parece haberse pronunciado con seriedad acerca del particular. Y si bien parece haber tenido en cuenta que el fascismo, como el centro, es de hecho una manifestación de este último en la medida en la que reúne ideas de un lado y otro del espectro, la conexión que él observa y analiza no es *tanto* ideológica como demoscópico-sociológica, lo cual, a nuestro juicio, da buena pero no total cuenta de la auténtica naturaleza centrista del fascismo, que sin duda se manifiesta en dichos términos demoscópicos y sociológicos, pero, insistimos, también (y nosotros pretendemos argumentar que sobre todo) en términos ideológicos (o de estructura ideológica). Con todo, a pesar de la persistencia en la consideración del nazi-fascismo como un fenómeno de extrema derecha, los avances hacia lo que podría llegar a ser una tardía pero oportuna reconsideración de esta adscripción espectral han sido notorios¹¹.

pensamiento singular, genuino y definitorio previo, el centro político vería reducida su existencia, cuanto más, a la descrita posición política eminentemente práctica o pragmática, lo que a su vez redundaría en un desincentivo a la teorización posterior o haría de esta no otra cosa que una solución a todas luces *ad hoc* (lo cual, curiosamente, y en línea con el planteamiento base de nuestra investigación, asemejaría dichas potenciales teorizaciones a la inmensa mayoría de las nazis y, sobre todo, las fascistas, articuladas «sobre la marcha», con posterioridad al surgimiento e incluso triunfo de sus respectivos movimientos).

¹⁰ Al modo en el que los sostiene el mismo Robert Filmer en su archiconocida obra, *Patriarca o el poder natural de los reyes*, de 1680, posteriormente criticada punto por punto por Locke en su *Primer tratado sobre el gobierno civil*, de 1689.

¹¹ La comprensión del nazi-fascismo como «algo más» que o distinto de un movimiento de extrema derecha «al uso» ha experimentado enormes progresos desde los años 60 hasta nuestros días. Gracias a la obra de, entre otras, figuras como Emilio Gentile, Stanley G. Payne, George L. Mosse o, más recientemente, Peter Frietzsche o Roger Griffin, en los denominados *fascist studies* ha ido teniendo lugar, de forma paulatina pero constante, una suerte de cambio de modelo interpretativo que, partiendo del campo de la historiografía, pero extendiéndose pronto al de la historia de las ideas (tanto en un plano político como en uno filosófico), ha desembocado en una concepción del nazi-fascismo muy alejada de la marxista (economicista), imperante durante décadas, sobre todo tras la caída de los regímenes del Eje. Esta nueva interpretación presenta a dichos movimientos como fruto directo de la modernidad, imbuidos de anhelos de renovación y regeneración política, social y antropológica orientada hacia un futuro que, recogiendo lo mejor de las glorias pretéritas de cada nación particular, se proyectaría, optimista y marcial, pletórico de parabienes, promesas y prosperidad. Esta es la visión que nosotros haremos nuestra a lo largo de la tesis, si bien pretendiendo darle una significativa vuelta de tuerca al caracterizar

Introducción

Estas son, en definitiva, las consideraciones que mayor atención requerirán a lo largo de nuestra investigación.

Por otro lado, en cuanto a la motivación que subyace a este trabajo, esta radica sin duda, en primera instancia, en la aparición de Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, autodenominado partido de centro, a nivel nacional, y en última y en consonancia, en la realización y acumulación de multitud de lecturas y diversidad de trabajos previos relativos a la naturaleza de la ideología nazi-fascista. En el caso de Ciudadanos, su irrupción en el panorama político nacional en 2015 y su autodenominación como partido centrista y liberal ha constituido la motivación crucial en lo que a la pregunta por la naturaleza y características del centro político se refiere. En el caso del fascismo o del nazi-fascismo, los aludidos trabajos previos nos han permitido llegar a la conclusión de que todos y cada uno de los «giros copernicanos» interpretativos que han ido reconfigurando la concepción del nazi-fascismo desde los años 60 hasta hoy han ido poniendo unas bases cada vez más firmes para proceder a una postrera y necesaria reubicación, respecto del espectro político tradicional, del nazi-fascismo como movimiento político. Así, como ha debido quedar claro ya, consideramos obsoleto el habitual etiquetado del nazi-fascismo como posición de extrema derecha. En nuestra opinión, se trata de una asignación errónea que hace escasa justicia, si es que alguna, por un lado a la auténtica naturaleza de la extrema derecha real y, por otro, no solo a las pretensiones ideológicas que los mismos nazi-fascistas decían defender, sino, asimismo, a la naturaleza ideológica efectiva de este tipo de formaciones -o cuanto menos de las históricas de los años 20 y 30 del siglo pasado-, que entendemos caracterizadas, ante todo, por su esencial sincretismo, es decir, por su ínsito carácter sintético, recolector de «lo mejor de cada casa», desde la extrema izquierda –representada por el comunismo- hasta la (verdadera) extrema derecha –espacio propio, como veremos, del tradicionalismo-, pasando, claro está, por la izquierda, la derecha, y, entremedias, el centro. El *quid* está, en nuestra opinión, y en este sentido, en que el propio centro es, por necesidad y definición, el paradigma de espacio sintético por excelencia, y ello tanto en relación al (socio)liberalismo como al nazi-fascismo.

El pilar maestro vertebrador de esta tesis se levanta, pues, sobre esta idea: si lo que caracteriza al centro político -y más concretamente al socioliberalismo como corriente ideológica actualmente representativa del mismo- es, como creemos, su sincretismo, y lo que caracteriza al nazi-fascismo es, precisamente, este mismo carácter sincrético, ¿por qué no resituarse -como le correspondería- en el centro al propio nazi-fascismo? Con un matiz: mientras el socioliberalismo debe ser considerado como posición de centro *moderado* (por sintetizar elementos de la izquierda y la derecha moderadas), el nazi-fascismo representaría un centro *extremo* (por sintetizar elementos de la izquierda y la derecha moderadas, pero también de las radicales y, claro está, de las extremas). Entremedias, nos encontraríamos con un tercer «centro entre centros», un centro *radical* (más extremo que el moderado, más moderado que el extremo) y populista (en mayor o menor medida, en función de la coyuntura histórica) cuya condición igual pero singularmente sincrética hará las veces de muñidor entre los otros dos centros, así como de prueba de facto de la existencia de un eje o *continuum* entre todos ellos.

Estructura y metodología

La presente investigación tiene por objetivos prioritarios, fundamentalmente, dos: por un lado, examinar la naturaleza y viabilidad del centro político como espacio, posición y/o categoría política en sí y por relación al resto de categorías del espectro; por otro, examinar el caso de los vínculos entre la síntesis política moderada socioliberal y la síntesis política

al nazi-fascismo no solo como movimiento ultramoderno, palingenésico, etc., sino, concorde con ello, como síntesis política extremista o de «extremo centro», deslindándolo así de su, hasta ahora, y a pesar de los nuevos y frescos aires interpretativos, hegemónica e incontestada (o apenas contestada) adscripción espectral a la extrema derecha.

extremista nazi-fascista, en medio de las cuales se encontraría la síntesis política radical del nacionalpopulismo social de centro radical populista (CRP). Para alcanzar estos objetivos se pretende, primero, examinar la viabilidad de la correspondencia entre el centro en tanto categoría política y del socioliberalismo en tanto corriente política y la posible consideración de este último como síntesis política moderada; segundo, examinar, de forma análoga y particular, la naturaleza y características de la extrema derecha, tratando de hacer ver, a través de este análisis, que los movimientos nazi-fascistas (y los ultraliberales) no encajan con ese perfil o, mejor dicho (en el caso de los nazi-fascistas, pero no de los ultraliberales), no pueden *restringirse* a él; tercero, examinar, por consiguiente, dichos movimientos, dando cuenta de su individualidad y singularidad y, como corolario, su condición de síntesis política extremista que debe ser reubicada de la extrema derecha al extremo centro; y cuarto, examinar, finalmente, el caso de los vínculos entre la síntesis política moderada socioliberal y la síntesis política extremista nazi-fascista, dando cuenta de la existencia entre ambas de una síntesis política radical o de centro radical populista ideológicamente caracterizado por el nacionalpopulismo social.

Así, se cuestionará si tiene sentido o no hablar del centro como categoría política autónoma e independiente y, en caso afirmativo, en qué medida y con respecto a qué rasgos o parámetros únicos, definitorios e identificables que permitan distinguirlo del resto de posicionamientos políticos, para lo que se analizará la noción de espectro político y sus tipologías múltiples, discutiéndose cómo los distintos posicionamientos que dicho espectro abarca resultan constitutivos para la caracterización simultánea del centro político al tiempo que este se torna en todo momento pivote respecto al cual se definen el resto de posiciones y geometrías variables. Se analizarán los cuestionamientos de la existencia del centro político o de su posible sustancialidad (que iría más allá de su simple instrumentalización como punto de anclaje para el resto de posturas, que sí gozarían de sustancialidad) y se argumentará que la negación del centro como posición política legítima, susceptible por tanto de ser representada por medio de uno o varios partidos políticos, es inconsistente. Se aplicarán los resultados de los propósitos anteriores a un análisis de lo que se calificará de síntesis política moderada socioliberal y síntesis política extremista nazi-fascista, así como de sus posibles vinculaciones a través de la síntesis política radical encarnada en el centro radical populista como categoría y en el nacionalpopulismo social como ideología, y se concretará –mediante el Entreacto I incluido a tal efecto– la naturaleza y características comunes, dispares y definitorias de dichas síntesis moderada, extremista y, entremedias, radical.

Reiteramos que, en lo concerniente a esta última cuestión, que vertebrará tanto la segunda como la tercera partes del presente proyecto de investigación, será necesario, en primer lugar, argumentar que la tradicional consideración de los regímenes de corte nazi-fascista como regímenes de extrema derecha debe corregirse; en segundo lugar, investigar los paralelismos entre las síntesis políticas (moderada y extremista, por una parte, y entre ambas y la radical, por otra) tanto en un marco teórico y conceptual como en un plano práctico y discursivo, siempre a la luz del previo desarrollo de una «tipología general de las síntesis políticas» que haga posible el análisis pormenorizado y la concreción de la especificidad propia de la síntesis centrista respecto al resto de síntesis políticas susceptibles de materialización a lo largo del espectro político; y, en tercer lugar, llevar a cabo una comparativa entre los idearios, los objetivos y los discursos de dos formaciones políticas concretas, Falange Española de las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista) y Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, como representantes respectivas del extremo centro fascista y el centro moderado socioliberal, estableciéndose en cada caso un margen temporal y específico de estudio, a saber: los años 1933 a 1936 en el caso de Falange y los años 2014 a 2019 (coincidiendo, por un lado, con el salto a la política nacional de Ciudadanos y, por otro, con el liderazgo de Albert Rivera al frente de partido durante esta etapa en particular;

todo ello sin menoscabo de necesarias referencias al pasado del partido y aun a la «era posriverista») en el de Ciudadanos.

Por lo demás, la metodología a emplear para la consecución de los objetivos será la estándar en la dinámica de investigación de los proyectos de Filosofía. Estará basada en un enfoque interdisciplinar entre Filosofía Política, Humanidades y Ciencias Sociales sobre el cual se fundamentará el desarrollo de la investigación en tanto investigación acerca del espectro político y de sus posiciones constituyentes, una de las cuales (el centro) es el objeto de estudio específico que se pretende analizar y constituye, por tanto, el núcleo de la tesis que se pretende sostener y cuyos objetivos han sido puestos de manifiesto con anterioridad. En este sentido, se plantea una estructura general dividida, al margen de la presente «Introducción», en las tres partes principales de la tesis (cada una de las cuales reúne tres capítulos) más un apartado de conclusiones, un apéndice y la pertinente relación bibliográfica.

La primera parte, «El espectro político», tendrá por materia de estudio dicho espectro, que será examinado a lo largo de los tres primeros capítulos. En el capítulo primero, «Análisis general del espectro político», se aportará una definición del mismo y se estudiará su múltiple tipología, atendiendo tanto a los modelos del espectro propiamente dicho como a las diferentes variedades diagramáticas que existen en torno a sus posicionamientos. Una vez hayan sido expuestos estos modelos, se seleccionará uno y se justificará su elección. El capítulo segundo, «Análisis particular del espectro político», estará focalizado, toda vez que se ha elegido un modelo, en las posiciones políticas constituyentes del mismo. Se determinarán y justificarán sus respectivos rasgos distintivos y definitorios, en base a los cuales será posible realizar una ulterior (re)definición de la categoría de la extrema derecha. Por último, el capítulo tercero, «El centro político», se ocupará del análisis de esta categoría comparándola con el resto de posiciones del espectro, examinando la problemática en torno a su sustancialidad y consecuente posibilidad de representación política explícita y específica y anticipando su futuro entronque con la reubicación previamente efectuada del nazi-fascismo, a la sazón ya ideológicamente desligado de la extrema derecha con motivo de la pertinente (re)definición de esta realizada en el capítulo segundo.

La segunda parte, «Las síntesis y los discursos socioliberal y nazi-fascista en Europa», se articulará en torno a los tres siguientes capítulos de la tesis. El capítulo cuarto, «El socioliberalismo como síntesis política moderada», consistirá en una superficial pero indispensable contextualización y narración históricas de la corriente liberal-socioliberal europea que facilite, posteriormente, la comprensión del desarrollo y naturaleza de su versión española. Se caracterizará al socioliberalismo como síntesis política moderada y se justificará el porqué de esa denominación. El capítulo quinto, «El nazi-fascismo como síntesis política extremista», análogo al cuarto, consistirá, en tanto tal, en otra contextualización y otra narración históricas (en este caso más exhaustivas habida cuenta de la naturaleza y desarrollo paralelo pero dispar de sus regímenes correspondientes), mas relativas a la corriente nazi-fascista europea. Con ello se pretende, asimismo, facilitar la ulterior comprensión del desarrollo y naturaleza de su versión española. En este sentido, se caracterizará al nazi-fascismo como síntesis política extremista y se justificará el porqué de esta denominación. Finalmente, el capítulo sexto, «El centro radical populista (CRP) como posición de enlace entre la síntesis (política moderada) socioliberal y la síntesis (política extremista) nazi-fascista», retomará y completará los resultados de la investigación de la primera parte (concentrados parcialmente ya en el capítulo tercero) y pondrá a prueba la viabilidad del centro político como puente de conexión entre las dos síntesis antedichas. Para ello, examinará el caso del Frente Nacional -actual *Rassemblement National* (RN) o Agrupación Nacional (AN)- de Marine Le Pen como ejemplo de centro radical populista, categoría de enlace entre un centro y otro y muñidora del subsecuente eje centro-CRP-extremo centro, que ideológicamente conectará socioliberalismo, nacionalpopulismo social y nazi-fascismo.

La tercera y última parte, «Las síntesis y los discursos socioliberal y fascista en España», supondrá la puesta a prueba de los resultados de la investigación realizada en las partes primera y segunda y su aplicación a un caso concreto de estudio como es el de la comparativa entre los idearios y los discursos de las fuerzas políticas señaladas con el objetivo de respaldar la hipótesis inicial y en torno a la cual se vertebra la propuesta que guía todo nuestro trabajo, a saber: que es posible vincular, a través de la naturaleza del centro político, al socioliberalismo y al nazi-fascismo. Así, el capítulo séptimo, «El socioliberalismo en España. Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía (2014-2019)», ofrecerá un repaso histórico al liberalismo-socioliberalismo español, una comparativa caracterológica con el liberalismo-socioliberalismo europeo y una ejemplificación política manifestada en los distintos partidos que hayan representado dicha corriente en España, con especial atención al caso del propio Ciudadanos. Por su parte, el capítulo octavo, «El fascismo en España. Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), Falange Española (FE) y Falange Española de las JONS (FE-JONS)», ofrecerá otro tanto de lo mismo pero respecto al falangismo, entendido como versión autóctona del nazi-fascismo europeo, con el que será comparado caracterológicamente, a lo que ha de añadirse la ya citada ejemplificación política, manifestada, en este caso, en las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) de los años 1931 a 1934 y la Falange (Española primero y, posteriormente, Española de las JONS) de los años 1933 a 1936. Por último, el capítulo noveno, «Las síntesis y los discursos socioliberal y fascista en España: Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía y JONS, Falange Española y Falange Española de las JONS», se presenta como culminación de la investigación. En él tendrá lugar la comparativa definitiva entre los idearios y los discursos de las dos fuerzas políticas indicadas, dando cuenta, a la luz de toda la investigación anterior, tanto del porqué de los puntos en común como, sobre todo, del porqué de las divergencias.

El apartado de «Conclusión. *Ni izquierdas ni derechas, el centro y las flechas*» con el que se cerrará la investigación consistirá en una recapitulación de los pasos dados en la propia investigación, una exposición final de los resultados obtenidos, una valoración crítica del trabajo realizado conforme a los objetivos propuestos y una enumeración de las potenciales vías de investigación que de esta puedan seguirse o derivarse en el futuro.

El Apéndice final tratará, precisamente, de adentrarse en una de esas vías con el fin expreso de despejar, en la medida de lo posible, algunas dudas relativas a la naturaleza contemporánea de una de las categorías claves de esta investigación y cuyo análisis no podrá ser completo sin estas reflexiones adicionales directamente vinculadas con la concepción del centro político (y con la de su ideología o ideologías correspondientes) alcanzada y sostenida en nuestro proyecto.

La Bibliografía constituirá la despedida de la investigación. En ella se hará la debida relación final de todas y cada una de las obras consultadas, estudiadas y empleadas a lo largo de la investigación. A este respecto, cabe dar cuenta de nuestro proceder a la hora de señalar las referencias citadas. Así, la primera cita de cada obra o referencia buscará siempre ofrecer la mayor cantidad de información posible acerca de la misma, atendiendo, por ejemplo, a su año de publicación original, que figurará entre paréntesis (salvo cuando coincide con el de la publicación de la versión utilizada; entonces, nos limitaremos a reflejar este último año tras indicar la ciudad), y, en su caso, el traductor o traductores de la misma. En menciones sucesivas priorizaremos dicha información conforme a criterios de relevancia y concisión, consignando únicamente el título de la obra, señalando su autor e indicando las páginas correspondientes a la localización de la cita referenciada. Finalmente, en la Bibliografía propiamente dicha, se optará por hacer mención del autor y los datos del ejemplar concreto consultado de su obra, prescindiendo en esta ocasión del año de publicación original. Por otro lado, amén de las referencias puramente bibliográficas, añadiremos sendos apartados de videografía y webgrafía cuyos enlaces se recogen en apartado específico porque, a diferencia

Introducción

de los citados en la parte bibliográfica, de naturaleza académica, aquellos constituyen recursos periodísticos o audiovisuales puntuales de refuerzo y apoyo de la tesis.

En definitiva, a lo largo de las siguientes páginas nos encargaremos de dar forma a los propósitos aquí enunciados y de poner a prueba nuestras hipótesis. Confiamos en que la propuesta que aquí presentamos y defendemos pueda constituir una contribución novedosa, singular y, en la medida de lo posible, útil para la aclaración conceptual, la reflexión filosófica y el pensamiento político.

PRIMERA PARTE

EL ESPECTRO POLÍTICO

Capítulo 1

Análisis general del espectro político

Como ya se indicó en la introducción, el primer paso de nuestra investigación consistirá en analizar la noción de «espectro político» examinando su historia y su significación, así como sus principales variaciones. Realizado este reconocimiento, se procederá a la selección de un modelo de espectro político, siendo este el objetivo último del presente capítulo.

1) Historia y definición del espectro político

Por «espectro político» entenderemos, pues, de aquí en adelante, *el ordenamiento u ordenamientos por antonomasia de las diversas posiciones políticas conforme a determinados criterios o ejes conceptuales de clasificación susceptibles de ser modificados y, por tanto, de arrojar ordenaciones dispares e incluso contradictorias entre sí.*

Partiendo de esta noción básica, podemos establecer que hablar de espectro político es hablar, primero, de un «espacio político» previo y presupuesto, condición de posibilidad del propio espectro¹²; segundo, de la existencia de una pluralidad de posicionamientos políticos; tercero, de la posibilidad de ponerlos en paridad de trato y, por extensión, de ubicación *horizontal*¹³; cuarto, de la adopción de uno o varios criterios discriminadores entre los posicionamientos que permita, a la vez que distinguirlos entre sí, ubicarlos de manera que, aun conservando su propia y característica individualidad, queden debidamente situados respecto a los demás. Así las cosas, el primer requisito indispensable para abordar cualquier análisis sobre el espectro político habrá de consistir, asimismo, en un análisis previo, por breve que sea, del concepto de «espacio político», ya que, como hemos señalado, el espacio político preexiste y posibilita la constitución de cualesquiera espectros políticos sesgados por unos u otros criterios taxonómicos. Solo partiendo de esa noción previa será posible referirse, con la debida propiedad, al espectro político en general o a los diversos modelos de espectro político en particular.

Ahora bien, el primer problema con el que nos encontramos, a este respecto, es que «espacio político» y «espectro político» son términos habitualmente tenidos por y utilizados como análogos. En la voz «espacio político», recogida en el *Diccionario de política* (1976) redactado por Norberto Bobbio en colaboración con Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, se define el concepto de la siguiente manera:

Por [espacio] político se entiende el área del conflicto político que está en la base de la relación entre electores y partidos de un determinado sistema político en un cierto momento histórico. Todo sistema político está caracterizado por un cierto número de conflictos: conflictos sobre la distribución del ingreso, sobre la intervención del estado en la economía, sobre las relaciones estado-iglesia, o bien sobre conflictos de naturaleza lingüística, étnica, etc. En la medida en que estos conflictos o estas líneas de división son factores de movilización del electorado, ejercen influencia sobre la conducta política de los electores y las estrategias de los partidos, y por ello sobre la

¹² El espectro de turno no sería sino una de las múltiples concreciones de ordenamiento posibles del espacio político, en tanto este, eminentemente más general, antecede a aquel y por ende no lo necesita para existir. Parafraseando a Carl Schmitt cuando alega, al inicio de *El concepto de lo político* (1932), que «el concepto del Estado presupone el de lo político», podríamos decir que el concepto de espectro político presupone el del espacio político.

¹³ Aunque, como veremos, no siempre ha de ser así.

marcha de la competencia electoral. La configuración de estos conflictos constituye el área del [espacio] político. Sustancialmente, pues, el [espacio] político es el [espacio] de la competición electoral en los regímenes democráticos de masa. (...) Sustancialmente, para poder hablar de [espacio] es necesario que exista una cierta “estructura ordenada” que sobreentienda la conducta de electores y partidos.¹⁴

Esta definición es problemática. Peca de un claro reduccionismo al convertir en sinónimos los términos «espacio político» y «pluralidad política» (este último comprendido en nuestro caso como propio del «espectro político») al aseverar que «por [espacio] político se entiende el área del conflicto político que está en la base de la relación *entre electores y partidos* de un determinado sistema político en un cierto momento histórico». Esto significaría que no hay espacio político allí donde no hay partidos y electores dispuestos en un marco de concurrencia que, en tanto contenedor de unos y otros actores, se presume democrático, y que por consiguiente no hay espacio político con anterioridad a la irrupción de los sistemas democráticos (modernos), lo cual, evidentemente, no es cierto. El espacio político existe desde el momento en el que existe la política -es consustancial a ella-, sin que eso implique, en modo alguno, que dicho espacio político o dicha política, para ser tales, deban ser democráticos o darse sobre la base de formaciones como los partidos (u otras organizaciones que no se contemplan en la definición) o actores como los propios partidos o los electores.

El «espacio político» será entendido aquí, pues, como *el marco político en el cual se ubican y ejercen sus correspondientes funciones los diversos actores políticos e ideologías de cada lugar y época histórica, sea ese marco democrático o no, sean esos actores los que sean* (desde el jefe y el chamán de una tribu centroafricana de hace tres mil años hasta los presidentes y los afiliados de los partidos políticos actuales), *sean esas ideologías las que sean* (desde la moderna doctrina del derecho divino de los reyes hasta el contemporáneo nacional-anarquismo), *sea ese lugar el que sea* (desde cualquier antigua polis griega hasta el Madrid del siglo XXI) *y sea esa época la que sea* (desde los albores de la organización y la administración humanas hasta nuestros más inmediatos días). Hecha esta necesaria precisión, la definición del *Diccionario* puede sernos de la mayor utilidad, previa sustitución del término «espacio político» por el de «espectro político», que, ahora sí, quedaría apropiadamente caracterizado como esa «área del conflicto político que está a la base de la relación entre electores y partidos de un determinado sistema político en un cierto momento histórico» a la que aluden los italianos.

Porque, en efecto, no es posible comenzar a hablar de espectro político hasta que no solo surgen en la sociedad posiciones políticas diversas, en discrepancia y aun conflicto entre sí, sino hasta que, además, dicha diversidad es reconocida y, en consecuencia, legitimada, sancionada y articulada, facultada desde entonces para, de una u otra manera, con mayor o menor intensidad, prerrogativa y potestad, acceder al poder y, por añadidura, ejercerlo (democráticamente o no, pacíficamente o no, etc.). Solo a partir de ese momento será posible hablar de «espectro político», vale decir, de divergencias posicionales y, entremedias, de criterios de posicionamiento y caracterización, y ello tanto respecto a las diferentes posiciones políticas propiamente dichas, en su definitoria singularidad, como respecto a las que las circundan y, por alteridad y oposición, contribuyen a su vez a su demarcación, delimitación y definición.

Históricamente, ese punto de comienzo tuvo lugar como resultado de la Revolución de las Trece Colonias y, sobre todo, de la Revolución Francesa iniciada en 1789¹⁵. Con esto no se pretende argüir que las divergencias ideológicas y políticas en el seno de las sociedades humanas no hayan hecho acto de presencia histórica con anterioridad a esa fecha (puesto

¹⁴ Bobbio, Norberto; Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de política, a-j* (1976), traducción de Raúl Crisafio, Alfonso García, Miguel Martí, Mariano Martín y Jorge Tula, Siglo XXI, Madrid, 1997, pp. 530-531.

¹⁵ Sin que ello obste para que sea posible asignar la paternidad de los primeros partidos políticos de corte moderno, *mutatis mutandis*, a los *whigs* y los *tories* británicos, que sin embargo no pueden ser analizados aún en términos de izquierda y derecha, una distinción política que cobra sentido únicamente tras la Revolución Francesa y como consecuencia directa de ella.

que, como más arriba hemos apuntado, ya existía un espacio político, con todo lo que ello comporta), sino solo que es a partir de entonces cuando tales divergencias se exteriorizan de forma vehemente, consistente y, lo que es más importante dado que marca la diferencia respecto a manifestaciones históricas anteriores, *sistemática* (surgiendo así el espectro político en nuestra noción y acepción del mismo). Por primera vez se toma conciencia de que los ideales de los *philosophes* ilustrados –racionalismo, educación, perfectibilidad humana-, lejos de quedarse sobre el papel, podían ser llevados a cabo, y no por los actores políticos tradicionales –el rey, la nobleza, el clero-, sino por aquellos que siempre habían sido marginados –el pueblo llano, la plebe, el «Tercer Estado»- de la toma de cualesquiera decisiones y que ahora veían la irrenunciable oportunidad de tomar las riendas de su propio gobierno y futuro.

Los nuevos e inesperados protagonistas del tablero político hicieron suyos conceptos como Soberanía, Pueblo o Nación, hasta entonces «secuestrados» por los estamentos nobiliarios y clericales y ahora corriente moneda de cambio en ámbitos seculares tan viejos por su pretérita existencia como emergentes por su novísima dimensión. Ciertamente es que en los primeros momentos la única pluralidad política reconocible tendía a ser maniquea, dicotómica, con un «nosotros» equivalente a «los buenos», «los oprimidos», «los despojados», «los necesitados», «el Tercer Estado», «el Pueblo», «la Nación» o «el Todo» opuesto frontalmente a un «ellos» equivalente a «los malos», «los opresores», «los usurpadores», «los saciados», «el Primer Estado o la Nobleza», «el Segundo Estado o el Clero» o «la Nada». Pero no menos cierto es que la situación crítica imperante a la sazón no facilitaba otro tipo de agrupamientos, y que, en cualquier caso, aquella convulsa y precoz semilla sería, con el tiempo, germen de un número casi ilimitado de discrepancias que el momento revolucionario había dejado a un lado, en estado latente pero no extinto¹⁶. Cuestiones insignificantes en la refriega inicial se tornaron cruciales con posterioridad. Lo que el frenesí de la tempestad se había encargado de hundir, la «calma» subsiguiente se ocupó de sacarlo a flote. La férrea disciplina inicial de los bloques contendientes –excepción hecha de todos aquellos «indecisos» que no se inclinaron hacia ninguno de los dos bandos en liza y acabaron formando su propio «Pantano» (también conocido como «Llanura»), posicionado *ni hacia un lado ni hacia el otro*¹⁷– dejó paso a las primeras escisiones. Dentro del frente revolucionario se comenzó a distinguir entre los revolucionarios, a secas, y los revolucionarios-revolucionarios; dentro del frente contrarrevolucionario, entre los contrarrevolucionarios a secas y los contrarrevolucionarios-contrarrevolucionarios¹⁸. A su vez, surgieron desacuerdos en torno a aspectos fundamentales como la táctica revolucionaria o contrarrevolucionaria (según casos) a seguir que dividieron aún más la opinión de las respectivas bancadas, favoreciéndose así,

¹⁶ Entre dichas discrepancias, una no precisamente irrelevante: *la discrepancia entre izquierda y derecha*: «[L]os criterios políticos por los cuales la oposición fue establecida a raíz de la Asamblea Revolucionaria de 1789, tienen que ver con la oposición entre el Antiguo Régimen (trono y altar) y el Nuevo Régimen. La izquierda y la derecha aparecen por tanto en el contexto de la Revolución francesa». (Bueno, Gustavo, *El mito de la Izquierda*, Ediciones B, Barcelona, 2006, p. 35.) Por descontado, más adelante volveremos y profundizaremos sobre esta distinción.

¹⁷ Salvo, claro está, cuando la coyuntura exigía algo más de compromiso y resolución, en cuyo caso los miembros de la Llanura o el Pantano se inclinaban a favor de la postura más conveniente para sus intereses aprovechando su condición de grupo mayoritario: «A medio camino entre los jacobinos y los girondinos se encontraba el grupo con más representantes: *la Llanura o el Pantano*, llamados así porque se sentaban en los escaños más bajos de la Cámara. Lejos también de tratarse de un grupo homogéneo, sus miembros (...) votaron con unos o con otros según las circunstancias y se convirtieron en la llave del éxito de todas las iniciativas parlamentarias». (Bolinaga, Íñigo, *Breve historia de la Revolución Francesa* (2014), Nowtilus, Madrid, 2014, p. 164. En cursiva en el original.)

¹⁸ «[N]o tardó en resultar insuficiente tal terminología para designar las distintas posiciones. Dentro de la derecha se apreciaba una subdivisión entre más radicales y menos radicales (la «derecha» de la derecha y «la izquierda» de la derecha) y dentro de la izquierda ocurría lo mismo y aparecía una subdivisión homóloga entre más radicales y menos radicales («la derecha» de la izquierda y «la izquierda» de la izquierda). En la Asamblea francesa los más radicales dentro de «la gauche» ocupaban los escaños más altos y por eso se les designó como «la Montaña»; aún había de surgir una nueva subdivisión entre revolucionarios máximos más radicales y menos radicales. A los más radicales se les designó como «la Cresta» y aún esta «Cresta» se subdividió entre «enragés» y «hebertistas» o partidarios de la continuación o cesación del período «del Terror». (Cantarero del Castillo, Manuel, *Falange y socialismo*, DOPESA, Barcelona, 1973, pp. 177-178.)

aunque de forma probablemente indeseada e indeseable por parte de los protagonistas, la formación, ya en el seno de la sociedad civil, de una pléyade de grupúsculos¹⁹ de ideas similares pero lo bastante dispares como para constituirse en facciones propias y autónomas, fraternales en lo maximalista pero beligerantes en lo minimalista²⁰ para con sus respectivos bandos. Así fue como, lejos de resolver sus diferencias, las diversas corrientes, con especial atención a las revolucionarias, comenzaron a pugnar entre sí por alcanzar el predominio dentro de su facción, insuflando nuevos bríos a una Revolución que, lejos de apaciguarse, fue *in crescendo* hasta culminar con el ascenso al poder de Napoleón.

Es, por tanto, a partir de la constitución de la Asamblea revolucionaria francesa y del reconocimiento *de facto* no ya de la pluralidad política, sino de la posibilidad de dicha pluralidad, así como de su decisivo salto a la palestra, cuando ha lugar para el nacimiento de la política en su sentido moderno. O, dicho de otro modo, de la forma moderna de hacer política. Más concretamente, de la división entre grupos políticos «de izquierda» y grupos políticos «de derecha» y, por añadidura, de grupos políticos de «más a la izquierda de la izquierda» y de «más a la derecha de la derecha». En suma, del espectro político. Del surgimiento efectivo de diversas perspectivas en torno a la política y a la administración y gestión de lo público agrupadas en facciones en lucha por el poder y cuyas ideas, propósitos, objetivos y metas, así como estrategias, tácticas y medios para lograrlo, permiten englobarlas y clasificarlas a lo largo de un eje, en principio, variable en lo material (es decir, en lo relativo a su contenido) pero no en lo formal (en lo relativo a su estructura), articulado esencialmente entre dos extremos que responden a una serie de parámetros dados siempre susceptibles de ser modificados.

2) Sobre los modelos de espectro político

Toda vez que se constata la existencia de diversas tendencias políticas dentro de una sociedad dada, el paso siguiente consistirá en abordar la tarea de su encuadramiento o colocación dentro de un eje paramétricamente homogéneo que permita tanto su «mera» clasificación como, sobre todo, su comprensión ideológica. Este es, precisamente, el cometido que cumple el espectro político, sean cuales fueren los criterios que hagan las veces de su o sus referencias. Ahora bien, este último punto es uno de los más controvertidos en la ya de por sí controvertida cuestión del espectro político. ¿Cuántos modelos espectrales hay? ¿En qué difieren unos de otros? ¿Son esas diferencias tan significativas como para impedir la construcción de un único arquetipo? Y en ese caso, ¿cuál seguir a la hora de examinar una posición política concreta, como puede ser, por ejemplo, *el centro*? ¿No variará la concepción que se pueda tener u obtener de este en función de los criterios de acuerdo con los cuales se hayan confeccionado unos u otros espectros? Y si es así, ¿hay lugar para la objetividad de una investigación cimentada en uno solo de esos modelos a sabiendas de que no solo hay otros, sino que además todos ellos arrojarán o podrán arrojar resultados (muy) diferentes entre sí respecto a la consideración de idénticas posiciones?

Estas son solo algunas de las innúmeras preguntas que necesariamente han de asaltar al investigador del espectro político en general y de las posiciones políticas en particular. Y

¹⁹ También conocidos, dentro de esa misma sociedad civil, como «clubes», antecesores de los partidos políticos modernos pero carentes, en la mayoría de los casos, de la homogeneidad propia —en principio— de estos últimos.

²⁰ Resulta pertinente traer a colación aquí la interesante postura de Gustavo Bueno sobre la imposibilidad o «buen deseo» que, a su juicio, constituye la unidad de la izquierda, por contraste con lo que considera la, esta sí, unidad «de fondo» de la derecha, siendo esa, literalmente, «la tesis fundamental del libro»: «mientras cabe reconocer una unidad unívoca, de fondo, a las derechas, en cambio no cabe reconocer una unidad semejante a las izquierdas. Cabría hablar por tanto de «la derecha», pero no de «la izquierda». Las izquierdas son muy diversas y están en conflicto, a veces a muerte, entre sí. No cabe hablar de una unidad de fondo entre las izquierdas, porque su unidad es analógica, lo que quiere decir que las izquierdas son, en sí mismas, diversas y que sólo pueden considerarse semejantes en virtud de alguna proporción, que presupone y corrobora precisamente su diversidad irreductible». (Bueno, *El mito de la Izquierda*, pp. 7-8.)

son insoslayables. Es evidente que existe un riesgo en absoluto irrelevante de que un espectro diseñado conforme a unos parámetros concretos ofrezca, en consecuencia, unas valoraciones incompatibles respecto a otro elaborado en concordia con parámetros distintos. Todos los espectros tienen un único centro y dos (o más, imbricados o entrecruzados, pero siempre dicotómicamente dispuestos, es decir, en pares) extremos, pero si los extremos varían, pareciera que el centro, *siquiera en su contenido*, habrá de variar también, porque su misma composición depende directa e indirectamente de la de sus vecinos más inmediatos. Parafraseando el dicho de manera coloquial, pero inteligible, todos los caminos conducen a Roma, pero no todos lo hacen de igual forma ni, *a priori*, a la misma Roma.

La cuestión está, entonces, en saber: primero, si dada esa irresoluble divergencia es posible o tiene sentido llevar a cabo la tarea de analizar la naturaleza de una específica categoría política dentro, huelga decirlo, de un determinado modelo de espectro; y segundo, de qué modelo, y por qué de ese y no de otro.

En esta tesitura podría volver a sernos útil echar otro vistazo al *Diccionario* de Bobbio y sus colaboradores. En la misma voz que ya hemos consultado nos encontramos con lo siguiente:

La frecuencia con la que electores, líderes y observadores políticos utilizan términos como izquierda-derecha, laico-clerical, conservador-progresista, y otros análogos, para definir las propias posiciones políticas *es un indicador de que tal estructura existe*, aunque en medida diversa si se trata según el nivel de élites o el nivel de masa. Es una estructura formada por imágenes simplificadas respecto de la complicada realidad de los partidos, pero no por ello menos eficaz al proporcionar a los electores una síntesis de las connotaciones políticas más relevantes de los diversos partidos. Tomando como base dichas imágenes el elector construye su propio mapa y organiza sus propios conocimientos políticos. La reconstrucción, en el laboratorio del investigador, de este mapa muestra los elementos constitutivos del espacio político.²¹

Así pues, lo que indica el hecho de que sea posible organizar las diferentes corrientes y tendencias políticas en base a ejes como los señalados («izquierda-derecha, laico-clerical, conservador-progresista, y otros análogos») es, para empezar, «que tal estructura [es decir, el espectro político] existe». Pero no solo eso: también significa que, dentro de esa organización de corrientes y tendencias, es posible contar con modelos más simples y modelos más complejos atendiendo a la cantidad de factores que tengan en cuenta a la hora de configurarse. Recordando una vez más que donde se habla de «espacio político» debe leerse –en nuestra significación– «espectro político»,

cada [espacio] político viene definido por un cierto número de dimensiones. Tales dimensiones corresponden a las líneas de conflicto, a los problemas, a las opciones que ejercen su influencia sobre las posiciones de los partidos y de los electores y orientan su conducta. Según sean una o más de una, se habla de [espacio] lineal o de [espacio] pluridimensional.²²

En este sentido, el clásico eje izquierda-derecha (formalmente análogo a tantos otros²³) pertenecería al grupo de los espectros lineales más simples, no obstante su fecunda e

²¹ Bobbio, Matteucci y Pasquino, *Diccionario de política*, p. 531. La cursiva es añadida.

²² Bobbio, Matteucci y Pasquino, *Diccionario de política*, p. 531.

²³ «La contraposición de derecha e izquierda representa una típica forma de pensar por diadas, de las que se han ofrecido las más distintas explicaciones: psicológicas, sociológicas, históricas e, incluso, biológicas. De ellas, conocemos ejemplos en todos los campos del saber. No existe disciplina que no esté dominada por alguna diada omnicomprendensiva: en sociología, sociedad-comunidad; en economía, de mercado-planificada; en derecho, privado-público; en estética, clásico-romántico; en filosofía, trascendencia-inmanencia. En la esfera política, derecha-izquierda no es la única, aunque sí es cierto que podemos encontrarla en todas partes. Existen diadas en las que los dos términos son antitéticos; otras, en las que son complementarios. (...) La dicotomía derecha-izquierda pertenece al primer tipo». (Bobbio, *Derecha e izquierda*, p. 34.)

indiscutible utilidad y recursión, que los autores tampoco olvidan reseñar²⁴. Asimismo, cuando con este eje básico se superponen o, más frecuentemente, se entrecruzan otros, se rompe la linealidad del continuo y se conforma un espectro de corte pluridimensional que, en tanto tal, trata de imbricar una mayor cuantía de criterios taxonómicos, aportando así mayor grado de detalle a las posteriores colocaciones de los distintos movimientos políticos, pero dificultando la comprensión de sus correspondientes naturalezas ideológicas y de sus consecuentes ubicaciones dentro de un espectro de corte más genérico, como sería el del patrón izquierda-derecha.

Ejemplos de ejes lineales similares al de izquierda-derecha serían los ya citados. En primer lugar, el eje laico-clerical, vinculado a la dicotomía Estado-Iglesia: en un extremo se situarían los partidos y movimientos que abogan por la completa desaparición de todo elemento religioso o confesional en cualesquiera espacios públicos; en el otro, los partidos y movimientos defensores de una forma de Estado o al menos de actuación pública rayana en lo teocrático. Otro eje característico es el progresista-conservador, donde en un extremo estarían los partidarios del «progreso», ya sea científico, tecnológico, social, laboral, moral, incluso artístico, etc.; y en el otro, los campeones del *statu quo*, reacios a cualquier tipo de modificación en el vigente estado de cosas del mundo. Los ejes cambio-conservación o inconformismo-conformismo son análogos al anterior, solo que más vagos y generales. El eje «futurismo»-tradicionalismo es prácticamente idéntico a los dos anteriores, solo que con el matiz tradicionalista de la «vuelta atrás», es decir, a un orden político, social, económico, laboral, etc. previo al vigente, las más de las veces de carácter ruralista frente al urbanismo «futurista»²⁵. De acuerdo al eje estatismo-individualismo, en un extremo se situarían los abogados de un Estado fuerte y con grandes y legítimas potestades y prerrogativas sobre la vida de sus ciudadanos, subordinados al Leviatán estatal; en el otro, los defensores a ultranza de los derechos individuales frente a toda intervención, intromisión o injerencia ilegítima del Estado, subordinado a los intereses y necesidades individuales. En cuanto al eje globalización-autarquía, en un extremo estarían los creyentes en la necesidad de una economía global con el menor número de aranceles y cortapisas posible y, en el otro, los partidarios del mayor número de aduanas y tasas internacionales que estimulen, por el contrario, el comercio intramuros así como la venta del producto nacional. El eje nacionalismo-multiculturalismo sitúa en un extremo a los defensores del fomento y exclusividad de una cultura acorde con los usos y costumbres de su sociedad, y en el otro a los partidarios de la convivencia de múltiples tradiciones, culturas, ideas, formas y estilos de vida en el seno de una sociedad de carácter global o universal. En lo concerniente al colectivismo-capitalismo, encontramos que en un extremo se ubicarían los convencidos de la necesidad de colectivizar/nacionalizar/estatalizar la totalidad de los medios de producción para beneficio, en principio aunque no necesariamente²⁶, de la clase obrera o trabajadora; y, en el otro, los partidarios de la privatización como forma, explícita o tácita, de mantener o aun incrementar los privilegios y la superioridad socioeconómica de las clases más pudientes

²⁴ «Cualquiera que se considere la interpretación más correcta, no hay ninguna duda de que en las modernas democracias de masa las nociones de izquierda y de derecha desempeñan un papel relevante en el ámbito de la competencia electoral entre los partidos. Estas nociones simplifican las opciones de los electores y son un medio eficaz de comunicación entre electores y partidos. Esto está demostrado por numerosos estudios empíricos que revelan cómo en el nivel de los electorados de los diversos países la mayor parte de los entrevistados no tienen ninguna dificultad en colocarse a sí mismos y a los partidos del sistema (al menos los mayores) sobre este continuo». (Bobbio, Matteucci y Pasquino, *Diccionario de política*, p. 531.)

²⁵ Como veremos, esta pretensión de la «vuelta atrás» será una de las propiedades esenciales y definitorias de nuestra caracterización de la extrema derecha, y por añadidura una de las razones primordiales para excluir –parcial, mas *no totalmente*– de la misma al nazi-fascismo.

²⁶ Véase el caso de la disparidad de objetivos perseguidos, sobre el papel, por la nacionalización de corte comunista y la de corte nazi-fascista, orientada la primera al beneficio único y exclusivo de la clase proletaria (si bien entendida como «clase universal») y la segunda a la de todas las clases de la nación (con independencia de que se reconozca o no su existencia o incluso su necesidad, aspecto en el que, dicho sea de paso, discrepan los dos principales movimientos fascistas históricos, fascismo –italiano- y nazismo).

y, por tanto, dirigentes. El eje productivismo-decrecimiento se parece al anterior toda vez que en un extremo nos topáramos con los partidarios de una constante explotación medio ambiental en pro de un crecimiento económico tan ilimitado como sea posible y, en el otro, a los defensores de un cambio radical en las políticas económicas productivistas que sacrifique el crecimiento en aras de la conservación y recuperación de espacios y recursos medioambientales esquilados o incluso en vías de agotamiento y desaparición. El eje centralismo-descentralismo, en su versión política, coloca en un extremo estarían los defensores de un Estado cuyas competencias estén férreamente controladas por el Gobierno central, y en el otro los abogados de la máxima cesión posible de dichas competencias, que quedarían en manos de las distintas administraciones regionales, locales y municipales. Cabe mencionar, asimismo, el eje arriba-abajo, dispuesto en torno a un extremo –el de abajo– en el que estarían reunidos todos los «desposeídos», necesitados, marginados, perdedores sociales y de la globalización, etc. y a otro –el de arriba– en el que se ubicarían los pudientes, saciados y privilegiados de la sociedad y del Estado y que, a diferencia de los demás, se caracteriza por su naturaleza expresamente *vertical*, y no horizontal²⁷. Todos estos ejes lineales (e infinidad más) responden a multiplicidad de criterios ordenadores, como pueden ser la libertad, el papel de la Iglesia o la política internacional, por citar algunos.

Por supuesto, también existen ejemplos conocidos de enfoques pluridimensionales²⁸. Es el caso del modelo del psicólogo Hans Eysenck, que presenta un doble eje vertical-horizontal cuyos parámetros son, respectivamente, tendencia autoritaria-tendencia no autoritaria o democrática [*tough-mindedness-tender-mindedness*] e izquierda-derecha²⁹. También destaca el conocido modelo del «Gráfico de Nolan», elaborado por el político estadounidense David Nolan, que conjuga un eje vertical-horizontal, económico-político, basado en ambos casos en la tendencia a una mayor o a una menor libertad y que da como resultado los pares de opuestos liberal-totalitario y progresista-conservador, reservando un importante espacio al centro. Más peculiar resulta el «Gráfico de Pournelle», desarrollado por el periodista y escritor estadounidense Jerry Pournelle y que se articula en torno a un eje de «estatismo» y a otro de «racionalidad», polarizados el primero entre un alto estatismo y un bajo estatismo y el segundo entre una alta racionalidad y una baja racionalidad. También es digna de reseña la existencia de modelos de más de dos ejes, como el «modelo ecologista» propuesto por el político y activista francés Florent Marcellesi, (que al modelo de doble eje de inspiración eysenckiana autoritarismo-libertarismo/izquierda-derecha añade una tercera dimensión enfrentada entre productivismo-antiprodutivismo) o, incluso, el «modelo cúbico» o «Gráfico de Vosem» del Instituto Friesian, modificación «economicista» del Gráfico de Nolan notablemente más llamativo –y sin duda más complejo– que el gráfico diseñado por Pournelle³⁰.

Sin querer entrar en farragosos detalles, se trata en estos últimos pluridimensionales casos de modelos de varios ejes (también conocidos como «modelos de múltiples ejes») que intentan solventar o al menos eludir las falencias más importantes de los modelos lineales, y en particular del modelo izquierda-derecha (verbigracia, al dar cuenta de corrientes como el

²⁷ Más adelante volveremos a mencionar esta distinción arriba-abajo por lo significativo tanto de su propuesta como de la dispar interpretación a que da lugar en función de a cuál de las dos ideologías que habitualmente la han sostenido – comunismo y nazi-fascismo– nos reframos.

²⁸ «La ciencia política contemporánea expresó desde muy pronto sus dudas sobre la extrema simplificación que puede implicar la reducción del pluralismo político moderno a este esquema bipolar [izquierda-derecha]. Así, fueron propuestos esquemas igualmente espaciales y significativos, pero algo más complejos». (Cardoso Rosas, João, «La topografía política. La aplicación de coordenadas espaciales a los lenguajes e imaginarios políticos», capítulo recogido en Colom, Francisco y Rivero, Ángel (eds.), *El espacio político. Aproximaciones al giro espacial desde la teoría política*, traducción de Ángel Rivero, Anthropos, Barcelona, 2015, p. 35.)

²⁹ Modelo presentado en la obra de Eysenck *Sense and Nonsense in Psychology*, de 1964, muy similar al de la «Brújula Política» («*Political Compass*»), página web en la que es posible cumplimentar un formulario de preguntas mediante las cuales se arroja, como resultado, la presunta ubicación ideológica del encuestado conforme a los dos pares de criterios eysenckianos.

³⁰ He aquí la prueba: <http://www.friesian.com/quiz.htm> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

anarquismo o el libertarismo, en apariencia difícilmente conciliables con el eje izquierda-derecha), que no obstante su persistencia, adolece de importantes limitaciones:

No hay que escharbar mucho para detectar que esta forma diádica de entender la ideología política, a pesar de su apariencia práctica y funcional, es bastante cuestionable. (...) Autores como Herbert Kitschelt ya han advertido hace décadas que el viejo eje derecha-izquierda para organizar las preferencias de políticas distributivas ha dejado paso a nuevos ejes, como el eje liberal-autoritario (Kitschelt, 1994) que permite encontrar nuevos electores que combinan «preferencias de distribución económica derechistas y orientaciones socioculturales liberales» (Kitschelt, 2004: 19) y, por otro lado, permite entender la radicalización de muchos votantes, especialmente de la «nueva derecha», contrarios a la inmigración y en defensa de valores tradicionales (Kitschelt, 1990, 1995). En este mismo sentido, Hooghe et al. (2002) han construido un interesante eje llamado GAL-TAN (partidos verdes, alternativos y libertarios vs. partidos tradicionales, autoritarios y nacionalistas) que, en un tema como el proceso de construcción europea, demuestra ser mejor que el eje izquierda-derecha en un sentido muy importante: permite observar que, por un lado, los partidos de extrema derecha y de extrema izquierda comparten una misma noción ideológica «antiliberal» sobre el proceso de integración en la UE mientras que, por el otro lado, los partidos moderados se muestran favorables al mismo. Términos como izquierda y derecha, vistos como «recíprocamente exclusivos y conjuntamente exhaustivos» (Bobbio, 1995), distorsionan la capacidad para entender en qué consiste realmente la ideología política moderna, si olvidamos que las preferencias ideológicas admiten hoy mixturas ideológicas y unas concomitancias entre los extremos de izquierda y derecha (Ignazi, 2003) *contra las posiciones liberales moderadas que ocupaban el centro de la clásica escala ideológica*.³¹

Sea como fuere, lo que nos interesa poner de manifiesto aquí es, por un lado, que no hay un solo modelo de espectro político, sino tantos como sea posible confeccionar en torno a pares de oposición que pueden tener en cuenta criterios de todo punto dispares, y, por otro, que es necesario seleccionar uno de esos modelos para proceder al análisis de la categoría política objeto específico de nuestro estudio: el centro.

3) Selección de un modelo de espectro político

En su conocida obra de 1994 –posterior por tanto al *Diccionario de política-* titulada *Derecha e izquierda*, Bobbio, esta vez en solitario, se ocupa de esta cuestión siquiera indirectamente por cuanto se embarca en un espinoso examen del eje izquierda-derecha como resultado del cual no solo opta por defender la vigencia de la dicotomía frente a todos aquellos que, de un tiempo a aquella parte y, en realidad, a esta –la nuestra-, la consideraban como una distinción arcaica y superada, sino que, además, ofrece su propia visión del asunto después de analizar varias de las diversas concepciones existentes. Acerca de lo primero, dice:

³¹ Moreno, Carmelo, «Sobre trilemas y trileros. Por qué la ideología es cosa de tres y las emociones ayudan a gestionar las distintas opciones sobre la idea de igualdad», recogido en *Revista de Estudios Políticos*, nº 176, pp. 309-339. La cursiva es añadida. Las referencias a Kitschelt son «The left-right semantics & the new politics cleavage», en *Comparative Political Studies*, 23 (2), pp. 210-238, 1990; *The transformation of European Social Democracy*, Cambridge University Press, 1994; *The radical right in Western Europe*, University of Michigan Press, 1995; y «Diversificación y reconfiguración de los sistemas de partidos en las democracias postindustriales», recogido en *Revista Española de Ciencia Política*, 10, pp. 9-51, 2004. La referencia a Hooghe corresponde a Hooghe, L., Marks, G. Y Wilson, C. J., «Does Left/Right structure party positions on European integration?», *Comparative Political Studies*, 35 (8), pp. 965-989. La referencia a Bobbio es a la versión de 1995 de *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Taurus, Madrid. Finalmente, la referencia a Ignazi es *Extreme right parties in Western Europe*, Oxford University Press, 2003. La última y resaltada idea acerca de la ubicación del liberalismo dentro del tablero político adquirirá la mayor relevancia en partes posteriores de nuestra investigación.

Capítulo 1. Análisis general del espectro político

Nunca como hoy se ha escrito tanto en contra de la tradicional distinción entre derecha e izquierda, considerada como una distinción ya superada y sin ningún sentido, suponiendo que haya tenido alguno en el pasado (...). Entonces, ¿derecha e izquierda existen todavía? Y si aún existen y se mantienen como tales, ¿cómo se puede decir que han perdido todo su significado? Y si tienen todavía un significado, ¿cuál es?³²

Él mismo se responde:

Las causas de esta opinión [acerca del fin, lo arcaico o lo inútil de la distinción] (...) son distintas. (...) En la base y en el origen de las primeras dudas sobre la desaparición, o por lo menos sobre la menor fuerza representativa de la distinción, se encontraría la llamada crisis de las ideologías. (...) [S]e ha sostenido que, como el concepto de izquierda ha reducido drásticamente su propia capacidad connotativa hasta el punto que decir que se es de izquierdas es hoy una de las expresiones menos verificables en el vocabulario político, el viejo binomio podría ser sustituido oportunamente por este otro: progresistas-conservadores. (...) Se sostiene, en segundo lugar, que en un universo político cada vez más complejo como el de las grandes sociedades democráticas, se hace cada vez más inadecuada la separación, excesivamente clara, entre dos únicas partes contrapuestas, y cada vez más insuficiente la visión dicotómica de la política. (...) Se objeta (...) que en un pluriverso como el de las grandes sociedades democráticas, donde las partes en juego son muchas, y tienen entre ellas convergencias y divergencias que hacen posibles las más variadas combinaciones de las unas con las otras, ya no se pueden plantear los problemas bajo la forma de antítesis, de *aut aut*, o derecha o izquierda, si no es de derecha es de izquierda, o viceversa. La objeción es acertada, pero no es decisiva. La distinción entre derecha e izquierda no excluye en absoluto (...) la configuración de una línea continua sobre la cual, entre la izquierda inicial y la derecha final (...), se colocan posiciones intermedias que ocupan el espacio central entre los dos extremos, y al que se le denomina, como se sabe, con el nombre de «centro».³³

Este fragmento resulta relevante tanto por su condición demostrativa como por su introducción del que a la postre será el elemento clave de la presente investigación: la categoría del centro político³⁴. Ahora nos interesa más saber cómo resuelve Bobbio el compromiso de defensa del eje izquierda-derecha que ha adquirido al iniciar su propia investigación, producto de la cual es, como decíamos, su desacuerdo con la opinión que sostiene la validez y vigencia de la misma. ¿Realmente es posible seguir sosteniendo semejante binomio? Para él no cabe duda: sí. Pero ¿en base a qué criterios?

Una vez se haya considerado y aceptado que derecha e izquierda son dos conceptos espaciales, que no son conceptos ontológicos, y que no tienen un contenido determinado, específico y constante en el tiempo, ¿hay que sacar la conclusión de que

³² Bobbio, *Derecha e izquierda*, p. 27.

³³ Bobbio, *Derecha e izquierda*, pp. 35-37.

³⁴ Una buena exposición a modo de anticipo de este aspecto la encontramos en el siguiente fragmento del *Spectrum* de Perry Anderson: «Bobbio parte de la creciente frecuencia con la que las ideas de «derecha» e «izquierda» se rechazan en el debate político de hoy, a pesar, señala, de su uso continuo e incluso acentuado en el enfrentamiento electoral. ¿Por qué, pregunta, ahora se repudia tan a menudo la oposición tradicional entre derecha e izquierda? Hay en la actualidad tres modos de contestar tal dicotomía, sugiere. El primero es relativizar el dúo, insistiendo en la existencia de un «tercero incluido»: a saber, un centro moderado, situado entre izquierda y derecha, que ocupa la mayoría del espacio real de los sistemas políticos democráticos. El segundo modo de rechazar la distinción es centrarse en las perspectivas de «un tercero incluyente», que integra y sustituye a izquierda y derecha en una especie de síntesis superior. El último es señalar el ascenso de un «tercero transversal», que penetra en los campos de la izquierda y de la derecha, y les resta importancia: el papel, señala, que a menudo se le atribuye a la política verde». (Anderson, Perry, *Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas* (2005), traducción de Cristina Piña Aldao, Akal, Madrid, 2008, p. 145. La cursiva es añadida.) Será en nuestro tercer capítulo donde pongamos esos modos en relación con nuestro planteamiento e hipótesis sobre la naturaleza del centro y, a renglón seguido, la característica centralidad del nazi-fascismo.

La (a)tracción del centro

son cajas vacías que se pueden llenar con cualquier mercancía? (...) [N]o podemos evitar constatar que, a pesar de las metodologías utilizadas, existe entre ellos cierto aire familiar, que a menudo los hace aparecer como variaciones de un único tema. *El tema que reaparece en todas las variaciones es la contraposición entre visión horizontal o igualitaria de la sociedad, y visión vertical o no igualitaria.* (...) De las reflexiones realizadas hasta aquí (...) resultaría que *el criterio más frecuentemente adoptado para distinguir la derecha de la izquierda es el de la diferente actitud que asumen los hombres que viven en sociedad frente al ideal de igualdad.*³⁵

O sea, el par igualdad-desigualdad o, si se prefiere, igualitarismo-desigualitarismo, esto es, búsqueda de la igualdad-renuncia a la igualdad, es el elegido por Bobbio como característico, respectivamente, de las posiciones de izquierda y de derecha. Así, resulta que

[p]or una parte están *los que consideran que los hombres son más iguales que desiguales*, [y] por otra *los que consideran que son más desiguales que iguales*. A este conflicto de elecciones básicas le acompaña también una distinta valoración de la relación entre igualdad-desigualdad natural e igualdad-desigualdad social. El igualitario parte de la convicción de que la mayor parte de las desigualdades que lo indignan, y querría hacer desaparecer, son sociales y, como tales, eliminables; el no igualitario, en cambio, parte de la convicción opuesta, que son naturales y, como tales, ineliminables. (...) La antítesis no podría ser más radical: en nombre de la igualdad natural, el igualitario condena la desigualdad social; en nombre de la desigualdad natural, el no igualitario condena la igualdad social.³⁶

Traducido al lenguaje del espectro político concorde con el eje izquierda-derecha, esto quiere decir que todos aquellos posicionamientos, corrientes, movimientos o ideologías que «consideran que los hombres son más iguales que desiguales» y tengan en consecuencia entre sus pilares fundamentales la erradicación de las desigualdades económicas y sociales en favor de la reivindicación de la (presunta) igualdad de la que gozan todos los seres humanos, podrán ser considerados posicionamientos, corrientes, movimientos o ideologías de izquierda; por el contrario, todos aquellos posicionamientos, corrientes, etc. que «consideran que los hombres son más desiguales que iguales» y por consiguiente propugnen que es precisamente la naturaleza la que da lugar a esas desigualdades y que por tanto son insalvables, no debiendo la sociedad entrometerse para «corregirlas», podrán ser tenidos por posicionamientos, corrientes, etc. de derecha. En pocas palabras: la izquierda defiende la igualdad; la derecha, la desigualdad.

Pero Bobbio no ha terminado. Al parámetro igualdad-desigualdad considera oportuno sumarle otro complementario:

Al lado de la díada (...) igualdad-desigualdad, de la cual nacen doctrinas y movimientos igualitarios y no igualitarios, es necesario colocar una díada no menos importante históricamente: *libertad-autoridad*. De esta derivan doctrinas y movimientos libertarios y autoritarios.³⁷

Mientras el par igualdad-desigualdad explicaría la división del espectro en izquierda y derecha, el par libertad-autoridad daría cuenta de la división, dentro de la izquierda, entre izquierda moderada (homologable, a efectos prácticos, al centro-izquierda) e izquierda radical o extrema izquierda, y otro tanto de lo mismo dentro de la derecha, que quedaría escindida entre una derecha moderada (igualmente homologable, también a efectos prácticos, al

³⁵ Bobbio, *Derecha e izquierda*, pp. 105, 107. La cursiva es añadida.

³⁶ Bobbio, *Derecha e izquierda*, pp. 115-117. La cursiva es añadida.

³⁷ Bobbio, *Derecha e izquierda*, p. 129. La cursiva es añadida. Bobbio especifica que esta segunda díada se rige por un tercer par adicional, moderación-extremismo (respectivamente).

centro-derecha) y una derecha radical o extrema derecha³⁸. Ofrecidos ambos parámetros, Bobbio se da por satisfecho:

[s]e trata de dos criterios, en mi opinión, fundamentales, que, combinados, sirven para designar un mapa que salva la discutida distinción entre derecha e izquierda, y al mismo tiempo responde a la demasiado difícil objeción de que se consideren de derecha o de izquierda doctrinas y movimientos no homogéneos como, a la izquierda, el comunismo y el socialismo democrático, y a la derecha, el fascismo y el conservadurismo; también explica el porqué, aun no siendo homogéneos, pueden ser aliados potenciales en excepcionales situaciones de crisis.³⁹

Así, el ordenamiento espectral resultante queda configurado como sigue:

Si se me concede que el criterio para distinguir la derecha de la izquierda es la diferente apreciación con respecto a la idea de igualdad, y que el criterio para distinguir el ala moderada de la extremista, tanto en la derecha como en la izquierda, es la distinta actitud con respecto a la libertad, se puede distribuir esquemáticamente el espectro donde se ubiquen doctrinas y movimientos políticos en estas cuatro partes: *a)* en la extrema izquierda están los movimientos a la vez igualitarios y autoritarios, de los cuales el ejemplo histórico más importante, tanto que se ha convertido en una categoría abstracta susceptible de ser aplicada, y efectivamente aplicada, a periodos y situaciones históricas distintas, es el jacobinismo; *b)* en el centro-izquierda, doctrinas y movimientos a la vez igualitarios y libertarios, a los que hoy podríamos aplicar la expresión «socialismo liberal», incluyendo en ella a todos los partidos socialdemócratas, incluso en sus diferentes praxis políticas; *c)* en el centro-derecha, doctrinas y movimientos a la vez libertarios y no igualitarios, dentro de los cuales se incluyen los partidos conservadores que se distinguen de las derechas reaccionarias por su fidelidad al método democrático, pero que, con respecto al ideal de la igualdad, se afirman y se detienen en la igualdad frente a la ley, que implica únicamente el deber por parte del juez de aplicar las leyes de una manera imparcial y en la igual libertad que caracteriza lo que he llamado igualitarismo mínimo; *d)* en la extrema derecha, doctrinas y movimientos antiliberales y antiigualitarios, sobre los que creo que es superfluo señalar ejemplos históricos bien conocidos como *el fascismo y el nazismo*.⁴⁰

Al margen de la evidente ausencia de un tratamiento específico de la categoría del centro político, que Bobbio únicamente parece tener en cuenta en tanto ligado a izquierda y derecha pero no por sí mismo como posición autónoma, independiente y singular, lo que ahora nos

³⁸ En este punto cabe hacer un pequeño inciso. Si bien es cierto que la asociación entre izquierda e igualdad o igualitarismo es frecuente y aun habitual, no sucede lo mismo (o no con la misma frecuencia o habitualidad) con la derecha respecto a la desigualdad. De un tiempo a esta parte (con la importante salvedad que estudiaremos en el Apéndice), mientras a la izquierda se la tiende a asociar con la igualdad, a la derecha no se la tiende a asociar *tanto* con la desigualdad como con la libertad. En este sentido, podría aducirse que la base de la distinción izquierda-derecha no es tanto la respectiva defensa de la igualdad y la desigualdad como la de la igualdad, por un lado, y la libertad, por otro. Se trata de una visión relativamente extendida que no es del todo errónea, pero sí incompleta y superficial. La idea de que la izquierda defiende la igualdad en (mayor o menor) detrimento de la libertad es cierta, porque la libertad impide la igualdad. Ahora bien, la idea de que entonces, por contraste, la derecha defiende la libertad en detrimento de la igualdad solo es cierta a medias, ya que la derecha que defiende la libertad (que ni siquiera es toda la derecha ni, habida cuenta de su origen, la defiende desde su nacimiento) no lo hace, una vez más, *tanto* por la libertad misma como por su condición de posibilidad y aun legitimación de la desigualdad. Solo en la medida en la que la libertad justifica o excusa la aparición y mantenimiento de unas desigualdades que se consideran legítimas por naturales, adquiere la propia libertad su valor. Así pues, en puridad, no cabe oponer izquierda y derecha por razón de sus presuntas y respectivas defensas de la igualdad y la libertad en lugar de por razón de sus -estas sí ciertas en la superficie como en el fondo- respectivas defensas de la igualdad y la desigualdad. Máxime, por añadidura, teniendo en cuenta que la libertad solo la valora, por sí misma, el liberal, dado que para el socialista fomentaría una inmoral desigualdad y para el conservador (siquiera para el más intransigente) socavaría la conservación y pondría en cuestión y riesgo las estructuras y el orden tradicionales del que tanto gustan los suyos.

³⁹ Bobbio, *Derecha e izquierda*, pp. 131-132.

⁴⁰ Bobbio, *Derecha e izquierda*, pp. 130-131. La cursiva es añadida.

interesa reseñar respecto a esta disposición bobbiana no es tanto esa omisión como una suerte de «desacierto» imputable a su eje paramétrico central de igualdad-desigualdad. Consiste dicho «despiste» en incluir a los movimientos nazi-fascistas en la *estrecha* (pero no por ello menos caótica) categoría de la extrema derecha por cuanto los entiende como «doctrinas o movimientos antiliberales y antiigualitarios», sobre los que cree, textualmente, «superfluo» indicar ejemplos históricos. De que los regímenes nazi-fascistas fueron —en la teoría y en la práctica— antiliberales no cabe ninguna duda, no obstante los contrarios (y por eso mismo interesantes) matices que puedan aducirse al respecto en su condición de ideologías sintéticas que, como teorizaremos, asumen en tanto tales rasgos de todo el espectro, incluido el centro (socio)liberal. Pero no está tan claro que tales movimientos fueran antiigualitaristas en su seno, es decir, *hacia dentro*. En realidad, por muy antiigualitaristas que fueran —y lo fueron— hacia fuera —es decir, respecto a terceros países o, mejor aún, *demos*—, intramuros predicaban *de iure* algo muy distinto y, en la medida en la que se ajustaba a sus planes y previsiones de futuro, lo aplicaban *de facto*⁴¹.

Esta «falta» es de todo punto comprensible. Es precisamente una de las hipótesis de esta tesis mostrar lo erróneo de circunscribir y limitar el radio ideológico del nazi-fascismo al campo de la extrema derecha. Y, en cualquier caso, amén de, curiosamente, no socavar en modo alguno el patrón igualdad-desigualdad (que se aviene a la perfección a nuestro planteamiento, si bien lo hace más *a pesar de* la inclusión bobbiana del nazi-fascismo en la extrema derecha que gracias a ella), no resta un ápice de respetabilidad a la propuesta del filósofo turinés. Hasta tal punto es esto así que, si algún modelo y criterios de ordenación habremos de seguir en lo sucesivo, tal modelo y tales criterios serán, justamente, los respaldados por Bobbio. Ello porque, en primer lugar, el italiano fundamenta y justifica con todo el rigor y la corrección que le son propios su propuesta sin que los reparos que le hemos puesto deban suponer su descarte, y mucho menos la invaliden; porque, en segundo lugar, crea una terminología de la máxima utilidad para nuestros propósitos, cual es el caso de los términos referidos a la figura del «tercero» entre la izquierda y la derecha, a saber, el «tercero incluido» y el «tercero incluyente»⁴²; porque, en tercer lugar, sus dos díadas taxonómicas igualdad-desigualdad y libertad-autoridad, sumados al par más genérico y vago —pero no por ello menos accesible ni comprensible— del cambio-conservación, se ajustan a nuestra propia argumentación y son, como también hemos subrayado, sumamente consistentes; y porque, en último lugar, el respaldo empírico histórico existente tras el modelo espectral articulado en torno al par izquierda-derecha y su pervivencia en el tiempo son innegables, así como significativos. Como apunta el filósofo portugués João Cardoso Rosas,

⁴¹ Así, especialistas como Roger Griffin reparan en que «[n]o hay duda de que, para los fascistas más radicales, el objetivo a largo plazo era *reemplazar la profunda desigualdad social y el individualismo atomizador*, producidos por el capitalismo y la estratificación de clases, *por una comunidad nacional cuyos miembros estuvieran protegidos de la explotación y las privaciones por un Estado altamente intervencionista que dirigiría la economía para salvaguardar los intereses de toda la nación*, entendida ésta como un organismo *homogéneo* en lo étnico o en lo cultural». (Griffin, *Fascismo*, p. 116. La cursiva es añadida.) Sea como fuere, si bien podría argüirse que poco o nada tiene de particular o específica esta situación de igualación hacia dentro y diferenciación hacia fuera en tanto necesariamente constitutiva de toda comunidad política nacional y/o estatal, lo cierto es que sí que existe una peculiaridad propia de la realidad nazi-fascista o, cuanto menos, nazi: al articular la nacionalidad (y el consiguiente acceso a la condición de ciudadano) sobre la base de un requisito sustancial no adquirible a intención ni voluntad, como es la raza, las posibilidades de obtención de dicha nacionalidad o, si se prefiere, de ingreso a la comunidad política nazi se reducen drásticamente. Por el contrario, en casi cualesquiera otras formulaciones del acceso a la nacionalidad, incluida la fascista (italiana), el requisito exigido, aun siendo de un orden superior al legal (cultural, por ejemplo, con todo lo que ello supone), está al alcance —con mayor o menor facilidad o dificultad, según sea el caso, pero lo está— de cualquier individuo, siquiera en principio. Así, mientras en un régimen fascista al estilo italiano cualquiera podría adquirir la nacionalidad italiana en tanto en cuanto comulgase con los ideales fascistas y, naturalmente, se socializase y «enculturase» en la «italianidad», no sucedería lo mismo (salvo, quizá, excepcionales condiciones) en el caso de alguien que, durante el régimen nazi, aspirase, sin ser ario, a obtener la ciudadanía alemana.

⁴² Desarrollaremos sistemáticamente el sentido de estos términos en el capítulo tercero. Respecto al «tercero transversal», glosado por Anderson e identificado con el ecologismo, en principio no nos incumbirá aquí su análisis.

Capítulo 1. Análisis general del espectro político

al pensar en la topografía política moderna [dispuesta conforme al eje izquierda-derecha] no debemos restringir nuestro análisis a su génesis en la Francia entre 1789 y 1815. Si resulta indudable que tiene su origen en los acontecimientos paradigmáticos de la Revolución Francesa y en la propia evolución de la política francesa, es igualmente cierto que esta topografía se generalizó a todos los regímenes constitucionales surgidos en Europa y América a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, y más tarde también en otras regiones del mundo. La progresiva democratización de estos regímenes mediante la ampliación del sufragio reforzó la importancia y omnipresencia de esta espaciología fundamental.⁴³

Esto significa, en definitiva, que nuestra referencia espectral será, también, la del eje izquierda-derecha y que la colocación en él de las diversas corrientes y movimientos políticos responderá directamente a la aplicación subyacente y permanente de los criterios de igualdad-desigualdad y libertad-autoridad más cambio-conservación. En el próximo capítulo nos ocuparemos de la caracterización de esas mismas corrientes y esos mismos movimientos de acuerdo con tal marco explicativo y ordenador⁴⁴.

⁴³ Cardoso Rosas, João, «La topografía política. La aplicación de coordenadas espaciales a los lenguajes e imaginarios políticos», en Colom, Francisco y Rivero, Ángel (eds.), *El espacio político*, p. 29.

⁴⁴ La selección de este eje izquierda-derecha no obsta para que tengamos en cuenta algo que, debido a la apariencia dicotómica del mismo, puede llevar a engaño. Se trata de la existencia, en un espectro articulado en torno a este par, de un tercer espacio intermedio entre ambos, cual sería el del centro, que obviamente defendemos. Así, nosotros, como plantea Moreno (en línea, por cierto, a este respecto, con el «enfoque macro-ideológico» de Michael Freedon), también «creemos, en suma, que este esquema ideológico triangular (liberal vs. socialista vs. conservadora/nacionalista) y sus correspondientes combinaciones ofrece un marco más adecuado y realista que el propuesto por el eje izquierda-derecha». (Moreno, «Sobre trilemas y trileros. Por qué la ideología es cosa de tres y las emociones ayudan a gestionar las distintas opciones sobre la idea de igualdad», p. 334) Pero no consideramos que se trate de un esquema (trilemático) y un eje (dicotómico) incompatibles o inconciliables entre sí. De hecho, como veremos tanto a lo largo de la investigación propiamente dicha como en el Diagrama que al término del Entreacto II resultará de la misma, consideramos que ambos parámetros pueden imbricarse sencilla, funcional y fructíferamente.

Capítulo 2

Análisis particular del espectro político

Toda vez que hemos seleccionado un modelo de espectro -el tradicional izquierda-derecha-, así como unos criterios rectores del mismo -los dos criterios de ordenación propuestos por Bobbio más el binomio complementario cambio-conservación-, procederemos al señalamiento y análisis pormenorizado de las posiciones que constituyen ese modelo de acuerdo con esos mismos criterios. Optaremos por dividir el presente capítulo en dos apartados, el primero de ellos relativo a las posiciones de izquierda y de derecha (entendidas como convergentes hacia el centro) y el segundo concerniente a sus respectivas radicalizaciones máximas, esto es, a las posiciones de extrema izquierda y de extrema derecha (entendidas como divergentes del centro).

Para ello, en lo sucesivo se pretende, en primer lugar, comprobar en qué medida cabe efectivamente seguir a Bobbio en su interpretación de las sendas razones de ser de la izquierda y de la derecha, así como poner de manifiesto las implicaciones que dicha interpretación pudiera tener en caso de ser correcta. En segundo lugar, realizaremos un somero pero indispensable recorrido histórico que muestre el desenvolvimiento de la izquierda y la derecha (occidentales, europeas, continentales) con la intención de, por una parte, verificar el primer objetivo, y por otra, extraer las conclusiones oportunas que permitan, una vez que se haya caracterizado el binomio izquierda-derecha, hacer lo propio respecto al binomio extrema izquierda-extrema derecha. En tercer lugar, analizaremos de modo específico la categoría de la extrema derecha, cuya definición y demarcación no podrá sino ser, en línea con lo apuntado en la introducción de la tesis, eminentemente problemática, constituyendo dicha problematicidad uno de los aspectos a examinar dada su relevancia intrínseca y, por supuesto, su relevancia en relación al desarrollo de la investigación. En cuarto y último lugar, introduciremos la cuestión del centro como categoría política insoslayable en aras de la comprensión tanto de la naturaleza del par izquierda-derecha (por razón de convergencia centrípeta) como de la del par extrema izquierda-extrema derecha (por razón de divergencia centrífuga), preparando así el terreno para el capítulo tercero, al que relegaremos el estudio específico de esta categoría en la idea de que no podrá efectuarse con la apetecida precisión y seriedad sin un análisis previo del resto de posturas que en torno a él, respecto a él o frente a él se definen. Este recorrido servirá, asimismo, para reflejar la importancia que dicha categoría del centro posee en tanto vertebradora de la investigación.

1) De las posiciones constituyentes del espectro político

A la hora de determinar las posiciones constituyentes del espectro político que habrán de ser objeto de análisis a lo largo del presente capítulo pensamos, sin duda, en la izquierda, la derecha, la extrema izquierda y la extrema derecha. Que estas cuatro sean las elegidas se debe a que no solo son las constituyentes tradicionales, evidentemente, de *todos* los espectros articulados conforme al eje izquierda-derecha, sino que, además, son las que con mayor solvencia garantizan la consistencia del propio análisis en tanto en cuanto abarcan la práctica totalidad de los fenómenos políticos tradicionales y aun de los menos tradicionales⁴⁵.

⁴⁵ Aunque, en estos casos, con ciertos problemas. De ahí las propuestas pluridimensionales o de múltiples ejes a las que hemos hecho mención en el capítulo anterior. Por supuesto, Bobbio está de acuerdo con esta opinión general: «Derecha e izquierda» son dos términos antitéticos que, desde hace más de dos siglos, se emplean habitualmente para designar el

Suestudio asegurará tanto la firmeza de los resultados obtenidos como su utilidad para la investigación, cuyas hipótesis de trabajo pretenden cimentarse, precisamente, en tales resultados.

Por otro lado, la razón tras esta estructuración de apartados que nos conducirá de las posiciones más moderadas a las más radicales responderá tanto a la condición *originaria* de todas ellas⁴⁶, como a la -no por evidente menos remarcable- circunstancia de que solo es posible comprender con la debida corrección una posición extremista si antes se está en conocimiento de aquellos fundamentos en los que se asienta y que son los que «extremiza». Asimismo, el hecho de que la extrema derecha sea la última de las posiciones en someterse a análisis y tratamiento obedece a la expresa intención de definir y precisar, en sus justos términos y realidades, esa suerte de cajón de sastre político que ha tendido a ser siempre dicha categoría política, «hogar» de todo tipo de corrientes, movimientos y pretensiones, independientemente de su disparidad e incluso, las más de las veces, de su explícita oposición y aun repulsión.

En cuanto al anarquismo, cabe decir que, en la medida en que manifiesta una confesa renuncia a todo carácter político y, por tanto, a toda aparición dentro de (casi) cualesquiera espectros, ha de ser tenido en cuenta, si acaso, de manera subsidiaria, es decir, en su potencial calidad de destino ulterior (e ideal) de cada posición extremista⁴⁷.

En lo tocante a las dimensiones desde las que se pretende abordar el análisis de los distintos posicionamientos, obviamente habrán de ser regulares y homogéneas, puesto que resultaría incongruente emplear unos parámetros en unos casos y otros en otros. En este sentido, las principales dimensiones a tener en cuenta para llevar a cabo tales análisis serán, de un lado, sus respectivas opiniones sobre los criterios bobbianos (es decir, sus respectivos posicionamientos respecto al eje igualdad-desigualdad y al eje libertad-autoridad, a los que se añadirá el eje cambio-conservación), y, de otro, sus respectivos planteamientos económicos (teoría económica que propugnan), sociales (modelo de sociedad que reivindican) y políticos (forma de Estado y modelo de legitimación, administración y gestión del poder por el que optan), todos ellos fruto y consecuencia de las diversas perspectivas adoptadas respecto a los primeros⁴⁸. El tratamiento de estas dimensiones, no obstante su obligada brevedad, resulta de todo punto pertinente. La combinación de las mismas habrá de arrojar como resultado una justificación de la ordenación del espectro, así como la confección de un marco de análisis sólido desde el que acometer la triple empresa en pro de cuya consecución está organizada la presente investigación: definir el centro político, (re)definir la extrema derecha (y por extensión el nazi-fascismo, hasta ahora incluido *exclusivamente* en ella) y conectar, a través del primero, la síntesis moderada socioliberal y la síntesis extremista nazi-fascista.

conflicto entre las ideologías y los movimientos en que está dividido el universo, eminentemente conflictivo, del pensamiento y de las acciones políticas. En cuanto términos antitéticos son, respecto del universo al que se refieren, recíprocamente exclusivos y conjuntamente *exhaustivos*: exclusivos, en el sentido de que ninguna doctrina ni ningún movimiento pueden ser al mismo tiempo de derechas y de izquierdas; *exhaustivos*, porque, al menos en la acepción más rigurosa de ambos términos (...) *una doctrina o movimiento únicamente puede ser de derechas o de izquierdas*». (Bobbio, *Derecha e izquierda*, p. 33. La cursiva es añadida.)

⁴⁶ Lejos de lo que parecería indicar el sentido común, a saber, que para que exista una posición extrema *antes* debe estar dada una moderada, subrayaremos cómo, en realidad, moderados y extremistas surgieron al mismo tiempo y en el mismo lugar.

⁴⁷ Sobre el anarquismo es posible decir un par de cosas. La primera es que, en aquellos espectros cuyo eje único o al menos prioritario lo representa la libertad, su presencia (con todos los matices derivados de su múltiple tipología) parece obligada, si es que no lo es de hecho. La segunda es que, como trataremos de reflejar en momentos puntuales y, sobre todo, en el Diagrama con el que cerraremos las dos primeras partes de nuestro trabajo, su inclusión en el mismo responde a lo que hemos dicho, esto es, a una presumible deriva ulterior e ideal de cada uno de los tres extremismos que tendrá en consideración nuestro modelo espectral, a saber: el de izquierdas (comunismo), el de derechas (tradicionalismo) y, claro, el de centro (nazi-fascismo, aunque especialmente el nazismo). A los efectos, se tratará de una simple suposición que en modo alguno afectará ni alterará nuestro discurso.

⁴⁸ Es decir, que en función de la postura que se sostenga respecto a los criterios de igualdad-desigualdad y libertad-autoridad (así como cambio-conservación), se secundará, lógicamente, un modelo económico, social y político u otro, y *no al revés*.

En lo esencial, se pretende que en este segundo capítulo queden perfiladas las cuatro posiciones por antonomasia del espectro político izquierda-derecha, con la única excepción de un centro político al que, como ha quedado dicho, será oportuno dedicarle líneas específicas más adelante.

2) De las posiciones moderadas, convergentes o centrípetas: izquierda y derecha

En el capítulo anterior hemos señalado que el binomio izquierda-derecha tuvo su origen, y con él el espectro político (*casí*) en su totalidad, en la Asamblea Constituyente francesa. Su mutua formación y recíproca determinación (por contraposición) tuvo lugar en un contexto en el que un cambio en el *statu quo* parecía ya irreversible, como demostraba la misma existencia de la Asamblea.

Ahora bien, el motivo de divergencia entre los intereses de un bando y de otro y, por añadidura, de su propio encuadramiento como facciones enfrentadas entre sí, lo constituyó la incompatible comprensión que cada una tenía de lo que la sociedad y el Estado deberían ser. Mientras que la derecha trataba, en general, de minimizar daños y salvar en la medida en la que le fuera posible los fundamentos del antiguo orden, la izquierda pretendía subvertir esos mismos fundamentos en la idea de que en ese modelo se hallaba el origen de todos los problemas del Tercer Estado, al que representaba.

Para decirlo brevemente: en el Antiguo Régimen, el Trono y el Altar no representaron un punto de divergencia, por la sencilla razón de que constituían la esencia misma del Antiguo Régimen. *Pero en la Asamblea Revolucionaria, será el mismo Antiguo Régimen* (y no «corrientes» dadas en su seno), *aquello que se pondrá en cuestión a través de la oposición entre izquierdas y derechas*.⁴⁹

Frente al inmovilismo y la conservación, el cambio y la subversión; frente al respeto por la tradición, la voluntad de emancipación⁵⁰; frente al apego a lo viejo, la necesidad de lo nuevo⁵¹.

⁴⁹ Bueno, Gustavo, «En torno al concepto de “izquierda política”», *El Basilisco*, nº 29, 2001, pp. 3-28, disponible para su consulta en: <http://www.filosofia.org/rev/bas/bas22901.htm> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]. La cursiva es añadida. Paradójicamente, cabe la posibilidad de que fuera este ordenamiento tradicional impugnado por la izquierda el que, sin embargo, determinase la disposición de los contendientes en la Asamblea: «[L]as denominaciones topográficas directas de «izquierda» y de «derecha» no estaban «calculadas» en la Asamblea en el terreno de las relaciones directas entre los dos «partidos» enfrentados; estaban «calculadas» a partir de la relación topográfica de los grupos de diputados enfrentados con la presidencia, como centro topográfico de la Cámara. Lo que las denominaciones querían decir era esto: «Los que están a la derecha de la presidencia» y «dos que están a la izquierda». En principio, los representantes podrían haberse situado en lugares opuestos a los ocupados de hecho; aunque es ya significativo que, en cualquier caso, los diputados que defendían la misma opción estuviesen agrupados. No hay que descartar la influencia del simbolismo tradicional de la «diestra» y la «sinistra» en el momento de la ocupación de los escaños, dada la circunstancia de que *fuera práctica habitual en los templos cristianos el que los fieles de las clases más pudientes ocupasen los bancos de la derecha (respecto del Altar) y los fieles de las clases más «populares» ocupasen los bancos situados más a la izquierda del templo*. (Bueno, «En torno al concepto de “izquierda política”». La cursiva es añadida.) Asimismo, sobre este mismo particular relativo al trasfondo teológico de la oposición izquierda-derecha e incluso de la tríada izquierda-centro-derecha, «Ontología de la derecha y la izquierda», de Dalmacio Negro Pavón (*Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, nº 70, curso 1998-1999, Madrid, 1999, pp. 449-487.)

⁵⁰ «Desde el punto de vista así precisado [de Dino Cofrancesco], «el hombre de derecha es el que se preocupa, ante todo, de salvaguardar la *tradición*; el hombre de izquierda, en cambio, es el que entiende que, por encima de cualquier cosa, se ha de liberar a sus semejantes de las *cadena*s que les han sido impuestas por los privilegios de raza, de casta, de clase, etcétera». «Tradición» y «emancipación» pueden ser interpretadas también como metas últimas o fundamentales, y como tales irrenunciables, tanto por una parte como por la otra (...)». (Bobbio, *Derecha e izquierda*, p. 92. En cursiva en el original.)

⁵¹ Cantarero del Castillo introduce una interesante precisión al respecto: «Derecha e izquierda (...) son conceptos adjetivos elaborados por el hombre para hacer inteligible la actividad política. Pero ese dualismo aparece, sin embargo, en todo tipo de actividad humana, no sólo en la política. Y hasta en el interior del individuo mismo y en el marco de la determinación personal de la voluntad. Los antropólogos y los psicólogos han establecido que esa determinación de la voluntad está sometida, permanentemente, dentro del hombre, a una tensión antagónica, y equilibrante [sic], entre dos impulsos fundamentales: el del instinto de conservación y de defensa o «neofobia» (horror a lo nuevo) y el del instinto de exploración y de conquista o «neofilia» (amor a lo nuevo). De la «neofobia» nace el sentimiento de la prudencia y de la «neofilia» el sentimiento de la audacia. La «neofobia», evidentemente, es la «derecha», en el área íntima de las alternativas del entendimiento-voluntad individual, y la «neofilia», es, con igual evidencia, la «izquierda»». (Cantarero del Castillo, *Falange y*

En esta última pretensión de modificar drásticamente el orden social y no solo en llevar a cabo ciertas reformas -actitud propia de los «centristas» y de la derecha más moderada o aperturista- estriba el origen de la distinción izquierda-derecha, así como de sus posteriores divisiones internas (la izquierda a la izquierda de la izquierda, la derecha a la derecha de la derecha, etc.) y del porqué del absurdo de su retrotracción. Dado que no es hasta la Asamblea cuando verdaderamente se plantea la posibilidad de llevar a cabo semejante proyecto ligado directamente con la izquierda política, no cabe hablar de esta (ni por tanto de su contraria, la derecha) con anterioridad a este periodo:

[L]a extensión retrospectiva de los conceptos contemporáneos (modernos según otros) de «izquierda» y «derecha» es fuente inagotable de anacronismos insostenibles (...). [N]o cabe considerar por ejemplo al conflicto entre patricios y plebeyos de la Roma republicana como un conflicto entre derechas e izquierdas, porque tanto unos como otros estaban concertados para consolidar el Estado esclavista, representado por el «cuerpo viviente» del apólogo de Menenio (ni Espartaco podrá considerarse después como un «revolucionario de izquierdas», que buscaba subvertir el orden aristocrático, cuando lo que quería simplemente era escapar de ese orden). Y otro tanto diríamos de los grandes conflictos entre las corrientes políticas medievales. Los conflictos planteados en el terreno político se reducían muchas veces al tablero milenarista, que introducía en sus cálculos nada menos que el fin (metapolítico) de la vida en la Tierra. Si a los comuneros de Castilla no se les puede llamar de izquierdas (aunque algunos partidos de la izquierda española del siglo XIX o XX los hayan tomado o sigan tomándolos como bandera de su propio ideario), será porque ellos tampoco pretendieron subvertir el orden político, sino frenar los abusos de los grandes, cambiar de dinastía y acaso instaurar una forma distinta de Estado; una vez fracasadas sus ideas utópicas (la construcción de unas repúblicas urbanas, a semejanza de las repúblicas italianas), estuvieron dispuestos a extender el Imperio de Carlos I por el Nuevo Mundo, antes que por Europa.⁵²

Sentado esto, es fácil deducir que la pretensión fundamental de la izquierda revolucionaria francesa consistía, *grosso modo*, en la defensa del igualitarismo social y la abolición de la servidumbre y los privilegios de las clases altas, mientras que la de la derecha reaccionaria abogaba más bien por el mantenimiento de esos mismos privilegios de las clases nobles y clericales:

Así, por poner un ejemplo panorámico, la división inicial en Francia y Europa durante las primeras décadas del siglo XIX era entre una izquierda liberal opuesta a la jerarquías del Antiguo Régimen y una derecha conservadora y nostálgica del viejo orden. La izquierda favorecía el comercio libre y muchas veces también el anticlericalismo y el

socialismo, pp. 177-178. Citado de la obra *Ideas Actuales* del propio Cantarero.) En una línea muy similar se pronuncian, asimismo, Jonathan Haidt desde la Psicología Moral («Los omnívoros (...) van por la vida con dos motivos opuestos: la neofilia (la atracción por las cosas nuevas) y la neofobia (el miedo a las cosas nuevas). Las personas varían en términos de qué motivo es más fuerte, y esta variación volverá para ayudarnos en capítulos posteriores: los liberales obtienen notas más altas en las medidas de neofilia (también conocida como «apertura a la experiencia») no sólo en lo que se refiere a alimentos nuevos sino también nuevas personas, música e ideas. Los conservadores tienen más alta la neofobia; prefieren atenerse a lo que se ha intentado y lo que consideran verdadero, y se preocupan mucho más por proteger las fronteras, los límites y las tradiciones», en Haidt, Jonathan, *La mente de los justos. Por qué la política y la religión dividen a la gente sensata* (2012), traducción de Antonio García Maldonado, Planeta, Barcelona, 2019, p. 216) y Bueno desde la Filosofía («También adquirirán los términos «izquierda» y «derecha», con frecuencia, connotaciones temporales, y no sólo espaciales: *la derecha indica lo más originario, lo primario, por tanto lo antiguo, lo viejo; la izquierda adquirirá en cambio la connotación de lo que es nuevo, de lo moderno*», en Bueno, *El mito de la Izquierda*, pp. 96-97. La cursiva es añadida). Más adelante en este mismo capítulo abordaremos explícitamente este factor cronológico de la cuestión mencionado por Bueno.

⁵² Bueno, «En torno al concepto de “izquierda política”».

republicanismo. La derecha prefería un Estado fuerte, la religión establecida y la monarquía.⁵³

En efecto. Para lograr sus propósitos, la izquierda optó por hacer suyas las consignas ilustradas, especialmente la premisa racionalista de que el conocimiento (y con él el bienestar, la prosperidad y la felicidad) era accesible a través de la facultad de la Razón y la constatación empírica de que todos los seres humanos la poseen aunque no hayan tenido ocasión de ejercitarla. De aquí se concluiría que todos los seres humanos están igualmente capacitados *por naturaleza* para conocer y que tienen, por extensión, el mismo derecho *por sociedad* – digámoslo así – a participar de todos los beneficios que dicho conocimiento pueda traer consigo. Racionalismo y universalismo serían, entonces, los rasgos esenciales del pensamiento de aquella izquierda⁵⁴.

La derecha, por el contrario, se refugió en los valores tradicionales, sobremanera en los puntales básicos de la fe cristiana (católica), en cuyos principios revelados (y encarnados en la persona del Rey, cuya condición de tal dependía de la gracia de Dios) estaba segura de encontrar la razón de ser de la desigualdad *por naturaleza* de los hombres y su consecuente correlato de desigualdad *por sociedad*, el cual sancionaría su actitud – eminentemente particularista – de defensa de determinados grupos o clases sociales. Irracionalismo (o «intuicionismo») y particularismo serían, pues, los caracteres fundamentales del pensamiento de aquella derecha⁵⁵.

Con la ventaja que le confería entonces su todavía preeminente posición y poder, la derecha trató de recabar tantos apoyos internacionales como le fuera posible entre el resto de monarquías europeas con el pretexto de que no acabar con la «infección» revolucionaria dentro de Francia redundaría en su contagio fuera de ella. Pero el proceso, aun sin rumbo certero ni fijo, era imparable. Cuando Napoleón accedió al poder y emprendió la conquista de Europa lo hizo bajo la bandera, las ideas y los proyectos revolucionarios, sembrándolos en cuantos territorios doblegaban sus tropas⁵⁶. Con el tiempo, y a pesar de los diversos

⁵³ Cardoso Rosas, João, «La topografía política. La aplicación de coordenadas espaciales a los lenguajes e imaginarios políticos», en Colom, Francisco y Rivero, Ángel (eds.), *El espacio político*, p. 31. Acerca de este particular, cabe señalar que, cuanta mayor vehemencia ponía cada uno de los bandos en sus respectivas reivindicaciones, mayor extremismo hacia un lado u otro representaba, y de ahí las múltiples y elocuentes metáforas geográficas (el Pantano/la Llanura, la Montaña, la Cresta...) que daban cuenta de la composición de la Asamblea, algunas de las cuales ya hemos mencionado en el capítulo anterior.

⁵⁴ De nuevo, con Bueno: «La idea de la izquierda política ha sido siempre asociada al racionalismo, y no de un modo externo, circunstancial y oblicuo, sino interno, esencial y directo. (...) [L]a izquierda, desde sus orígenes, se presentó como abanderada de la razón. Y en nombre de la Razón y de la Luz (de la Ilustración) se enfrentó una y otra vez a la derecha, acusándola de ser defensora de la superstición, de las tinieblas, de la «vuelta a las cavernas». (...) La conexión entre la izquierda política de la Asamblea Revolucionaria y la Razón se deriva, evidentemente, de la Ilustración francesa que, a lo largo del siglo XVIII (...), en su lucha contra el Antiguo Régimen, fue estableciendo, cada vez con mayor energía, la identidad entre la tiranía (el Trono y el Altar) y la superstición, oponiendo por tanto a esta superstición la Razón, como condición de la libertad, y por tanto de la Ilustración. (...) La Ilustración levantó como bandera ideológica la Razón, suponiendo que la Iglesia era irracional y supersticiosa. Y es principalmente a través de este ataque a la Iglesia católica como la Razón, en cuanto debeladora del Altar, que arrastraría en su caída al Trono, alcanzaba su conexión con la izquierda política». (Bueno, *El mito de la Izquierda*, pp. 101-103.) Como veremos en el Apéndice, poco tiene que ver esa izquierda con la actual.

⁵⁵ Siguiendo a Bueno una vez más: «La característica de la «función derecha» quedaría correlativamente constituida por estos dos conceptos: el concepto de «intuicionismo praeterracional» y el concepto de particularismo. Por su componente intuicionista, las «derechas» se autoconcebirán como alternativas políticas prácticas cuyos principios se dicen inspirados en alguna revelación, ya sea dada a una elite, a un pueblo, o a un individuo («genialismo» de Fichte, «individuo carismático» de Weber). Por su componente particularista las derechas se autoconcebirán principalmente como alternativas políticas orientadas al fortalecimiento de un grupo, raza, pueblo o clase social (sin que sea por ello necesario que la derecha haya de considerar a los demás grupos razas o pueblos como «cantidades despreciables»). (Bueno, «En torno al concepto de «izquierda política»».)

⁵⁶ Sobre la base, por cierto, de un proyecto girondino anterior: «[L]os girondinos razonaban que en cuanto Francia declarara la guerra al emperador [austro-húngaro], los revolucionarios belgas y liejenses, ambos recientemente sometidos después de sendas revueltas de sentido burgués, volverían a levantarse en armas en pos de su libertad, combatiendo codo con codo con los franceses. De esta forma, la revolución traspasaría fronteras y ganaría aliados internacionales que (...) tendrían la oportunidad de adscribirse territorial y políticamente a Francia. Al mismo tiempo, la guerra conseguiría una consolidación

intentos de restauración del antiguo orden, la combinación del influjo de las doctrinas de la Revolución Francesa en lo social con el empuje modernizador proveniente de la Revolución Industrial en lo técnico dio como resultado la supresión jurídica del Antiguo Régimen en buena parte de los países europeos, así como un siglo XIX cuya fisonomía se presentaba drásticamente distinta de la de cualquier época anterior.

El capitalismo gestado en el siglo XVIII entró en una fase de crecimiento y esplendor inédita⁵⁷, transformando por completo el obsoleto engranaje económico y laboral heredado en un moderno y complejo sistema basado en la relación entre trabajo y capital que trajo consigo tanta riqueza como desigualdad. La izquierda, que había nacido como baluarte contra la desigualdad derivada de los privilegios de índole nobiliaria y religiosa, se reinventó durante estos años correspondientes a la primera parte del XIX y mantuvo sus pretensiones igualitaristas (conformes aún con su planteamiento racional-universalista), solo que secularizándolas aún más y extendiéndolas a todos los ámbitos de la sociedad, con especial atención al económico y social. Empero, la crónica falta de unidad entre sus distintas ramas –presente ya en la época de la Revolución– dio pie a la propagación de propuestas tan distintas como el socialismo «utópico» (de raigambre revolucionaria francesa), el socialismo científico o comunismo, la socialdemocracia e incluso el anarquismo. Todas compartían fines (deconstrucción/destrucción/superación del sistema capitalista, abolición de la propiedad privada, posesión colectiva de los medios de producción y reparto equitativo de la riqueza...), pero no medios. Mientras los anarquistas se mostraban ardientes defensores de la desaparición del Estado por entenderlo como una forma de coacción tan ilegítima como cualesquiera otras, si no más a tenor de su tamaño, su fuerza y su poder, los socialistas científicos o comunistas y los socialdemócratas veían en él un instrumento imprescindible para la coordinación y ejecución de los propósitos revolucionarios, si bien las discrepancias entre estos dos últimos grupos eran evidentes, al apostar el primero por la táctica revolucionaria «pura» y directa y el segundo por el «mero» e indirecto reformismo. Los socialistas «utópicos», por su parte, quedaban al margen de estas disputas al optar por la creación de reducidas comunidades, independientes unas de otras, en las que las tareas se repartiesen y se alcanzase a la postre un estado de armonía y paz entre las diversas comunas distribuidas por el mundo.

Durante este siglo, la derecha (que sostiene aún su línea intuitivo-particularista), *identificada ahora con lo que otrora había sido la izquierda*, es decir, con la burguesía⁵⁸ (aunque la nobleza siga existiendo, pero en proceso de paulatina hibridación y mutua conveniencia con

de la revolución a nivel interno, uniendo al pueblo bajo las consignas de la triunfante burguesía». (Bolinaga, *Breve historia de la Revolución Francesa*, p. 139.)

⁵⁷ «La grandeza de ese período histórico comprendido entre las guerras napoleónicas y la primera conflagración mundial estribó en que las gentes más eminentes de aquel tiempo no aspiraban sino a implantar un sistema de comercio libre, en un mundo pacífico, formado por nacionalidades independientes. Fue una era en que una población con fuerte crecimiento vio aumentar su nivel de vida de modo jamás otrora sospechado. Fue la edad del liberalismo». (Mises, Ludwig von, *Liberalismo* (1927), traducción de Joaquín Reig Albiol, Unión Editorial, Madrid, 1982, p. 11.)

⁵⁸ «Derecha e izquierda son dos conceptos políticos altamente equívocos porque varían en su significación según las circunstancias de modo, tiempo y lugar. Se puede ser de izquierdas dentro de la derecha y se puede ser de derechas dentro de la izquierda. Se puede ser hoy de izquierdas y, sin moverse de la posición ideológica, resultar de derechas mañana. En verdad, como la Historia demuestra, *la izquierda de hoy es siempre la derecha de mañana*». (Cantarero, *Falange y socialismo*, p. 177. La cursiva es añadida.) También encontramos esta peculiar transformación en aspectos más concretos: «Una ojeada al desarrollo del pensamiento político muestra que las mismas ideas han sido consideradas de izquierdas en determinados períodos y contextos y de derechas en otros. Por ejemplo, *los defensores de las filosofías librecambistas eran considerados de izquierda en el siglo XIX, pero hoy se les sitúa normalmente a la derecha*». (Giddens, Anthony, *La tercera vía: la renovación de la socialdemocracia* (1998), traducción de Pedro Cifuentes Huertas, Taurus, Madrid 1999, p. 51. La cursiva es añadida.) Otra de esas ideas inicialmente de izquierdas, posteriormente de derechas, será la idea de nación, que tan pronto como pierda su universalismo primigenio y se torne particularista constituirá una de las claves del surgimiento de movimientos como el fascismo, cuya naturaleza política, ideológica y espectral examinaremos en el capítulo quinto. Sea como fuere, hablamos de constataciones decisivas, por cuanto vienen a demostrar la existencia de un espacio político general y compartido en el que es posible ubicar las diferentes posturas sin menoscabo de su posible movilidad hacia uno u otro lado del espectro.

la burguesía triunfante pero carente de abolengo⁵⁹), también conservaba incólume su misión histórica de mantener su posición y sus privilegios, si bien ahora lo hace adoptando una perspectiva más proactiva. A diferencia de la «vieja derecha», la «nueva», reinventada como lo fuera la izquierda, ya no es inmovilista y retrógrada, o no del todo. Si bien en el plano político y social se muestra reacia a todo avance de las clases obreras, cuyo constante incremento cuantitativo amenaza su estatus rector⁶⁰, en el plano económico no tiene reparos a la hora de invertir en el desarrollo de nuevas máquinas que aumenten la productividad de sus empresas al tiempo que reduzcan costos en términos, fundamentalmente, de mano de obra.

Favorecida por su relativa unidad no solo de fines, sino también de medios, esa (nueva) derecha —cuyas reivindicaciones, valores y principios se encontraban *antes* en la izquierda— sigue manejando los hilos de la sociedad, pero no sin sustos ni sobresaltos. Las revoluciones que tienen lugar a lo largo y ancho del siglo, y especialmente las de 1848 (conocido como la «Primavera de los Pueblos» o, precisamente, el «Año de las Revoluciones»), aunque de corte liberal —pero no exentas de obrerismo—, dieron fin definitivamente a la Europa Restaurada y pusieron de manifiesto la creciente capacidad de las recién llegadas masas para hacer las veces de protagonistas políticos de primer orden. Tanto era así que, llegados ya al siglo XX, con las tensiones sociales fruto de la desigualdad generada por el sistema económico y la confirmación del mentado advenimiento de las masas a la palestra política, una sociedad tan atrasada a la sazón como la rusa fue testigo de la primera toma del poder —si exceptuamos el caso de la efímera Comuna de París— por parte de una formación comunista.

La Revolución Rusa de 1917 supuso, por un lado, el acceso al poder de los bolcheviques (en ruso, «la mayoría», aunque de tal tuviera más bien poco), la izquierda más extrema y radical, deudora directa de buena parte de las aspiraciones de la izquierda originaria; y, por otro, el inicio de una nueva oleada revolucionaria en Europa que poco a poco fue fomentando el viraje de la derecha clásica burguesa (y de la clase media) hacia posturas igualmente extremas y radicales, desembocando finalmente en el seno de un nuevo movimiento nacido, *entre otras razones*, como reacción ante el «peligro rojo»⁶¹: el fascismo, análogo heredero directo de los proyectos de la derecha originaria, si bien *solo parcialmente*.

Tras la derrota de los fascismos en la Segunda Guerra Mundial⁶² y la pujanza de los dos superpotentes bloques, capitalista y comunista, la segunda mitad del siglo XX estuvo marcada, en el lado occidental del Telón de Acero, por una suerte de «consenso social(demócrata)» que, dentro del tablero de la Guerra Fría, respondía a la estrategia

⁵⁹ «Los nobles con mayor visión consideraban que había llegado la hora de unirse al carro de la burguesía, hacerse burgueses ellos también, a fin de no perder la preeminencia política y social que les iba a aportar la nueva vara de medir categorías sociales: el dinero. Sus tierras y sus derechos señoriales eran para ellos una carga que debía ser transformada en capital. De esta forma, aquella noche [del 3 de agosto de 1789] se cerró en Amaury un pacto entre burguesía y nobleza liberal que iba a transformar la faz del Reino». (Bolinaga, *Breve historia de la Revolución Francesa*, p. 103.)

⁶⁰ No hay que olvidar que en esta época la derecha ha superado ya (en mayor o menor medida y en función del país a considerar) su originaria abogacía por la desigualdad humana de corte religioso-naturalista, sustituyéndola por una desigualdad de corte económico-naturalista como la del credo liberal, que sanciona dicho principio de desigualdad de forma menos cruda, abanderando, en este sentido, las reclamaciones de igualdad *jurídica* de *algunos* ciudadanos, sobre todo en el plano de los derechos políticos.

⁶¹ Insistimos: *entre otras razones*: «Porque si el comunismo es indispensable para la comprensión del fascismo (aunque también lo recíproco resulte cierto) es por razones más vastas que las que sugiere la cronología que va de Lenin a Mussolini, 1917-1922, o de Lenin al primer Hitler, 1917-1923, según una lógica de acción-reacción. Bolchevismo y fascismo se siguen, se engendran, se imitan y se combaten; pero antes nacen de la misma simiente: la guerra; son hijos de la misma historia terrible. El bolchevismo, el primero en salir a la escena pública, bien pudo radicalizar las pasiones políticas. Pero el miedo que provoca en la derecha *no basta* para explicar un fenómeno como el nacimiento de los «fascios» italianos en marzo de 1919. Después de todo, las élites y las clases medias de Europa vivieron mucho antes de la guerra de 1914 en el terror al socialismo, y hasta ahogaron en sangre todo lo que pudiera asemejarse a una insurrección obrera, como la Comuna de París en 1871; pero *nada comparable al fascismo vio la luz en el siglo XIX*». (Furet, François, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX* (1995), traducción de Mónica Utrilla, FCE, Madrid, 1995, pp. 829-830. La cursiva es añadida.)

⁶² Franquismo, salazarismo y regímenes análogos no pueden ser considerados fascistas. En el capítulo quinto indagaremos por qué, siquiera indirectamente.

propagandística -muy efectiva- de construir un Estado del Bienestar capitalista en el que se tuviesen en cuenta las necesidades ciudadanas y los llamados «derechos sociales» -es decir, las acostumbradas demandas igualitaristas de la izquierda- sin menoscabo de la economía de libre mercado -es decir, de las características pretensiones desigualitaristas de la derecha-. Con los fantasmas del comunismo soviético y del nazi-fascismo sobre sus hombros (y aunque con precedentes más o menos perfilados en el periodo de entreguerras), la izquierda y la derecha, respectivamente, retrocedieron en sus ambiciones maximalistas y se aproximaron la una a la otra, reformulándose mayoritariamente como centro-izquierda y centro-derecha y aceptando de mayor o menor gana, según casos, las bases fundamentales del Estado de Bienestar capitalista, considerado un mal menor -para la izquierda, porque se concedía demasiado a la derecha, dejando insatisfechas sus ambiciones; para la derecha, porque se concedía demasiado a la izquierda, frustrando sus intereses- frente a la barbarie soviética⁶³.

Con la caída del Muro de Berlín en 1989, y más aún con la posterior caída de la URSS tan solo un par de años después, las sociedades occidentales continuaron con la inercia más o menos «bienestarista» de los años precedentes, pero, ante la desaparición del «peligro rojo», abriendo cada vez más la mano a las políticas llamadas «neoliberales»⁶⁴, consistentes en la liberalización de múltiples sectores económicos y laborales y una apuesta por la reducción del gasto público y, en consecuencia, del peso del Estado en la economía (que *debería* verse «compensado» por fuertes bajadas de impuestos y una subsiguiente mayor disponibilidad de efectivo por parte de los ciudadanos). En esta nueva tesitura, que se extiende hasta nuestros días, izquierda y derecha han llegado a numerosos acuerdos y alcanzado importantes consensos sobre la base de sus, por lo que parece, crecientes similitudes, sobre todo en políticas económicas⁶⁵. Esto, lejos de considerarse un avance en términos de convivencia democrática, ha tendido a convertirse -sobre todo desde ciertos sectores- en motivo de reproche entre gran parte de sus protagonistas, llegando incluso, tras la crisis financiera de 2008, a la ruptura o, en su defecto, al surgimiento de nuevos actores políticos autoproclamados defensores de la «autenticidad» (de la izquierda o de la derecha, de nuevo según casos)⁶⁶.

⁶³ «[En este contexto, la derecha] [s]e presentará como una derecha que ha retrocedido hasta un centro (un centro derecha), que se considerará *indistinguible* del centro izquierda al que también habrá tenido que retroceder la izquierda». (Bueno, *El mito de la Izquierda*, p. 297. La cursiva es añadida.) Encontramos este mismo diagnóstico -por lo demás, perfectamente extrapolable a nuestros días- en Giddens: «La derecha política se vistió con nuevos ropajes, por ejemplo, en el periodo posterior a la II Guerra Mundial, tras la caída del fascismo. Para sobrevivir, los partidos de derechas tuvieron que adoptar algunos de los valores de la izquierda, y aceptar el marco básico del Estado de bienestar. Desde comienzos de los ochenta, las cosas han sido al revés». (Giddens, *La tercera vía*, pp. 51-53.)

⁶⁴ Cuyo auge está, según algunos autores, en el origen de la crisis que la socialdemocracia vive de unos años a esta parte: «Hace veinticinco años, cuando cayó el Muro de Berlín, no fue solo la Unión Soviética, ni la «idea comunista», ni la eficacia de las «soluciones socialistas» lo que se vino abajo. También cayó la socialdemocracia de Europa occidental. Ante el triunfalista vendaval capitalista que barrió el mundo entero, la socialdemocracia no tuvo ni la visión ni la determinación necesarias para defender muchos de los elementos de sus propios programas sociales de otros tiempos. Por el contrario, decidió suicidarse. (...) El capitalismo, embriagado por su victoria, y sin desafíos de ningún tipo, ya no sentía la necesidad de proteger su flanco izquierdo a base de conceder más reformas». (Ali, Tariq, *El extremo centro*, traducción de Alejandro Pradera, Alianza, Madrid, 2015, p. 12.) Parece oportuno señalar que lejos de lo que se entiende hoy por neoliberalismo, las políticas originariamente neoliberales nacieron en los años treinta, propuestas como una «tercera vía» económica que salvase las dificultades del *laissez faire* liberal (vale decir, de la Gran Depresión de 1929) evitando al mismo tiempo los peligros de la economía planificada (esto es, de propuestas como la de la Unión Soviética): «El término se utiliza de manera poco rigurosa en la discusión académica y ha venido a significar cualquier cosa. Para que se haga una idea de lo distorsionado que es el uso que se le da, el origen del concepto «neoliberalismo» se remonta a la década de 1930. Fue en 1932 que el intelectual alemán Alexander Rüstow, quien se había alejado del socialismo para acercarse al liberalismo, acuñó el término. Con él Rüstow quería definir un camino intermedio entre capitalismo y socialismo, pues según el economista, el capitalismo al estilo de Adam Smith conducía a serios problemas». (Kaiser, Axel, *La tiranía de la igualdad. Por qué el igualitarismo es inmoral y socava el progreso de nuestra sociedad*, Deusto, Barcelona, 2017, pp. 41-42.) En la actualidad, este neoliberalismo primigenio se correspondería con el modelo de la llamada economía social de mercado, reivindicado fundamentalmente por los partidos socioliberales y -con matices- por los partidos socialdemócratas.

⁶⁵ «[S]e trata de un fenómeno a escala europea. Ya NO [sic] existen diferencias fundamentales entre los partidos de centro-derecha y los partidos de centro-izquierda en ningún país». (Ali, *El extremo centro*, p. 93.)

⁶⁶ Refiriéndose al caso español, y en concreto al PSOE de Rodríguez Zapatero, Bueno ofrece un magnífico ejemplo de este peculiar fenómeno: «La democracia del Estado de Derecho y del Estado del Bienestar ecualiza (...) a las izquierdas y a la

Será sobre la base de esa convergencia de donde (re)surjan, una y otra vez, los extremismos de todo tipo.

3) De las posiciones extremistas, divergentes o centrífugas: extrema izquierda y extrema derecha

Si algo podemos concluir del sucinto repaso histórico que hemos hecho, en el apartado anterior, respecto de las paralelas trayectorias de la izquierda y la derecha desde sus orígenes en la Asamblea francesa hasta el presente, es, justamente, lo que pretendíamos: que Bobbio tiene razón. La izquierda y la derecha siempre han defendido, sincrónica y diacrónicamente, lo mismo, aunque adaptándolo a las realidades de cada circunstancia y momento. Recordando sus propias palabras:

El tema que reaparece en todas las variaciones [de izquierda y derecha] es la contraposición entre visión horizontal o igualitaria de la sociedad, y visión vertical o no igualitaria. (...) De las reflexiones realizadas hasta aquí (...) resultaría que el criterio más frecuentemente adoptado para distinguir la derecha de la izquierda es el de la diferente actitud que asumen los hombres que viven en sociedad frente al ideal de igualdad⁶⁷.

Ahora bien, como también hemos señalado, a lo largo del tiempo se han ido dando no pocas escisiones en el seno de unos y de otros al respecto de cómo culminar con éxito dichas reivindicaciones, «temas» o «actitudes». Especialmente llamativo a este respecto es el caso de la izquierda. Las reseñadas discrepancias decimonónicas materializadas en la lucha teórica (y práctica) entre socialistas utópicos, socialistas científicos o comunistas, socialdemócratas y anarquistas, lejos de ser nuevas u originales, eran la consecuencia última de disconformidades y desacuerdos ya presentes en la Asamblea revolucionaria francesa. Al enfrentamiento «natural» entre la derecha y la izquierda hubo que sumar la confrontación interna entre los *patriotes*, divididos en «izquierdistas moderados» (como Georges-Jacques Danton, el conde de Mirabeau o el marqués de La Fayette) e «izquierdistas radicales» (como, por supuesto, Robespierre), en pugna de la que salieron ulteriormente victoriosos estos últimos, Terror mediante⁶⁸. Pero es que dentro de los «izquierdistas radicales» no escasearon las guerras

derecha, que mantienen esta democracia. *La democracia ha desempeñado por tanto el papel de parámetro privilegiado que permite la convergencia, en un centro democrático, de las izquierdas entre sí y con la derecha.* (...) ¿Cómo redefinir las diferencias [entre la izquierda y la derecha en España] (...) El procedimiento no puede ser otro sino recurrir a la proyección del pasado sobre el presente: volver a la Guerra Civil, desenterrar a los muertos en nombre de la «memoria histórica» (...) *a fin de que «la izquierda recupere su identidad»*. (Bueno, *El mito de la Izquierda*, pp. 276-277. La cursiva es añadida.) Actualmente (2020), no solo el PSOE sigue haciendo suya la vuelta a la Guerra Civil y la recuperación de la «memoria histórica». También, y sobre todo, el resto de la izquierda (Podemos, Izquierda Unida), precisamente para «demostrar» su identidad izquierdista, vuelve a revivir el llamado «guerravilismo» en su crítica al *establishment* y, en particular, al periodo de la Transición (conocido, despreciativamente, como «el régimen del 78»). Ahora, además, en los tres casos, desde su Gobierno de coalición.

⁶⁷ Bobbio, *Derecha e izquierda*, pp. 105, 107.

⁶⁸ Era práctica común dentro de la izquierda iniciar enfrentamientos internos violentísimos que solían llevar a las facciones más radicales no solo a tildar de contrarrevolucionarias a las que veían como excesivamente contemporizadoras o moderadas, sino, incluso, a tratar de eliminarlas físicamente, y ello a pesar de que, en no pocas ocasiones, el enemigo compartía filiación política, normalmente al Club de los Jacobinos, muy divididos: «[L]a división ya tradicional entre jacobinos y girondinos resulta útil pero no es estrictamente correcta, ya que jacobinos eran tanto unos como otros. Entre 1791 y 1792 resulta más correcto hablar de brissotinos [por Brissot, líder de una de las corrientes –la mayoritaria– dentro del Club Jacobino] o girondinos y robespierristas o demócratas, ambos jacobinos; y a partir de la Convención Nacional de Girondinos y Montañeses, o la Montaña, siempre como grupos separados dentro de la común familia jacobina. Los jacobinos así entendidos, mayoritariamente girondinos, eran republicanos y representaban al ala izquierda de la Asamblea Legislativa, si exceptuamos a los más radicales miembros del Club de los Cordeleros o *cordeliers*, nuevamente tolerados y con quienes la futura Montaña ya había iniciado un proceso de acercamiento. La derecha estaba representada por los *fenillants* o fuldenses. (...) [L]os *fenillants* se formaron a partir de una escisión de los jacobinos, y se destacaron como revolucionarios moderados y partidarios de la monarquía constitucional. Este sector, sin embargo, carecía del ardor y la influencia de los

internas entre, por ejemplo, hebertistas o *exagérés* («exagerados», seguidores del periodista revolucionario Jacques-René Hébert) y jacobinos, grupos a los que aún habría que añadir a los *cordeliers* («cordeleros», también conocidos como Club de los Cordeleros o Sociedad de Amigos de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, a la que pertenecieron Marat o Jean Théophile Victor Leclerc), más radicales que los jacobinos, o a los más exaltados todavía *enragés* o «enrabietados» (fuerza extraparlamentaria comandada por el abate Jacques Roux), todos o casi todos ellos autodenominados representantes de las clases más desfavorecidas y, en particular, de los *sans-culottes*. Esto sin olvidar, entre otras tantas, la figura de François Babeuf ni su postrera influencia (bajo el nombre de «bavuvismo») sobre la doctrina comunista de los siglos XIX y, sobre todo, XX⁶⁹.

Mutatis mutandis, se trata de la misma miscelánea política que, un siglo más tarde, compondrá el panorama de la izquierda europea, enemistando principalmente a socialistas científicos o comunistas y socialdemócratas. Solo los socialistas utópicos y los anarquistas supondrían alguna novedad dentro de este complejo revoltijo, y en realidad ni siquiera, puesto que también ellos contaban con algún que otro antecesor fácilmente identificable⁷⁰.

Sin embargo, también la derecha de los *aristocrates* tuvo sus propias cuitas y escisiones, que a su vez encuentran sus peculiares precedentes en la Asamblea francesa. La diferencia estriba en que donde la izquierda presentaba una pléyade de discrepancias tácticas y aun ideológicas que dieron lugar a numerosos grupúsculos, la derecha apenas mostraba una fisura, y no demasiado grande, entre los «derechistas moderados» (como los «realistas constitucionales», partidarios de la aplicación de ciertas reformas que permitiesen al Rey conservar gran parte de su poder anterior) y los «derechistas radicales» o contrarrevolucionarios (como los «realistas absolutos», los ultramontanos y, en suma, *la extrema derecha*, partidaria de la negación de toda concesión a los revolucionarios y de la vuelta sin miramientos, concesiones ni paliativos al Antiguo Régimen). Pero puesto que ambos coincidían, si bien de maneras distintas, en seguir una estrategia según la cual, a lo sumo, todo cambiase solo para que todo siguiese igual, a la hora de la verdad los choques entre las intenciones de unos y los deseos de otros ni fueron tan significativos como los de la izquierda, ni desde luego fueron tan virulentos. Dado que unos no querían modificar nada, y otros poco o muy poco, unos y otros carecían de temas sobre los que disputar y discutir. La izquierda, por el contrario, quería cambiar mucho, cuando no todo, y por tanto debía ponerse de acuerdo en qué cosas quería cambiar y qué cosas no, por qué cambiar unas cosas y no otras, en qué medida cambiar lo que se hubiera decidido cambiar, y de qué manera, si desde el poder y la administración centrales o a través de métodos más bien departamentales, localistas o municipalistas⁷¹, y para beneficio de quién, y con qué rapidez y a través de qué

jacobinos, fundamentalmente brissotinos, y muy pronto iba a demostrar su debilidad». (Bolinaga, *Breve historia de la Revolución Francesa*, p. 136.)

⁶⁹ Influencia que se evidencia en fragmentos como el siguiente: «¿Cuál sería el estado de un pueblo cuyas instituciones fuesen tales que reinara indistintamente entre cada uno de sus miembros individuales la más perfecta igualdad; que el suelo que habitara no fuese de nadie, sino que perteneciera a todos; en definitiva, que todo fuese común, hasta el producto de todos los tipos de industrias? ¿Serían autorizadas tales instituciones por la ley natural? ¿Sería posible que esta sociedad subsistiese, e incluso que fuesen practicables los medios para conseguir una distribución absolutamente igual?» (Carta escrita por Babeuf en 1787. Citada en el artículo de Soboul, Albert (1976), «Ilustración, crítica social y utopía durante el siglo XVIII francés». En Droz, Jacques (dir.), *Historia general del socialismo. De los orígenes a 1875*, Destino, Barcelona, 1984, pp. 256-258.) Asimismo, cabe destacar la «faceta (pre)leninista» del francés, cuyos planteamientos, no por dieciochescos, eran menos vanguardistas (en el sentido leninista): «Resulta sorprendente descubrir en Babeuf el planteamiento, actualmente tan identificativamente leninista, de olvidarse de revoluciones populares espontáneas y formar un grupo de revolucionarios profesionales; golpistas que mediante un solo y acertado golpe de mano fueran capaces de derrocar el sistema y sustituirlo por una dictadura que impusiera el igualitarismo desde arriba. Lenin hablará exactamente de lo mismo en 1917, cuando triunfó su método, que pasó de ser una herejía del marxismo a la doctrina oficial de los partidos comunistas del mundo». (Bolinaga, *Breve historia de la Revolución Francesa*, pp. 229-230.)

⁷⁰ En el caso de los anarquistas, podríamos remitirnos, como poco, a las ideas de William Godwin (1756-1836); en el de los socialistas utópicos, al mismo Babeuf y su «Conspiración de los Iguales» (1796).

⁷¹ Polémica protagonizada fundamentalmente por los jacobinos, partidarios del centralismo, y los girondinos, defensores de la descentralización, si bien ambos coincidían en la necesidad de la uniformización del modelo.

medios, violentos o no, dentro o fuera de la ley, enaltecéndola o, en máxima robespierreana, haciéndola perecer «para que la República se salve», etcétera.

Esta diferencia radical entre las tensiones en un bando y su práctica ausencia en el otro va más allá de los aspectos meramente coyunturales. Tiene que ver con una cuestión de mayor calado, de fondo: *la prioridad en el tiempo*.

Suponemos que la derecha (o la situación de la derecha) es previa a la izquierda. La oposición derecha/izquierda tiene un carácter estrictamente correlativo en el terreno topográfico (en el cual no cabe atribuir prioridad a la derecha o a la izquierda, en cuanto términos de la relación). Pero la oposición derecha/izquierda, en el espacio antropológico, ya no posee el carácter de la mera correlación que le es propia en el espacio topográfico. La derecha, en su sentido político, tiene prioridad (...) sobre la izquierda, porque consiste en una *afirmación positiva*, mientras que la izquierda comienza necesariamente, en su proceso de racionalización, por una *negación de la afirmación previa constitutiva de la derecha*. Sólo si está dada la afirmación positiva en la que hacemos consistir a la derecha, podrá constituirse la izquierda, ante todo, como una negación revolucionaria de aquella, y como un proyecto de reconstrucción de lo negado.⁷²

Si bien es patente que, atendiendo a su «carácter estrictamente correlativo en el terreno topográfico», derecha e izquierda (y centro) surgen a la vez, y en el mismo lugar, el contenido de sus respectivas idiosincrasias, planteamientos y metas, no; entre el cambio y la conservación, esta última siempre tiene prioridad. Tiene prioridad porque el *statu quo* que defiende, aunque lo defienda *siempre y necesariamente a posteriori*⁷³, es, en todo tiempo y lugar, el imperante «por defecto». Por el contrario, la izquierda, que nace de y se define *ad futurum* como una negación de esos mismos *statu quo* (por injustos, por desiguales, por injustos en tanto que desiguales, etc.), propugna la formación de uno *nuevo* en el que toda iniquidad, privilegio y sinrazón hayan sido eliminados en beneficio de todos aquellos marginados o «perdedores» en el proceso de avance de la sociedad (capitalista) y de la globalización:

La izquierda (...) se configura ante todo como negación de la derecha absoluta, y más precisamente, como negación de la *apropiación de la soberanía* que la derecha absoluta mantiene desde los siglos de los siglos. (...) La izquierda revolucionaria se definió como tal como una corriente que buscaba no sólo la negación de la apropiación de la soberanía por el Antiguo Régimen, sino la negación, en lo sucesivo, de toda

⁷² Bueno, *El mito de la Izquierda*, p. 281. La primera cursiva está en el original; la segunda es añadida. Posteriormente, en *El mito de la Derecha*, Bueno precisará aún más estas afirmaciones, haciendo manifiesta la paradoja de una derecha anterior pero, al mismo tiempo, posterior a la izquierda: «Sólo cuando las izquierdas comenzaron el proceso revolucionario podrían comenzar también [sus contrarios] a ser llamados de derechas. Porque la derecha (...) no es el Antiguo Régimen considerado en sí mismo, sino la reacción (de defensa, de resistencia, incluso de contrarrevolución, o de adaptación) del Antiguo Régimen a partir del momento en que comenzó el proceso de su demolición por las izquierdas. De aquí la paradoja (...) de una derecha que, en cuanto vinculada al Antiguo Régimen, es anterior de algún modo a la izquierda, pero que sólo puede entenderse como posterior a ella en la medida en que sólo en función de su enfrentamiento se configura como tal derecha». (Bueno, Gustavo, *El mito de la Derecha*, Temas de Hoy, Madrid, 2008, p. 124.)

⁷³ «Mientras que los liberales y los revolucionarios tienden siempre a la teorización, con el conservador o el tradicionalista no ocurre lo mismo. Su mentalidad es, como señaló Karl Mannheim, una estructura mental en armonía con una realidad social y política que ella ha dominado a lo largo del tiempo. No reflexiona, en principio, sobre el proceso histórico. *Solo se hace consciente cuando se ve agujoneada por las teorías sociales y las ideologías contrarias*; descubre y elabora sus ideas *ex post facto*. Dicho en otras palabras, *una actitud tradicional existe únicamente donde lo que hasta entonces se consideraba como tradición ha de afirmarse contra las posibles interrupciones o cuando su continuidad es puesta en duda*. Los sectores sociales tradicionales se encontraban tan adaptados a las situaciones incardinadas en aquellas estructuras sociales que tendían a considerarlas como producto de un determinismo propio de la «naturaleza» y no como una construcción sociohistórica. Así, el tradicionalismo como ideología surge a partir de la experiencia de discontinuidad entre el pasado y el presente». (González Cuevas, Pedro Carlos, «El pensamiento reaccionario, tradicionalista y carlista», capítulo recogido en Menéndez Alzamora, Manuel, y Robles Egea, Antonio, *Pensamiento político en la España contemporánea*, Trotta, Madrid, 2013, p. 99. La cursiva es añadida.)

apropiación. Por ello, ante todo, «bajó» la soberanía desde el rey (desde Dios) hasta la Nación.⁷⁴

De aquí se coligen dos *quid* del presente apartado, e incluso de parte de la presente investigación:

- 1º que si la izquierda se define –siguiendo a Bobbio- por considerar a los hombres *natural* y (por añadidura, en el plano del deber-ser) *socialmente* más iguales que desiguales, y se constituye –siguiendo a Bueno- como *negación* de la afirmación previa –la conservación- en que consiste la derecha, entonces la extrema izquierda no puede ser sino la radicalización de ese planteamiento, es decir, no puede pretender otra cosa que lograr la igualdad total de los hombres a través de la negación máxima, esto es, de la subversión total del orden político, económico, social, laboral, moral, etc. vigente; en una palabra, de *la Revolución*⁷⁵;
- 2º que si la derecha se define –siguiendo a Bobbio- por considerar a los hombres *natural* y (por añadidura, en el plano del deber-ser) *socialmente* más desiguales que iguales, y se constituye –siguiendo a Bueno- como *afirmación* -de un estado de cosas a la sazón imperante, vale decir, de su conservación-, entonces la extrema derecha no puede ser sino la radicalización de ese planteamiento, es decir, no puede pretender otra cosa que restituir la desigualdad total de los hombres a través de la afirmación máxima, esto es, de la conservación total del orden político, económico, social, laboral, moral, etc. que considera *originario*, y por tanto anterior al vigente⁷⁶; en una palabra, de *la Contrarrevolución*⁷⁷.

⁷⁴ Bueno, *El mito de la Izquierda*, pp. 291-292. En cursiva en el original. Aunque no hemos hecho hincapié en lo relativo al papel jugado por la «idea nacional» en la izquierda de la Asamblea Revolucionaria, resulta oportuno recordar que, como es sabido, fue determinante, puesto que las discusiones en torno al modelo de Estado más conveniente para la naciente res pública, amén de acaloradas, fueron, en última instancia, motivo (uno más) literal de reyertas y furibundas oposiciones, fundamentalmente entre aquellos que apostaban por una Nación unida, centralizada y fuerte como mejor medio para la consecución del fin (racionalizar la sociedad francesa y a la humanidad en su conjunto) y los que, aun persiguiendo idéntica finalidad, se decantaban por todo lo contrario, mostrándose partidarios de descentralizar el poder y someterse al imperio de la (nueva) ley.

⁷⁵ Revolución que, presumible y ulteriormente, desembocaría en un orden de corte anarquista, más concretamente anarcocomunista o anarcosindicalista, realidad que hemos querido reflejar en el Diagrama adjuntado al término de la segunda parte de la investigación.

⁷⁶ «Contra liberales y racionalistas, los tradicionalistas afirman que la sociedad no es una convención racional de individuos, y que resulta absurdo pensar que las instituciones puedan ser creadas y que subsistan mediante la aplicación pura y simple de preceptos racionales. La Revolución pretendía fundamentar sus pretensiones como fruto de una decisión libre y racional de un pueblo que quiere dictar sus propias leyes y su propio destino; lo que conducía a la conculcación de un *orden natural tradicionalmente evolucionado*. Para De Bonald y De Maistre, el legislador nunca hace otra cosa que reunir los elementos *preexistentes* en las costumbres y el carácter de los pueblos. Una nación no se constituye por deliberación, ni por actos de voluntad, sino a partir de datos suministrados por la historia. Fuera de la historia concreta, las constituciones son hechas para el hombre abstracto. En ese sentido, la Constitución de un país no es la creación de un acto único y total, sino de actos parciales reflejos de sistemas concretos y, frecuentemente, de usos y costumbres formados lentamente y cuya fecha de nacimiento es imprecisa. Por otra parte, dentro de esta concepción no cabe, en principio, la despersonalización de la soberanía. Esta reside en una persona o en unos órganos concretos; y como resultado del desarrollo histórico o como principio inmanente al mismo. Tal poder suele personificarse en el rey». (González Cuevas, «El pensamiento reaccionario, tradicionalista y carlista», en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, pp. 100-101. La cursiva es añadida.) En una línea similar encontramos la caracterización freedeniana del conservadurismo, cuya médula pasa, como se deduce de cuanto hemos visto, por una oposición constitutiva al cambio «*no natural*»: «Un hilo común que atraviesa todos los argumentos conservadores es una inquietud ante el cambio y una urgencia por distinguir el *cambio natural* del antinatural. El primero está modulado en forma de crecimiento orgánico continuo en lugar de por grandes saltos incoherentes, planificados o mecánicos. Sólo el cambio como crecimiento es legítimo, seguro y duradero. Otro hilo conductor común es la convicción de que el orden social está fundado en leyes que no se hallan sometidas al control humano; por consiguiente, éste no se ve afectado por la voluntad humana, que sólo puede contribuir a alterarlo de forma dañina. A lo largo del tiempo, y conforme se han ido modificando los paradigmas explicativos sobre el orden, han apelado a diversos *orígenes extra-humanos de un orden social permanente*. Dios, la naturaleza, la historia, la biología y la economía son algunos de los anclajes más comunes a los que recurren los conservadores». (Freeden. Michael, *Idoología. Una breve introducción* (2003), traducción de Pablo Sánchez León, Universidad de Cantabria, Santander, 2013, p. 115. La cursiva es añadida.)

⁷⁷ Contrarrevolución que, presumible y primigeniamente, en el marco tradicionalista europeo-continental y, en particular, cristiano, provendría de un prístino orden de corte anarquista, más concretamente anarcocristiano. Claro que esto requiere

En el plano puramente pragmático, estas dos conclusiones se traducen en que la extrema izquierda mira completamente hacia el futuro, mientras que la extrema derecha lo hace completamente hacia el pasado⁷⁸. Donde una aspira a la igualdad social de la humanidad por creerla natural, y por tanto legítima y deseable, la otra se afana por una desigualdad social por suponerla natural (más aún, divina⁷⁹), y por tanto legítima y deseable; donde una no tiene nada que perder, y mucho –potencialmente todo- que ganar, la otra no tiene nada que ganar y mucho –potencialmente todo- que perder; donde una carece de ataduras con el pasado y con el presente y quiere (*debe*) romper con ellos en pos de la consecución de su futuro «paraíso en la tierra», la otra abomina del futuro mientras reniega del presente y quiere (*debe*) retornar al pasado de su tradición en busca de su «paraíso perdido»; en breve: *donde una ansía un «salto hacia delante»⁸⁰, la otra anhela una «vuelta hacia atrás»⁸¹.*

de dos discutibles supuestos: primero, que el referente ideal del tradicionalismo –ideología propia, como pronto quedará sentado, de la auténtica extrema derecha- sea el Paraíso edénico; segundo, que, en caso de existir algún ordenamiento político en tal lugar, este fuera, no obstante su carácter teocrático, de naturaleza anárquica (puesto que, en sentido estricto, el Edén carecía de sistema político y gobierno político, cuanto menos al uso). Sea como fuere, no podemos resistirnos a señalar esto como anecdótica pero curiosa posibilidad a tener en cuenta, incluso, en el Diagrama que seguirá al Entreacto II y que, amén de con el anarcocomunismo/anarcosindicalismo y el anarcocapitalismo, contará con otra «novedad anarquista» más: el anarcofascismo o nacional-anarquismo, potencial derivación última de un nazi-fascismo hipotética y ulteriormente triunfante que mencionaremos en el capítulo quinto.

⁷⁸ Divergiendo y oponiéndose entre sí por completo desde antes incluso de los comienzos propiamente dichos de la política entendida en su sentido moderno: «Hacia enero de 1789, la diferencia entre privilegiados y tercer estado no estribaba solamente en su estatus político, sino también en la actitud. Mientras el norte de aquellos seguía siendo el de *conservar y aumentar en todo lo posible sus prebendas tradicionales*, el de estos, que ya se estaban definiendo como nación, no era otro que *la aniquilación de los primeros como estamento*». (Bolinaga, *Breve historia de la Revolución Francesa*, p. 71. La cursiva es añadida.)

⁷⁹ «No en vano uno de los rasgos clave del conservadurismo es la creencia en los orígenes extrahumanos del orden social, el cual reflejaría conjuntos de reglas derivadas de lo divino, lo histórico, lo económico o lo [“natural”]». (Freeden, Michael, *Liberalismo. Una introducción* (2015), traducción de Roberto Ramos Fontecoba, Página Indómita, Barcelona, 2019, p. 214.) Como constatación de que, en efecto, esa era –y es- la creencia imperante entre los (ultra)conservadores más puristas, varios son los autores meridianamente claros al respecto, desde Burke, para quien «no hay hombre, ni poder, ni función, ni institución artificial que puedan hacer de los hombres de los cuales se compone un sistema de autoridad, sea el que sea, otra cosa que lo que Dios, la Naturaleza, la educación y sus hábitos cotidianos les han hecho» (Burke, Edmund, *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* (1790), traducción de Enrique Tierno Galván, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1978, p. 109), hasta Maistre, para quien «[t]odas las instituciones imaginables reposan sobre una idea religiosa, o de otro modo no hacen más que pasar» y «[s]on fuertes y duraderas en la medida en que están *divinizadas*, si es permitido expresarse así» (de Maistre, Joseph, *Consideraciones sobre Francia* (1796), traducción de Joaquín Poch Elío, Tecnos, Madrid, 1990, pp. 51-52. En cursiva en el original), y Bonald, según el cual «[n]o se puede tratar de la sociedad sin hablar del hombre, ni hablar del hombre sin remontarse a Dios». (de Bonald, Louis-Ambroise, *Teoría del poder político y religioso. Teoría de la educación social* (1796), traducción de Julián Morales, Tecnos, Madrid, 1988, p. 9.) También, más contemporáneamente, Robert Michels da cuenta de esta misma realidad ya en el comienzo de su célebre estudio sobre los partidos políticos al observar que «[l]a justificación legal de este régimen [la monarquía, sistema de referencia por antonomasia de la extrema derecha correctamente comprendida] extrae los motivos de *una metafísica trascendente*. El fundamento lógico de toda monarquía reside en una apelación a Dios. Dios es bajado del paraíso para servir como escudo del baluarte monárquico, y darle su fundamento de ley constitucional: la gracia de Dios. Por eso el sistema monárquico, en la medida en que sigue apoyándose sobre un *elemento sobrenatural*, es eterno e inmutable, considerado desde el punto de vista de la ley constitucional, y no puede ser afectado por leyes humanas ni por la voluntad de los hombres. Como consecuencia de esto, es imposible la abolición legal, jurídica y legítima de la monarquía (...). La monarquía solo puede ser legalmente abolida por Dios (...).» (Michels, *Los partidos políticos*, p. 47. La cursiva es añadida.) Se trata, en definitiva, de un enfoque concorde con la ordenación y principios sostenidos por doctrinas como, fundamentalmente, la del derecho divino de los reyes, manifestación por antonomasia de la desigualdad humana (en tanto presenta a una serie de seres humanos *necesariamente* superiores a y por tanto distintos de los demás dado su adánico linaje) expuesta en obras clásicas como el ya mencionado *Patriarva* del británico Robert Filmer.

⁸⁰ «El socialismo [y con él la izquierda] surgió de la disolución del *ancien régime*, con la misma certeza con la que el conservadurismo se creó a partir del intento de protegerlo. En los dos siglos transcurridos aproximadamente desde entonces, el socialismo ha sido el abanderado del “progresismo”, la idea de que la historia sigue una dirección y que la intervención política adecuada puede ayudarnos a encontrarla y acelerar el recorrido. La literatura del socialismo está llena de palabrería sobre “el camino que debe seguirse”, “la marcha hacia adelante del socialismo”, “la ruta al socialismo”, y así sucesivamente. Las formas más radicales de pensamiento socialista han afirmado durante mucho tiempo que sólo se puede ir hacia adelante o hacia atrás; o la humanidad avanza en su trayectoria o tiene todas las probabilidades de volver a caer en la barbarie. Para los socialistas, el pasado no es reconfortante; se valora, en todo caso, porque ha proporcionado los medios de que podamos avanzar activamente para captar y apoderarnos del futuro». (Giddens, Anthony, *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales* (1994), Cátedra, Madrid, 1996, p. 59. En cursiva en el original.)

⁸¹ «¿Qué significó el conservadurismo (...) si nos remontamos a su origen? Desde luego, en gran parte, se trató de una defensa del *ancien régime*, especialmente el catolicismo, contra las fuerzas en expansión de la Revolución Francesa. Pero el

En una tipología de los pensadores políticos, dos actitudes extremas y opuestas son las que primero aparecen, revolución y contrarrevolución, revolucionarios y contrarrevolucionarios. Unos y otros se oponen y distinguen porque pretenden actuar tanto en el orden psicológico como en el histórico, según distintas valoraciones del tiempo. Son unos esencialmente *preterizantes*, otros *futurizantes*. La contrarrevolución es siempre una concepción construida desde el pretérito, la revolución desde el futuro. Es muy posible que, como dicen Manheim [sic] y Toymbee [sic], las dos actitudes sean dos «escapadas», dos modos de huir del presente, y que haya por consecuencia un subsuelo común del que la huida hacia adelante o la huida hacia atrás no sean sino dos versiones distintas. Confirma esta idea un hecho: que tanto el revolucionario extremo como el contrarrevolucionario extremo caen en la utopía.⁸²

Tomando de nuevo como referencia el *Diccionario de política*, encontramos un refrendo directo de esta lectura:

El [extremismo] es un fenómeno que se repite en la historia política moderna y contemporánea y ha dado lugar a una gran variedad de movimientos sociales y políticos, sobre todo en épocas críticas de intensa movilización social y de profundas transformaciones de los órdenes productivos e institucionales. La sociología política, algo sumariamente, ha clasificado dos variantes fundamentales. *Hay un tipo de [extremismo] convencional considerado “de derecha”, emanación directa de clases y categorías sujetas a pérdidas repentinas de posición y de status y a una drástica reducción de su influencia política. Es el [extremismo] de quienes “tuvieron”, cuya acción política se vuelve hacia la defensa a ultranza y la reconquista de las prerrogativas político-sociales tradicionales propias. (...) En el polo opuesto, surgido con frecuencia simultáneamente con el de derecha, hay un [extremismo] de izquierda, cuya matriz social puede más bien rastrearse en las clases que “nunca han tenido”, que por lo tanto radica, según algunas escuelas sociológicas, en la clase obrera y en el subproletariado, favorecido por el bajo nivel de instrucción y de cultura de los grupos sociales más desheredados y por ello mismo inclinado (...) a representaciones simplificadas y maniqueas de la realidad sociopolítica.*⁸³

Por eso es posible decir que tanto la extrema izquierda como la extrema derecha son co-origenarias con la izquierda y la derecha, antes que derivaciones suyas. No debe olvidarse que la Asamblea francesa era un auténtico microcosmos político en el que todas las posiciones del espectro estaban *formalmente* representadas⁸⁴. Todas salvo una: el nazi-fascismo, que por

conservadurismo era algo más que una mera afirmación de cómo solían ser las cosas antes de que el progresismo se hiciera con el poder. En sus formas más elaboradas, el conservadurismo se enfrentó a la Ilustración y desarrolló teorías de la sociedad que se enfrentaban con las del liberalismo naciente. Las formas más perfeccionadas de pensamiento conservador no se limitaron a desechar lo nuevo en favor de lo viejo; contrarrestaron el progresismo con teorías opuestas sobre la historia, la tradición y la comunidad moral. (...) A medida que se fueron extendiendo el capitalismo y la democracia, el viejo conservadurismo fue alimentando el radicalismo, pero siempre se trató, sobre todo, de un radicalismo de la restauración, que miraba hacia el pasado». (Giddens, *Más allá de la izquierda y la derecha*, pp. 33-34. En cursiva en el original.)

⁸² Del prólogo de Enrique Tierno Galván a Burke, *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, pp. 7-8. En cursiva en el original. En una línea similar, particularmente en lo relativo al carácter «preterizante» de la extrema derecha, encontramos a Félix Ovejero, quien, caracterizando el concepto de nación propio del nacionalismo (postura desigualitarista por naturaleza y propia, por tanto -no obstante el origen izquierdista de la noción de nación- de la derecha), dice lo siguiente: «La nación étnica es constitutivamente reaccionaria. *Se reacciona frente al presente para volver al pasado*. Su destino es su origen, lo que se fue, o lo que se cree que se fue. (...) La prioridad, en todo caso, es del pasado, real o imaginario. *El cambio no forma parte del buen orden del mundo*, ni el cambio espontáneo, por el curso normal de las cosas humanas, ni el regulado, por principios normativos, por ejemplo, en aras de erradicar las injusticias, de acabar con discriminaciones. *El cambio, por definición, supone un peligro para lo que fue, el criterio de tasación*. La palabra última siempre recae en la tradición (...). *El ideal regulador será, siempre, la tradición, el origen, la identidad, que se debe conservar o recrear*». (Ovejero Lucas, Félix, *La trama estéril. Izquierda y nacionalismo. Contra Cromagnon 2*, Montesinos, Barcelona, 2011, pp. 54-55. La cursiva es añadida.)

⁸³ Bobbio, Matteucci y Pasquino, *Diccionario de política*, pp. 608-609. La cursiva es añadida.

⁸⁴ Decimos formalmente porque, materialmente, esto es, en lo relativo a su contenido, la izquierda, la derecha, y sobre todo el centro, en tanto categorías políticas y por tanto históricas, han ido cambiando conforme cambiaba el contexto en el que

su propia naturaleza ha de ser forzosamente posterior al surgimiento y desarrollo de todas o casi todas las demás⁸⁵.

Por ahora quedémonos con las nociones de extrema izquierda y de extrema derecha que hemos obtenido como resultado del seguimiento del planteamiento tanto de Bobbio como de Bueno. En particular, fijémonos en la que concierne a la extrema derecha. Tanto en nuestra introducción como al comienzo del presente capítulo adelantamos lo que ahora nos toca examinar: el hecho de que, de entre todas las categorías que conforman el espectro político tradicional, la de la extrema derecha es, sin lugar a dudas, la más problemática, como mínimo por lo atinente a sus representantes. Precisamente un punto cuyo esclarecimiento resulta crucial para el devenir de nuestras pesquisas.

Y es que es lugar común la atribución de la cualidad extremo-derechista a, principalmente, tres tipos de formaciones, corrientes, movimientos o ideologías: el tradicionalismo, el ultraliberalismo (hoy en día más peyorativamente conocido como neoliberalismo⁸⁶) y el nazi-fascismo. ¿Cuál de estas ideologías es la realmente propia y característica de la extrema derecha? ¿Son las formaciones de corte tradicionalista, que apuestan por un retorno a los regímenes del Antiguo Régimen, las que materializan los proyectos de la extrema derecha? ¿O son más bien los grupos ultraliberales, defensores de un capitalismo «salvaje»? ¿O acaso son los movimientos nazi-fascistas los que merecen la titularidad de esa etiqueta? ¿Y si ninguna de las tres opciones fuese la correcta? Para muchos, la realidad es justamente la contraria de la planteada por esta última posibilidad: las tres corrientes pertenecen, cada una «a su manera», pero a la vez, al ámbito de la extrema derecha. Dejando al margen el hecho de que son multitud de elementos los que concurren en la conformación de estas ideologías, ¿tiene sentido esta afirmación o se trata, por el contrario, de una visión simplista y errónea de la cuestión?

Los grupos tradicionalistas, como su propio nombre indica, preconizan la defensa de la tradición. En el caso de Europa u Occidente en general, la de la tradición cristiana (sobre todo católica, especialmente en el Continente). Habitualmente identificados con las otrora clases nobles y clericales del Antiguo Régimen, sostienen la verdad, y por ende la validez, de un credo revelado por la divinidad, heredado y transmitido de generación en generación como guía de conducta y ordenación social. Veneran las normas, instituciones y rituales de sus antecesores hasta el punto de que consideran su deber prioritario e inexcusable mantenerlos y difundirlos de modo idéntico a como a ellos les fueron legados. Su fuente de referencia emana de la autoridad antes que de la razón. La autoridad es fija e inmutable; la razón es falible y puede conducir al error, vale decir, al descuido de los sacrosantos usos y costumbres. En este sentido –y el caso español es impecable ejemplo de ello-, el

eran dadas, constituyendo el máximo exponente de este cambio el de la propia burguesía, que, como ya vimos, de ser la clase de la izquierda pasó a ser, con el surgimiento del obrerismo, la del centro y, más concretamente, la del centro-derecha y la derecha moderada.

⁸⁵ Como veremos, esto se debe, por un lado, a la naturaleza máximamente sintética de la ideología nazi-fascista, pero también, por otro, a que para que esa naturaleza pueda materializarse en tal ideología con sus correspondientes movimientos, partidos y políticas no bastarán el «surgimiento y desarrollo» del resto de las que, llegado el siglo XX, coparán el espectro, sino que serán necesarios, asimismo, el surgimiento y desarrollo de toda otra retahíla de ciencias (fundamentalmente, la Biología), tecnologías (medios de comunicación de masas) y acontecimientos (la Revolución Rusa y, más importante aún si cabe, la Primera Guerra Mundial y su «trinchero-crática» experiencia, muñidora de nacionalismo y del socialismo *sui generis* que caracterizará al fascismo en cualesquiera de sus variantes) que a la postre constituirán, entonces sí, el caldo de cultivo perfecto para su aparición. En este sentido, a diferencia de otras ideologías modernas como la comunista, cuya diversidad y variantes sí admite cierto parangón en tan temprana época como la revolucionaria francesa, la fascista no admite esta suerte de retrotracción genealógica.

⁸⁶ «El término «neoliberalismo» no es una doctrina política con un contenido claramente definido y determinado, sino que se suele utilizar más bien como una etiqueta vacía para descalificar al liberalismo. Sus orígenes cabe hallarlos en la Viena de los años veinte, cuando intelectuales marxistas y fascistas lo acuñaron para desdeñar a pensadores liberales, como Ludwig von Mises, que nunca se describieron a sí mismo[s] como «neoliberales». En la actualidad, la etiqueta continúa empleándose para fines similares». (Rallo, Juan Ramón, *Liberalismo. Los 10 principios básicos del orden político liberal*, Planeta, Barcelona, 2019, pp. 209-210.) Para evitar indeseables malentendidos y equívocas, en adelante preferiremos el término «ultraliberalismo», que ofrece mayor claridad y distinción.

tradicionalismo se opone absolutamente a los principios del liberalismo político: apuesta por una Monarquía fuerte y tendente al mayor absolutismo (sancionado por Dios en tanto proveniente de Él), no admite la separación entre Iglesia y Estado ni la soberanía popular y tampoco transige lo más mínimo respecto al sufragio universal o a nada que implique democratización alguna de la sociedad. Tampoco acepta las tesis básicas del liberalismo económico, sosteniendo modelos ya obsoletos –pero vinculados a la Tradición– como el mercantilismo. Tanto es así que Max Weber iba incluso más allá y oponía sin dudarle tradicionalismo a capitalismo⁸⁷.

Pasemos ahora al ultraliberalismo, comprendido como un sistema político de naturaleza demoliberal pero dominado (en mayor o menor medida, para mejor o para peor, siempre según casos) por el factor económico propio de un capitalismo «desatado», «desbocado», «salvaje», sin límites ni frenos –se entiende que por parte del Estado o, más genéricamente, de la política-. A juicio de sus partidarios, se trataría de un modelo en el que la economía daría rienda suelta a sus capacidades de creación de riqueza y prosperidad toda vez que hayan sido eliminados los innúmeros obstáculos que la administración, la burocracia y la intervención del gobierno en general imponen a quienes en pleno uso de sus facultades, su libertad, su iniciativa y su ingenio quieren participar en el proceso de producción, contribuyendo, directa o indirectamente, mano visible o invisible mediante, a la optimización y perfeccionamiento ilimitados de las capacidades de producción y los bienes de consumo, incrementando así el crecimiento (económico) y el bienestar (social). A juicio de sus detractores, en cambio, este esquema tal vez pudiera, en efecto, crear riqueza y prosperidad, pero riqueza y prosperidad que lejos de redundar en beneficio de toda la sociedad lo harían, si acaso, en beneficio de unos pocos: los capitalistas. Fuera de toda restricción y control, a lo que verdaderamente daría rienda suelta el sistema no sería a las capacidades productivas ni a la creación de riqueza a disposición de la comunidad, sino más bien a la más cruda e inhumana explotación imaginable de los trabajadores (u obreros o proletarios), contratados en condiciones precarias o directamente deplorables por un salario que como mucho les serviría para subsistir, y no sin ingentes dificultades. Sea como fuere, aun aceptando un par de posibles puntos en común con el tradicionalismo –el de la pertenencia de sus defensores a las clases privilegiadas de una sociedad dada y el de la reivindicación de un *statu quo* en el que el Estado se desentienda de los asuntos económicos privados⁸⁸-, es de todo punto innegable que tanto su modelo político democrático, liberal-parlamentario o siquiera de Estado mínimo como su modelo económico difieren de un modelo de sociedad jerarquizado

⁸⁷ Weber argumentaba que la superación de la mentalidad tradicional o tradicionalista, orientada a la mera satisfacción de necesidades vitales, era condición indispensable de posibilidad del surgimiento y triunfo de la capitalista, orientada a la ganancia y el lucro por la ganancia y el lucro mismos, tomados no como medios, sino como fines en sí: «El enemigo (...) con el que tuvo que luchar, ante todo, el «espíritu» del capitalismo es esa especie de sensibilidad y de conducta, que se suele denominar «tradicionalismo». (Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), traducción de Joaquín Abellán, Alianza, Madrid, 2011, p. 66. En cursiva en el original.) Asimismo, «el *confirmado* desarrollo de la economía específicamente moderna, racional, capitalista, sólo fue posible por la superación de esa actitud tradicionalista que dominaba en Occidente». (Weber, Max, *Economía y sociedad* (1922), traducción de Carlos Gerhard, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, p. 52. En cursiva en el original.) En cuanto al anhelo de un retorno a la tradición, vale decir, al feudalismo: «La derecha primaria (que, por otra parte, no se autodenominó de este modo, ni siquiera derecha) se organizó por el proyecto de reproducir el Antiguo Régimen en su integridad esencial. No es el Antiguo Régimen, en función de *derecha prístina*, sino el proyecto de su reproducción lo que constituye la derecha primaria. (...) Ésta es la razón por la cual cabrá hablar de la derecha primaria incluso en situaciones ya muy alejadas cronológicamente de la Revolución (...). [E]l proyecto de la derecha primaria (...) [ib]a mucho más allá de una contrarrevolución que frenase la marcha de una revolución irreversible, porque se orientaban a la recuperación íntegra del edificio trastornado, hasta el punto de poder dar el trastorno como no ocurrido siquiera, como si pudiera ser borrado enteramente de la memoria histórica». (Bueno, *El mito de la Derecha*, pp. 198-199.) En el caso de España, el mejor ejemplo de esta derecha que Bueno denomina «primaria» es el carlismo (en prácticamente todas sus formas).

⁸⁸ «Porque los liberales prefieren siempre mantener al Estado lo más lejos posible de las responsabilidades de la planificación central, como ocurría con el Antiguo Régimen, y en ello coincidían con la doctrina de la subsidiariedad del Estado, propuesta por los pontífices romanos». (Bueno, *El mito de la Derecha*, p. 229.)

bajo los designios de una autoridad cuyo poder proviene de Dios y cuyas costumbres son dogma antes que ley, con todo lo que ello conlleva⁸⁹.

Por último, el nazi-fascismo. Surgido en pleno siglo XX como reformulación en clave nacional(ista) del socialismo internacionalista, nazis y fascistas comparten con los tradicionalistas su absoluta confianza en la autoridad –*Führerprinzip* o «principio de caudillaje»- como fuente de orden y estructuración social-comunitaria, así como su nostalgia por unas esencias nacionales (o raciales) perdidas pero cuya inmarcesible verdad y realidad posibilita su recuperación en el presente. También su repulsa hacia toda forma de liberalismo (político o económico), sufragio y democracia «al uso»⁹⁰. Pero hasta ahí los parecidos. La inmensa mayoría de los cuadros integrantes del Partido Nazi no eran nobles, clérigos, ni siquiera capitalistas. Eran miembros de las clases medias temerosos de descender –en el turbulento y frágil contexto económico de la República de Weimar- en la escala social. Y otro tanto de lo mismo podría decirse del Partido Nacional Fascista en su respectiva coyuntura histórico-política. Por otro lado, ni fascismo ni nazismo tenían entre sus planes un retorno al Antiguo Régimen, ni mucho menos a épocas más pretéritas aún. Más bien todo lo contrario. Su reivindicación de las esencias nacionales (o raciales) extraviadas no era sino una excusa para la configuración de una comunidad homogénea que pudiese afrontar con garantías y unidad de guía y mando un futuro que en ambos casos se prometía colmado de triunfos, conquistas, gloria y bienestar⁹¹. En algunos casos, de hecho, tales antiquísimas esencias incluso se inventaron *de facto*⁹². Asimismo, todo conato de trascendentalismo nazi-fascista poco o nada tenía que ver con el de los tradicionalistas, apegados a divinidades y usanzas para las que no había lugar en el ideario nazi-fascista, al que de hecho poco menos que le repugnaban semejantes anacronismos, cuando no se mofaba de ellos por medio de su retórica, de su cine, de su prensa o, en definitiva, de su propaganda toda. Y ni que decir tiene lo relativo al ostensible gusto por el progreso científico y técnico del que hacían gala estos regímenes en su insaciable afán por mostrar al mundo su poderío y, claro está, demostrarlo en el campo de batalla. En este aspecto sí podrían coincidir ultraliberalismo y nazi-fascismo, por cuanto los dos se consideran adalides del progreso en unos campos o en otros, y ambos en el científico-tecnológico, desde planteamientos que, además, tienen en común su basamento capitalista y socialdarwinista, aunque en uno y otro caso con importantes salvedades que no será necesario reseñar. Por lo demás, se repelen mutuamente, y con razón.

⁸⁹ Acerca de este modelo feudal y de la naturaleza de su jerarquización naturalmente desigualitarista, un crítico del mismo como Hobhouse nos ofrece la siguiente caracterización: «En la aplicación de este principio de autoridad, todo hombre, en teoría, tenía un amo. El siervo estaba bajo la potestad de su señor quien, a su vez, se hallaba bajo el dominio de un magnate más poderoso, el cual dependía del Rey. El Rey, en el concepto más amplio de la teoría, se hallaba sometido al Emperador, quien era coronado por el Papa, y éste estaba bajo la autoridad eclesiástica de San Pedro. Esta cadena descendente era completa, abarcando desde el Creador del universo hasta el más humilde de los siervos». (Hobhouse, L.T., *Liberalismo* (1911), traducción de Julio Calvo Alfaro, Comares, Granada, 2007, pp. 4-5.)

⁹⁰ Como veremos, existen ciertos modelos de democracia «no al uso» que encajan a la perfección con el tipo de sociedad y Estado pergeñados tanto por el fascismo (en general) como por los fascismos (en particular).

⁹¹ El mismo Mussolini reconocía abiertamente que su utilización del mito de la Roma Imperial no era otra cosa que un instrumento al servicio de la «inspiración» y «moldeamiento» de los italianos de su época. Y lo mismo puede decirse del resto de fascismos. La siguiente cita muestra, por contraste, el apego a las esencias nacionales de una visión tradicionalista: «El más vivo ejemplo de resistencia del patriotismo tradicionalista al impulso de los cambios lo constituía la comunidad carlista; su programa se basaba en las dos instituciones más importantes de la nación: una Iglesia intolerante y una monarquía no-constitucional. Con su pretensión de defender la tradición nacional contra la perversión del mundo moderno, los carlistas eran, en realidad, unos reaccionarios clericales y unos monárquicos corporativistas cuyo sistema se había quedado anclado en el particularismo del antiguo régimen. Su concepción regionalista y neomedieval de la monarquía *no tenía nada que ver con el nacionalismo moderno, que se propone convertir la nación en un instrumento para la consecución de renovadas glorias*». (Payne, Stanley G., *Falange. Historia del fascismo español* (1965), traducción de Francisco Ferreras, Ruedo Ibérico, Madrid, 1986, p. 13. La cursiva es añadida.)

⁹² *El mito del siglo XX* de Alfred Rosenberg, considerado el filósofo del Partido Nazi, constituye una de las mayores fabulaciones esencialistas jamás escritas, rayando en el paroxismo de la superchería a estos respectos de la creación de una identidad desde poco menos que la nada. Con todo, el propósito fundamental tras la obra -y tras toda la ideología nazi en realidad- no deja de tener su pintoresco intrínquis metafísico, como también pondremos de manifiesto en su momento.

A tenor de lo dicho hasta aquí, y de acuerdo con nuestra descripción de la extrema derecha, es evidente que si esta se caracteriza por su deseo de llevar a cabo una «vuelta atrás» como consecuencia de su apología paroxística de la conservación propia de la «mera» derecha, solo uno de los tres movimientos citados como típicamente asociados con la extrema derecha se corresponde con propiedad con esta imagen: el tradicionalista. Ni el ultraliberalismo pretende recuperar los principios políticos o económicos propios del Antiguo Régimen, ni el nazi-fascismo pretende acudir al pasado para otra cosa que no sea coger lo que de él pudiera interesarle en aras de, por un lado, legitimarse a sí mismo ante la Historia (en la medida en la que tal cosa era posible⁹³), y, por otro, «inspirar» a los ciudadanos de sus respectivos *demos* a imitar y aun superar el modo de vida y las hazañas y proezas – reales o ficticias- de sus antepasados con miras a proyectarlo hacia un futuro que, este sí, les pertenecería por entero a ellos en tanto creadores del mismo, y no a los que les precedieron. Y lo mismo sucede si la especificación que tenemos en cuenta es la del *Diccionario*. En ese caso, el extremismo de la derecha, entendido como «el extremismo de quienes “tuvieron”» y –se sobreentiende- ya no tienen, pero quieren volver a tener -de ahí que su estrategia política gire en torno a «la defensa a ultranza y la reconquista de las prerrogativas político-sociales tradicionales propias», también sería el eminentemente propio de los tradicionalistas, no el de los ultraliberales, que no «tuvieron», sino que, en todo caso, tienen, y por eso quieren conseguir todavía más, ni el de los nazi-fascistas, única innovación ideológica real en el panorama político del siglo XX.

La conclusión parece, pues, meridianamente clara: *la extrema derecha, involucionista por definición, solo puede ser identificada con aquellos grupos políticos cuya primera y última ambición sea, precisamente, involucionar; o sea, con los tradicionalistas*. Por eso es erróneo atribuir a la extrema derecha pervivencia política alguna en los parlamentos contemporáneos⁹⁴ y por eso ni ultraliberalismo⁹⁵ ni nazi-fascismo pueden ser considerados movimientos o ideologías de extrema derecha más que, si acaso, y solo en el caso del segundo, *parcial, mas no totalmente*⁹⁶.

⁹³ Téngase en cuenta que uno de los rasgos más típicos de la retórica fascista (italiana) y falangista -más que de la nazi- era, precisamente, la novedad de sus respectivas doctrinas, sobremanera en el caso italiano, ligado desde sus mismos inicios, y no por casualidad, al movimiento futurista.

⁹⁴ «¿Qué ha ocurrido con el viejo conservadurismo? Dejándonos de sutilezas, *está muerto*. (...) El viejo conservadurismo se destruyó porque las formas sociales que pretendía defender desaparecieron prácticamente por completo (...). Nadie considera ya que el feudalismo sea un orden social políticamente instructivo para el mundo moderno. Tampoco nadie hace una defensa seria de la aristocracia, la primacía de los propietarios de tierras o las formas de jerarquía ligadas al dominio de la nobleza». (Giddens, *Más allá de la izquierda y la derecha*, pp. 35-36. La cursiva es añadida.) Como veremos, esta muerte del viejo conservadurismo (o, si se prefiere, del tradicionalismo), así como las causas de la misma, cobrarán importancia a la hora de comprender la naturaleza de la derecha radical populista y su condición de remedo no del tradicionalismo, sino del conservadurismo radical. En este sentido, se podría decir que entre la extrema derecha y el resto de categorías del espectro existe una suerte de espacio difícilmente salvable en la medida en la que, salvo excepciones, la extrema derecha tiende, por su propia naturaleza, a autoexcluirse de una práctica política parlamentaria que rehúye por principio, cosa que no sucede con ninguna de las otras categorías (adopten un enfoque favorable o no hacia ella).

⁹⁵ «La noción de que el individuo y los derechos individuales deben ser valores fundamentales es (...) [para tradicionalistas como Burke y de Maistre] una insensatez. El estado no puede estar basado en un contrato y el individuo no posee derechos en abstracto; éstos, y los deberes que los acompañan, proceden de la colectividad, que representa una cadena de generaciones sin fin. La sociedad es “una asociación, no sólo entre los vivos, sino entre quienes están muertos y quienes están por nacer”. La democracia traiciona esta relación. La idea de que “una mayoría de hombres, contados uno por uno”, deba determinar las decisiones políticas, no sería más que desastrosa. (...) [Además,] [e]l viejo conservadurismo –en general- era hostil no sólo al comercio, sino al capitalismo en sentido más global. Cuanto más avanzan los procesos de mercantilización, más solidaridades orgánicas se destruyen (...). Ello incluye el terreno de lo sagrado. El individualismo económico, según el viejo conservadurismo, es el enemigo de ese penetrante sentido de lo religioso que tanta importancia tiene para la vida social premoderna (...).» (Giddens, *Más allá de la izquierda y la derecha*, pp. 35-36.) Por otro lado, en cuanto a la ubicación que debiera tener el ultraliberalismo dentro de nuestro modelo de espectro, nos remitimos al Entreacto II.

⁹⁶ «Fascismo y extrema derecha. Ambos términos se utilizan cotidianamente como sinónimos de algo que, generalmente, es más lo segundo que lo primero. Esta imprecisa línea divisoria ha provocado que la generalidad de la ciudadanía y gran parte de los propios integrantes de este tipo de movimientos tiendan a identificar al fascismo con una derecha radical furibundamente nacionalista y violenta. Sin embargo (...), *difícilmente podríamos integrar al fascismo genérico dentro de las ideologías de la derecha*. No cabe duda de que, aunque la respuesta a los estímulos externos sea idéntica, *entre fascismo y extrema derecha hay una importante divergencia ideológica*». (Bolinaga, Íñigo, *Breve historia del fascismo* (2008), Nowtilus, Madrid, 2013, p. 271. La cursiva es añadida.)

¿De dónde procede, entonces, esa asignación del ultraliberalismo, por un lado, y del nazi-fascismo, por otro, a la extrema derecha?

Definidos y delimitados los contornos de lo que podríamos considerar que es la extrema derecha *en puridad*, se sale un tanto de nuestro cometido el análisis de las causas que han posibilitado y aun fomentado el confucionismo en torno a esta categoría política, reduciéndola a la insostenible mezcolanza de posiciones tan dispares, cuando no enfrentadas, que ha originado el erróneo e incongruente lugar común párrafos ha mencionado. Sin embargo, no estará de más rellenar esta llamativa laguna, tratando de comprender el porqué de este fenómeno, así como el porqué de que los analistas filosófico-políticos hasta ahora tiendan a no percatarse del exabrupto que supone su mismo planteamiento.

Ya hemos señalado algunos de los posibles puntos en común entre los tres «acusados», así como algunas de sus disparidades. De tal análisis, incluso sin entrar en detalles, es manifiesto que no se puede desprender en modo alguno la conclusión de que sea posible tildar, simultáneamente, planteamientos tan distintos como de extrema derecha. Hay demasiadas incompatibilidades entre ellos como para poder asegurar que pertenecen a un mismo ámbito político. Lo que presuntamente conecta al tradicionalismo con el ultraliberalismo –el papel protagonista de las clases privilegiadas y la aparente indiferencia del Estado respecto a las actividades comerciales y los negocios privados de los individuos- no se aviene con la realidad sociológica de un nazi-fascismo intervencionista y aupado por las clases medias; lo que presuntamente vincula al tradicionalismo con el nazi-fascismo –la devoción por y la sumisión ante la autoridad y la revivificación de unas (presuntas) esencias nacionales (o raciales) perdidas- no tiene cabida en el credo ultraliberal, decididamente libertario, individualista y antiesencialista; y lo que presuntamente vincula al ultraliberalismo con el nazi-fascismo –afán de progreso técnico-científico, médula capitalista y socialdarwinismo- es completamente ajeno a los fundamentos de la doctrina tradicionalista. Dicho de otro modo: lo que acerca el primero al segundo lo aleja del tercero; lo que acerca el segundo al tercero excluye al primero; lo que acerca el primero al tercero deja fuera de juego al segundo. En la extrema derecha, (estos) *tres son multitud*. Pero queda una posibilidad. Única y remota, aunque dotada de cierta coherencia.

Partiendo de la evidencia de que todo deliberado desconcierto sobre una categoría política solo puede ser inducido o bien por los adscritos a dicha categoría, que por alguna razón no desean reconocerse como tales⁹⁷, o bien por sus adversarios (o enemigos), interesados en la minusvaloración o incluso la desaparición de su rival político, especialmente

⁹⁷ «La izquierda habrá ganado (...) siempre una gran batalla ideológica: que la derecha se sienta incómoda, por motivos éticos, en su definición de clase expropiadora o propietaria, y que aun llegue a aborrecer el nombre de derecha». (Bueno, *El mito de la Izquierda*, p. 297.) En este mismo sentido: «Como no sea en los aledaños extremos (...) del arco político, no encontramos grupos que se atribuyan sin más la condición de «derecha», y menos que hagan una definición ideológica de su propia posición en cuanto tales, en cuanto pertenecientes a la derecha. Y cuando a veces se hace por parte de algunos, podríamos calificarla como lo que he llamado definición negativa. Es decir, en muchas ocasiones los que se definen como de derechas están diciendo, simplemente, que no son de izquierdas. Anotación esta (...) de interés porque viene a coincidir con la definición de los izquierdistas, que consideran derechas cualquier cosa que se mueva que no esté en su bando. (...) [E]sta última observación, relativa a la definición negativa de «derecha», viene a ilustrar la preeminencia ideológica ejercida por la izquierda». (Rodríguez-Arana, Jaime, *El espacio de Centro*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001, pp. 136-137). Un buen ejemplo de este tipo de casos lo encontramos en España, donde el Partido Popular, a pesar de ser una formación de derechas –la principal y, hasta la aparición y el ascenso de Vox, casi la única *de facto*-, sin embargo solo se reconoce, a lo sumo, como de centro-derecha, debido particularmente a su condición de partido «heredero», Alianza Popular mediante, del franquismo. Ovejero lo observa con claridad meridiana: «El caso español presenta una peculiaridad: por razones obvias relacionadas con nuestra historia reciente, la etiqueta “derecha” es algo más que una descripción, es un estigma. La derecha, que no lo ignora, evita presentarse como tal. La asimetría es manifiesta. Mientras la derecha tiene problemas para aceptar públicamente su condición política, y de ahí el reproche “de andar con complejos” por parte de sus ideólogos de expresión más contundente, la izquierda no duda en lucir su divisa con orgullo. Incluso el presidente del gobierno no dudó en describirse a sí mismo como “un rojo”». (Ovejero, *La trama estéril*, p. 237.) Cabe dejar constancia de que, cuando tanto Ovejero como Bueno y Rodríguez-Arana redactaron sus correspondientes palabras, todavía no había surgido el citado Vox, que a diferencia del Partido Popular sí que se define, y orgullosamente, como partido de derechas «sin complejos», tildando al PP, en consecuencia (y expresión mediáticamente afortunada), de «derechita cobarde».

en un marco de competencia electoral⁹⁸, lo que es evidente es que nadie parece querer arrogarse el sambenito de la extrema derecha. Nadie. Tampoco, claro, los «principales sospechosos».

Los tradicionalistas reniegan de esa etiqueta, primero, negando la mayor: el ordenamiento general que le aporta su sentido y razón de ser (el espectro político) es motivo, por sí solo, de rechazo e impugnación, con lo que cualquier intento de encajar al tradicionalismo en sus categorías particulares queda inmediatamente invalidado; y segundo, alegando que, en caso de ser válida la denominación de extrema derecha, esta es sinónimo inequívoco de totalitarismo nazi-fascista, doctrina con la que nada tienen ni quieren tener que ver. Los ultraliberales no aceptan esa calificación por otros dos motivos: primero, que la política es para ellos un mal no menor, sino mayor, posiblemente necesario, sí, pero con un radio de acción tan inexcusablemente limitado y restringido como sea posible; segundo, que extrema derecha equivale a totalitarismo nazi-fascista, algo con lo que si los tradicionalistas no quieren tener nada que ver, mucho menos lo querrán ellos. Finalmente, los nazi-fascistas, aparentes sempiternos chivos expiatorios del extremo-derechismo, tampoco están dispuestos a que se los ultraje ubicándolos en esa posición ni, en realidad, en ninguna; ellos –dicen– no son ni de izquierdas ni de derechas, porque su cosmovisión holística de la política y de lo político les permite superar ambas en cualesquiera de sus formulaciones, moderadas o extremas, pero en cualquier caso inevitablemente parciales, incompletas y particularistas. Esto, en fin, y aunque huelga decirlo, se supone de suyo. Pero desde fuera del bosque, en pie sobre la atalaya, las cosas se ven de otra manera. Y eso es lo que sucede con la extrema derecha: que lejos de ser una categoría que se define por sí misma, es una categoría que es definida por otros. Concretamente, por quienes se oponen frontalmente a ella, esto es, por la izquierda. Más en concreto aún, por la extrema izquierda⁹⁹.

Remontándonos una vez más a nuestro propio enfoque, así como al del *Diccionario*, es claro que extrema izquierda y extrema derecha se contraponen por su misma esencia. La igualdad plena a la que aspira una es la mayor execración (cuando no *sacrilegio*) para la otra. En este sentido, para la extrema izquierda todo aquel que no asuma sus propias consignas y premisas igualitaristas, comprendidas como las eminentemente revolucionarias, es, por acción o por omisión, por activa o por pasiva, un contrarrevolucionario. Dado que ni el tradicionalismo ni el nazi-fascismo, ni mucho menos el ultraliberalismo, tienen entre sus objetivos mediatos ni inmediatos la consecución de esa igualdad plena (en detrimento de la autoridad y la jerarquía divinas, las desigualdades inherentes a los hombres y a los pueblos – y a las razas– y la libertad y las capacidades intelectuales, morales, etc. de cada individuo, respectivamente), los tres deben ser automáticamente considerados contrarrevolucionarios. Porque eso –la oposición al igualitarismo– sí lo tienen en común los tres, e incluso alguno más (la derecha, el centro, e incluso la izquierda más moderada). De hecho, es lo único que verdaderamente tienen en común¹⁰⁰.

⁹⁸ Como veremos en el próximo capítulo, esta es la dolencia por antonomasia del centro.

⁹⁹ «[L]a ideología cerrada vicia el discurso político porque reduce a sus términos todas las propuestas que puedan surgir a su alrededor, sometiendo a su esquema simplificador cualquier discurso o idea. Y así, por ejemplo, desde las posiciones ideológicas de la izquierda se considera derecha a todo lo que no sea izquierda, igualmente al fascismo –intervencionista, estatalista y antidemocrático– que al liberalismo –democrático, individualista, liberalizador–». (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, p. 93.) Naturalmente, en ese cajón de sastre que sería la (extrema) derecha desde el punto de vista de la izquierda, también tiene simultánea cabida el tradicionalismo.

¹⁰⁰ Y aun así, no sin ciertos reparos. Ya hemos señalado anteriormente que el nazi-fascismo es desigualitarista *hacia fuera*, no *hacia dentro*. Su planteamiento ideológico supone la conformación de un *demos* homogéneo que en tanto tal se consolide y unifique –normalmente en torno a la figura del líder o caudillo carismático– tanto como sea posible *ad intra*. Por otro lado, retomando la cuestión de la «amalgama por enemistad», Payne señala lo siguiente: «Los nuevos grupos autoritarios de la derecha combatían en gran medida las mismas cosas a las que se oponían los fascistas (en especial el liberalismo y el marxismo), y propugnaban efectivamente los mismos objetivos. Además, hubo muchos ejemplos de alianzas tácticas –por lo general pasajeras y circunstanciales– entre fascistas y derechistas autoritarios, e incluso casos de fusión pura y simple, especialmente entre fascistas y derechistas radicales (...). De ahí la *tendencia general a poner en el mismo saco estos fenómenos distintos*, que se ha visto reforzada por los historiadores y los comentaristas ulteriores que tienden a identificar a los grupos fascistas con la categoría de la derecha o de la extrema derecha. Pero esto no es correcto sino *en la medida en que se tenga la intención de*

Este sería, pues, el único argumento mínimamente consistente que permitiría amalgamar movimientos e ideas tan diferentes como parte de un mismo espacio. O tal vez ni siquiera, porque se trata de un argumento que parte de una concepción sesgada y maniquea de la política que a duras penas se corresponde con la realidad de esta, y que en cualquier caso es demasiado generalista y vago, no obstante su efectismo y aun certificada eficacia¹⁰¹.

Para finalizar, a modo de anticipo de lo que ha de seguir inmediatamente, unas palabras sobre el centro, categoría que, al contrario de lo que pueda parecer, ha estado presente a lo largo de todo este capítulo. En el caso de la izquierda y la derecha, a las que denominamos «posiciones moderadas, convergentes o centrípetas», precisamente por eso: porque es el centro lo que, siendo ambas posturas antitéticas por naturaleza, las modera hasta el punto de lograr que converjan e incluso se ecualicen en él, pudiendo entenderse y pactar¹⁰²; en el de la extrema izquierda y la extrema derecha, a las que consideramos «posiciones extremistas, divergentes o centrífugas», por otro tanto de lo mismo, pero al revés: porque es el centro lo que, al facilitar la convergencia y el pacto entre las antitéticas izquierda y derecha, permite a los extremos alzar su bandera de la autenticidad y reivindicarse como verdaderos representantes de uno u otro lado –pero siempre de la totalidad de «el pueblo» o de «la gente»¹⁰³, fetiche reconvertido invariablemente en patrimonio exclusivo suyo- en virtud de su «virginidad», es decir, en virtud de su pureza, de su coherencia, de su inflexibilidad y de su absoluta oposición a cualquier *imperdonable* entendimiento con el «enemigo». Sea como fuere, el centro se torna espacio *constitutivo* de cualquiera de ambos planteamientos¹⁰⁴.

separar a todas las fuerzas autoritarias opuestas tanto al liberalismo como al marxismo y asignarles la etiqueta arbitraria de «fascismo», al mismo tiempo que se pasan por alto las diferencias básicas entre ellas. Es un poco como si se identificara el estalinismo con la democracia rooseveltiana porque ambos se opusieron al hitlerismo, al militarismo japonés y al colonialismo europeo occidental». (Payne, Stanley G., *El fascismo* (1980), traducción de Fernando Santos Fontela, Alianza, Madrid, 2009, pp. 22,24. La cursiva es añadida.)

¹⁰¹ Las dicotomías simplistas del tipo buenos-malos o conmigo-contra mí (de remanente bíblico: *Qui non est mecum, contra me est*; «el que no está conmigo está contra mí», nos dice Lucas, 11:23) son un recurso típico de todos los extremismos, pero especialmente de los de izquierda, ya que la condición de anhelo poco menos que universal de la igualdad –entre otras cosas que trataremos en el Apéndice- les ha permitido, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, hacerse con una ventaja decisiva al respecto: una incontestable hegemonía moral –lo que hoy día se conoce, en el argot político, como «ganar el relato»- que tiene su reflejo, por ejemplo, en la omnipresente corrección política. Más adelante habremos de hacer algunas consideraciones más al respecto del citado maniqueísmo. Por ahora, «acerca del predominio de lo izquierdo, basta recordar el tono moralizante del pensamiento único, lo políticamente correcto o la neutralización del pensamiento y la cultura, etc.» (Negro Pavón, «Ontología de la derecha y la izquierda», p. 486.)

¹⁰² Si bien resulta imposible, tanto para la izquierda como para la derecha, no encontrarse en un permanente estado de tensión, moviéndose entre sus particulares Escila y Caribdis, esto es, entre conceder demasiado al adversario moderado o –peor aún- concedérselo al adversario radical. En palabras de Bueno: «das líneas por las que se mueven la derecha y la izquierda, aunque convergen una y otra vez en un punto, al cruzarse, volverán a separarse; y aun cuando estén convergiendo en el mismo punto, lo estarán haciendo siguiendo direcciones opuestas». (Bueno, *El mito de la Izquierda*, p. 297.)

¹⁰³ «Otra consecuencia, incluso más preocupante aún, del déficit democrático unido a la obsesión de la política centrista es el papel cada vez mayor que desempeñan los partidos de la derecha populista. De hecho, lo que yo planteo es que el aumento de este tipo de partidos debería entenderse en el contexto de una forma política marcada por el «consenso de centro», que permite a los partidos populistas desafiar el consenso dominante y *aparecer como las únicas fuerzas antisistema capaces de representar la voluntad del pueblo*. Merced a una hábil retórica populista, pueden articular muchas peticiones de los sectores populares tachados por las élites modernizadoras de retrógrados y presentarse como los únicos garantes de la soberanía del pueblo. Creo que esta situación no habría sido posible si se hubiera dispuesto de más opciones políticas reales dentro del espectro democrático tradicional». (Mouffe, Chantal, *La paradoja democrática* (2000), traducción de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Gedisa, Barcelona, 2012, p. 128. La cursiva es añadida.) La sugestiva visión de la naturaleza de la política (y de lo político) de Mouffe será mencionada en el siguiente capítulo. Por otro lado, Mouffe solamente tiene en cuenta, como peligrosos para los sistemas democráticos, a «los partidos de la derecha populista» (algunos de los cuales, desde nuestro enfoque, que más adelante expondremos, se encontrarían en un centro intermedio entre el centro estándar y el extremo centro: el centro radical populista), y no a sus presuntos equivalentes en la izquierda (los cuales, en realidad, defiende, como veremos en el Apéndice). Paradójicamente, y de nuevo *a pesar de* –más que gracias a- su equivocada caracterización de lo que ella considera «derecha populista» (para ella, equivalente a la extrema derecha), su denuncia es absolutamente certera y únicamente válida para ese tipo de formaciones políticas. En el siguiente capítulo, así como en los capítulos quinto y sexto, trataremos de explicar en qué sentido y por qué.

¹⁰⁴ También desde un punto de vista electoral. Por grande que sea el rechazo mostrado hacia él por todas las posiciones, y sobremanera por las extremistas, necesitan ganárselo (demoscópica y sociológicamente) si quieren tener posibilidades reales de alcanzar el poder, como señalaba Bobbio.

Asimismo, es justamente como respuesta a una tesitura en la que las opciones moderadas (léase centristas) fallan o se muestran incapaces de solventar una determinada coyuntura con la requerida –por parte de la ciudadanía- rapidez o eficacia, cuando los extremismos tienden a surgir y presentarse como las únicas alternativas viables y lícitas a un sistema viciado y cuya solución pasa única y exclusivamente por «el cambio», o lo que es lo mismo, por ellos, intérpretes oficiales de una *vox populi* que a su juicio ha sido traicionada de forma reiterada. Y decimos que resurgen y no que surgen a secas porque, una vez que se presentan en el seno de un sistema, adquieren su propio *conatus* y buscan perpetuarse incluso en periodos de bonanza donde la inteligencia entre las fuerzas moderadas funciona, da resultados, atiende y satisface las necesidades de lo que habitualmente –en los sistemas bipartidistas- es la inmensa mayoría de la población. Para lograrlo no dudan en inculpar a las instituciones de cuantos males –reales o imaginarios- se les ocurran, señalando cuantas causas sean precisas –la delincuencia, la inmigración, la laxitud en el control de las fronteras, la política de camarillas, «La Trama», «el régimen del 78», etc.- para crear una (falsa) imagen de corrupción generalizada y, más aún, de impunidad ante la misma que desacredite sus resortes fundamentales y les permita a ellos justificar ante la opinión pública su (in)confesa pretensión de derribar el sistema para refundarlo, «esta vez sí», como es debido. Siguiendo a Bobbio y compañía:

[Extremismo] indica una orientación (en el terreno doctrinal), un comportamiento o un verdadero modelo de acción política adoptado por un movimiento, por un partido o por un grupo político que *rechaza las reglas del juego de una comunidad política*, al no reconocerse en los fines, en los valores y en las instituciones propuestas a la vida pública y que actúan para modificarlas radicalmente. En última instancia, lo que caracteriza al [extremismo] es *la tendencia a ver las relaciones políticas en términos de alternativas radicales y el consiguiente rechazo de la gradualidad y de la parcialidad de los objetivos, la repulsa del negociado y del compromiso, el pedido urgente del “todo y al momento”*.¹⁰⁵

Sea como fuere, de lo que no cabe duda es de que el centro forma parte indisoluble del espectro político y condiciona tanto su zona moderada como sus bordes radicales. Ahora bien: ¿qué es el centro? Y ¿cuál es su naturaleza?

¹⁰⁵ Bobbio, Matteucci y Pasquino, *Diccionario de política*, p. 608. La cursiva es añadida.

Capítulo 3

El centro político

Expuestas ya las notas fundamentales tanto de la izquierda como de la derecha, así como, por extensión, tanto las de la extrema izquierda como las de la extrema derecha, toca ahora llevar a cabo un análisis análogo al realizado con los pares anteriores con respecto a la categoría del centro político. Con miras a este fin, este capítulo repetirá una estructura trimembre en la que cada sección o apartado se ocupará de una faceta del problema a descomponer, esto es, el problema del centro. Así, la primera parte tratará de dar cuenta de los aspectos más relevantes de dicho problema, poniendo de manifiesto la dificultad de la definición del centro, la caracterización de su naturaleza e, incluso, las razones que habitualmente llevan a negar su misma existencia o aun posibilidad. La segunda parte se ocupará de ofrecer una «definición minimalista» de la categoría del centro político a la luz de los resultados del examen previo. Por último, la tercera parte se focalizará en la posibilidad de ofrecer, sobre la base de esa definición minimalista, una «caracterización maximalista» que haga factible la continuación del estudio respecto a uno de los principales objetivos planteados: la conexión entre las síntesis políticas socioliberal y nazi-fascista a través, precisamente, del centro.

1) Problemática general de la categoría del centro político

Si damos por sentado, como hemos hecho, el conocido lugar común según el cual el origen del espectro político –vale decir, de la división entre izquierda y derecha, primero en singular y posteriormente en plural- ha de hallarse en la Asamblea revolucionaria francesa, no queda más remedio que aceptar que también el centro, en su acepción política, tuvo su particular origen –en forma, recordemos, de «Llanura» o «Pantano»- allí y entonces, junto con la izquierda y la derecha. En realidad, como condición de posibilidad de ambas¹⁰⁶. En esta línea de definición del centro que podríamos tildar de «pragmática» o «funcionalista» se encuentra el que podríamos tildar asimismo de nuestro autor de referencia, Norberto Bobbio. En el ya citado *Diccionario de política*, la voz «centrismo» nos dice lo siguiente:

En líneas generales, el centro, según la visión geométrica tradicional de la política, que se basa en la dicotomía “cambio-conservación”, es la *posición intermedia por antonomasia* (...). Cuando el grado de polarización entre las partes que se enfrentan en una lucha de posiciones es tan elevado que *pone en peligro la existencia física de ambos*, surgen las agrupaciones, las coaliciones, las corrientes, los partidos de centro y las actitudes y las políticas centristas. Los motivos que determinan el [centrismo] presuponen todos una *dificultad de elección*; en cierto modo pueden esquematizarse de la siguiente manera: se es centrista porque se considera que las dos posiciones que se oponen entre sí presentan elementos positivos tan fuertes que justifican una *síntesis* o una mediación, o porque se considera que ambos contendientes están equivocados, en cuyo caso el

¹⁰⁶ «La estructura lógica de la oposición entre la derecha y la izquierda es una estructura relacional de tipo trimembre: sólo tiene sentido respecto de un parámetro, que suele ser interpretado topológicamente como un centro. (...) Por ello, cuando la propiedad «derecha» o «izquierda» se lleva a un punto tal en el que se elimina el centro (en funciones de parámetro) la distinción misma desaparece». (Bueno, *El mito de la Izquierda*, p. 40.)

La (a)tracción del centro

camino correcto consiste en situarse en el centro, es decir, *por encima de las partes*. Desde el punto de vista valorativo, no hay duda de que el [centrismo] corresponde al *moderantismo*, ya que mientras para los centristas *in medio est virtus*, para los opositores externos [centrismo] es sinónimo de indecisión, de inmovilismo, de oportunismo, etc.¹⁰⁷

De esta definición extraemos varias ideas: primera, que el centro «es la posición intermedia por antonomasia»; segunda, que el centro surge, como posición política, en momentos especialmente conflictivos o debido a la existencia de alguna «dificultad de elección» entre dos posiciones insatisfactorias a juicio del elector o decisor, ya sea porque tanto una postura como la otra ofrecen «elementos positivos tan fuertes que justifican una *síntesis* o una mediación» que, presumiblemente, en tanto tal, conjugue lo que se considera mejor o más provechoso de ambas, ya sea porque, muy por el contrario, tanto una postura como la otra se antojan tan erróneas que la mejor –si es que no la única- opción factible es la que, al socaire de la filosofía y tradición aristotélicas y, por añadidura, en virtud de su centralidad, está «por encima de las partes»; tercera, que «no hay duda de que el [centrismo] corresponde al moderantismo», siquiera por su distancia respecto a cualesquiera extremos de cualesquiera lados de cualesquiera espectros que se propongan o diseñen.

Inciendiando en algunos de los aspectos ya explícita o implícitamente señalados –su carácter de condición de posibilidad, su tendencia a la intermediación, su inherente ambivalencia, «indecisión» u «oportunismo»-, Bobbio retoma esta problemática cuestión en *Derecha e izquierda*:

[E]l centro, definiéndose *ni de derecha ni de izquierda* y no pudiéndose definir de otra manera, la presupone [la distinción derecha-izquierda] y extrae de su existencia la propia razón de ser. (...) La definición de este espacio intermedio hace posible una comprensión más articulada del sistema, ya que permite distinguir entre un centro que está cercano a la izquierda o centro-izquierda, y un centro que está más cercano a la derecha o centro-derecha, y así, en el ámbito de la izquierda, una izquierda moderada que tiende hacia el centro y una izquierda extrema que se contraponen al centro, e igualmente, en el ámbito de la derecha, una derecha atraída hacia el centro, y una que se aleja de él, contraponiéndose en igual medida tanto al centro como a la izquierda. Teniendo en cuenta que, a pesar de las posibles divisiones dentro del espacio del centro, queda siempre un centro indiviso, que podría llamarse centro-centro, la tríada se convierte en una pentiada. (...) [N]o existe mejor confirmación de la presencia del modelo dicotómico que la presencia (...) de una izquierda que tiende a considerar el centro como una derecha camuflada, o de una derecha que tiende a considerar el mismo centro como la cobertura de una izquierda que no quiere declararse como tal.¹⁰⁸

En este fragmento –recordemos, posterior al del *Diccionario*- Bobbio enuncia, amén de los aspectos antedichos, una serie de cuestiones inéditas que podemos resumir en dos: una «tipología geográfica» del centro y la tendencia, tanto por parte de la izquierda como por parte de la derecha, a negar la existencia del centro reduciéndolo a la condición de descafeinada comparsa del opuesto, atribuyéndole por tanto, desde la izquierda, el carácter

¹⁰⁷ Bobbio, Matteucci y Pasquino, *Diccionario de política*, p. 209. La cursiva es añadida. Sobre las atribuciones de «indecisión», «inmovilismo» y, sobre todo, «oportunismo», así como a modo de adelanto de la que será nuestra concepción «vacía» del centro, Rodríguez-Arana: «El centro, dicen muchos contradictores[.] con su crítica de las posiciones ideológicas, con su distanciamiento, su equidistancia, de la derecha y de la izquierda, con su neutralidad, a lo que conduce es a una especie de indefinición que quiere tener las virtualidades de las partes, sin ser ninguna de ellas para ser todas a la vez, y al final lo que consigue es una amalgama de propuestas débiles e insustanciales que permiten calificar su posición fundamentalmente como inconsistente. (...) [E]l centro carece, efectivamente, de la consistencia dogmática propia de las ideologías cerradas [izquierda y derecha], pero es que ese tipo de consistencia no le interesa porque se trata de una consistencia falaz, aparente, establecida sobre una base reductora de la realidad, propia de todo racionalismo». (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, pp. 137-139.)

¹⁰⁸ Bobbio, *Derecha e izquierda*, pp. 38-40.

de «derecha camuflada», y, desde la derecha, el de «cobertura de una izquierda que no quiere declararse como tal». La primera de estas cuestiones, a la que nos hemos referido como tipológico-geográfica, se corresponde con las subdivisiones que, dentro del espectro izquierda-derecha, es posible hacer, en este caso respecto del centro. Así, todavía dentro de sus «dominios», sería posible hablar de un centro-izquierda, de un centro-derecha, y, cuanto menos por pura necesidad referencial, de un centro-centro. La segunda de tales cuestiones, la negación del centro por parte de la izquierda y de la derecha, responde a tres razones fundamentales fácilmente comprensibles: por un lado, *la razón electoral*; por otro, la razón de la conveniencia de la polarización político-social o, más escuetamente, *la razón de polarización*; por último, la razón de la realidad de dicha polarización político-social o, en breve, *la razón de antagonismo o agonismo*. Antes de abordar el problema de la definición del centro político – supuesto que sea posible dar una, y más aún, una sola-, conviene que demos cuenta de todas las cuestiones que acabamos de señalar, puesto que su tratamiento nos ayudará a comprender mejor la naturaleza del centro propiamente dicho en tanto categoría política singular. Comencemos por las primeras ideas expuestas: 1) el centro es la posición intermedia por antonomasia; 2) tiene sentido en un coyuntura particularmente (y ontológicamente) comprometida o en una tesitura decisoria de difícil resolución que puede desembocar o bien en un intento de síntesis, o bien en un intento de superación de partes; 3) decir centro es decir moderación o, en su defecto, moderantismo.

La primera idea resulta evidente: el centro es centro porque está en el centro, vale decir, porque se ubica entre dos lados, bandos, flancos, etc., llámense estos como se llamen: izquierda y derecha, arriba y abajo, norte y sur, aquí y allá, etc. Desde esta perspectiva, que podríamos denominar «geográfica» o, con los autores del *Diccionario*, «geométrica», el centro, en términos puramente descriptivos, será centro siempre y cuando haga las veces de punto de referencia en torno al cual pivoten, graviten o se posicionen el resto de componentes de un segmento (territorial, poligonal, espectral, etc.) dado¹⁰⁹, esto es, siempre y cuando actúe como tal respecto a una *periferia*:

En primer lugar está la coordenada *centro-periferia*: el poder político tiende a concebirse como un centro que se relaciona con periferias políticas, sociales y también territoriales. El poder está en el centro, nunca en los márgenes. El poder puede desplazarse a la periferia, pero si esto acontece es para hacerse notar y para afirmar su potencia. No es ese su lugar. Obsérvese que el centro tiene una simbología profunda antes de tener utilidad práctica y antes de ser expresión geográfica. El centro es el lugar inicial de las cosmogonías antiguas, tal como mostró Mircea Eliade. El mundo es creado a partir de un centro y de ahí esa mayor intensidad en relación con lo sagrado. Es en el centro donde se establece una conexión directa entre el mundo terreno y el mundo de los dioses. Este centro puede localizarse en una montaña remota o en cualquier otro lugar inaccesible. Sin embargo, ese es el lugar por excelencia de la hierofanía, de la aparición de lo sagrado en el mundo profano y, por ello mismo, el lugar que el poder político considera adecuado para sí.¹¹⁰

Se trataría, en todo caso, de un punto de referencia connaturalmente *móvil*, puesto que, a fuer de ubicación relativa, existirá una interdependencia entre el centro como posición en sí misma y aquellos dos (o más) extremos entre los que se encuentra y con/por respecto a los

¹⁰⁹ Huelga decir que debe tratarse de un segmento finito (característica extrapolable del plano matemático al plano político) y, por tanto, con (dos) extremos, puesto que en caso contrario carecería de sentido hablar de referencia posicional alguna. Huelga decir, también, que este es el caso del espectro político. Mejor dicho: de *todo* espectro político.

¹¹⁰ Cardoso Rosas, João, «La topografía política. La aplicación de coordenadas espaciales a los lenguajes e imaginarios políticos», en Colom, Francisco y Rivero, Ángel (eds.), *El espacio político*, pp. 21-22. En cursiva en el original.

cuales se define o aparece como tal centro¹¹¹. Este sería, por añadidura, el origen etimológico del centro, que en su griego nativo hace referencia a todo aquello «que sirve para pinchar», y más en concreto, al punto fijo de apoyo sobre el que se sustenta el compás y resulta sencillo trazar un círculo.

La segunda idea es algo más problemática. Hace explícita una suerte de dilema del huevo y la gallina al dar por sentada una de las posibilidades, a saber: que el huevo (en este caso, los huevos: la izquierda y la derecha o, en su defecto, alguno de los demás pares ya señalados o aun otros) fue antes que la gallina (el centro). Pero no está tan claro que el centro, como posicionamiento, sea posterior a la izquierda y la derecha entre las cuales se ubica. De hecho, como indicamos más arriba, podría decirse todo lo contrario: el centro precede –siquiera paramétrica, referencialmente- a la izquierda y la derecha, y porque las precede, las posibilita¹¹². Empero, lo relevante de esta propuesta no es tanto su aspecto cronológico –que no nos importa ni mucho ni poco, al menos en este momento- como su ulterior manifestación, la cual, recordemos, según argumentan los italianos, puede ser o bien de intento de *síntesis*, o bien de intento de *superación*. Esta observación sí resulta llamativa, por cuanto puede dar pie a hablar, más que de un centro, de, *al menos*, dos centros: *el centro que sintetiza* y *el centro que supera*. A qué nos refiramos con la idea de síntesis y a qué con la de superación, más adelante lo veremos. Por ahora, quedémonos con esa «duplicidad del centro» de cuyas últimas consecuencias tendremos ocasión de hablar enseguida.

Antes, aún dentro del primer «paquete» de ideas, tenemos la tercera. Esta es, *a priori*, tan intuitiva o casi como la primera. A nadie con unas mínimas nociones acerca de política le parecerá incongruente, impropio ni extraño calificar al centro, o si se quiere, al centrismo político, de moderado. Más bien al contrario. Parece que eso sería lo natural, lo lógico, lo obvio, incluso. Pero, ¿realmente es esto así? ¿Acaso el centro excluye, por su propia naturaleza, la radicalidad? ¿Es de todo punto imposible pensar un «extremo centro»¹¹³? Y en el supuesto de que no lo fuera, ¿en qué se diferenciaría ese «extremo centro» del centro moderado o centro «al uso»?

Ni la escisión-precisión apuntada hace dos párrafos ni la pregunta lanzada en el inmediatamente anterior carecen de sentido. Es más: están en directa conexión. Si, de acuerdo con la dicotomía propuesta por Bobbio, Matteucci y Pasquino, el centro puede actuar como síntesis o como superación, el resultado de una y otra actuación no puede ser el mismo (centro), puesto que sintetizar no es lo mismo que superar, *aunque toda superación, filosóficamente entendida, conlleve un cierto grado de síntesis*¹¹⁴. Es fundamental tener presente esta puntualización, porque refleja explícitamente que entre la síntesis y la superación no solo media un wittgensteiniano «aire de familia», sino que existe un vínculo directo por cuanto podemos considerar que la única diferencia, a efectos prácticos, entre la síntesis propiamente dicha (y, por extensión, el centro resultante de su efectuación, esto es, el centro entendido como síntesis) y la superación (y, por extensión, el centro resultante de su efectuación, esto

¹¹¹ De ahí que algunos autores se refieran al centro, al centrismo o al centrista como «esclavo de los extremos» (por ejemplo, Ángel Rodríguez Kauth, en «El «centro» en política», *Fundamentos de humanidades* (Universidad Nacional de San Luis), año IV, n° I/II (7/8), 2003, pp. 19-28).

¹¹² «El centro no es sólo el punto de referencia, sino el origen de la derecha y la izquierda y la causa de su división, explicando la eterna dialéctica existente entre lo derecho y lo izquierdo. El centro es lo que les da *su sentido y su medida*». (Negro Pavón, «Ontología de la derecha y la izquierda», p. 457. En cursiva en el original.)

¹¹³ Término que conviene que no confundamos con el de «centro radical» ni en la acepción anglosajona del mismo –ya considerada en la Introducción- ni en ninguna otra conocida, puesto que en nuestra investigación dicho término adquirirá un significado político (tanto en lo ideológico como en lo pragmático) propio, particular y muy concreto.

¹¹⁴ Sobre el vínculo entre síntesis y superación es forzoso traer a colación, naturalmente, el hegelianismo, que Popper nos describe de esta diáfana manera en relación a la mecánica del proceso histórico: «Ese desarrollo [histórico] tiene lugar *dialécticamente*, vale decir, con un ritmo de tres tiempos. En primer lugar, se sustenta una *tesis*; ésta producirá una crítica, y sus adversarios, al afirmar su opuesto, darán forma a la *antítesis*; por fin, del conflicto de estas dos concepciones, surge la *síntesis*, es decir, una especie de *unidad de los opuestos*, una especie de *avenencia o conciliación* alcanzada *sobre un plano más elevado*. La síntesis absorbe, por así decirlo, las dos posiciones opuestas originales, *superándolas*; las reduce a la categoría de componentes de una *tercera* entidad, negándolas, así, al tiempo que las eleva y preserva». (Popper, Karl R., *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945), traducción de Eduardo Loedel, Paidós, Barcelona, 1991, p. 231. La cursiva es añadida.)

es, el centro entendido como superación) radica en que *la superación no es sino una síntesis mayor que la síntesis propiamente dicha, esto es, una síntesis que sincretiza tanto elementos, características, rasgos, etc. provenientes de las dos partes a sintetizar -izquierda y derecha- como otros elementos añadidos a esos y en virtud de los cuales es posible hablar de superación antes que de (mera) síntesis*¹¹⁵.

Este planteamiento, crucial para la viabilidad de la investigación, será debidamente desarrollado y ejemplificado más adelante. Por el momento, baste con que quede claro, por un lado, que no es lo mismo entender el centro como síntesis que entenderlo como superación, y que en uno y otro caso ha de hablarse de *al menos* dos centros distintos; por otro, que, en consonancia con esta diferenciación, será posible hablar –ya veremos cómo y en qué sentido–, de modo respectivo, de un centro moderado o «al uso» y de un centro extremista o «extremo centro».

En cuanto al segundo «paquete» de cuestiones –la tipología del centro y su negación por parte de la izquierda y de la derecha–, las más interesantes son, sin duda, la segunda y la tercera. La primera no adolece, al menos a bote pronto, de excesiva complejidad. Es evidente que el centro, categoría móvil de por sí, puede tender, en ocasiones, a «inclinarse», ya sea hacia su izquierda, ya sea hacia su derecha. Como consecuencia, nos encontraremos con un centro-izquierda y con un centro-derecha. De lo común y de lo dispar entrambos ya hemos hablado, de forma específica, en el capítulo precedente¹¹⁶, por lo que omitiremos toda reiteración en este. Sin embargo, sí es necesario añadir aquí que, a todos los efectos, tanto el centro-izquierda como el centro-derecha pueden ser considerados versiones más de izquierda y de derecha, respectivamente, que de centro propiamente dicho. El porqué es sencillo: entre ambos posicionamientos, el centro aporta lo común; la izquierda y la derecha, lo dispar. Lo común es, *ideológicamente*, lo accidental; lo dispar, también *ideológicamente*, lo sustancial¹¹⁷. Y esto debe ser así, porque, si lo común fuese lo *ideológicamente* sustancial y, por consiguiente, pesase más que lo dispar, que sería lo accidental, amén de que lo dispar sería apenas reconocible (porque entre una y otra versión del centro los parecidos –ideológicos– serían mayores que las diferencias, con lo que vendrían a ser lo mismo), nos encontraríamos con que lo común es lo *ideológicamente* sustancial y, por tanto, lo que aporta el *corpus* (ideológico) básico a ambas ramas. Mas esto, obviamente, no es ni puede ser así. Si lo fuera o lo pudiera ser, ello significaría que el centro acarrearía consigo, precisamente, un *corpus* (ideológico) propio y no uno «prestado», cuando lo que nosotros sostenemos es, justamente, esto último: *que el centro no posee, a priori, sustancia propia sino en la medida en la que sintetiza (o supera, según sea el caso) elementos propios de otras posiciones y, si acaso, les aporta, siquiera por mor de combinarlos, una tercera forma lo suficientemente diferente de aquellas de las que se nutre como para ser reconocible por sí misma y con independencia de aquellas*¹¹⁸. En este sentido, podemos adelantar ya

¹¹⁵ Por ahora, será suficiente apelar al carácter *cuantitativo* de la diferencia entre síntesis y superación. Más adelante, sin embargo, habremos de introducir también un matiz *cualitativo* que sirva para distinguir la naturaleza de las síntesis centristas (moderada y radical, pero también –como veremos– ni moderada ni radical) de cualesquiera otras que puedan darse a lo largo de todo el espectro.

¹¹⁶ Al tratar la distinción izquierda-derecha y su característica y definitoria (frente a sus respectivas versiones radicales o extremas) tendencia a la convergencia en el centro (causante de las antedichas versiones radicales o extremas).

¹¹⁷ Decimos *ideológicamente* porque *pragmáticamente* sucede lo contrario: centro-izquierda y centro-derecha tienen más coincidencias que divergencias, y de entre aquellas, la del mantenimiento del sistema político y económico vigente no es, ni mucho menos, la accidental, sino la sustancial, siendo el correspondiente carácter izquierdista o derechista –de los que aquel aspecto es condición de posibilidad–, a su respecto, lo accidental.

¹¹⁸ «[E]l anodino «centro» no posee definición ideológica por sí mismo sino que la misma es relativa a otras posiciones del espectro político y, el eventual corrimiento de estas en búsqueda de redefiniciones, implica necesariamente el corrimiento del «centro» a otras ubicaciones que en un tiempo histórico anterior pudieron haber sido consideradas como de izquierdas o de derechas, aunque en la actualidad resulte complejo poder manejar estos criterios –izquierda y derecha– adecuadamente (...). Al recorrer las páginas de la historia del pensamiento político, se podrá encontrar que han existido teóricos de distintas ideologías políticas, tales como el anarquismo, el comunismo, el liberalismo, el nazismo, el conservadurismo, etc.; pero *no hay alguien que haya definido una presunta ideología centrista, ni una filosofía, ni una economía, ni una sociología, ni una moral que puedan ser definidas como centristas*. En consecuencia, *resulta imposible que tenga contenido propio aquello que depende de posiciones exteriores a él*, no es más que la resultante ocasional y momentánea de definiciones doctrinales ajenas». (Rodríguez Kauth, «El «centro» en política», pp. 20, 25. La cursiva es añadida.)

que nuestra concepción del centro supone que este es, en lo esencial, síntesis, o, en su defecto –mejor dicho: *en su exceso-*, superación. Y lo que es más: supone que, de tener alguna cualidad esencial, esa es, justamente, la de la síntesis o la sinteticidad. Y como tal lo definiré. No obstante, como ya se ha recalado varias veces, eso será con posterioridad. Antes de dar ese paso conviene hacer manifiesta la explicación de la segunda de las cuestiones señaladas por Bobbio: la negación del centro por parte tanto de la izquierda como de la derecha.

Esta cuestión ha de ser explicada a la luz de las tres razones fundamentales que subyacen a ella: en primer lugar, la que hemos denominado *razón electoral* (o electoralista); en segundo lugar, la que calificamos de *razón de polarización*; en tercer y último lugar, la que hemos acordado en describir como *razón de antagonismo o agonismo*. En los tres casos se trata de razones fácilmente comprensibles que dan perfecta cuenta de por qué en todo tiempo y lugar donde tenga sentido hablar de un centro político (presuntamente) materializado en o representado por determinado partido o partidos políticos, tanto el resto de partidos autodenominados de izquierda como el resto de partidos autodenominados de derecha, concurrentes todos a un mismo proceso electoral (diríamos que la táctica se extiende más allá de los procesos electorales si no resultase evidente que siempre se está en un proceso electoral, aunque la mayor parte del tiempo, durante el que permanece oficialmente depuesto, sea en realidad «atenuado» o «de baja intensidad»), niegan, descalifican y ningunean, sin excepción, a dicho partido o partidos de centro, introduciendo en la estrategia de descrédito, incluso, elementos –solapados pero actuantes- de corte moral y algo más¹¹⁹.

La *razón electoral o electoralista* es, sin duda, la más intuitiva: ni a los partidos de izquierda ni a los partidos de derecha les conviene no ya reconocer la existencia de un centro, sino incluso su mera posibilidad. Un partido de centro, en tanto ubicado dentro del espectro entre unos y otros, sería capaz, precisamente en virtud de dicha privilegiada ubicación intermedia, no solo de contar con su propio núcleo de partidarios y de votos (para colmo presumiblemente otrora adscritos a partidos de izquierda o de derecha), sino también, y sobre todo, de robar sufragios a uno y otro lado, esto es, literalmente, a diestra y a siniestra¹²⁰. En este sentido, todo «anómalo» partido centrista contaría con la potencial –y potencialmente fatal- capacidad de convertirse en un adversario político digno de ser tenido muy en cuenta, máxime si es capaz de, aprovechando su posición (así como lo que ello conlleva en lo relativo a la visión de conjunto que solo desde el centro es posible tener respecto a la periferia en una y otra dirección), ganar para su causa o nutrirse electoralmente de la práctica totalidad de los sectores de la población¹²¹, con las únicas salvedades, si acaso, de los pertenecientes a las clases más bajas y más altas, que tradicionalmente rehúyen toda medianía en favor de sus propios y personalísimos intereses, *eo ipso* incompatibles con los de la generalidad de los votantes (encuadrados, en su mayoría, en las clases medias)¹²². Y si a esa habilidad le sumamos

¹¹⁹ Esto se aplica, fundamentalmente, a las razones electoral y de polarización. La razón de antagonismo o agonismo, como veremos, posee un carácter notablemente más teórico/académico que pragmático.

¹²⁰ «Mucho se ha discutido sobre la pertinencia de la división entre derecha e izquierda, cuando, de hecho, lo que todos los partidos están deseando ganar para sí es el centro». (Blair, Tony, *La Tercera Vía. Nueva política para un nuevo siglo*, traducción de Rosa Cifuentes y Pablo Ripollés, Ediciones El País, Madrid, 1998, pp. 17-18, de la presentación de Victoria Camps.) Esta afirmación se corresponde, dicho sea de paso, con la peculiaridad señalada al término del capítulo precedente, relativa al irónico hecho de que los mismos partidos que repudian el centro –los extremistas- necesitan adjudicárselo, sin embargo, para que su acceso al poder, al menos en un sistema democrático, sea factible.

¹²¹ Sobre decir que este es uno de los puntos en los que inciden la inmensa mayoría de los críticos con el centro (y, «casualmente», también con quienes se reivindican como *ni de izquierdas ni de derechas*), considerando que dicha etiqueta no es otra cosa que un taimado subterfugio propio de oportunistas que, jugando con su propia inconcreción o indefinición ideológica, aspiran a entresacar tantos votos de tantas partes como sea posible con el único objetivo de hacerse con el poder.

¹²² Recordemos que precisamente por esta razón es por la que Aristóteles considera a la ciudad regida por la clase media la mejor gobernada: «Donde la cantidad de la clase media es superior a ambos extremos o a cada uno aisladamente, allí el régimen puede ser estable; ya que no hay que temer que alguna vez se pongan de acuerdo los ricos con los pobres en contra de éstos, pues nunca desearán servir los unos a los otros, y si buscan, ningún régimen más común encontrarán que éste. En efecto, no soportarán gobernar alternativamente, a causa de la mutua desconfianza, y en todas partes el más digno de confianza es el árbitro, y árbitro es el de la clase media. Cuanto mejor mezclado esté el régimen, tanto más estable». (Aristóteles, *Política*, IV, 12, 1297a, p. 184.)

la posibilidad de inculcar en las masas el ideal, también hecho suyo por el centro en base a esa mentada privilegiada posición de la que goza, del gobierno *para todos* antes que el del gobierno *para quienes me han votado*¹²³, semejante adversario no puede sino adquirir una más que preocupante y formidable dimensión nada propicia para los intereses de la izquierda ni de la derecha. De ahí que, en tales coyunturas en las que una y otra verían peligrar su posibilidad de acceso al poder, ambas tenderían, si bien discreta y tácitamente, a ayudarse mutuamente «empujando» al susodicho partido centrista al bando contrario en la idea de que, si finalmente ese partido le roba votos a alguien, que sea al partido adversario, y no al propio¹²⁴. Una estrategia, por lo demás, complementada (o susceptible de serlo) mediante la «extremización» del adversario, esto es, mediante un «empuje» no al centrista sino, según casos, al izquierdista o derechista con la intención de hacerlo pasar por un riesgo más o menos real para el sistema pero que, en cualquier caso, habida cuenta de su extremismo, ha dejado desierto un atractivo espacio central del que poder apropiarse¹²⁵.

La razón electoralista es, además, la más general. Fruto suyo y concreción suya es la *razón de polarización*. Si bien en primera instancia esta razón es igualmente sencilla de comprender, en última posee mayor profundidad de la que aparenta *prima facie*. Consiste en lo que su propio nombre indica: polarizar la sociedad en torno a dos polos o bandos tan simples como efectivos: de un lado, «los buenos»; del otro, «los malos». Esta dicotomía es válida en ambos casos, es decir, en el caso de la izquierda y en el caso de la derecha. Para la primera, la derecha –en acepción genérica– representa todo lo malo, lo negativo, lo aborrecible, lo que debe ser repudiado y desechado, lo que merece destierro antes que respeto, lo que merece extirpación antes que remedio, en suma, el adversario, pero *potencial* enemigo; para la derecha, otro tanto de lo mismo: la izquierda –ídem– representa todo lo malo, lo negativo, lo aborrecible, lo que debe ser repudiado y desechado, lo que merece destierro antes que respeto, lo que merece extirpación antes que remedio, en suma, el adversario, pero *potencial* enemigo¹²⁶. Empero, ha de haber algo más. Ha de haberlo si no se

¹²³ Ideal –por no decir precepto vinculante– igualmente presente ya en la política aristotélica: «[C]omo se producen sediciones y luchas recíprocas entre el pueblo y los ricos, cualquiera de ellos que logra imponerse a los contrarios no establece un gobierno comunitario ni equitativo, sino que el premio que sacan de su victoria es la radicalización del régimen, y unos crean una democracia y otros una oligarquía». (Aristóteles, *Política*, IV, 11, 1295b-1296a, pp. 179-182.) De donde se colige que solo la clase media, en tanto tal, gobernaría para el bien común, que es el de la generalidad de la comunidad o, en el peor de los casos, el de la minoría mayoritaria de la misma. Asimismo, con mayor claridad y rotundidad aún: «Los proyectos políticos de centro (...) son proyectos que deben contemplar el conjunto de la sociedad, y no sólo el conjunto como una abstracción, sino el conjunto con *todos y cada uno* de sus componentes, de modo que tendencialmente la política debe intentar dar una respuesta individualizada (...) a las aspiraciones, necesidades y responsabilidades de cada uno de los ciudadanos. (...) Las políticas de centro deben articularse mirando a *todos* los sectores sociales, sin exclusión de ninguno. Y desde el centro debe negarse absolutamente que la mejora de un grupo social haya de hacerse necesariamente a costa de otros grupos o sectores. (...) El espacio de centro es el espacio político por excelencia, porque allí se conjugan no los intereses de unos pocos, ni de muchos, ni siquiera los de la mayoría. El político que quiera situarse en el centro debe atender a los intereses de *todos*, y en *todas* sus dimensiones». (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, pp. 112-113, 143. La cursiva es añadida.)

¹²⁴ Sin menoscabo, naturalmente, de que la coyuntura postelectoral y la necesidad de pactar para conformar una mayoría parlamentaria estable propicie que el partido empujado a la izquierda o a la derecha pase a ser considerado, de la noche a la mañana, centrista o, incluso, directamente progresista a juicio de la izquierda y centrista o directamente conservador a ojos de la derecha. En este tipo de casos se pone al descubierto lo que era un reconocimiento implícito, a saber: que dicho partido era, en efecto, de centro, y de ahí la viabilidad de pactar con él.

¹²⁵ Típica táctica esta de los sistemas bipartidistas, por ejemplo el español hasta 2015. Como señala Ovejero, «[d]urante la primera legislatura del gobierno de Rodríguez Zapatero, desde las filas del PP se calificó de “izquierda radical” la política del PSOE. La calificación, por lo general, formaba parte de la escaramuza política, en un gesto simétrico al que, entre los propagandistas del PSOE, condujo a describir al PP como la “derecha más extrema”. El sentido último de ambos procederes forma parte de la elemental ciencia política que utilizan los partidos políticos y cuyo sentido último es bien conocido: *se busca descentrar la imagen del rival –o al menos describirlo descentrado– para apropiarse del resto del espacio político, del “centro”*. Aunque la estrategia es rudimentaria y con supuestos intelectuales endeble, por lo común resulta eficaz. Por eso se repite una y otra vez». (Ovejero, *La trama estéril*, p. 237. La cursiva es añadida.) Ahora bien, se trata asimismo de una táctica utilizable (e igualmente efectiva) en sistemas multipartidistas, también como el español desde 2015, donde Podemos, partido de izquierda radical populista o IRP, fue demonizado por el centro y la derecha, y, en particular, desde 2018 y con motivo de la irrupción a nivel autonómico primero y nacional después de Vox, formación de derecha radical populista o DRP demonizada por la izquierda.

¹²⁶ A la hora de diferenciar al adversario político del enemigo político seguimos la perspectiva de Carl Schmitt (*El concepto de lo político*) y, más recientemente, Chantal Mouffe, expuesta, entre otros lugares, en la ya citada *La paradoja democrática*.

quiere incurrir en el error –a todas luces inconveniente- de calcar los discursos. Si izquierda y derecha no fuesen más allá de esta apreciación idéntica y recíproca, si no añadiesen algún otro matiz a este primer y mimético rechazo *moral*¹²⁷, los electores no tendrían razón para creer a una antes que a la otra. Desde su punto de vista, el razonamiento estaría meridianamente claro: si una y otra dijeran lo mismo, ello no podría significar sino que son lo mismo. Sin embargo, parece (más o menos) evidente que no lo son. La cuestión es: ¿qué diferencia sus respectivas prédicas?

En el discurso anti-derecha de la izquierda, además del componente moral, ya reseñado, se introduce un componente *social* o, si se quiere, de *justicia social* (entendida como igualdad o igualitarismo). Así, la izquierda no se limita a tildar a la derecha de «mala», «abominable» o incluso «repugnante», porque todos esos calificativos y aun otros también pueden serle atribuidos a ella por parte de la derecha. No. Además de todos esos calificativos y otros tantos más de similar tono e intención, la izquierda «disfruta» de la potestad de tachar a la derecha de injusta, insensible y retrógrada en términos sociales, desafecta de todo cuanto tenga algo que ver con el incremento de la igualdad social, o lo que es lo mismo, de todo cuanto tenga algo que ver con la justicia social. Desde esta perspectiva, lo único que le interesaría a la derecha, amén de favorecer a «los suyos» (léase, sumaria y propagandísticamente, «los ricos» o «las clases privilegiadas»), sería el aspecto (macro)económico de la sociedad, con independencia de si dicho aspecto, aun «funcionando», trae consigo un mayor bienestar (micro)económico para la misma o más bien sirve para todo lo contrario (para que se enriquezcan unos –«los de siempre»- a costa de los otros). En el lado opuesto, el discurso anti-izquierda de la derecha, además del componente moral, ya reseñado, introduce un componente *económico* o, si se quiere, de *gestión económica* (entendida como concreción de prioridades de gasto y ajuste de cuentas). Así, la derecha no se limita a tildar a la izquierda de «mala», «abominable» o incluso «repugnante», porque, de nuevo, todos esos calificativos y aun otros también pueden serle atribuidos a ella por parte de la izquierda. Por eso, además de esos calificativos y otros tantos más de semejante naturaleza y pretensión, la derecha «disfruta» de la potestad de tachar a la izquierda de mediocre, irresponsable e imprudente en términos económicos, despreocupada de todo cuanto tenga que ver con cuadrar las cuentas. Desde este punto de vista, lo único que le interesaría a la izquierda, amén de favorecer a «los suyos» (léase, sumaria y propagandísticamente, «los radicales»), sería formar una red de tipo clientelar de carácter eminentemente paternalista y sobreprotector, gastando y endeudándose con independencia de si dicho aspecto, aun «funcionando», hace justicia a los méritos contraídos por los individuos o más bien sirve para todo lo contrario (para que los individuos se tornen perezosos y gorriones antes que autónomos y emprendedores). De esta manera, el común discurso moral que ambos lados del espectro esgrimen a su favor y en contra de su adversario, pero *potencial* enemigo, se torna, con miras a singularizarse para no confundirse, moral-*social* en un caso -el de la izquierda- y moral-*económico* en el otro –el de la derecha- (subyaciendo en ambos casos, por cierto, la propensión a la igualdad y a la desigualdad, respectivamente). Por supuesto, al margen del social y del económico, una y otra se distancian en base a muchos

¹²⁷ Tal vez valga la pena apuntar, no obstante lo dicho, que de un tiempo a esta parte esta condena *moral* del adversario parece haber dejado de ser simétrica, es decir, equivalente. Lejos de lo que sugiere el «principio de paridad» propuesto por el teórico político y social británico Steven Lukes, según el cual «la izquierda y la derecha políticas tienen, por lo menos a priori, un estatuto igual, en el sentido de que ninguna de ellas es inferior o superior a la otra» (Cardoso Rosas, João, «La topografía política. La aplicación de coordenadas espaciales a los lenguajes e imaginarios políticos», en Colom, Francisco y Rivero, Ángel (eds.), *El espacio político*, p. 31), da la sensación de que, hogaño, si bien se mantiene la matriz de la descalificación, esta se ha «envilecido» un tanto en el caso de la izquierda. Así, mientras podría decirse que la derecha tiende a rechazar a la izquierda y sus ideas como *erróneas* antes que como malas o, más bien, *malvadas*, la izquierda, por el contrario, sí parece jugar con este último planteamiento, o sea, presuponiendo que, antes que equivocadas, la derecha y sus ideas son realmente malvadas, vale decir, que son malvadas y defendidas *a sabiendas de que lo son*. Por supuesto, es probable que se trate de una mera estrategia retórica y discursiva, pero no deja de antojarse curioso este aparentemente deliberado anti-intelectualismo moral de presumibles (y en cierto modo inquietantes) intenciones performativas. En el Apéndice final volveremos a hacer hincapié en algunos de estos aspectos.

otros matices –y epítetos- de los que aquí presentamos, pero lo más habitual es reducirlos a esos dos en particular¹²⁸.

Ahora bien, esta estrategia podría resultar contraproducente. A fin de cuentas, ¿qué diferencia hay entre que, por un lado, I diga que D es lo peor y D diga que más bien lo peor es I, y que, por otro, I diga que D es lo peor *por tal cosa* y D diga que más bien lo peor es I *por tal otra*? El añadido «*ta*» y el añadido «*tal otra*» no parecerían ser suficientemente poderosos, por sí mismos, para abrir una auténtica brecha entre los discursos de I y de D. Y lo que es más: fallido ese propósito, quedando ambos, en consecuencia, en evidencia, solo el centro C, tercero en discordia, saldría beneficiado; carecería de sentido y justificación volver a votar a I o a D toda vez que ha quedado claro que I y D son, a casi todos los efectos, lo mismo, o, como mínimo, están «co-implicados» en una misma maniobra, no por discreta menos consabida¹²⁹. Pero la estratagema, lejos de quedar al descubierto, tiende a resultar de lo más eficaz. Y no es difícil averiguar por qué: la combinación de la razón electoral con la razón de polarización relega a todo conato de partido centrista a la marginalidad (reconocer su presencia y aun posibilidad echaría al traste con la polarización), y como el centrismo político carece, cuanto menos en principio, de una ideología –y de una economía, y de una sociología, y de una moral, y de una filosofía, incluso, si se lo apura, de una historia- que pueda reputar de auténtica, verdadera, única, genuina y exclusivamente suya, este queda inerme¹³⁰. De esta manera es como izquierda y derecha finalizan con éxito su «pinza» contra el centro: al obligarlo a hacerse un hueco en el juego de la polarización política, y al no poder este lograrlo como no sea «a codazos», esto es, «incómodamente», recurriendo a argumentos del tipo del de la «tercera vía» (sobre la idea de que ellos no son ni malos gestores de lo económico como la izquierda, en principio socialdemócrata, ni conservadores acérrimos como la derecha, en principio demócratacristiana) o al de la pura casuística (sobre la idea de que sus políticas han funcionado o están gobernando aquí o allí), la inmensa mayoría de los votantes acaba decantándose o bien por abstenerse/votar en blanco/votar nulo¹³¹, o bien por votar a algún partido, pero de los tradicionales –de izquierda o de derecha-, sea por razones consistentes y fundamentadas, sea por «la costumbre», sea, más sencillamente aún, porque es lo más «útil» o aun lo más «fácil», especialmente atendiendo a la influencia del entorno familiar, social o

¹²⁸ Por algo este es, a decir verdad, otro de los lugares comunes de la política cotidiana: la izquierda «sirve» para lo social porque tiene *sensibilidad* social, pero (precisamente por eso) es un desastre para lo económico; la derecha, en cambio, gestiona bien los recursos porque cuenta con *racionalidad* económica, mientras que (precisamente por eso) naufraga en lo social. En una línea similar se pronuncia Perry Anderson: «La derecha, el centro y la izquierda no han invertido idénticas energías en las mismas materias o disciplinas. Los legados clásicos del pensamiento político, desde Platón hasta Nietzsche, y las tareas inmediatas de regir el mundo, en el interior y en el extranjero, han sido de gran interés para la derecha. Las estructuras filosóficas normativas se han convertido en la especialidad del centro. Las investigaciones económicas, sociales y culturales –del pasado y del presente- dominan la producción de la izquierda. Cualquier intento de entender las tres perspectivas obliga, por lo tanto, a atravesar un terreno muy variado». (Anderson, *Spectrum*, p. 9.)

¹²⁹ «En (...) ocasiones las diferencias no son apreciables ni siquiera en el terreno de la conducta etológica, puesto que tales conductas pueden ser, en muchos tramos, prácticamente idénticas. (...) El ademán o los insultos verbales que un diputado de derechas dirige en el parlamento, como es habitual ya en nuestros días, contra un diputado de izquierdas, puede ser del mismo género, e indistinguible en sí mismo, que el ademán o el insulto que el diputado de izquierdas (siguiendo la regla de *tu quoque*) dirige contra su interlocutor de derecha. La diferencia habrá que ponerla en el hecho de las orientaciones de tales ademanes o insultos verbales, en cuanto enantiomorfos, es decir, opuestos, aun teniendo un contenido prácticamente idéntico». (Bueno, *El mito de la Derecha*, p. 59.)

¹³⁰ Aunque no falta quien, como Freedman, alega que si alguna ideología puede sobreponerse en esta clase de difícil coyuntura esa es, en virtud de lo que a juicio de otros debilita su discurso (a saber, la flexibilidad), el liberalismo: «Así, cuando exploramos los patrones recurrentes del lenguaje y el discurso liberales, vemos que el liberalismo emerge como un complejo conjunto de arreglos internos. Su adaptabilidad, derivada de su flexibilidad estructural y de su tolerancia, es sumamente ventajosa para una ideología que se halla envuelta en una interminable competición por la supervivencia en un ambiente ideológico hostil». (Freedman, *Liberalismo. Una introducción*, p. 138.) Como veremos más adelante en este mismo capítulo, es justamente esa virtuosa «adaptabilidad, derivada de su flexibilidad estructural» lo que justificará en buena medida la adscripción del liberalismo al centro del tablero político.

¹³¹ Acciones con infinitas interpretaciones, como es sabido. Acerca de este particular, véase Javier Gil, «Abstaining citizenship. Deliberative and epistocratic understandings of refraining from voting», en Claudia Wiesner et al. (eds.), *Shaping Citizenship: A Political Concept in Theory, Debate and Practice*, Routledge, New York, 2017, pp. 71-85.

laboral en el que cada individuo se mueve¹³². Sea como fuere, en la constatación de estos tácitos tejemanejes políticos se halla, en última instancia, uno de los motivos originarios del ya tratado surgimiento de los extremismos, que se presentan a sí mismos como únicos agentes auténticos, puros, íntegros e incorruptos y, por tanto, dignos de recibir el apoyo y la confianza de un electorado reiteradamente embaucado y ávido de resarcimiento.

Por último, pero no por ello menos importante, resta la *razón de antagonismo o agonismo*. El título de esta tercera razón está en deuda con los planteamientos de Chantal Mouffe. Entendida como una contraparte y aun contrarréplica de la razón de polarización, la razón de antagonismo o agonismo¹³³ se basa en la idea de que la polarización político-social a la que antes nos referíamos, lejos de ser inducida artificialmente por parte de determinados actores políticos –la izquierda y la derecha– por pura conveniencia electoral y aun existencial, con el fin de enturbiar una suerte de «armonía política preestablecida» por defecto en la que el centro tendría todas las de ganar, es, más bien, la realidad política misma preestablecida por defecto, que se definiría no por su armonía o su carácter consensual, sino, muy por el contrario, por su problemática y conflictividad intrínsecas¹³⁴. En este sentido, el centro –y, por extensión, toda tendencia hacia él, con lo que ello pueda conllevar en cuanto a terceras vías, democracias deliberativas o dialógicas y consensos varios– es negado como posicionamiento político significativo, pues no sería sino un artificioso invento elaborado y sustentado, a modo de trampantojo, por quienes se resisten a aceptar la auténtica y polémica naturaleza de lo político y de la política, los cuales apelarían a determinados «consensos entrecruzados», «consensos racionales» y ficciones semejantes para falsear y ocultar dicha auténtica y polémica naturaleza, cuando no para directamente «neutralizarla»¹³⁵, llegando

¹³² En este sentido, se podría decir que el centro tiende a carecer de la fuerza –ideológica, discursiva– con la que sí cuentan la izquierda y la derecha a la hora de extender sus ideas a todas las capas de la sociedad y, sobre todo, a la hora de introducirlas en el lenguaje común y, yendo más allá, incluso asociarlas al «sentido común» o, mejor, a la «moral común». Esta subrepticia táctica, de palmario cuño gramsciano, resulta especialmente beneficiosa para la izquierda, cuya perspectiva moral ha sido, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la predominante –es decir, la *hegemónica*– en Occidente, como es sobremano notorio en determinados ámbitos académicos (donde también se da el fenómeno contrario, aunque en menor medida) y en gran parte de los medios de comunicación en lo relativo, por ejemplo, al tratamiento de los casos de corrupción. En el Apéndice tendremos más noticias acerca de dicha táctica o, más bien, *estrategia*.

¹³³ «Término éste [agonismo] que se define de modo paradójico como «enemigos amistosos», esto es, como personas que son amigas porque comparten un espacio simbólico común, pero que también son enemigas porque quieren organizar este espacio simbólico común de un modo diferente». (Mouffe, *La paradoja democrática*, p. 30).

¹³⁴ «Para aclarar la nueva perspectiva que estoy proponiendo [el pluralismo agonístico]: se necesita una primera distinción, la distinción entre «la política» y «lo político». Con «lo político» me refiero a *la dimensión de antagonismo que es inherente a las relaciones humanas*, antagonismo que puede adoptar muchas formas y surgir en distintos tipos de relaciones sociales. La «política», por otra parte, designa el conjunto de prácticas, discursos e instituciones que tratan de establecer un cierto orden y organizar la coexistencia humana en condiciones que son siempre potencialmente conflictivas porque se ven afectadas por la dimensión de «lo político». Considero que sólo cuando reconocemos la dimensión de «lo político» y entendemos que «la política» consiste en domesticar la hostilidad y en intentar atenuar el antagonismo potencial que existe en las relaciones humanas, podemos plantear lo que considero la cuestión central de la política democrática». (Mouffe, *La paradoja democrática*, p. 114. La cursiva es añadida.) A contracorriente de esta visión, véase por ejemplo Rodríguez-Arana: «Lo que supone el método del entendimiento es el ocaso de una ficción y la denuncia de una abdicación. Supone que la confrontación no es lo sustantivo del procedimiento democrático, ese lugar le corresponde al diálogo. La confrontación es un momento del diálogo, como el consenso, la transacción, el acuerdo, la negociación, el pacto o la refutación». (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, p. 262.)

¹³⁵ Como, por ejemplo, en el caso del planteamiento de Rawls: «La forma en que Rawls considera la naturaleza del consenso entrecruzado indica claramente que, para él, una sociedad bien ordenada es *una sociedad en la que se ha eliminado la política*. (...) Los conflictos de interés sobre cuestiones económicas y sociales –caso de que aún sigan surgiendo– se resuelven de forma fluida mediante discusiones que se desarrollan en el marco de la razón pública, invocando los principios de justicia que todo el mundo respalda. (...) Lo que el concepto de sociedad bien ordenada de Rawls elimina es la lucha democrática entre «adversarios», esto es, entre quienes comparten la lealtad hacia los principios liberales democráticos pero defienden interpretaciones distintas respecto a lo que deben significar la libertad y la igualdad, así como respecto al tipo de relaciones e instituciones sociales que deben aplicarse». (Mouffe, *La paradoja democrática*, pp. 45-46. La cursiva es añadida.) Cabe destacar que este vínculo entre el liberalismo de Rawls y la idea de la neutralidad política o de lo político (sobre el que volveremos) está anticipada en Carl Schmitt, como apéndice a *El concepto de lo político* (1932), bajo el elocuente rótulo de «La era de las neutralizaciones y de las despolitizaciones».

incluso a poner en peligro la esencia misma de la democracia: el pluralismo, cuando este se toma en serio¹³⁶.

De manera que, en suma, como en el caso de la razón de polarización, de la que esta no deja de ser un correlato solo que «a la inversa» (en tanto en cuanto acepta los presupuestos de aquella, solo que considerándolos previos antes que sobrevenidos *ex profeso*), el antagonismo entre izquierda y derecha, reconvertido en agonismo dentro de un marco de normalización de la discrepancia y la pluralidad, se torna imprescindible para el mantenimiento activo de la dinámica democrática¹³⁷, al tiempo que vacía de todo contenido propio y singular al centro, que, junto con todos aquellos intentos destinados a obtener un armónico e idílico acuerdo, quedaría reducido a mera tapadera de sospechosos intereses «antipolíticos» obstinados en falsear la realidad de lo político en aras de una peligrosa unanimidad y uniformidad de dudoso carácter democrático¹³⁸.

En este caso, pues, no se trata tanto de negar la posibilidad o aun realidad del centro como su conveniencia, la cual, no obstante, queda comprometida desde el momento en el que se parte del hecho de que dicho posicionamiento, manifestado en consensos no por racionales o dialógicos menos *ficicios*, está, por ello mismo, vacío de contenido.

2) Hacia una definición minimalista del centro político

Antes de retomar las dos cuestiones propuestas pero aparcadas con anterioridad –por un lado, la posibilidad de un centro por síntesis y de otro centro por superación; por otro, la posibilidad de un centro moderado o «al uso» y de otro centro extremista o «extremo centro»–, conviene que nos detengamos un momento y completemos lo que podríamos considerar dos digresiones, engarzadas en el discurso que hemos venido realizando hasta ahora, con una tercera igualmente relevante.

Si hacemos memoria, recordaremos que introdujimos la primera digresión a propósito de la naturaleza sustancial o accidental del centro y/o de la izquierda o la derecha en lo concerniente a los pares centro-izquierda y centro-derecha. De dicha reflexión concluimos que, *ideológicamente*, el centro, que aporta el elemento común a ambos binomios, ha de ser lo accidental, y la izquierda o la derecha, que aportan los elementos dispares, han de ser lo sustancial (teniendo en cuenta, no obstante, que *pragmáticamente* sucede lo contrario, como también señalamos). Esto debía ser así porque suponer, dentro del plano ideológico, lo opuesto, sería tanto como decir que respecto a ambos pares el centro es lo sustancial y la izquierda y la derecha lo accidental, o lo que es lo mismo: que el centro es lo que aporta el

¹³⁶ «[C]onsiderado desde una perspectiva teórica antiesencialista, el pluralismo no es meramente un *hecho*, algo que debemos soportar a regañadientes o tratar de reducir, sino un principio axiológico. Se juzga constitutivo, *en el plano conceptual*, de la naturaleza misma de la democracia moderna, y es concebido como algo que deberíamos festejar y promover. Esta es la razón por la que el tipo de pluralismo que voy a invocar proporciona un estatuto positivo a las diferencias y cuestiona, en cambio, el objetivo de unanimidad y homogeneidad, que siempre se revela ficticio y basado en actos de exclusión». (Mouffe, *La paradoja democrática*, p. 37. En cursiva en el original.)

¹³⁷ «Sólo adaptándonos a su paradójica naturaleza estaremos en situación de considerar adecuadamente la moderna política democrática, no como la búsqueda de un inaccesible consenso –fuese cual fuese el procedimiento mediante el que se pretendiera alcanzarlo–, sino como una «confrontación agonística» entre interpretaciones conflictivas de los valores constitutivos de una democracia liberal. En esa confrontación, la configuración izquierda/derecha desempeña un papel crucial, y la *ilusión* de que la política democrática podría organizarse sin estos dos polos sólo puede tener consecuencias desastrosas». (Mouffe, *La paradoja democrática*, p. 26. La cursiva es añadida.)

¹³⁸ «La situación política que acabamos de describir, caracterizada por el ensalzamiento de los valores de una política de consenso centrista, es lo que vertebra mi indagación teórica. Esta es la razón de que ponga un énfasis especial en las consecuencias negativas de considerar el ideal de la democracia como la realización de un «consenso racional», así como en la correspondiente ilusión de que la derecha y la izquierda han dejado de constituir categorías pertinentes para la política democrática. Estoy convencida, contrariamente a las pretensiones de los teóricos de la tercera vía, de que *el borramiento de las fronteras entre la izquierda y la derecha, lejos de constituir un avance en una dirección democrática, es una forma de comprometer el futuro de la democracia*». (*La paradoja democrática*, p. 24. La cursiva es añadida.) Más adelante, de forma aún más explícita: «Negar el carácter ineliminable del antagonismo y proponerse la obtención de un consenso universal racional, tal es la auténtica amenaza para la democracia». (Mouffe, *La paradoja democrática*, p. 39.)

elemento ideológico de cada par, lo cual es imposible, porque, si efectivamente fuese así, ello querría decir que el centro posee una ideología, y por añadidura una filosofía, una economía, una sociología, una historia, una política, etc. propias, lo cual no es cierto, o lo es solo a medias¹³⁹. La conclusión era evidente: el centro carece de un *corpus* que pueda considerarse singularmente suyo.

La segunda digresión fue hecha a propósito del desarrollo de las razones que denominamos de polarización y de antagonismo o agonismo. Consistió, primero, en argumentar que la táctica de polarización, a pesar de su obviedad, resulta efectiva y exitosa porque el centro, deliberadamente omitido en el proceso, carece de ese *corpus* propio del que hablábamos y parecía incapaz, en consecuencia, de alzar reclamo teórico (ideológico) alguno sobre los de los otros dos contendientes y protagonistas de tal polarización como no fuera a base o bien de presentarse como una tercera opción poseedora de lo mejor de las otras dos (o al menos carente de lo peor), o bien de vincularse a experiencias concretas exitosas en este o aquel lugar que, en tanto particulares, carecerían, siquiera a priori, de la persuasión necesaria para ser lo bastante significativas; y segundo, en alegar, de acuerdo con el planteamiento mouffeano, que el centro y sus políticas (de tercera vía, de consenso racional y/o entrecruzado, de deliberación, etc.) no es sino una posición artificial que trata de eludir la realidad de la política, caracterizada esencialmente por el antagonismo o, en su democrático defecto o virtud, por el agonismo. Sea como fuere, la conclusión, en ambos casos, venía a ser la misma —y con el mismo grado de evidencia— que en el precedente: la indefensión del centro se debe a que carece de un *corpus* que pueda considerarse singularmente suyo.

Pues bien, todavía es posible argüir una diatriba más en respaldo de este juicio. En esta ocasión, además, de naturaleza puramente empírica. Demos por sentado que el centro carece, como se deduce de los incisos anteriores, de un *corpus* propio, de una ideología (y una filosofía, etc.) propia. En una palabra: de sustancia. A pesar de ello, es perfectamente comprobable que, trasladados al plano de la realidad política empírica, existen partidos que se autodenominan y definen como de centro: *los liberales*. Los liberales son los partidos que invariablemente ocupan el espacio —*hueco*— del centro y se erigen en representantes cuasi «naturales» del mismo¹⁴⁰. ¿Por qué?

En la versión más simple y corta de la respuesta, diríamos que el liberalismo (político), al hacer suyo un valor de carácter marcadamente abstracto como es el de la libertad (de pensamiento, de expresión, de discusión, de asociación, etc.), implica de suyo la posibilidad de abogar por cualesquiera ideales siempre y cuando estos cumplan con un mínimo al estilo del «principio de daño» de John Stuart Mill¹⁴¹ o similar. Así, el liberalismo supone un

¹³⁹ En puridad, solo podríamos hablar de una ideología centrista como combinación de aspectos de dos (o más, dependiendo del caso) ideologías *independientes* sintetizadas, no como ideología autónoma *en puridad* (aunque, como veremos, tal vez sí en «no-puridad».

¹⁴⁰ Hasta el punto de que el término «liberal», cuya acuñación «oficial» tuvo lugar con los liberales de Cádiz, ya había sido utilizado antes en sentido político, para más inri en conexión con el de «centro (político)»: «ya el abate Sieyès o Benjamín Constant (en 1795) usaron el término *liberal*, aunque, por cierto, en un sentido similar al que asumiría más tarde el término *centro*, en cuanto designación más que de una corriente o partido político definido, de todos aquellos que se mantenían alejados de los extremos, es decir, de todos aquellos que suelen también llamarse moderados, ya fueran de izquierda, ya fueran de derecha». (Bueno, *El mito de la Derecha*, p. 214. En cursiva en el original.) Por otro lado, no parece que esta asociación de términos sea casual, máxime si tenemos en cuenta que podemos enraizarla incluso en el aristotelismo: «La determinación caracterológica del adjetivo *liberal* no sólo implicaba una clasificación psicológica de las personas sino también una clasificación ética (del individuo) y aun moral (del grupo). En la clasificación aristotélica el término *liberalidad* servía, como hemos dicho, para traducir, por ejemplo en la versión de Aristóteles por Pedro Simón Abril, la palabra griega *eleutheriotes*, con la que se designa una virtud, la liberalidad, como término medio entre dos extremos, uno por defecto (escasez), avaricia, traducción de *aneleutheria*) y otro por exceso (prodigalidad, *asotía*)». (Bueno, *El mito de la Derecha*, pp. 217-218. En cursiva en el original.)

¹⁴¹ Expuesto, como es sabido, en su obra *Sobre la libertad*: «El objetivo de este ensayo es afirmar un sencillo principio (...) que el único fin por el cual es justificable que la humanidad, individual o colectivamente, se entremeta en la libertad de acción de uno cualquiera de sus miembros, es *la propia protección*. Que la única finalidad por la cual el poder puede, con pleno derecho, ser ejercido sobre un miembro de una comunidad civilizada contra su voluntad, es *evitar que perjudique a los demás*. Su propio bien, físico o moral, no es justificación suficiente. Nadie puede ser obligado justificadamente a realizar o no realizar determinados actos, porque eso fuera mejor para él, porque le haría feliz, porque, en opinión de los demás, hacerlo

reconocimiento más o menos explícito, más o menos tácito, de un básico *nihilismo*: se parte de la idea de que no existen verdades absolutas en lo político (ni en lo moral, ni en lo jurídico, ni, en realidad, en prácticamente ningún terreno, con la obvia excepción de la ciencia) y, por lo tanto, *todas* las corrientes (incluso las antiliberales) pueden convivir siempre y cuando se respeten mutuamente y no traten de menoscabar el marco de mínimos que las posibilita.

El liberalismo es una filosofía política con vocación minimalista. (...) [A] diferencia de otros sistemas morales más integrales, el liberalismo no dicta cómo otros han de vivir sus vidas, sino tan sólo cuáles son las restricciones mínimas que cada individuo ha de aceptar para que todas las personas puedan escoger cómo vivir su vida. No establece qué es la virtud o cómo alcanzar la excelencia moral, sino cuál es el marco institucional dentro del que cada individuo puede la virtud y alcanzar su propia excelencia moral. (...) [N]o postula cuáles han de ser los principios máximos de un orden político, sino cuáles han de ser los mínimos. (...) Y precisamente gracias a su carácter metanormativo, *el orden político liberal no imposibilita la existencia de otras cosmovisiones ideológicas, sino que se convierte en el receptáculo idóneo para que todas ellas puedan tratar de desarrollarse programáticamente sin anular o aplastar a las restantes.* (...) [A]unque (...) el liberalismo resulta incompatible en sus principios metanormativos con el socialismo, con la socialdemocracia, con el conservadurismo o con el republicanismo, un orden político liberal sí permite que (...) las personas se asocien voluntariamente entre sí para constituir comunidades políticas de tipo socialista, socialdemócrata, conservador o republicano. (...) De ahí que desde el liberalismo (...) sí sea posible avanzar hacia el socialismo, la socialdemocracia o el conservadurismo, pero, en cambio, desde el socialismo, la socialdemocracia o el conservadurismo no sea posible avanzar hacia el liberalismo: dentro de un orden político liberal es posible crear comunas socialistas, pero dentro de un orden político socialista no es posible crear compañías capitalistas; dentro de un orden político liberal es posible que un grupo de personas preocupadas por la desigualdad redistribuyan su renta hacia otros individuos, pero no es posible que dentro de un orden político socialdemócrata aquellos contrarios a la redistribución sean eximidos de ella; dentro de un orden político liberal es posible crear comunidades tradicionalistas en las que ciertos comportamientos no estén permitidos, pero dentro de un orden político conservador no es posible cargar contra las tradiciones. Por eso, *la infraestructura política mínima dentro de la cual se permite el florecimiento de otros programas ideológicos es el liberalismo*, no el socialismo, la socialdemocracia, el conservadurismo u otras filosofías políticas de carácter mucho más integral que el liberalismo.¹⁴²

En este sentido, el liberalismo, entendido como ideología «delgada» o «débil» (es decir, carente de dogmas, aunque no de una serie de principios elementales, definitorios e irrenunciables¹⁴³) o, si se quiere, como doctrina (por contraposición con las ideologías

sería más acertado o más justo. Éstas son buenas razones para discutir, razonar y persuadirle, pero no para obligarle o causarle algún perjuicio si obra de manera diferente. (...) Sobre sí mismo, sobre su propio cuerpo y espíritu, el individuo es soberano». (Mill, John Stuart, *Sobre la libertad* (1859), traducción de Natalia Rodríguez Salmones (para el prólogo de Isaiah Berlin) y Pablo de Azcárate para la obra en sí, Alianza, Madrid, 2009, p. 68. La cursiva es añadida.) Poco después, en consonancia con este principio fundamental, Mill añade en nota al pie: «[D]ebe existir la más completa libertad para profesar y discutir, como materia de convicción ética, toda doctrina, *por inmoral que pueda ser considerada*». (Mill, *Sobre la libertad*, p. 76.) La cursiva es añadida. Algo más de medio siglo después, Ludwig von Mises se expresaba, en nombre de la doctrina liberal, en términos semejantes: «El liberal la pide [la tolerancia] por razón de principio, no por oportunismo. La solicita lo mismo para prédicas evidentemente absurdas, que para las heterodoxias más disparatadas o las supersticiones del cariz infantil más indudable. La reclama para ideas y doctrinas que considera nocivas y funestas desde un punto de vista social e incluso para aquellos partidos a los que denodadamente combate. Porque lo que impele al liberalismo a solicitar y, a la vez, conceder tolerancia no guarda ninguna relación con el contenido específico del pensamiento de que se trate; brota la demanda de la convicción de que sólo por tal vía tolerante cabe perviva la paz social, sin la cual la humanidad retornaría a la barbarie y penuria de épocas lejanas». (Mises, *Liberalismo*, p. 78.)

¹⁴² Rallo, *Liberalismo. Los 10 principios básicos del orden político liberal*, pp. 255, 257-259. La cursiva es añadida.

¹⁴³ «El liberalismo es una filosofía política basada en el reconocimiento universal e igualitario a cada individuo del derecho a que nadie interfiera violentamente sobre sus proyectos vitales, tal como éstos se despliegan a través de las propiedades

propiamente dichas), solo puede tener cabida, dentro del espectro político, allí donde no esté presente una ideología «gruesa» o «fuerte» (es decir, dogmática). Y el único lugar donde se da tal circunstancia es el centro¹⁴⁴, que por carecer no solo de ideología fuerte, sino de toda ideología, fuerte o débil¹⁴⁵, constituye el recipiente perfecto o «lugar natural» para una corriente como la liberal¹⁴⁶.

Ahora bien, que el liberalismo sea, en la práctica y los hechos, por mor de su propia naturaleza «delgada» o «débil» y antidogmática, la ideología históricamente asociada al centro, no significa, en modo alguno, que el centro sea el liberalismo, o dicho con mayor claridad aún, que la ideología propia y exclusiva del centro sea el liberalismo. Eso supondría entender de forma errónea el papel que uno y otro juegan entre sí dentro del plano político. Porque mientras el liberalismo es una ideología, el centro es una posición. Es más: en tanto el liberalismo es una ideología y el centro una posición, *el liberalismo no es sino un contenido* –tal vez *el contenido- del centro, que sería su continente*. Uno y otro se encuentran entrelazados vinculante, pero no exclusivamente¹⁴⁷. Lo cual quiere decir que, de haber más de un centro –recordemos que nosotros postulamos un total de tres (aunque hasta ahora solo hayamos teorizado sobre dos)-, uno de ellos será, necesariamente, liberal. El otro, en cambio, no. Y no solo eso.

De la naturaleza, valga la redundancia, liberal que caracteriza al propio liberalismo, se deduce otra de sus características esenciales, a saber: *su flexibilidad, su maleabilidad, su ductilidad*. En román paladino: su capacidad para virar *a un lado y a otro*. Lo interesante es que esta nueva cualidad no solo dota al liberalismo de la posibilidad de manifestarse en una versión «de izquierdas» y otra «de derechas», sino que, por extensión o «contagio», hace otro tanto de lo mismo con el centro, esto es, hace factible –y comprensible y explicable- que dicho centro pueda manifestarse a su vez en una versión de izquierdas (centro-izquierda) y en una versión de derechas (centro-derecha)¹⁴⁸.

que pacíficamente haya adquirido y de los contratos que voluntariamente haya suscrito. El liberalismo es libertad de acción civil y comercial entre personas sobre la base de su propiedad y de sus contratos, así como limitación, interna y externa, del poder político que vela por toda esta estructura de derechos. De ahí que su basamento sean el individualismo y la igualdad; sus columnas, la libertad de acción, la propiedad privada, la autonomía contractual y la reparación del daño causado; su entablamiento, la libertad de asociación, el libre mercado y el gobierno limitado; y su frontispicio, la globalización, esto es, el orden político liberal de carácter universal». (Rallo, *Liberalismo. Los 10 principios básicos del orden político liberal*, p. 183.)

¹⁴⁴ «Al ser el Centro un *espacio* político, pueden insertarse en él distintos Partidos y distintas políticas y programas, siempre que reúnan las condiciones teóricas y prácticas del [“centrismo”]». (Del prólogo de Adolfo Suárez a Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, p. 13. La cursiva es añadida.)

¹⁴⁵ «Lo que de verdad diferencia al Centro de los demás espacios políticos es (...) que no está aprisionado por un esquema ideológico cerrado y totalizador». (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, p. 14. De prólogo de Adolfo Suárez.)

¹⁴⁶ Esto se pone aún más de manifiesto si tomamos en consideración el diagnóstico de Mouffe: si el centro implica neutralización de la política y de lo político, nada más afín a él que el liberalismo, especialmente en su versión económica, según la cual las relaciones políticas serían males necesarios cuyos conflictos ínsitos se trataría de minimizar tanto como sea posible.

¹⁴⁷ En este punto parece obligado realizar una puntualización. A nuestro juicio, la relación entre ideologías y posiciones espectrales es, evidentemente, bidireccional, pero la correspondencia efectiva de unas con otras, no obstante ser coyuntural (esto es, históricamente variable), obedece a los parámetros definitorios de cada posición. Por decirlo de alguna manera, son las ideologías las que van a las posiciones, y no al revés. Así, una vez surge el espectro, cada una de sus posiciones (desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, puesto que, como señalamos en el capítulo anterior, todas las posiciones (excepto la fascista) estaban dadas *formalmente* representadas- ya en el espectro original) cuenta con una serie de características diferenciales (derivadas de las superiores caracterizaciones de la izquierda, la derecha y, entremedias, el centro en el que tales posiciones se insertan) por referencia/relación a las cuales se van ubicando en una u otra parte las distintas ideologías, y ello *incluso cuando estas preexisten al propio espectro y sus susodichas posiciones* (caso, como mencionaremos inmediatamente a continuación, del liberalismo, doctrina anterior al espectro izquierda-derecha surgido de la Asamblea francesa que, sin embargo, fue fácilmente encajado –o cuanto menos susceptible de serlo- en torno a su centro desde el mismo momento en el que este, y con él todas las posiciones restantes, vieron la luz).

¹⁴⁸ Esto no es algo privativo ni del centro ni del liberalismo en la medida en la que todas las ideologías tienden a mezclarse, siquiera parcialmente, de un modo u otro. Como señala Freedén, «[el rasgo de permeabilidad señala que las ideologías no son mutuamente excluyentes en sus ideas, conceptos y concepciones. Al contrario, se producen entre ellas intersecciones en numerosos puntos de contacto. (...) A otro nivel, los componentes de las ideologías también se cruzan e intersectan unos con otros: existe un amplio acuerdo entre liberales y conservadores en materia de libertades constitucionales, y entre liberales y socialistas en materia de intervención estatal para aumentar la redistribución. Las ideologías no se hallan herméticamente cerradas: cuentan con fronteras porosas y a menudo ocupan espacios que se solapan entre sí. Podemos decir de ellas que sostienen pautas para ideas políticas, conceptos y palabras». (Freedén, *Ideología*, pp. 89-90.) Por otro lado,

Sin ser este el lugar adecuado para llevar a cabo un análisis en profundidad del liberalismo -para lo cual nos remitimos al capítulo cuarto-, lo que se concluye de este tercer circunloquio, así como de los dos anteriores, es que *el centro ni es una ideología, ni cuenta, por sí mismo, de manera sustancial, con una ideología*, que solo se le podría atribuir, si acaso, por accidente, en tanto en cuanto cierta ideología –en principio, el liberalismo- se asocia a él de forma «natural» porque solo en él, precisamente en virtud de la vacuidad de este y de la flexibilidad de aquel, encaja. Así pues, el centro, a pesar de su carácter constitutivo ya indicado, no es una categoría sustancial, sino relacional. Concretamente, es una relación sintética. En breve, *síntesis*.

He aquí nuestra «definición minimalista del centro». El centro es síntesis. Siempre. Tanto diacrónica como sincrónicamente. Su contenido podrá variar, como varía el de toda categoría política en tanto, a fuer de política, histórica. Pero su estructura y, en este sentido, lo que pueda tener al respecto de esencia o de esencial, es, ha sido y será siempre una y la misma: conjugar, armonizar, consensuar, sintetizar elementos. Ya lo haga en un plano meramente pragmático (caso de su primer ocupante, el liberalismo, preexistente como ideología al centro como posición –así como al espectro mismo como ordenamiento de esa y el resto de posiciones- pero afín a él en su condición de doctrina capaz de mediar, interceder e inclinarse a uno u otro lado y pactar con ambos), en uno puramente teórico/ideológico (caso del socioliberalismo, su segundo y actual ocupante *en la versión moderada* del propio centro) o, finalmente, en ambos a la vez (siendo este también el caso del socioliberalismo), el centro sintetiza por naturaleza y definición. Qué elementos sean los que conjuga, armoniza, consensua y sintetiza y qué resultado arrojen una vez combinados en una «tercera vía», «tercera posición» o «tercera solución» constituirá la siguiente etapa del presente análisis.

3) Hacia una caracterización maximalista del centro político

Llegados a este punto, podría objetárenos que hemos dado todo un rodeo para, en definitiva, acabar en el mismo punto en el que empezamos: con que el centro, como señalaban Bobbio y compañía en su entrada del *Diccionario*, es, amén de intermediación, o bien síntesis, o bien superación. Pero tal rodeo no ha sido vano, porque lo necesitábamos para justificar que efectivamente eso es así, y por qué. La circunvalación reflexiva que hemos llevado a cabo es la que nos ha permitido concluir, por tres vías diferentes pero paralelas, lo que el centro es. Más aún: lo que el centro puede ser. Deliberadamente o no, los italianos dieron con uno de los *quid* de la problemática del centro político. Señalaron lo que es –síntesis-, pero también lo que, sobre la base de lo que es, puede ser –superación-. Y en este potencial estriba lo más relevante de su planteamiento en lo concerniente a nuestro proyecto.

Pocos discutirán que el centro sea, como ellos mismos señalaban, «la posición intermedia por antonomasia», o que, «desde el punto de vista valorativo», se corresponda con el moderantismo. Pero estas características son únicamente válidas para *uno* de los dos centros que su propia definición comprende. Son válidas para el centro entendido como síntesis, *no para el centro entendido como superación*. Si sintetizar no es lo mismo que superar y si toda superación implica, siguiendo su acepción filosófica, un cierto grado de síntesis, la única diferencia real entre la síntesis y la superación será de naturaleza cuantitativa, aunque el resultado subsiguiente sea diferente también en lo cualitativo. Dicho de otro modo: mientras la síntesis sintetiza un número determinado de elementos, características o rasgos (provenientes de un área determinada), la superación sintetiza un número mayor (provenientes de otra área determinada). En consecuencia, la síntesis dará lugar a y será

en este punto anticipamos que más adelante trataremos de dar respuesta a otro de los problemas derivados de las constataciones que ahora nos ocupan: si es en el centro donde el liberalismo encaja «naturalmente», teniendo la posibilidad de inclinarse hacia uno u otro lado, ¿por qué parece tender, casi invariablemente, a hacerlo *hacia la derecha*?

propia de un tipo determinado de centro político, y la superación dará lugar a y será propia de otro tipo determinado de centro político. Y la diferencia entre un centro y otro, si bien parecerá en primera instancia de orden cualitativo, en última lo será «solamente» de orden cuantitativo (al menos *a priori*). Porque lo que separará a un centro de otro será, sencillamente, que un centro es resultado de la conjugación de una cantidad determinada de elementos, características o rasgos procedentes de una parte determinada del espectro, y el otro, de otra cantidad mayor procedente de otra parte determinada del espectro¹⁴⁹. Pero en el fondo ambos estarán esencialmente vinculados el uno al otro, porque serán esencialmente lo mismo: síntesis. Pequeña síntesis (síntesis a secas) o gran síntesis (superación), pero síntesis a fin de cuentas. Mas por si aún no estuviese lo bastante claro adónde queremos ir a parar, Bobbio saldrá de nuevo en nuestra ayuda.

Continuando con su caracterización del centro dentro de su disertación sobre la naturaleza de la distinción izquierda-derecha y, por tanto, de la izquierda y de la derecha, Bobbio introduce a su vez otra distinción, esta referida al centro, que ilustra con una novedosa e impecable terminología conceptual que, casi se diría, está hecha a nuestra medida: la distinción entre lo que él denomina «Tercero incluido» y «Tercero incluyente»:

Distinto del Tercero incluido (...) es el Tercero incluyente. El Tercero incluido *busca un espacio entre dos opuestos*, e introduciéndose entre el uno y el otro *no los elimina*, sino que los aleja, impide que se toquen y que, si se tocan, lleguen a las manos, o impide la alternativa drástica, o derecha o izquierda, y consiente una tercera solución. El Tercero incluyente tiende a ir más allá de los dos opuestos, *englobándolos en una síntesis superior, y por lo tanto, anulándolos como tales*: dicho de otra manera, haciendo de ellos en lugar de dos totalidades de las cuales cada una excluye a la otra, y como el anverso y reverso de la medalla no visibles simultáneamente, *dos partes de un todo, de una totalidad dialéctica*. (...) La unidad dialéctica (...) se caracteriza por ser el resultado de la síntesis de dos partes opuestas, de las cuales una es la afirmación o tesis, la otra es la negación o antítesis; y la tercera, como negación de la negación es un *quid novum*, no como compuesto sino como síntesis. (...) En el debate político, el Tercero incluyente se presenta habitualmente como un intento de *tercera vía*, o sea, de una posición que, *al contrario de la del centro, no está en medio de la derecha y de la izquierda, sino que pretende ir más allá de la una y de la otra*. En la práctica, *una política de tercera vía es una política de centro*, pero idealmente se plantea no como una forma de compromiso entre dos extremos, sino como *una superación contemporánea del uno y del otro y, por lo tanto, como una simultánea aceptación y supresión de estos* (en lugar de, como en la posición del Tercero incluido, rechazo y separación). (...) Cada figura de Tercero presupone siempre los otros dos: mientras el Tercero incluido descubre su propia esencia expulsándolos, el Tercero incluyente se alimenta de ellos. El Tercero incluido se presenta sobre todo como *praxis sin doctrina*, el Tercero incluyente sobre todo como *doctrina en busca de una praxis*, que en el momento en que se pone en práctica, se realiza como posición *centrista*.¹⁵⁰

A ese «Tercero incluido» que «busca un espacio entre dos opuestos», que «no los elimina», sino que simplemente los separa y mantiene vivos, que «está en medio de la derecha y de la izquierda» y que «se presenta sobre todo como una praxis sin doctrina» es al que nosotros conocíamos, hasta ahora, como centro por síntesis o, también, centro moderado o al uso¹⁵¹.

¹⁴⁹ Lo cual solo es posible en el centro en virtud, precisamente, de su centralidad, que algunos llegan a comparar, en una acertada figuración, con el punto de referencia de una circunferencia que, en tanto tal, «ocupa una posición de apertura a todos los puntos de la superficie y desde la que se mira arriba, abajo, a la izquierda, a la derecha», lo que le permitiría arrojar resultados distintos en función de la procedencia de los elementos que recoja de dichos puntos superficiales (que harían las veces del resto de categorías políticas). (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, p. 32. La cursiva es añadida.)

¹⁵⁰ Bobbio, *Derecha e izquierda*, p. 38-42. La cursiva es añadida.

¹⁵¹ Con el único matiz, respecto a la definición bobbiana, de que a nuestro juicio lo que hace el «Tercero incluido» no es tanto «expulsar» a los dos términos entre los que trata de abrirse un hueco (de ahí la «expulsión»), como, al igual que el «Tercero incluyente», nutrirse de ellos, porque, dado que se trata de una «praxis sin doctrina», los necesita para confeccionar su propio ideario, sintetizador de ambos.

Capítulo 3. El centro político

A ese «Tercero incluyente» que «tiende a ir más allá de los dos opuestos, englobándolos en una síntesis superior, y por lo tanto, anulándolos como tales», que los convierte así en «dos partes de un todo, de una totalidad dialéctica», que se constituye como un «*quid novum*» sintético, que «se presenta habitualmente como un intento de tercera vía» que «no está en medio de la derecha y de la izquierda, sino que pretende ir más allá de la una y de la otra», que «en la práctica (...) es una política de centro» que acepta al tiempo que suprime aquellos elementos que sintetiza pero supera y que aparece «sobre todo como doctrina en busca de una praxis» que una vez puesta en práctica «se realiza como posición centrista», es al que conocíamos, hasta ahora, como centro por superación o, también, «extremo centro»¹⁵².

Se despeja, así, la segunda de las cuestiones que habíamos dejado previamente suspendida: sí, existe un centro moderado y un centro extremo. Pero todavía queda una duda en el aire. Aceptando que el centro se defina por su carácter sintético, ¿en qué se diferencia –si es que lo hace– la síntesis centrista de cualesquiera otras síntesis posibles a lo largo del espectro? Habida cuenta, por un lado, de que ni la sinteticidad puede considerarse un rasgo privativo del centro, ni, por otro, este es titular exclusivo de la misma –aunque sí creemos que es su mayor y más natural exponente–, resulta evidente que para dar contestación a esta pregunta es necesario establecer una suerte de «tipología general de las síntesis políticas» con cuya terminología sea posible abordar el análisis del espectro político, o mejor dicho, el análisis (y consecuente desentrañamiento) de las síntesis de las que está o puede estar repleto el espectro político en general y el centro en particular. Una vez estemos en posesión de esa herramienta conceptual, será mucho más sencillo afrontar el desarrollo de los siguientes capítulos, con especial atención al capítulo sexto.

¹⁵² Conviene puntualizar que cuando hablamos de «extremo centro» no lo hacemos conforme a su significación más habitual, sino de acuerdo con una acepción propia derivada de la caracterización hecha del centro moderado. Si este se define por ser síntesis, el otro lo hará por ser síntesis extremista, o sea, superación a través de una síntesis de elementos, características o rasgos mayor que la moderada. Para una noción más habitual y extendida de «extremo centro», véase la obra ya citada de Tariq Ali, *El extremo centro*.

ENTREACTO I

Tipología general de las síntesis políticas

Consideremos el siguiente par de parámetros taxonómicos:

- 1º Aspiración a la aprehensión de una totalidad dada / No aspiración a la aprehensión de una totalidad dada¹⁵³.
- 2º Aspiración al compendio y la conciliación de elementos (inicialmente) opuestos que den lugar a una tercera forma / No aspiración al compendio y la conciliación de elementos (inicialmente) opuestos que den lugar a una tercera forma.

Partiendo de estos dos criterios, hablaremos de dos pares de síntesis respectivas:

- 1ª Síntesis total / Síntesis parcial.
- 2ª Síntesis global / Síntesis local.

La «síntesis total» será considerada total por cuanto comprenderá una de las cuatro totalidades dadas de las que, a nuestro juicio, se compone el espectro (izquierda, centro, derecha y conjunto del espectro); la «síntesis parcial» será considerada parcial por cuanto comprenderá tan solo una parte cualquiera del mismo, mayor o menor que las susodichas totalidades y, por tanto, no correspondiente e inidentificable con una sola de ellas. La «síntesis global» será considerada global por cuanto captará elementos (inicialmente) opuestos entre sí (provenientes de lados opuestos del espectro) que, no obstante su oposición *a priori*, y en virtud de su sintetización, serán reconfigurados *a posteriori* en una tercera forma distinta de aquellas de las que son originarios; la «síntesis local» será considerada local por cuanto no captará elementos (inicialmente) opuestos entre sí (provenientes de lados opuestos del espectro), sino que se nutrirá de elementos que mantienen un «aire de familia» por pertenecer al mismo ámbito o lado del espectro.

Sentado esto, al cruzar ambos parámetros obtendremos cuatro combinaciones:

TIPOLOGÍA GENERAL DE LAS SÍNTESIS POLÍTICAS (Tabla I)	Aspira a compendiar y conciliar elementos (inicialmente) opuestos entre sí, dándoles una tercera forma (nueva)	No aspira a compendiar y conciliar elementos (inicialmente) opuestos entre sí, no dándoles una tercera forma (nueva)
Aspira a aprehender una totalidad dada	<i>Síntesis total-global</i>	<i>Síntesis total-local</i>
No aspira a aprehender una totalidad dada	<i>Síntesis parcial-global</i>	<i>Síntesis parcial-local</i>

A tenor de lo visto hasta aquí, de esta clasificación deducimos que mientras la síntesis centrista se caracteriza por tratar de recoger y conciliar *deliberadamente* (no por accidente o por una cuestión de mínimos) rasgos propios de partes *opuestas* del espectro, aspirando a la comprensión de una totalidad *global* dada (en este caso, la de la zona moderada del espectro), las sendas síntesis que pudieran llegar a conformar la izquierda y la derecha no solo no

¹⁵³ Por «totalidad» entenderemos la segunda y, sobre todo, la tercera acepciones recogidas en el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua: «2. todo (cosa íntegra); 3. Conjunto de todas las cosas o personas que forman parte de una clase o especie». Con el epíteto «dada» pretendemos indicar que es concreta, acotada, reconocible y por tanto susceptible de señalización.

tratarían de recoger, y mucho menos de conciliar, elementos ajenos a los propios (es decir, elementos de la postura contraria), sino que, además, tampoco pretenderían lograr la comprensión de una totalidad *global* dada, ya que la susodicha totalidad, en tanto circunscrita a una sola parte del espectro (la suya), no sería *global*, sino *local*. En otras palabras, la síntesis centrista es una síntesis total porque aspira a la comprensión de una de las cuatro totalidades dadas que conforman el espectro político, como es la totalidad del centro¹⁵⁴, y es una síntesis *global* porque, dada la composición de esa totalidad, dentro de ella trata de concertar elementos tanto propios –de centro, vale decir, liberales– como, sobre todo, de partes opuestas del espectro –izquierda y derecha en sus versiones, obviamente, «moderadas, convergentes o centripetas–, resultado de ello una tercera forma «incluida» distinta de aquellas (dos) de las que se nutre. Así pues, la síntesis centrista es una *síntesis total-global*¹⁵⁵.

Las síntesis izquierdistas y derechistas, por el contrario, si bien también son síntesis totales porque aspiran a la comprensión de una de las cuatro totalidades dadas que conforman el espectro político, como serían la totalidad de la izquierda en un caso y la totalidad de la derecha en el otro, son, sin embargo, síntesis locales, y no globales, porque únicamente conjugan elementos de su propio bando –izquierda o derecha– y no de algún otro opuesto, y no solo no los remozan en una tercera forma distinta de aquellas que hayan sintetizado y con las que pudieran coexistir (es decir, en una tercera forma «incluida» que compita con otras), sino que las subsumen y anulan directamente, dejando a la tercera forma que pretenden representar como la única dentro de ese campo (esto es, como una tercera

¹⁵⁴ Por «totalidad del centro» entendemos la totalidad formada por el centro propiamente dicho y la izquierda y la derecha moderadas como los inmediatos flancos que aquel aspira a aprehender o a aglutinar en torno a sí. En este sentido, tal totalidad puede entenderse también como «totalidad de la zona moderada» (del espectro). La diferencia entre esta totalidad, que sobrepasa el territorio propiamente centrista, y dos de las otras tres (la totalidad de la izquierda y la totalidad de la derecha; la totalidad del espectro, como veremos, supone *eo ipso* un caso singular), que se limitan a sus propios dominios, se explica por la naturaleza ya examinada del centro, que en virtud de su vacuidad necesita, para su constitución *práctica*, contar con elementos, características o rasgos tanto de izquierda como de derecha, a los que, eso sí, otorga ulteriormente una tercera forma reconocible entonces como centrista antes que como izquierdista o derechista respectivamente. La izquierda y la derecha, por el contrario, pueden devenir totalidades de forma *relativamente* independiente (relativamente porque se necesitan la una a la otra para existir como tales), ya que, a diferencia del centro, sí cuentan con principios ideológicos propios y «fuertes» (en el sentido que le hemos dado a la noción de «fuerza» en términos ideológicos) tanto en un plano general (socialismo y conservadurismo) como en uno particular (comunismo, socialpopulismo, socialdemocracia por un lado, democracia cristiana, nacionalpopulismo liberal y tradicionalismo por el otro).

¹⁵⁵ En este punto es necesario hacer una interesante precisión. Dado que, por un lado, como hemos visto en el capítulo anterior, el centro puede ser sintético en un plano pragmático, en uno teórico/ideológico o, finalmente, en los dos, y dado que, por otro, su síntesis característica pretende, como acabamos de ver, aunar elementos de lugares opuestos del espectro, cabe preguntarse qué ocurre con el conocido modelo de la gran coalición. Habida cuenta de que esta suele realizarse por acuerdo y combinación de un partido de izquierda y otro de derecha, ambas moderadas, ¿no deberíamos considerar, a los efectos, esta síntesis como equivalente de la estrictamente centrista? La respuesta es sí... *pero no*. Si bien la síntesis propia de la gran coalición puede resultar equivalente, en el plano pragmático, a la del centro, o más exactamente a la que podría llevar a cabo un partido de centro, la gran coalición nunca podrá sustituir la labor que le es dable ejercer a aquel en tanto en cuanto nunca remozará los elementos que combina en una tercera, nueva y distinta forma, porque eso es justamente lo que –salvada su primera manifestación puramente liberal– caracteriza, singulariza e identifica a los partidos de centro. En ausencia de estos, las grandes coaliciones pueden actuar (tienden a hacerlo, de hecho), *pragmáticamente*, como tales partidos, pero nunca podrán colmar, y menos al mismo tiempo, el centro en la plenitud (pragmática y, además, teórico/ideológica) en la que lo hacen aquellos, puesto que, a diferencia de ellos, las coaliciones ocupan «de prestado» un lugar que puede serles natural a ellas en calidad de grandes coaliciones (que si por algo se definen es, precisamente, por formarse en y englobar la totalidad espectral del centro), pero no a sus miembros constituyentes, pertenecientes a izquierda y a derecha y «reunidos» solo temporalmente (lo que dure la legislatura de turno). Así pues, aunque la gran coalición, en la práctica, asuma, en efecto, la totalidad dada del centro, no lo hace a través de una tercera, nueva y distinta forma resultado de una combinación sintética inédita de las ideologías de sus miembros (que se limitan a coexistir sin mezclarse), por lo que actuaría como una variante de la síntesis total-global que podríamos calificar de incompleta o, mejor aún, «impura». Lo mismo sucedería si la gran coalición de marras incluyese, entre el partido de izquierda y el de derecha, a uno de centro; la síntesis resultante sería centrista en lo práctico, pero no en lo teórico/ideológico (ni, por tanto, en «lo pleno» o «puro» de la síntesis total-global), ya que la única diferencia respecto al modelo anterior es que en este coexistirían tres ideologías en lugar de dos, pero tampoco en este caso dichas ideologías se fusionarían o combinarían dando a luz una tercera, nueva y distinta, síntesis de todas ellas.

forma «incluyente»¹⁵⁶. Así pues, las síntesis izquierdistas o derechistas -entre las que, por cierto, procede incluir la de la derecha radical populista o DRP- son *síntesis total-locales*¹⁵⁷.

Si al cuadro anterior (Tabla I) le añadimos las especificaciones que acabamos de realizar, obtenemos las correspondencias sintético-políticas siguientes:

TIPOLOGÍA GENERAL DE LAS SÍNTESIS POLÍTICAS (Tabla II)	Aspira a compendiar y conciliar elementos (inicialmente) opuestos entre sí, dándoles una tercera forma (nueva)	No aspira a compendiar y conciliar elementos (inicialmente) opuestos entre sí, no dándoles una tercera forma (nueva)
Aspira a aprehender una totalidad dada	<i>Síntesis total-global</i> (centro)	<i>Síntesis total-local</i> (izquierda/derecha/DRP)
No aspira a aprehender una totalidad dada	<i>Síntesis parcial-global</i>	<i>Síntesis parcial-local</i>

De esta nueva tabla inferimos que ha de haber una serie de ideologías, movimientos, corrientes, partidos, etc. caracterizados por su carácter sintético o bien parcial-global, o bien parcial-local. ¿Qué ideologías, movimientos, corrientes, partidos, etc. serían estos?

Hemos dicho que las síntesis parciales se caracterizan por no aspirar a la aprehensión de una totalidad dada. Esto quiere decir que una síntesis política de corte parcial puede encontrarse o bien en el seno de una de esas totalidades dadas –es decir, en el seno de la totalidad de la izquierda, de la totalidad del centro (o totalidad moderada), de la totalidad de la derecha o de la totalidad del espectro-, representando una parte de la misma y nunca su conjunto, o bien *más allá* de los límites de esa totalidad, adentrándose en los dominios de otra y recogiendo elementos de ella *distintos y aun opuestos* a los suyos propios originales, pero sin llegar a comprender la totalidad completa del espectro y, por tanto, a corresponderse exactamente con ninguna de las cuatro totalidades dadas posibles. En el primer caso hablaríamos de una *síntesis parcial-local*, que sería parcial porque no aspira a abarcar ninguna

¹⁵⁶ En este sentido, las síntesis izquierdistas o derechistas se asemejarían más al modelo de síntesis por superación -que atribuimos al «extremo centro»- que al modelo de «mera» síntesis -que atribuimos al centro-, pero no se corresponderían con él, porque este modelo extremista comparte con el moderado -aunque con importantes diferencias que luego matizaremos- su carácter global, del que las síntesis izquierdistas y derechistas siempre carecerán en tanto tales.

¹⁵⁷ En el caso de las derechistas, como decimos, esto ocurre tanto en su versión «al uso» como en su versión populista o de «derecha radical populista» (DRP), como reflejamos en la siguiente tabla (Tabla II). El porqué es sencillo: los partidos de esta última tendencia son partidos de derecha tradicional que, sin embargo, adoptan posturas bastante más duras en determinados aspectos como la concepción de la nación y, por extensión, la política migratoria o, en el caso de Europa, de crítica hacia la Unión Europea (sus instituciones, su burocracia, su falta de transparencia y democracia, su hipertrofia intervencionista, etc.). Así, «el término (...) «derecha radical populista» se suele emplear para referirse a una forma de política intransigente, pero democrática y *no revolucionaria*, impulsada por una falta de confianza generalizada (de ahí lo de «popular») en las élites políticas y económicas, tanto a nivel nacional como internacional. Esa desconfianza va acompañada de la preocupación por el impacto que puedan tener en la identidad y soberanía nacionales fuerzas globalizadoras como el multiculturalismo, el comercio internacional, la deslocalización de industrias y la inmigración masiva». (Griffin, *Fascismo*, pp. 130-131. En cursiva en el original.) Estos son aspectos de su ideología, el *nacionalpopulismo*, que los unen entre sí a nivel internacional, salvando las importantes diferencias que existen entre ellos (diferencias que justificarán una distinción entre *nacionalpopulismo liberal* y *nacionalpopulismo social* y, en respectiva consecuencia, entre derecha radical populista y lo que desde la Introducción conocemos como «centro radical populista» o CRP). En lo demás se mantienen en los márgenes de un partido conservador típico. Un buen ejemplo lo encontramos en Alemania, donde el partido de DRP *Alternative für Deutschland* (AfD) no es sino, además de una escisión, una radicalización de los mencionados aspectos respecto a la CDU demócratacristiana de Angela Merkel, con la que, por lo demás, comparte buena parte del programa económico e incluso de su ideario *liberal*-conservador general. En este sentido, por tanto, no cabe ubicar al *nacionalpopulismo* de la DRP en una posición completamente simétrica respecto al *socialpopulismo* de la «izquierda radical populista» (IRP) (que, dicho sea de paso, podría definirse, al igual que la DRP, como «forma política intransigente, pero democrática y no revolucionaria, impulsada por...», solo que de izquierdas, con lo que eso conlleva), porque la síntesis de la DRP sí aspira a la asunción de una totalidad dada -la de la derecha- y no traspasa sus fronteras espectrales «naturales» para tomar elementos de izquierdas ni por querencia, ni por conveniencia (como sí ocurre, en sentido contrario, en el caso de la IRP). En otras palabras, es una «mera» síntesis total-local.

totalidad dada y sería local porque, precisamente por ello, tampoco pretende conjugar ni armonizar elementos de una tendencia opuesta a la suya propia; en el segundo, de una *síntesis parcial-global*, que sería parcial porque tampoco esta aspira a captar una totalidad dada pero, a diferencia de la anterior, sería global porque lo que sí hace (con mayor o menor intención, voluntad o *conveniencia*) es reunir elementos de naturaleza contraria a la suya propia original.

Las síntesis parcial-locales son las más comunes y corrientes, las del día a día político. Son las que, en última instancia, explican las coaliciones y alianzas electorales y aun de gobierno siempre y cuando se hallen dentro de una misma parte del espectro¹⁵⁸. En cierto modo, gracias a su condición de síntesis «básicas», son las que mejor dan cuenta de la doble naturaleza estática-dinámica de la política, ya que presuponen un terreno de juego y acuerdo común fijo y estable (el de la izquierda, el del centro/la zona moderada, el de la derecha) sobre cuya base es posible establecer pactos e inteligencias múltiples y diversas susceptibles, en cualquier momento, de ser mantenidas, permutadas, disueltas, reeditadas, etc. En este sentido, podríamos decir que se corresponden con todas aquellas posibilidades sintéticas que no encajan en ninguna de las otras tres opciones.

Las síntesis parcial-globales, por su parte, son mucho más peculiares que las parcial-locales. Son aquellas propias de los movimientos que, partiendo de un punto más o menos definido del espectro, tratan de expandirse, recolectando por el camino elementos, características o rasgos que, siquiera *a priori*, no casan con las suyas propias originales, o que incluso llegan a contradecirlas. El ejemplo histórico más diáfano a este respecto es el del socialismo real. Basta comprobar cómo su invariable pretensión internacionalista inicial (de extrema izquierda) deviene tarde o temprano, normalmente por razones de supervivencia, pero siempre sin excepción, nacional, cuando no nacionalista (de derecha)¹⁵⁹. La Unión Soviética de Stalin es, a todos los efectos, la más paradigmática —que no la única¹⁶⁰— muestra de esta evolución (o involución) del internacionalismo al nacionalismo (sin menoscabo, no obstante, de que el anhelo internacionalista se mantuviese hasta el final¹⁶¹). Pero también los llamados «populismos de izquierdas» o *socialpopulismos*, que podemos bautizar como tales por cuanto se ajustan al par de ideas definitorias del populismo (a saber: «que democracia significa únicamente gobierno del pueblo y que toda sociedad está atravesada por una división esencial

¹⁵⁸ El mejor y más cercano ejemplo de este tipo de síntesis lo encontramos en nuestro propio país, cuyo actual (2020) Gobierno, el primero de coalición de nuestra historia democrática reciente, reúne, en lo esencial, a los tres partidos políticos representativos de las tres posiciones características de la izquierda, o sea, a la izquierda entera.

¹⁵⁹ Hecho «antinatural» ya observado y duramente criticado por Lenin: «En septiembre de 1914 Lenin volvió a Zúrich, después de haber escrito un artículo sobre las tareas del socialismo revolucionario en la guerra europea, acusando de traición a los socialistas que habían aprobado la guerra, que para él era una «guerra burguesa, imperialista, dinástica», desencadenada por la rivalidad de los capitalistas por conquistar nuevos mercados «azuzando a los esclavos asalariados de una nación contra otra en beneficio de la burguesía: este es el único contenido real, el único significado real de la guerra». Votando a favor de los presupuestos de guerra, los partidos socialistas habían llevado a cabo «una verdadera traición al socialismo». Era el fin de la Segunda Internacional, «a causa del oportunismo pequeñoburgués que había renegado de las «verdades fundamentales del socialismo», es decir, «que los obreros no tienen patria»». (Gentile, Emilio, *Mussolini contra Lenin* (2017), traducción de Carlo A. Caranci., Alianza, Madrid, 2019, p. 54.)

¹⁶⁰ China, Cuba o Corea del Norte (y también los regímenes iberoamericanos radical populistas de izquierdas) son también buenas ejemplificaciones de esta «antinatural» combinación de internacionalismo y nacionalismo o, si se prefiere, retórica patrioter. También, más recientemente, la Grecia de Syriza, cuyo caso se torna así paradigmático respecto a las síntesis de tipo parcial-global: «[R]esulta interesante hacer notar que la progresiva identificación del discurso populista en Syriza ha ido acercando al partido de Tsipras a un registro político nacionalista ajeno a la tradición de su partido. Al menos, a la tradición del SYN [Synaspismós, partido principal en torno al que se vertebró la coalición de Syriza]. En este sentido, puede decirse que el éxito del discurso populista de Syriza, con su énfasis en la defensa de los intereses y de la soberanía del pueblo griego, ha contribuido a difuminar en un grado considerable las diferencias clásicas entre izquierda y derecha. En este sentido, puede decirse que el giro populista de Syriza ha redefinido la vida ideológica griega al punto de hacer real un gobierno que antes de la crisis resultaría, al menos, paradójico. No en vano, el principal apoyo de Tsipras en sus dos gobiernos ha sido y es el partido conservador y nacionalista ANEL, fundado por Panos Kammenos como escisión de Nueva Democracia en 2012». (del Palacio Martín, Jorge, «Syriza: el populismo en la cuna de la democracia», recogido en Rivero, Ángel; Zarzalejos, Javier y Del Palacio, Jorge (coord.), *Geografía del populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*, Tecnos, Madrid, 2017, p. 378.)

¹⁶¹ Como mínimo, en su propaganda. Por otro lado, es interesante tener en cuenta este proceso de «nacionalización» del comunismo en general y del soviético en particular, ya que es este factor nacionalista, conjuntamente con la cuestión de la propiedad privada, lo que diferencia en la práctica al comunismo histórico del fascismo histórico.

entre dos grupos homogéneos y antagónicos: el pueblo entendido como sujeto moral colectivo, con una voluntad única; y la oligarquía, la élite política que ha secuestrado la democracia en su provecho»¹⁶²), así como a su táctica, imprimiéndole una dimensión eminentemente social (aplicando dicha táctica en clave social, vale decir, con una perspectiva economicista o de confrontación ante todo económica) a la hora de oponer ese pueblo a la élite (económica) que lo subyuga y le arrebató su soberanía y que podemos ubicar espectralmente en el espacio de la «izquierda radical populista» (IRP) -entendidos como remedos «neo» del comunismo tradicional¹⁶³-, encajan aquí¹⁶⁴. Partiendo del sector siniestro del espectro, desde el que denuncia las injusticias y desigualdades del sistema (reivindicaciones de izquierdas), el socialpopulismo avanza en su contexto de competición electoral hacia el centro –mayor caladero de votos sociológico- e incluso hacia la derecha, adueñándose de la idea no de *nación*, sino de *patria* (tradicional leitmotiv de la derecha junto con el de la descartada nación). Un buen ejemplo de esto es la historia de Podemos (actual Unidas Podemos) en España, que desde sus inicios oficialmente «transversales» ha devenido partido explícitamente de izquierdas no exento de componendas aparentemente propias del lado opuesto del espectro, sobre todo en sus apelaciones retóricas a la «patria» española a la que, por un lado, habrían traicionado los corruptos (generalmente identificados con miembros de la derecha) y en la que, por otro, podrían convivir las distintas «naciones» que habría en España¹⁶⁵. En cualquiera de los dos casos señalados, las dimensiones de las sendas síntesis que encarnan unos movimientos y otros no ofrecen lugar a dudas: por cuanto van más allá de la totalidad de la izquierda, pero no alcanzan la totalidad del espectro, quedándose por tanto a medias o en tierra de nadie, son síntesis parciales; por cuanto en su proceso de extensión asimilan elementos o rasgos inicialmente extraños respecto a los principios que originariamente los definen, son síntesis globales. En suma, son *síntesis parcial-globales*.

Teniendo en cuenta esto, el cuadro anterior (Tabla II) quedará como sigue:

TIPOLOGÍA GENERAL DE LAS SÍNTESIS POLÍTICAS (Tabla III)	Aspira a compendiar y conciliar elementos (inicialmente) opuestos entre sí, dándoles una tercera forma (nueva)	No aspira a compendiar y conciliar elementos (inicialmente) opuestos entre sí, no dándoles una tercera forma (nueva)
Aspira a aprehender una totalidad dada	<i>Síntesis total-global</i> (centro)	<i>Síntesis total-local</i> (izquierda/derecha/DRP)
No aspira a aprehender una totalidad dada	<i>Síntesis parcial-global</i> (socialismo real/IRP)	<i>Síntesis parcial-local</i> (resto de posibilidades)

¹⁶² Rivero, Ángel, «Populismo: ¿cómo destruir la democracia en nombre de la democracia?», recogido en Rivero, Zorzalejos y del Palacio, *Geografía del populismo*, p. 34.

¹⁶³ «Las ideologías nunca mueren, se metamorfosean y renacen bajo una nueva apariencia cuando ya se las creía muertas y enterradas para siempre». (Bruckner, Pascal, *La tiranía de la penitencia. Ensayo sobre el masoquismo occidental* (2006), traducción de Emilio Múñiz, Ariel, Madrid, 2008, pp. 18-19.)

¹⁶⁴ No así los simétricamente denominados «populismos de derechas» o, también, nacionalpopulismos, situados en la «derecha radical populista» (DRP). En estos casos no solo no cabe la duda –razonable en el de los «populismos de izquierdas»- de si se trata de remedos «neo» del fascismo histórico -es evidente que no lo son-, sino que tampoco está claro que a *algunos* de los que suele tildarse de movimientos de DRP se les pueda encasillar (*solo*) en la derecha. A los que sí, encajarían en la categoría de síntesis total-locales por las razones ya alegadas. Sobre los que no, hablaremos más adelante –capítulo sexto- en un marco más general de análisis del fenómeno radical populista (de izquierda, derecha y/o centro).

¹⁶⁵ Visión que explicaría, aunque solo en parte, la convivencia de esta formación con los nacionalismos periféricos de España, incluso cuando dichos nacionalismos sean, en buena medida, de derechas (caso, por ejemplo, del *Partit Demòcrata Europeu Català*, en siglas, PDeCat). Con todo, no es el de Unidas Podemos (e Izquierda Unida, que forma parte de la formación) el único caso de complicidad con los nacionalismos diseminados por España por parte de un partido de izquierdas. También el PSOE, y singularmente su versión catalana, el PSC, podrían decir mucho al respecto, como veremos en futuros capítulos.

Sin embargo, tampoco este último cuadro (Tabla III) puede darse por completado. Resta resolver aún dos problemas.

El primero de ellos no entraña, en principio, mayores dificultades. Se trata de la caracterización sintética de lo que hemos denominado «extremo centro». En tanto entendamos la síntesis característica del centro como una síntesis total-global, con mayor motivo será esta, a su vez, la síntesis propia de lo que hemos denominado «extremo centro», puesto que también este aspira a la aprehensión de una totalidad dada (la del espectro al completo), así como a la asunción y conciliación de elementos (inicialmente) opuestos a los que reordena bajo una tercera forma nueva¹⁶⁶. De ello resultaría una cuarta versión de nuestro cuadro:

TIPOLOGÍA GENERAL DE LAS SÍNTESIS POLÍTICAS (Tabla IV)	Aspira a compendiar y conciliar elementos (inicialmente) opuestos entre sí, dándoles una tercera forma (nueva)	No aspira a compendiar y conciliar elementos (inicialmente) opuestos entre sí, no dándoles una tercera forma (nueva)
Aspira a aprehender una totalidad dada	<i>Síntesis total-global</i> (centro/extremo centro)	<i>Síntesis total-local</i> (izquierda/derecha)
No aspira a aprehender una totalidad dada	<i>Síntesis parcial-global</i> (socialismo real/IRP)	<i>Síntesis parcial-local</i> (resto de posibilidades)

Pero llegados a este punto debemos avanzar un poco más. En el capítulo anterior, dedicado al estudio del centro, hablamos no de uno, sino de dos centros políticos: el centro propiamente dicho y el «extremo centro». En ambos casos recurrimos a la sinteticidad como propiedad esencial y definitoria común, y tratamos de explicar su disparidad apelando a un criterio cuantitativo. En pocas palabras, dijimos que si la síntesis centrista se caracterizaba por reunir una serie de elementos, características o rasgos, la síntesis extremo-centrista lo hacía por reunir una serie de elementos, características o rasgos *mayor* que la de su homóloga moderada. Esto es cierto, mas –como adelantamos en su momento mediante pertinente nota al pie– no del todo preciso. Nos servía en el contexto de la introducción de la noción de «extremo centro» y de su caracterización. Ahora, con la presente teorización en la mano, esa distinción resulta incompleta e insatisfactoria.

De acuerdo con la última versión de nuestro cuadro (Tabla IV), tanto el centro como el extremo centro representan sendas síntesis total-globales. Sin embargo, parece evidente que no es posible poner en pie de igualdad uno y otro tipo de síntesis. No sin importantes matices, siquiera de grado. Aunque ambas síntesis sean, en efecto, totales (porque aspiran a la aprehensión de una totalidad dada, la de la zona moderada del espectro en un caso y la del espectro completo en el otro) y globales (porque aspiran al compendio y la conciliación de elementos inicialmente opuestos, imprimiéndoles una tercera forma nueva), una y otra se diferencian claramente entre sí, mas no tanto –como habíamos sugerido con anterioridad– en términos cuantitativos, es decir, en la cantidad de elementos, características o rasgos que sintetizan, cuanto en términos de la *procedencia* o *naturaleza* de esos elementos, características o rasgos, esto es, de las dimensiones de su síntesis, así como de la consecuente afluencia de elementos, etc. hacia ella. No se trata, por tanto, de una simple suma matemática, de una

¹⁶⁶ Se trata de una estrategia ya reconocida como eminentemente centrista (aunque en sentido negativo) por algunos autores: «Otra forma posible de situarse en el centro de la escena política, también de una manera táctica, sería en la conformación de un *centro hegemónico*, recogiendo las posiciones tibias o moderadas de los diversos concurrentes a la confrontación electoral, y acercando de este modo el voto de sectores de todas las tendencias. Peyorativamente se le podría llamar a este centro un centro pastelero en cuanto que *debe contar con la inclusión en sus programas de elementos de todos los demás programas* que permitan esa canalización del voto mediante la identificación siquiera parcial del electorado con el pretendido programa de centro». (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, pp. 164-165. La cursiva es añadida.)

cuestión del tipo «tantos elementos, etc. conjugas, tan moderado o extremista eres». El número de elementos, etc. sintetizados es importante, pero más importante aún es su origen y procedencia. Por simplificarlo mucho, de nada serviría saber que una formación política A conjuga un número x de elementos y otra formación B conjuga un número $x+1$ para concluir que la formación A sea más moderada que la formación B, puesto que la naturaleza política de ambas estará necesariamente más condicionada por el grado de moderación/radicalidad/extremismo de los elementos que la constituyen que por su número o cantidad¹⁶⁷. Esto significa, en definitiva, que dentro del grupo de síntesis total-globales es necesario establecer un criterio diferenciador que discrimine y distinga a una (la centrista moderada) de la otra (la extremo-centrista). Y dado que el factor cuantitativo se muestra a todas luces insuficiente, habrá que adoptar un factor cualitativo¹⁶⁸. Este factor será el de la *amplitud-concurrencia*¹⁶⁹.

Hablaremos, pues, dentro del grupo de las síntesis total-globales, de, por un lado, la *síntesis total-global de amplitud-concurrencia restringida*, que se corresponde con la síntesis centrista y donde el calificativo de «restringida» vendrá dado por la condición limitada de lo que sintetiza (a saber: elementos, características o rasgos procedentes solamente de la parte moderada del espectro), y, por otro, de la *síntesis total-global de amplitud-concurrencia irrestringida*, que se corresponde con la síntesis extremo-centrista y donde el calificativo de «irrestringida» vendrá dado por la condición holista de lo que sintetiza (a saber: elementos, rasgo y/o características procedentes de todo el espectro).

El segundo problema del que hicimos mención es de una naturaleza distinta. Se trata del llamado «populismo de derechas», también conocido como nacionalpopulismo, y ubicado en la «derecha radical populista» (DRP). Como hemos visto, el nacionalpopulismo de la DRP no es equiparable al socialpopulismo de la IRP. Mientras que este constituye una síntesis de tipo parcial-global solo compartida con el socialismo real (del que a efectos prácticos no dejaría de ser un sucedáneo «tibio», «blando» o «rebajado»), aquel representa una síntesis de corte total-parcial homologable a las síntesis de izquierdas (de toda la izquierda, pero nada más) y de derechas (de toda la derecha, pero nada más). Ahora bien, sucede que, de forma similar –que no idéntica– al caso de la extrema derecha, también la categoría de la DRP ha devenido cajón de sastre lo bastante confuso y oscuro como para ocultar las diferencias –cruciales desde el punto de vista del análisis filosófico-político e ideológico– entre unos y otros partidos y movimientos etiquetados como nacionalpopulistas o de derecha radical populista. Basta estudiarla con una mínima profundidad para comprender que, de nuevo, se produce a su respecto una generalización que obvia una realidad bastante más compleja. Es por eso por lo que, de forma análoga a lo que pretendemos lograr en la ubicación espectral del nazi-fascismo, una parte de esta derecha radical populista sería más acertadamente recolocada en y etiquetada como un «centro radical populista» (CRP); una denominación política «nueva» -no así su contenido- pero, por lo demás, lógicamente necesaria desde el momento en el que aceptamos, por un lado, la existencia de una IRP y su

¹⁶⁷ Es perfectamente posible pensar en una formación con pocos principios pero muy rígidos y en otra con muchos pero muy flexibles, de donde se colige una relación inversamente proporcional entre el número de elementos y el extremismo (ideológico, pero también político) atribuible a cada una.

¹⁶⁸ Esto, lejos de ir en detrimento del criterio cuantitativo alegado en el capítulo anterior, simplemente lo precisa y complementa. Lo que allí dijimos era que, en su condición de síntesis por superación, la cantidad de elementos, características o rasgos sintetizados por el extremo centro debía ser naturalmente mayor que la de los sintetizados por el centro, ya que en el primer caso hablamos de una síntesis que incluye elementos, etc. de extrema izquierda, izquierda, centro, derecha y extrema derecha, mientras que en el segundo hablamos de una que incluye solamente elementos, etc. de izquierda, centro y derecha. Este criterio era útil, por tanto, para discernir los «tamaños» de cada una de estas dos síntesis y establecer la consiguiente diferencia entre «mera» síntesis y superación. En el contexto actual, en cambio, el *quid* es otro, y el criterio cuantitativo no basta, porque el número de elementos sintetizados por cada una en nada altera la consideración de ambas como síntesis total-globales. Para establecer, pues, una diferencia dentro de este marco de referencia, necesitamos otro criterio no cuantitativo, sino cualitativo.

¹⁶⁹ Es decir, amplitud de la síntesis y concurrencia de elementos, características o rasgos procedentes de diversas partes del espectro.

correlativa DRP, y por otro, de movimientos y partidos cuya naturaleza ideológica no se ajusta ni a los parámetros de la primera ni, aunque se asemeje más (y de ahí la generalizada tendencia a encasillarlos en su categoría), a los parámetros de la segunda.

Esto quiere decir que, en nuestra tipología, el CRP estará formado por partidos y movimientos que, tradicionalmente tachados de derechistas o, en este contexto, de nacionalpopulistas, en efecto son nacionalpopulistas, puesto que, en primer lugar, y al igual que los socialpopulismos arriba definidos, actúan conforme a la lógica populista consistente, primero, en considerar a la democracia, en términos simplistas, única y exclusivamente como gobierno del pueblo, y segundo, en oponer este pueblo (homogéneo o, más bien, discursivamente homogeneizado) a un enemigo elitista (en términos económicos, sociales, culturales o cualesquiera otros) que amenaza su soberanía a determinado respecto (que cambia en función de la orientación ideológica y política de cada populismo); y en segundo lugar, lo hacen no tanto en clave social o economicista como en clave nacional(ista), o lo que es lo mismo, identificando el pueblo con la nación y a los captores de su soberanía con su enemigo existencial. Pero son nacionalpopulistas, como argüiremos, *de manera singular*. Además, dicho CRP encajará en el cuadro de las síntesis total-globales por cuanto, por una parte, como la DRP, aspira a la aprehensión de una totalidad dada, pero, por otra, a diferencia de la DRP, aspira asimismo a la conjugación y concierto de elementos inicialmente opuestos, dotándolos deliberadamente de una tercera forma nueva. Lo curioso de este caso es que esa totalidad global a cuya captura aspira el CRP solo puede ser una de dos: o bien la totalidad de la zona moderada del espectro, o bien la del espectro mismo al completo. Y la dificultad es obvia: ambas totalidades están ya ocupadas, en el primer caso por el centro, y en el segundo, por el extremo centro. En el capítulo sexto deberemos encargarnos, pues, de dar cuenta de esta crucial problemática.

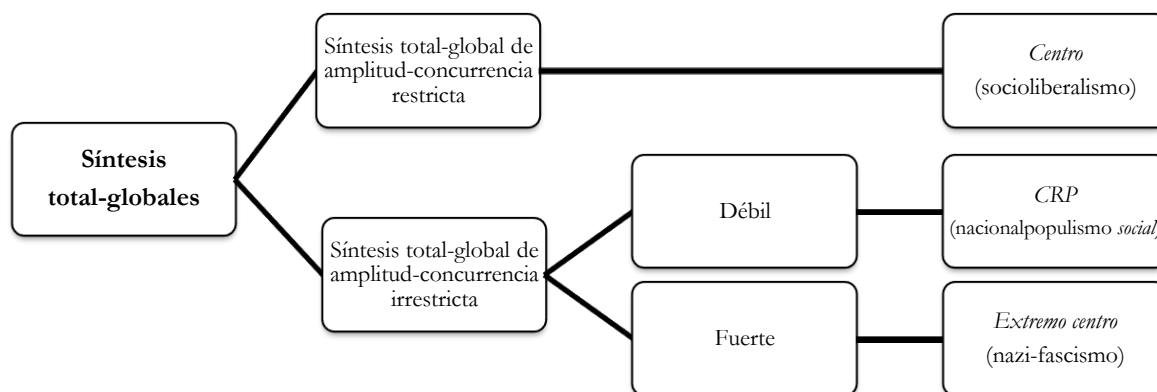
Por ahora conformémonos con adelantar que la totalidad cuya absorción pretenderá este centro radical o CRP será la misma que aquella a cuyo abarque aspira el extremo centro: la totalidad del espectro. La constatación de esta realidad es lo que nos permitirá argumentar, en primer lugar, que dicha ideología no es homologable a la del «populismo de izquierdas» o socialpopulismo de la IRP; en segundo lugar, que tampoco lo es a la del «populismo de derechas» o nacionalpopulismo *liberal* de la DRP; en tercer lugar, y en consecuencia, que la ubicación correspondiente a este «populismo de centro» que en términos de ideología podemos nombrar, por conexión y simultáneo contraste con la anterior, nacionalpopulista *social*, ha de ser el eje central del espectro, esto es, el CRP; en cuarto lugar, que también está justificada su inclusión en el grupo de las síntesis total-globales, concretamente en la forma de síntesis total-global de amplitud-concurrencia irrestricta; en quinto lugar, que deberemos tomar en consideración un último aspecto que hará posible la distinción entre el tipo de síntesis total-global de amplitud-concurrencia irrestricta que esta ideología representa y la que representa el extremo centro, como será el criterio de la «debilidad» de su radicalidad respecto a la «fortaleza» del radicalismo extremo-centrista¹⁷⁰.

Por el momento, pues, quedémonos con la siguiente taxonomía, completa al fin:

¹⁷⁰ Debilidad/fortaleza derivada de la debilidad/fortaleza de las ideas que toma y sintetiza cada ideología de la extrema izquierda y la extrema derecha. Qué ideas sean estas lo estudiaremos en los capítulos quinto y sexto.

TIPOLOGÍA GENERAL DE LAS SÍNTESIS POLÍTICAS (Tabla V)	Aspira a compendiar y conciliar elementos (inicialmente) opuestos entre sí, dándoles una tercera forma (nueva)	No aspira a compendiar y conciliar elementos (inicialmente) opuestos entre sí, no dándoles una tercera forma (nueva)
Aspira a aprehender una totalidad dada	<i>Síntesis total-global</i> (centro/CRP/extremo centro)	<i>Síntesis total-local</i> (izquierda/derecha/DRP)
No aspira a aprehender una totalidad dada	<i>Síntesis parcial-global</i> (socialismo real/IRP)	<i>Síntesis parcial-local</i> (resto de posibilidades)

Por último, tengamos en cuenta también el siguiente detalle esquemático, resumen de las apreciaciones que hemos hecho acerca de la «anatomía» de las síntesis total-globales:



Contando con todo esto, estamos ya en disposición de resolver, en retrospectiva, la duda con la que cerramos el capítulo inmediatamente anterior, relativa a la diferencia –en caso de existir– entre la síntesis centrista de cualesquiera otras síntesis posibles a lo largo del espectro. Asimismo, formulamos una tipología taxonómica cuyo andamiaje conceptual nos será de la mayor utilidad *ad futurum*, especialmente a la hora de poner a prueba y, llegado el caso, demostrar la veracidad de nuestras hipótesis respecto a las naturalezas sintéticas (total-globales) del socioliberalismo, del nazi-fascismo, y, entre ambos, del nacionalpopulismo social de CRP¹⁷¹.

¹⁷¹ Esta ordenación horizontal se solapa con la ordenación vertical del eje centro-extremo centro, en cuyo reverso (es decir, «por encima» del centro) nos encontraríamos, en primer término, a lo que en el capítulo segundo decidimos denominar ultraliberalismo, y en último término, al anarquismo, concretamente en su variante anarcocapitalista. Acerca de esta última cuestión nos limitamos, por ahora, a remitirnos al Entreacto II.

SEGUNDA PARTE

**LAS SÍNTESIS Y LOS DISCURSOS
SOCIOLIBERAL Y FASCISTA EN EUROPA**

Capítulo 4

El socioliberalismo como síntesis política moderada

Examinando, en el capítulo anterior, la naturaleza del centro político, establecimos un nexo entre la posición del centro y la ideología del liberalismo, fundamentándolo en la vacuidad del primero y el carácter antidogmático o de ideología «débil» del segundo, circunstancia que propiciaba la ubicación del liberalismo en el único lugar del espectro que hacía factibles y hasta necesarios sus rasgos esenciales: flexibilidad, ductilidad, maleabilidad y, por añadidura, nihilismo.

El objetivo de este capítulo es, precisamente, examinar la ideología liberal con un doble propósito: primero, hacer un repaso histórico y filosófico-político de dicha ideología y comprobar que, en efecto, esa serie de rasgos son los que la caracterizan en todo tiempo y lugar, tanto en lo que, de la mano de John Gray, consideraremos su versión clásica, como en lo que consideraremos su versión «moderna», «revisionista» o, sencillamente, *socioliberal*¹⁷²; segundo, una vez cerciorados de lo primero, poner a prueba la viabilidad de la hipótesis sobre la que descansa esta sección, a saber: que el socioliberalismo, entendido como concreción y materialización política centrista por excelencia del liberalismo, constituye una síntesis política moderada en la medida en la que pretende recoger aspectos propios tanto de la izquierda (socialdemócrata) como de la derecha (demócratacristiana), dándoles una tercera forma que no pretende tanto *superar* (ni mucho menos *suprimir*) a aquellas de las que se nutre como «meramente» *sintetizarlas*, y que se diferenciará de cualesquiera otras síntesis posibles dentro del espectro, de acuerdo con nuestra tipología y nuestra terminología, por su carácter total-global de amplitud-concurrencia restringida.

Así, el capítulo contará con tres partes. En la primera de ellas se llevará a cabo un somero repaso histórico con el que se pretende ofrecer una indispensable contextualización sobre cuya base brindar una explicación de los fundamentos de la ideología liberal y, por extensión, socioliberal, lo cual nos permitirá comprender la naturaleza y aspiraciones de ambas. En la segunda, se enumerarán los rasgos que caracterizarían de forma medular o estructural al liberalismo y al socioliberalismo a la luz de la general revisión histórica previamente realizada, para lo cual nos apoyaremos en las tesis del británico John Gray. Finalmente, en la tercera se constatará la viabilidad de nuestra hipótesis acerca de la condición del socioliberalismo como síntesis política moderada, explicándose el porqué de tal consideración y las implicaciones que ello pueda suponer en lo sucesivo respecto al grueso de nuestra investigación.

¹⁷² Entre otras, puesto que, en sentido estricto, si por algo se caracteriza el liberalismo, así como otras tantas ideologías, es por su variedad y sus posibles ramificaciones. Uno de los teóricos que más explícito hincapié ha hecho sobre esta cuestión es Michael Freedon: «no existe una unívoca, inequívoca cosa llamada *liberalismo*. Todos los liberalismos que han existido, y que existen, seleccionan deliberada o inconscientemente ciertos ítems del enorme repertorio liberal acumulado y excluyen otros, porque algunos elementos son incompatibles entre sí y porque las modas y prácticas intelectuales cambian. Como consecuencia, una multitud de sistemas de creencias y de teorías anida bajo el título de liberalismo, y ninguno de ellos puede contener todas las posibilidades —las ideas y los arreglos políticos— que el término en su plenitud máxima si bien hipotética puede abarcar, o que las prácticas políticas liberales han abarcado a lo largo del tiempo y el espacio». (Freedon, *Liberalismo. Una introducción*, p. 16. En cursiva en el original.) Con todo, el propio Freedon ofrece más adelante una relación de los rasgos que él considera constitutivos de *todo* liberalismo, independientemente de la profundidad e importancia de la que gocen o no en sus heterogéneas formulaciones ulteriores: «libertad, racionalidad, individualidad, progreso, sociabilidad, interés general y, por último, poder limitado y sujeto a la rendición de cuentas». (Freedon, *Liberalismo. Una introducción*, p. 39.) Como veremos, esta visión no difiere, en lo esencial, de la de Gray.

1) Breve historia del liberalismo y del socioliberalismo

1.1. El liberalismo

Si bien sería posible remontarse a la Antigüedad, y más concretamente a la Grecia y la Roma clásicas, para señalar los orígenes, remotos y parciales, del pensamiento que posteriormente cuajará en el ideario liberal, no es hasta el siglo XVII donde dicho ideario adquiere carta de naturaleza y se configura en torno a una serie de rasgos básicos que, sistematizados, han llegado hasta hoy en día como distintivos del liberalismo en tanto ideología¹⁷³.

Como consecuencia de la ruptura de la unidad teológica de Europa debida a la Reforma, el Viejo Continente tendió a dividirse rápidamente –conforme al principio *cuius regno, eius religio*– en dos bandos, católico y protestante (o derivados), que no solo se enfrentaron en el plano puramente religioso, sino también en el bélico. La Guerra de los Treinta Años materializó una oposición a la sazón irreconciliable entre los seguidores de uno y otro credos y acabó de manera definitiva con el pretérito sueño de la *universitas christiana* europea, completamente desestimada tras la firma, en 1648, de la Paz de Westfalia, que puso las bases políticas y territoriales de una nueva Europa organizada por un sistema de Estados-nación. En medio de ese contexto, en Inglaterra las disputas sin fin entre el rey Carlos I y el Parlamento sumieron finalmente al país en una devastadora Guerra Civil que enfrentó a los partidarios del primero y los del segundo, reacios a la pretensión de aquel de aumentar su poder hasta convertirlo en absoluto conforme a su creencia en el derecho divino de los reyes, así como al tendencial modelo del Continente, cuyo máximo exponente será Luis XIV.

El conflicto traspasó todavía más fronteras y llegó al terreno de la filosofía política, donde se tradujo en la aparición del contractualismo o la filosofía del contrato social, iniciada por los trabajos de Thomas Hobbes. Este, directamente afectado por el trauma de la Guerra Civil, se inclinó a favor del bando soberanista tras concluir que el estado natural de los hombres es, de hecho, la guerra (de todos contra todos), lo que en última instancia llevaría a los propios hombres a entenderse en aras de su propia supervivencia. Así, juntos llegarían a un acuerdo, pacto o contrato mediante el cual renunciarían a buena parte de sus derechos naturales –especialmente al derecho que todos tienen a todo en el estado de naturaleza– a cambio de la certidumbre, la seguridad y la protección que les daría el hombre o conjunto de hombres designados para esa función y facultados para ejercerla de forma absoluta en virtud del poder que el resto les habría conferido a tal efecto mediante su reconocimiento como soberanos. Solo gracias a un acuerdo de este tipo sería posible, primero, acabar con la guerra, segundo, formar una sociedad, y tercero, beneficiarse mutuamente de ella, puesto que en un escenario de guerra e inseguridad crónicas en el que el hombre es un lobo para sí mismo no solo sucede que su vida es «solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta»¹⁷⁴, sino que, además, no hay lugar para la creación de riqueza, ni mucho menos para su intercambio libre y su reparto equitativo. O lo que es lo mismo, no hay lugar para el comercio.

John Locke también se sirvió de la hipótesis del contrato social para, empero, sancionar un modelo de sociedad muy distinto del hobbesiano. Donde Hobbes afirmaba que la viabilidad del grupo dependía de la constitución de un soberano absoluto ante el que ni era ni debía ser posible rebelarse, so pena de vuelta al estado de naturaleza y guerra, Locke opta por un gobierno necesariamente limitado en sus atribuciones, inserto en un prototípico esquema de división de poderes a modo de contrarresto unos de otros. Según él, solo así

¹⁷³ «De hecho, el epíteto «liberal» aplicado a un movimiento político no se usa por primera vez hasta el siglo XIX, cuando en 1812 lo adopta el partido español de los «liberales». Antes de esa fecha, el sistema de pensamiento del liberalismo clásico surgió, ante todo, en el periodo de la Ilustración escocesa, cuando Adam Smith se refirió al «plan liberal de igualdad, libertad y justicia», pero el término «liberal» seguía funcionando básicamente como un derivado de liberalidad, la virtud clásica de humanidad, generosidad y apertura de mente». (Gray, John, *Liberalismo* (1989), traducción de María Teresa de Mucha, Alianza, Madrid, 1994, pp. 9-10.)

¹⁷⁴ Hobbes, Thomas, *Leviatán* (1651), traducción de Carlos Mellizo, Alianza, Madrid, 2009, p. 119.

sería posible salvaguardar los derechos naturales fundamentales que cada individuo posee en el estado de naturaleza (destacando el derecho a la vida y, por extensión, a la propiedad privada) y, al mismo tiempo, incrementar la riqueza, el bienestar y la prosperidad generales al formar una sociedad en la que unos individuos colaborasen con otros por el bien de todos ellos. En este sentido, Locke, a diferencia de Hobbes y en línea con lo que ya un siglo antes había argumentado buena parte de los pensadores de la Escuela de Salamanca¹⁷⁵, sí aceptaba el derecho de rebelión, esto es, la posibilidad de destituir al soberano si este hacía caso omiso de sus competencias y deberes y se corrompía o abusaba de su poder ilegítimamente, desentendiéndose del servicio debido a sus súbditos o ciudadanos, posibilidad que solo sería factible en un sistema de corte y control parlamentario. Asimismo, de nuevo contrariando a Hobbes, que apostaba por la conveniencia de la uniformidad religiosa en aras de la estabilidad social, Locke consideraba que las cuestiones religiosas eran de índole privada, y por tanto debía ser decisión personal de cada uno profesar uno u otro credo, debiendo establecerse en la esfera pública un clima de tolerancia y libertad de conciencia que, lejos de convulsionar la sociedad, serviría para evitar levantamientos y desórdenes contra el poder civil.

El triunfo de la Revolución de 1688 y la subida al trono de Guillermo de Orange como Guillermo III supusieron a su vez una victoria del parlamentarismo frente al absolutismo y de las tesis de Locke, éxito que se consolidó posteriormente con la Ilustración escocesa¹⁷⁶ y, tras la Declaración de Independencia de 1776, también en los Estados Unidos. El redactor de dicha Declaración, Thomas Jefferson, se mostraba claramente afín a los postulados de autores como Locke y Montesquieu y sostenía una idea de la libertad muy cercana a la que Constant tildará de «libertad de los modernos» (caracterizada por la importancia que reciben la esfera privada individual y las libertades de corte negativo) frente a la «libertad de los antiguos» (caracterizada por el predominio de la esfera pública colectiva y las libertades de corte positivo)¹⁷⁷. Así, el republicanismo estadounidense, materializado en la Constitución, compartirá un evidente parentesco con el liberalismo inglés, conjugando por un lado la inviolabilidad y derechos del individuo con, por otro, el valor de la forma de gobierno colectiva, dando lugar a un prototipo de la democracia liberal que, con modificaciones, llegará hasta nuestros días de la mano tanto del precedente estadounidense como del francés, esto es, del surgido a raíz de la Revolución Francesa.

Con el estallido de esta y su culminación con Napoleón, las ideas liberales de Locke, Montesquieu y los *philosophes* se difundirán por Europa, derrocando progresivamente al Antiguo Régimen. Durante el siglo XIX, poco a poco irán teniendo lugar conatos revolucionarios de naturaleza liberal que reclamarán el fin de los privilegios y jerarquías del viejo orden y su sustitución por nuevos usos democrático-liberales de cuño inglés, estadounidense o francés, y que culminarán con las revoluciones de 1848, en las que las reivindicaciones liberales se entremezclarán, al igual que lo hicieron en Francia durante la Revolución, con movimientos de carácter nacionalista en lugares como Italia, Alemania o Iberoamérica¹⁷⁸. Esto traerá consigo un siglo XIX completamente marcado por la expansión

¹⁷⁵ Siendo los ejemplos más claros los de Francisco de Vitoria (1486-1546) o Juan de Mariana (1536-1624).

¹⁷⁶ «Es en los escritos de los filósofos sociales y los economistas políticos de la Ilustración escocesa donde encontramos la primera formulación universal y sistemática de los principios y fundamentos del liberalismo. Entre los franceses, así como entre los norteamericanos, el pensamiento liberal estuvo ligado, en cada momento, con una respuesta a una crisis particular de orden político. No es que el pensamiento de los filósofos escoceses no estuviera condicionado por el contexto histórico en el que ellos mismos se encontraban, sino que más bien buscaron, como quizá no lo hicieron consistentemente los liberales franceses y norteamericanos, fundamentar sus principios liberales en un entendimiento global del desarrollo social y humano y en una teoría de la estructura social y económica cuyos términos tuvieran el estatus de leyes naturales, y no meramente de generalizaciones históricas». (Gray, *Liberalismo*, p. 46.)

¹⁷⁷ Esta distinción entre uno y otro tipo de libertad, así como del predominio positivo o negativo que la explica, tendrá mucho que ver con la ulterior escisión liberal, de la que resultará la dicotomía liberalismo clásico/liberalismo moderno, este último también conocido como socioliberalismo.

¹⁷⁸ Hasta el punto de que buena parte del éxito del ideario liberal dependió del paralelo éxito del ideario nacionalista: «Durante el siglo XIX y hasta entrado el siglo XX, liberalismo y nacionalismo eran vistos como aliados en la lucha contra el viejo orden, sin que esa alianza despertara mayores suspicacias. No parecía haber contradicción entre la libertad de los

paulatina pero constante de los ideales democráticos y liberales, hasta el punto de que dicha centuria será conocida, en lo sucesivo, como «el largo verano liberal»¹⁷⁹, esto es, como el siglo del liberalismo por excelencia:

La Europa del siglo XIX, y en especial Inglaterra, pueden contemplarse con razón como la ejemplificación del paradigma histórico de una civilización liberal. (...) Vista en conjunto (...), Europa en el siglo XIX fue liberal y mantuvo ese orden hasta la Primera Guerra Mundial; la inexistencia de control de pasaportes, excepto en Turquía y Rusia, representó la libertad de migración y otras libertades básicas de un sistema individualista, y no se abandonaron, ni siquiera en los casos en que sobrevino la implantación de políticas proteccionistas y benefactoras, los elementos centrales del gobierno de la ley. Fue la Primera Guerra la que, casi de la noche a la mañana, hizo brotar *tendencias no liberales que se venían desarrollando en el pensamiento y la práctica de las últimas décadas del siglo anterior*.¹⁸⁰

Este último apunte es fundamental. El auge del sistema económico capitalista, que se había visto espectacularmente beneficiado desde su progresiva aparición tras el establecimiento de las condiciones de la Paz de Westfalia y el régimen internacional de Estados-nación, no solo trajo consigo la expansión —ya mencionada— de una corriente demócrata que inundó con lentitud el imaginario de algunos países (en parte más por la utilidad que tenía para el mejor funcionamiento del sistema económico que por ser considerada una forma de gobierno intrínsecamente valiosa), sino también injusticias y desigualdades para la población de los territorios ocupados y explotados por los distintos regímenes imperialistas europeos que habían comenzado a formarse y consolidarse, a lo largo de todo el periodo decimonónico, en África, el sudeste asiático y aun el centro y el sur del continente americano, así como para la mayor parte de la población de los propios países imperialistas e industrializados. Esta última no tardó en protagonizar conatos de rebelión, espoleados por «tendencias no liberales» como las ideas anarquistas y marxistas, que habían ido empapando a las clases trabajadoras hasta adquirir la fuerza suficiente, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, para dar origen a una plétora de sindicatos y partidos políticos de todo género y color, tanto a favor como en contra. Fruto de la combinación de ambos factores —un sistema económico injusto y depredador y un paulatino despertar social—, una todavía incipiente pero cada vez más activa ciudadanía comenzaba a reclamar, ahora de manera más seria, una auténtica democratización política que diese respuesta a las demandas de una cada vez más consolidada y polarizada sociedad civil, agente fundamental de lo que no tardará en conocerse como «cuestión social».

1.2. El socioliberalismo

Es en este momento y contexto en el que surgirá la opción socioliberal como alternativa al liberalismo propiamente dicho. Porque hablar de socioliberalismo es hablar, en otras palabras, de liberalismo moderno o «revisionista». O lo que es lo mismo: de liberalismo reformulado para compensar las falencias de las que el liberalismo original adoleció (en opinión de algunos) tras sus inicios y progresiva extensión.

El socioliberalismo nace en el siglo XIX como un pronto intento de solventar los mayores perjuicios que el liberalismo clásico había ido trayendo consigo. Al hacer vehemente

individuos y la libertad de los pueblos frente al enemigo común, la opresión dinástica. No se trataba sólo de una relación coyuntural, pues la idea de autodeterminación nacional tiene una significativa conexión con la idea de libertad, y de ahí su ambigüedad». (Toscano Méndez, Manuel, «¿Democracia de los ciudadanos o democracia de las nacionalidades?», en Rubio Carracedo, José; Rosales, José María y Toscano, Manuel, *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, Trotta, Madrid, 2000, p. 107.)

¹⁷⁹ En palabras de George Steiner en su obra *En el castillo de Barba Azul: aproximación a un nuevo concepto de cultura* (1971), Gedisa, Barcelona, 1991, p. 24.

¹⁸⁰ Gray, *Liberalismo*, pp. 49, 61-62. La cursiva es añadida.

hincapié en el valor de la libertad individual, dicho liberalismo agravaba (sin pretenderlo) la ya citada «cuestión social», esto es, la problemática relativa a la desigualdad creciente en el seno de las sociedades modernas e industrializadas. La brecha entre ricos y pobres o, si se prefiere, entre burgueses y proletarios, era cada vez mayor, habida cuenta de que una cosa era ser libre *de iure* y otra poder ejercer esa libertad *de facto*. En este sentido, la tendencia a la concentración de riqueza y capitales en manos de unos pocos coartaba brutalmente las posibilidades de éxito y aun de supervivencia de muchos, que sobre el papel poseían plena libertad de elección de su trabajo pero en la práctica se veían forzados a aceptar sin miramientos el primero que se les ofreciese, so pena de falta de sustento para ellos y para sus familias. Así las cosas, no podía extrañar la proliferación y fortalecimiento de los grupos y asociaciones obreras en torno a reclamaciones de justicia social e igualdad, máxime tras las potentes teorizaciones hechas al respecto de la naturaleza del sistema económico imperante y de su presunta injusticia estructural por parte de Marx y Engels, quienes trataron de dar un giro de tuerca a los planteamientos de los socialistas «utópicos» para convertirlos en un incontrovertible credo científico en base al cual habrían los obreros de organizarse sindical y, sobre todo, partidariamente toda vez que poseían la Verdad subyacente al desarrollo histórico y, además, estaban capacitados –porque ese era el *Zeitgeist* de la época- para culminarla¹⁸¹. Su momento había llegado o, en su defecto, estaba a punto de llegar, y el estado de efervescencia en el que todos los grandes países industriales, en mayor o menor medida pero sin excepción, se hallaban (y se seguirían hallando hasta al menos la mitad del siglo siguiente) inmersos no parecía pronosticar otra cosa que el triunfo ulterior de la Verdad en cuya posesión estaban y que, cual dicta la bíblica sentencia, haría libre a todos los hombres, porque liberaría a la parte más importante (y «universal»): la de los históricamente oprimidos y explotados.

En un ambiente semejante, las clases dirigentes no podían sino cerrar filas. Nunca, desde la Revolución Francesa, la situación se había presentado tan convulsa y al borde de la tormenta. La burguesía, triunfadora del «nuevo orden» postrevolucionario, observaba con preocupación cómo su predominio se tambaleaba tan solo medio siglo después –y en algunos casos ni eso- de su revolucionario golpe sobre la mesa. Pero a diferencia de la clase obrera, que aún estaba en pleno proceso de afirmación identitaria o concienciación de clase (lo cual solo podía presagiar mayores y más virulentos peligros en el horizonte), la burguesía era perfectamente consciente de quién era y de cuál era su lugar en el mundo, y no estaba en absoluto dispuesta a renunciar a él. Además, contaba con la ventaja de, antaño, haber sido ella misma partícipe de un contrapoder anteriormente victorioso. Sabía lo que había en juego, y no entraba en sus planes perder la partida.

Como era de esperar, las Islas Británicas constituían el principal foco de radicalismo. Su condición de cabeza del mundo industrializado –y por tanto de la precariedad laboral y la desigualdad social- las hacía máximamente propensas a conatos revolucionarios, desde el esporádico ludismo al más furibundo conflicto civil. Tal vez por eso fue allí donde el socioliberalismo tuvo su reconocido origen, aunque no tardaría en extenderse al resto del mundo anglosajón. Pensadores de la talla de Jeremy Bentham, John Stuart Mill, Thomas Hill Green, Leonard Trelawny Hobhouse o John Atkinson Hobson dirigieron su interés filosófico y político hacia la «cuestión social», que iba cobrando más y más relevancia conforme era pospuesta su obligatoria confrontación y resolución, lo que la recrudecía por momentos¹⁸². Consideraban que aplicar la estrategia del *laissez faire* al mercado y, por

¹⁸¹ Téngase en cuenta, además, que en esta época los obreros aún no contaban con la posibilidad de hacer explícitas sus reclamaciones en sede parlamentaria, lo que –amén de exacerbar sus ánimos- suponía una importante apreciación: sus manifestaciones, reuniones y marchas callejeras no obedecían tanto a una acción política como a *demandar su derecho a ejercer* esa misma acción política.

¹⁸² Especial atención merecen, en este sentido, por su significatividad, las obras *Sobre la libertad* (1859) y, sobre todo, *Capítulos sobre el socialismo* (1879) de Mill, entre las cuales media un ostensible proceso de progresiva concienciación y constatación de

extensión, a la sociedad, se había demostrado a todas luces contraproducente¹⁸³, sin que, sin embargo, la opción contraria de apostar por un férreo control mostrase visos de ser mejor, más bien al contrario. Así, a su entender, la solución no podía estar en subvertirlo todo, como pretendían las organizaciones obreras más radicales, sin nada que perder y mucho -todo o casi todo- que ganar. Pero tampoco podía estar en conservarlo todo, como desearía la burguesía más inmovilista, esta sí con mucho -todo o casi todo- que perder y muy poco que ganar, habida cuenta de que era justamente su indiferencia y aun desdén lo que alimentaba en gran medida la hoguera en la que muchos suspiraban por verla arder hasta que no quedaran de ella ni las cenizas. Reconocían que el liberalismo había constituido un gran salto hacia delante en lo que a la creación de riqueza se refiere, puesto que era evidente que nunca como durante la era liberal habían sido tan altas las cotas de desarrollo económico en el mundo¹⁸⁴. Asimismo, nunca como en aquella época habían sido reconocidos tantos derechos, ni tenía el hombre tantas libertades. El problema del liberalismo no radicaba, pues, en esos aspectos -la creación de riqueza y la ampliación de derechos y libertades-, sino en el de -respectivamente- su distribución y ejecución: de nada servía la generación de riqueza si esta no era justamente repartida entre *todos* los participantes en su creación, y no solo entre sus «dueños», para colmo mucho antes (y en mucha mayor medida) que entre sus «hacedores»; de nada servía el reconocimiento de derechos si estos no pasaban precisamente del mero reconocimiento; de nada servían las libertades si no podían ejercerse de hecho, además de derecho. La solución debía hallarse, por tanto, transitando un camino *intermedio* entre la destrucción y la preservación. Dicho de otro modo: puesto que el sistema capitalista funcionaba, pero funcionaba mal, o desde luego no todo lo bien que sería deseable, lo que había que intentar, en consecuencia, no era derribarlo o desmantelarlo (puesto que ello echaría a perder todos los beneficios -y no eran pocos- que su implantación y desarrollo había traído consigo), sino *reformarlo*; mantener lo que funcionaba y solventar lo que no.

Durante algún tiempo, pareció como si el desarrollo industrial, libre de trabas, fuera a iniciar una etapa de prosperidad. Pero las antiguas restricciones no fueron abolidas oficialmente hasta iniciarse un nuevo proceso de regularización industrial. La situación creada por el nuevo sistema fabril sacudió la conciencia pública, y ya en 1802 hallamos la primera de una larga serie de leyes, sobre la que se ha ido formando un código industrial que, día tras día, fue atendiendo en los más pequeños detalles a la vida del trabajador en sus relaciones con el patrono. Muchos hombres que simpatizaban con el Liberalismo miraron con dudas y vacilaciones las primeras etapas de este movimiento. La finalidad perseguida era la de proteger la parte más débil; pero el método dio lugar a una interferencia con la libertad de contratación. La libertad del adulto (...) implicaba el derecho de hacer los convenios que creyera más convenientes a sus intereses e implicaba, también, el derecho y el deber de fijar, por sí mismo, las condiciones de su propia vida. La libre contratación y la responsabilidad personal eran fundamentos esenciales del movimiento liberal. De aquí las dudas de muchos liberales

la envergadura e importancia de la citada cuestión social en el pensamiento del filósofo británico. Sobre esta evolución en el pensamiento de Mill volveremos más adelante dada su importancia y repercusión en la historia del liberalismo.

¹⁸³ Y ello a pesar de que dicha estrategia nunca ha sido completamente adoptada: «Los filósofos, sociólogos y economistas del siglo XVIII y primera parte del XIX formularon un programa político que presidió el orden social en Inglaterra y los EEUU primero; en el continente europeo, después, y, finalmente, en otros lugares del mundo. Tal programa no fue, sin embargo, íntegramente aplicado en parte alguna. Sus defensores no consiguieron ver aceptada la idea en su totalidad ni siquiera en la Gran Bretaña, en la denominada patria del liberalismo, el país liberal por excelencia. El resto del mundo aceptó sólo algunas partes del programa, rechazando, en cambio, desde un principio, otras no menos importantes o abandonándolas al poco de su implantación. Exageraría quien dijera que el mundo llegó a conocer una verdadera era liberal, pues jamás se permitió al liberalismo funcionar en su plenitud». (Mises, *Liberatismo*, p. 15.)

¹⁸⁴ Recordemos las palabras de Mises al respecto: «La grandeza de ese período histórico comprendido entre las guerras napoleónicas y la primera conflagración mundial estribó en que las gentes más eminentes de aquel tiempo no aspiraban sino a implantar un sistema de comercio libre, en un mundo pacífico, formado por nacionalidades independientes. Fue una era en que una población con fuerte crecimiento vio aumentar su nivel de vida de modo jamás otrora sospechado. Fue la edad del liberalismo». (Mises, *Liberatismo*, p. 11.)

respecto a la ordenación de la industria por medio de la ley. Pero con el transcurso del tiempo, hombres de tendencias más acentuadamente liberales han llegado no sólo a aceptar, sino a fomentar la ampliación del control público en la esfera industrial, y de la responsabilidad colectiva en lo concerniente a la educación, y hasta la alimentación de los niños, el albergue de la población trabajadora, el cuidado de enfermos y ancianos y la provisión de medios para regularizar el mercado del trabajo. En este sentido, el Liberalismo parece haber rectificado definitivamente su punto de vista.¹⁸⁵

Sentado el diagnóstico, se trataba, en definitiva, de curar al paciente -la sociedad-, para lo cual se consideraba necesario un tratamiento basado en la conciliación de la libertad individual (principio irrenunciable y *sine qua non* del liberalismo clásico) con la justicia y el bienestar sociales, hasta entonces relegados a un segundo y, como iba quedando más y más claro, insostenible plano. El socioliberalismo debe ser entendido, pues, como un intento de mediación entre el liberalismo político y, en este contexto, sobre todo económico –cuyos aspectos positivos se trataría de conservar y aun fomentar- y las demandas justificadas del socialismo no marxista o no radicalmente marxista (pues este, en puridad, no aspiraba «solo» a mejorar las condiciones de los obreros, sino a darles el poder a costa del resto de la sociedad), surgidas al calor de las desigualdades a las que había dado lugar la práctica de aquel¹⁸⁶.

Este «liberalismo progresista» (frente al «conservador»), «democrático» (frente al desigualitarista y, por extensión, deficitario en términos democráticos¹⁸⁷) o «moderno» (frente al clásico) se caracteriza, a diferencia de su predecesor, que reducía el Estado a mero árbitro del menor número de litigios posible, justo por todo lo contrario, reivindicando el valor del propio Estado como interventor necesario en la marcha de la sociedad, jugando el rol de mediador entre las demandas y reclamaciones de todas las partes en liza y cuya tarea fundamental (en línea con los planteamientos del liberalismo tradicional y, particularmente, del contractualismo que lo inspiró) ha de ser avenir y concertar la esfera privada de los inalienables e inviolables derechos pertenecientes a cada individuo con la esfera pública de sus obligaciones respecto a los demás, tanto en el plano de la libertad como, sobremanera, en el de la igualdad¹⁸⁸.

La lucha por la libertad, al manifestarse, significa la lucha por la igualdad. La libertad de elegir y practicar una profesión, para que sea realmente efectiva, requiere la igualdad con los demás en cuanto a los medios de seguir la profesión o empleo de que se trata. Esta es, entre otras, una de las consideraciones que inclina al Liberalismo a establecer un sistema nacional de educación libre, aspiración que se realizará en el futuro. (...) [L]a antigua doctrina del Liberalismo encierra, si se la examina atentamente, un

¹⁸⁵ Hobhouse, *Liberalismo*, pp. 16, 18.

¹⁸⁶ No obstante, para ser justos, conviene recordar que ya uno de los grandes padres del liberalismo clásico, Adam Smith, fue consciente de que el modelo económico liberal solo podría ser plenamente satisfactorio si llevaba aparejado una adecuada moralidad que sirviese como contrarresto de las posibles «desviaciones», abusos y perjuicios derivados de un mercado y una mano invisible no siempre infalibles. Históricamente, sin embargo, solo *La riqueza de las naciones* es automáticamente recordada, siendo generalizado el olvido, fuera del ámbito académico, de *La teoría de los sentimientos morales*, y ello a pesar de ser esta obra no solo complementaria de aquella, sino incluso *previa* a ella (la primera vio la luz en 1776, cuando la segunda, de consabida inspiración humeana, había sido publicada ya casi dos décadas antes, en 1759).

¹⁸⁷ Lo cual supone, claro está, partir de una concepción de la democracia definida esencialmente por su búsqueda de la igualdad, antes que de la libertad, lo que abre la puerta, a su vez, a una separación entre liberalismo y democracia, cuyo «matrimonio» podría ser entendido como de mera conveniencia. Acerca de este particular, destacamos, a modo de simple muestra ilustrativa, *Sobre el parlamentarismo* (1923) y *Teoría de la constitución* (1927), de Carl Schmitt, o *Liberalismo y democracia* (1985), de Norberto Bobbio. También nuestro propio trabajo, directamente focalizado en torno a esta cuestión: Brea García, Sergio, *Lo llaman democracia y no lo es. La contraposición entre democracia y liberalismo en la doctrina jurídico-política de Carl Schmitt* (2014), Ápeiron, Madrid, 2016.

¹⁸⁸ Es interesante apuntar a este respecto que lo que se le pide al Estado es, en definitiva, que torne pública o de interés público una relación (la de patronos-obreros) hasta entonces considerada privada o de interés privado. Lo mismo que, más adelante, se pedirá respecto a la sanidad, la educación o la violencia intrafamiliar o violencia en el ámbito doméstico, ámbitos tradicionalmente relegados a la esfera privada y que, sin embargo, han terminado estando en parte regulados desde la pública.

concepto de la acción del Estado más amplio de lo que superficialmente parece, y nos podemos percatar de que el *concepto positivo del Estado* que tenemos en la actualidad, no solamente no implica conflicto ninguno con los verdaderos principios de libertad personal, sino que es necesario para su realización efectiva. (...) [U]na de las funciones del Estado es asegurar las condiciones sobre las cuales puedan los ciudadanos ganar, por su propio esfuerzo, todo lo preciso para una razonable existencia. Corresponde al Estado velar para que las condiciones económicas del hombre normal, que no padezca algún defecto mental o físico, sean tales que pueda alimentar, vestir y ofrecer un hogar a su familia y a él mismo, por medio de un trabajo remunerador.¹⁸⁹

Su aspiración, por tanto, no es otra que la ya señalada: corregir los excesos del sistema capitalista salvando al mismo tiempo sus elementos más útiles y provechosos. El objetivo último es evitar tanto esos excesos (constitución de monopolios, fijación arbitraria de precios, acumulación de la inmensa mayoría de la riqueza en manos de muy pocas empresas o particulares, etc.) como los que, en principio, se derivarían de una situación de estallido social –que es precisamente la que se pretende prevenir- resultante de la instauración de un sistema socialista marxista (paternalismo, estatalismo, supresión de libertades individuales, etc.)¹⁹⁰. Todo ello conforme a un planteamiento de cuño eminentemente ilustrado, es decir, racionalista, cosmopolita, laico y favorable a la «privatización» de los asuntos morales (en los que el Estado, por cierto separado tajantemente de la Iglesia, no tendría potestad alguna de intromisión), pasado por el tamiz no solo de los autores mencionados, sino también de Kant o de Voltaire, entre otros.

En *Liberalismo. Una introducción* (2015), Michael Freedman, a quien ya hemos citado con anterioridad, hace un práctico resumen de todas las corrientes y tendencias que hemos ido enumerando y cuya aparición y repercusión resultó *conditio sine qua non* para la confección de esta variante social del liberalismo:

En primer lugar, la teoría de la utilidad individual defendida por los filósofos radicales benthamitas cedió paso a una nueva noción de la utilidad social. Si los individuos podían maximizar su propio bienestar, ¿por qué no podía aplicarse eso también a las sociedades? (...) Inspirados por los filósofos continentales, varios liberales británicos argumentaron que la sociedad tenía derecho a buscar bienes sociales, siempre y cuando estos no chocaran con los derechos individuales. (...) En segundo lugar, las nuevas teorías de la evolución estaban ganando terreno (...). Algunas de dichas teorías eran notorias porque, aparentemente, sugerían que el principio de la supervivencia del más apto también operaba entre los seres humanos y que (...) la competencia y la eliminación de los rivales eran inevitables. Pero otra versión de la teoría evolutiva (...) sostenía que los seres humanos se estaban volviendo más racionales y sociables. (...) El mensaje de la teoría fascinó a los liberales de izquierdas, pues apelaba a la creencia de estos en la racionalidad humana y en la capacidad de tomar decisiones valiosas para la humanidad en general. Además, sugería que el progreso y la mejora del ser humano eran inherentes a la vida social, y normalizaba la cooperación humana como un imperativo biológico. (...) En tercer lugar (...) L. T. Hobhouse y J. A. Hobson (...) compararon una entidad social con un organismo vivo. (...) [L]as teorías orgánicas de la sociedad suelen dar a entender que el todo es más importante que las partes individuales, postulando así el mensaje iliberal del sacrificio del bien individual en aras del bien social. Pero Hobson, en particular, invirtió de forma inteligente tal postulado: un cuerpo vivo únicamente estaba sano cuando todas y cada una de sus partes estaban

¹⁸⁹ Hobhouse, *Liberalismo*, pp. 15, 69, 81. La cursiva es añadida. Huelga decir que ese «concepto positivo del Estado» del que habla Hobhouse concuerda con su apuesta por una concepción de la libertad de corte positivo, esto es, interventor.

¹⁹⁰ Postulado este, una vez rechazados los socialismos no marxistas por utópicos o simplemente no científicos, como única alternativa viable al modelo capitalista. Más tarde, llegado el siglo XX, será el fascismo quien, curiosamente, surja –desde fuera del espectro tradicional- con idénticas pretensiones de alteridad y viabilidad sistémicas frente al capitalismo y al socialismo-comunismo en lo que se dará en llamar corriente de la «Tercera Posición» o «tercerposicionismo», que –diremos más adelante- recuerda mucho, *no por casualidad*, a su futura sucedánea «tercera vía».

Capítulo 4. El socioliberalismo como síntesis política moderada

asimismo sanas; por lo tanto, era de interés común tanto para los individuos como para la sociedad cultivar el desarrollo personal. (...) En cuarto lugar, los reformistas liberales demostraron albergar una creciente sensibilidad hacia las consecuencias sociales de la Revolución industrial. Comenzaron a darse cuenta de que otorgar derechos políticos (...) ya no era suficiente para salvaguardar el bienestar de una nación. (...) Las terribles condiciones habitacionales, el desempleo periódico, las enfermedades y las carencias educativas hacían que muchas personas se viesen privadas de su derecho a la representación recién adquirido, que resultaba ser nominal en lugar de real. Así pues, los liberales argumentaron entonces que los derechos políticos debían complementarse con los derechos sociales para que los individuos lograsen ser plenos miembros de la sociedad y plenos ciudadanos. De forma reveladora, vieron que eso suponía una extensión de la idea de libertad —se trataba de liberarse no solo de la tiranía y del daño por parte de otros, sino también de las privaciones evitables y debilitantes.¹⁹¹

Huelga decir lo mucho que dista esta propuesta de la enarbolada por liberales clásicos «puros» como, por ejemplo, Herbert Spencer, uno de los más beligerantes pensadores en materia de relaciones entre, por una parte, el individuo (y el mercado), y, por otra, el Estado, los cuales, lejos de estar condenados a entenderse por el bien del todo social, están, según su concepción de los mismos, connatural y por tanto necesariamente enfrentados en tanto poseedores de intereses contrapuestos (libertarios en el primer caso y dominadores en el segundo)¹⁹². Si bien justo es reconocer que, en la filosofía spenceriana, la apuesta por la libertad y el egoísmo no debía menoscabar, siquiera en un estadio ulterior de la humanidad, el bienestar de la sociedad en su conjunto, puesto que en su opinión era cuestión de tiempo que la búsqueda del bien propio coincidiese con la del ajeno, de tal manera que el egoísmo pudiese llegar a convertirse, en última instancia, en el más efectivo, genuino y auténtico de los altruismos.

1.3. Liberalismo y socioliberalismo

En resumen, y a modo de breve recapitulación, el liberalismo, aun con precedentes idiosincrásicos en la Antigüedad clásica, surge históricamente en el siglo XVII, fundamentalmente en torno a las ideas de John Locke y sus planteamientos relativos a la constitución de un Gobierno limitado y controlado por el Parlamento que garantizase el mantenimiento y la protección de los derechos naturales de cada individuo una vez que forma parte de una sociedad libre y tolerante. Este *corpus* originariamente británico se exportará - filtro de la Escuela Escocesa mediante- a América de la mano de los Padres Fundadores de los Estados Unidos, y más tarde volverá a irrumpir en Europa a través de la Revolución Francesa, extendiéndose posteriormente por el resto del continente y saltando de nuevo al otro lado del Atlántico para aliarse con las aspiraciones independentistas de los antiguos territorios pertenecientes a la Corona española, entre otros. En el ínterin, la implantación y desarrollo del credo liberal traerá consigo un crecimiento inédito de la riqueza global debido tanto al efecto de la Revolución Industrial como al incremento del comercio nacional e internacional.

Por su parte, el socioliberalismo surge ya en pleno siglo XIX en respuesta a los desequilibrios a los que precisamente dicha implantación y desarrollo de las ideas del liberalismo clásico habían dado lugar, desequilibrios debidos no a razones meritocráticas (que, en tanto tales, y siempre y cuando fueran las únicas presentes, sancionarían por sí

¹⁹¹ Freedon, *Liberalismo. Una introducción*, pp. 69-72.

¹⁹² Resulta de todo punto elocuente, a este respecto, el título de una de sus más afamadas obras: *El individuo contra el Estado* (1884).

mismas las diferencias existentes, al menos en principio¹⁹³), sino, por el contrario, a razones de obstaculización y aun imposibilidad de enriquecimiento de las masas obreras por parte de las clases dirigentes, apologetas de la igualdad, la libertad y la fraternidad donde no podían volvérselos en contra, esto es, en el papel. Así es como una serie de pensadores comprometidos con la cuestión social reaccionan y postulan una alternativa tanto al *statu quo* vigente, que reconocen injusto o, como mínimo, no todo lo justo que podría y debería ser, como a su radical subversión, que pronostican cruentísima o, como poco, tan injusta como el orden que la originó y espoleó.

2) Análisis filosófico-político del liberalismo y del socioliberalismo

Una vez realizado un breve repaso histórico del surgimiento y expansión del liberalismo, así como de su posterior reformulación socioliberal, es momento de hacer explícitas las características de uno y otro idearios. El objetivo a este respecto es contrastar uno con otro y comprobar cómo, por un lado, el liberalismo puede ser tenido por la ideología propia del centro, y, por otro, el socioliberalismo puede entenderse como concreción propiamente centrista del liberalismo, y por qué. Dicho de otro modo: lo que el liberalismo es al centro en tanto credo abstracto, lo es el socioliberalismo en tanto credo concreto y *sintético*.

A lo largo del tiempo, el liberalismo primero y el socioliberalismo después se han fundamentado sobre una serie de rasgos propios a los que en ningún momento han renunciado, si bien han podido ir adecuándolos a las circunstancias, pero sin desvirtuarlos ni modificarlos en lo esencial. Sin pretender agotar todas las relaciones entre ellos, podemos citar algunos de los más destacados rasgos comunes que conserva y continúa el liberalismo actual. Este sigue abogando por la imposición de fuertes restricciones al Gobierno y al poder del Estado, que se considera necesario pero se prefiere mínimo, esto es, reducido a sus dimensiones básicas (imperio de la ley y protección de los ciudadanos, así como de sus propiedades); prioriza además el individuo al colectivo por entender que el colectivo no es sino una agrupación de individuos; se posiciona automáticamente a favor de los derechos de las minorías frente a los peligros que comportan las mayorías, capaces de tornarse en el peor de los tiranos; se manifiesta a favor de la paz por entenderla *conditio sine qua non* para el libre y próspero desarrollo del comercio; enarbola la bandera de la tolerancia al entender que asuntos como la religión y las creencias de cada individuo son asunto suyo y ningún tercero, ni mucho menos el Estado, tiene derecho a inmiscuirse en ellos; apuesta por un mercado libre y, por añadidura, por la liberalización del mercado de trabajo, que debería tender a quedar predominantemente en manos de los particulares, responsables primeros y últimos de las mutuas y voluntarias relaciones contractuales que deseen mantener en los términos que les plazca establecer; cree que ámbitos como la educación y la sanidad, lejos de ser estandarizados y controlados por el Estado, deben estar también en manos de los particulares, quedando a discreción de cada individuo (o padre/tutor legal) la elección entre unos métodos de enseñanza u otros y unos centros de salud u otros; no considera la desigualdad social un mal en sí mismo, sino el resultado inevitable (y en ocasiones positivo) de las desigualdades que los seres humanos guardan entre sí individualmente de forma natural, y ello tanto en el plano de las habilidades físicas como en el de las intelectuales; el liberalismo actual ve igualmente con mejores ojos la solidaridad (o caridad) privada que el método del subsidio público, susceptible de promover el asistencialismo y, peor aún, el

¹⁹³ Es decir, siempre y cuando el criterio meritocrático se establezca sobre la base de que «sólo están justificadas aquellas desigualdades que tienen que ver con las elecciones responsables de las personas, con sus esfuerzos. En ningún caso el origen familiar, social, el color de la piel, el sexo o el lugar de procedencia justifican privilegios, una mayor probabilidad de acceso a las posiciones sociales». (Ovejero, *La trama estéril*, p. 158.) No obstante, sobre los riesgos y contraindicaciones de la meritocracia, véase *El ascenso de la meritocracia, 1870-2033* (1958), novela de Michael Young (citada por Rawls en su *Teoría de la justicia* como muestra de los peligros y riesgos de la propia meritocracia).

clientelismo; se opone frontalmente a todo aumento de la regulación y la burocracia empresariales que impida o dificulte el emprendimiento y la creación de nuevas empresas a los particulares; sostiene el principio de la competencia como la mejor herramienta de progreso y enriquecimiento general; considera que la libre iniciativa individual arroja mejores y más provechosos resultados e invenciones que cualquier acción coordinada de forma monopólica, normalmente por los gobiernos o los Estados; desconfía de la política y, sobre todo, de los políticos, así como de toda apuesta por el reforzamiento del aparato burocrático del Estado; reivindica la libertad como el más importante valor humano en todo tiempo y lugar; etc.

Asimismo, como el inicial, el socioliberalismo actual sigue aspirando a compensar el vacío igualitario (concretamente, de igualdad de oportunidades) que el libre albedrío del mercado da por inexorable; otorga una primacía indiscutible al individuo y a sus derechos, pero trata de ayudarlo desde las instituciones, entendiendo esta ayuda y coordinación como condición de posibilidad de todo proyecto de vida individual ulterior; ve necesario algo más que un Estado mínimo que se limite a proteger la vida y propiedades de los ciudadanos, propugnando, por ejemplo, sistemas educativos y sanitarios públicos (sin menoscabo de las posibilidades que tengan los particulares de acceder a servicios privados y optar por ellos con preferencia sobre los públicos); reivindica también las virtudes del mercado libre, pero reclama medidas de vigilancia, intervención y corrección para evitar desequilibrios perjudiciales para los participantes en el juego; aspira a la reforma del sistema capitalista, no a su abolición; pretende recoger lo mejor del liberalismo (libertad de mercado y comercio, consolidación de los derechos del individuo frente a los caprichos del colectivo, tendencia a la resolución/dilución tecnocrática de lo político y la política, etc.) mientras deja de lado lo peor (tendencias monopólicas y de acumulación de capital, abusos de las grandes empresas y multinacionales supraestatales y, por tanto, ajenas a un control y una regulación efectivas, incremento de las desigualdades, la injusticia y la pobreza sociales, etc.), tratando de compensarlo mediante la presencia activa del Estado y su instrumental político; etc.

Encontramos, pues, una continuidad de principios entre el liberalismo clásico decimonónico y el actual, así como entre el socioliberalismo originario y el de nuestros días. Pero lo interesante no es tanto lo semejante cuanto lo diferente, y no entre ambas versiones de un mismo ideario, sino entre los idearios como tales. Esto es, lo que diferencia y ha diferenciado desde su origen al liberalismo clásico del socioliberalismo, independientemente de si hablamos de sus versiones decimonónicas o actuales. Para tratar de evidenciar esto, nadie mejor que John Gray, cuyos trabajos e inquietudes han dado como resultado una serie de obras de la mayor importancia para todo aquel que desee estudiar el credo liberal, ya sea desde un punto de vista histórico como desde uno ideológico¹⁹⁴.

En su obra *Liberalismo* (1989), Gray se propone realizar un repaso histórico del liberalismo con el objetivo declarado de dirimir «qué es, dónde nace y qué puede esperarse todavía de él»¹⁹⁵. Para ello, comienza con un anticipo de lo que considera las características esenciales –que no la esencia, puesto que considera que no tiene– del liberalismo, anticipo que viene a resumir buena parte de lo que ya hemos comentado a lo largo de nuestro propio recorrido diacrónico:

Existe una concepción definida del hombre y la sociedad, moderna en su carácter, que es común a todas las variantes de la tradición liberal. ¿Cuáles son los elementos de esta concepción? Es *individualista* en cuanto que afirma la primacía moral de la persona frente a exigencias de cualquier colectividad social; es *igualitaria* porque confiere a

¹⁹⁴ Buena parte de los razonamientos que en adelante serán aquí expuestos pueden encontrarse en Brea García, Sergio, «En el nombre del Progreso. Las dicotomías liberalismo clásico/liberalismo moderno y *modus vivendi*/universalismo en el pensamiento de John Gray», capítulo recogido en Javier Gil et al., *Pensamiento filosófico contemporáneo. Volumen 2*, Eikasía Editorial, Oviedo (próxima publicación en 2020).

¹⁹⁵ Gray, *Liberalismo*, p. 7.

todos los hombres el mismo estatus moral y niega la aplicabilidad, dentro de un orden político o legal, de diferencias en el valor moral entre los seres humanos; es *universalista*, ya que afirma la unidad moral de la especie humana y concede una importancia secundaria a las asociaciones históricas específicas y a las formas culturales; y es *meliorista* [y por tanto optimista] por su creencia en la corregibilidad y las posibilidades de mejoramiento de cualquier institución social y acuerdo político. Es esta concepción del hombre y la sociedad la que da al liberalismo una identidad definida que trasciende su vasta variedad interna y complejidad.¹⁹⁶

Al mismo tiempo, remarca la importancia de tener en cuenta su carácter histórico, poniendo el foco de atención en algunos de los acontecimientos clave de los últimos siglos, determinantes para el devenir occidental en general y liberal en particular y de los que ya hemos dado cuenta:

[P]ara una comprensión correcta del liberalismo es esencial un discernimiento claro de su historicidad, de sus orígenes en circunstancias políticas y culturales definidas y de sus antecedentes en el contexto del individualismo europeo en el periodo moderno temprano. La razón de ello es que, si bien el liberalismo *no tiene una esencia o naturaleza única y permanente*, sí presenta una serie de *rasgos distintivos* que dan prueba de su modernidad y, al mismo tiempo, lo diferencian de otras tradiciones intelectuales modernas y de sus movimientos políticos asociados. Todos estos rasgos son sólo plenamente inteligibles en la perspectiva histórica que proporcionan las diversas crisis de la modernidad: la disolución del orden feudal en Europa en los siglos XVI y XVII, los acontecimientos en torno de las revoluciones francesa y norteamericana en la última década del siglo XVIII, el surgimiento de los movimientos socialistas y democráticos durante la segunda mitad del siglo XIX y el eclipse de la sociedad liberal por los gobiernos totalitarios de nuestros tiempos.¹⁹⁷

Ahora bien, mientras que nosotros nos hemos limitado a examinar el surgimiento y desarrollo del liberalismo clásico y del socioliberalismo de forma independiente, Gray no se queda solo en eso. Yendo más allá, ofrece una explicación del *tránsito* o, si se quiere, de la *evolución* que se da entre una y otra versiones de la doctrina liberal.

El individualista modo de vida inglés anterior al inicio de la Primera Guerra Mundial, a todas luces regido por el ideal liberal clásico y tomado como paradigma del mismo, que tan bien describiera A. J. P. Taylor en su *English History 1914-1945* y del que se hace eco Gray¹⁹⁸, dejó paso a un modo de vida completamente distinto en el que el individuo comenzó a ser

¹⁹⁶ Gray, *Liberalismo*, pp. 10-11. En cursiva en el original. Michael Freeden, no menos erudito del liberalismo que su compatriota, viene a secundar, a grandes rasgos, este mismo enfoque acerca de los principios fundamentales de la ideología liberal: «El liberalismo consiste en una serie de conceptos nucleares, todos los cuales resultan indispensables para sus manifestaciones en el presente. El supuesto de que los seres humanos son *racionales*; la insistencia en la *libertad* de pensamiento y, con algunas limitaciones, de acción; una creencia en el *progreso* humano y social; el supuesto de que el *individuo* es la unidad social primordial y el único sujeto decisor; el postulado de la *sociabilidad* y la benevolencia humana como lo normal; una apelación al *interés general* en lugar de a las lealtades particulares; y las *reservas acerca del poder* a menos que éste se encuentre limitado y se le haga rendir cuentas... Todas estas cuestiones forman parte del equipamiento mínimo del liberal». (Freeden, *Ideología*, p. 108. En cursiva en el original.)

¹⁹⁷ Gray, *Liberalismo*, p. 10. La cursiva es añadida.

¹⁹⁸ «Hasta agosto de 1914, un caballero inglés respetuoso de la ley podía pasar por la vida y notar, apenas, la existencia del Estado más allá del policía y la oficina de correos. Podía vivir donde quisiera y como quisiera. No tenía un número oficial o tarjeta de identificación. Podía viajar al extranjero, o dejar su país para siempre, sin un pasaporte o permiso oficial. Podía cambiar su dinero por alguna otra moneda sin restricción o límite. Podía comprar mercancías de cualquier parte del mundo en los mismos términos en los que compraba artículos en su país. Por la misma razón, un extranjero podía vivir en este país sin permiso y sin informar a la policía. A diferencia de los países del continente europeo, el Estado no exigía a sus ciudadanos que cumplieran con el servicio militar. Un inglés podía enrolarse, si así lo deseaba, en el ejército regular, en las fuerzas navales o territoriales. También podía ignorar, si así lo decidía, las demandas de defensa nacional. Ocasionalmente, acomodados cabezas de familia eran llamados para que prestaran sus servicios como jurado. De otra manera, cooperaban con el Estado sólo aquellos que deseaban hacerlo... Al ciudadano adulto se le dejaba solo». (A. J. P. Taylor, *English History 1914-1945*, Oxford, Oxford University Press, 1965, p. 1. Citado en Gray, *Liberalismo*, pp. 49-50.)

«tutelado» por el Estado con o contra su voluntad, quisiera o no, en nombre de las necesidades del esfuerzo de guerra primero y de su propia libertad y autonomía después¹⁹⁹, especialmente en el contexto aún más extremo de la Segunda Guerra Mundial²⁰⁰.

Este incremento de la presencia, injerencia e intervención del Estado (o de la vida política) en la sociedad (o en la vida civil) no era fruto de una casualidad. Tampoco fue el producto único y exclusivo de la contingencia bélica. Era el resultado necesario de una tendencia intelectual paralela, originada décadas antes. De una transición llevada a cabo por una serie de pensadores directamente conectados unos con otros y que de manera más o menos consciente, pero reconocible, fueron imprimiendo un giro al liberalismo clásico hacia una nueva versión de sí mismo que se distanciaba en no pocos ni poco importantes aspectos del primigenio. De entre estos pensadores, dos son los que, arguye Gray, brillan con luz propia a este respecto: Jeremy Bentham y James Mill.

En el ámbito ideológico (...) las ideas clásicas liberales experimentaron en Inglaterra un retraimiento durante la mayor parte del siglo XIX. La primera ruptura del liberalismo inglés decimonónico con el liberalismo clásico fue ocasionada probablemente por Jeremy Bentham (1748-1832), fundador del utilitarismo, y por James Mill (1772-1836), discípulo de Bentham. (...) [L]a filosofía política y moral de Bentham, el utilitarismo, al incurrir en lo que Hayek ha denominado la falacia constructivista –la creencia de que *las instituciones sociales pueden ser objeto de un exitoso rediseño racional*–, suministró la justificación para una política *intervencionista* no liberal muy posterior. (...) Bentham imaginó que el impacto que las diversas políticas tienen en el bienestar público puede ser objeto de una enunciación cuantitativa exacta, de forma que el principio de utilidad, más que ninguna otra máxima política establecida, debería servir como la guía práctica de los legisladores. (...) [E]ste enfoque (...) ejerció una poderosa influencia en un área mucho más extensa algunas décadas después. Inspiró el trabajo de su discípulo James Mill, en especial *Sobre el gobierno*, en el que hace una rígida defensa racionalista de la democracia, y quizá no sea muy equivocado suponer que llega a formar parte de las actitudes de Sidney y Beatrice Webb, quienes en el siglo XX defendieron, en un terreno utilitario constructivista, las políticas de ingeniería social del régimen de Stalin en la URSS. (...) [E]l utilitarismo, tal como fue transmitido a la vida pública (...), trajo consigo una transformación de la visión

¹⁹⁹ De nuevo, es A. J. P. Taylor quien nos ofrece un inmejorable retrato del cambio efectuado entonces: «Todo esto [la libertad de los ingleses] se vio modificado por el impacto de la Gran Guerra. Las masas se convirtieron, por primera vez, en ciudadanos activos. Sus vidas estaban siendo condicionadas por órdenes superiores: se les requería para servir al Estado, en lugar de poder dedicarse sólo a sus propios asuntos. Cinco millones de hombres ingresaron a las fuerzas armadas, y muchos de ellos (si bien la minoría) lo hicieron bajo presión. Por orden gubernamental se limitó la comida de los ingleses y se modificó su calidad. Se restringió su libertad de movimiento; se reglamentaron sus condiciones de trabajo. Algunas industrias se redujeron o se cerraron, y otras se impulsaron artificialmente. Se reprimió la publicación de opiniones. Se disminuyó la intensidad de las luces de la calle y se intervino en el ejercicio de la sagrada libertad de beber: las horas autorizadas se redujeron y, por mandato superior, la cerveza se adulteró con agua. La hora misma en los relojes se modificó; por decreto parlamentario, a partir de 1916 cada inglés tuvo que levantarse en verano una hora más temprano de lo que hubiera hecho en otras circunstancias. El Estado estableció un control sobre sus ciudadanos que, aunque relajado en tiempos de paz, jamás volvería a desaparecer y que la Segunda Guerra Mundial intensificaría de nuevo. La historia de los ciudadanos ingleses y la del Estado inglés se fusionó por primera vez». (A. J. P. Taylor, *English History, 1914-1945*, p. 2. Citado en Gray, *Liberalismo*, pp. 61-62.)

²⁰⁰ «El impacto de la Segunda Guerra Mundial produjo por doquier una ampliación en el ámbito y la intensidad de la actividad estatal. En Gran Bretaña, el Plan Beveridge para la implantación de una economía mixta tiene una clara influencia socialista, mientras que en los Estados Unidos, su participación en la guerra afianzó las tendencias dirigistas del *New Deal* de Roosevelt. En Europa, el resultado político de la guerra fue el confinamiento de Europa central y oriental a la esfera de influencia del sistema totalitario soviético, así como el ascenso al poder de gobiernos socialistas en gran parte del resto de Europa, incluyendo Gran Bretaña. Ahí donde la opinión política no era franca y explícitamente socialista, reinaba el consenso general de que *el futuro se encontraba en el Estado rector y una economía, no de mercado libre, sino mixta y dirigida por el Estado*. El éxito relativo de la planificación de guerra convenció a la mayoría de los líderes de que las mismas técnicas podrían y deberían usarse para promover el pleno empleo en un contexto de rápido crecimiento económico, y pareció otorgar la autoridad de la experiencia práctica a las especulaciones económicas de J. M. Keynes. Era evidente que si la catástrofe de la Primera Guerra había dañado seriamente el liberalismo clásico, la Segunda se había encargado de aniquilarlo por completo». (Gray, *Liberalismo*, pp. 64-65. La cursiva es añadida.)

utilitaria, de la forma en que había aparecido en los escritos de Adam Smith a la forma en la que adquirió una tendencia intrínseca a generar *políticas de ingeniería social intervencionista*.²⁰¹

Dicho de otro modo, Gray considera que fue el planteamiento utilitarista de Bentham el que dejó un terreno abonado para la ulterior fructificación de una mentalidad que finalmente conduciría al liberalismo clásico poco menos que a sus exequias²⁰². Al plantear la posibilidad de una intervención política directa en el curso del desarrollo histórico y social en pro de la consecución fáctica de su conocida aspiración y criterio según el cual el objetivo último de toda acción humana debe ser lograr «el mayor bien para el mayor número», el utilitarismo abrió la puerta a las «políticas de ingeniería social intervencionista» de las que habla Gray, relegando a un segundo y «arcaico» plano lo que hasta entonces había sido el principal motor del avance social, esto es, la espontaneidad y experimentación individuales no necesariamente conscientes ni prefijadas²⁰³. Esto significa que, a partir de entonces, ya no serían los individuos quienes, actuando a capricho, sin un plan previamente diseñado, jugando en no pocas ocasiones con el azar y la suerte, se las ingeniasen para obtener resultados en cualesquiera proyectos o investigaciones en la que se involucrasen, sino que sería el Estado quien, en su calidad de supremo representante de cada comunidad dada, actuando conforme a un programa o una planificación, se encargase de todo lo relacionado con el progreso en la decidida idea de que si individuos, descubrimientos, adelantos y perfeccionamientos dispersos, inconexos y anárquicos habían sido capaces de dar lugar a tamaño incremento de la riqueza y el bienestar en tan corto periodo de tiempo, qué no sería capaz de conseguir, y con qué celeridad, todo un Estado cohesionado, coordinado y con objetivos claros y metas precisas que pusiese a su servicio todas las energías de la nación. De este crucial *Zeitgeist* – perfectamente aprehendido por autores como Hayek²⁰⁴– se imbuyó, como adelantábamos, una parte del pensamiento liberal, y especialmente John Stuart Mill.

Y es que podría decirse que en la figura de Stuart Mill se conjugan tres corrientes. Por un lado, la impronta liberal clásica es evidente, sobremanera en obras como *Sobre la libertad* (1859); por otro, la doctrina utilitaria «heredada» de su padre, James Mill, que a su vez la había tomado de su maestro, Bentham, y de cuya importancia da buena cuenta la obra

²⁰¹ Gray, *Liberalismo*, pp. 52-54. La cursiva es añadida.

²⁰² Gray no es el único que ve en Bentham el desencadenante del que a la postre será, además del liberalismo moderno o revisionista, el «centro reformista», lo cual encaja con la asociación entre centro y liberalismo que nosotros hicimos en el capítulo anterior y que pretendemos refrendar aquí: «Pocos se han ocupado (...) de rebuscar en la historia de las ideas cuáles son las fuentes doctrinales del «centro reformista» que ahora nos concierne. Hay, sin duda, varias y atractivas líneas de investigación, desde la clásica teoría del «régimen mixto» como la mejor forma de gobierno según la literatura grecorromana hasta las primerísimas figuras de Locke o de Montesquieu, los más distinguidos inspiradores del Estado Constitucional. Pero, en mi opinión, ha de seguirse con especial cuidado una singular tradición, surgida en la prolífica Inglaterra del siglo XIX, que tiene su origen en la obra de Jeremy Bentham (...). En rigor, el benthamismo, más que una doctrina, es un talante, un proyecto de sentido común (...) porque acepta que la naturaleza humana es falible y limitada, pero también racional y perfectible (...). Porque, en efecto, la condición natural es susceptible de mejora a través de una reforma paulatina, cuya aplicación exige que el Derecho y la Política sean establecidos a partir de bases realistas y no de técnicas ficticias». (Pendás, Benigno, «Bentham y los orígenes del centro reformista», *ABC*, 29 de enero de 2000, p. 3.)

²⁰³ Por eso «[e]l liberal, a diferencia de socialistas y conservadores, cree que el progreso se sigue de los pequeños actos de bondad y de los caminos que han elegido las personas más sencillas y no de la imposición que una élite ilustrada hace desde arriba a todos los demás. La visión liberal, por lo mismo, es escéptica y contraria a la expansión de poder mientras la socialista y conservadora buscan incrementar el poder del Estado». (Kaiser, *La tiranía de la igualdad*, p. 102.)

²⁰⁴ «Lo que en el futuro se considerará probablemente como el efecto más significativo y trascendental de este triunfo [de la libertad individual, que condujo a un desarrollo económico y vital de la humanidad decimonónica sin parangón] es el nuevo sentimiento de poder sobre el propio destino, la creencia en las ilimitadas posibilidades de mejorar la propia suerte, que los triunfos alcanzados crearon entre los hombres. Con el triunfo creció la ambición; y el hombre tiene todo el derecho a ser ambicioso. Lo que fue una promesa estimulante ya no pareció suficiente; el ritmo del progreso se consideró *demasiado lento*; y los principios que habían hecho posible este progreso en el pasado [la propiedad privada y la libertad e iniciativa individuales] comenzaron a considerarse más como obstáculos, que urgía suprimir para un progreso más rápido, que como condiciones para conservar y desarrollar lo ya conseguido». (Hayek, Friedrich, *Camino de servidumbre* (1943), traducción de José Vergara, Alianza, Madrid, 2011, p. 60. La cursiva es añadida.)

homónima de Mill hijo, *El utilitarismo* (1863); finalmente, el sello del positivismo francés o, más específicamente, comtiano, presente no tanto en una obra específica como en varios de sus escritos, destacando, por citar solo un ejemplo, *La utilidad de la religión* (1874)²⁰⁵. Es en la medida en la que una u otra corriente fue adquiriendo más peso en el pensamiento de Mill como, según Gray, puede contemplarse su filosofía como un punto de inflexión –mejor dicho: *el* punto de inflexión– en la historia del liberalismo, marcado, no obstante, por algo más; lo que podríamos denominar –parafraseando a Damásio– «el error de Mill»:

[E]n su importante obra *Principios de economía política* (1848), Mill establece tal distinción entre producción y distribución en la vida económica, que los arreglos distributivos son vistos como un asunto sujeto a la *elección social*, lo cual suprime la óptica liberal sobre el carácter de la vida económica como algo que contiene todo un sistema de relaciones, entre las cuales las actividades productivas y distributivas se encuentran inextricablemente mezcladas. Es esta distinción errónea, más que las excepciones de Mill a la regla del *laissez-faire* o sus flirteos ocasionales con esquemas socialistas, la que marca su alejamiento del liberalismo clásico y la que constituye su conexión real con los liberales tardíos y con el grupo de pensadores fabianos. Al establecer esta distinción, Mill consuma realmente la ruptura en el desarrollo de la tradición liberal que iniciaran Bentham y James Mill, y crea un sistema de pensamiento que legitima las tendencias intervencionistas y estatistas que adquirieron gran fuerza en Inglaterra a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Muy significativo, como influencia en la orientación del pensamiento de Mill en una dirección no liberal, fue el positivismo francés, en especial la obra de Auguste Comte (...), cuyas concepciones elitistas e historicistas atrajeron con fuerza a Mill, aun cuando él también criticara el carácter antiindividualista del comtismo. En este sentido, aunque resultara contrario a sus propias intenciones, puede decirse que Mill importó al pensamiento inglés el iliberalismo de los ideólogos franceses.²⁰⁶

He aquí lo que buscábamos. Como consecuencia de esta «ruptura en el desarrollo de la tradición liberal» efectuada por Mill (y consolidada por las *Lecciones sobre los principios de la obligación política* de Hill Green, de 1883, y el *Liberalismo* de Hobshouse, de 1911), ya no podrá hablarse de una única versión del ideario liberal, sino de dos, el clásico u originario y el moderno o «revisionista», también llamado «liberalismo progresista» o, claro está, *socioliberalismo*. La diferencia entre uno y otro radicará, como hemos señalado, en el rol que cada uno otorgará al Estado respecto al desenvolvimiento de la sociedad, por un lado, y de los individuos que la conforman, por otro, así como en las sendas concepciones de la libertad que cada una de esas corrientes sostendrá.

En el primer caso, la divergencia esencial estriba en que mientras el liberalismo clásico desconfía, como sabemos, del Estado en general y de la clase política en particular, abogando por una sociedad lo menos estatalizada posible que permita el libre desarrollo y desenvolvimiento de los individuos en el seno de la sociedad civil con el menor número de trabas y obstáculos y apostando por tanto por el mantenimiento de un Estado si no mínimo, al menos sí tendente al minimalismo²⁰⁷, el liberalismo moderno, sin poder ser tildado de

²⁰⁵ Obra en la que se aboga por una suerte de «religión de la humanidad» que rendiría culto al ser humano al estilo de la propugnada por la secta comteana positivista.

²⁰⁶ Gray, *Liberalismo*, pp. 54-55.

²⁰⁷ Gray no duda en discutir este punto: «¿Cuáles son las implicaciones de los principios liberales con respecto a la forma constitucional o jurídica del Estado? En primer lugar, es evidente que los principios liberales requieren la limitación del gobierno por medio de normas estrictas. Un gobierno liberal no puede ser otro que un gobierno limitado, ya que todas las corrientes de la tradición liberal confieren a las personas derechos o demandas de justicia, que el gobierno deber reconocer y aceptar y que, de hecho, pueden invocarse contra el propio gobierno. Sin embargo, *esta no es razón para que el Estado liberal sea necesariamente un Estado mínimo*. Es cierto que algunos liberales clásicos como Humboldt, Spencer y Nozick sostenían que las funciones del Estado debían restringirse necesariamente a la protección de derechos y al mantenimiento de la justicia, pero esta posición no tiene una justificación clara en los principios liberales y constituye una visión minoritaria dentro de la tradición liberal. La idea de un Estado mínimo, cuya única función sea la de proteger los derechos, resulta en todo caso una

estatista, ni mucho menos de panestatista, sí confía en el Estado como instrumento político útil para dar cobertura a las necesidades tanto de la sociedad como de los individuos que la conforman, a los que, a diferencia del Estado liberal clásico, tiene la obligación no solo de proteger en lo concerniente a su vida, a sus derechos básicos y a sus posesiones y propiedades, sino también –si es que no ante todo- de pertrecharlos de cuantos recursos materiales les sean necesarios para posibilitar su posterior crecimiento, maduración, autonomía y, en suma y resumen, *autorrealización*. O lo que es lo mismo: donde el liberalismo clásico repudia la mediación estatal por considerarla innecesaria e incluso perjudicial para el ulterior desarrollo del individuo, el liberalismo moderno la exige por considerarla beneficiosa y aun necesaria para lograr eso mismo.

En la base de esta ostensible confrontación teórica está la disímil concepción de la libertad que caracteriza a un liberalismo y al otro, igualmente reseñada con anterioridad. Para el liberalismo clásico, las libertades esenciales serían las negativas, es decir, las que suponen la no interferencia de ningún tercero –ni siquiera del Estado, sobre todo del Estado- en los asuntos privados y particulares del individuo; para el liberalismo moderno o socioliberalismo, las libertades esenciales serían las positivas, vale decir, las que implican la posibilidad de que el individuo pueda poner en práctica con éxito su personalísimo plan de vida. En la medida en la que se haga más hincapié en el valor de unas libertades sobre las otras, se pondrá el acento, correlativamente, en un Estado minimizado (antes que mínimo) o interventor (antes que intervencionista) y se defenderá, en consecuencia, un tipo de liberalismo u otro:

El contenido político de la visión positiva [de la libertad] es que si determinados recursos, capacidades o habilidades son necesarios para que la autorrealización [del individuo] sea efectivamente alcanzable, entonces *el hecho de contar con estos recursos debe considerarse parte de la libertad misma*. Sobre esta base, los liberales revisionistas modernos han defendido el Estado benefactor como una institución que fortalece la libertad. Estos liberales revisionistas no son necesariamente discípulos de Hegel, pero comparten con él la visión de que la libertad (libertad positiva) implica más que poseer el derecho legal para actuar. Significa, ante todo, *que cada uno tenga los recursos y las oportunidades de actuar para hacer lo mejor con su vida*. Con mucha frecuencia estos liberales revisionistas también han manejado el supuesto de que la libertad positiva o auténtica sólo puede alcanzarse en una sociedad armónica o integrada. (...) De hecho, uno de los criterios para distinguir el liberalismo moderno por oposición al clásico es el planteamiento (hecho por liberales modernos o revisionistas) de que la libertad como autonomía presupone la dotación de recursos económicos por parte del gobierno y la corrección, también gubernamental, de los procesos de mercado.²⁰⁸

Asociada a esta dicotomía entre liberalismo clásico y liberalismo moderno (o revisionista, progresista o socioliberalismo), Gray plantea otra entre liberalismo de *modus vivendi* y

idea indeterminada, en tanto no se especifiquen en forma adecuada los derechos que debieran protegerse. A menos que esta especificación posea en sí misma un contenido liberal, el Estado mínimo podría ser un Estado socialista, por ejemplo, si los derechos básicos fueran de asistencia social, o derechos positivos para participar en los medios de producción. Por otra parte (...), *la idea de un Estado mínimo que sólo protege los derechos negativos (contra la fuerza y el fraude) contiene una incoherencia radical*, en cuanto no incluye ninguna propuesta plausible para el financiamiento de estas funciones mínimas. Por esta y otras razones, existe una dificultad fundamental en la explicación que ofrecen los defensores de derechos negativos para justificar la autoridad del Estado. En todo caso, la defensa del Estado mínimo se encuentra bastante ausente en la mayoría de los autores liberales. La mayor parte de los liberales, y los grandes liberales clásicos en su totalidad, reconocen que el Estado liberal puede tener varias funciones de servicio –que rebasan la protección de los derechos y el sostenimiento de la justicia- y es por esta razón que no son partidarios del Estado mínimo, sino más bien de un gobierno limitado». (Gray, *Liberalismo*, pp. 113-114. La cursiva es añadida.) Por nuestra parte, sí consideramos que, siquiera idealmente, el modelo de Estado mínimo está implícito en la naturaleza de la doctrina liberal, esto es, que de acuerdo con dicha naturaleza el liberalismo «pide» un Estado (una política) reducido a la mínima expresión posible y financiado, en principio, a base de aportaciones voluntarias y de conveniencia (puesto que va en interés de los propios liberales minarquistas mantener, como poco, algún tipo de cuerpo judicial y policial, e incluso puede que militar). Con todo, en la presente investigación no ahondaremos más en esta polémica cuestión.

²⁰⁸ Gray, *Liberalismo*, pp. 92, 97. La cursiva es añadida.

liberalismo universalista. No podemos detenernos con detalle en ella porque se sale de nuestro marco de estudio inmediato, pero sí conviene que la tengamos en cuenta de cara a la plena comprensión de la primera.

En *Las dos caras del liberalismo. Una nueva interpretación de la tolerancia liberal* (2000), Gray afirma que es posible encontrar en el seno del ideario liberal, concretamente en el de la tolerancia liberal, una doble cara o tendencia de naturaleza contradictoria y por ende irresoluble. Se trata de la visión universalista y de la visión de *modus vivendi*, que el inglés contrapone de la siguiente manera:

El liberalismo siempre ha tenido dos caras: de un lado, la tolerancia es la persecución de una forma de vida ideal; del otro, es la búsqueda de un compromiso de paz entre diferentes modos de vida. Según el primer punto de vista, las instituciones liberales se conciben como aplicaciones de principios universales. Según el segundo, son un medio para lograr la coexistencia pacífica. Para el primero, el liberalismo prescribe un régimen universal. Para el segundo, es un proyecto de coexistencia que puede emprenderse en muchos regímenes diferentes. (...) Mientras que la concepción de la tolerancia que hemos heredado presupone que un modo de vida es el mejor para toda la humanidad, la del *modus vivendi* acepta que hay muchas formas de vida –algunas, sin duda, aún no ideadas– en las que los humanos pueden florecer. Según el ideal predominante de tolerancia liberal, la mejor vida puede ser inalcanzable, pero es la misma para todos. Desde el punto de vista del *modus vivendi*, ningún tipo de vida puede ser el mejor para todos.²⁰⁹

En otras palabras, donde una cara –la universalista– aspira a la consecución última de una sociedad regida por unos parámetros globales, únicos y homogéneos, creadores de una ciudadanía igualmente global, única y homogénea, la otra –la del *modus vivendi*– adopta una postura un tanto más «pragmática» o, si se quiere, «realista», y aspira simplemente a facilitar la coexistencia pacífica entre cosmovisiones que, no obstante su distinción y aun su posible rivalidad, pueden encontrar un punto de acuerdo en su (siquiera mínimo) mutuo respeto. Un doble planteamiento muy similar al que subyace en la distinción hayekiana entre «cosmos» y «taxis»²¹⁰.

Si bien Gray no lo indica expresamente, lo cierto es que su argumentación parece presuponer un vínculo obvio entre el liberalismo clásico y el liberalismo de *modus vivendi*, por un lado, y el liberalismo moderno (o revisionista, etc.) y el liberalismo universalista, por otro. Dado que la causa del liberalismo clásico pasa por la defensa de la libertad (negativa) individual como mejor –cuando no única– manera de convivencia, rechazando por tanto la intercesión de un Estado que considera inevitablemente tendente a la igualación y la uniformidad, por extensión su tendencia natural no puede ser otra que la de la reivindicación de una concepción liberal del tipo del *modus vivendi*, que «solo» aspira al logro de esa misma convivencia pacífica entre modos de vida distintos e incluso potencialmente contrarios, pero coexistentes y (en mayor o menor medida, con mejor o peor talante) mutuamente respetuosos²¹¹. Al mismo tiempo, dado que la causa del liberalismo moderno pasa más bien por la facilitación de la autorrealización (positiva) individual (de la que, presuntamente, se desentendería el liberalismo clásico, siquiera en lo tocante a los recursos materiales que harían

²⁰⁹ Gray, John, *Las dos caras del liberalismo. Una nueva interpretación de la tolerancia liberal* (2000), traducción de Mónica Salomón, Paidós, Barcelona, 2001, pp. 12, 15.

²¹⁰ «Un marco social nomocrático [marco jurídico levantado sobre reglas generales pensadas para respetar la libertad personal y los proyectos vitales de cada uno] engendra lo que, a su vez, Hayek denominaba «cosmos» u orden espontáneo: es decir, un conjunto de interacciones sociales emergentes que se caracterizan por la complejidad, la abstracción y la ausencia de diseño centralizado. Por el contrario, un marco social teleocrático engendra lo que Hayek denominaba «taxis» u organización social: es decir, un conjunto de interacciones sociales planificadas y superimpuestas sobre un conjunto de individuos». (Rallo, *Liberalismo. Los 10 principios básicos del orden político liberal*, p. 106.)

²¹¹ Esta es, de hecho, la actitud y el objetivo que caracterizaron originariamente al liberalismo. Como ejemplos de esta tendencia, Gray menciona a Hobbes, a Hume y, más recientemente, a Berlín y Oakeshott.

las veces de condición de posibilidad de la misma), apelando por tanto a la actuación del Estado como medida si no indispensable, desde luego sí de la máxima utilidad con miras a una justa (re)distribución de la riqueza y los recursos materiales necesarios para que cada individuo pueda a continuación poner en marcha su propio, personal e intransferible plan de vida, por extensión su tendencia natural ha de ser la de la reivindicación de una concepción liberal de corte universalista, ya que esta presupone que todos los seres humanos comparten unas mismas necesidades básicas y aspiran, primero, a cubrirlas, y una vez logrado esto, a realizarse y «florecer» como personas, lo cual sanciona, a su vez, una concepción social eminentemente global(ista)²¹².

Sentado esto, el planteamiento de Gray nos permite ir incluso más allá y hallar lo que propició la formación de ambas dicotomías, así como, particularmente, la escisión entre uno y otro modelos de liberalismo que aquí nos interesa: *la idea de Progreso*. De acuerdo con Gray, el Progreso, así como su idea, no constituyen sino una suerte de nueva «fe» articulada en la Ilustración como idea contraria a la religiosa de Providencia y que, sin embargo, no solo entronca directamente con tal idea, sino que simplemente se limita a sustituirla, secularizándola y «humanizándola», bajándola a la tierra y colocando a su cabeza la voluntad y la acción humanas en lugar de las divinas, pero nada más²¹³. Aun en pleno siglo XXI se mantiene esta «fe»²¹⁴, cuyo problema crucial radica en el hecho de que quienes la sostienen tienden a hacer una ilegítima y errónea extrapolación de su naturaleza en el terreno científico, que es acumulativo, al moral y político, que no lo es:

El núcleo central en la idea de progreso es la creencia en que la vida humana mejora a medida que aumenta el conocimiento. El error no radica en pensar que la vida humana puede mejorar, sino en imaginar que la mejora puede llegar a ser acumulativa. A diferencia de la ciencia, la ética y la política no son actividades en las que lo aprendido en una generación pueda ser transmitido a un número indefinido de generaciones futuras: ambas son, al igual que las artes, habilidades prácticas que se pierden con facilidad.²¹⁵

No es difícil imaginar algunas de las consecuencias a las que este planteamiento puede conducir, y a las que ha conducido de hecho²¹⁶. Si partimos, primero, de que es posible un

²¹² Como ejemplos de esta otra visión, Gray trae a colación a Locke, Kant y, contemporáneamente, a Rawls y Hayek.

²¹³ Esta relación de ligazón-transición entre cristianismo e Ilustración (o sus productos o proyectos derivados) es otra de las características recurrentes en la obra de Gray, hasta el punto de admitir la posibilidad, tradicionalmente desechada, de que incluso la idea de Progreso encuentre sus más hondas raíces en el propio cristianismo (donde se postularía en términos de «progreso» del bien en su lucha contra el mal): «Tal como lo entendemos hoy en día, el utopismo empezó a desarrollarse al tiempo que la fe cristiana se batía en retirada. Pero la fe utópica en un estado de armonía futura es herencia del propio cristianismo, como también lo es la noción moderna de progreso. Aunque pueda parecer opuesta a la creencia en el carácter irremisiblemente maligno del mundo y en el próximo final de éste, la idea de progreso ha permanecido en estado latente en el cristianismo desde sus inicios y, posiblemente, fue en el libro final de la Biblia cristiana —el del Apocalipsis de San Juan— donde se postuló por vez primera». (Gray, John, *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía* (2007), traducción de Albino Santos Mosquera, Sexto Piso, Madrid, 2017, p. 40.)

²¹⁴ Asumida como clave de bóveda del humanismo, heredero en este sentido del cristianismo al que trataría de sustituir: «La palabra humanismo puede tener muchos significados, pero para nosotros significa creencia en el progreso[.] Creer en el progreso es creer que si usamos los nuevos poderes que nos ha dado el creciente conocimiento científico los seres humanos nos podremos liberar de los límites que circunscriben las vidas de otros animales. (...) Los humanistas insisten en que si usamos nuestros conocimientos, podemos controlar nuestro entorno y prosperar como nunca antes. Mediante tal aseveración, renuevan una de las promesas más dudosas del cristianismo: la de que la salvación está abierta a todos. La creencia humanista en el progreso no es más que una versión secular de ese artículo de fe cristiano». (Gray, John, *Perros de paja. Reflexiones sobre los humanos y otros animales* (2002), traducción de Albino Santos Mosquera, Paidós, Barcelona, p. 16.)

²¹⁵ Gray, John, *Contra el progreso y otras ilusiones* (2004), traducción de Albino Santos Mosquera, Paidós, Barcelona, 2006, p. 13.

²¹⁶ Hay autores que destacan que la consecuencia relevante va, paradójicamente, en detrimento de la libertad: «Si las leyes sociológicas se establecen positivamente de un modo tan cierto como la ley de la gravedad, *no hay lugar para las opiniones individuales*; la conducta social recta es una, definitivamente fijada; las funciones adecuadas a cada miembro de la comunidad no admiten discusión; por tanto, *la petición de libertad es mala e irracional*. Es el mismo argumento que algunos de los modernos defensores de la eugenesia exponen para pedir la tiranía estatal en la cuestión de la procreación humana». (Bury, John B., *La idea del progreso* (1920), traducción de Elías Díaz y Julio Rodríguez Aramberri, Alianza, Madrid, 2009, p. 312.)

«progreso» ético o político, y, segundo, de que dicho progreso es, además de posible, acumulativo²¹⁷, cobra sentido la posibilidad de una intervención deliberada, diseñada y programada en el decurso normal del acontecer ético y político con la intención de «acelerarlo» para que llegue lo antes posible a su presunta meta final, sea esta cual sea (la consecución de una humanidad feliz, la formación de una ciudadanía virtuosa, etc.)²¹⁸. De ahí el nexo entre la idea de Progreso y, huelga decirlo, los regímenes totalitarios surgidos en el siglo XX, durante el cual esta idea surgida en el XVIII y desarrollada en el XIX alcanzó la madurez de la forma más imprevista, indeseada y macabra pero, al mismo tiempo, lógica y coherente conforme al tono y naturaleza de los parámetros implícitos (y en ocasiones explícitos) característicos del «discurso del progreso», que forzosamente había de desembocar en el ideal de la *planificación* tan en boga en la época no solo entre los totalitarios confesos y declarados, sino también entre (una parte de) los liberales (clásicos)²¹⁹. En el momento en el que cierto número de estos hicieron suyo el discurso del Progreso y asumieron sus presupuestos y, por añadidura, sus implicaciones, abandonaron la vertiente originaria de su propia ideología y abrazaron una versión revisada de la misma en la que la providencia del Estado dejaba de ser anatema para convertirse en conveniencia, si es que no en necesidad u obligación, y la libertad individual iba más allá de la simple no interferencia en los propios asuntos, abarcando el suministro de riqueza y recursos materiales suficientes para una autorrealización viable y satisfactoria.

Es, por tanto, de la discrepancia acerca de cómo entender el Progreso y, especialmente, la mejor forma de efectuarlo (o forzarlo) en la práctica, de donde surge el resto de desavenencias entre un liberalismo y otro y, por extensión, entre una manera de comprender el Estado, la libertad y la tendencia a futuro de la sociedad²²⁰. Los liberales

²¹⁷ «Quienes creen en el progreso (ya sean socialdemócratas, neoconservadores, marxistas, anarquistas o positivistas tecnócratas) entienden la ética y la política como si éstas se comportaran como la ciencia y cada paso adelante hiciera posibles nuevos avances en el futuro. Las mejoras en la sociedad son acumulativas, creen ellos, por lo que a la supresión de un mal determinado puede seguir la eliminación de otros dentro de un proceso de duración indefinida. Pero los asuntos humanos no muestran signo alguno de ser aditivos en ese sentido: siempre puede perderse lo que se ha ganado en un momento determinado (...). El saber humano tiende a incrementarse, pero las personas no nos volvemos más civilizadas como consecuencia de ello. Seguimos siendo propensas a toda clase de barbaries y, aunque el crecimiento del conocimiento nos permite mejorar nuestras condiciones materiales, también aumenta la brutalidad de nuestros conflictos». (Gray, *Misa negra*, pp. 273-274.)

²¹⁸ «Con la extensión del racionalismo al terreno social, la idea del progreso intelectual se amplió naturalmente en idea del Progreso general del hombre. La transición fue fácil. Si se podía probar que los males sociales se debían no a deficiencias innatas e incorregibles del ser humano ni tampoco a la naturaleza de las cosas, sino simplemente a la ignorancia y a los prejuicios, entonces el mejoramiento de su situación y finalmente la obtención de la felicidad, serían sólo cuestión de iluminar la ignorancia y eliminar los errores, de acrecentar el saber y difundir la luz. El crecimiento de la «razón humana universal» (...) debía asegurar un destino feliz a la humanidad». (Bury, *La idea del progreso*, p. 136.)

²¹⁹ Este estado de cosas ha sido perfectamente captado por historiadores de la Modernidad como Roger Griffin: «El periodo de entreguerras fue una era dorada para los planificadores que encontraron financiación para llevar a cabo sus proyectos. La «crisis de la civilización» manifiesta favoreció un abandono del capitalismo liberal y del Estado minimalista y vigilante, los ideales del liberalismo del siglo XIX. Tanto los planes quinquenales de la Unión Soviética, como el sistema corporativista fascista, la teoría económica keynesiana, el *New Deal* norteamericano o el planismo del pensador belga Hendrick de Man (...) compartían la creencia en la necesidad de un «gobierno fuerte» que tomara decisiones radicales en tiempos difíciles en interés de los ciudadanos (dirigismo). El futuro tenía una tonalidad política muy variada, pero lo que estaba claro es que había que *planificarlo*. El Tercer Reich se adhirió de forma entusiasta a este espíritu y le confirió una dimensión específicamente modernista, al concebir la planificación en términos de maximización de la salud de una comunidad definida como una unidad racial homogénea con el fin de superar la crisis de la modernidad». (Griffin, Roger, *Modernismo y fascismo* (2007), traducción de Jaime Blasco Castiñeyra, Akal, Madrid, 2010 p. 457. En cursiva en el original.) Asimismo, del mismo modo que el ideal de la planificación se puso al servicio de la «maximización de la salud en una comunidad definida como una unidad racial homogénea» en la Alemania nazi, también se puso al servicio de ese mismo propósito en la Unión Soviética o la China maoísta, sustituyendo en ambos casos, evidentemente, la aspiración racial por una aspiración de clase.

²²⁰ «[L]a ruptura decisiva en la tradición intelectual liberal ocurrió (...) a raíz (...) del surgimiento de un *racionalismo nuevo y arrogante*. Mientras que los liberales clásicos (...) vieron un argumento fundamental en favor de la libertad en la incapacidad de la inteligencia humana para comprender cabalmente la sociedad que la había producido, los nuevos liberales buscaron someter la vida de la sociedad a una *reconstrucción racional*. Si para los liberales clásicos el progreso es (...) una propiedad emergente de los intercambios libres entre los hombres, para los liberales modernos el progreso consiste en la realización en el mundo de una concepción específica de la sociedad racional. (...) Una vez que el progreso se concibe como la realización de un plan racional de vida y no como el despliegue impredecible de energías humanas, resulta inevitable que la libertad termine por *subordinarse a las exigencias del progreso*. (...) Con el declive del sistema de pensamiento liberal clásico, el

clásicos «albergaron esperanzas, más modestas, en un orden político que respetara y protegiera la diversidad de pensamiento y acción que encontramos entre los hombres, del que podríamos aprender unos de otros y lograr un alivio del destino humano mediante la competencia pacífica de diferentes tradiciones». Esto entronca directamente con el liberalismo de *modus vivendi*, siempre partiendo de «la convicción de que la sociedad humana tendrá mayores probabilidades de hacerlo mejor cuando los hombres queden en libertad para establecer sus planes de vida sin estar sujetos a más restricción que la del gobierno de la ley», beneficiándose el conjunto «del antagonismo continuo de ideas y propuestas» característico, por ejemplo, del ideal liberal-parlamentario, y manteniendo en consecuencia «la convicción de que nuestra mejor esperanza de progreso radica en la liberación de las fuerzas espontáneas de la sociedad para que se desarrollen en direcciones nuevas, impensadas y en ocasiones antagónicas», consistiendo el progreso, en definitiva, «no en la imposición de ningún plan racional sobre la sociedad, sino más bien en las muchas formas impredecibles de crecimiento y avance que se producen cuando los esfuerzos humanos no se encuentran atados a las concepciones predominantes según una dirección común»²²¹. En cambio, los liberales modernos recogieron y se apropiaron de «la creencia de que a medida que el mundo se vaya haciendo más moderno, se hará también más razonable, más ilustrado y más equilibrado», lo que supondría que conforme se fuesen afianzando a nivel global los hábitos de pensamiento modernos (vale decir, occidentales), «las personas de todos los rincones del planeta se irán pareciendo más a nosotros», dando lugar a «un mundo (...) racional y progresista» cuyos valores «serán humanos y cosmopolitas»²²², lo que no solo encaja con la cara universalista del liberalismo -repudiada por Gray-, sino que permite entender por qué esa postura legitima tanto los sistemas de reforma gradual (que serían los que desearían los liberales modernos) como los de reforma radical o revolucionaria (que serían los propios de los totalitarios o, en su defecto, de los anarquistas²²³).

Este último apunte es decisivo, porque viene a respaldar nuestra hipótesis de que existe un vínculo no casual entre el centro moderado y el extremo centro, o lo que es lo mismo con nombres y apellidos, entre un socioliberalismo reformista y democrático y un fascismo revolucionario y totalitario (pasando, entremedias, por el centro radical populista y su nacionalpopulismo social). En este caso, dicho vínculo vendría parcialmente dado por la idea de Progreso, traducida políticamente en intervención estatal, admitida y defendida por ambas ideologías (y por la tercera también). Al mismo tiempo, las consecuencias de asumir esta idea de Progreso en el plano teórico facilitan la comprensión, en el práctico, de un hecho que entronca directamente con buena parte de las críticas a la naturaleza ideológica propia del centro político, al tiempo que las explica: dado que, en virtud de su posición y vacuidad, este es, como hemos visto, el «hábitat natural» del liberalismo, lo lógico, en la práctica, sería encontrarlo siempre ahí; pero como una parte de los liberales –es decir, del centro- ha comprado la bandera de la idea de Progreso que también enarbola como propia la izquierda (a la que esta idea, junto con la de la igualdad, se asocia necesariamente a causa de sus compartidas y paralelas raíces ilustradas), al liberalismo clásico, entendido como la no

liberalismo adoptó su forma moderna, en la que la arrogancia intelectual racionalista se fusiona con una religión sentimental de la humanidad. El declive del sistema clásico de pensamiento liberal coincidió con la llegada de la democracia de masas (...) en la cual el orden constitucional de la sociedad libre pronto se vio sujeto a alteración por efecto de los procesos de competencia política. El pensamiento liberal rápidamente sancionó la nueva concepción del régimen de gobierno engendrado en la lucha por los votos en una democracia de masas –la concepción del gobierno como *benefactor* y no, como hasta entonces, como guardián de la estructura dentro de la cual los individuos pueden velar por sí mismos–. Gray, *Liberalismo*, pp. 140-141. La cursiva es añadida.

²²¹ Gray, *Liberalismo*, pp. 139-140.

²²² Gray, *Contra el progreso y otras ilusiones*, p. 27. Este otro planteamiento sería el propio, por ejemplo, del Mill posterior a *Sobre la libertad*, paulatinamente más y más convencido –y en esto es contemporáneo de Marx- de que esa racionalización del mundo sería no solo deseable, sino además (*casi*) inexorable, ya que era la consecuencia directa del imparable proceso de «cientificación» que estaba afectando tanto a la economía como, por ende, a la sociedad.

²²³ El caso de la interrelación entre la idea de Progreso y las propuestas de Godwin, fundamentalmente expuestas en su *Investigación acerca de la justicia política* (1793), es paradigmático en este sentido.

injerencia en el decurso libre y voluntario de la vida de los individuos, así como la defensa del libre mercado sin trabas ni obstáculos, no le queda más remedio, aun a su pesar, que *escorarse hacia la derecha* en el espectro, lo que lo ubica invariablemente entre el centro-derecha y la derecha (tanto en su versión moderada como en su versión radical, pero no en la extrema)²²⁴, quedando así el centro ocupado también por el liberalismo, pero en su variante moderna, revisionista o socioliberal, que conjugaría entonces elementos liberales clásicos (ideológicamente de centro, pragmáticamente de centro-derecha o derecha) y elementos socialdemócratas (de izquierda). En este sentido, puede afirmarse que socialdemocracia y socioliberalismo son doctrinas distintas, y en tanto tales, ocupan lugares diferentes del espectro, lo cual no obsta para que entre ambas pueda haber, como de hecho hay, intercambios e incluso «evoluciones»²²⁵, como las puede haber también entre socialismo y

²²⁴ «Con la creciente relevancia de la *cuestión social* y el ascenso de las ideas socialistas en Europa, la izquierda fue ocupada por esa ideología, *empujando* a los liberales hacia el centro o incluso hacia la derecha (...). En este contexto, la izquierda mantiene su oposición a la sociedad estratificada del Antiguo Régimen, pero ahora pasa a ser crítica respecto a la propiedad privada y se hace defensora de una mayor igualdad social. Por su parte la derecha se mantiene mayoritariamente fiel a la visión conservadora, tradicionalista y escéptica en relación al igualitarismo de la izquierda». (Cardoso Rosas, João, «La topografía política. La aplicación de coordenadas espaciales a los lenguajes e imaginarios políticos», en Colom, Francisco y Rivero, Ángel (eds.), *El espacio político*, pp. 31-32. En cursiva en el original.) Asimismo, estos «empujes» y sus consecuentes movimientos a lo largo del espectro explican por qué el liberalismo suele asociarse al conservadurismo, aunque no sean lo mismo: «[A]unque liberalismo y conservadurismo constituyan dos tradiciones de pensamiento que pueden llegar a compatibilizarse en ciertos aspectos, en última instancia son dos tradiciones de pensamiento distintas que colisionan en numerosas ocasiones debido a un conflicto crucial e irresoluble: el conservador concede primacía absoluta a la preservación del orden civilizatorio aun a costa de reprimir sistemáticamente la libertad personal, mientras que el liberal concede primacía a la libertad personal y, en consecuencia, tratará de reformar las tradiciones, costumbres y estructuras existentes en una sociedad para volverlas compatibles con la libertad personal (...). Como consecuencia directa de lo anterior, el conservador tendrá una visión positiva del Estado como institución evolutiva especializada en proteger el orden civilizatorio (si bien, claro, también será consciente de sus importantes peligros civilizatorios); por el contrario, el liberal observará siempre con negatividad y desconfianza al Estado porque, aun cuando lo considere imprescindible para garantizar el orden público (...), es consciente de su origen coactivo y, por ende, contrario a la libertad de acción, propiedad privada, autonomía contractual y libertad de asociación de las personas». (Rallo, *Liberalismo. Los 10 principios básicos del orden político liberal*, pp. 212-213.) Sobre este emparejamiento no deseado, al menos por parte del liberalismo, Hayek, para quien «el conservadurismo es una ideología especialmente molesta por su oscurantismo, por su voluntad de aferrarse al pasado, por su aversión a lo nuevo, a lo foráneo, en definitiva, por su estrecha vinculación con uno de los grandes males que sacudió el mundo moderno en el tiempo en que (...) escribió: el nacionalismo», pero para quien «hoy por hoy (...) los defensores de la libertad no tienen prácticamente más alternativa, en el terreno político, que apoyar a los partidos conservadores» (Moreno, «Sobre trilemas y trileros. Por qué la ideología es cosa de tres y las emociones ayudan a gestionar las distintas opciones sobre la idea de igualdad», pp. 316, 317. La segunda cita, de Hayek, proviene de su conferencia «Por qué no soy conservador», de 1959.)

²²⁵ Es el caso de la «tercera vía» del dúo Giddens-Blair en Gran Bretaña: «[N]o sólo ha caído el comunismo. También el socialismo en estado puro se ha ido agotando. Incluso los sistema[s] socialdemócratas, que siempre han sido, por tradición, poco amigos de la iniciativa privada han fallado y han acabado reconociendo sus errores. Asistimos (...) al resurgimiento de una peculiar forma de «socialismo» de marcado carácter liberal que más bien se parece a lo que se ha venido en llamar economía social de mercado y que algunos han bautizado como «tercera vía». (...) Parece que la estrepitosa crisis del socialismo real implica la importación de elementos liberales como si ambas maneras de entender la sociedad y la convivencia fuesen compatibles. Más bien, podría pensarse que el indiscutible triunfo de la idea liberal y de los valores de la persona han borrado del mapa cualquier fórmula de carácter intervencionista. Y, sin embargo, el hecho de que los socialistas no paren de importar elementos característicos del liberalismo es la constatación más clarividente de su fracaso. El paso del tiempo y la experiencia de la libertad y de la fuerza creadora del libre desarrollo de la persona acabará por convertirlos en fervientes defensores de la economía de mercado y de la iniciativa privada en el marco del desarrollo social». (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, p. 35.) Por otro lado, cuestión distinta es hallar los motivos de esta creciente crisis de la socialdemocracia, a veces también tildada de «muerte», siendo la de su «muerte por éxito» una de las explicaciones más interesantes de cuantas siguen en boga hoy en día: «Algunos fracasos de los Gobiernos de izquierda no han sido otra cosa que el precio que debían pagar por aferrarse a la idea de que las mejoras de la sociedad aún podían llevarse a cabo por medio de una planificación estatal centralizadora. La socialdemocracia está hoy lejos de desarrollar una concepción nueva, más acorde con los tiempos, de la igualdad de oportunidades y traducirla en iniciativas sociales. Las perspectivas que ofrece el «nuevo centro» o «la tercera vía» no pasan de ser un sincretismo que se presenta como solución a todas las demandas – muchas veces, contradictorias e incompatibles– que se plantean al Estado. En última instancia, no se apea del principio de que la redistribución se lleva a cabo mediante una burocracia estatal presentada para dar la impresión de que se ocupa de todos. Pero ocurre que *también los Gobiernos conservadores han hecho suya esta estrategia*; la disputa consiste únicamente en cuánto debe costar ese *aparato* y qué grupos de intereses se atenderán preferentemente. Y los votantes sólo se plantean quién es capaz de hacer lo mismo mejor. Cuando todos los partidos se presentan como garantes de la "justicia social", la izquierda apenas se distingue de la derecha. Únicamente puede aspirar a que los menos favorecidos consideren que serían peor tratados por la derecha». (Innerarity, Daniel, «La renovación liberal de la socialdemocracia», *Claves de la Razón Práctica*, n.º 106, Octubre de 2000, pp. 64-65. La cursiva es añadida.)

liberalismo²²⁶.

3) El socioliberalismo como síntesis política moderada

Llegados a este punto, pudiera parecer que de unos párrafos a esta parte nos hemos alejado de nuestro *quid* principal. Nada más lejos. Si hemos hecho este excursus de la mano de la interpretación de Gray del «desdoblamiento» o el cisma liberal ha sido porque, en primer lugar, como ya hemos señalado, el filósofo británico nos ofrece una crucial explicación de ese tránsito; en segundo lugar, aporta –aunque no explícitamente– la clave esclarecedora de dicho tránsito: la idea de Progreso, vale decir, la asignación al Estado de un rol interventor y aun protagonista y director de la efectuación de tal progreso (concebido, entre otras cosas, en términos de *igualdad* social) en la historia; en tercer lugar, y por añadidura, nos brinda un nexo entre el liberalismo moderno y el totalitarismo en general, que nosotros concretaremos en un totalitarismo en particular: el nazi-fascista; en cuarto y último lugar, nos habilita para dar cuenta de la tendencia reiterada del liberalismo, cotejable históricamente, de escorarse hacia la derecha y, por tanto, converger con las posiciones conservadoras del centro-derecha y la derecha, aunque menos por propia voluntad que por necesidad de supervivencia.

Una vez sentado esto, toca ahora, para finalizar el capítulo, enumerar lo que convierte al socioliberalismo en una síntesis política moderada a la luz de lo que hemos visto en los apartados precedentes. Para ello, lo primero que hemos de hacer es señalar qué rasgos de cuantos lo caracterizan pertenecen al ámbito de la izquierda, qué rasgos pertenecen al de la derecha, y, en ambos casos, por qué. Si logramos esto, habremos demostrado que el socioliberalismo, en tanto ideología y práctica políticas, es un constructo sintético que trata de recoger elementos de uno y otro lado del tablero político, habiendo de ser espectralmente adscrito, por tanto, al centro del mismo.

No es difícil constatar esta realidad, habida cuenta de las descripciones y enumeraciones hechas a lo largo de los apartados previos y, en especial, de los parámetros que en la primera parte hemos considerado como definitorios de las nociones de izquierda y derecha, sobre cuya base se argumentará lo que sigue²²⁷. Así, en la medida en la que el socioliberalismo prioriza los intereses de los individuos frente a las exigencias de la sociedad, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, tiene en cuenta estas exigencias y trata de satisfacerlas, es de izquierda. En la medida en la que considera irrenunciables los derechos individuales, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, considera (casi) tan irrenunciables como los individuales los «derechos sociales», es de izquierda²²⁸. En la medida en la que hace suyo el valor de la libertad negativa, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, también sostiene el valor de la libertad positiva, es de izquierda. En la medida en la que admite la desigualdad, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, fomenta a su vez la igualdad (aunque no en el plano de los resultados, sino en el de las oportunidades), es de izquierda. En la medida en la que respeta las tradiciones de cada país, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, adopta una postura crítica respecto a esas mismas tradiciones, es de izquierda. En la medida en la que se muestra conforme con y deja intacto

²²⁶ Hasta el punto, incluso, de identificarlos: «El socialismo (...), con su aceptación de la propiedad privada y de la libertad (no ilimitada, se entiende)[,] no se diferencia de lo que se llamó “nuevo liberalismo” antes de la gran guerra». (Gay y Forner, Vicente, *Qué es el socialismo, qué es el marxismo, qué es el fascismo. La lucha de las tres doctrinas*, Librería Bosch, Barcelona, 1933, p. 80.) Diagnóstico este que encajaría fácilmente con el de Gray.

²²⁷ Esto es, los criterios de Bobbio, con especial atención al par igualdad-desigualdad. La enumeración de rasgos de izquierdas y rasgos de derechas que sigue a continuación, así como –adelantémoslo ya– las que seguirán en los próximos dos capítulos, debe entenderse por referencia a la relación que mantienen respecto a dichos criterios.

²²⁸ Esta faceta o dimensión «social» y, sobre todo, de izquierdas del socioliberalismo es, desde un punto de vista *contemporáneo*, mucho más de izquierdas de lo que se antojaría a simple vista, sobremanera teniendo en cuenta el carácter identitario que tal faceta o dimensión tiende a revestir actualmente. En el Apéndice veremos cómo afecta esta realidad (y la pretensión socioliberal de atemperarla recurriendo a sus principios y enfoque liberales) a la naturaleza y condición centrista del propio socioliberalismo.

lo que considera positivo del estado de cosas a la sazón imperante, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, intenta deliberadamente alterarlo para mejorarlo en la dirección y el sentido que estime oportunos y convenientes, es de izquierda. En la medida en la que desconfía de la clase política, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, ve el Estado como una herramienta útil para la consecución de sus propósitos, es de izquierda. En la medida en la que critica las políticas de subvención estatales, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, no se deshace de un cierto paternalismo de partida (para garantizar la igualdad de oportunidades), es de izquierda. En la medida en la que acepta el sistema económico capitalista, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, pretende reformarlo, es de izquierda. En la medida en la que defiende la libre competencia, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, su modelo de mercado es el de la «economía social», es de izquierda. En la medida en la que incentiva el emprendimiento y la generación de riqueza, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, aplica políticas de facilitación o fomento de (re)distribución de la riqueza, es de izquierda. En la medida en la que tiende a minimizar el peso burocrático de la administración estatal, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, apuesta por el sostenimiento del Estado de Bienestar, es de izquierda. En la medida en la que no es contrario a la existencia de seguros privados y de centros educativos privados y concertados, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, aboga por el mantenimiento de una educación y una sanidad públicas, es de izquierda. En la medida en la que gusta de rebajar los impuestos y el gasto administrativo del Estado a base de eliminar duplicidades y prebendas políticas, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, quiere mantener (y en algunos casos aumentar) el «gasto social», es de izquierda. En la medida en la que rechaza toda política de ingeniería social, es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, aspira a la formación de una ciudadanía activa, responsable y cívicamente virtuosa, es de izquierda. En la medida en la que aprueba la globalización (principal, pero no exclusivamente económica), es de derecha; en la medida en la que, sin embargo, propone que esta se produzca de forma gradual y progresiva, tratando de no dejar a nadie atrás, es de izquierda.

Si a esta retahíla de características le añadimos otra serie de ellas fácilmente reconocibles (en la teoría tanto como en la práctica) como socioliberales pero que —o porque no encajan ni un lado ni en otro del espectro, como por ejemplo su reivindicación de la mediación entre las políticas conservadoras y las socialistas, su apuesta por el reformismo frente a la tendencia al inmovilismo (conservador) y la tendencia a la revolución (socialista), su defensa de un modelo social igualitario *en su punto de partida* y que arroje resultados diversos y dispares *en su meta* (en tanto corresponde a los individuos igualmente formados de inicio elegir sus respectivos y ulteriores proyectos de vida), su fijación y defensa explícitas de las clases medias (que constituyen invariablemente el grueso del apoyo de los partidos que se proclaman socioliberales, liberal-progresistas, demócrata-liberales, etc. con mayor evidencia que en el resto), su apuesta expresa por el diálogo, el consenso y el entendimiento, anteponiendo las semejanzas a las diferencias y rehuyendo todo extremismo, su —en este sentido— anteposición del lado pragmático de la política frente al puramente teórico (que por tanto surgiría las más de las veces *a posteriori*) o su gusto por los modelos de corte si no tecnocrático, sí «legalista», la conclusión resultante parece evidente: el socioliberalismo no puede ser considerado una ideología política de derechas, porque contiene elementos, características o rasgos —y no pocos ni irrelevantes— de izquierdas; al mismo tiempo, y por la misma regla de tres, no puede ser una doctrina de izquierdas, porque contiene elementos, características o rasgos —no pocos ni irrelevantes— de derechas. Así pues, ha de ser una doctrina de centro, porque, a falta de más aspectos propios que (algunos de) los liberales (clásicos), se nutre de los ajenos, esto es, de los que caracterizan a los movimientos situados

a su izquierda y a su derecha *inmediatas*²²⁹. Y precisamente en esto consiste, como sabemos, el centro: en sintetizar y dar una tercera forma (incluida, que coexiste) a elementos previos conjugados.

Pero se objetará que, según esta lógica, no solo el socioliberalismo debería ser considerado como una opción política de centro. Si el criterio para ubicar en el centro a una ideología determinada es la presencia en su seno de rasgos de izquierdas y de derechas simultáneamente, buena parte de las ideologías políticas podrían ser adscritas al centro, puesto que difícilmente se encontrarán ideologías «puras» de uno u otro lado del espectro carentes de algún elemento presente en el otro. No obstante, sería precipitado replicar esto. Para empezar, las doctrinas o, si se quiere, los partidos políticos que desde la izquierda comparten ciertos rasgos con los de la derecha, así como viceversa, siempre guardarán –o intentarán guardar– una proporción de elementos claramente balanceada a favor de la posición del espectro en la que se encuentran o dicen encontrarse, esto es, si se consideran de izquierdas, tratarán de que entre su *corpus* ideológico haya más características de izquierdas que de derechas, y si son de derechas, lo contrario. Asimismo, aquello que las formaciones de uno u otro lado puedan compartir o tener en común con el otro, generalmente lo tendrán en condición de *mínimum*, vale decir, en tanto se trate de una serie de principios irrenunciables (sanidad y educación públicas, por ejemplo), distanciándose automáticamente del rival tan pronto como se traten cuestiones de naturaleza supererogatoria que en tanto tales vayan más allá de los puntos estipulados por ese consenso básico²³⁰. En este sentido, y con mayor motivo, ninguno de estos partidos acudirá al ideario de su rival a seleccionar de él lo que considere bueno o «mejor», porque, sobre el papel, el rival no puede tener (o al menos no se le puede reconocer públicamente) nada bueno, y mucho menos algo «mejor», ya que si así fuese el partido perdería su razón de ser y, en consecuencia, debería asumir la superioridad ideológica del adversario e incluso disolverse para integrarse en sus filas. Por último, en consonancia con lo antedicho, tanto los partidos que se consideran de izquierdas como los que se consideran de derechas suelen reivindicar su propia identidad como única, diáfana, genuina y singular (vale decir, «cien por cien de izquierdas», «cien por cien de derechas», aunque esto último sea menos habitual²³¹), achacando todas sus posibles semejanzas con el rival, como ya hemos señalado, a la necesidad de una base mínima de acuerdo, de unas reglas de juego compartidas, pero nada más. No suelen reconocerse como movimientos o partidos sincréticos, y aun cuando lo sean e incluso lo hagan, no se enorgullecerán de ese sincretismo sino *en la medida en la que sea un sincretismo de su propio bando*, es decir, de izquierdas o de derechas, al que a lo sumo se sumarían algunos independientes (que en su condición de tales no enturbiarían la auto-consideración del partido como representante «puro» de la izquierda o de la derecha, salvando toda posible acusación de incongruencia surgida del sincretismo), ya que, naturalmente, en términos electorales todos los actores políticos aspiran a recoger la totalidad de los sufragios (idealmente, de todos ellos; pragmáticamente, de todos los correspondientes a su parte del espectro).

²²⁹ Es decir, a la izquierda y la derecha *moderadas* (en la Europa continental, socialdemócrata y democristiana, respectivamente), no a sus versiones extremas.

²³⁰ Un ejemplo claro de esta situación podemos encontrarlo en la tesitura generada por la aplicación del artículo 155 de la Constitución por parte del Gobierno del Partido Popular en 2017. En tanto aplicación de un artículo constitucional que responde a una razón de Estado, el Partido Socialista, líder de la Oposición, se colocó –aunque con ciertas reticencias– del lado del Gobierno. Tan pronto como la situación estuvo «controlada», el PSOE trató de alejarse del PP, entre otras cosas criticándolo por haber sido uno de los causantes de la ulterior aplicación del artículo. En significativo contraste con esta actitud, la de Ciudadanos, que no solo se mantuvo al lado del Gobierno en la coyuntura citada (exigiendo incluso antes que este la aplicación del 155), sino que, además, suele gustar de poner en valor constantemente los puntos en común que, en opinión de su líder Albert Rivera, comparte tanto con PSOE como con PP.

²³¹ Debido, como ya hemos mencionado en alguna ocasión, a la carga moral negativa asociada a la derecha (y la correspondiente carga positiva asociada a la izquierda), que en el caso español solo vemos rechazada explícitamente por Vox, uno de cuyos lemas es «hay un camino a la derecha». Como ejemplo, por el contrario, del arrogue de la totalidad de la izquierda, el lema escogido por Pedro Sánchez (Secretario General del PSOE) para el XXXIX Congreso Federal de su partido: «Somos la Izquierda».

Capítulo 4. El socioliberalismo como síntesis política moderada

Se objetará entonces lo que, por otra parte, nosotros mismos pusimos de manifiesto al término del capítulo tercero, a saber: que no es posible atribuir la exclusividad del sincretismo -o, si se prefiere, de la voluntad de síntesis- al centro, porque también la izquierda y la derecha aspiran, cuanto menos desde un punto de vista electoral, a sintetizar, como mínimo, la totalidad respectiva del ideario izquierdista o derechista, erigiéndose en representantes genuinos de su correspondiente bando espectral con la intención fehaciente de absorber, al menos, todos los votos pertenecientes a ese bando. Pero la objeción habrá pasado por alto que, cuando hablamos de la síntesis centrista, por un lado, y de las síntesis izquierdista o derechista, por otro, no estamos hablando del mismo tipo de síntesis, ya que, como ya hemos explicado en el apartado anterior por medio de nuestra tipología general de las síntesis políticas, la primera es una síntesis de tipo total-global y las segundas de tipo total-locales, lo cual, para el caso que nos ocupa, significa que el socioliberalismo, en definitiva, ha de ser considerado una ideología política de centro en tanto conjuga elementos de izquierda y derecha (y centro) aportándoles una tercera forma nueva y *sui generis* que -a diferencia de la síntesis que constituye en nuestro planteamiento el «extremo centro», entendido, con Bobbio, como paradigma de «Tercero incluyente»- coexiste con ellas, no las suprime.

Capítulo 5

El nazi-fascismo como síntesis política extremista

En el capítulo cuarto focalizamos nuestra atención en el liberalismo y el socioliberalismo. En primer lugar, hicimos un recorrido por sus sendas historias, a la luz del cual nos fue posible, en un segundo momento, cotejar y contrastar sus respectivas características propias y definitorias. Para ello nos apoyamos en los estudios de John Gray, uno de cuyos temas de interés es, precisamente, la evolución histórica e ideológica del liberalismo, y en particular, su «desdoblamiento» o «escisión» en dos corrientes o tendencias: el liberalismo clásico y el liberalismo moderno (también llamado por Gray «liberalismo revisionista»). Identificado este último como nuestro socioliberalismo y ayudándonos del análisis histórico y filosófico realizado con anterioridad, en la última parte del capítulo tratamos de respaldar nuestra hipótesis acerca de la naturaleza «sintética moderada» del socioliberalismo como ideología política, para lo cual enumeramos una serie de rasgos constitutivos suyos propios tanto de la izquierda como de la derecha, esto es, propios de la izquierda y de la derecha por relación a nuestros bobbianos criterios de demarcación del espectro político relativos a ambas posiciones. Finalmente, salvamos dos posibles objeciones que pudieran hacerse a semejante método tanto *in situ*, mediante una exposición de razones, como de manera retrospectiva, recurriendo a la «tipología general de las síntesis políticas» que previamente habíamos desarrollado, dando por válida, entonces, nuestra hipótesis.

Pues bien, el objetivo del presente capítulo es lograr otro tanto de lo mismo pero respecto a la ideología nazi-fascista, contextualizada en la Europa continental de entre los años 1919 y 1945. Siguiendo un plan y una estructura análogos a los del capítulo anterior, comenzaremos realizando un esbozo histórico –con un preludio sobre la Primera Guerra Mundial- del recorrido del fascismo, por un lado, y del nazismo, por otro. Se tratará de conocer el contexto de su respectivo surgimiento, así como las causas del mismo, destacando, en cada caso, las diferencias sobre las semejanzas. A continuación, se examinarán sus puntos ideológicos comunes y discrepantes haciendo hincapié en los primeros, ya que llegados a este punto los segundos ya habrán sido debidamente reseñados. Por último, se testará la viabilidad de considerar a la ideología nazi-fascista como una síntesis política extremista, para lo que una vez más recurriremos a nuestra taxonomía de las síntesis políticas, sobre cuya base pretendemos no solo caracterizar al nazi-fascismo como tal síntesis política (en particular, global-total de amplitud-concurrencia irrestricta *fuerte*), sino, además, poner las bases para su posterior conexión con su paralela síntesis política moderada (o global-total de amplitud-concurrencia restricta) socioliberal.

Dividiremos, por consiguiente, el actual capítulo en las tres partes acostumbradas, destinando la primera a dar cuenta de las cuestiones históricas e ideológicamente dispares; la segunda, a explicar las cuestiones ideológicas propiamente dichas, con especial atención a las semejanzas frente a las diferencias; la tercera y última, a comprobar la viabilidad de nuestra segunda hipótesis acerca de la condición del nazi-fascismo como síntesis política extremista, desentrañando el porqué de dicha consideración y aventurando las implicaciones que ello pueda suponer en lo sucesivo respecto al resto de nuestra investigación.

1) Breve historia del fascismo y del nazismo

1.1. La Primera Guerra Mundial

La Primera Guerra Mundial supuso un antes y un después para toda Europa y, por extensión, para todo el mundo. Después de unas décadas de relativa calma, paz y tranquilidad en las que la formación de alianzas entre los diversos imperios y potencias europeas había garantizado un cierto equilibrio de poder en el continente, el comercio y el sistema económico capitalista en general prosperaron impulsados por los vientos de cola de la Revolución Industrial²³². Algunos intelectuales vislumbraban incluso una nueva concepción de la historia en la cual la guerra y el conflicto dejaban paso a los intercambios libres y voluntarios entre los hombres, los pueblos y las naciones²³³. Sin embargo, el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en el conocido como «atentado de Sarajevo» del 28 de junio de 1914 desencadenó todo un efecto dominó que desembocó en el comienzo del mayor conflicto bélico jamás visto hasta la fecha. Lo que en un principio parecía ser una guerra europea más, *a priori* «limitada» al choque entre la Triple Alianza de las llamadas Potencias Centrales (el Segundo Imperio Alemán, el Imperio Austro-Húngaro e Italia, que finalmente concurrió a la guerra por el otro bando) y la Triple Entente (la Tercera República Francesa, el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y el Imperio Ruso), no tardó en convertirse en una conflagración mundial en la que intervinieron desde los Estados Unidos hasta el Imperio de Japón, pasando por los soldados provenientes de las colonias de los respectivos imperios contendientes. Las consecuencias fueron desastrosas para los dos bandos y para toda Europa en general (que perdía buena parte de su poderío y hegemonía mundiales, otrora incontestables, en favor de unos jóvenes pero pujantes Estados Unidos), pero, naturalmente, fueron sobremanera duras para con el bando de los vencidos, entre los cuales destacó Alemania, que perdió su Káiser (junto con el resto de la dinastía Hohenzollern), su Imperio y buena parte de su Ejército, amén de verse obligada, junto con sus aliados, a asumir los enormes costes materiales (económicos y de reparación)²³⁴ e incluso morales (culpabilidad de la guerra) en los que se habían calculado las consecuencias del conflicto.

Pero si Alemania fue la clara derrotada dentro del bando de los ya de por sí perdedores de aquella guerra, Italia fue la derrotada dentro del bando de los ganadores. Si bien en un primer momento el país transalpino había formado parte de la Triple Alianza junto con Alemania y Austria-Hungría, las desavenencias históricas que mantenía con esta última, sumadas a determinadas reticencias vernáculas, lo mantuvieron ajeno al enfrentamiento hasta que en 1915 se firmó el Tratado de Londres, por el que los aliados prometían a Italia la futura anexión de los territorios habitados por italianos del Imperio

²³² «El mundo en los años anteriores a 1914 era, en comparación con el mundo posterior a 1918 –desgarrado por conflictos sangrientos, odios políticos, guerras civiles, convulsiones revolucionarias y contrarrevoluciones–, un oasis de paz. En ningún país de Europa Central y Occidental estaban amenazados seriamente la ley y el orden. La prosperidad y el progreso económico era[n] la norma. (...) [En los países europeos] la seguridad del orden vigente, el sistema económico y social y la prosperidad de las clases medias, era algo que parecía establecido para siempre. La expansión colonial y el reparto de otros continentes contribuían a ello, a pesar de los conflictos que esto originaba. Los crecientes gastos en armamentos –fatales, visto en retrospectiva– creaban nuevos empleos y daban pingües beneficios. Si en el horizonte europeo había nubes, éstas no parecían muy amenazadoras». (Carsten, Francis L., *La ascensión del fascismo* (1967), traducción de Javier González Pueyo, Seix Barral, Barcelona, 1971, pp. 10-11.)

²³³ Visión característica, por ejemplo, del ya mentado Herbert Spencer, que en su artículo «El nuevo conservadurismo» distingue «dos tipos opuestos de organización social, susceptibles de ser distinguidos, en términos generales, como el militar y el industrial. Se caracterizan, el uno por el régimen de Estado, casi universal en los tiempos antiguos, y el otro por el régimen de contrato, que ha llegado a ser general en la actualidad (...). [P]odrán definirse como el sistema de la cooperación obligatoria y el sistema de la cooperación voluntaria [respectivamente]». (Spencer, Herbert, *El hombre contra el Estado* (1884), traducción de Luis Rodríguez Aranda, Aguilar, Buenos Aires, 1963, p. 23.)

²³⁴ Costes tamaños que el país germano no acabó de pagarlos (debido a los intereses acumulados) hasta el año 2010.

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

Austro-Húngaro, así como parte de la costa dalmata. Estas ofertas convencieron al Gobierno italiano de entrar en la guerra del lado aliado, ya que se suponía que compensarían con creces la «traición» a la Triple Alianza. Sin embargo, al término del conflicto las nuevas naciones surgidas sobre las ruinas de Austria-Hungría, especialmente Yugoslavia, no estuvieron dispuestas a cumplir con las concesiones prometidas a Italia por parte de los aliados, que en tal coyuntura optaron por incumplir con lo firmado. En una suerte de paralelismo inverso respecto a lo sucedido en Alemania, donde la derrota fue achacada a la «*Dolchstoßlegende*» o «leyenda de la puñalada por la espalda»²³⁵, los italianos calificaron su victoria de «*Vittoria Mutilata*», es decir, «victoria mutilada», ya que el país había ganado la guerra, pero apenas había sido recompensado con ello, y lo que es peor, había sido ninguneado y ridiculizado internacionalmente, con la consecuente caída de su prestigio mundial y la inevitable afrenta al orgullo nacional, políticamente traducida, de forma análoga a la alemana aunque por motivos opuestos²³⁶, en una creciente desafección hacia la democracia liberal.

Por supuesto, las consecuencias del conflicto para con el resto de Europa no fueron menores que en estos dos países antedichos, y sería tarea titánica dar cuenta de todas ellas, o incluso solo de las más importantes. Pero también sería fútil, porque lo que nos interesa está en Italia y Alemania; en ningún lugar como en Italia y Alemania se hicieron sentir tanto ni, sobre todo, cristalizaron de forma tan novedosa, cuando no directamente inédita, las susodichas consecuencias, al menos en términos ideológico-políticos²³⁷. La Italia triunfante pero «engañada» por sus teóricos aliados, al igual que la Alemania vencida y «humillada» por sus enemigos, constituían, a finales de la década de 1910, el caldo de cultivo perfecto para la conciliación, hasta entonces inconcebible por razón de (presunta) incompatibilidad intrínseca, de los dos grandes credos del siglo: socialismo y nacionalismo. O lo que es lo mismo, pero en una sola palabra: *fascismo*²³⁸.

1.2. El fascismo

En efecto. Georges Valois definía el fascismo como el resultado de la combinación de otras dos ideologías históricamente anteriores a la propiamente fascista: nacionalismo y socialismo. Ciertamente, la «ecuación fascista» es más compleja que eso, pero el de Valois no es un mal resumen²³⁹. Tampoco es un resumen casual, viniendo de un francés. Al contrario de lo que pudiera considerarse como el lugar común, las bases ideológicas del fascismo, entendidas como esa conjugación sincrética entre socialismo y nacionalismo, estaban dadas ya con bastante anterioridad al inicio de la Gran Guerra:

²³⁵ Elemento propagandístico explotado hasta la saciedad por parte de las fuerzas más visceralmente nacionalistas y revanchistas de Alemania, entre las que destacarían los nazis, que atribuirían la autoría de la supuesta puñalada traperera a todos aquellos que consideraban enemigos conjurados de Alemania, desde los comunistas hasta, por descontado, los judíos.

²³⁶ En Alemania la democracia liberal, encarnada por la República de Weimar, era rechazada en tanto se la entendía como una imposición extranjera ajena no solo a la voluntad del pueblo alemán, sino a sus mismos usos y costumbres (prusianos). En Italia, en cambio, dicha forma de gobierno era motivo de descrédito por su incapacidad para procurar al país la fuerza necesaria para figurar en la primera línea de las potencias mundiales, *a fortiori* después de haber participado en y ganado la guerra.

²³⁷ El caso ruso constituye una evidente novedad en el aspecto puramente político, pero no de la talla de la fascista. La innovación rusa contaba con prefiguraciones teóricas de primer orden y consolidadas con anterioridad a la guerra, la cual sencillamente propició la revolución bolchevique, pero no la condicionó decisivamente en términos ideológicos (aunque sí materiales), cosa que sí hará la experiencia bélica respecto al fascismo.

²³⁸ En consonancia con la mayoría de los historiadores y especialistas, aquí utilizaremos el término «fascismo», con minúscula, para referirnos a la ideología fascista. Para referirnos específicamente al régimen fascista italiano, que es al que nos remitiremos por defecto en este próximo apartado en su condición de iniciador y creador de un modelo y paradigma internacionalmente exportable (con mayor o menor fidelidad al original), optaremos por emplear «Fascismo», con mayúscula.

²³⁹ Popper también aporta el suyo propio alegando, en una línea no muy alejada de la del gallo (ni de la nuestra), que «la fórmula del “preparado” fascista es la misma en todos los países: Hegel + una pizca de materialismo tipo siglo XIX (especialmente el darwinismo, en la forma algo burda que le dio [sic] Haeckel)». (Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, p. 251.)

La (a)tracción del centro

La búsqueda de una síntesis entre nacionalismo y socialismo fue una orientación del pensamiento político europeo (...) mucho antes de la Gran Guerra y del nacimiento del fascismo; y ésta fue ciertamente una de las vías a través de las cuales intelectuales y políticos de la extrema izquierda revolucionaria, en los años de entreguerras, llegaron al fascismo.²⁴⁰

En particular, fue en Francia donde primeramente, de la mano del sorelismo, se colocaron los «polvos» ideológicos de los que ulteriormente resultarían los «lodos» fascistas:

Todos los componentes esenciales del pensamiento fascista maduraron antes de la explosión de agosto de 1914. Todo lo realmente importante en esta síntesis de nacionalismo integral y de socialismo posmarxista (...) se elaboró antes de que se disparara el primer cañonazo. Efectivamente, mucho antes de la guerra, los sorelianos habían acabado de forjar esta nueva concepción de la revolución (...) antiliberal y antimarxista, una revolución cuyas tropas no proceden de una sino de todas las clases sociales, una revolución moral, intelectual y política, una revolución nacional. Esta convergencia de los rebeldes del sindicalismo revolucionario y del nacionalismo no rebasa, en la Francia de 1914-1918, la fase de una síntesis intelectual, pero, al otro lado de los Alpes, en la atmósfera de penuria que prevalece tras la firma del armisticio, esta síntesis está en trance de convertirse en la gran fuerza revolucionaria del momento.²⁴¹

No ha de extrañar, por tanto, que fuese un francés como Valois quien definiese tan concisamente la «fórmula fascista». Máxime teniendo en cuenta que Francia, en tanto país en primera fila de la industrialización europea, adolecía de una «cuestión social» muy marcada y profunda cuya solución no podía pasar, a ojos de muchos, por una mera propuesta de reforma puntual y circunstancial del capitalismo, sino por una auténtica revolución. Pero no una revolución al estilo marxista, puesto que ello supondría, más que el abandono de la «cuestión nacional», su completa desaparición. Ahora bien, dado que la concepción en boga de la nación a comienzos del siglo XX contempla a esta como un ente o todo de naturaleza orgánica en el que cada individuo juega un papel clave en tanto sea entendido como célula del organismo, un nacionalismo coherente y llevado hasta sus últimas consecuencias no puede desentenderse de la cuestión social, porque afecta a buena parte, cuando no la mayor, de sus propios miembros constituyentes, condición de posibilidad de la vida y la vitalidad de la propia nación. En este sentido, de llegar la revolución, esta habría de llegar para resolver ambas cuestiones, nacional y social, aunando respectivamente, bajo la hoja de ruta de un proyecto global y común de alcance total(izante) para todo y para todos aquellos que lo

²⁴⁰ Gentile, Emilio, *Fascismo. Historia e interpretación* (2002), traducción de Carmen Domínguez Gutiérrez, Alianza, Madrid, 2004, p. 289.

²⁴¹ Sternhell, Zeev, Sznajder, Mario y Asheri, Maia, *El nacimiento de la ideología fascista* (1989), traducción de Octavi Pellisa, Siglo XXI, Madrid, 2016, pp. 193-194. También Payne coincide en la naturaleza «made in France» del caldo de cultivo fascista: «Un tipo algo más coherente de radicalismo nacionalista fue el nuevo concepto del «nacionalsocialismo», que también apareció en Francia antes que en ninguna otra parte». (Payne, *El fascismo*, p. 43.) Por otro lado, en lo relativo a la influencia de Sorel, resulta pertinente mencionar que no fue poca ni poco importante. A pesar de su originaria condición de marxista ortodoxo, Sorel no tardó en proceder a «completar» a Marx, a quien creía que el temor a errar lo había cohibido a la hora de desarrollar un sistema total y cerrado. Con el propósito de lograr esto mismo en mente, el francés comenzó una revisión de la economía marxiana que, paradójicamente, lo condujo —como veremos en el caso de sus discípulos sindicalistas— a defender el libre mercado como único o siquiera mejor método de polarización entre las clases y, por extensión, de crispación social, requisito indispensable para la movilización revolucionaria del proletariado. Empero, habida empírica cuenta de que la dinámica del capitalismo no necesariamente estimula el odio de clase, Sorel no tarda en descartar que sea este mantra ni el componente «científico» del marxismo lo que azuce a las masas obreras a la rebelión. Lejos de eso, señalará el componente mitológico y apocalíptico de la huelga general como elemento galvanizador de las mismas, como motor de su revuelta definitiva. Y puesto que no son ni el materialismo ni la racionalidad aparejada a este lo que incitará al proletariado a levantarse en armas contra la burguesía y subvertir su opresor y decadente orden, tampoco lo será el marxismo ortodoxo, cimentado sobre ambos pilares materialista y racionalista. La «heroica misión» -irracionalista y dionisiaca misión- quedará en manos, pues, del sindicalismo revolucionario, que hará suya la teoría de los mitos sociales soreliana para encarnar la que, a juicio de su artífice, era la auténtica y perdida esencia del marxismo original: la destrucción de la burguesía y de lo burgués a través de la formidable e irrefrenable máquina de guerra que el socialismo nunca debería haber dejado de ser.

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

suscribiesen (voluntariamente o no), pasado y futuro, patria y justicia social, nacionalismo y socialismo (*antimarxista*²⁴²). Auguste-Maurice Barrès, que murió tan solo un año después de la Marcha sobre Roma, brinda un ejemplo perfecto de estas aspiraciones francesas a la par que europeas:

Puesto que la multitud es la verdadera encarnación de la nación y el objetivo principal de la política consiste en garantizar su integridad y su autoridad, el nacionalismo no puede aceptar que quede sin solución la cuestión social. Barrès (...) fue uno de los primeros en comprender que un movimiento «nacional» no puede serlo si no garantiza la integración de las capas sociales más desheredadas de la colectividad. Pero, al propio tiempo, comprendió también que un movimiento «nacional» no puede ser ni marxista, ni liberal, ni proletario, ni burgués. Marxismo y liberalismo siempre son movimientos de guerra civil: guerra de clases o guerra de todos contra todos en una sociedad individualista, no son sino dos aspectos de un mismo mal. *Así aparece en Francia, a finales del siglo XIX, una nueva síntesis, la del socialismo nacional, primera forma del fascismo.* (...) La idea de socialismo nacional se extiende rápidamente por toda Europa. Responde a un problema de civilización que genera, en la segunda mitad del siglo XIX, el ascenso del proletariado y la revolución industrial. Enseguida, en muchas partes, algunos teóricos sostienen que la cuestión social solo puede encontrar una respuesta más allá del capitalismo salvaje o del socialismo de la lucha de clases. (...) [L]a supervivencia de la nación exige la paz entre el proletariado y el conjunto del cuerpo social.²⁴³

Tampoco ha de sorprender que no fuese hasta el final de la guerra, y concretamente en las singulares tesituras de Italia y Alemania, donde aquellas viejas aspiraciones europeas y francesas encontraran su anhelada y genuina materialización. En el caso de Italia, el fascismo fue posible porque se conjugaron dos factores fundamentales para la germinación de la semilla fascista: de un lado, el nacionalismo autóctono; de otro, el sorelismo francés, que, haciendo más fortuna fuera de su nación de origen que dentro, fue más y mejor heredado, (re)interpretado y exprimido por los sindicalistas revolucionarios italianos que por cualesquiera otros seguidores políticos del filósofo francés. Conocer las teorizaciones propias

²⁴² La contraposición entre el marxismo o el socialismo marxista y el «verdadero socialismo» o «socialismo de los hechos» (encarnado en el nazi-fascismo) será una constante en la retórica y la propaganda fascistas. En una entrevista realizada por el londinense *Sunday Express* a Hitler, publicada el 28 de septiembre de 1930, este dejaba claro que «Nuestro término «socialismo» no tiene nada que ver con el socialismo marxista. Marxismo equivale a antipropiedad. Y *el verdadero socialismo no*. (Citado en Carsten, *La ascensión del fascismo*, p. 184. La cursiva es añadida.) Posteriormente, con el NSDAP ya en el poder, esta opinión se oficializaría y consolidaría: «Socialismo es, frente al marxismo, que afirmaba buscar la solidaridad del proletariado internacional, la *solidaridad nacional de todos los miembros de un pueblo*. Socialismo es *camaradería de todos los conacionales*. (...) Socialismo *no significa igualdad marxista*. El socialismo *valora según el rendimiento*. Cuanto más uno crea y actúa para su pueblo, tanto más valioso es para la comunidad y tanto más apto es para desempeñar cargos dirigentes. Socialismo tampoco tiene el mismo significado que social, una palabra que tiene un desagradable sabor a patrocinio y beneficencia burguesas». (Sponholz, Hans, *Breviario político nacionalsocialista*, Editorial del NSDAP, Múnich, 1935, p. 15. La cursiva es añadida.) En este mismo sentido, el fascismo representaría no solo el verdadero socialismo (el socialismo propio de los pueblos atrasados o las naciones proletarias, lo cual explicaría –en parte– su enorme ascendencia, entre otros, sobre países como Brasil, con el «getulismo» de Getúlio Vargas, o, posteriormente, Argentina, con el peronismo de Juan –y Eva– Perón), sino también la única alternativa viable tras los dos fracasos, el liberal y el marxista: «El liberalismo, creyendo en la armonía social de los individuos, dió [sic] la fórmula, que creyó mágica, para alcanzar la tierra prometida: que el individuo sea libre y la armonía social y económica, aparecerá sobre la tierra. Pero el tanteo se ha hecho y los desengaños más amargos han formado parte de la cosecha recogida. La tierra de promisión no se ha alcanzado por la senda del liberalismo. Entonces se ha señalado un nuevo rumbo: el marxismo, entre otras teorías, señala la supresión de esa libertad en política y en economía y la substitución por el colectivismo, como solución. Nuevos desengaños y nuevas concepciones, nuevos rumbos. Ya no se confía en que el bien del individuo hay que esperarlo sólo del Estado comunista o colectivista. Y así aparece la nueva senda: *el fascismo, que más simplemente podría llamarse socialismo antimarxista*». (Gay y Forner, *Qué es el socialismo, qué es el marxismo, qué es el fascismo*, pp. 225-226. La cursiva es añadida.) Más recientemente, partidos (neo)fascistas como el griego *Chrysi Avgí* o Amanecer Dorado (AD) han hecho suya la bandera de lo que también ellos consideran socialismo *real*, o sea, nazi-fascista. Esto puede comprobarse en una de las páginas oficiosas de propaganda e internacionalización de la ideología del partido (en inglés): <http://golden-dawn-international-newsroom.blogspot.com.es/2012/10/our-real-socialism.html> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

²⁴³ Sternhell, Sznajder y Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, pp. 11-13. La cursiva es añadida.

de uno y otro lado es crucial para comprender por qué el fascismo, como ideología, nació en Italia antes que en cualquier otro lugar.

Así es. El nacionalismo italiano que finalmente desembocará en el fascismo entronca directamente con la tradición del *Risorgimento*, esto es, con el proceso de unificación de Italia llevado a cabo a lo largo del siglo XIX y que tuvo como principales artífices, entre otros, al Conde de Cavour, Giuseppe Garibaldi, Giuseppe Mazzini y Víctor Manuel II. Este proceso, aparentemente culminado en 1861 con la proclamación oficial del Reino de Italia y la posterior incorporación de Roma al mismo en 1870 (dejando pendiente la «Cuestión Romana», que no se resolverá hasta la firma de los Pactos de Letrán en 1929), dejó, sin embargo, a los nacionalistas italianos más intransigentes defraudados. Como resultado del carácter religioso y casi místico que algunos de los unificadores, con especial atención a Mazzini²⁴⁴, le habían dado al proceso, estos nacionalistas recalcitrantes consideraban que no bastaba con unificar todo el territorio italiano, sino que, además, había que «unificar» a los italianos mismos. En palabras habitualmente atribuidas a Garibaldi pero pertenecientes a Massimo D’Azeglio, «Hemos hecho Italia; ahora debemos hacer italianos». Los nacionalistas no tenían la menor duda sobre cómo lograrlo: proporcionando a los italianos (hechos o por hacer) una cultura y una moralidad comunes que los hiciesen partícipes de y los involucrasen en el proyecto común que habría de constituir la construcción y consolidación de la patria italiana:

Con la creación del estado nacional, la meta más alta que se fijaron los patriotas italianos del *Risorgimento* fue la renovación civil y moral de los italianos. Querían transformar a poblaciones divididas políticamente desde la caída del Imperio romano, profundamente distintas en cuanto a historia, tradiciones, cultura y condiciones sociales, en un pueblo de ciudadanos libres, educándolo en la fe y el culto a la “religión de la patria”. (...) Varios son los elementos surgidos de esa búsqueda que llegaron a formar parte del patrimonio de mitos político-religiosos de la cultura italiana, en los que a lo largo del tiempo abrevaron los sucesivos intentos de elaboración de una religión nacional. (...) Los jacobinos italianos creían en el mito de la revolución como *regeneración moral* y consideraban inescindible el nexo entre revolución política, revolución social y transformación religiosa. (...) El movimiento político-religioso de los jacobinos italianos no tuvo éxito, pero el mito revolucionario de la política como *regeneración moral*, confiada a la acción pedagógica del estado y al culto de una religión patriótica, echó raíces en la cultura política; (...) el fascismo (...) retomó el mito de la regeneración moral, pero cortó su vínculo con la idea de igualdad y libertad, insertándolo en el nuevo mito del estado totalitario.²⁴⁵

Cuando estalló la guerra, los nacionalistas vieron en ella la ocasión perfecta para llevar a cabo esa «regeneración moral» de los italianos, hermanándolos de acuerdo a unos objetivos compartidos subsumidos bajo un mismo quehacer e idéntica bandera. A pesar de las reticencias iniciales del Gobierno, vieron colmados sus deseos con la entrada de Italia en el bando aliado en 1915. Sin embargo, se trató de un espejismo. Al cese de las hostilidades, no obstante la victoria y lo firmado para contribuir a ella, el «engaño» del que los italianos habían sido objeto por parte de sus presuntos aliados y el descrédito adquirido por el Gobierno de

²⁴⁴ «Los primeros elementos para edificar una religión nacional procedían del jacobinismo, de la masonería y de otras sectas secretas. Pero fue Mazzini quien con su concepción religiosa de la política, entendida como deber y misión, dio el componente principal. Su ideal de república era una teocracia democrática fundada en una visión mística y religiosa de la nación y de la libertad. Mazzini, tras la unificación monárquica, condenó al Estado liberal porque no había llevado a cabo la unidad moral de los italianos educándolos en la fe común en la religión de la patria. El mito del *Risorgimento* como «revolución nacional incompleta», nació de la oposición del radicalismo *mazziniano* al Estado liberal, porque la unidad y la independencia no habían sido obra del pueblo regenerado por la fe en la religión de la patria». (Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, p. 226. En cursiva en el original.)

²⁴⁵ Gentile, Emilio, *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista* (1993), traducción de Luciano Padilla López, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007, pp. 17, 19-20. En cursiva en el original.

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

Vittorio Emanuele Orlando -cuyas cuitas con Sidney Sonnino debilitaron aún más la posición negociadora de Italia- despertó en ellos una sensación de «mutilación» dolorosamente familiar, ya que veían en el malogro que dicha victoria había supuesto no otra cosa que una continuación del mismo truncamiento anterior que la guerra debería haber resuelto, vale decir, el truncamiento del propio *Risorgimento*, que perpetuaba así su frustrante condición de «*rivoluzione mancata*», o sea, incompleta.

La unificación del Estado se había logrado, mas se limitaba al aspecto exterior de la estructura nacional; todavía faltaba, en la Italia unida, el espíritu ideal, el sentimiento, el alma nacional. De ahí la necesidad de una reforma moral que, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, se convirtió en un compromiso en favor del conflicto; participar en un evento bélico de tal entidad hubiera significado la creación de una conciencia nacional auténtica en todos los italianos, demostrando que la unidad del país ya no era el fruto del pensamiento y la acción de unos pocos hombres que habían preconizado la revolución nacional sino que, en efecto, había penetrado en los corazones de los italianos. La crisis económica y moral de la posguerra, sin embargo, parecía haber frustrado los efectos ideales de la victoria (...). En este contexto, [Giovanni] Gentile reconoció en Mussolini la voz de aquellos italianos que mantenían la fe en la guerra y en la victoria y con los cuales hubiera sido posible poner en práctica la reforma político-religiosa, que para él representaba la realización plena de los ideales del *Risorgimento*.²⁴⁶

Pero la herida cultural-moral provocada por el no-cierre del *Risorgimento* decimonónico no era la única abierta en Italia. A comienzos del siglo XX, la brecha social-económica se hallaba en plena fase de expansión y crecimiento, y la conjugación francesa de nacionalismo y socialismo ya mencionada comenzaba a permear entre los intelectuales italianos que formaban parte del grupo nacionalista disconforme con el desarrollo del resurgimiento. Teoréticamente, estas influencias cuajaron en el pensamiento del periodista, dramaturgo y escritor Enrico Corradini, fundador de la *Associazione Nazionalista Italiana* (ANI) en 1910. Corradini desarrolló, sobre base soreliana (es decir, marxista revisionista), una teoría tan llamativa como socorrida *a posteriori* por el fascismo (y curiosamente «anticipada» por Lenin²⁴⁷). Corradini coincide con Marx en que la evolución del capitalismo ha polarizado las sociedades de los países occidentales en torno a dos polos –burguesía y proletariado– claramente diferenciados. Ahora bien, en su opinión, esta polarización ha dado un paso más allá y ya no se limita al cerco interno de los Estados, sino que trasciende a estos y eleva la polarización al nivel internacional:

Hay naciones que están en condiciones de inferioridad respecto a otras; del mismo modo que hay clases que están en condiciones de inferioridad respecto a otras clases. Italia es una nación proletaria. La emigración es una prueba suficiente de ello. Italia es el proletariado del mundo.²⁴⁸

Esto se traduce en que, del mismo modo que en el seno de cada nación industrializada existe una clase de poseedores y otra de desposeídos, también en el concierto general de las naciones está presente esa división, que en este caso se manifestaría en la agrupación, por un lado, de las naciones industriales o burguesas, y, por otro, de las naciones proletarias. A juicio de Corradini, esta disposición ulterior del capitalismo no puede sino alterar radicalmente la

²⁴⁶ Campione, Roger, «Fascismo y filosofía del derecho», en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), núm. 103, enero-marzo 1999, p. 305. En cursiva en el original. La adhesión de Gentile al movimiento de Mussolini en tanto representante de la culminación de los ideales *risorgimentistas* no fue un caso aislado ni entre la intelectualidad italiana ni entre la población en general.

²⁴⁷ En particular, en *¿Qué hacer?*, de 1902.

²⁴⁸ Corradini, «Nazionalismo e sindacalismo», *La Lupa*, 16 de octubre de 1910, p. 2. Citado en Sternhell, Sznajder y Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, p. 246.

forma de entender, abordar y resolver el conflicto de clases dentro de la nación, puesto que la única manera de lograrlo es extinguiendo el exterior. Dicho de otro modo: la única solución posible a la lucha de clases interna de cada nación proletaria es su autorreconocimiento como tal y su subsiguiente unión en pro del ascenso de su condición externa:

[E]l primer ideólogo que hace una formulación explícita de la lucha de clases como «lucha de clases de pueblos» o naciones es el italiano Corradini. (...) Corradini era nacionalista y no humanista. Se proponía salvar a Italia y a los italianos específicamente y no al Mundo y a los hombres, genéricamente. De ahí que no tratase de predicar un socialismo de las naciones, sino un nacionalismo italiano en el que pudieran comprometerse las clases proletarias. Se trataba no de acabar con la oligarquía de las naciones poderosas para establecer la igualdad y la fraternidad entre todos los pueblos del mundo, sino simplemente de que Italia pasase de ser una nación paria dominada a ser una nación oligárquica o dominadora y había que decirle a la clase obrera italiana que ése era el único camino por el que podía alcanzar antes, y a plena satisfacción, la totalidad de sus reivindicaciones. En definitiva, se trataba de integrar en el nacionalismo la dinámica poderosa del socialismo.²⁴⁹

La aceptación de este planteamiento permite concluir que solo mediante la combinación de todas las fuerzas y energías de una nación será capaz esta de abandonar su condición proletaria para ingresar en el grupo de las naciones industriales, punteras y prósperas. Y esa será precisamente la conclusión a la que lleguen los fascistas, así como el discurso que adopte el fascismo como *leitmotiv* de su persecución incansable de la unidad nacional y de la colaboración interclasista en pos de un objetivo común y, en tanto tal, mayor que el que cualquiera de las clases o actores sociales pudiera pretender por sí solo²⁵⁰. Pero esta conclusión, lejos de quedarse en una simple conclusión, pronto se convirtió también en una premisa. La premisa cuyas mayores implicaciones obtendrá el ala más a la izquierda del socialismo italiano: los sindicalistas revolucionarios.

Entrado ya el siglo XX, las profecías de Marx no tenían visos de cumplirse. El capitalismo, mal que bien, seguía a pleno rendimiento; la clase obrera no parecía tener vocación internacionalista alguna (desde luego, no durante y tras la llamada al cierre de filas que supondrá la Primera Guerra Mundial); y la burguesía, supuesto que temiese una revolución a pesar de todo, se había mostrado más que dispuesta a comprar la estabilidad, la armonía y la seguridad sociales a cualquier precio, tolerando incluso los entendimientos con partidos socialistas cuyo socialismo, para escándalo e indignación de los más puristas, se iba progresivamente normalizando al afianzar parlamentariamente sus versiones democráticas y reformistas en detrimento de las radicales, intransigentes y revolucionarias. Tal vez el capitalismo tuviese los días contados, pero el número de jornadas que le restaban no parecía pequeño.

[H]e aquí que Marx no había previsto esta situación nueva que acaba de crearse, no había podido imaginar una burguesía que rehuiría el combate, que tendería a atenuar su fuerza, que compraría a cualquier precio la paz social. No había tampoco predicho

²⁴⁹ Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, p. 142.

²⁵⁰ «La propuesta del fascismo italiano al proletariado, y a los sectores de la clase media baja, fue simple y, en principio, convincente: la razón de vuestra miseria y de vuestra hambre no reside dentro de Italia, sino fuera; es una consecuencia de la explotación de la proletaria nación italiana por las poderosas naciones oligárquicas. La lucha de vuestra liberación no es la lucha social en el marco interno de la pobreza nacional italiana sino la lucha internacional, en cuyo ámbito Italia ha de pasar de ser una nación oprimida y explotada a ser una nación libre e imperial como la que más. Resuelta la contradicción interés nacional italiano-interés social proletario (...), el resto lo hizo, en el movimiento de adhesión popular, el fresco sentimiento patriótico desarrollado en la indicada reciente larga lucha por la independencia y por la unidad». (Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, p. 144.) De nuevo, como señalamos, Lenin echará mano, con anterioridad al fascismo, de un argumentario similar, solo que evidentemente desprovisto del mensaje de reconciliación y coordinación clasista total, para justificar, primero, la posibilidad de establecer el comunismo en la atrasada Rusia, y segundo, la colaboración entre obreros y campesinos como condición indispensable, justamente, de la superación de ese atraso.

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

que el capitalismo, que había modernizado el mundo con una rapidez sin precedentes, no completaría su función social y no crearía ese proletariado unido, organizado, consciente de su fuerza y de su misión. Marx no podía prever que la modernización obtendría resultados completamente extraordinarios en lo tecnológico, pero absolutamente desastrosos en lo social, moral y político. Marx no podía anticipar ni la decadencia burguesa, ni la decadencia proletaria. No podía concebir que los partidos socialistas, esos partidos proletarios, antaño conscientes de su misión, llegarían a convertirse en instrumentos de la colaboración de clases y fabricarían el socialismo democrático. Marx no podía imaginar que para salvar al proletariado, y, con él, a la civilización, sería necesario crearlo todo artificialmente: conciencia de clase, voluntad de lucha, polarización social. No pudo imaginarse una situación en la que, para impedir que la civilización se sumiera en la decadencia, había de ser necesario devolver a la burguesía sus apetitos y al proletariado su ardor. Marx no pudo vislumbrar una coyuntura en la que la organización sindical oficial llegaría a convertirse en «una variedad de la política, en un modo de medrar», como tampoco pudo concebir una situación en la que «el gobierno republicano y los filántropos han encabezado la tarea de exterminar el socialismo desarrollando la legislación social y moderando las resistencias patronales en las huelgas».²⁵¹

Sobre la base de estas constataciones y de las del propio Marx²⁵², ciertos pensadores dedujeron que la única vía posible para extinción del modo de producción capitalista pasaba, justamente, por «crearlos todo artificialmente», o lo que es lo mismo, por la exacerbación del conflicto social. Si lo que desencadenaría el colapso del sistema sería su polarización máxima y suprema, lo que desencadenaría el desencadenamiento habría de ser el fomento de esa misma polarización. Así lo entendieron los sindicalistas revolucionarios deudores de Sorel. Si eran las contradicciones internas del capitalismo lo que acabaría por corroerlo y arruinarlo y era precisamente su corrosión y su ruina lo que se buscaba, la solución saltaba a la vista: había que estimular esas contradicciones *ad nauseam* para conducirlos al paroxismo. Y la única forma de lograrlo era, paradójicamente, estimulando al propio capitalismo. En otras palabras, apostando no por un mercado libre, sino por un mercado *libérrimo*, cuyo salvajismo feroz incrementaría exponencialmente las desigualdades y las injusticias sociales hasta un punto de no retorno que resucitase el a la sazón decaído y titubeante ardor combativo y la capacidad revolucionaria del proletariado y lo conminase de manera definitiva e irrevocable a asaltar el poder. Esta idea, sumada a la importancia de las teorizaciones nacionalistas y el reconocimiento de la ingente potencia y funcionalidad del propio nacionalismo como motor aglutinador, homogeneizador y galvanizador de las masas²⁵³, sentó las bases para la revisión

²⁵¹ Sternhell, Sznajder y Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, pp. 94-95. Las citas entrecomilladas proceden de *Reflexiones sobre la violencia*, de Sorel.

²⁵² Quien «[e]n 1848, en los mismos días en los que facturaba el *Manifiesto comunista* (...) pronunciaba un discurso ante la Sociedad Democrática de Bruselas –incluido años más tarde en la *Miseria de la filosofía*–, y remataba su[s] palabras con un resumen periodístico de su convicción de que el desarrollo de las fuerzas productivas arrasaría con ese pasado «que hay que hacer añicos». Para citar de nuevo el famoso discurso: «El sistema proteccionista es en nuestros días conservador, mientras que el sistema de libre cambio es destructor. Este corroe las viejas nacionalidades y lleva al extremo el antagonismo entre la burguesía y el proletariado». En corto: el capitalismo contribuía a reforzar, en la mejor dirección, varias líneas programáticas irrenunciables para los socialistas. Y estas líneas, de alguna manera, favorecían la realización de la razón en el mundo, para decirlo *à la Hegel*. (Ovejero Lucas, Félix, *La deriva reaccionaria de la izquierda*, Página Indómita, Barcelona, 2018, p. 37.)

²⁵³ Percepción que no se les escapará a los fascistas: «Para los teóricos fascistas, dadas las exigencias económicas y estratégicas del mundo moderno, la nación se había convertido en el vehículo más eficaz para la competición en grupo y para la supervivencia. Siempre sostuvieron que Marx y los marxistas jamás habían comprendido la fuerza del nacionalismo contemporáneo, porque no supieron ver ni su origen en la historia de la humanidad, ni sus funciones en el mundo moderno. El resultado fue que los marxistas siempre subestimaron las raíces psicológicas del sentimiento nacional y, por consiguiente, no supieron apreciar ni la efectividad de la identificación de grupo, ni la utilidad de símbolos nacionales en la movilización de las masas al servicio de una empresa colectiva. Los fascistas sostenían que si el nacionalismo era la expresión de una identificación afirmativa con una comunidad que compartía intereses similares, en un ambiente de intensa competición, entonces el internacionalismo era una ficción doctrinal, útil solamente para los intereses políticos de nacionales «estatales», aquellas comunidades que exportaban las comodidades «plutocráticas» –y capital– que procuraban asegurar su acceso libre a los recursos del mercado y a salidas de inversión en las regiones menos desarrolladas del mundo. El internacionalismo fue

del marxismo llevada a cabo por los sindicalistas revolucionarios italianos, que mediante una serie de inverosímiles combinaciones ideológicas confeccionaron un tipo de marxismo antimarxista, antimaterialista y, en ciertos aspectos, antirracionalista o, mejor dicho, idealista y voluntarista. Completada la síntesis nacionalista y sindicalista -o, si se prefiere, socialista radical-, ya no se trataba simplemente de promover la modernización de los países industrialmente atrasados con el fin de colocarlos en la vanguardia de las naciones, como pretendían los nacionalistas, ni tampoco con el de tornar más próxima y factible la revolución. Se trataba de las dos cosas al mismo tiempo: revolución sí, pero nacional(ista). La fusión de ambas corrientes y enfoques proporcionó a todos estos teóricos, nacionalistas y sindicalistas revolucionarios por igual, un nuevo y compartido horizonte de posibilidades dentro del marco del Estado-nación, cuya modernización y prosperidad pasaron a ser vistas como fines en sí mismos antes que como simples instrumentos al servicio de la revolución proletaria internacional.

Gradualmente, todas estas ideas [sobre la industrialización necesaria del mundo como condición de posibilidad de la revolución proletaria ulterior] maduraron hasta ser lo que posteriormente se llamaría [por parte de Robert Michels en su *L'imperialismo italiano*] «el nacionalismo revolucionario de los pobres». Era una variante del marxismo revolucionario, diseñada para la realidad de las naciones menos desarrolladas, en la periferia del capitalismo industrial. Básicamente, era una estrategia para movilizar a las masas y un amplio e intensivo programa de desarrollo económico patrocinado por el Estado. Era una fórmula que aparecería una y otra vez entre revolucionarios en todas las partes industrialmente subdesarrolladas del globo, donde los pueblos se consideraban sujetos a las imposiciones de las «plutocracias». Todos estos convencimientos habían aparecido antes de la Primera Guerra Mundial. Un buen ejemplo es Filippo Corridoni, que antes de su muerte en aquella guerra sostuvo que los sindicalistas revolucionarios deberían promover el desarrollo industrial de la península; deberían ayudar a los rezagados burgueses en su impulso de industrialización; y para lograr este fin, deberían abogar por un sistema gobernado por el mercado y las leyes liberales. Bendecida con abundante mano de obra movilizada con provecho, Italia entraría rápidamente en la era de la máquina. Al igual que los nacionalistas italianos, Corridoni pronto asoció la revolución en Italia con el nacionalismo desarrollista reactivo y despachó el marxismo ortodoxo, con su internacionalismo y su guerra de clases, como irrelevante.²⁵⁴

Así es como, a través de esta primera confluencia «natural» entre nacionalismo y sindicalismo revolucionario, o si se quiere, entre nacionalistas y sindicalistas revolucionarios, dio comienzo, especialmente en el caso de estos últimos, un proceso de reconversión de sí mismos, pronto devenidos *nacionalsindicalistas* y, a la postre, fascistas. Pero para dar estos dos

el pretexto para el imperialismo económico. (...) Los fascistas consideraban que había muy poca consistencia en el internacionalismo del marxismo-leninismo. No existía prueba alguna de que «las masas proletarias» se identificasen con expresión alguna de internacionalismo. La Gran Guerra había demostrado que los seres humanos se identifican con comunidades de ámbito limitado y que el internacionalismo es un sueño hueco. Los fascistas argumentaban que el internacionalismo no estaba al servicio de propósitos revolucionarios, sino de los conservadores, en el mundo del siglo XX. Las naciones industriales que explotaban las economías menos desarrolladas de su periferia eran los conservadores defensores de la estabilidad y la paz internacionales. El internacionalismo solamente podía hacer un flaco favor a las «naciones proletarias», aquellas asediadas por limitaciones económicas y pobreza en general. El internacionalismo era producto del capitalismo tardío, al servicio de los intereses del «mercado libre» del imperialismo, y diseñado para desarmar la resistencia de los pobres. La noción de que las naciones del mundo moderno que sufrían un retraso económico podrían ser rescatadas por algún tipo de revolución proletaria internacional era, en el mejor de los supuestos, engañosa. Era mucho más probable que cualquier compromiso con el internacionalismo convirtiese a las naciones económicamente retrasadas en víctimas de la explotación –en un estado de dependencia perpetua y de desarrollo sin escapatoria–. (Gregor, Anthony, *Los rostros de Jano. Marxismo y fascismo en el siglo XX* (2000), traducción de Pilar Placer Perogordo, Biblioteca Nueva, Universidad de Valencia, Valencia, 2002, pp. 209-210.)

²⁵⁴ Gregor, *Los rostros de Jano*, p. 198.

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

últimos pasos aún debían concurrir un par de factores más a la ecuación: las lecciones de la Revolución Rusa y el retorno de los combatientes.

La toma del poder por parte de los bolcheviques había supuesto, cuanto menos, el inicio de un periodo de expectación por parte del mundo entero. Del marxista, por la expectativa de que sus previsiones fuesen cumplidas y sus anhelos, colmados; del antimarxista, por la posibilidad de que sus peores pesadillas fuesen hechas realidad. Unos y otros aguardaban con esperanza o terror, según casos, pero siempre con suspense y dramatismo, la cosecha tras la siembra del bolchevismo ruso. Y la conclusión no pudo ser más desalentadora para los primeros y tranquilizadora para los segundos: Rusia se hundía. El bolchevismo fracasaba. Más aún, el capitalismo era insustituible. El lema «*There is no alternative*» (TINA), puesto de moda a finales del siglo XX por «neoliberales» como Margaret Thatcher y respaldado por tesis como la del fin de la historia de Fukuyama, bien podría haber sido esgrimido a comienzos.

Los sindicalistas revolucionarios creyeron encontrar en la decepción bolchevique la confirmación de sus hipótesis. El capitalismo, lejos de fenecer, permanecía incólume, y demostraba suficiente astucia y flexibilidad como para resistir los embates de todo un *corpus* «científico» como el marxista. Sin duda, allí donde este se había puesto en práctica había arrojado un fehaciente fracaso a todos los niveles. La deducción parecía clara: no había alternativa posible al sistema económico capitalista. No si lo que se pretendía era mantener sus pingües beneficios y su inigualable capacidad para la creación de riqueza. Todo lo más que se podría hacer sería *reformularlo* con el fin de paliar sus perjuicios, pero entonces habría que contar con algún instrumento que pudiese ejercer esa función de dirección, corrección, reforma y contrarresto: el Estado. El mismo Estado que los nacionalistas loaban en tanto medio efectivo de mantenimiento, conservación y engrandecimiento de la nación pasaba ahora a ser venerado también por los sindicalistas revolucionarios, que tan pronto como corroboran en base a la experiencia rusa la verosimilitud de sus propios planteamientos marxistas revisionistas (hasta trocarse antimarxistas) asumen que, en efecto, no hay alternativa al capitalismo, y lo que es más: que no tiene por qué haberla, ya que siquiera *a priori* bastaría con reformularlo en clave puramente *productivista* para lograrlo todo, desde la generación de riqueza y prosperidad hasta la resolución de la cuestión social –concordia nacional(ista) mediante-, pasando, incluso, por la consecución del socialismo, que no del marxismo²⁵⁵. El productivismo se convierte, así, en el sistema económico modelo, en el paradigma a implantar y seguir. Porque si de lo que se trata es de sacar adelante la nación al completo, y el medio para lograrlo es el incremento constante de la producción, de nada sirve incentivar la rivalidad entre las clases existentes dentro del Estado. Todo lo contrario; lo que hay que hacer es limarla, difuminarla, diluirla, subsumirla por completo bajo el ideal de la nación fuerte y, como condición de posibilidad de dicha fuerza, unida. En otras palabras, la producción implica a *todos* los miembros de la nación, y en este sentido repugna toda división social del tipo burgueses-proletarios o poseedores-desposeídos. En tanto *todos* pueden aportar algo, *todos* pueden ser productores y partícipes provechosos del bien común y compartido: el engrandecimiento de la nación²⁵⁶.

²⁵⁵ Ya que, desde cierta perspectiva, la doctrina marxista y los principios del *verdadero* socialismo pueden contemplarse, y se contemplaban de hecho, como radicalmente opuestos: «Marx ha sido el peor enemigo de la concepción socialista. El socialismo, como ya se revela en la simple significación de la palabra, funda su estructura en una base que abarca la sociedad como unidad de *todos* los elementos que la componen. Todo lo que sea eliminación de individuos o de clases sociales queda, por definición, fuera del círculo de la concepción socialista. En este sentido no existe diferencia substancial entre el fascismo, el integralismo y la idea socialista; sus diferencias están en la organización jerárquica social, pero no en el punto de partida socializante. (...) ¿Pasa esto [la integración de todos] en los planes de organización social de Marx? Éste toma una porción de la sociedad, los proletarios, y a esa porción entrega la suerte de toda la vida social; no da pan para todos, sino que con las lágrimas y con sangre de unas clases sociales amasa pan el proletariado. El despojo es su método y la violencia su modo de acción. El marxismo, en vez de llamarse tan inmodestamente “socialismo científico” debiera denominarse “*antisocialismo proletario*”». (Gay y Forner, *Qué es el socialismo, qué es el marxismo, qué es el fascismo*, pp. 169-170. La cursiva es añadida.)

²⁵⁶ Entendida, además de como ente orgánico del que todos sus miembros constituyen células y todas sus instituciones constituyen órganos, como *mito* movilizador en la línea trazada por Sorel: «[Según Sorel] La utilización de la violencia

Los nacionalsindicalistas sostuvieron que Italia, como nación «proletaria», con una población que excedía la capacidad de su territorio, sin materia prima y escasa de capital, jamás escaparía de la trampa de la pobreza colectiva y de su desamparo en el mundo moderno, *a no ser que la revolución política y social uniese a todo el pueblo en una disciplinada empresa nacional de producción sistemática, ampliada y cada vez más sofisticada.* Tal programa necesitaría un sacrificado programa de frugalidad patrocinado por el Estado, trabajo intenso y empresa colectiva en el esfuerzo por crear una «Italia Más Grande». Los incentivos materiales eran útiles, pero la máxima energía tenía que salir del entusiasmo de las masas, movilizadas para el propósito nacional por convencimiento «heroico». (...) Los intelectuales fascistas [basándose en el diagnóstico sindicalista revolucionario/nacionalsindicalista] sostenían que los fracasos de los bolcheviques en Rusia fueron lecciones que confirmaban la necesidad de una economía de mercado basada en la propiedad privada, la existencia de un Estado con base jerárquica y un programa de movilización de masas en una empresa de regeneración nacional.²⁵⁷

En un Estado o una nación concebida como una comunidad de productores o, como dirán más adelante los falangistas españoles, «como un gigantesco sindicato de productores»²⁵⁸, la única escisión tolerable en el seno de esta comunidad de productores es la que pudiera darse entre los que efectivamente producen y los que no lo hacen, esto es, entre productores propiamente dichos y «*parásitos*» sociales que no solo no contribuyen al bienestar general, sino que se aprovechan de él, lo que hace aconsejable —y legítima— su «extirpación» a mayor gloria de la nación y, de paso, del bien común²⁵⁹.

proletaria ha convertido a Rusia [de la mano de Lenin] de nuevo en moscovita. Alabanza ésta un tanto extraña en boca de un marxista internacionalista, pues demuestra que *la energía de lo nacional es mayor que el mito de la lucha de clases.* (...) También allí donde se ha llegado a un conflicto abierto entre los dos mitos —en Italia— ha vencido (...) el mito nacional. (...) En su famoso discurso de octubre de 1922, en Nápoles, antes de la marcha sobre Roma, Mussolini dijo: «Hemos creado un mito; el mito es fe, noble entusiasmo; no tiene por qué ser una realidad; es un impulso y una esperanza, fe y valor. Nuestro mito es *la nación*, la gran nación que queremos convertir en una realidad concreta». (Schmitt, Carl, *Sobre el parlamentarismo* (1923), traducción de Thies Nelsson y Rosa Grueso, Tecnos, Madrid, 1990, pp. 95-96. La cursiva es añadida.) Por cierto que, en Italia, esta concepción mitológica de la nación estaba presente desde el principio en la doctrina nacionalista, mientras que la sindicalista partirá lejos de ella pero la irá asumiendo de forma paulatina aunque plena: «Dado que el capitalismo no conduce a la sociedad hacia la etapa final de su maduración, dado que no parece que el orden burgués vaya por sí mismo a naufragar en un futuro inmediato, dado que la violencia obrera sustentada en las reivindicaciones materiales no eleva al proletariado al nivel de una fuerza histórica susceptible de engendrar una nueva civilización, dado que diariamente se comprueba que los intereses materiales del proletariado —y no exclusivamente de los políticos socialistas— le predisponen a llegar a componendas con la burguesía, es necesario introducir en las relaciones sociales hechos nuevos: una rebelión moral sustituirá a la lucha por las condiciones de vida, el método psicológico toma el relevo del enfoque mecanicista tradicional, y el irracionalismo sustituye al contenido marxista clásico del socialismo. Dado que se comprueba que las masas no se mueven impulsadas por razonamientos, dado que el socialismo se obstina en seguir siendo, como dictaba la vieja tradición guesdista, «el partido de la barriga», dado que el capitalismo no se hunde y que la polarización social no se produce, es necesario accionar artificialmente un proceso de rebelión de un nuevo tipo, sólidamente adaptado a las nuevas condiciones sociales. *Ésa es la función de la teoría de los mitos que constituyen las entrañas mismas de la revisión antimaterialista del marxismo.*» (Sternhell, Sznajder y Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, pp. 77-78. La cursiva es añadida.)

²⁵⁷ Gregor, *Los rostros de Jano*, pp. 203-204.

²⁵⁸ Punto noveno del Programa de Falange Española de las JONS de 1934.

²⁵⁹ Planteamiento propio no solo del totalitarismo nazi-fascista, sino del totalitarismo genérico: «Una de las primeras instancias del uso moderno de esta metáfora [la metáfora del «Estado jardinero»] la ofrece Federico el Grande, según el cual una de las tareas del Estado era «plantar» y «cultivar» las variedades más saludables de seres humanos. (...) [D]urante la Revolución francesa ya se estaban tramando planes de purificación de la sociedad, como se desprende del discurso que el célebre gramático François-Urbain Domergue pronunció ante el Comité de Instrucción Pública con la intención de que purificaran de doctrinas falsas los libros de la nación, el antecedente directo del discurso biopolítico, partidario de la higiene social del siglo XX: Amputemos los miembros gangrenados del cuerpo bibliográfico. Curemos a nuestras bibliotecas de la hinchazón que presagia la muerte; dejemos sólo la robustez sana, único síntoma de salud (...). Hubo que esperar al siglo XIX, el siglo que inauguró la «amistad peligrosa» de la ciencia, el modernismo social y político, y el pesimismo dionisiaco, para que se pusieran los cimientos científicistas (...) para que surgiera la visión nazi de una comunidad nacional depurada de todo síntoma de desviación y de degeneración, tanto desde el punto de vista cultural como eugenésico. (...) En la obra del propio Hitler, un «jardinero» mucho más competente incluso que Stalin, Mao Zedong, Pol Pot o cualquier otro dictador totalitario del siglo XX (...) vislumbramos otro destello de esta moralidad y esta conciencia «superiores». En *Mein Kampf* afirmaba: Sólo cuando una época deja de obsesionarse por la sombra de su propio sentimiento de culpa se alcanza la paz

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

Cuando [Antonio] Labriola presenta el ideal sindicalista revolucionario de una sociedad de productores libres, describe las relaciones consensuales surgidas de la voluntad de *todos* los productores. Labriola habla de productores, *no* de proletariado. Distanciándose de la conceptualización y de la terminología marxistas, la categoría «productores» indica un tipo de organización corporativista que se halla, justo después de la guerra, en los escritos políticos de Lanzillo, Panunzio y De Ambris. En definitiva, los productores deben agruparse en corporaciones cuyos miembros están unidos por una comunidad de intereses socio-económicos. Cabe la posibilidad de que los intereses de una corporación sean antagónicos con los de una u otra corporación. Es evidente que este esquema es la antítesis del marxismo, en la medida que su criterio fundamental no es la relación entre el trabajador y los *medios* de producción –de la que resulta la propiedad y la explotación del trabajo por el capitalista–, sino la relación entre los trabajadores y el *proceso* de producción. En consecuencia, la clase-categoría de los productores, en el futuro podrá incluir a *todos* los actores del *proceso* de producción, o sea, a los obreros, técnicos, administradores, gestores, directores y también a los industriales capitalistas. Los sindicalistas revolucionarios contraponen a esos productores una clase-categoría *parasitaria*, integrada por todos cuantos no contribuyen al proceso de producción. De este modo, se sustituye el modelo marxista de la lucha de clases por el de una corporación que se constituye desde abajo, compuesta primeramente por proletarios y algunos otros productores, más tarde por todos los productores. Para los sindicalistas revolucionarios, este modelo refleja pura y simplemente la realidad, pero, por encima de todo, posee la insigne ventaja de proponer una solución integrada del problema social y del problema nacional. El fascismo de los años 1919 y 1920 procede de esta evolución ideológica.²⁶⁰

Así llega a su cierre y culminación, finalmente, la (re)interpretación del marxismo clásico llevada a cabo por los sindicalistas. Con la única adición de la clave nacionalista bastó para desvirtuar aquel y reciclarlo de arriba abajo, remozándolo en una nueva forma que poco o nada tendrá que ver con la original, no obstante su parentesco directo. Asimismo, reconfigurado en dicha clave nacionalista, tan solo es cuestión de dar un paso más allá y llegar al fascismo simplemente por medio de la sustitución del campo de batalla (del mundo al Estado-nación), de sus contendientes (de la burguesía y el proletariado a los productores y los «parásitos») y de sus relaciones mutuas (de la lucha de clases a la colaboración interclasista)²⁶¹.

Cuando acaba la guerra y los aliados ningunean a Italia, los combatientes que habían retornado del campo de batalla se sintieron despreciados. Entendían que habían entregado su vida y sacrificado a sus compañeros no por la recompensa que ellos pudieran obtener, sino por la que Italia pudiera lograr. Y, sin embargo, no tardó en demostrarse que Italia, y

interior y la fuerza exterior para *podar* de forma implacable y despiadada los *brotos salvajes* y arrancar de raíz las *malas hierbas*. (Griffin, *Modernismo y fascismo*, p. 259-262. En cursiva en el original).

²⁶⁰ Sternhell, Sznajder y Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, p. 216. En cursiva en el original.

²⁶¹ «Socialismo más nacionalismo, igual a fascismo. Esta es la ecuación a la que llegaron los sindicalistas revolucionarios como su particular punto de no retorno. Es la clave, el punto de partida. A partir de su formulación dejaron de ser socialistas para convertirse en otra cosa, en algo que derivará en lo que tradicionalmente hemos considerado fascismo. Semejante definición, claro está, tendrá un ejército de indignados detractores: hoy en día a uno se le ocurren muchos ejemplos de movimientos que fusionan socialismo y nacionalismo y no por ello son fascistas. Sin embargo la Historia es obstinada, y *no es casual que el nacionalsocialismo o el nacionalsindicalismo se llamen precisamente así*. No es posible definir al fascismo como un movimiento socialista. No lo es. Aunque llegado el caso podría serlo, y de hecho existen y han existido movimientos fascistas con un claro componente social e incluso comunista. La diferencia estriba en que, al contrario que el marxismo, realizan una lectura nacionalista de manera que sustituyen la lucha de clases –elemento de disgregación nacional– por la nación como aglutinante de la sociedad. En este sentido, *resulta muy importante saber diferenciar los planteamientos puramente fascistas de los argüidos por la derecha autoritaria radical, antisistema los primeros y conservadores los segundos*». (Bolinaga, *Breve historia del fascismo*, pp. 37-38. La cursiva es añadida.) Por otro lado, conviene tener en cuenta lo que esto significa, a saber, que el fascismo no hubiera sido posible sin la revisión nacionalsindicalista. O lo que es lo mismo (de acuerdo con lo señalado en el capítulo segundo): que *el fascismo jamás hubiera visto la luz de no haber existido, con anterioridad a él, el resto de ideologías políticas del espectro*. A lo largo del presente capítulo volveremos de forma recurrente sobre este aspecto.

bajo su bandera ellos, había luchado para nada, con mucha pena y, lo que es peor, con poca o ninguna gloria. Se sentían, pues, engañados y traicionados. No por su nación, sino por su Gobierno. Este era el culpable de haberse dejado engatusar por los aliados, que ahora, a la hora del triunfo y la verdad, apenas si amagaban con dar la cara por el país transalpino, en defensa de sus legítimas –y firmadas– reivindicaciones. En esta circunstancia, era cuestión de tiempo que los retornados comenzasen a conspirar políticamente con la intención de obtener el poder del que se creían indiscutibles merecedores²⁶². Curtidos en el combate y aleccionados en la escuela de la guerra, lo único que les faltaba para albergar opciones reales de acceso al poder era un ideario, un credo, un *corpus* ideológico que les permitiese adentrarse en el para ellos ignoto y, hasta entonces, despreciado mundo de la política (o del politiquero) y lograr sus objetivos. Por su parte, los nacionalistas y los sindicalistas revolucionarios, a la sazón nacionalsindicalistas, que a estas alturas ya se encontraban ideológicamente entrelazados y caminando de la mano, también se sentían ávidos de acción. Consideraban que sus teorías eran válidas y funcionales, que la experiencia las había respaldado y que su éxito en el futuro estaba garantizado. Solo necesitaban lo mismo que los retornados: un medio de acceso al poder.

Hasta tal punto la teoría de evidente cuño nacionalista-socialista creada entre los nacionalistas y los sindicalistas revolucionarios se ajustaba a la perfección con la práctica nacionalista-socialista vivida por los combatientes en el frente²⁶³, que con la aparición de la figura de Mussolini –quien ya había colaborado con los nacionalsindicalistas antes de la guerra²⁶⁴– la confluencia y reunión entre unos y otros se produjo de forma poco menos que natural.

Benito Amilcare Andrea Mussolini²⁶⁵ provenía de las filas del más furibundo y visceral socialismo italiano. Tan furibundo y tan visceral era su socialismo que, de hecho, llegó a ser expulsado del *Partito Socialista Italiano* (PSI) tras haber protagonizado una carrera meteórica en el seno del mismo partido. A raíz de la división interna del partido en 1912 con

²⁶² Así lo expresará, en tanto uno de ellos, Mussolini en mayo de 1918: «Nosotros los supervivientes, quienes hemos vuelto, exigimos el derecho de gobernar Italia...» (Citado en Carsten, *La ascensión del fascismo*, p. 63.) Esta abogacía por el gobierno «trincheroocrático» –del que ya hicimos brevísimas menciones y del que volveremos a hacernos igualmente breve eco más abajo– será una constante tanto en el Fascismo como en el fascismo.

²⁶³ «El fascismo heredó estas tradiciones [nacionalismo, neorromanticismo, vitalismo, antiliberalismo / antiparlamentarismo, activismo, etc.], pero *las fundió con los mitos, las experiencias y los estados de ánimo generados por la guerra*, produciendo una nueva síntesis que millones de hombres y mujeres consideraron aceptable para afrontar con entusiasmo los conflictos de la modernidad. (...) [F]ue una forma nueva e inédita de nacionalismo revolucionario surgida después de la Gran Guerra que derivaba su identidad originaria (...) de la «*experiencia vivida*» por la guerra y por su mitificación como concreta realización mística de la comunidad nacional representada por la «*camaradería del frente*». (...) [N]ació de la *voluntad de perpetuar la experiencia bélica* sublimada como una nueva e inédita forma de «misticismo nacionalista», *institucionalizándola a través de la militarización y la sacralización de la política* (...). [M]ás allá de las diferencias, incluso profundas, de contenidos ideológicos y de objetivos a perseguir, éstos [los distintos fascismos] tuvieron en común el misticismo nacionalista, el dinamismo revolucionario, el integrismo ideológico fundado en el mito de la nación concebida como una *comunidad orgánica compacta que debía ser unitaria y homogénea, en estado de movilización permanente, para afirmar su grandeza, su potencia y su prestigio en el mundo*. (...) Este fenómeno caracterizó la vida política europea de entreguerras (...) proponiéndose como una «tercera vía» nacionalista, totalitaria y corporativa, entre capitalismo y comunismo. (...) [E]sta búsqueda de la «tercera vía» fue llevada a cabo bajo la perspectiva de la creación de un nuevo orden y de una nueva civilización basados en la militarización y en la sacralización de la política, en la organización y la movilización de masas integradas a través del Estado totalitario, en la comunidad orgánica de la nación ideológica y étnicamente homogénea». (Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, pp. 64-65. La cursiva es añadida.)

²⁶⁴ «Éste [Mussolini] declarará, en 1909, que se convirtió en sindicalista cuando la huelga general de 1904. En realidad, ya desde su exilio en Suiza, entre 1902 y 1904, sus lazos con los sindicalistas revolucionarios quedaron perfectamente trenzados. Colabora en *Avanguardia Socialista* [semanario creado en 1902 por Antonio Labriola, líder del sindicalismo revolucionario italiano], lee a Sorel y a Pareto, y sufre la decisiva influencia de teóricos y jefes del sindicalismo revolucionario como Olivetti, Panunzio, Alcide de Ambris y Filippo Corridoni. (...) Mussolini desde el primer momento de su enrolamiento suscribe los principios fundamentales del sindicalismo revolucionario». (Sternhell, Sznajder y Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, p. 44. En cursiva en el original.)

²⁶⁵ Llamado así por expreso deseo de su padre, Alessandro Mussolini, que en su condición de socialista confeso quiso honrar a Benito Juárez (expresidente de Méjico), Amilcare Cipriani (patriota italiano y –a pesar de eso– anarquista) y Andrea Costa (primer diputado socialista elegido en la historia del Parlamento italiano). En cuanto a la vida de Mussolini, aquí nos centraremos en su fase como socialista radical y su posterior evolución. Para una exposición biográfica de referencia, la tetralogía del mayor conocedor del Fascismo, Renzo Felice: *Mussolini il rivoluzionario* (1965), *Mussolini il fascista* (1966-1968), *Mussolini il duce* (1974-1981) y *Mussolini l'alleato* (1990-1997).

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

motivo de la posible incorporación al gobierno de Giolitti (que podía ser considerada como una traición) y, sobre todo, de la anexión de Libia por parte de Italia, Mussolini, encabezando la facción de los socialistas «puros», opuestos por principios a ambas cosas y conocidos como «maximalistas» debido a su radicalidad, consiguió la expulsión de los socialistas más moderados y proclives a la aceptación de la anexión²⁶⁶. A partir de entonces, su poder e influencia sobre todo el partido no dejaron de aumentar, hasta el punto de que Lenin (y también Trotsky) consideraba a Mussolini como la mayor esperanza del socialismo en el sur de Europa y, por extensión, en Europa misma.

Empero, la guerra mundial trastocó los planes de todos. Mussolini, que había sido el más vehemente pacifista y antimilitarista hasta entonces, comenzó la guerra secundando la neutralidad italiana y del PSI, pero no tardó en modificar su postura. Aparentemente, los motivos que lo llevaron a su cambio de opinión se resumían en un fuerte sentimiento antiimperialista y, por tanto, contrario a las Potencias Centrales (Alemania y Austria-Hungría), amén de en su visión de la guerra como oportunidad, pero no tanto para la unión cultural y moral nacionales²⁶⁷ como para el advenimiento de la revolución social:

Antinacionalista, antimilitarista e internacionalista, cuando estalló el conflicto europeo, se declaró inmediatamente a favor de la neutralidad absoluta, pero pocos meses después, en el otoño de 1914, abogó por el intervencionismo defendiendo que la guerra era necesaria para combatir el militarismo y el autoritarismo de los Imperios centrales y para crear las condiciones para la revolución social. Mussolini se había hecho la ilusión de poder convencer a una gran parte del Partido Socialista de participar en la guerra, pero en realidad, sólo pocos socialistas lo siguieron cuando en noviembre dio vida a un periódico propio, *Il Popolo d'Italia*, para sostener la necesidad de la intervención italiana en la guerra contra Austria. Por esta razón fue expulsado del partido y condenado como «traidor» por las masas socialistas.²⁶⁸

Esta actitud, en efecto, lo condujo al ostracismo dentro de su propio partido, que decidió echarlo en 1914. Sin embargo, lejos de impelerlo a abandonar sus ideas socialistas, la expulsión simplemente le hizo recapacitar sobre la naturaleza de las mismas. Pronto se convenció de que, cegado por el credo socialista ortodoxo, no había sido capaz de tener la intuición suficiente como para percatarse del valor de lo nacional en pro de lo revolucionario. Ahora, libre de ataduras partidistas, lo veía claro: ni el nacionalismo es enemigo del socialismo ni, por añadidura, uno y otro son incompatibles. Todo lo contrario:

En una primera fase, el planteamiento mussoliniano presenta el nacionalismo como un instrumento al servicio del socialismo: puesto que la solidaridad internacional de los trabajadores no puede ejercerse a causa de las rivalidades nacionales, puesto que la cuestión nacional bloquea las veleidades revolucionarias, la vía de la revolución social pasa por la solución de los problemas nacionales. La revolución sigue siendo el objetivo último, y Mussolini se esfuerza en demostrar que no hay ningún tipo de contradicción entre nacionalismo y socialismo. (...) La revolución que se avecina, de ahora en adelante, sólo podrá ser una revolución nacional y antimarxista; pero ello no implica, a su entender, que haya de ser una revolución burguesa.²⁶⁹

Finalmente, su participación en la guerra terminó de «nacionalizar» sus convicciones socialistas exactamente en la misma senda seguida tiempo antes por los sindicalistas:

²⁶⁶ Estos moderados formaron su propio *Partito Socialista Reformista Italiano* en julio de 1912.

²⁶⁷ Una visión propia, como recordaremos, de los nacionalistas, que soñaban con finalizar el proceso de unificación *de los italianos* iniciado por el *Risorgimento* y hacían radicar el éxito de ese proyecto en la apuesta por la participación de Italia en la coyuntura bélica.

²⁶⁸ Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, pp. 26-27.

²⁶⁹ Sternhell, Sznajder y Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, pp. 329, 331.

La experiencia de la guerra, en la que participó entre 1915 y 1917, (...) fue definitiva para su conversión del socialismo marxista e internacionalista al nacionalismo ecléctico y revolucionario que afirmaba la supremacía de la nación sobre las clases, y combatía a los partidarios de una revolución socialista, sosteniendo la vitalidad del capitalismo productivo y la necesidad de la colaboración de las clases para incrementar la riqueza y la potencia de la nación.²⁷⁰

Observamos, pues, cómo Mussolini conjugaba un discurso nacionalista calcado al del nacionalismo italiano con un proyecto socialista radical prácticamente idéntico al de los sindicalistas revolucionarios devenidos nacionalsindicalistas, entre los que pronto se contó él mismo²⁷¹. A los efectos, se le podría considerar la encarnación de ambas prédicas e ideales²⁷². De ahí que su aparición, además de fulgurante, fuese tenida (al menos desde ciertos sectores) por «necesaria» e, incluso, por «providencial»²⁷³. En aquella época, en Italia nadie sintetizaba como él ambos credos, y solo otro personaje al alza —el poeta Gabriele D’Annunzio, de quien hablaremos más adelante— estaba tan dotado como él para ejercer el rol de líder de una comunidad homogénea y uniformada, con un proyecto y objetivo comunes y una retórica revolucionaria, electrizante y galvanizadora para las masas.

Así pues, Mussolini, consciente de su viabilidad como líder de un nuevo e históricamente inédito movimiento²⁷⁴ que capitalizase tanto el descontento de los antiguos combatientes como los anhelos teóricos de los nacionalsindicalistas, se puso manos a la obra, fundando oficialmente en marzo de 1919, en la plaza San Sepolcro de Milán, los *Fasci Italiani di Combattimento* (algo así como «hermandades de combate»), escuadra armada antes que partido autodenominada, de hecho, «antipartido»²⁷⁵, no obstante su ulterior condición de precursora del *Partito Nazionale Fascista* (PNF):

²⁷⁰ Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, p. 27.

²⁷¹ Aunque sin dejar de considerarse nunca como socialista, hecho que, por otro lado, no debe sorprender, teniendo en cuenta que ni el sindicalismo revolucionario ni su evolución «nacionalizada» o «desinternacionalizada», es decir, nacionalsindicalista, renunciaron jamás a su socialismo de base, solo que, como hemos visto, revisado y re-naturalizado en clave nacional(ista). Otro tanto de lo mismo sucederá con otros nacionalsindicalismos, como por ejemplo el español, de cuyo caso nos ocuparemos en el capítulo octavo.

²⁷² «Al término de las hostilidades, Mussolini y los suyos, en especial los sindicalistas revolucionarios y los futuristas, están persuadidos de haber abierto, con el sindicalismo nacional, una *tercera vía*, esa vía tan febrilmente buscada entre un marxismo que acaba de derrumbarse y un liberalismo cuyas taras morales y políticas están más que demostradas. A Mussolini, como buen discípulo del marxismo hegeliano, le gusta hablar de una síntesis de dos antítesis: clase y Nación. (...) [En este sentido,] [s]egún Mussolini, la concepción fascista del Estado no difiere de la concepción comunista más que en la sustitución de los términos de referencia: la Nación sustituye a la clase». (Sternhell, Sznajder y Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, pp. 336, 349. En cursiva en el original.)

²⁷³ Sobre la relación entre Mussolini y su proceso de «mesmerización» (*grosso modo* análogo al de otros líderes y dictadores de la historia), la obra de Emilio Gentile ofrece una espléndida ilustración al respecto, destacando dos de nuestras obras de cabecera en lo relativo a este capítulo: *Fascismo. Historia e interpretación* (2002) y, especialmente, *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista* (1993).

²⁷⁴ «La novedad del fascismo italiano en el siglo XX es otro dato que debería ser cierto e irrefutable en cuanto que ha sido: a) el primer movimiento nacionalista revolucionario, organizado en un *partido milicia* que conquistó el monopolio del poder político y destruyó la democracia parlamentaria para construir un Estado nuevo y regenerar la nación; b) el primer partido que llevó el pensamiento mítico al poder e institucionalizó la sacralización de la política a través de los dogmas, los mitos, los ritos, los símbolos y los mandamientos de una religión política exclusiva e integrista, impuesta como fe colectiva; c) el primer régimen político que, por las características apenas citadas, ha sido definido «totalitario» desde sus inicios, mientras esta definición sólo sucesivamente ha sido extendida, por analogía, también al bolchevismo y al nacionalsocialismo. Estas tres características que, a mi juicio, son los elementos fundamentales para definir la novedad y la identidad del fascismo italiano, son las bases sobre las que construir un modelo general». (Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, pp. 78-79. En cursiva en el original.)

²⁷⁵ Etiquetaje propio de todos o la inmensa mayoría de los fascismos, sobremanera en los casos italiano y alemán: «Cuando Mussolini decidió convertir su movimiento en un partido a finales de 1921, algunos de sus tempranos seguidores idealistas consideraron que eso era descender al turbio campo de parlamentarismo burgués. Ser un partido situaba el hablar por encima del actuar, los acuerdos por encima de los principios y los intereses rivales por encima de una nación unida. Lo que los primeros fascistas idealistas consideraban que ofrecían era una nueva forma de vida pública (un «antipartido») capaz de agrupar a toda la nación, en oposición tanto al liberalismo parlamentario, que fomentaba la facción, como al socialismo, con su lucha de clases. José Antonio describió la Falange Española como un movimiento «que no es un partido, sino que es un movimiento, casi podríamos decir un antipartido [...] no es de derechas ni de izquierdas». El NSDAP de Hitler, por

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

La reunión de su fundación, celebrada en Milán el 23 de marzo de 1919 en un edificio de la plaza San Sepolcro (...) congregó a un centenar de personas, casi todas militantes de la izquierda intervencionista: ex socialistas, republicanos, sindicalistas, *arditi* y futuristas. Los dirigentes del nuevo movimiento provenían también de la izquierda revolucionaria y eran, en su mayoría, jóvenes y jovencísimos miembros de la pequeña burguesía. (...) El movimiento fascista nació como *antipartido* para movilizar a los veteranos fuera de las estructuras propias de los partidos tradicionales. El fascismo *diciannovista*, como fue después definido, se proclamaba pragmático y antidogmático, anticlerical y republicano; proponía reformas institucionales, económicas y sociales tremendamente radicales. Los fascistas despreciaban al Parlamento y la mentalidad liberal, exaltaban el activismo de las minorías, practicaban la violencia y una política populista para sostener las reivindicaciones territoriales de Italia y para combatir al bolchevismo y al Partido Socialista.²⁷⁶

Los *Fasci*²⁷⁷ constituían una organización heterogénea en la que predominaban con claridad los elementos izquierdistas radicales, destacando los nacionalsindicalistas pero también muchos futuristas y numerosos *arditi*²⁷⁸. Se trataba de un movimiento, como hemos visto, muy joven y ambicioso, nada comedido en sus demandas, entre las que se encontraban, por ejemplo, la extensión del sufragio femenino, la implicación y participación de los obreros en la dirección y la gestión de las empresas, «expropiaciones parciales» mediante impuestos al capital o sustracción de bienes a la sazón en manos de la Iglesia y la confiscación de bienes y beneficios resultantes del desarrollo de la guerra considerados «ilegítimos» (reclamación que, posteriormente, también llevarán en su programa los nazis)²⁷⁹.

A pesar de lo desmesurado de estas promesas, o precisamente por ello, este primigenio «fascismo *diciannovista*» contaba con muy pocas posibilidades reales de alcanzar cuota alguna de poder, como quedó sobradamente demostrado tras su primera intentona

supuesto, se había llamado «partido» desde el principio, pero sus miembros, que sabían que no era como los demás partidos, lo llamaban «el movimiento» (*die Bewegung*). La mayoría de los fascistas llamaban a sus organizaciones «movimientos», «campos», «bandas», «rassemblements», «fasci»: hermandades que no enfrentaban unos intereses a otros, sino que se proponían unir y revitalizar a la nación. (...) Presentarse como «antipolíticos» era a menudo eficaz con gente cuya principal motivación política era el desprecio hacia la política. En situaciones en que los partidos existentes se hallaban limitados dentro de fronteras confesionales o de clase, como los partidos marxistas, los cristianos o los de los pequeños propietarios, los fascistas podían atraer votos prometiendo unir a la gente en vez de dividirla. Donde los partidos existentes estaban dirigidos por parlamentarios que pensaban con preferencia en sus propias carreras, los partidos fascistas podían atraer a idealistas por ser «partidos de entrega y servicio», en los que quienes establecían el tono eran los militantes comprometidos en vez de los políticos de carrera. En situaciones en las que un solo clan político había monopolizado el poder durante muchos años, el fascismo podía presentarse como el único camino no socialista de renovación y nueva jefatura. De ese modo diverso fue como inauguraron los fascistas una vía innovadora en la década de 1920 al crear los primeros partidos «cajón de sastre» europeos de «combate», que podían distinguirse fácilmente de sus trasnochados y limitados rivales tanto por la amplitud de su base social como por el intenso activismo de sus militantes». (Paxton, Robert O., *Anatomía del fascismo* (2004), traducción de José Manuel Álvarez Flórez, Península, Barcelona, 2005, pp. 71-72.)

²⁷⁶ Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, p. 28. En cursiva en el original.

²⁷⁷ Término proveniente del latín «*fasci*», que significa «haz» o «manejo» y simboliza la unión y la fuerza. Se trata de una palabra muy socorrida en la Italia de la época, y su primer uso político reconocido data del periodo inmediatamente posterior a la Unificación, en el que diversas uniones sindicales se bautizaron como «fascios» (por ejemplo, *fascio operaio* o *fascio dei lavoratori*, es decir, «fascio obrero» y «fascio de los trabajadores», respectivamente).

²⁷⁸ Soldados de élite del *Regio Esercito* italiano, veteranos de la Primera Guerra Mundial. Constituían el grueso de los retornados molestos con la situación política italiana posterior al conflicto.

²⁷⁹ «El programa fascista (...) era una mezcla curiosa de veteranos y experimento social radical, una especie de «socialismo nacional». En el aspecto nacional, pedía la materialización de los objetivos expansionistas italianos en los Balcanes y en el Mediterráneo, que acababan de verse frustrados unos meses atrás en la Conferencia de Paz de París. En el aspecto radical, proponía el sufragio femenino y el voto a partir de los dieciocho años de edad, la abolición de la cámara alta, la convocatoria de una asamblea constituyente que redactase una nueva constitución para Italia (presumiblemente sin la monarquía), la jornada laboral de ocho horas, la participación de los trabajadores en «el manejo técnico de la industria», la «expropiación parcial de todo tipo de riqueza» a través de un gravoso impuesto progresivo sobre el capital, la expropiación de ciertas propiedades de la Iglesia y la confiscación del 85 por 100 de los beneficios de guerra». (Paxton, *Anatomía del fascismo*, p. 13.)

electoral ese mismo año, saldada con un estrepitoso fracaso²⁸⁰. Esta debacle aleccionó a Mussolini, que abandonó sus aspiraciones maximalistas de izquierdas para «derechizarse» o, más correctamente, *centralizarse*, combinando el primitivo elitismo de su «antipartido» con la apertura hacia las masas y en particular hacia las clases medias²⁸¹, cuyo crecimiento era constante y evidente desde mediados-finales del XIX y cuyo protagonismo iba en implacable aumento, sobremanera en términos demoscópicos, mas no en términos de poder político efectivo:

En los primeros veinte años del siglo XX, las clases medias habían aumentado, pero no había crecido, en proporción al papel que tenían en la sociedad, su participación en el poder, que seguía siendo monopolio de las viejas clases dirigentes. Las clases medias estaban integradas socialmente en el desarrollo del país, pero estaban políticamente marginadas, y no tenían una organización política capaz de representar sus aspiraciones, sus intereses, sus ambiciones, que se expresaban, de manera fragmentaria, en las distintas organizaciones por categorías profesionales y en los movimientos de opinión radicales.²⁸²

Consciente de esta realidad, Mussolini apostó entonces por convertirse en la primera fuerza de la clase media y pequeñoburguesa²⁸³, para lo cual no tuvo el menor reparo en exhortar a sus *squadristi*²⁸⁴ a ejercer la violencia en cotas jamás vistas antes en un movimiento político organizado y jerarquizado. Su (ab)uso de la misma fue tal –en parte por considerarla útil políticamente, en parte por considerarla beneficiosa ideológica e incluso «higiénicamente»²⁸⁵–, que ni siquiera los nazis, con sus bandas de SA patrullando las calles de Alemania en el periodo inmediatamente anterior a su toma del poder, cuando aún campaban a sus anchas los comunistas, los socialistas, los anarquistas, los católicos, los conservadores y demás enemigos políticos, fueron capaces de parangonarla. Mediante su ejercicio lograron hacerse con el control efectivo de todo el Valle del Po, donde se situaba la mayor parte de la industria italiana. Si bien liquidaron toda presencia socialista («reventando» huelgas, infiltrándose en los sindicatos, saqueando y quemando sedes «rojas» tanto de los partidos socialistas como de sus periódicos) y se aliaron tácitamente con la burguesía de la zona, ni una decisión ni otra obedecían a la lógica del diagnóstico marxista, según la cual el fascismo habría surgido como respuesta y bastión del capitalismo ante sus últimas y agónicas horas. Lejos de eso, se trataba de una estrategia concertada por Mussolini para consumir su obsesión de alcanzar el poder. Suponía que si, por un lado, se agenciaba para sus propias filas el monopolio del ímpetu revolucionario, que habría de disputar con los socialistas, y, por otro, se ganaba la confianza de los burgueses y terratenientes a base, precisamente, de arrebatar la antorcha de la

²⁸⁰ Ningún candidato fascista fue elegido, y Mussolini, que se presentó por Milán, obtuvo solamente 4765 votos, muy lejos, por ejemplo, de los 170.000 sufragios que logró su rival socialista por esa misma circunscripción.

²⁸¹ Acercamiento este hacia las clases medias y su correspondiente basamento demoscópico que, como ya hemos apuntado anteriormente (capítulo tercero) y veremos con posterioridad (en este mismo capítulo y en el sexto), es una constante en todos los movimientos de centro, desde el centro moderado socioliberal al extremo centro fascista, pasando por el centro radical nacionalpopulista social.

²⁸² Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, pp. 117-118.

²⁸³ Objetivo que, a la postre, logró: «Sociológicamente, este nuevo fascismo [nuevo respecto al *diciannovista*] era expresión de la movilización de las clases medias, en gran parte extrañas a la política. (...) Y fue sobre todo la adhesión de las clases medias la que transformó el fascismo en un movimiento de masas con un dinamismo propio y con ambiciones políticas que lo dirigieron más allá de las funciones contingentes de instrumento de la reacción antiproletaria. (Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, p. 30.)

²⁸⁴ Grupos paramilitares del fascismo dirigidos por los jefes locales (en italiano, *ras*) de los *Fasci*. Su actividad ilegal o al menos a-legal se mantuvo hasta la creación en 1923, con Mussolini ya en el poder, de la *Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale* (MVSN), organización creada con el fin de integrar a todos los escuadristas y «normalizar» su situación dentro del marco jurídico del régimen.

²⁸⁵ «El único rasgo excepcional de la relación fascista con la violencia era la evaluación teórica que hacían algunos movimientos fascistas: la violencia poseía un cierto valor positivo y terapéutico en y por sí misma, y una cierta cantidad de combate violento constante, en el sentido del darwinismo social de fines del siglo XIX, era necesaria para la buena salud de la sociedad nacional». (Payne, *El fascismo*, p. 19.)

revolución y desintegrar la capacidad práctica a las formaciones obreras, tarde o temprano lograría una base social y un respaldo económico suficientes para adquirir el más noble escaño del Parlamento. Estaba seguro de que luego, con el poder ya conquistado, dispondría de sobrado margen para hacer cumplir su voluntad como se le antojase, desembarazándose entonces de la alianza de conveniencia con la burguesía cuyos valores tanto repudiaba. Ni más ni menos que la misma táctica que, *mutatis mutandis*, empleará Hitler algo más de una década más tarde para lograr otro tanto de lo mismo.

Sin embargo, alguien se le adelantó. Y no siguiendo tan intrincada táctica, sino, por el contrario, apostando por la acción resuelta y directa tan –paradójicamente– del gusto del propio Mussolini. Ese alguien fue aquel al que líneas arriba tildásemos de único a la altura de las capacidades oratorias y de liderazgo de masas del mismo Mussolini: el novelista, poeta, dramaturgo, militar y, de pronto, político italiano Gabriele D’Annunzio. El piloto de guerra que durante el conflicto vio reforzadas sus convicciones nacionalistas decidió pasar a la acción una vez más y resolver por su cuenta y riesgo la «cuestión de Fiume» (actual Rijeka, en Croacia), ciudad de la costa dálmata reclamada por Italia pero concedida por los denostados aliados de la propia Italia –en la Conferencia de París de 1919– a Yugoslavia. En septiembre de 1919, D’Annunzio partió hacia Fiume con un pequeño ejército de legionarios nacionalistas y tomó la ciudad, expulsando de ella a las tropas británicas, francesas y estadounidenses que se encontraban presentes allí y exigiendo el reconocimiento de la soberanía italiana sobre la misma. Al ver su petición denegada, declaró unilateralmente la independencia del lugar, a partir de entonces convertido en el «Estado libre de Fiume». Su megalomanía llegó hasta el punto de autoproclamarse «*Duce*» (con el aplauso y la aclamación de sus seguidores, entre los que se contaba la mayor parte de los habitantes de Fiume, veintidós mil de treinta y cinco mil de los cuales eran italianos), de intentar crear una organización alternativa a la de la Sociedad de Naciones (fundada el 28 de junio de aquel año) de la que formarían parte todas las «naciones oprimidas» y selectas del mundo, con la propia Fiume a la cabeza, e incluso de ignorar el Tratado de Rapallo –por el que se fijaban las fronteras entre el Reino de Italia y el nuevo Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos– y declarar la guerra a Italia, habiendo de claudicar en diciembre de 1920 tras el bombardeo italiano sobre la ciudad.

La experiencia de Fiume fue de tan solo un puñado de años (en 1922 la urbe fue ocupada por tropas fascistas, lo que a los efectos supuso el fin del «régimen del Carnaro»²⁸⁶, aunque se mantuviese la denominación d’annunziana de «Estado libre de Fiume» hasta su anexión por Italia en 1924), y el éxito y poder reales de D’Annunzio efímeros, pero con su hazaña creó una suerte de legitimidad paralela a la fascista (o mejor dicho, «mussolinista») de la que Mussolini nunca sería capaz de librarse, al menos dentro del PNF²⁸⁷. Asimismo, fue este «proto-*Duce*» quien, de la mano del sindicalista Alceste de Ambris, dio a luz al sistema corporativista fiumeano²⁸⁸, antecesor del fascista, así como, de acuerdo con su misma personalidad extravagante y artística, dio forma a lo que *a posteriori* sería conocido como la estética, los usos, la coreografía y, en definitiva, lo que podríamos tildar del *modus operandi* fascista que más tarde el nazismo elevaría a su máximo nivel:

²⁸⁶ Llamado así por la constitución que lo regía, conocida como «Carta del Carnaro».

²⁸⁷ A pesar de imperar el principio de caudillaje y de ostentar el título más que simbólico de *Duce*, Mussolini nunca llegó a tener el protagonismo ni el poder que, por ejemplo, llegó a tener Hitler. Su misma destitución del 25 de julio de 1943 a manos del Gran Consejo Fascista, sencillamente impensable en el caso alemán, constituye una prueba más que palmaria al respecto. Si bien las masas estaban entregadas a su divinizada persona antes que al régimen (más asociado a los odiados *gerarchi* o jefes regionales y locales fascistas, hasta el punto de que hubiera sido posible concebir un Mussolini sin Fascismo, pero no un Fascismo sin Mussolini), para muchos dentro del PNF el auténtico *Duce* siempre fue D’Annunzio, precursor directo de la religiosidad y la escenografía fascistas. El cuestionamiento de Mussolini como líder no fue, por tanto, extraño ni al comienzo ni, por supuesto, al final del régimen, aunque en el interregno fuese debidamente acallado.

²⁸⁸ Sistema que contaba con un total de nueve corporaciones, correspondientes a los principales sectores económicos, más una décima de autoridad d’annunziana que representaría a los que según este debían ser considerados «humanos superiores», vale decir, héroes, profetas, superhombres y, en suma, artistas en general.

[L]a especial forma de ser del que fue denominado *el Comandante* instaló, desde el primer momento, una serie de ceremoniales muy particulares basados en la Roma clásica, la Italia renacentista y la modernidad simbólico-futurista, y sazonados con su particular visión del mundo y de la historia. Organizó un complicado calendario ceremonial de alto tono patriótico que destacaba la fuerza, la decisión y la juventud como valores supremos de la nueva era que creía intuir a nivel mundial y cuya primera piedra habría de ser precisamente Fiume, y los discursos interactivos desde el balcón del ayuntamiento, en los que el auditorio respondía a sus preguntas desde la plaza, se convirtieron en una constante. Saturó la ciudad con festividades repletas de canciones y desfiles con banderas a fin de conseguir la máxima participación posible de la ciudadanía, e introdujo el uniforme negro de los *arditi*, su estandarte con la calavera y el saludo a la romana en el día a día de los sorprendidos fiumianos; distintivos que Mussolini introduciría en su movimiento y en su futuro gobierno en homenaje a la aventura del poeta, en un intento de hacer de toda Italia un gran Fiume.²⁸⁹

Con todo, fue Mussolini quien, primero, consiguió llegar al Parlamento en mayo de 1921, y un año más tarde -superada la primera gran crisis del movimiento ya organizado²⁹⁰-, el 28 de octubre -aunque sin estar él al frente-, marchar sobre Roma en una arriesgada apuesta política que le salió tal y como él pretendía: con su designación como Primer Ministro por parte del Jefe del Estado, el Rey Víctor Manuel III, que tan solo un día más tarde (29 de octubre) le hizo el anhelado ofrecimiento y le pidió que formase un gabinete de gobierno.

A partir del ahí, la construcción del Fascismo, que tuvo lugar en varias fases. En la primera de ellas, que podríamos enmarcar entre los años 1922 y 1925, Mussolini absorbió (en febrero de 1923) en el seno del Partido Nacional Fascista o PNF a la Asociación Nacionalista Italiana o ANI -la fundada por Corradini- y se mostró dispuesto a colaborar puntualmente con el resto de partidos del Parlamento, que no prohibió pero sí trató de disgregar para de este modo ir aumentando progresivamente su propio poder. No obstante, a los efectos el gobierno de este periodo podía ser, aun con matices, homologable a los gobiernos constitucionales y de coalición anteriores.

La segunda fase, desarrollada entre los años 1925 y 1929, fue la de la edificación de la dictadura y el totalitarismo²⁹¹, iniciada en enero del 25 como consecuencia última del asesinato político -a manos fascistas- del diputado socialista Giacomo Matteotti debido a su incómodo rol de azote del Fascismo y, particularmente, de sus estrategias electorales y «extra electorales»²⁹². Tras este suceso, los diputados no fascistas se retiraron de la Cámara y

²⁸⁹ Bolinaga, *Breve historia del fascismo*, pp. 32-33.

²⁹⁰ Crisis desencadenada tras el acercamiento de Mussolini a los socialistas, con quienes llegó a un acuerdo para el cese de las hostilidades mutuas que no sentó nada bien a los fascistas más radicales y ávidos de (más) violencia, ante los cuales el futuro *Duce* hubo de transigir en el congreso celebrado en noviembre de ese mismo año, «quemando» el pacto con los socialistas y escenificando la reconciliación de los dos bandos fascistas -«moderado» y extremista- con un abrazo entre Mussolini y Dino Grandi (futuro Ministro del régimen y protagonista directo de la ya citada destitución, por él solicitada, de Mussolini por el Gran Consejo Fascista el 25 de julio de 1943).

²⁹¹ Suele ser motivo de discusión entre historiadores la consideración del Fascismo como régimen totalitario o no. La división de opiniones es patente, y no hay consenso. Hannah Arendt, por ejemplo, no contempló al Fascismo como una forma de totalitarismo, restringiendo la aplicación del término únicamente a los sistemas de Hitler («totalitarismo pardo») y Stalin («totalitarismo rojo»). Aunque no será una consideración de gran relevancia en la presente investigación, nosotros sí optaremos por considerar al Fascismo como totalitario, fundamentalmente a la luz de los pormenorizados y exhaustivos estudios realizados por Emilio Gentile, entre cuyos trabajos al respecto destacamos *La vía italiana al totalitarismo. Partido y Estado en el régimen fascista* (2001).

²⁹² De cara a las elecciones del 6 de abril de 1924, Mussolini impulsó una ley electoral que permitiese al partido que alcanzase el 40% de los sufragios hacerse automáticamente con tres quintos de los escaños parlamentarios. Con el 60,9% de los votos obtenidos, el *Duce* conseguía blindar al PNF en el Parlamento. Matteotti denunció estos resultados y puso de manifiesto las intimidaciones y amenazas empleadas por los fascistas en los días previos a los comicios con el fin de amedrentar a la población y forzarla a dar su voto al PNF. Esta denuncia acabó conduciéndolo a la muerte cuando, a comienzos de junio de 1924, fue secuestrado y finalmente asesinado (presuntamente por orden de Giovanni Marinelli, a la sazón jefe de la policía fascista, que no hay que confundir con la OVRA, tres años posterior), encontrándose su cuerpo dos meses después, ya en estado de descomposición.

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

se instalaron en el Monte Aventino en la idea de precipitar una crisis en el Gobierno que llevase a la destitución de Mussolini. Lejos de eso, tanto este último como los diputados del PNF actuaron como si no hubiera pasado nada hasta que en enero del año siguiente Mussolini –según dicen, respondiendo a presiones internas de los fascistas más revolucionarios del Partido– dio su famoso discurso asumiendo la responsabilidad plena de lo ocurrido con Matteotti, declarándose dictador a efectos prácticos. En consecuencia, durante estos años el poder político quedó en manos del Gran Consejo Fascista, esto es, fundamentalmente –que no totalmente– de Mussolini, que afianzó su poder y el del PNF, integrando a este (y por extensión a todas sus organizaciones subsidiarias, incluidos los *squadristi*) en el Estado. Asimismo, entre otras muchas acciones de marcado carácter (o al menos espíritu) totalitario, entre 1925 y 1926 aprobó –por inspiración del jurista Alfredo Rocco– las llamadas «leyes fascistísimas», las cuales, entre otras muchas cosas, disolvían todos los partidos políticos y restringían seriamente las libertades personales y de prensa. Hasta el final del periodo, la construcción del totalitarismo fascista pasará por un aumento de la burocratización –no de la injerencia, influencia o poder del Partido sobre el Estado o siquiera dentro de este²⁹³– y un acercamiento de mutua conveniencia a la Iglesia que culminará con la firma de los Pactos de Letrán de 1929²⁹⁴.

La tercera fase, fijada entre 1929 y 1932, se correspondió con unos años de estabilidad y consenso en los que el objetivo principal del régimen fue evitar tanto como fuera posible todo contagio de la crisis económica, objetivo logrado con relativa facilidad (a pesar de que el Fascismo, hasta su «renacimiento» en la República Social Italiana de 1943, nunca abandonó el basamento económico capitalista), así como celebrar el décimo aniversario de la llegada del fascismo al poder, para lo cual no se escatimó en logística ni gastos²⁹⁵.

La cuarta fase, entre 1933 y 1936, supuso un giro drástico en la política mussoliniana, ya que, a raíz del triunfo de Hitler, inmediatamente visto como un rival en virtud de una presumible competencia futura²⁹⁶, dejó de estar focalizada en la labor de «fascistización» interior y se concentró en la expansión exterior, coronada con la conquista de Etiopía (ambicionada desde al menos 1932) y la proclamación del Imperio y de Víctor Manuel III como Emperador de Etiopía el 9 de mayo de 1936, «Año XIV de la Era Fascista y Año I del Imperio». Este momento se considera el del máximo consenso y auge alcanzado por el Fascismo.

A partir de 1936 y hasta 1940, se inicia una nueva fase de estabilización tanto interna como externa que supone la adopción de una política marcadamente autárquica (con la excepción de la intervención en la Guerra Civil española a favor del bando franquista) bajo el finalmente inevitable influjo alemán, que crece hasta el punto de «invitar» al régimen

²⁹³ Lo que originó numerosas protestas y frustraciones en los fascistas más jóvenes y fanáticos, que aspiraban a una profundización mucho más radical del fascismo en la vida italiana, sobremanera a partir de la llegada al poder de los nazis, cuya implacable y acelerada estrategia de «nazificación» de la sociedad alemana pronto tomaron como modelo a seguir, aunque sin conseguirlo.

²⁹⁴ Conviene resaltar la «mutua conveniencia» del susodicho acercamiento, porque ni para Mussolini ni para el fascismo como ideología genérica era plato de buen gusto la convivencia con ninguna religión que no fuera la propiamente fascista. En este sentido, Mussolini, ateo convencido, no tuvo más remedio que ocuparse de la «Cuestión Romana» si no quería arriesgarse a perder el favor de los ciudadanos católicos, que en Italia eran inmensa mayoría. Con todo, nunca abandonó su proyecto de sacralización política y del fascismo/Fascismo, como tampoco lo hará, posteriormente, Hitler con el nazismo, si bien su rival (el cristianismo protestante) será mucho más fácil del batir dada su mayor debilidad (en comparación con el poder de la organizada y jerárquica Iglesia Católica).

²⁹⁵ Concretamente, para la organización de la *Mostra della Rivoluzione Fascista*, ubicada en el Palacio de Exposiciones de Roma entre el 28 de octubre de 1932 (décimo aniversario de la Marcha sobre Roma o «Año X de la Era Fascista») y el 28 de octubre de 1934 (duodécimo aniversario o «Año XII de la Era Fascista»).

²⁹⁶ Y ello tanto en lo que a la primacía del fascismo se refiere, como a lo que a las reivindicaciones territoriales en torno a Austria respecta (como quedará claro en 1934, tras el asesinato del canciller Dollfuss y el golpe de Estado fallido de los nazis austríacos).

fascista, en 1938, a imponer una legislación racista y antisemita hasta entonces inexistente en Italia²⁹⁷.

En 1940 Italia acude a la Segunda Guerra Mundial como aliada de Alemania y el régimen, derrota tras derrota, comienza su meteórico descenso al abismo, escenificado en la destitución, el 25 de julio de 1943, de Mussolini por el Gran Consejo Fascista y su encarcelamiento, del que será rescatado por los nazis para a continuación ser colocado, junto con un nuevo Partido Fascista Republicano (PFR), al frente de la igualmente nueva República Social Italiana (RSI), Estado títere nazi más conocido como República de Saló por ser Saló su capital no *de iure* (esta seguía siendo Roma), pero sí *de facto*. Desde allí Mussolini apenas tuvo margen de acción, puesto que todos los recursos humanos y materiales estaban al servicio de los verdaderos dueños y señores de la República: los alemanes. A voluntad, discreción y designio del antiguo *Duce* quedó, sin embargo, la retórica y la propaganda, que no dejó de reflejar, ni por un solo segundo, los lemas y la legislación «socialista» del fascismo *diciannovista*, reivindicado ahora en un programa de «socialización fascista» conocido como Manifiesto de Verona cuyas consignas fundamentales, al margen de su posible atractivo o capacidad de entusiasmo y movilización, carecían de toda viabilidad práctica dadas las circunstancias²⁹⁸.

Finalmente, con la caída prácticamente segura del Tercer Reich, en la primavera de 1945 Mussolini trató de huir de Italia pero un grupo de partisanos comunistas lo identificó en el convoy en el que se había ocultado y al día siguiente fue fusilado junto con su amante Clara Petacci. Sus cuerpos sin vida fueron colgados boca abajo en una gasolinera de la Plaza Loreto de Milán –el mismo lugar en el que tiempo atrás habían sido colgados varios partisanos antifascistas– junto con los de otros altos responsables y funcionarios de la ya extinta RSI.

1.3 El nazismo²⁹⁹

A pesar de las señaladas particularidades del Fascismo e incluso de ciertas declaraciones de Mussolini³⁰⁰, lo cierto es que tanto el modelo político, económico y social como, sobre todo,

²⁹⁷ Lo cual no quiere decir que no existiesen posiciones racistas dentro del fascismo/Fascismo, porque de hecho sí que existían, solo que en una formulación mucho menos biologicista y existencial que la nazi.

²⁹⁸ He aquí un revelador fragmento del Manifiesto: «Nuestros programas son definitivamente iguales a nuestras ideas revolucionarias, y ellas pertenecen a lo que en régimen democrático se llama "izquierda"; nuestras instituciones son un resultado directo de nuestros programas y nuestro ideal es el Estado de Trabajo. En este caso no puede haber duda: nosotros somos la clase trabajadora en lucha por la vida y la muerte, contra el capitalismo. Somos los revolucionarios en busca de un nuevo orden. Si esto es así, invocar ayuda de la burguesía agitando el peligro rojo es un absurdo. El espantapájaros auténtico, el verdadero peligro, la amenaza contra la que se lucha sin parar, viene de la derecha. No nos interesa en nada tener a la burguesía capitalista como aliada contra la amenaza del peligro rojo, incluso en el mejor de los casos ésta sería una aliada infiel, que está tratando de hacer que nosotros sirvamos a sus fines, como lo ha hecho más de una vez con cierto éxito. Ahorraré palabras ya que es totalmente superfluo. De hecho, es perjudicial, porque nos hace confundir los tipos de auténticos revolucionarios de cualquier tonalidad, con el hombre de reacción que a veces utiliza nuestro mismo idioma». (Declaraciones de Mussolini el 22 de abril de 1945 en Milán. Citadas en: http://es.wikipedia.org/wiki/Manifiesto_de_Verona [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020])

²⁹⁹ De aquí en adelante nos referiremos siempre al nacionalsocialismo como «nazismo». El motivo de esta puntualización es simple: en nuestra opinión, como hemos visto, tanto el fascismo (genérico e italiano) como el nazismo son movimientos nacionalsocialistas o, si se prefiere, socialistas nacionalistas/nacionalistas socialistas. En este sentido, distinguir entre fascismo y nacionalsocialismo podría llevar a engaño, sugiriendo la errónea idea de que el fascismo no era una forma de nacionalsocialismo. Además, el uso del término «nazismo» permite que, al apocopar el conjunto de ambas ideologías con la denominación de «nazi-fascismo», sean más visibles su similitud y, al tiempo, su cierta pero efectiva disparidad).

³⁰⁰ «El fascismo, a diferencia de los otros «ismos», no está destinado a la exportación: cada movimiento guarda celosamente su propia receta para el resurgir nacional, y los dirigentes fascistas parecen sentir poco parentesco, o ninguno, con sus primos extranjeros. Ha resultado imposible conseguir que funcionase una «internacional» fascista». (Ludwig, Emil, *Conversaciones con Mussolini* (1932), traducción de Gonzalo de Reparaz, Editorial Juventud, Barcelona, 1979, p. 29.) Conviene tener en cuenta que, no obstante estas declaraciones, ya desde el mismo comienzo del fascismo (y en mayor medida desde el comienzo del Fascismo) existía en su seno una fuerte corriente juvenil que abogaba por la exportación de la ideología fascista o, más concretamente, la «fascistización de Europa». Las propuestas de estos promotores europeístas tendieron a caer en saco roto, aunque lograron ciertos éxitos puntuales por medio de organizaciones creadas a tal efecto, como los *Comitati d'Azione per la Universalità di Roma*, responsables de un par de encuentros a favor de la formación de una

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

la ideología fascista se prestaban con bastante facilidad a su exportación. En tanto en cuanto fuese entendido como una combinación de nacionalismo y socialismo, el fascismo tenía posibilidades de arraigar allí donde ambas corrientes contasen con fuerza suficiente. Ahora bien, esto no significa que una y otra coexistiesen de forma independiente para luego converger, sintetizarse y dar lugar a una nueva y tercera forma fascista «a la italiana». Sin duda, decir fascismo es decir nacionalismo socialista, socialismo nacionalista o, en breve, nacionalsocialismo. Pero la gestación de cada nacionalsocialismo ha dependido, históricamente, de la naturaleza del nacionalismo y del socialismo a hibridar.

Hemos visto cómo en Italia nacionalismo y socialismo (o sindicalismo) terminaron encontrándose el uno al otro, pero hasta entonces cada uno había seguido su propio camino, con sus propios diagnósticos y sus propias soluciones. Nacionalistas y sindicalistas tuvieron que avanzar mucho en sus desarrollos teóricos —comenzados antes de la guerra, desarrollados durante ella y finalizados después— para concluir, los unos, que no es posible un genuino y efectivo nacionalismo sin contar con el socialismo, y los otros, que no es posible un genuino y efectivo socialismo sin contar con el nacionalismo. Llegados a ese punto, su confluencia se trocó «natural», alumbrando el nacionalsindicalismo que pronto devendría, con mayor naturalidad si cabe, fascismo.

En Alemania esta conciliación entre nacionalismo y socialismo (y por tanto este caldo de cultivo fascista) no se produjo, porque nunca hubo par alguno que conciliar. El nacionalismo alemán, además de organicista³⁰¹, fue socialista casi desde su misma raíz y principio. No necesitó crear un sistema ni un argumentario cuyas premisas lo condujesen a la evidencia de la necesidad de un maridaje de conveniencia con un socialismo «domesticado», despojado de toda componenda internacionalista. En consecuencia, tampoco necesitó nunca asociarse con el socialismo internacionalista, ni convencerlo de que se convirtiese al nacionalismo; uno y otro ya iban de la mano³⁰². El porqué de ese socialismo que podríamos considerar inherente o connatural al nacionalismo alemán se resume en una palabra: *antisemitismo*. Antisemitismo, no racismo. No en su formulación moderna o «científica», que llegará con posterioridad, a partir del siglo XIX. Hasta entonces, fue el antisemitismo lo que vertebró el nacionalismo alemán, lo que hizo las veces de su pilar maestro.

El personaje clave en este sentido es Martín Lutero³⁰³. Convencido de que su Reforma, y por tanto su nuevo cristianismo, era el auténtico, genuino, verdadero y único

«Internacional Fascista» (Montreux, diciembre de 1934 y abril de 1935), así como, en el plano bibliográfico, gracias a las revistas *Antieuropa* u *Ottobre*, ambas a cargo de máximo exponente del «Fascismo Universal», Asvero Gravelli. Cabe destacar, en este mismo sentido, *La Nueva Catolicidad* (1933) de Giménez Caballero y, en el terreno práctico, la tendencia europeísta-occidentalista que fue adquiriendo, por iniciativa alemana, el nazi-fascismo en los compases finales de la Segunda Guerra Mundial (especialmente en las multinacionales *Waffen-SS*), momento en el que convenía fundamentar teóricamente la europeidad/occidentalidad de la lucha fascista contra el bolchevismo asiático. Sobre la faceta europeísta-universalista del fascismo como ideología, véase Norling, Erik (y Nogueira Pinto, Jaime), *Fascismo revolucionario*, Nueva República Ediciones, Barcelona, 2011, pp. 65-80.

³⁰¹ Como lo era el italiano, que, como recordaremos, concebía la nación en términos orgánico-biológicos, lo que a su vez sancionaba una comprensión de sus miembros como células y de sus instituciones como órganos cuyo valor era siempre relativo al «cuerpo» del que formaban parte y cuyo funcionamiento era su tarea, obligación y rol «natural» garantizar. No obstante, como veremos, con el tiempo el nacionalismo alemán exacerbará en mucha mayor medida que el italiano su carácter biologicista, hasta el punto de que uno y otro acabarán siendo nacionalismos prácticamente incomparables.

³⁰² «No podéis ser verdaderos nacionalsocialistas sin ser socialistas y vosotros no podéis ser verdaderos socialistas sin ser nacionalistas. Ser nacionalista significa amar a su pueblo más que a los restantes pueblos y cuidar de que sea capaz de sostenerse frente a ellos. Pero para que este pueblo sea capaz de sostenerse frente al resto del mundo debo desear y cuidar de que cada miembro sea sano y que cada uno individualmente y con ello la generalidad, alcance un nivel lo más alto que sea posible. Así en consecuencia, ya soy socialista. En el otro caso no puedo ser socialista sin poner mi esfuerzo en que mi pueblo sea capaz de protegerse frente a las extralimitaciones de los otros pueblos en la lucha por los fundamentos de la vida, y sin empeñarme por la grandeza de mi pueblo, es decir, sin ser nacionalista. Porque la fuerza e importancia de mi pueblo es la condición previa para el bienestar de cada uno. De esta manera, pues, vosotros sois ambas cosas, nacionalistas y socialistas, o sea, nacionalsocialistas». (Sponholz, *Breviario político nacionalsocialista*, p. 5).

³⁰³ No solo para nosotros. También Jean Jaurés se remonta a Lutero para explicar el origen del socialismo alemán, si bien él no inculpa al factor antisemita y ulteriormente biologicista al que nosotros apelamos, sino al idealismo alemán, cuyo albor encuentra en el reformista: «Jaurés ha sido el socialista de mayor significación que, fuera de Alemania, ha atribuido con

cristianismo (lo cual suponía que el resto, sobre todo el católico, sometido a la doctrina corrupta de la no menos corrupta Iglesia, era falso), hizo de sus antagonistas ideológicos, fundamentalmente el judaísmo, una extensión de los antagonistas del cristianismo mismo. De ahí a convertirlos también, por añadidura, en los enemigos de la «germanidad» (*Deutschtum*), un paso; el de la asunción de la Biblia luterana como base del idioma alemán y, por consiguiente, de la propia razón de ser histórica de dicha germanidad. Mediante esta sencilla asociación histórica de ideas, el trinomio luteranismo-cristianismo (verdadero)-germanidad quedó sellado *ad futurum*, y además como contrapuesto naturalmente al catolicismo y, especialmente, al judaísmo, enemigo *personal* de Lutero, *religioso* del cristianismo puro (el luterano o protestante) y *existencial* de la germanidad. No ha de extrañar, pues, la recursión al argumento de autoridad luterano que siglos más tarde harán los nazis, primero como legitimación teórica de su odio y sus extorsiones, pillajes, maltratos y expropiaciones a los judíos, y luego como sanción moral e histórica de los mismos, e incluso de su culminación en el Holocausto:

Lutero era profundamente antisemita y encontró en este punto [la supuesta mezcla racial española con los judíos o «marranos», término a la sazón asociado más a los españoles que a los propios judíos] uno de sus temas favoritos: «¿Qué debemos hacer nosotros, los cristianos, con los judíos, esa gente rechazada y condenada? Dado que viven con nosotros, no debemos soportar su comportamiento, ya que conocemos sus mentiras, sus calumnias y sus blasfemias... Debemos primeramente prender fuego a sus sinagogas y sus escuelas, sepultar y cubrir con basura todo aquello a lo que no prendamos fuego para que ningún hombre vuelva a ver de ellos piedra o ceniza» (*Sobre los judíos y sus mentiras*, 1543). Algunos historiadores del nazismo no han querido ocultar que los textos de Lutero sirvieron a los nazis para justificar el holocausto. El historiador británico Paul Johnson, Robert Michael y otros consideran que el origen del antisemitismo alemán que llevó a aquella tragedia está en Lutero. El filósofo alemán Karl Jaspers escribió que en Lutero se encuentra ya el programa nazi reunido. Otros autores como Roland Bainton discrepan de este punto de vista, pero resulta innegable que los teóricos del nazismo se apoyaron en las ideas luteranas. La recomendación de Lutero de una «áspera misericordia» (*scharfe Barmherzigkeit*), eufemismo de intolerancia absoluta para con el judío, allanó el camino de los nazis. En los Juicios de Núremberg, el general de las SA y editor de un periódico furiosamente antisemita [*Der Stürmer*], Julius Streicher, se defendió a sí mismo con el argumento de que publicaciones antisemitas habían existido en Alemania desde siempre, y que si el reformador [Lutero] estuviera vivo también estaría en el banquillo de los acusados.³⁰⁴

De manera que fue Lutero quien primero introdujo en el germen del nacionalismo alemán tintes antisemitas y, en realidad, pre-racistas o proto-racistas que con el paso del tiempo evolucionarían e irían adquiriendo, amén de consistencia y ligazón a la comprensión del ser y el sentir alemanes, respaldo histórico, moral y, en el último estadio, «científico». Y esta introducción fue crucial, porque aportó a unos alemanes faltos de toda unidad no lingüística

mayor decisión a Kant la paternidad del socialismo alemán. En su disertación *De primis socialismi Germanici lineamentis apud Lutherum, Kant, Fichte et Hegel* (...) señala como fuente originaria del socialismo alemán *no el materialismo* que derivó de la izquierda hegeliana, *sino el idealismo* de un Lutero, Kant, Fichte y Hegel, considerando, además, que el materialismo que acompaña como señuelo filosófico al socialismo, era una cosa histórica y secundaria y una exigencia de la lucha. “En lo más íntimo del corazón del socialismo, vive el espíritu del idealismo alemán”. Los verdaderos socialistas son discípulos de la Filosofía alemana, del espíritu alemán». (Gay y Forner, *Qué es el socialismo, qué es el marxismo, qué es el fascismo*, pp. 77-78. En cursiva en el original.)

³⁰⁴ Roca Barea, María Elvira, *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*, Siruela, Madrid, 2016, pp. 179-180.

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

un elemento decisivo en la configuración de su identidad nacional e, insistimos, incluso *existencial*: un enemigo común³⁰⁵.

Los nacionalistas italianos fundamentaban su nacionalismo sobre la base de la consideración de Italia como nación proletaria, sometida y explotada por las oligárquicas naciones burguesas. Este planteamiento resultaba útil para conformar un nacionalismo fuerte o muy fuerte, pero no, digamos, radical. Italia podía estar amenazada por otras naciones más poderosas y prósperas, pero ni lo estaba de muerte, esto es, existencialmente (porque si algo caracterizaría al burgués, y por tanto a la nación burguesa, es que exprime al máximo al proletario/nación proletaria, pero sin llegar a ahogarlo, siquiera porque lo necesita como mano de obra a la que explotar), ni era la única nación en semejante situación, lo que rebajaba un tanto las ínfulas coléricas de ese nacionalismo. El caso alemán, en cambio, era de una naturaleza muy distinta. Los nacionalistas alemanes también pensaron en términos de naciones proletarias o burguesas, pero solo marginalmente. Su auténtica distinción nuclear contraponía las «naciones culturales» a las «naciones civilizadas». Por supuesto, el sentido que le daban a la noción de *Zivilisation* no es el que le damos nosotros hoy en día. La *Kultur*, para los alemanes, representaba, por su carácter ideal e incorpóreo, su misma esencia. Como la propia germanidad, la *Kultur* era intangible, no estaba materializada territorial ni políticamente. Por el contrario, la *Zivilisation* sí lo estaba, y de hecho lo estaba hasta tal punto que se correspondía con la misma materialidad mundana... *francesa*. Alemania y la germanidad eran *Kultur*, eran ideal, eran espíritu, patria inmortal y virtuosa arcadia; Francia y la «francesidad» (así como otros tantos pueblos no alemanes) eran *Zivilisation*, eran cuerpo, eran materia y patria mortal y vicioso asfalto³⁰⁶. Así las cosas, resulta fácil comprender que, si bien la germanidad quedaba preservada de toda amenaza habida cuenta de su etérea constitución, los alemanes no. Y como la germanidad residía solamente en los mismos alemanes, la unión y coexistencia entre *todos* ellos (pangermanismo) se tornaba capital en tanto condición de posibilidad de la sempiterna existencia de aquella. Ergo si lo que se pretende es conservar la germanidad, lo que hay que hacer es reunir y conjurar a los alemanes tan pronto como sea posible. Paralelamente, dado que no hay mayor representante de la *Zivilisation* que el «judío errante y usurero» que vaga de un lado a otro como ciudadano del mundo no tanto porque quiera como porque no pertenece a ningún lugar en particular (lo cual le permite asentarse en e incluso apropiarse de todos), lo que en apariencia pudiera parecer un enfrentamiento entre «meras» concepciones del mundo deviene *ipso facto* confrontación, como mínimo, entre pueblos -si es que no entre razas-, tesitura que une o,

³⁰⁵ Que esta fue la base del posterior pensamiento racista nazi en particular es algo que autoras como Hannah Arendt han sabido reflejar diáfanoamente: «En contraste con el género francés de pensamiento racial como arma para la guerra civil y para dividir a la nación, *el pensamiento racial alemán fue inventado como un esfuerzo por unir al pueblo contra la dominación extranjera*. Sus autores no buscaron aliados más allá de las fronteras, sino que desearon despertar en el pueblo una *conciencia de un origen común*. (...) Como el pensamiento racial alemán acompañó a los intentos largo tiempo frustrados de unir a los numerosos estados alemanes, *permaneció tan estrechamente unido en sus primeras fases con los sentimientos nacionales más generales que resulta más bien difícil distinguir entre el simple nacionalismo y el claro racismo*. Inocuos sentimientos nacionales se expresaban en lo que hoy sabemos que son términos raciales, de forma tal que incluso historiadores que identifican el tipo de racismo alemán del siglo XX con el lenguaje peculiar del nacionalismo alemán han llegado extrañamente a confundir el nazismo con el nacionalismo alemán. (...) En tanto que los sentimientos nacionales alemanes no habían sido fruto de una genuina evolución nacional, sino más bien la reacción ante una ocupación extranjera, las doctrinas nacionales eran de un peculiar carácter negativo, destinado a *crear un muro en torno del pueblo*, a actuar como sustitutivo de las fronteras que no podían ser claramente definidas ni geográfica ni históricamente». (Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo* (1951), traducción de Guillermo Solana, Alianza, Madrid, 2013, pp. 263-265. La cursiva es añadida.)

³⁰⁶ «El pensamiento alemán era un elemento indispensable del espíritu europeo, precisamente porque se encontraba muy alejado de los valores e ideales que otros países como Inglaterra y Francia consideraban apropiados. Para los alemanes existía una diferencia irreconciliable entre cultura y civilización. La tradición alemana se basaba en [“]la cultura, en el alma, en la libertad, en el arte, *no* en la civilización, en la sociedad, en el derecho a votar y en la literatura[”]». (Lepenies, Wolf, *La seducción de la cultura en la historia alemana* (2006), traducción de Jaime Blasco Castiñeyra, Akal, Madrid, 2008, p. 38.) Sobre esta separación irrevocable entre «cultura» y «civilización» en el pensamiento alemán, así como su vinculación al ideal alemán de la *Bildung* («la *paideia* alemana»), puede encontrarse un magnífico esbozo en *El misterioso caso alemán. Un intento de comprender Alemania a través de sus letras* (2007), de Rosa Sala Rose.

mejor dicho, *socializa*³⁰⁷ mucho, y a la que no resultó difícil, a partir del XIX, barnizar con ciertas dosis, ahora sí, de racismo³⁰⁸. Pero para hacer realmente factible ese punto aún debía surgir, como paradigma y aspiración suprema de la germanidad, la noción de *Volks-gemeinschaft*.

Tradicionalmente adscrita al periodo de dominio nazi sobre Alemania (1933-1945), la idea de una *Volks-gemeinschaft* o «comunidad (ética) del pueblo» llevaba ya largo tiempo presente en el ideario alemán. Se trata de un concepto «contradictorio, potente, pero mal comprendido, que sin embargo resulta fundamental para la comprensión de la política alemana en los fatídicos años de 1918-1945»³⁰⁹. Su origen habría de ser rastreado, como mínimo, hasta las guerras de liberación napoleónicas, a comienzos del siglo XIX, momento en el que, análogamente a lo sucedido en España, el pueblo alemán, constituido a la sazón por una plétora de Estados culturalmente hermanados pero nacionalmente inconexos, tomó plena conciencia de su potencial existencia como ente político unitario. Imposible olvidar, en este contexto, destacadas figuras de este período como Fichte, autor de los celeberrimos *Discursos a la nación alemana* (1808), tratado y proyecto educativo en el que, imbuido del espíritu de la *Kultur*, no duda en atribuir a los alemanes (no a los germánicos en general, a los que distingue de los alemanes propiamente dichos) una serie de rasgos distintivos y singulares (lengua viva y «originaria» como la griega; «virtudes alemanas» como la lealtad, la sinceridad, la honradez, la sencillez, la piedad, la modestia, el civismo, la entrega a la comunidad, la conciencia de libertad y perfectibilidad infinita, la conciencia de eternidad; la -superior- filosofía moderna, etc.) de valor tal que solo por mor de ellos mismos, en tanto signos «connaturales» y exclusivos del espíritu patrio, valdría la pena sacrificarse³¹⁰.

Con todo, a pesar de las arengas fichteanas, en esta primera fase la concienciación política de la que hablábamos todavía será débil, siquiera comparada con la concienciación posterior producto de la conflagración mundial de 1914-1918. En aquellos momentos no era solo Alemania quien sufría las consecuencias de las invasiones y guerras napoleónicas. También otros países como la ya reseñada España, Portugal, Reino Unido, el Imperio ruso, el Imperio austriaco, el Imperio otomano o varios reinos italianos, incluidos los Estados Pontificios, se vieron afectados por el conflicto, que además de una serie de respectivos sentires nacionalistas, fomentó un cierto sentimiento de corte más europeísta, pero no en el sentido de unificación europea (proyecto a todas luces inconciliable con los propios sentimientos nacionalistas), sino de empatía entre naciones.

La ulterior unificación política del país germano, lograda *de facto* en 1871 bajo la dirección de Prusia y Bismarck, supuso la culminación de un proceso que llevaba decenas de años gestándose. Mas la culminación no fue tal. No para el pueblo llano, que veía cómo, a pesar de que finalmente había obtenido la anhelada unidad política, carecía aún de una unión de carácter más espiritual como la reivindicada por el romanticismo predominante en la época. Lo que faltaba ya no era unidad, porque ya la había, sino el *sentimiento* de unidad, de

³⁰⁷ Como es lógico, en una lucha existencial entre dos (o más) colectivos toda posibilidad de singularidad individual queda supeditada a las exigencias colectivas, cuando no es directamente eliminada.

³⁰⁸ En esta misma línea argumentativa, Bolinaga: «Al contrario que el italiano, que se fundamenta en lengua y cultura, el nacionalismo conservador alemán hunde sus raíces en *la sangre*; es biologista. El latino proviene de una tradición liberal, es culturalista. Existen por tanto, entre ambas corrientes del fascismo, diferencias sustanciales derivadas de sus respectivas tradiciones nacionalistas. El nacionalismo conservador alemán del que se va a nutrir su particular experimento fascista idealiza la Germania superior ocupada solamente por los miembros del Volk (pueblo). Sin embargo, para esta versión del nacionalismo, el pueblo no se compone de personas que poseen la ciudadanía alemana, ni de los que hablan alemán, ni de los que han nacido y han vivido toda la vida en Frankfurt. *Son los racialmente puros, los arios, quienes pertenecen a la comunidad nacional*. Hayan nacido donde fuera y hablen la lengua que sea. Nadie más. *La nación es más una raza que una nación en puridad*. Esta es una de las razones que convertían al minoritario biologismo germano en un peligro potencial en caso de que lograra algún día, como así ocurrió, tomar cuerpo en una organización de masas viable». (Bolinaga, *Breve historia del fascismo*, pp. 43-44. La cursiva es añadida.)

³⁰⁹ Fritzsche, Peter, *De alemanes a nazis, 1914-1933* (1998), traducción de Jorge Salvetti, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006, p. 15.

³¹⁰ Asimismo, cabe destacar que el propio Fichte prefiguró una suerte de socialismo (o, si se quiere, *nacional-socialismo*) alemán con su propuesta sobre «el Estado comercial cerrado», materializada en su obra homónima de 1800.

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

colectividad con objetivo y destino comunes. En pocas palabras: el sentimiento que en un pasado no tan lejano había dado lugar a la unidad política. Y puesto que semejante sentimiento vino dado por una guerra (por el triunfo en la franco-prusiana), solo una guerra parecía poder devolverlo. Y así fue³¹¹.

Cuando el 1 de agosto de 1914 el Káiser Guillermo se asomó al balcón del *Stadtschloss* (el palacio de la dinastía Hohenzollern) y anunció la «bélica nueva», la reacción no se hizo esperar. Este fue el momento crucial. Al igual que lo sucedido en Italia entre la intelectualidad nacionalista, que tomó la implicación transalpina en la guerra como la oportunidad soñada de cierre y consecución de los objetivos del *Risorgimento*, la intelectualidad nacionalista alemana vio en el conflicto una ocasión igualmente óptima de remate y perfeccionamiento de su propio ideal comunitario. La diferencia entre ambos casos estribó en que, en Alemania, la población se involucró mucho más que en Italia debido, básicamente, a que el nacionalismo germano no solo no era cosa exclusiva de intelectuales (aunque estos no faltasen), y mucho menos de intelectuales tan elitistas como podían serlo los italianos³¹², sino que, para mayor significación, su naturaleza era mucho más visceral, incluso castiza si se quiere, infinitamente más apegada al sentir propiamente popular que cualquier otro nacionalismo de la época a causa de su sistemática asociación con la herencia nacional-religiosa luterana. Esto explica por qué en Alemania el entusiasmo por la batalla desbordó las calles, que no tardaron en llenarse de centenares de personas que portaban en sus manos banderas negras, blancas y rojas -los colores del Imperio- y entonaban canciones de campañas anteriores como *Guardia sobre el Rin* o *Salve a ti con la Corona de la Victoria*, que resonaron entre los muros de las ciudades de toda Alemania con inusitada fuerza y conmoción, atrayendo, de manera casi irresistible, al indeciso al maremágnum nacionalista:

Antes del anochecer, el Káiser finalmente apareció en el balcón real y habló a sus súbditos. “Ya no reconozco partidos ni credos”, proclamó, “hoy somos todos hermanos alemanes, y sólo hermanos alemanes.” Las aclamaciones eran tan estridentes que la mayoría de los presentes no pudo oír el resto del discurso. Esa noche Berlín se asemejaba a una fiesta, embriagada con el drama de la nación en guerra.³¹³

Sin embargo, en consonancia con lo que ya hemos apuntado, la población no solo salía a las calles como seña de beneplácito hacia la decisión del régimen de apoyar a Austria-Hungría después del asesinato cometido contra el archiduque Fernando, heredero al trono de la dinastía de los Habsburgo. La gente

se reunía en las calles en reconocimiento de algo más: el sentimiento compartido de ser alemán y pertenecer a una nación. La declaración de guerra contra Serbia y Rusia, y luego contra Francia y Gran Bretaña, a principios del mes siguiente, fue seguida por una ola de nacionalismo popular, más tarde recordada sentimentalmente como los Días de Agosto, un período en el que las diferencias de clase, de credo y región parecieron borrarse y el pueblo, el *Volk*, pareció estar forjado en una sola pieza.³¹⁴

Por eso los soldados partían hacia el frente entre flores y cánticos y las listas de voluntarios se engrosaron con celeridad. Aquellos «Días de Agosto» pasaron a los libros de historia alemana como los días más dorados del Segundo Reich, y no tardaron en ser reiteradamente

³¹¹ En lo sucesivo en este capítulo, nos basaremos y profundizaremos en buena parte de las reflexiones ya expuestas en nuestro artículo: Brea García, Sergio, «Volksgemeinschaft durch Volkwerdung. Ingeniería social nacionalsocialista para una sociedad sin clases», *Eikasia* 61, 2015, pp. 323-360 (disponible para su consulta online en el siguiente enlace: <http://www.revistadefilosofia.org/numero61.htm>) [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

³¹² Más proclives a obtener simple venia y sumisa obediencia de la muchedumbre que su participación activa en el proyecto común italiano que ellos tenían en mente.

³¹³ Fritzsche, *De alemanes a nazis*, p. 33.

³¹⁴ Fritzsche, *De alemanes a nazis*, p. 19.

rescatados hasta la saciedad de la memoria colectiva en un intento por parte de las autoridades de subir la moral tanto a las cada vez más frustradas y molestas tropas que se refugiaban *sine die* del fuego enemigo en las infinitas trincheras de la Gran Guerra, como a la población en general, cuyas privaciones, en un principio aceptadas de buena gana, crecían conforme el final de la guerra –y la fe en el triunfo ulterior– se iba difuminando en el horizonte, sobremanera con motivo de inviernos tan duros como el del 1916-1917.

Empero, mientras hubo vida, hubo esperanza. Al menos así fue en el caso de los citados intelectuales nacionalistas pangermanistas, que no desperdiciaron la coyuntura favorable de chovinismo y enconamiento anti-francés (remedo del intemporal odio a la *Zivilisation*) para hacer sus nada humildes proclamas:

Precisamente era esto [el pleno dominio mundial] a lo que aspiraba una buena parte de la opinión, con los nombres de «paz Sigfrido» o «paz Hindenburg», aunque no acabara de expresarlo de una manera rotunda y categórica. Un ejemplo conocido es el llamado «informe de los profesores», dirigido por 1.300 representantes de la vida cultural y política al canciller del Reich, Von Bethmann Hollweg, y que no permaneció desconocido para la opinión mundial. El colaborador más íntimo de Hindenburg, Ludendorff, pasaba por ser, con toda razón, el más poderoso y seguro partidario de esta tendencia: «...Queremos terminar... de una vez para siempre con el peligro francés. Con el fin de asegurar nuestra propia existencia debemos debilitar política y económicamente a esta nación y mejorar nuestra situación estratégica respecto a ella. (...) En cuanto a Rusia... frontera y límite de la expansión natural de nuestro pueblo, ofrece espacio suficiente, al que tendrá que renunciar. Tiene que ser una tierra de colonización agraria... El espacio preciso para nuestra expansión, tanto humana, como espiritual, está situado al Este... Tanto a lo largo de la frontera de Posen y Silesia, como en la meridional de la Prusia Oriental deberá irse al establecimiento de unas entidades de colonización alemana, en gran parte dotadas de una cierta autonomía. Rusia es rica en tierra y suelo, y a conseguirlo debemos tender sobre todo, aunque sea a costa de renunciar a otra clase de reparaciones de guerra».³¹⁵

Recogiendo el testigo de Paul de Lagarde³¹⁶, los «profesores» alemanes fueron los primeros en prefigurar con meridiana claridad el futuro *Lebensraum* nazi, que de hecho llegaron a conquistar durante esa misma guerra, administrándolo bajo el rótulo de *Oberbefehlshaber der gesamten Deutschen Streitkräfte im Osten* o «Comando Supremo de todas las Fuerzas Alemanas en el Este» (abreviado como *Ober Ost*³¹⁷). Al cese de las hostilidades, en cambio, no solo no pudieron mantenerse las conquistas realizadas durante la misma, sino que hubo que renunciar

³¹⁵ Nolte, Ernst, *El fascismo. De Mussolini a Hitler* (1968), traducción de J. Ruiz, Plaza & Janés, Barcelona, 1975, p. 17. Más allá de lo «hitlerianas» que se nos puedan antojar estas palabras, lo cierto es que reflejan un estado de ánimo muy extendido entre la inmensa mayoría de la intelectualidad germana nacionalista cuando Hitler todavía era un desconocido cabo y aun mucho antes de que llegase a Alemania procedente de Viena.

³¹⁶ «Lagarde comenzó a escribir en la década de 1850 (...). Ya para entonces decidió que era imposible soportar a los judíos, que formaban “una nación dentro de una nación”, y que su nacionalidad sólo podría ser eliminada suprimiéndoles su religión: o renunciaban a ella, o deberían abandonar Europa Central. Pero en estos ambiciosos esquemas para esta área, llegó mucho más lejos: la emigración alemana debería ser dirigida, de acuerdo con un plan estratégico cuidadosamente elaborado, a Bohemia, Eslovaquia, Hungría, Galitzia e Istria; sus poblaciones nativas debían ser estimuladas a mezclarse en una aleación alemana, y, de esta forma, los súbditos degenerados de los pequeños estados alemanes serían hombres libres. En sus escritos posteriores, de Lagarde se limitó a ampliar este programa. Los países limítrofes a Alemania y a Austria por el Este debían ser germanizados. Rusia sería derrotada bélicamente y obligada a ceder a Alemania un amplio cinturón de territorio, desde el Báltico al mar Negro, pero *sin* los habitantes. Los campesinos alemanes serían asentados en estas tierras, y los judíos de Polonia y Galitzia serían expulsados a Palestina. Austria, aliado natural de Alemania, sólo podía mantenerse eficazmente como Estado mediante la colonización alemana de Europa Oriental y mediante la separación de Rusia de los eslavos meridionales. Austria debía ser germanizada intensiva y extensivamente; y los judíos alemanes debían o bien emigrar o convertirse en alemanes». (Carsten, *La ascensión del fascismo*, pp. 32-33. En cursiva en el original.)

³¹⁷ Se puede encontrar un buen artículo-resumen relativo al *Ober Ost* en Heid, Ludger, «El preludio del Holocausto. En el Ober Ost del Reich durante la Gran Guerra», *Seminario Interuniversitario de Investigadores del Fascismo*, 6 mayo de 2014. Disponible en línea: <https://seminariofascismo.wordpress.com/2014/05/06/el-preludio-del-holocausto-en-el-ober-ost-del-reich-durante-la-gran-guerra-por-ludger-heid/> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

a posesiones propias y previas a su comienzo. Y con ellas, al encantamiento, al hechizo de la *Burgfrieden* o «Paz de la Fortaleza» del Káiser Guillermo bajo cuyo entusiástico efecto había caído el pueblo alemán en 1914.

A pesar de ello, ni la bucólica imagen de los Días de Agosto ni los ideales anejos a la mentada Paz de la Fortaleza se olvidaron, y a la postre ambos elementos resultaron cruciales para comprender la actitud política que caracterizó a gran parte de la población alemana antes incluso de la finalización de la guerra. La implicación de toda o casi toda la población en el esfuerzo bélico hizo patente lo desgastada que se encontraba la Monarquía y la enorme fuerza con la que las masas podían ocupar el espacio público antes reservado para los ocasionales desfiles reales de fechas tan señaladas como el *Sedantag* (Día de la batalla de Sedán) o la «Batalla de las Naciones», en los que el pueblo a duras penas podía ejercer otro papel que el de mero espectador con funciones limitadas al elogio y el aplauso. Todo esto contribuyó de manera decisiva a la concienciación, por parte de la población alemana, de su potencial estatus como Nación plena y auténtica, dueña de su propio destino:

La primera guerra mundial ocupa un lugar tan eminente en la historia moderna porque creó nuevas formaciones sociales, organizadas en torno a una identidad nacional que fue definida en términos cada vez más populistas y *raciales*. Durante el curso de la guerra, la movilización masiva de la población amenazó las viejas jerarquías de subordinación y los protocolos de deferencia. Al mismo tiempo, la guerra transformó los papeles tradicionales de los géneros, borró antiguas lealtades de clase, y *legitimó formas étnicas y excluyentes de sentirse alemán*, produciendo como resultado una nueva y feroz comunidad basada en *la lucha por la supervivencia*, en la que todo un pueblo se jugaba de lleno el triunfo o la derrota. Al enfatizar más la idea de nación que la de estado, lo que el conflicto representaba se hallaba escrito en un lenguaje popular e insistentemente democrático. De este modo, la movilización de las masas en la Odeonplatz permitió entrever sucesos por venir. Para millones de alemanes los meses de julio y agosto de 1914 constituyeron un nuevo punto de referencia político que mantendría su validez durante tres décadas.³¹⁸

Observamos así cómo las semillas pre-racistas o proto-racistas plantadas por Lutero comenzaban a germinar. Las antisemitas ya lo habían hecho, pero la virulencia de sus particularmente perversos efectos había quedado un tanto opacada por un antisemitismo europeo generalizado que poco –y en algunos lugares nada³¹⁹– tenía que ver con la cuestión racial. En cambio, en el nuevo contexto de la conflagración bélica primero europea y luego mundial, todo valía para desacreditar al enemigo o, en su defecto, para acrecentar el ardor guerrero y el orgullo patrios. Las teorías del Conde de Gobineau o de Houston Stewart Chamberlain, entre toda una pléyade de textos, comentarios y volúmenes que al socaire de los nuevos avances y descubrimientos científicos decimonónicos –con especial atención al darwinismo y sus derivados sociales y eugenésicos– habían lanzado a la palestra intelectual pública cuestiones relativas a la diversidad de razas humanas y, más aún, a su mutua relación y *jerarquía histórica y natural*, encontraron en Alemania su auditorio predilecto y su más nutrido grupo de seguidores y suscriptores. El antisemitismo que la germanidad llevaba aparejado desde su mismo principio hizo las veces de bisagra natural hacia el racismo, y especialmente hacia el denominado «racismo científico», que tan pronto como comenzó a arrojar sus más que favorables resultados para los europeos blancos y en particular para los germánicos se convirtió en Alemania en poco menos que un tácito credo oficial a la altura de la «filosofía nacional» hegeliana.

³¹⁸ Fritzsche, *De alemanes a nazis*, p. 22. La cursiva es añadida.

³¹⁹ Por ejemplo, en España, donde la «cuestión judía» había quedado resuelta de una vez y para siempre ya en el siglo XV, y no por motivos de raza, sino de religión.

No se puede decir que no fuera previsible, siquiera desde cierto punto de vista³²⁰. Tanto las hipótesis de partida (existen diversas razas humanas; unas y otras se hallan en distintos estadios evolutivos; unos estadios son más avanzados y otros menos) como las conclusiones de llegada (las razas con civilizaciones más avanzadas son superiores y las razas con civilizaciones menos avanzadas son inferiores; la causa de la superioridad de las primeras debe ser genética e innata, al igual que también debe ser genética e innata la causa de la inferioridad de las segundas; las primeras tienen *por naturaleza* derecho a, cuanto menos, «tutelar» a las segundas, y cuanto más, a esclavizarlas o exterminarlas, porque como acaba de demostrar el darwinismo, la vida es incesante lucha por la supervivencia, y el más fuerte es el que mayores posibilidades tiene de sobrevivir, aunque sea o precisamente porque es a costa de los más débiles) se ajustaban al imaginario del nacionalismo alemán, e incluso lo complementaban. Con el añadido del componente racial (o racista), este nacionalismo hacía despertar definitivamente su vocación socialista latente. Al identificar al pueblo alemán con la raza aria y al concebir a esta como amenazada de muerte por su contraparte desde la noche de los tiempos, la raza judía, se valida la consciencia de la necesidad, por parte de aquella, en su legítima lucha por la supervivencia, de una cohesión interna inapelable en la que toda individualidad quedase, en última instancia³²¹, suprimida en pro de la soberanía de la colectividad, que solo a través de la conformación de una comunidad (*Gemeinschaft*³²²) que agrupe a *todo* el pueblo (*Volksgemeinschaft*) y lo conciencie de su condición de tal (*Volkwerdung*) tendrá posibilidades reales de sobrevivir³²³.

De ahí la importancia de la ancestral *Volksgemeinschaft* hacia la que la *Burgfrieden* del Káiser apuntaba, que alcanzó visos de viabilidad no como un todo benévolo e inclusivo basado en una suerte de empático «sentir común» entre pueblos subyugados (como pudiera entreverse durante las guerras napoleónicas), ni tampoco a través de una guerra o siquiera de un emperador, sino a partir de la politización del pueblo entero, de su toma de consciencia como ente político unitario con capacidad de decisión. De la *Volkwerdung*, la «conversión de un pueblo en sí mismo». La desconocida pero primerísima palabra clave en el abecé nazi, legitimadora de todo cuanto vino tras la toma del poder de Hitler el 30 de enero de 1933. Pero antes, Weimar.

Si bien parece irrelevante señalar que, como en el caso del fascismo italiano, la historia del surgimiento y acceso al poder del fascismo alemán estuvo tan trufada o más de infinidad de factores, casualidades y coyunturas varias, pero todas ellas concurrentes, que por unas u otras razones desembocaron en la formación de la ideología nazi y propiciaron su consumación durante doce años, no lo será resumir la ecuación nazi de forma análoga a como lo hiciéramos con la fascista (italiana). Aunque la fórmula «nacionalismo + socialismo = fascismo» es aplicable a ambos casos y, en realidad, a todos los casos fascistas, cada fascismo es resultado de su propia suma. Los dos ingredientes necesarios –nacionalismo y socialismo– son comunes, pero cada uno de ellos puede tener un origen singular y distinto, sobremanera en el caso del nacionalismo, que en tanto tal es y será siempre eminentemente particularista. Como hemos visto, en Italia la combinación de nacionalismo y sindicalismo revolucionario en el plano teórico y la experiencia de la guerra (o de los retornados de la guerra) en el práctico dieron como resultado un nacionalsindicalismo de transición que

³²⁰ «Es sorprendente constatar que las ideas del nazismo no tuvieron mucha necesidad de difusión o de apropiación: estaban ya ahí, en la sociedad alemana como en el más amplio ámbito de las sociedades occidentales. Lo que les corresponde propiamente a los nazis –y no es poco– es haberles dado coherencia y una aplicación rápida, brutal, sin concesiones, ya desde 1933 en Alemania y a partir de 1939 en Europa». (Chapoutot, Johann, *La revolución cultural nazi* (2017), traducción de Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños, Alianza, Madrid, 2018, p. 16.)

³²¹ Como veremos en el siguiente apartado, la cuestión de la valía y reconocimiento del individuo por sí solo es un tema complejo dentro del fascismo, siquiera en algunas de sus más elaboradas teorizaciones, como la italiana, la alemana y la española.

³²² Por oposición a *Gesellschaft*, «sociedad», ambos en términos de Ferdinand Tönnies.

³²³ Hemos tratado esta cuestión en «*Volksgemeinschaft* durch *Volkwerdung*. Ingeniería social nacionalsocialista para una sociedad sin clases», artículo citado con anterioridad.

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

finalmente fructificó en la creación del fascismo, encarnada, literalmente, en Mussolini (con, no obstante, el importante precedente d'annunziano), que compendia todos y cada uno de los componentes necesarios (nacionalismo, sindicalismo/socialismo, veteranía bélica, autoridad, voluntad de poder y carisma). En Alemania, aunque el resultado fue prácticamente el mismo, el proceso fue significativamente diferente. Allí el nacionalismo pangermanista, antisemita desde sus comienzos, no tardaría mucho en devenir racista; solo lo necesario para poder revestir al propio racismo de cierta credibilidad «científica». Y no hizo falta nada más, al menos en lo que a teorizaciones puras se refiere³²⁴. A partir de ese momento, el «mero» aditivo de la guerra vino, como en Italia, a completar un cóctel explosivo que, al igual que en la península, solo necesitó de la aparición de un líder equivalente a Mussolini, que reuniese en sí mismo y por sí solo todas aquellas cualidades ideológicas (nacionalismo pangermanista antisemita, racista y socialista) y sus necesarias contrapartes personales y caracterológicas (experiencia en el frente, autoridad, voluntad de poder y carisma). Pero donde Italia *encontró* a Mussolini, Alemania *buscó* a Hitler.

A diferencia de Mussolini, que se impuso, por así decirlo, sin necesidad de vencer grandes resistencias y en un marco de cierta estabilidad y normalidad democráticas, y además lo hizo con relativa prontitud (tan solo cuatro años después de finalizar la guerra), Adolf Hitler tuvo que hacer una suerte de peregrinaje por el desierto que duró más de una década, pero que se saldó con su mesiánico-providencial ascenso. En un contexto de descrédito generalizado del demoliberalismo, considerado como un sistema decimonónico y por tanto obsoleto y al borde de la desaparición o «superación»³²⁵, la proclamación de la República de Weimar supuso pronto un caballo de batalla difícil de mejorar para los detractores del modelo, que veían su implantación como una imposición extranjera deliberadamente pensada para dejar a los alemanes *beerlos*, *webrlos* y *ehbrlos* (es decir, desarmados, indefensos y deshonorados), debilitando así a Alemania y evitando su posible resurgimiento como potencia europea y mundial³²⁶. En este sentido, mientras que en Italia el demoliberalismo era denostado por su ineficaz gestión de la victoria en lo que a las compensaciones se refiere, en Alemania era vilipendiado por representar el paradigma de la derrota, tanto en sí misma como en calidad de prolongación del desastre bélico propiamente dicho. Este estigma del vencimiento y la posterior sumisión a los triunfadores, que para colmo eran los enemigos tradicionales (recordemos las palabras de los «profesores» alemanes sobre Francia), ahondó aún más la crisis existencial colectiva que sufría Alemania como pueblo y como nación, al

³²⁴ Esta es una de las razones por las que en la época se tendió a considerar al fascismo/Fascismo como un credo intelectualmente superior al «bárbaro» nazismo, que no obstante su recurrente apoyo en la tradición intelectual y filosófica alemana, no podía presumir de todo un legado y unas credenciales intelectuales detrás, como sí podía hacerlo –y de hecho lo hizo durante los primeros años de coexistencia con el Reich– Mussolini apelando al nacionalismo, al sindicalismo revolucionario e incluso al sorelismo francés. Un ejemplo claro de adopción de esta perspectiva lo encontramos en Giménez Caballero, quien llevó el planteamiento a tal extremo que llegó a pronosticar una futura guerra entre el fascismo latino culto y neo-civilizatorio y el fascismo germánico bárbaro y anti-civilizatorio.

³²⁵ «La transformación operada en el mundo al despuntar el siglo XX había traído aparejada la obsolescencia de la concepción liberal de la sociedad, imposible de ser concebida ya en términos de conglomerado de individuos atomizados». (Selva Roca de Togores, Enrique, «El pensamiento de la derecha radical y el fascismo», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, p. 505.)

³²⁶ Cuando no directamente para destruir la «germanidad» misma: «Por fin se formó en Alemania una república parlamentaria, de modo que la política, hasta entonces denostada, pasó a formar parte activa de la vida cotidiana de los ciudadanos, sobre todo en la urbe de Berlín. Y con el fin del autoritarismo político, toda una serie de tabúes, también morales, fueron desafiados. Las masas fueron arrinconando socialmente a la burguesía, al tiempo que las terribles crisis económicas pusieron en entredicho el valor de la propiedad sobre la que ésta se asentaba. Las vanguardias amenazaron con desplazar al «arte verdadero», y la riqueza y flexibilidad de los valores de la vida urbana pusieron en peligro el viejo sueño del idilio familiar en un entorno natural. Los paradigmas que habían construido la columna vertebral de la nación cultural alemana parecían tambalearse peligrosamente. El burgués tradicional, tan patriota como apegado al ideal de *Bildung*, se estaba convirtiendo en una figura a superar, y la República de Weimar se mostraba como un perfecto corrosivo de todo cuanto había constituido durante siglos la *alemanidad* en el imaginario colectivo. Y lo que en realidad eran problemas políticos y sociológicos fueron peligrosamente percibidos, de un modo genuinamente germánico, como problemas espirituales». (Sala Rose, Rosa, *El misterioso caso alemán. Un intento de comprender Alemania a través de sus letras* (2007), Alba Editorial, Barcelona, 2010, p. 371.)

tiempo que generalizó la búsqueda de explicaciones fáciles a la catástrofe, empezando por la «leyenda de la puñalada por la espalda», que de la mano del tradicional antisemitismo nacionalista alemán hizo del judío un chivo expiatorio perfecto, dejando de paso el camino expedito al extremismo racista nazi.

Y es que podría decirse que, de forma parecida a lo que sucederá en España trece años más tarde, Alemania «se acostó monárquica y se levantó republicana»³²⁷. Así podría resumirse, salvando las distancias, la tesitura con la que la parte de los alemanes —no pequeña ni irrelevante— que, en lo que acabarían siendo los estertores inesperados de la guerra, aún tenía fe en la victoria final, hubo de toparse tras el estallido de la revolución en Berlín y el subsiguiente abandono oficial de las armas. Con noviembre de 1918 dio comienzo uno de los periodos más turbulentos y conflictivos de cuantos se recuerdan en la historia de las naciones democráticas, historia de la que Alemania, desde ese día, pasaba a formar repentina parte.

Naturalmente, cabría preguntarse por qué, a pesar del «origen externo» de esta democracia, los alemanes tendieron a rechazarla con tanta vehemencia. Al fin y al cabo, se trataba de un sistema político que, visto desde cierto punto de vista, mantenía una evidente afinidad y correspondencia con la experiencia que el pueblo había adquirido durante el conflicto. Por primera vez los alemanes habían participado, juntos, en un esfuerzo colectivo, y la república no dejaba de brindarles esa misma oportunidad, para mayor gloria suya en el terreno no bélico —donde se da por sentado que la población ha de colaborar voluntariamente o no—, sino político. Y no lo hacía sola, sino acompañada de toda una retahíla de derechos constitucionales inéditos en el *Kaiserreich* y que, sin embargo, nunca bastaron para convencer a buena parte de los alemanes de que dicha república era tan legítima y tan alemana como el mismo Reich³²⁸.

Resultaría repetitivo explicar una por una las causas de semejante rechazo. La forma de dar término a la guerra; la premura con la que los socialdemócratas, con Ebert a la cabeza, dispusieron el armisticio; las durísimas condiciones del Tratado de Versalles (coloquialmente conocido como «*Diktat*»), aceptadas por el propio gobierno socialdemócrata y que hacía recaer toda la culpa de la guerra sobre los hombros alemanes; la crisis económica del 29, que cercenó de un plumazo todas las expectativas creadas con la estabilización y mejoría de finales de la década. Todos estos fueron factores importantes, pero coyunturales. Para comprender el porqué de la mayor o menor ligereza y rapidez con la que los alemanes se olvidaron de sus libertades y su primera república sin llegar a arrepentirse de ello hasta que una nueva catástrofe se cernió sobre ellos también hay que tener en cuenta, por un lado, el recuerdo de los Días de Agosto y de una *Burgfrieden* «secularizada» (vale decir, sin necesidad de monarca al uso)³²⁹, y, por otro, el carácter intrínsecamente visceral del nacionalismo alemán y el ya citado despertar de sus latencias socialistas, racistas o, en breve, *socialracistas*. Puesto que nada de esto podía encontrarse en la democracia weimariana, esta siempre careció de auténtica legitimidad y apoyo por parte de las masas, que para colmo tendían cada vez más a apoyar a los partidos que con mayor ahínco propugnaban su destrucción³³⁰. En cambio,

³²⁷ Expresión atribuida al conde de Romanones, Álvaro de Figueroa y Torres (1863-1950), con motivo de la llegada de la Segunda República española en 1931.

³²⁸ En realidad, la denominación de Reich o Imperio se mantuvo oficialmente durante el periodo republicano en un intento de no herir (aún más) susceptibilidades tras las pérdidas políticas, económicas y territoriales del país.

³²⁹ Cuya idealización contrastaba con la realidad de una república democrática plural en la que imperaba el conflicto y en la que se subrayaban sin cesar los defectos (reales o exagerados) del sistema parlamentario. En este sentido: «La euforia de agosto de 1914 resultó de la confluencia de dos poderosos sentimientos: la esperanza de la victoria y la creencia de que todas las diferencias sociales y políticas podían ser eliminadas en la gran ecuación nacional. Después de 1918, una aversión generalizada por la democracia —porque parecía destruir la unidad nacional a través de la lucha partidista en las urnas, en el parlamento e incluso dentro de los gobiernos de coalición— contribuyó a impedir que el estado de Weimar arraigara en Alemania». (Grunberger, Richard, *Historia social del Tercer Reich* (1971), traducción de Ester Donato, Ariel, Barcelona, 2010, p. 55.)

³³⁰ Los comunistas la veían como un avance hacia un nuevo modelo económico, pero como una república de neto corte burgués a fin de cuentas; los socialdemócratas la veían como una oportunidad de mejorar la situación de las clases obreras,

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

la coincidencia de aquellos dos factores, sumada a las contingencias anteriores, facilitó el camino hacia el poder del *Bewegung* o «Movimiento» que con mayor naturalidad encarnaba estas esencias y aparentaba poder solventar aquellas problemáticas y agravios, personificando la voz y los símbolos que muchos alemanes necesitaban para movilizarse y «despertar» junto con la propia Alemania³³¹: el nazismo.

Los nazis, con Hitler a la cabeza, supieron capitalizar gran parte de los descontentos de los alemanes. De manera similar a la fascista italiana, el fascismo alemán fue capaz de identificarse con un discurso netamente optimista, cuyas miras se orientaron de forma momentánea hacia un pasado (real o ficticio) considerado espléndido y majestuoso como paso previo a la recuperación de su vocación de futuro en pos de un porvenir aún más brillante y glorioso³³²:

la revolución política de 1933 no fue impulsada por la nostalgia del pasado imperial o el temor a una revolución socialista. Fue un levantamiento mucho más optimista orientado hacia el futuro y propulsado por una generación joven de activistas, cuya meta principal era desarticular la cultura de castas de la Alemania conservadora. (...) En muchos sentidos, es engañoso caracterizar a los nacionalsocialistas como un partido de derecha; tanto ellos como millones de alemanes tomaban en serio los aspectos “sociales” y supuestamente progresistas de su programa político.³³³

Que fueran los nazis quienes, de entre todo el *totum revolutum* de Weimar, se llevaran finalmente el gato al agua, tiene por tanto una explicación hartamente simple: el que por el presente desespera, a quien mejor futuro le ofrece se aferra.

[C]onviene no perder de vista que una parte considerable de los alemanes fue víctima del *idealismo revolucionario nacionalsocialista* y que creía estar construyendo un mundo mejor, una nueva utopía en la que, sin enemigos raciales, tensiones sociales o influencias culturales extranjeras, imperaría un encantador panorama social hecho de familias felices, saludables niños rubios y una raza pura. En la actualidad, la idea de que el renacimiento nacional germano auspiciado por Hitler pudiera convertir Alemania en el

pero desde un comienzo se encontraron con escisiones que impidieron una dirección firme y clara que les permitiera mantener la unidad necesaria en su partido y entre sus afiliados para llevar a cabo las reformas prometidas; los conservadores de clase alta la veían como la pérdida de unos privilegios obtenidos a fuer de tradición y herencia sagradas, mientras que los de clase media no hallaban en el nuevo sistema ningún clavo al que aferrarse ante los progresos cada vez mayores y más invasivos del obrerismo y la cerrazón cada vez más hermética del núcleo duro de la burguesía más tradicionalista y anclada en el irrecuperable *Kaiserreich*; por último, los «revolucionarios conservadores», los grupúsculos fascistas o fascistoides inspirados en el modelo italiano y los nazis veían en la nueva república una injerencia eminentemente extranjera impuesta en un país considerado, como ya hemos dejado caer en más de una ocasión, *esencialmente* ajeno a toda forma democrática (que sería más propia de culturas y naciones «degeneradas», exentas de élites o líderes de talla y valía).

³³¹ La metáfora de la Alemania (y los alemanes) que al fin, con la llegada del nazismo al poder, despierta, fue muy común durante el Tercer Reich, hasta el punto de que la leyenda «*Deutschland, erwache!*» o «Alemania, despierta!» figuraba en la práctica totalidad de los estandartes utilizados en toda la liturgia nazi y «bendecidos» por el propio Hitler en ceremonias específicas de consagración de las banderas por contacto con la *Blutfahne* o «Bandera de Sangre», presuntamente manchada con la sangre de los «mártires» caídos durante el intento de golpe de Estado fallido del 8 y 9 de noviembre de 1923 (el llamado «*putsch* de la Cervecería» o «*putsch* de Múnich»).

³³² Uno de los eslóganes del posterior Movimiento Social Italiano (MSI), capitaneado a la sazón (en los setenta) por Giorgio Almirante, resumirá con suma y poética elocuencia esta actitud: «Nostalgia para el futuro».

³³³ Fritzsche, *De alemanes a nazis*, p. 13. En esta misma línea, Griffin: «Una vez en el poder, el nazismo llenó este vacío [la anomia característica de la modernidad] de forma eficaz para millones de personas, al menos durante los primeros años. Animó a los alemanes «arrios» adultos a recuperar las funciones externas de sus antiguos trabajos. Convenció a los nazis jóvenes para que trabajaran, a veces por primera vez, en aquello (...) para lo que habían sido instruidos, y para que lo hicieran con una sensación de identidad comunal, con un propósito y con una dimensión de futuro impensables en el régimen anterior. A partir de 1933, el dinamismo sobrecargado de la recuperación económica, política y social también avivó las llamas del entusiasmo. Para los ciudadanos del Reich que no tenían profundas convicciones morales o existenciales, el instinto humano de supervivencia combinado con el anhelo de trascendencia, de *nomos* y de *communitas*, garantizaron la adaptación automática de su mundo interior al «nuevo orden», hicieron posible que su lenguaje y su comportamiento se amoldaran a la realidad de la vida en el Tercer Reich aunque no fueran conscientes del todo de lo que les sucedía y del proceso de adaptación que estaban sufriendo. Cada instancia individual del proceso de nazificación es una historia distinta de adaptación, connivencia y negación». (*Modernismo y fascismo*, pp. 446-447.)

centro de una revitalizada civilización europea nos parece totalmente indeseable, pero había alemanes idealistas que, a pesar de las aristas que una revolución nacional pudiera tener, confiaban en que esta alumbrara un mundo mejor, no sólo para Alemania sino para el resto de Europa. En la propaganda del Tercer Reich no deja de surgir la imagen del triunfo del orden sobre el caos, de la decencia y la honestidad sobre los malignos valores propios de otras cosmovisiones.³³⁴

Esto por lo que respecta a la convulsa historia de Weimar. En cuanto a la de Hitler, los contrastes con su homólogo italiano son notorios. Para empezar, Hitler nunca tuvo formación política de ningún tipo. No militó en ningún partido, ni estuvo interesado en ideología particular alguna. Antes de la guerra aspiraba a convertirse en artista, concretamente en pintor, pero la Academia de Bellas Artes de Viena lo rechazó en dos ocasiones, la primera en 1907 y la segunda en 1908. Tras estas malas experiencias y la muerte de su madre, sobrevivió como pudo en la capital del Imperio de los Habsburgo, a quienes comenzó a considerar, como a la ciudad misma, símbolo de la decadencia y degeneración política, social, económica y, como causa y explicación de todo lo anterior, racial³³⁵. Fue en esta época donde se imbuyó *ad nauseam* del ambiente pangermanista y *völkisch* («popular» o «folclórico», pero en un sentido étnico y racial exclusivista y excluyente) que dominaba la escena cultural e intelectual de Viena, plagada de grupúsculos racistas de todo tipo que en la mayor parte de los casos fundamentaban sus (disparatadas) teorías en «experiencias» ocultistas, doctrinas pseudocientíficas, credos esotéricos y leyendas de dudosa credibilidad, pero que se ajustaban muy bien a sus intereses y propósitos. Sea como fuere, fue este el bagaje «cultural» con el que, junto con sus numerosas lecturas³³⁶ y su inspiración wagneriana, partió Hitler a la guerra en aquella atmósfera de euforia general y de revelación personal³³⁷.

Como suele pasar con todos, cuando volvió no era el mismo. Los años de guerra lo habían endurecido más si cabe que sus diarias citas vienesas con el hambre y la miseria. Durante el conflicto, el cabo austriaco siempre estuvo dispuesto a morir por la patria, obteniendo por ello condecoraciones tales como la Cruz de Hierro de 2.ª clase ya en 1914 y la Cruz de Hierro de 1.ª clase en 1918; tras él, a lo que estuvo dispuesto fue a vivir por esa misma patria. Habiéndose sentido «llamado»³³⁸ a salvarla del marasmo espiritual, anímico,

³³⁴ Overy, Richard, *Crónica del Tercer Reich* (2010), traducción de Jesús Cuéllar Menezo, Tusquets, Barcelona, 2013, p. 8. La cursiva es añadida.

³³⁵ «La experiencia diaria confirmaba la realidad histórica de la actividad de los Habsburgos. En el Norte y en el Sur la mancha de las razas extrañas se extendía amenazando nuestra nacionalidad, y hasta la misma Viena empezó a convertirse en un centro anti-alemán. La Casa de Austria tendía por todos los medios a una chequización o eslavización del Imperio, y fue la mano de la Diosa Justicia y de las leyes compensatorias la que hizo que el adversario principal del germanismo austríaco, el Archiduque Francisco Fernando, cayera bajo el mismo plomo que él ayudó a fundir. Francisco Fernando era precisamente el símbolo de las influencias ejercidas desde el poder para lograr la eslavización de Austria-Hungría.» (Hitler, Adolf, *Mi lucha* (1924-1926), Jusego, Madrid, 2016, p. 18.)

³³⁶ «Además de mi trabajo y de las raras visitas a la ópera, realizadas a costa del sacrificio del estómago, mi único placer lo constituía la lectura. Mis libros me deleitaban. Leía mucho y concienzudamente en todas mis horas de descanso. Así pude en pocos años cimentar los fundamentos de una preparación intelectual de la cual hoy mismo me sirvo. Pero hay algo más que todo eso: En [sic] aquellos tiempos me formé un concepto del mundo, concepto que constituyó la base granítica de mi proceder de esa época. A mis experiencias y conocimientos adquiridos entonces, poco tuve que añadir después; nada fue necesario modificar.» (Hitler, *Mi lucha*, p. 22.)

³³⁷ «Aquellas horas fueron para mí una liberación de los desagradables recuerdos de juventud. Hasta hoy no me avergüenzo de confesar que, dominado por un entusiasmo delirante, caí de rodillas y, de todo corazón, agradecí a los cielos haberme proporcionado la felicidad de haber vivido en esa época.» (Hitler, *Mi lucha*, p. 105)

³³⁸ «Cuanto más me empeñaba en aquella hora por encontrar una explicación para el fenómeno operado [la Revolución de Noviembre de 1918], tanto más me ruborizan la vergüenza y la indignación. ¿Qué significaba para mí todo el tormento físico en comparación con la tragedia nacional? Lo que siguió fueron días de horrible incertidumbre y noches peores todavía. (...) Durante aquellas vigiliás germinó en mí el odio contra los promotores del desastre. En los días siguientes tuve conciencia de mi Destino. (...) ¡Había decidido dedicarme a la política!» (Hitler, *Mi lucha*, p. 132.) Es interesante tener en cuenta que en esta época Hitler no conocía el fascismo italiano, porque este ni siquiera había sido configurado como tal. Esto permite conjeturar que Hitler, con éxito final o sin él, tal vez hubiera sido capaz de articular un *corpus* ideológico propiamente fascista (en la versión nazi del fascismo) incluso sin contar con la referencia de Mussolini, quien, por otra parte, no lo aleccionó sino en lo relativo a la toma del poder (lección que, como veremos, no le sirvió de mucho al caudillo alemán)

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

moral, político, económico, social, etc. en el que había caído, prosternada, Alemania, decidió ponerse manos a la obra. A su regreso al país, quiso continuar en el Ejército. Dado que carecía de toda formación política y, en realidad, casi de toda formación a secas, así como de familiares, amistades o contactos que pudieran ayudarlo en la consecución de sus todavía vagos propósitos, el Ejército era lo más parecido que tenía a un hogar. Además, era un completo desconocido, por lo que, de nuevo a diferencia de Mussolini, que contaba tanto con su reputación como socialista como con su propio periódico, de poco le serviría todo su empeño y determinación si no se agenciaba algún tipo de tribuna desde la que hacerse oír.

De la mano del Ejército encontró lo que buscaba. En pleno periodo de desmovilización, logró permanecer en él, ejerciendo labores de espía dentro de las decenas de grupos socialistas que, tras la experiencia de la *Räterepublik* o «República de los Consejos» soviética de Baviera, proliferaban por toda Alemania. Uno de esos partidos era el *Deutsche Arbeiterpartei* (DAP). Se trataba de un partido nacionalista, pero su nombre había generado la duda razonable de su naturaleza socialista, por lo que los superiores de Hitler le encargaron su vigilancia. Ya en la primera reunión a la que acudió, el cabo puso de manifiesto su incontrolable personalidad. Durante la intervención de un defensor del secesionismo bávaro, Hitler estalló, alegando que por encima de cualesquiera intereses o diferencias regionales todos los *Länder* eran alemanes y, por lo tanto, ninguno tenía derecho alguno a la separación del resto, sino, si acaso, a más bien todo lo contrario: reclamar los territorios perdidos tras la guerra e incluso sumar aquellas zonas donde la población fuese mayoritariamente alemana. Tan encendido discurso llamó la atención de Anton Drexler, entonces líder del DAP, que invitó al flamante orador a volver y a afiliarse al partido. Hitler aceptó, y se le entregó un carné con el número 555³³⁹. A partir de ese momento, el futuro *Führer* emprendió una carrera tan meteórica o más que la de Mussolini antes de ser expulsado del PSI.

Inicialmente puesto a cargo de la propaganda del DAP, poco a poco fue adueñándose del partido. El dinero y los afiliados que atraían sus mítines se convirtieron en un argumento irrefutable a favor de sus posturas en el seno del mismo. Pronto se hizo evidente que era él y no Drexler el dueño y señor *de facto* del DAP, y tras forzar la dimisión de este en 1921, también lo era *de iure*. Implantó el *Führerprinzip* o «principio de caudillaje» en su estructura y cambió su nombre por el de *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* o «Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán» (NSDAP), un añadido, como sabemos, ni inocente ni casual³⁴⁰. Estas medidas se añadían a otras tomadas con anterioridad, como la confección del Programa de los 25 Puntos que presuntamente componían la base teórica *inalterable* del Movimiento, el «préstamo» del saludo romano fascista y el símbolo del NSDAP y su ideología, la esvástica o cruz gamada (*Hakenkreuz*), cuya representación formal la superponía, en color negro e inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados, a un círculo blanco sobre un fondo rojo³⁴¹.

y a la implantación del totalitarismo (lección, esta sí, muy útil; tanto, que a este respecto el «alumno» superó, y con mucho, al «maestro»). Pero esto, claro, es solo una conjetura.

³³⁹ Nunca se cansaría de alardear de que su número era el 7, pero esto es falso. El partido apenas tenía miembros, y por pura estrategia de máquetin comenzó a numerar sus carnés a partir del 501.

³⁴⁰ El NSDAP no fue el único partido en considerarse nacionalista a la par que socialista: «Al igual que en el resto de Europa, en la Alemania de los años diez y veinte floreció una variopinta sucesión de grupos *socialnacionalistas* muy minoritarios que, excepto el DAP, no pasaron de un nivel embrionario de desarrollo. Uno de ellos fue el *Alt Sozialdemokratische Partei* (ASP), un partido sajón que nació como consecuencia de una escisión del Partido Socialdemócrata (SPD). El ASP consideraba prioritario que la revolución proletaria tuviera un marcado tinte nacionalista, un argumento que limó diferencias con los grupos de la derecha, quienes aceptaron de buen grado la *patriotización* de la izquierda radical. El ASP se unió así al nacionalismo conservador en su nerviosa denuncia del Tratado de Versalles, la reivindicación de una política exterior fuerte y una radical censura a los devaneos internacionalistas del Partido Socialdemócrata alemán, uno de los más influyentes del mundo. La aventura política del ASP no tuvo éxito y su descalabro electoral supuso el fin de aquella experiencia profascista. Igualmente, la sección hamburguesa del KAPD, una escisión del Partido Comunista (KPD) originada por elementos expulsados en 1919 por disidencias con respecto a la línea oficial, preconizaba la lucha proletaria combinada a una visión nacionalista de las relaciones internacionales». (Bolinaga, *Breve historia del fascismo*, pp. 42-43. En cursiva en el original.)

³⁴¹ «Después de innumerables ensayos, logré precisar una forma definitiva: sobre un fondo rojo, un disco blanco y, en el centro, la esvástica en negro. Igualmente pude encontrar una relación apropiada entre la dimensión de la bandera y la del

En adelante, Hitler iría recolectando adeptos y seguidores por todo Múnich y Baviera³⁴². Formó su propio grupo paramilitar (uno de tantos *Freikorps* -que era como se conocía a estas violentas y peligrosas bandas formadas por veteranos del *Reichsbeer*, el antiguo Ejército Imperial del Káiser- que deambulaban por las calles de la Alemania de Weimar), germen de las futuras SA y SS, y tras los acontecimientos de enero de 1923³⁴³ comenzó a planificar una toma del poder al estilo de la de Mussolini, con una «Marcha sobre Múnich» que preludiese una «Marcha sobre Berlín» con la misma intención que la exitosa «Marcha sobre Roma». Eligió los días 8 y 9 de noviembre para dar el golpe, que consistiría en secuestrar a Gustav von Kahr, hombre al mando de Baviera, al comandante del Ejército allí emplazado y al jefe de la policía regional para convencerlos de que se aliasen con él y marchasen todos juntos hacia Berlín en la idea de deponer a Gustav Stresemann, «el canciller de los cien días» que había tomado el relevo de Wilhelm Cuno tras lo sucedido en el Ruhr. A estos hombres Hitler pretendía sumar al reputado general Erich Ludendorff, cuyo apoyo había recabado semanas antes. Contar con este último se demostró un error fatal para sus planes.

En la noche del 8 de noviembre, Hitler y los suyos irrumpieron en la cervecería de Múnich donde se encontraba Kahr. Después de proclamar el comienzo de lo que denominó «Revolución Nacional», el líder nazi planteó sus exigencias a Kahr. Este fingió aceptarlas, pero en cuanto tuvo ocasión y aprovechando la ingenuidad de Ludendorff, escapó y retomó el control de la región. A la mañana siguiente, Ejército y policía bávaros se aprestaban para aplastar el golpe, y tras un tiroteo en el que junto con algunos de sus colaboradores (cuya sangre empapó la «Bandera de Sangre» que posteriormente adquirirá tamaña significación en la liturgia nazi) el propio Hitler salió con un hombro dislocado, lo lograron. Dos días después Hitler era arrestado³⁴⁴.

Al año siguiente tuvo lugar el juicio que le proporcionaría fama nacional y aun mundial. Durante su tiempo de defensa y con el tácito beneplácito del juez, Hitler, más que defenderse, dio uno de sus característicos mítines políticos, devolviendo la acusación de alta traición que se le hacía a aquellos que se la hacían, alegando que los verdaderos traidores a Alemania eran quienes consentían la situación de sometimiento y humillación en la que se encontraba la misma, no él, que solo intentaba ponerla en pie y restaurar su perdida gloria y grandeza³⁴⁵. Si bien la Constitución dictaminaba cadena perpetua para delitos tan graves, el favor del juez le rebajó la pena a cinco años, de los que no cumplió ni uno al decretarse a finales de año una amnistía para los presos por motivos políticos. Sin embargo, los nueve meses que pasó encarcelado fueron suficientes para la confección de lo que más tarde se convertiría en una suerte de Biblia del nazismo: *Mi lucha*. En las páginas de este libro, Hitler dejó constancia tanto de su vida (tal y como él la veía, con sus deliberadas distorsiones y

disco y entre la forma y el tamaño de la esvástica. Y así quedó. (...) ¡Y realmente es un símbolo! No sólo porque mediante sus colores, ardientemente amados por nosotros y que tantas glorias conquistaron para el pueblo alemán, testimoniamos nuestro respeto al pasado, sino porque ese símbolo es también la mejor encarnación de los propósitos del Movimiento. Como socialistas nacionales, vemos en nuestra bandera nuestro programa. En el rojo, la idea social del movimiento; en el blanco, la aspiración nacionalista, y en la esvástica la misión de luchar por la victoria del hombre ario y, al mismo tiempo, por el triunfo de la concepción del trabajo productivo, idea que es y será siempre antijudía». (Hitler, *Mi lucha*, pp. 303-304.)

³⁴² Destacando, entre los más conocidos *a posteriori*, Rudolph Hess, Hermann Göring o Alfred Rosenberg.

³⁴³ Nos referimos, claro está, a la ocupación militar francesa de la región industrial del Ruhr como castigo por el retraso alemán en el pago de las reparaciones de guerra. Este hecho devastó la ya de por sí maltrecha economía germana, caldeando los ánimos de todas las partes del tablero político de Weimar, con especial atención a la nacionalista y la comunista.

³⁴⁴ Nótese que, hasta este desenlace, las vidas políticas posteriores a la guerra de Hitler y Mussolini había corrido casi paralelas, en ascenso directo hacia el poder. Tras esta tentativa frustrada, el primero tendrá que esperar más de diez años más que el segundo para ponerse al frente de su país. Por contraste, sin embargo, Hitler solo necesitará un par de años para construir un régimen totalitario mucho más sólido que el del propio Mussolini, así como un Ejército mucho mayor y más poderoso.

³⁴⁵ «Yo soy el único responsable. Pero no por eso soy un criminal Si estoy aquí como un revolucionario es como un revolucionario contra la revolución. No existen delitos tales como la alta traición contra los traidores de 1918». (Shirer, William L., *Auge y caída del Tercer Reich. Volumen I. Triunfo de Adolf Hitler y sueños de conquista* (1961), traducción de Jesús López Pacheco, Alianza, Madrid, 2013, p. 121.)

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

omisiones) como de sus ideas. A los efectos, toda su política posterior estaba recogida en aquel manuscrito, incluyendo la búsqueda del *Lebensraum* o «espacio vital» alemán en Rusia³⁴⁶ y hasta el Holocausto, este último remotamente insinuado³⁴⁷.

A su salida de la cárcel, trató de reorganizar el partido (y sus múltiples organizaciones anejas) en torno a sí mismo. A pesar de las prohibiciones que aún pesaba sobre su partido y sobre él para hablar en público, se las arregló para vivir de la fama que le había proporcionado su juicio y su posterior entrada en prisión. Confió en que la positiva marcha de la República, que parecía asentarse en todos los aspectos, fuese temporal, y logró que se legalizara de nuevo el NSDAP. Tras la experiencia fallida del golpe de 1923 había optado por la estrategia democrática: llegaría al poder a través de las elecciones. No obstante, no lo tuvo fácil. Para empezar, tuvo que esperar hasta la crisis del 29 para encontrar una oportunidad en la que revivificar su discurso, hasta entonces un tanto obsoleto dada la evidente mejoría de la República. Además, durante estos años de transición hacia el poder tuvo que bregar con algunos de sus propios colaboradores por liderar el Movimiento. La facción izquierdista del NSDAP, encabezada por los hermanos Gregor y Otto Strasser, le dio muchos más quebraderos de cabeza de lo que esperaba en un primer momento. Gregor Strasser se había encargado de dirigir el Partido en el norte de Alemania, y había trabado amistades e incluso alianzas con diversos grupos marxistas con los que simpatizaba en virtud de su socialismo. Hitler tomó cartas en el asunto y obligó a rectificar a Strasser. Este acabó abandonando el Partido, lo que le valió una enemistad definitiva con Hitler que se saldaría años después, durante la Noche de los Cuchillos Largos.

Al margen de estas problemáticas internas, lo cierto es que a raíz de la crisis del 29 el NSDAP comenzó a crecer exponencialmente con cada elección, y solo tuvo un revés en los comicios de noviembre de 1932 (bajó de 230 diputados y el 37,4% de los votos en julio de ese mismo año a 196 diputados y el 33,1% de los votos). Esto no impidió que en los siguientes, celebrados en marzo de 1933, obtuviese 288 escaños y el 43,9% de los votos, máximo histórico del NSDAP en unas elecciones «libres» y «con garantías»³⁴⁸. Sea como fuere, y a pesar de los fracasos propios³⁴⁹ y las intrigas y conjeturas ajenas³⁵⁰, el nazismo

³⁴⁶ «Si es cierto que el mundo ofrece espacio suficiente para todos, entonces que se nos dé también el suelo necesario para nuestra vida. Esto, naturalmente, no será hecho de buena voluntad. El derecho a la propia conservación dejará entonces sentir sus efectos, y lo que es negado por medios disuasivos tiene que ser tomado por la fuerza. (...) En consecuencia, la única posibilidad hacia la realización de una sana política territorial radicaba para Alemania en la adquisición de nuevas tierras en el continente mismo. (...) Si hubiese el deseo de adquirir territorios en Europa, tendría que darse de un modo general a costa de Rusia. El nuevo *Reich* debería nuevamente ponerse en marcha, siguiendo la senda de los guerreros de antaño, a fin de, con la espada alemana, dar al arado alemán la gleba y a la Nación el pan de cada día». (Hitler, *Mi lucha*, pp. 92-93.)

³⁴⁷ «La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la Naturaleza y coloca, en lugar del privilegio eterno de la fuerza y del vigor del individuo, a la masa numérica y su peso muerto; niega así en el hombre el mérito individual, e impugna la importancia del Nacionalismo y de la Raza, ocultándole con esto a la Humanidad la base de su existencia y de su cultura. Esa doctrina, como fundamento del Universo, conduciría fatalmente al fin de todo orden natural concebible. Y así como la aplicación de una ley semejante en la mecánica del organismo más grande que conocemos (la Tierra) provocaría sólo el caos, también significaría la desaparición de sus habitantes. Si el judío, con la ayuda de su credo socialdemócrata, o bien, del marxismo, llegase a conquistar las naciones del mundo, su triunfo sería entonces la corona fúnebre y la muerte de la Humanidad. Nuestro planeta volvería a rotar desierto en el cosmos, como hace millones de años. La Naturaleza eterna inexorablemente venga la transgresión de sus preceptos. Por eso creo ahora que, *al defenderme del judío, lucho por la obra del Supremo Creador*». (Hitler, *Mi lucha*, p. 48. La cursiva es añadida.)

³⁴⁸ Téngase en cuenta que para esta fecha Hitler ya era canciller y los medios de propaganda del Estado estaban a su servicio, a lo que hay que añadir la presencia de las intimidatorias SA, para entonces en connivencia con la policía, en las calles. Asimismo, la misma convocatoria de las elecciones respondía al incendio del Reichstag que había tenido lugar en febrero y con cuya excusa Hitler logró lo que pretendía, a saber, el visto bueno del Presidente de la República, Hindenburg, para la disolución del Parlamento y, posteriormente, para la aprobación de la Ley Habilitante que lo convertía a todos los efectos en dictador (*constitucional*).

³⁴⁹ Antes de acceder a la Cancillería, Hitler sufrió un importante varapalo en las elecciones presidenciales de 1932, en las que salió derrotado ante un anciano Hindenburg que prefirió prolongar su presidencia antes que dejarla en manos del «cabo bohemio». Empero, tan solo dos años después Hindenburg fallecía, recayendo la susodicha presidencia en manos del canciller, autodenominado *Führer* a partir de entonces.

³⁵⁰ Fundamentalmente, de Franz von Papen, quien creía posible que el poder ablandase a Hitler y lo convirtiese en un político cualquiera. Obviamente, se equivocó.

comenzó a construir su propio régimen fascista y totalitario ya desde el nombramiento de Hitler como canciller, el 30 de enero de 1933.

Al igual que en el caso del Fascismo, es posible establecer varias etapas en la historia del Tercer Reich. La primera de ellas se correspondería con «los años revolucionarios», 1933-1934. En este periodo de *Gleichschaltung* o «sincronización», todas las instituciones del Estado y de los *Länder* fueron «coordinadas» para alinearse con las directrices del Partido, o sea, con las de Hitler. Fueron los años de la supresión de libertades, de la disolución (forzada o «voluntaria») del resto de partidos y los sindicatos (sustituidos por un sindicato único, el Frente Alemán del Trabajo), de la politización absoluta de la magistratura, la educación, etc., de los primeros boicots (1 de abril de 1933) y las primeras restricciones contra los judíos (limitación del número de estudiantes judíos en las universidades), de los primeros campos de concentración (Dachau) y, sobre todo, de la mayor –y por sus dimensiones única- purga dentro (y parcialmente fuera) del Partido para eliminar toda disidencia y anhelo de una «segunda revolución»³⁵¹ en Alemania (Noche de los Cuchillos Largos, 30 de junio-2 de julio de 1934).

Culminada esta «depuración», el objetivo de los años 1934-1936 fue la recuperación económica y el pleno empleo, meta esta última que se alcanzó (en 1939) gracias a la adopción de una serie de medidas que combinaban inversión y gasto en todo tipo de obras públicas (autopistas, ferrocarriles, presas y un largo etcétera) con una fuerte promoción del retorno de la mujer al hogar (lo que amén de suponer otras tantas ventajas ideológicas y prácticas -mantener a la mujer en el hogar garantizaba el futuro natalicio (y por añadidura bélico) del Reich-, dejaba numerosas vacantes que no tardaron en ser ocupadas por hombres desempleados), así como –saltándose lo dispuesto en el Tratado de Versalles- con el inicio del rearme y la ampliación del Ejército (conocido ahora como *Wehrmacht*), por el que desde 1935 volvía a ser obligatorio pasar para todos aquellos ciudadanos alemanes que hubiesen alcanzado la mayoría de edad. Ese mismo año se decretaron las conocidas como «Leyes de Núremberg», cruciales dadas sus consecuencias para los judíos, que perdían su condición de ciudadanos alemanes, y para los propios alemanes, cuyos matrimonios con judíos quedaban retroactivamente anulados de forma automática y cuyos matrimonios futuros quedaban estrictamente circunscritos a enlaces con personas de sangre aria³⁵². Por otro lado, se aprovechó la coyuntura olímpica de Berlín en el 36 para hacer propaganda internacional del régimen, lo que también tuvo cierta importancia para los judíos, que disfrutaron de algún tiempo de respiro en sus vidas, siquiera públicamente.

Entre 1936 y 1939 tiene lugar, en cuestiones internas, un tercer periodo de estabilización y consolidación del proceso de «nazificación» iniciado en 1933, y en cuestiones

³⁵¹ Demanda de Ernst Röhm, jefe de las SA que desde la toma del poder por parte de Hitler no dejó de insistirle a este en la necesidad de dicha segunda revolución, que consistiría, entre otras cosas, en convertir a las SA en el Ejército oficial del nuevo Reich, exigencia que Hitler nunca tuvo intención de aceptar ya que, para empezar, necesitaba el apoyo del verdadero Ejército para afianzarse –siendo la desconfianza de dicho Ejército hacia las SA y la incontenible agresividad de estas bajo el mando de Röhm los principales motivos por los que Hitler decidió librarse de aquel con la simple excusa de su homosexualidad, ya conocida con anterioridad-. Además, el mismo Hitler tenía sus propios planes revolucionarios de ingeniería social, que pasaban, más que por una revolución al uso, por un plan que combinase la «arianización» (es decir, la expropiación y reparto de los bienes judíos entre los alemanes) con un adoctrinamiento educativo e ideológico sistemático y uniforme, impartido con idéntico rigor en todas las zonas del Reich, con el objetivo de que en un solo relevo generacional (a lo sumo dos o tres) fuera posible lograr, aun manteniendo las funciones sociales que tradicionalmente conocemos como «patrones» y «obreros», que cada individuo jugase su rol *correctamente*, esto es, que por ejemplo el empresario, aun buscando, como es natural, su propio beneficio, diese siempre prioridad al interés general (*Gemeinnutz geht vor Eigennutz*, «el interés de la comunidad antes que el propio») y tratase como es debido al obrero en tanto igual, esto es, *connacional* suyo, quedando así la distinción obrero/empresario (entre otras) reducida a una mera formalidad nominal. Por otro lado, la exigencia de una segunda revolución no fue exclusiva del nazismo. También los fascistas italianos más radicales y fanáticos la pretendían para «liberar a Mussolini de la podredumbre de Roma, de ese burdel», ya que, «en su opinión, el primer ministro se había convertido en prisionero de la monarquía y sus reaccionarios». (Citado en Carsten, *La ascensión del fascismo*, pp. 90-91.)

³⁵² Leyes con precedente en el *Rembrandt educador* (1890) de Julius Langbehn, quien «[a]nticipándose a las leyes de Nuremberg casi en medio siglo, propugnó también una investigación sobre la genealogía de la gente, como condición para otorgar la ciudadanía alemana». (Carsten, *La ascensión del fascismo*, p. 34.)

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

externas, amén de la intervención junto con Italia (nuevo aliado de Alemania junto con el Imperio de Japón) en la Guerra Civil española en 1936, una expansión del territorio del Reich que –ante la inacción del Reino Unido y Francia- ya había comenzado en 1935 con la anexión (tras un plebiscito) del Sarre y continuó con la ocupación de la zona desmilitarizada de Renania en 1936, la anexión de Austria (*Anschluss*) y los Sudetes (Checoslovaquia) en 1938 más la de Memel en 1939 y la creación del Protectorado de Bohemia-Moravia, también en 1939.

Ese año empieza la cuarta y última fase del Tercer Reich, que estará en guerra hasta su final en 1945. Esta etapa se caracterizará por la exacerbación extrema de la «nazificación», como resultado de la cual se pretenderá fanatizar por completo a la ciudadanía para identificar su destino con el destino del mismo Reich, especialmente a partir de 1942, tras el fracaso de Stalingrado y el progresivo e imparable proceso de declive y autodestrucción del Imperio, finado incondicionalmente ocho días después (8 de mayo de 1945) de que lo hiciera su arquitecto y constructor (30 de abril de 1945).

2) Análisis filosófico-político del fascismo y del nazismo

Una vez realizados los respectivos repastos históricos del Fascismo y del nazismo, necesarios no solo para contextualizarlos debidamente, sino también –y sobre todo- para poner de manifiesto sus diferencias históricas e ideológicas (resumibles estas últimas en el papel que cada uno otorga al Estado y a lo biológico-racial), toca ahora analizarlos más por aquello que comparten que por aquello en que discrepan.

En este sentido, no decimos nada nuevo si ponemos de manifiesto que tanto el fascismo como el nazismo (es decir, el fascismo en su versión racista por antonomasia) son ideologías relativamente jóvenes. Como programas políticos surgidos tras la Primera Guerra Mundial y *parcialmente* como reacción frente al «terror rojo» comunista, pueden calificarse acertadamente de únicas novedades dentro de un panorama político dominado, en ese momento histórico concreto, por la polaridad existente entre el comunismo ruso que salió triunfador en la Revolución de 1917 y el liberalismo democrático occidental, de tradición más antigua³⁵³. Pero, no obstante su novedad, sus bases y raíces más profundas se retrotraen, como mínimo, hasta la Ilustración del siglo XVIII. Al contrario de lo que suele creerse, los cimientos del fascismo y del nazismo están constituidos sobre ideas tan propias del siglo de las luces como la de Progreso, la de reunión con la Naturaleza o la de autosuperación del individuo:

La ideología y la cultura fascistas merecen más atención de la que reciben normalmente, pues la doctrina fascista, igual que todas las demás, se derivaba de ideas, y las ideas de los fascistas tenían claras bases filosóficas y culturales, pese a frecuentes afirmaciones en contra. A menudo se dice que las ideas filosóficas fascistas derivaban de la oposición a la Ilustración o a las «ideas de 1789», cuando de hecho son un producto directo de aspectos de la Ilustración, y derivaban directamente de los aspectos modernos, seculares y prometeicos del siglo XVIII. Es probable que la divergencia esencial de las ideas fascistas respecto de determinados aspectos de la

³⁵³ Sobre la cuestión del carácter innovador, inédito y, en resumen, impredecible del surgimiento del fascismo, Roger Griffin nos recuerda que «[t]ambién para los no marxistas la dramática irrupción del fascismo en la escena de la historia moderna supuso una enorme conmoción, por ser algo que no estaba en el guión histórico ni de liberales ni de conservadores. En 1934, el experto italiano en literatura y estética alemana, Giuseppe Borgese, que poco antes había huido del régimen Fascista a la New School of Social Research de Nueva York, escribió: [“]A lo largo de más de un siglo de profecías, ni un solo profeta que analizara la degradación de la cultura romántica, o planeara la división del átomo romántico [sic], imaginó jamás nada como el fascismo. Se preveía el comunismo, el sindicalismo y tantas otras cosas; había anarquismo y legitimismo, e incluso pan-papismo; guerra, paz, pan-germanismo, pan-eslavismo, el Peligro Amarillo, señales al planeta Marte, pero no había fascismo. Fue una sorpresa para todos, y para los propios fascistas también[”]. (Griffin, *Fascismo*, p. 45. En cursiva en el original.)

cultura moderna se halle más exactamente en el antimaterialismo del fascismo, y en la importancia que atribuía al vitalismo y al idealismo filosóficos y a la metafísica de la voluntad. La cultura fascista, al revés que la de la derecha, era secular en la mayoría de los casos, pero al contrario de la de la izquierda y hasta cierto punto la de los liberales, se basaba en el idealismo y el vitalismo y en el rechazo del determinismo económico, tanto el de Manchester como el de Marx. El objetivo del idealismo y el vitalismo metafísicos era la creación de un hombre nuevo, un nuevo estilo de cultura que lograra la excelencia tanto física como artística y ensalzase el valor, la osadía y la superación de los límites anteriormente establecidos mediante el desarrollo de una cultura nueva y superior que comprometiese al hombre entero. Los fascistas esperaban recuperar el verdadero sentido de lo natural y de la naturaleza humana –idea básicamente dieciochesca– en un plano más elevado y más firme de lo que había logrado hasta entonces la cultura reduccionista del materialismo moderno y del egotismo prudencial. El hombre libre natural, cuya voluntad y determinación estuvieran desarrolladas, podría reevaluarse e ir más allá de sí mismo, y no titubearía en sacrificarse en aras de esos ideales. Esas formulaciones modernas rechazaban el materialismo del siglo XIX, pero no representaban nada que pudiera calificarse de vuelta a los valores morales y espirituales tradicionales del mundo occidental antes del siglo XVIII.³⁵⁴

El conservadurismo reaccionario que algunos autores –especialmente los de tendencia marxista– ven en estos movimientos es falso en la mayoría de los casos, si no en todos, como demuestra el propio desarrollo de los mismos, amén de las incompatibilidades teóricas y prácticas –algunas de las cuales señalamos en el capítulo segundo– existentes entre los movimientos verdaderamente reaccionarios (de extrema derecha) y los nazi-fascistas. El materialismo y la atomización social surgidos del avance científico realizado durante el siglo XIX eran características totalmente opuestas al ideario nazi-fascista, que abogaba claramente por el vitalismo filosófico (de inspiración nietzscheana y bergsoniana³⁵⁵) y por una metafísica de la voluntad que diese lugar a la creación de un nuevo tipo de hombre³⁵⁶ capaz de vivir por unos ideales y de morir por ellos, capaz de sacrificarse en aras del bienestar de su comunidad antes que del suyo propio y capaz de trascender sus propios límites físicos, intelectuales y morales:

Para el fascismo, el mundo no es este mundo material que aparece en la superficie, en que el hombre es un individuo separado de todos los otros, y está gobernado por una ley natural que lo impulsa instintivamente a vivir una vida de placer egoísta y momentáneo. El hombre del fascismo es el individuo que es nación y patria, ley moral

³⁵⁴ Payne, *El fascismo*, pp. 17-18.

³⁵⁵ La influencia nietzscheana la encontramos, entre otras ideas, en torno al concepto de *Übermensch* (tratado especialmente en *Así habló Zaratustra*, 1883-1885); la influencia bergsoniana, en torno a su concepto de *élan vital* como fuerza «providente» que subyace a la realidad y la dirige de manera finalista.

³⁵⁶ Propuesta muy socorrida entre este tipo de ideologías y regímenes: «Los gobiernos totalitarios recurren ampliamente a la utopía nietzscheana del ‘hombre nuevo’. (...) Pasemos, pues, a reseñar las características de dicho superhombre: es, ante todo, un individuo que ha superado los contrastes entre ‘academia’ e ‘ignorancia’. El hombre que ‘no se mueve, no se lava, camina a tientas, sofoca los instintos con la razón, arrastra un inútil equipaje, moribundo y viciado’ y que ve en el deporte ‘una actuación corruptora de la inteligencia y de la cultura, un espectáculo alejado de la propia persona’, está ya superado. En su lugar está naciendo el hombre que sintetiza ‘el himno y la batalla, el libro y la espada, el pensamiento y la acción, la cultura y el deporte’. Y como de hecho el individuo ‘es una unidad fisisíquica indivisible, unidad pensante y agente, microcosmos en el gran mundo, así deberán coincidir, colmarse y completarse armónicamente entre ellas la cultura del cuerpo y la cultura del espíritu’. En el origen de las acciones del hombre nuevo se halla la voluntad, conciencia de sí que, según la filosofía de Gentile, establece ‘en el deber una vida superior’». (Fabrizio, Felice, *Sport e fascismo. La política sportiva del regime, 1924-1936*, Florencia, Guaraldi, 1976, p. 113. Citado en Hernández Sandoica, Elena, *Los fascismos europeos* (1992), Ediciones Istmo, Madrid, 1992, p. 215.) Este «ideal» de hombre nazi-fascista que aúna lo físico y lo espiritual podría encontrar, salvando las notables distancias, cierto precedente en el tipo humano propuesto por Tomás Moro en su *Utopía* (1516), ya que dicho modelo, además de ocupar su ocio cultivando su mente, es perfectamente hábil en el uso de armas con fines de autodefensa individual o colectiva. Asimismo, podría aventurarse tal tipo en nuestra tradición, en la obra de Juan Ginés de Sepúlveda, en su intento (en el *Diálogo llamado Demócrates*) de conciliar cristianismo con milicia al servicio de la nación española (o hispánica).

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

que une a los individuos y a las generaciones en una tradición y en una misión, que suprime el instinto de la vida encerrada en el reducido límite del placer para instaurar en el deber una vida superior, libre de límites de espacio y de tiempo: una vida en la cual el individuo, en virtud de su abnegación, del sacrificio de sus intereses particulares, y aun de su misma muerte, realiza aquella existencia, totalmente espiritual, en la que consiste su valor de hombre.³⁵⁷

Se trataba, en definitiva, de alcanzar un nuevo tipo de trascendencia, generalmente atea, muy distinta de la predicada con anterioridad a 1789 y de la negada con el avance inmediatamente posterior de la ciencia y el positivismo³⁵⁸. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que este rechazo del positivismo (en su vertiente más puramente materialista) fue en la práctica más retórico que real, dado el gusto por el progreso técnico que caracterizaba a estos regímenes con miras a explotar una faceta más de su pretencioso poderío y competencia frente al resto del mundo, por un lado, y dada la necesidad de desarrollar nuevas, mejores, más mortíferas y devastadoras armas toda vez que los objetivos últimos de ambos regímenes se orientaron hacia la guerra, por otro.

Para cumplir con estos objetivos en plena era de las masas, Fascismo y nazismo constituyeron sendos partidos únicos a modo de canalizadores de las energías y reclamaciones populares que al mismo tiempo debían servir –al menos teóricamente- como filtros de selección de una élite dirigente capaz de interpretar la voluntad de dichos pueblos, capacidad personificada particularmente en sus respectivos y «providenciales» líderes. Asimismo, a través de las innumerables organizaciones subsidiarias del Partido, cuyos tentáculos alcanzaban (o lo intentaban) todos los rincones de la sociedad, fascistas y nazis hicieron vehemente y permanente hincapié –sistemática política pro natalista mediante- en la exaltación de la juventud como única poseedora de una nueva fuerza vital lo suficientemente potente como para llevar a cabo la anhelada revolución antropológica y social a la que cada movimiento pretendía dar lugar. A esta misión los jóvenes respondieron con invariable entusiasmo y celeridad³⁵⁹ y tomando la violencia (entendida como algo

³⁵⁷ Mussolini, Benito, *La doctrina del fascismo*, U.S.I. Salamanca, 1932, pp. 10-11.

³⁵⁸ Fundamentos rectores de la modernidad, cuyo desarrollo trajo consigo una «epidemia de anomia» o «vacío (espiritual)» (el clásico nihilismo de Nietzsche) que facilitó el surgimiento de todo tipo de corrientes y movimientos de todo género y especie que trataron de confeccionar nuevos dioses y divinidades que reemplazasen a los antiguos y dotasen de nuevo de sentido al mundo. En el orden psicológico, entre estos nuevos dioses y divinidades, la Nación, la Patria y la Comunidad fueron algunos de los más socorridos dada su capacidad aglutinante y su potencial entusiasta y motivador, además de protector: «El estudio de caso que proponen [algunos] como forma de manipular el terror [la muerte] es el nacionalismo, «una ideología particularmente apropiada para protegerse de la angustia de la muerte en la medida en que el grupo nacional suele encontrarse sumamente reificado». La nación es «una entidad intemporal y, aunque no exista un Estado o una esencia, se piensa que caracteriza y unifica a todos los compatriotas». Esta interpretación del atractivo del nacionalismo en la modernidad la corrobora Zygmunt Bauman, quien, en su investigación de las «estrategias vitales» humanas, dedica un capítulo entero a analizar el poder del nacionalismo para organizar la trascendencia simbólica de la muerte alentando a las masas a participar en el proyecto de la «inmortalidad de la nación», una ilusión que las elites pueden manipular fácilmente para llevar a cabo sus fines políticos. Anthony Smith también subraya el poder del nacionalismo como fuente que suministra la trascendencia necesaria para contrarrestar la anomia característica de la modernidad. Smith sostiene que «la nación moderna cumple la función de las comunidades etnorreligiosas del pasado: comunidades que comparten una historia y un destino que confiere a los mortales una sensación de inmortalidad gracias al juicio de la posteridad, no al de un dios en una vida de ultratumba». A pesar de su «lado oscuro», Smith considera que la identidad nacional satisface la necesidad de «realización cultural, de raigambre, de seguridad y de fraternidad» de muchos seres humanos modernos, así como «su ansia de inmortalidad». En este sentido, se puede decir que la «patria» mítica que se encuentra en el núcleo de la visión nacionalista del mundo se convierte en el «hogar» primordial (...), en el escudo que les defiende del terror ontológico, en su cielo protector». (Citas extraídas de Griffin, *Modernismo y fascismo*, pp. 131-132.)

³⁵⁹ «[L]os jóvenes, bachilleres y universitarios (...) se convirtieron en vehementes creyentes del fascismo en un precoz estadio. Estaban hartos de la sociedad existente, aburridos de sus tareas cotidianas, y fueron especialmente atraídos por un movimiento que prometía un cambio radical al que podían investir de un halo romántico. (...) [P]rovenían de familias de clase media o clase media baja. (...) Encontraban repulsivos los débiles e inestables gobiernos del período de posguerra. En la República de Weimar, en el reino italiano de posguerra, en los gobiernos corrompidos de Rumanía, en los impotentes gobiernos de España, no había nada que pudiera despertar los entusiasmos de la juventud. Eran vulgares y sombríos, y los cargos estaban ocupados por mediocridades y espíritus rutinarios. Fue esto, más que alguna amenaza económica, lo que llevó al campo fascista a tantos estudiantes idealistas». (Carsten, *La ascensión del fascismo*, p. 315.)

positivo y terapéutico en tanto que forma de realización canalizadora de las energías y los instintos propios) y el militarismo (heredado de la experiencia bélica como genuina expresión de nacionalismo y camaradería³⁶⁰, usualmente -no siempre- de corte imperialista) eran vistos como útiles complementos, fácilmente sintonizables con el espíritu valeroso, combativo, agresivo, despreocupado, decidido y resuelto, tradicionalmente considerado como propio de la juventud. A estas peculiaridades del «espíritu juvenil» hay que sumarles la inmadurez (que obviamente hace a los individuos más manipulables), la preferencia por la acción directa, espontánea e impulsiva frente a la reflexión y el voluntarismo frente a la prudencia (y al materialismo) propia de edades más avanzadas³⁶¹.

Asimismo, es necesario resaltar la importancia absolutamente central que el ejercicio físico tenía dentro de la concisa y bien definida concepción del cuerpo con la que fascismo y nazismo trabajaban. La idea de que el nuevo hombre a engendrar debía ser no solo «esbelto y ágil, veloz como un galgo, resistente como el cuero y duro como el acero Krupp»³⁶², sino, antes incluso y como condición de posibilidad de todo ello, *saludable*, para lo cual había de ser concebido en un ambiente biológico y social *higiénico*, libre de toda mácula y suciedad física, se tornaba esencial para ambas doctrinas, sobremanera en el caso del nazismo y de Hitler, para quien «raza, belleza, arte y atletismo estaban entrelazados»³⁶³.

Fehaciente prueba de ese desmesurado interés por alcanzar la excelencia física y estética eran las asignaturas de «Estudio racial» o «Salud y eugenesia», a la sazón comunes y corrientes en los programas de enseñanza secundaria alemana. No obstante, dicho desmesurado interés no solo se puso de relieve entre la juventud, sino que las sociedades italiana y alemana se vieron impregnadas en mayor o menor medida por él, ya fuera a causa de las actividades diseñadas *ex professo* por organizaciones como la *Opera Nazionale Dopolavoro* («Obra Nacional [para] Después del Trabajo») italiana o la *Kraft durch Freude* (KdF) («Fuerza a través de la Alegría») alemana, ya fuera incluso mediante la rutina inmediatamente posterior al término de la propia jornada laboral³⁶⁴.

Toda esta interpretación del cuerpo y lo corporal, así como la manifiesta obsesión por su perfeccionamiento, pureza y salud conforme a una línea ostensiblemente naturalista - y «naturante»- del hombre, congeniaba con la conocida visión orgánica de la sociedad (entendida como □□□□ □□□□□□□□ □□ o, en el ámbito nazi, como *Volkskörper*) que tenía sus orígenes en pensadores como Platón, Hobbes o Spinoza y que había tenido un drástico repunte a partir de 1859, con la aparición de *El origen de las especies* de Darwin y el

³⁶⁰ Idea que se resume en el comentario de Robert Ley, jefe del Frente Alemán de Trabajo que, en sintonía con la «trincheroocracia» de Mussolini, definía el socialismo como «la relación entre los hombres en las trincheras». (Citado en Grunberger, *Historia social del Tercer Reich*, p. 62.)

³⁶¹ Sobre estas y otras peculiaridades relacionadas con las raíces históricas y culturales del entusiasmo y apoyo de la juventud alemana al fascismo, y en concreto al nazismo, no podemos no hacer mención a *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich* (1975), de Georg L. Mosse.

³⁶² Fragmento de un discurso pronunciado por Hitler a las Juventudes Hitlerianas. Citado en Spotts, Frederic, *Hitler y el poder de la estética* (2002), traducción de Javier y Patrick Alfaya McShane, Machado, Madrid, 2011, p. 147.

³⁶³ Spotts, *Hitler y el poder de la estética*, p. 147.

³⁶⁴ Un buen ejemplo de este último caso en el ámbito alemán nos lo ofrece el afamado periodista español Manuel Chaves Nogales en diálogos como este: «¿A qué hora se reanuda el trabajo?, pregunto al ver a los trabajadores voluntarios sesteando plácidamente después del rancho. —Ya no se trabaja más hasta mañana. Las labores terminan a mediodía y la tarde se consagra a la gimnasia. —Saludable práctica. Si todos los patronos dedicasen la mitad de la jornada de trabajo a la cultura física de sus obreros, el mejoramiento de la raza sería prodigioso». Y más adelante: «He mostrado deseos de presenciarlos [los ejercicios gimnásticos], y galantemente el jefe del campamento se ofrece a llevarme. (...) Pero he vuelto a sacar mi aparatito fotográfico y este hombre está dispuesto, por lo visto, a que yo no haga fotografías de la *gimnasia* de los trabajadores voluntarios. Y de manera inapelable, acabada ya su condescendencia, me hace dar media vuelta. ¿Saben ustedes por qué no se ha considerado oportuno que nos acercásemos más? Sencillamente, porque los trabajadores voluntarios, en vez de hacer gimnasia, estaban haciendo instrucción. Eso que en Alemania se llama discretamente gimnasia no es más que la instrucción militar que se da a los reclutas, pura y simple. A la distancia de trescientos metros podía verse perfectamente el movimiento rígido de los reclutas y su marcha acompasada; se oía claro y distinto el silbato de los suboficiales y el desgarrón de las voces de mando. Eso era todo. No les parecía oportuno que hiciésemos fotos. Pero contarlos ya se supondrían que íbamos a contarlos». (Chaves Nogales, Manuel, *Bajo el signo de la esvástica. Cómo se vive en los países de régimen fascista*, Almuzara, Córdoba, 2012, pp. 56-57. En cursiva en el original.)

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

consiguiente desarrollo de su teoría en el ámbito sociológico y, especialmente, económico, debido, sobre todo, al trabajo de Herbert Spencer. Todo ello propició, como sabemos, el ulterior surgimiento de una renovada concepción de la sociedad –y de la nación– como un todo vivo y orgánico análogo a cualquier organismo natural dentro del cual cada parte (cada «célula» o individuo y cada «órgano» o institución social) juega un papel más o menos importante pero, en todo caso, insustituible siempre conforme a un principio más o menos rígido de autoridad encabezado por la figura de un líder más o menos carismático pero en todo caso reconocido, abogando de esta manera por una integración social pretendidamente perfecta entre individuo y colectivo (con una tendencial primacía del varón sobre la mujer y, en paralelo, del militar sobre el civil) en la que el primero se sabe imprescindible para el todo, teniendo además la oportunidad de modificar su importancia dentro del conjunto, al tiempo que es consciente de su nulo valor fuera de dicho todo (pues cualquier individuo *es* única y exclusivamente en cuanto individuo constituyente del Estado³⁶⁵), y en la que el interés del segundo, sin eliminar el del individuo, prima absolutamente siempre sobre el de cualquiera de esos mismos individuos³⁶⁶ al modo de la Voluntad General rousseauiana³⁶⁷ (aunque la cuestión del valor de la individualidad y la personalidad en la ideología nazi-fascista sea, en realidad, ciertamente más compleja³⁶⁸). Todo ello sustentado sobre un pensamiento que tendía claramente a identificar lo natural, en tanto natural, con lo bueno *eo ipso*³⁶⁹.

Ahora bien, para lograr semejante sociedad perfecta, esto es, para lograr el equilibrio óptimo entre la justa importancia y valor que el individuo merece como parte irremplazable del todo y la justa importancia y valor que el colectivo merita como el todo mismo, se necesita

³⁶⁵ Idea presente ya tanto en Hobbes como en Spinoza, y aun en Platón y Aristóteles. Acerca de este particular, Brea García, Sergio, «A propósito de la visión política de Baruch de Spinoza: democracia, totalitarismo y contemporaneidad. Las aportaciones de Carl Schmitt y Giorgio Agamben», capítulo recogido en Javier Gil et al., *Pensamiento filosófico contemporáneo. Volumen 2*, Eikasía Editorial, Oviedo (próxima publicación en 2020).

³⁶⁶ Planteamiento recogido en la conocida máxima mussoliniana: «Todo en el Estado, todo para el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado».

³⁶⁷ En lo que respecta a la Voluntad General, queda aquí patente una de las interpretaciones que de ella y de la democracia como sistema *esencialmente homogéneo* hace el propio Rousseau en *El contrato social* y que, posteriormente, adoptaron teóricos como Giovanni Gentile (el considerado «filósofo del fascismo/Fascismo»), Carl Schmitt (especialmente en *Sobre el parlamentarismo*) e incluso, en cierto matizado sentido, el mismo Mussolini (en *La doctrina del fascismo*) o Hitler con su «democracia germánica»: «En oposición a ese parlamentarismo democrático está la genuina democracia germánica de la libre elección del *Führer*, que se obliga a asumir toda la responsabilidad de sus actos. Una democracia tal no supone el voto de la mayoría para resolver cada cuestión en particular, sino llanamente la voluntad de uno solo, dispuesto a responder de sus decisiones con su propia vida y haciendo entrega de sus propios bienes. Si se hiciese la objeción de que bajo tales condiciones difícilmente podrá hallarse al hombre resuelto a sacrificarlo personalmente todo en pro de tan arriesgada empresa, habría que responder: “Gracias a Dios, el verdadero sentido de una democracia germánica radica justamente en el hecho de que no puede llegar al gobierno de sus conciudadanos por medios vedados cualquier indigno arribista o emboscado moral, sino que la magnitud misma de la responsabilidad a asumir amedrenta a ineptos y pusilánimes”». (Hitler, *Mi lucha*, pp. 63-64.) Para un estudio específico de la concepción de Schmitt, de nuevo remitimos a nuestro *Lo llaman democracia y no lo es*.

³⁶⁸ Al respecto, una vez más, el libro de cabecera nazi: «Nuestro Movimiento está obligado a fomentar por todos los medios el respeto a la personalidad. No debe olvidarse que *el valor de todo lo humano radica en el valor de la personalidad*; que toda idea y que toda acción son el fruto de la capacidad creadora de un hombre y que, finalmente, la admiración por la grandeza de la personalidad representa no sólo un tributo de reconocimiento para ésta, sino también un vínculo que une a los que sienten gratitud hacia ella. La personalidad es irremplazable, sobre todo cuando esa personalidad no es mecánica sino constitutiva de un elemento creador de cultura. (...) *El marxismo representa el eficaz instrumento de la aspiración judía con su tendencia de anular la significación preponderante de la personalidad, para sustituirla por el número de la masa.* (...) *La ideología Nacionalsocialista tiene que diferenciarse fundamentalmente de la del marxismo en el hecho de reconocer, no sólo el valor de la raza, sino también la significación de la personalidad*, constituyendo ambas las columnas principales de toda su estructura. Ésos son los factores básicos en su manera de concebir el mundo. (...) *El Estado Racista tiene que velar por el bienestar de sus ciudadanos, reconociendo en todos los aspectos la significación que encarna la personalidad y fomentando así, en cada dominio de la actividad humana, aquel máximo grado de capacidad productiva que, a su vez, le permite al individuo el mayor grado de beneficio.* El Estado Nacionalista debe trabajar infatigablemente para liberar al Gobierno, sobre todo en los altos cargos de la dirección, del principio parlamentario de la mayoría, para asegurar, en su lugar, la indiscutible autoridad del individuo». (Hitler, *Mi lucha*, pp. 220, 272-273. La cursiva es añadida.)

³⁶⁹ De ahí el interés nazi-fascista (no pocas veces comprometido en la práctica por las necesidades urbanísticas, industriales y bélicas de la época) por la revitalización del campo, supuesto genuino anfitrión y guardián de todos los valores auténticos y tradicionales (léase raciales) del pueblo y la nación. Más adelante ahondaremos en alguno de estos aspectos relativos a la relación hombre-naturaleza, vínculo a la postre crucial para entender la visión nazi de lo que debía ser una genuina «comunidad (*étnica*) del pueblo».

algo más que una superación, por muy trascendental que esta sea, en el plano «espiritual»; se necesita, además, una superación distinta pero, simultáneamente, complementaria de aquella: la superación política y económica³⁷⁰. Porque si de lo que se trata es de romper la desigualdad presente dentro de la dicotomía individuo/colectivo, no basta con una revolución a nivel espiritual. Es necesaria, asimismo, una revolución a nivel social, político y económico previa que, una vez acaecida, vaya de la mano de o prepare el camino hacia dicha revolución espiritual. La pregunta que cabe hacerse, por tanto, es qué tipo de revolución ha de darse para lograr semejante objetivo.

Atendiendo al contexto histórico al que nos estamos refiriendo y sobre el que estamos trabajando (1919-1945), no es difícil reparar en la polarización política existente y creciente entre un Occidente democrático liberal y una Rusia comunista aún joven, pero no por ello menos temible a ojos de ese mismo Occidente democrático liberal. Esto implicará pronto el enfrentamiento entre un modo de vida social capitalista y un modo de vida social comunista o, también, el enfrentamiento entre un modo de vida *individualista* y un modo de vida *colectivista*.

Si bien es cierto que la democracia liberal tiende a presentar un equilibrio notoriamente mayor entre los derechos del individuo y las obligaciones sobre él exigidas para con el colectivo que el comunismo o que, cuanto menos, el comunismo real (sistema en el que el individuo cuenta solamente en tanto que parte integrante del colectivo, y nunca *per se*), a la hora de la verdad este equilibrio es menos cierto de lo que parece. Las sociedades demoliberales del siglo XX (y las del siglo XXI), en su calidad de capitalistas, eran decididamente individualistas. Conceptos de cuño tan metafísico como los de «Estado», «Nación» o «Pueblo» no tenían, allí, especial relevancia más allá de su función sustantiva. El Estado o la nación eran entendidos como los marcos geopolíticos dentro de los cuales el individuo vivía, se movía y actuaba, cumpliendo, si acaso, la única función de proporcionarle a éste cobijo, alimento y seguridad sin que aquel tuviera que entregar nada a cambio más allá del pago regular de impuestos. En otras palabras, la visión del Estado propia de estos regímenes no era sino la del Estado como mero instrumento al servicio del hombre. «Pueblo», por su parte, no hacía las veces más que de referencia al conjunto cuantitativo de habitantes de un determinado territorio o país.

En el otro lado de la balanza estaban los comunistas rusos. Para ellos, el Estado o la nación significaban algo más que para los demócratas occidentales, si bien esa significatividad añadida era más bien relativa –y paradójica–, ya que, desde el punto de vista marxista, hablar

³⁷⁰ Literalmente complementaria, puesto que si algo caracteriza la naturaleza de la revolución fascista es su componente eminentemente psicológico: «[S]i la explotación es un fenómeno psicológico y no económico, si las relaciones de clase se desprenden, a la vez, de un sentimiento subjetivo, *la solución a los problemas económicos y sociales también debe ser necesariamente de orden psicológico*. (...) [A]l satisfacer las necesidades psicológicas de los trabajadores, se pueden dejar sin abordar los problemas estructurales: he ahí el alcance concreto de este análisis. Ése es también el enfoque fascista, arraigado en la convicción de que las cuestiones existenciales son de orden cultural, emocional y afectivo. De hecho, la revolución fascista se asienta en esta visión de la naturaleza de las motivaciones individuales. Entonces *el fascismo tiende a demostrar que se puede modificar profundamente la vida de los hombres sin modificar en absoluto las estructuras económicas*. Dado que las motivaciones humanas son de orden afectivo, dado que lo que está en juego no es el plano de la vida real, sino «el instinto de autoestimación» o «un complejo de inferioridad social», dado que en delante de lo que se trata es de la dignidad del individuo y no del lugar que ocupa en el sistema de producción, *se puede hacer una revolución sin modificar en absoluto las bases del sistema*. (...) El fascismo en el poder logra reducir los problemas económicos y sociales a meras cuestiones de orden psicológico. Servir a la sociedad fundiéndose en ella, identificar los propios intereses con los de la Patria, significa participar en la vida de la colectividad con mucha más intensidad que introduciendo una papeleta de voto en una urna». (*Modernismo y fascismo*, pp. 378, 387. La cursiva es añadida.) Esto explica, asimismo, que la sensación de felicidad de los alemanes fuese mayor en 1937 que en 1928, aunque en este último año disfrutasen de un mayor poder adquisitivo. (*Historia social del Tercer Reich*, p. 28.) También parte del éxito del populismo en todas sus variantes (de las que nos ocuparemos más adelante): «[L]o realmente importante en el contexto económico es el estado de ánimo de los ciudadanos: sus percepciones subjetivas sobre el modo en que están cambiando su propia posición y la del grupo más amplio en comparación con los demás en la sociedad. Este sentimiento de privación relativa afecta no solo a los más pobres en el último peldaño de la escala social, sino que se extiende a los trabajadores a tiempo completo, a parte de la clase media y también a los votantes jóvenes». (Eatwell, Roger y Goodwin, Matthew, *Nacionalpopulismo. Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia* (2019), traducción de María Eugenia Santa Coloma, Península, Barcelona, 2019, p. 210.)

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

de Estado o de nación era hablar de algo temporal, superfluo, destinado a perecer más tarde o más temprano. Al fin y al cabo, se suponía que era cuestión de tiempo la conversión del injusto, egoísta y «prehistórico» mundo capitalista al comunitario estilo superior y definitivo de vida propuesto por el socialismo científico³⁷¹. Con esta idea en mente, el individuo, teóricamente sobrevalorado en las democracias occidentales, pasaba aquí, por oposición, a estar infravalorado, supeditándose totalmente su bien propio al bien del colectivo sin posibilidad de reclamar.

A la constatación de esta realidad había que sumarle las consideraciones relativas a un concepto clave, el de *clase social*, que no obstante su relevancia para el credo marxista, ocupa también un lugar central en las teorizaciones nazi-fascistas, las cuales, sin embargo, difieren en su interpretación del mismo. Mientras que en el caso del fascismo/Fascismo no se niega la existencia de las clases sociales, sino que simplemente se busca su convivencia armónica dentro del «sistema corporativo de los intereses conciliados en la unidad del Estado»³⁷², en el caso del nazismo se elimina por completo, más allá de sus aspectos puramente funcionales o administrativos, la validez del concepto, extraño a una comunidad étnicamente homogénea cuyo supremo bien común (vale decir, la supervivencia y la perpetuación) diluye todo interés individual o de clase en el seno del colectivo mismo³⁷³, cuya igualdad *sustancial* interna queda así garantizada, no obstante la aceptación de una tendencia a la jerarquización de presunto corte meritocrático que perseguiría la conciliación entre dicha igualdad sustancial o de base y el «principio aristocrático de selección natural» de élites tan del gusto fascista en general y nazi en particular³⁷⁴.

³⁷¹ Pero hasta ese momento de fenecimiento, las apelaciones a la Patria (soviética/rusa, cubana, coreana, etc.) seguirán siendo, no obstante la paradoja (ya reseñada en el Entreacto I), pragmáticamente útiles. De ahí, recordemos, nuestra consideración del socialismo real como síntesis parcial-global.

³⁷² «Ni individuos, ni grupos (partidos políticos, asociaciones, sindicatos, clases) fuera del Estado. Por ello, el fascismo es contrario al socialismo, el cual reduce e inmoviliza el movimiento histórico en la lucha de clase, e ignora la unidad del Estado que puede reunir a las clases armonizándolas en una sola realidad económica y moral; análogamente, es contrario al sindicalismo de clase. Pero el fascismo entiende que, en la órbita del Estado ordenador, las reales exigencias que dieron origen al movimiento socialista y sindicalista sean reconocidas, y, efectivamente: les asigna una función y un valor en el sistema corporativo de los intereses conciliados en la unidad del Estado». (Mussolini, *La doctrina del fascismo*, p. 17.)

³⁷³ «Este es el gran cambio que se ha operado en nuestro pueblo y que tiene visos de milagro: el sentido por la comunidad, el conocimiento de que todos los miembros del pueblo deben estar juntos en las buenas y en las malas, el conocimiento de que la penuria del último connacional es la penuria de toda la Nación y el calvario de ésta también asunto de todo el pueblo. Durante años numerosos compatriotas se dejaron engañar por la tornasoleante palabra-impacto de la solidaridad internacional, se astillaron en clases y se consumieron en el odio entre hermanos. Orgullo de clase, envidia y malevolencia imperaban en la vida alemana. (...) El obrero junto al académico, el artesano junto al muchacho campesino, hombres de todas las profesiones y estamentos, exteriormente unidos por la camisa parda, interiormente compenetrados por un espíritu y un pensamiento. (...) En dura, ardiente lucha, se abrió paso victoriosamente la idea de comunidad popular. (...) Trabajadores del puño, trabajadores de la frente, una trinidad viviente, creadora, sostenida por el espíritu de la solidaridad nacional. (...) Potentemente resuena la canción del trabajo creador a través de las comarcas alemanas, aquel trabajo que ennoblece a todos los connacionales indistintamente dónde están colocados, si junto al yunque, al escritorio, en la galería de la mina o con la escoba en la calle. El acorde fundamental de esta melodía, empero, es la vivencia de la comunidad popular. “[j] Un pueblo unido de hermanos” marcha orgulloso y alegremente hacia la aurora del Nuevo Reich!» (Sponholz, *Breviario político nacionalsocialista*, p. 15.)

³⁷⁴ Retomamos aquí la relación entre fascismo y «cuestión igualitaria», que en el caso del nazismo se presenta particularmente ambigua e interesante: «Si la igualdad entre las razas es imposible, ¿qué hay de la igualdad de los miembros de una misma raza? La gracia de un nacimiento favorable, el hecho de ser de buena raza es una condición necesaria pero no suficiente para disfrutar del pleno reconocimiento biológico y político en Alemania después de 1933. El hombre germánico no solo debe tomarse el trabajo de nacer, debe además ser o más bien existir y demostrar su excelencia racial con sus «prestaciones» o su «rendimiento», dos términos que en alemán se traducen con la misma palabra: Leistung. Leisten es una palabra que pertenece a los léxicos de las ciencias físicas (tener un rendimiento), de la economía y del deporte: el miembro de la Volksgemeinschaft debe producir económica y demográficamente, debe distinguirse por sus prestaciones productivas, deportivas y guerreras. Como ha recibido mucho de su familia y de su raza cuando era dependiente, debe rendir. Como ha recibido en herencia un capital biológico sano, debe transmitirlo, preservarlo, incluso enriquecerlo mediante el cuidado que aporte al desarrollo de sus facultades físicas e intelectuales. (...) La Volksgemeinschaft (comunidad del pueblo) es, por lo tanto y porque es una Kampfgemeinschaft (comunidad de lucha), una Leistungsgemeinschaft (comunidad basada en el principio de competencia y de productividad). Todo miembro sano de la raza debe demostrar su salud siendo productivo y competente: producir substancia biológica (hijos y nutrimentos), producir armas, vencer en el deporte como en la guerra. Los seres no competentes y no productivos (leistungsunfähige Wesen) no tienen sitio en la comunidad de producción y de combate, aunque sean de buena raza. (...) Se habrá comprendido ya hasta qué punto la idea de igualdad es extraña a la

Sea como fuere, la razón de ser de esta divergencia en torno a la visión de la clase social entre una y otra versiones del fascismo se halla, claro está, en el trasfondo ideológico de ambas, carente la italiana del racismo inherente a la otra, la alemana (sin menoscabo de que, como finalmente sucedió, la italiana pueda contagiarse del racismo germano).

Así las cosas, de acuerdo con el diagnóstico fascista, parecía imposible llegar a un punto en el cual ni el individuo fuese valorado en exceso con respecto al colectivo, ni este lo fuese con respecto al individuo. Dicho de otro modo: parecía imposible llegar a un justo equilibrio entre ambos -individuo y colectivo- que cumplierse con el ideal pero que, al mismo tiempo, fuese real. Es aquí donde entra en escena la doctrina conocida como «tercera posición» o «*tercerposicionismo*».

Con precedentes tanto en la teoría corporativista (monárquico-católica) como, yendo más atrás aún, en las encíclicas papales de León XIII (*Rerum novarum*, 1891) y Pío XI (*Quadragesimo anno*, 1931), la doctrina de la tercera posición o doctrina tercerposicionista se postula como una postura política (y económica) contraria tanto al capitalismo como al comunismo (es decir, se presenta como una posición antiliberal y antimarxista³⁷⁵) y, por ello mismo, ajena a cualquier encasillamiento dentro del clásico espectro político de izquierda-derecha. En la práctica, esto se traduce en que los movimientos políticos que se definen a sí mismos como tercerposicionistas se definen también como situados *más allá* de ese mismo espectro y, por consiguiente, como «superiores» a todos los partidos y movimientos que se adscriben a él, en el sentido de que su ideología política trasciende toda calificación, ya sea como más o menos izquierdista, ya como más o menos derechista. Por supuesto, a estas alturas de nuestra investigación, esto no entraña misterio ni novedad. Como veremos en el siguiente apartado de manera explícita, fascismo y nazismo comparten cuantiosas características propias tanto de políticas de izquierdas como de políticas de derechas, combinando ambas en una tercera y nueva forma que, a diferencia de la socioliberal, no se propone como equiparable o «incluida» respecto a aquellas posiciones que sintetiza, sino que se propone como superior o «incluyente»; no trata de coexistir con las ideologías de las que se nutre, sino que trata de suplantarlas a todas, poniéndose ella sola en su lugar³⁷⁶.

3) El nazi-fascismo como síntesis política extremista

Hasta ahora hemos realizado, en primer lugar, una revisión de los recorridos históricos que siguieron los fascismos más importantes o, cuanto menos, los dos regímenes fascistas por excelencia³⁷⁷, acentuando las diferencias entre uno y otro, y en segundo lugar, un repaso de

visión nazi del mundo, hasta qué punto incluso se entiende como nefasta. La igualdad viene postulada por los derechos del hombre, que ven en cada ser humano un ser dotado de derecho y digno de derecho, por esencia y por nacimiento. No hay nada de eso entre los nazis: el nacimiento distingue a los individuos de buena raza de los demás; pero en el interior mismo de la buena raza, solo los competentes y los productivos son dignos de vivir. Solo en el seno de la comunidad de los seres sanos y productivos puede reinar no ya una igualdad, puesto que la naturaleza designaba y elegía siempre a los mejores, sino una camaradería, una fraternidad de sangre, de trabajo y de lucha». (Chapoutot, *La revolución cultural nazi*, pp. 83-84, 86.)

³⁷⁵ «Cuando el orden, armonía dinámica de un conjunto social, surge de la adecuación de las estructuras a las exigencias naturales e históricas de su afirmación, estamos entonces ante una comunidad orgánicamente estructurada. Esto es: orden social natural. (...) Este es el fundamento del robo capitalista, que hace de la empresa su propiedad individual, cuando debería ser una organización necesariamente comunitaria. Esta desnaturalización patológica no se produce solo en el régimen capital liberal individualista, sino también en el capitalismo estatal marxista, pues ambos, que proceden de una misma fuente, *no son ideologías antinómicas sino etapas de un mismo proceso*. En el capitalismo de Estado, los obreros de una empresa no tienen acceso ni a la propiedad ni a la dirección de la misma, pues todo le pertenece al Estado, único patrón. Por esto, el trabajador, dentro de este régimen, sigue siendo un proletario, un asalariado del Estado, y el Estado sigue siendo burgués capitalista. Como podemos observar, no hay nada más antisocialista que el tan publicitado *socialismo marxista*». (Reinhold, Hermann, Reinhold, Arthur y Ritsch, Arthur, *La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, Editorial del NSDAP, Múnich, 1934, p. 2. En cursiva en el original.)

³⁷⁶ O lo que es lo mismo: arrojándose la totalidad del espacio político mediante la asunción *deliberada* de la totalidad del espectro político.

³⁷⁷ Por no decir que los únicos, puesto que otros regímenes como por ejemplo el salazarista en Portugal o el franquista en España no pueden, a la luz del análisis realizado hasta aquí, ser tildados de fascistas, sino, a lo sumo, de fascistoides; aun

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

las bases ideológicas de dichos fascismos y regímenes, que podríamos recapitular y resumir en las siguientes características: su arraigo en ideas tan propias de la Ilustración como la de Progreso, la de reunión y armonización con la Naturaleza o la de autosuperación del individuo; la trabazón entre sendos nacionalismos y la experiencia «socialista» de la Primera Guerra Mundial, que condujo a los teóricos de ambos fascismos a concluir la conveniencia de extrapolar ese modo de vida militarista («trincerocrático») a la sociedad civil, otorgando en este sentido prioridad al hombre sobre la mujer y al militar sobre el civil; el intento de superación de la anomia y el nihilismo característicos de la modernidad a través de la promoción de una trascendencia de nuevo cuño articulada en torno a la Nación, la Patria y la Comunidad; en esta línea, la naturaleza marcadamente psicológica –y por ello mismo singular- de la revolución fascista; la importancia y exaltación de la juventud para alcanzar esa trascendencia en virtud de su papel protagonista de toda una revolución antropológica (creación de un nuevo hombre) levantada sobre las bases filosóficas del vitalismo y el voluntarismo; la obsesión, particularmente nazi, con la salud y la higiene sociales y nacionales como correlato y a la vez condición de posibilidad de la salud y la higiene de la comunidad (nacional y/o racial) en su conjunto; una interpretación rousseauiana de la democracia que, a través de los filtros de teóricos de primer nivel como Giovanni Gentile en Italia y Carl Schmitt en Alemania, dieron pábulo (a nivel interno) a la consideración respectiva del Fascismo y del nazismo como sistemas democráticos *en puridad*³⁷⁸; o, finalmente, la asunción de un tercerposicionismo político, económico y social que sancionase teórica y prácticamente la colaboración entre clases sociales o, en su exceso (nazi), la disolución de las mismas, mas no en sentido marxista (una clase se impone al resto y las fagocita) sino en sentido nacional, comunitario o, en el caso extremo, racial (la distinción entre clases carece de sentido desde criterios raciales, puesto que, sobre el papel, todos los miembros de la raza son idénticos y por tanto valen lo mismo en términos holísticos), rasgos a los que aún podremos añadir más en lo sucesivo.

Ahora estamos ya en disposición de abordar con el pertinente grado de detalle una última cuestión hacia cuya resolución hemos ido dando algunos pasos tanto a lo largo de los capítulos precedentes como, sobremanera, de este, cuestión que es, además, la más pertinente para nuestra investigación, ya que su resolución afirmativa constituye una de nuestra principales hipótesis: ¿tiene sentido considerar al nazi-fascismo como una síntesis política extremista, y por tanto ubicarlo en el centro o, más exactamente, en el extremo centro?

Entendiendo por síntesis política extremista, en términos más técnicos y precisos, síntesis total-global de amplitud-concurrencia irrestricta, en este caso «fuerte»³⁷⁹, esto es, una síntesis que sincretiza elementos de la totalidad del espectro político y que además aspira a crear una tercera y nueva forma a partir de la combinación de dichos elementos (que es como hemos definido a ese tipo de síntesis), la respuesta a ambas cuestiones no admite dudas: sí, el nazi-fascismo es una síntesis política extremista y, en tanto tal, su lugar dentro del espectro político en general es el centro, y dentro de nuestro espectro político particular, el extremo centro.

Si bien ya hemos señalado que el espectro político está trufado de síntesis posibles, dando a entender, por consiguiente, que también lo está de doctrinas más o menos

mimetizándose intencionadamente en algunos aspectos, jamás llegaron a ser –entre otras cosas, porque nunca lo pretendieron, o no con auténtica voluntad- fascistas. Por otra parte, sí podrían considerarse fascistas los sistemas impuestos durante la guerra en países del Este europeo como Rumanía o Hungría, pero en su condición de títeres del Reich alemán carecieron de independencia real y por tanto de significación a este respecto.

³⁷⁸ «Todos los argumentos que oponen nuestros enemigos son endebles y recusables: ni en Alemania ni en Italia existe una dictadura, sino fuerzas y organizaciones que sirven al pueblo. Ningún Gobierno tiene, en esta parte del mundo, la aquiescencia de las masas en el grado que la poseen los Gobiernos de Alemania e Italia. *Las mayores y más auténticas democracias que el mundo conoce hoy son la alemana y la italiana*». (Del discurso de Mussolini en su visita a Alemania de los días 25 a 29 de septiembre de 1937, citado en Nolte, *El fascismo. De Mussolini a Hitler*, p. 269. La cursiva es añadida.)

³⁷⁹ Recordemos la distinción entre la «síntesis total-global de amplitud-concurrencia irrestricta fuerte», propia del extremo centro, y su homóloga «débil», propia del centro radical populista o CRP, que investigaremos en el próximo capítulo.

sintéticas³⁸⁰, el fascismo constituye un caso particularmente singular y diferencial a este respecto. A diferencia de otras, la ideología fascista es sintética por naturaleza y esencia. Lo es porque el momento mismo de su constitución como tal ideología no fue otra cosa que una síntesis entre nacionalismo y socialismo, primero en forma de síntesis propiamente dicha (mediante la combinación de dos corrientes *inicialmente* extrañas la uno a la otra y *ulteriormente* convergentes en una versión remozada que no es ni una ni otra, sino ambas al mismo tiempo, como en el caso italiano y en todos los de fascismos no racistas o de corte nazi) y luego mediante síntesis que podríamos denominar «evolutiva» (mediante la «evolución» de una de las corrientes, que permite que surja la otra de su mismo seno, resolviendo así la aparente contradicción *inicial* entre ambas y manifestándose *finalmente* en una variante que no representa a una o a otra, sino a las dos a la vez, como en el caso nazi y sus homólogos fascismos racistas). Y si la ideología fascista y por ende el fascismo es, como hemos visto, sintético por naturaleza y esencia, esto significa que, de acuerdo a nuestra «definición minimalista del centro político», establecida en el capítulo tercero, el fascismo es de centro por razón de esa misma naturaleza y esencia.

Ahora bien, es evidente que ni fascismo ni nazismo son homologables al centro entendido al uso, fundamentalmente porque este ya está «ocupado», como hemos comprobado en el capítulo cuarto, por el socioliberalismo, pero también —entre otras cosas— porque ese centro corresponde a una zona del espectro, la moderada, que, en su condición de tal, acepta las reglas de juego democráticas con todas sus consecuencias. O, dicho de otra manera, no juega a la democracia para subvertir ni suprimir la democracia. Esto es lo propio de los extremismos, y entre ellos, naturalmente, está el fascismo. De estas apreciaciones colegimos, primero, que el fascismo es de centro, y segundo, que es un extremismo. En conclusión, el fascismo es un extremismo de centro, vale decir, extremo centro. Esta no es una etiqueta nueva para nosotros. La hemos ido adelantando a lo largo de nuestra investigación, e incluso la hemos mencionado explícitamente en el capítulo tercero, llegando a ella o más bien a su posibilidad por medio de nuestra «caracterización maximalista del centro político». Ahora toca profundizar en ella. Si somos capaces de conectar la teoría con la práctica y argumentar que el fascismo o el nazi-fascismo —a los efectos de este apartado el uso de una u otra denominación será indiferente— es el representante natural de lo que hemos bautizado como extremo centro, no solo habremos confirmado una de nuestras hipótesis de trabajo; además, habremos llevado a cabo una aportación de importancia al análisis de la arquitectura y la debida concepción del espectro político en general y al estudio y comprensión del fascismo en particular. Para ello nos apoyaremos, en esta ocasión, en los desarrollos de otra gran figura análoga a aquellas —Bobbio, Gray— que nos han ayudado a llegar hasta aquí: el sociólogo estadounidense Seymour Martin Lipset.

En sus estudios sobre la naturaleza del fenómeno fascista, Lipset comienza realizando una enmienda a la totalidad de la comprensión tradicional del espectro político muy semejante a la que nosotros mismos hemos realizado en el capítulo tercero, mediante la cual planteamos una posibilidad que en el propio Lipset se convierte en una confirmación, a saber: el espectro político (eje izquierda-derecha) no está formado por dos extremismos —el de izquierda y el de derecha—, sino por *tres*:

El análisis de los modernos movimientos totalitarios ha reflejado los viejos conceptos de izquierda, derecha y centro. Los políticos, del mismo modo que los eruditos, han considerado estos movimientos como representación de los extremos del espectro

³⁸⁰ Sinteticidad, a los efectos, casi inevitable: «[L]os límites entre las ideologías no son inamovibles. En otros términos, tal vez las ideologías se presenten a sí mismas como algo único y claro, pero el examen de su morfología revela rápidamente la existencia de superposiciones y de áreas compartidas entre ellas, es decir, revela que se impregnan las unas de las otras. De manera crucial, lo que diferencia a una ideología de otra no es la presencia o ausencia de determinadas ideas y conceptos, sino los patrones distintivos mediante los cuales se ensamblan esos componentes imbricados o comunes». (Freeden, *Liberalismo. Una introducción*, pp. 138-139.)

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

político, y califican, por lo tanto, al comunismo como la extrema izquierda, y al fascismo como la extrema derecha. Pero se pueden clasificar y analizar más provechosamente las ideologías y los grupos antidemocráticos si se reconoce que la «izquierda», la «derecha» y el «centro» se refieren a ideologías, *cada una de las cuales posee una versión moderada y una extremista*, la una parlamentaria y la otra extraparlamentaria en su orientación.³⁸¹

Lipset no se detiene aquí. Planteada como real –y no solamente como posible- la existencia de un extremismo del centro, procede a caracterizar y, por extensión, a contraponer unos extremismos con otros, con especial hincapié en el extremismo del centro frente al de la derecha:

Los extremistas de derecha son conservadores y no revolucionarios. Tratan de cambiar las instituciones con el objeto de preservar o restaurar las culturales y económicas, mientras que *los extremistas del centro y de izquierda tratan de valerse de los medios políticos para realizar la revolución cultural y social*. El ideal de extremista de derecha no lo constituye un dirigente totalitario, sino un monarca, o un *tradicionalista* que actúe como tal. (...) No debe sorprender que los partidarios de estos movimientos difieran de los centristas; tienden a ser más *ricos* y –lo que es más importante en términos de apoyo de la masa- más *religiosos*.³⁸²

Es decir, que frente al extremismo del centro, revolucionario como el de la izquierda, el extremismo de la derecha se define por ser conservador, y más en concreto, tradicionalista, propio de ricos y religiosos. Exactamente lo mismo que se desprendía de nuestro propio análisis de la categoría de la extrema derecha, realizado con los parámetros espectrales bobbianos en la mano.

No acaban ahí las coincidencias. Descartado que el fascismo sea un extremismo (solo) de derechas, el nuevo hueco abierto en el espectro por Lipset debe ser rellenado, y, obviamente, solo puede serlo por un tipo de movimiento: el propio fascismo. Pero Lipset va un paso más allá. Si hasta aquí hemos podido traer a colación sus palabras como refrendo de argumentaciones que ya hemos ofrecido, ahora podemos traerlas como respaldo a la argumentación que aún no hemos aportado, pero debemos aportar.

Cuando tratamos de resolver la incógnita relativa a la naturaleza del centro político, concluimos dos cosas una vez esclarecida dicha naturaleza: la primera, que el centro, debido a su vacuidad consustancial, era síntesis (y que esta podía ser una síntesis a secas, que sería la propia del centro moderado, o superación, que sería la propia del, por aquel entonces, hipotético extremo centro); la segunda, que, como consecuencia de esa misma vacuidad ínsita, el centro estaba vinculado al liberalismo (o viceversa). Por lo que hemos visto hasta este punto, podemos dar por sentado –aunque más adelante volveremos sobre ello para corroborarlo definitivamente- que el fascismo cumple sin ningún problema con el primer requisito para ser considerado un movimiento centrista, pero ¿y con el segundo? ¿Están el fascismo y el liberalismo vinculados como lo están el centro y el liberalismo? Solo si la respuesta a esta cuestión es afirmativa podremos decir con propiedad que el fascismo es, desde nuestros propios criterios, de centro, y que lo es en tanta pureza como pudiera serlo el liberalismo o, por supuesto, el socioliberalismo. Y en este punto es en el que Lipset sale de nuevo a la palestra, pero esta vez no como suscriptor de la verosimilitud de nuestras palabras e hipótesis, sino como facilitador de la veracidad de las mismas³⁸³.

³⁸¹ Lipset, Seymour Martin, *El hombre político: las bases sociales de la política* (1959), traducción de Elías Mendelievich y Vicente Bordoy, Tecnos, Madrid, 1987, pp. 149-150. La cursiva es añadida.

³⁸² Lipset, *El hombre político*, p. 115. La cursiva es añadida.

³⁸³ No solo Lipset: «Giovanni Gentile consideraba, siguiendo una tradición que pasaba por Benedetto Croce, Vilfredo Pareto y los viejos liberales italianos, que el Estado liberal era, por definición, fuerte. Por lo tanto el fascismo, que ponía fin al desorden que las clases dirigentes en la Italia de 1920 no habían sabido contener, podía ser, sin graves objeciones, la

La (a)tracción del centro

Para empezar, Lipset ofrece una breve caracterización del liberalismo que, *grosso modo*, se ajusta sin problemas a la que nosotros ofrecimos en el capítulo anterior:

La posición central entre las tendencias democráticas recibe a menudo el nombre de liberalismo. En Europa (...), la posición liberal significa: en lo económico, una inclinación hacia la ideología de *laissez-faire*, una fe en la importancia de la pequeña empresa y la oposición a los sindicatos poderosos; en lo político, una exigencia de intervención y regulación gubernamental mínima; en la ideología social, el apoyo a las oportunidades uniformes para todos, la oposición a la aristocracia y la oposición a la igualdad impuesta de los ingresos; en la cultura, el anticlericalismo y el antitradicionalismo.³⁸⁴

A continuación, desarrolla de forma lógica un argumento también argüido por nosotros: si las posiciones moderadas se caracterizan por una serie de elementos, características o rasgos, sus respectivos extremos se limitarán a radicalizar ese mismo conjunto de elementos, características o rasgos, de donde se infiere que entre el centro liberal y el extremo centro fascista ha de haber, necesariamente, una conexión³⁸⁵:

Los diferentes grupos extremistas poseen ideologías que corresponden a las de sus contrapartidas democráticas. Los movimientos fascistas clásicos han representado al extremismo del centro. La ideología fascista, aunque antiliberal en su glorificación del Estado, fue similar al liberalismo en su oposición a las grandes empresas, a los sindicatos y al Estado socialista. También se asemejó al liberalismo en su aversión por la religión y otras formas de tradicionalismo. Y (...) las características sociales de los votantes nazis de la Alemania y Austria prehitlerianas se asemejaban a las de los liberales mucho más que a las de los conservadores.³⁸⁶

Y para muestra, un botón:

Los datos provenientes de cierto número de países demuestran que el fascismo clásico constituye un movimiento de las clases medias propietarias, que suele apoyar normalmente al liberalismo, y que se opone a los estratos conservadores. (...) Un examen de los cambios acaecidos en las normas de la votación alemana entre 1928 y 1932 entre los partidos no marxistas y no católicos indica, como hemos visto, que los nazis medraron desproporcionadamente a expensas de los partidos centristas y

continuación del liberalismo. En mayo de 1923, en carta escrita al Duce por la que se afiliaba al partido, le decía a éste lo siguiente: «He quedado convencido de que el liberalismo tal y como yo lo entiendo, como lo entendieron los hombres de la gloriosa derecha que llevaron a Italia al Risorgimento, el liberalismo de la libertad dentro de la ley y consecuentemente dentro de un Estado fuerte, un Estado concebido como una realidad ética, no está representado en la Italia de hoy por los liberales, que más o menos abiertamente se oponen a usted, sino de hecho, por usted mismo». (de Broca, Salvador, *Falange y filosofía*, UNIEUROPE – Editorial Universitaria Europea, Salou (Tarragona), 1976, p. 237. La cursiva es añadida.)

³⁸⁴ Lipset, *El hombre político*, p. 114.

³⁸⁵ Y también más de una «coincidencia», como demuestra la siguiente crítica al egoísmo característico de los partidos políticos, hecha por un autor tan liberal como Ludwig von Mises y que, sin embargo, firmaría cualquier fascista sin la menor vacilación: «Los actuales partidos políticos en esta materia pronuncianse ya con toda desfachatez; proclaman, sin tapujos, su voluntad de privilegiar a específicos grupos. (...) El cinismo aumenta de día en día; se procura privilegiar a específicos estamentos, sin tapujos, desvergonzadamente. (...) Los partidos políticos a que nos estamos refiriendo, cuya actuación política carece de todo objetivo que no sea el procurar ventajas y privilegios para los *suyos*, (...) desarticulan el estado y la propia sociedad. Provocan la crisis (...) del orden político y social en general. La sociedad, (...) no puede sobrevivir si se halla dividida en agrios grupos antagónicos, cada uno de los cuales incesantemente reclama mercedes a costa de los demás, hallándose siempre vigilantes para que sus peticiones, a causa de las ajenas demandas, no se perjudiquen, estando además prestos, invariablemente, a sacrificar toda institución política, por importante que sea, a cambio de cualquier ridícula ganancia propia. Los asuntos políticos contéplanlos exclusivamente bajo el prisma de lo que, en cada momento, consideran la mejor táctica. (...) Aspiran simplemente a conseguir, a costa del resto de la población, las mayores ventajas posibles para los *claves* que representan. Tal meta queda enmascarada en el «programa del partido», que procura dar cierta presentabilidad a este último; pero lo que de verdad se busca, eso, invariablemente, queda bien tapado». (Mises, *Liberalismo*, pp. 202, 212-213.)

³⁸⁶ Lipset, *El hombre político*, pp. 114-115.

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

liberales más bien que de los conservadores, confirmando por consiguiente un aspecto de la tesis según la cual *el fascismo clásico se dirige a los mismos estratos que el liberalismo*.³⁸⁷

Si bien Lipset aporta algún comentario más del mayor interés para nuestro proyecto³⁸⁸, no realiza un análisis filosófico-político de la ideología fascista, limitándose a sugerir que el fascismo recoge ideas de uno y otro lado del espectro (lo cual, como sabemos, es cierto y determinante desde nuestros parámetros espectrales) pero estudiándolo, fundamentalmente, «solo» a un nivel demoscópico-sociológico (con todo, bastante significativo por sí solo³⁸⁹). Esta omisión le impide dar un último paso para concluir explícitamente que no solo la base demoscópica y social del nazi-fascismo era centrista (o había sido centrista y, tras su radicalización, se hizo extremo-centrista), sino que la misma doctrina fascista lo era³⁹⁰.

Pues bien, toda vez que ya hemos comprobado que el fascismo es centrista tanto en el plano ideológico (teoría) como en el demoscópico-sociológico (práctica), resta aún rematar estas observaciones acudiendo a la concepción que los propios fascistas tenían de su credo, vale decir, «definiendo el fascismo en términos de lo que el propio fascismo quería»³⁹¹, así como enumerando, a continuación -a la manera en la que hicimos un listado análogo respecto al socioliberalismo-, las características asumidas por el fascismo y provenientes de cada posición del espectro.

En lo concerniente a la primera tarea, es claro que desde el momento en el que el se pone de largo en el escenario político reivindicando su condición de alienado respecto a él, y más concretamente respecto al eje izquierda-derecha, el nazi-fascismo se constituye como ideología que, en efecto, no es ni de izquierdas, ni de derechas, ni por supuesto de centro; es *de todo a la vez*:

³⁸⁷ Lipset, *El hombre político*, pp. 150,126. La cursiva es añadida.

³⁸⁸ Por ejemplo, su comentario sobre las diferencias entre los sistemas fascistas (totalitarios) y los «meramente» autoritarios, que, junto con nuestro propio análisis filosófico-político del fascismo como ideología, permite descartar una vez más toda posibilidad de tildar de fascistas a regímenes como el de Salazar o Franco (circunstancia que ya hemos reseñado varias veces): «Los regímenes conservadores son, en contraste con los centristas, no revolucionarios y no totalitarios. En una dictadura conservadora, no se espera que se guarde una lealtad total para con el régimen, que uno no se afilie a un partido u otras instituciones, sino simplemente que se mantenga alejado de la política. Aunque la dictadura de los conservadores clericales austriacos fue descrita como fascista, las diferencias existentes entre ella y su sucesora nazi son sumamente evidentes. De modo similar, aunque Franco estaba apoyado por los fascistas españoles -la Falange-, su régimen fue dominado por los autoritarios conservadores. Nunca se permitió que el partido dominara a la sociedad; la mayoría de las instituciones permanece independiente del Estado y del partido, y no se exige a la oposición que concuerde o se adhiera, sino simplemente que se abstenga de manifestar una oposición generalizada». (Lipset, *El hombre político*, p. 150.)

³⁸⁹ «A diferencia de muchos partidos de clase media o clase obrera, los fascistas intentaron atraerse a *todos* los grupos sociales, desde la base al vértice de la pirámide social. Sólo fueron excluidos quienes constituían el objeto favorito de sus hazañas: los especuladores, los parásitos, los gánsters financieros, las camarillas dirigentes, los capitalistas rapaces, los terratenientes reaccionarios. Pero incluso ahí tuvo excepciones cuando convino al manual del líder». (Carsten, *La ascensión del fascismo*, p. 313. La cursiva es añadida.)

³⁹⁰ Sea como fuere, no podemos dejar atrás al sociólogo estadounidense sin reconocerle un mérito más: el de haber configurado, siquiera sobre el papel, un modelo de espectro político remozado -reubicación del fascismo mediante- de una peculiar forma. Cardoso Rosas lo resume así: «Si Lipset tiene razón, entonces la línea continua entre izquierda y derecha que configura el espectro constitucional se torna curva a medida que se aproxima a los dos extremos para completar *el círculo* y juntarse por detrás del centro democrático en otro centro que será ocupado por el fascismo». (Cardoso Rosas, João, «La topografía política. La aplicación de coordenadas espaciales a los lenguajes e imaginarios políticos», en Colom, Francisco y Rivero, Ángel (eds.), *El espacio político*, p. 32. La cursiva es añadida.) De acuerdo con esta propuesta, nos encontraríamos con un espectro circular con un diámetro en uno de cuyos puntos antipodales se hallaría un centro (el moderado) y en el otro, otro (el extremo), ubicándose este último entre la extrema izquierda y la extrema derecha. Sin duda, se trata de una imagen sugerente a la que, sin embargo, no nos hemos atenido por considerar que, no obstante su atractivo, no es capaz de abarcar con la debida sencillez y claridad lo que, por el contrario, sí creemos que ha logrado aprehender nuestra propia propuesta gráfica, expuesta en el Diagrama que adjuntamos al término de esta segunda parte en calidad de cierre y culminación tanto de esta como de la primera, pura y propiamente teóricas ambas.

³⁹¹ En palabras de Roger Griffin en la entrevista realizada por Alonso Ibarra, Miguel, «Entrevista con Roger Griffin, historiador del fascismo europeo y la crisis de la modernidad», *Seminario Interuniversitario de Investigadores del Fascismo*, 27 de noviembre de 2014. Disponible en línea: <https://seminariofascismo.wordpress.com/2014/11/27/entrevista-con-roger-griffin-historiador-del-fascismo-europeo-y-la-crisis-de-la-modernidad/> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

La (a)tracción del centro

No son pocos los movimientos políticos y sociales de nuevo cuño que, queriendo alejarse de las tradicionales categorías de izquierda y derecha, se lanzan al ruedo público diciendo de sí mismos que no son «ni de derechas, ni de izquierdas». (...) Un eslogan que ha hecho fortuna pero que, quizá, contenga una inexactitud. Es más ajustado a la realidad decir, afirmando, que Falange *es de izquierda y de derecha*. Porque el ideario falangista no surge *ex novo* como una teoría política sin referentes, sino que *toma de izquierda y derecha aquello que entiende provechoso*. Así, se han querido ver como fuentes de las que bebe el falangismo el pensamiento tradicional español, el regeneracionismo hispano de los siglos XIX y XX, la crítica socialista al capitalismo, la teoría de las élites o el sindicalismo revolucionario. Lo cierto es que Falange *defiende de forma simultánea los valores que teóricamente caracterizan a la derecha* (religión, patria, etc.) *y propuestas políticas y económicas teóricamente de izquierdas* (república, nacionalización de la banca, educación y sanidad pública universal, etc.) *en una combinación (...) original (...) [e] inédita*.³⁹²

Esta cita se refiere específicamente al caso de Falange Española, pero, a los efectos, sirve no solo para caracterizar al fascismo español, sino también al fascismo genérico, incluidos, por supuesto, el italiano y el alemán, que también compartían su rechazo por las categorías políticas tradicionales, sobremanera la del centro:

Resulta difícil emplazar el fascismo en el mapa político izquierda-derecha. (...) ¿Dónde se puede emplazar, dentro del espectro político italiano, lo que aún se llama a veces «nacionalsindicalismo»? En realidad, el fascismo conservó siempre esa ambigüedad. Pero los fascistas eran claros en una cosa: *ellos no estaban en el centro*. El desprecio que inspiraba a los fascistas el centro blando, complaciente y dispuesto a llegar a soluciones de compromiso era absoluto (aunque los partidos fascistas que buscaban activamente el poder necesitasen hacer causa común con elites centristas, contra sus enemigos de la izquierda). Su desprecio por el parlamentarismo liberal y el flojo individualismo burgués, y el tono radical de sus remedios a la debilidad y la desunión, desentonaban siempre con su predisposición a establecer alianzas prácticas con los conservadores nacionalistas contra la izquierda internacionalista. La reacción fascista básica ante el mapa político izquierda-derecha era proclamar que lo habían dejado obsoleto al no ser «ni de derecha ni de izquierda», *trascendiendo* esas divisiones anticuadas y *uniendo a la nación*.³⁹³

Estas citas son importantes, porque ponen de manifiesto varias cosas. Para empezar, ponen de manifiesto no solo lo que los propios fascistas consideraban que era su ideología, sino lo que era de hecho: un credo ni de izquierdas ni de derechas *por razón de parcialidad*³⁹⁴, ni de centro *por razón de moderación*³⁹⁵. Dicho de otro modo:

Los partidos políticos ignoran la unidad de España porque la miran desde el punto de vista de un interés *parcial*. Unos están a la *derecha*. Otros están a la *izquierda*. Situarse así ante España es desfigurar su verdad. Es como mirarla con solo el ojo izquierdo o con solo el derecho: *de reojo*. Las cosas bellas y claras no se miran así, sino con los dos ojos, sinceramente, *de frente*. No desde un punto de vista *parcial, de partido*, que ya, por serlo,

³⁹² Sagarra Renedo, Pablo, y González López (Obra colectiva), Óscar, *Atlas ilustrado. Falange Española de las JONS*, Susaeta, Madrid, 2016, p. 246. La cursiva es añadida. En la misma línea, incluyendo el centro: «Primo de Rivera dijo y repitió «ad libitum» que la Falange no era un movimiento de derecha ni de izquierda ni de centro. *En realidad era de derechas, de izquierdas y de centro*. Albergaba, en contradictoria *síntesis*, elementos de las tres tendencias y ello había de decidir, inevitablemente, el desenlace de su propia historia». (de Broca, *Falange y filosofía*, p. 75. La cursiva es añadida.)

³⁹³ Paxton, *Anatomía del fascismo*, p. 20. La cursiva es añadida.

³⁹⁴ Sego y defecto que ya Ortega y Gasset había evidenciado con su famosa sentencia: «ser de izquierdas es, como ser de derechas, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral». (Del prólogo a la versión francesa de *La rebelión de las masas*, publicada en 1937.)

³⁹⁵ «Los partidos centristas –decía [José Antonio] también– son como la leche esterilizada: no tiene microbios, pero tampoco vitaminas». (Primo de Rivera, Pilar, *Recuerdos de una vida*, Ediciones Dyrsa, Madrid, 1983, p. 345.)

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

deforma lo que se mira. Sino desde un punto de vista *total, de Patria, que al abarcarla en su conjunto corrige nuestros defectos de visión.*³⁹⁶

Para seguir, las susodichas citas, sumadas a esta última –en la que perfectamente podría sustituirse «España» por «Italia» o «Alemania»–, reflejan una actitud holística común a todo fascismo y que incide directamente en otro de los *sanctasanctorum* fascistas: la unidad. La unidad de la Nación, la unidad de la Patria, la unidad de la Comunidad o, si se quiere, de la *Volks-gemeinschaft, conditio sine qua non* a la par que consumación de la unidad de la Raza. La unidad homogénea y firme, sólida y sin fisuras, debidamente acaudillada y dirigida hacia su meta, propósito y fin, cualquiera que sea este: el bienestar del Pueblo, el engrandecimiento de la Nación y la Patria, la supervivencia y supremacía de la Raza. La unidad necesaria para superar toda lucha de clases³⁹⁷ *interna* y, ante todo, toda lucha con otros *externa* que pueda poner en peligro la existencia del *demos* propio frente al ajeno, lección que la experiencia de la guerra había grabado en las mentes fascistas:

[L]a guerra juega un papel determinante en la cristalización final de la ideología fascista, no solamente porque aporta la prueba de las capacidades movilizadoras del nacionalismo, sino también porque pone de manifiesto el enorme poder del Estado moderno. La guerra abre horizontes absolutamente nuevos acerca de la capacidad de planificación y de dirigismo económico, de movilización de la economía nacional, y acerca de las potencialidades de propiedad privada al servicio del Estado. El Estado representa la emanación de la unidad nacional y su poder se asienta en la unanimidad espiritual de la masa. Pero el Estado es, al propio tiempo, el guardián de esta unidad, que desarrolla utilizando cualquier medio susceptible de vigorizarla. La guerra demuestra la enorme capacidad de sacrificio del individuo, la superficialidad de la idea de internacionalismo y la facilidad de movilización de todas las capas de la sociedad al servicio de la colectividad. La guerra pone de relieve la importancia de la unidad de mando, de la autoridad, del liderazgo, de la movilización moral, de la educación de masas y de la propaganda como instrumento de poder.³⁹⁸

Por último, y como sustrato de las especificaciones anteriores, queda clara la naturaleza sintética del fascismo. Mejor: la naturaleza *deliberada y esencialmente* sintética del fascismo:

La capacidad del Fascismo para asimilar corrientes contradictorias que ofrecían una energía ideológica revolucionaria en su camino hacia el poder, tampoco se puede desligar de su dinámica *esencialmente sincrética* en cuanto movimiento revitalizador. (...) Si este movimiento tuvo la cohesión y el dinamismo suficientes para formar primero un gobierno y después un régimen fue porque Mussolini permitía que *todas* las corrientes de modernismo político y cultural entraran en el redil del Fascismo siempre y cuando el nuevo *nomos* al que aspiraran y el horizonte que pretendieran fijar no traspasaran los límites del mito central del italianismo, la creación inminente de una Italia «nueva» y «grande». (...) Cuando Mussolini hablaba del «gran río del Fascismo» con sus numerosos afluentes (...), la metáfora no sólo se refería a su propia ideología, sino a la naturaleza *esencialmente pluralista* del Fascismo como un todo. La decisión de la ANI de coaligarse con el Partido Nacional Fascista (...) hay que entenderla en este contexto. Gracias a esta coalición, algunos nacionalistas destacados como Alfredo Rocco, Luigi Federzoni y Enrico Corradini alcanzaron posiciones muy influyentes dentro de un gobierno que se había ganado también la lealtad de sindicalistas revolucionarios de la talla de Sergio Panunzio, Agostino Lanzillo y Paolo Orano. Aunque procedían de extremos diametralmente opuestos del espectro político, encontraron acomodo en ese nuevo espacio político «más allá de la izquierda y de la

³⁹⁶ Punto segundo de los Puntos iniciales de Falange Española.

³⁹⁷ O, de acuerdo con la citada similitud con los liberales (clásicos) en este punto, la superación de partidos y partidismos.

³⁹⁸ Sternhell, Sznajder y Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, p. 41.

derecha» formado por distintas imágenes de una nación renacida o de una civilización liderada por Italia.³⁹⁹

Esto hacía posible una amalgama ideológica impensable bajo cualquier otro tipo de paraguas que no fuera fascista, hasta el punto de posibilitar la definición del Partido formado por esta doctrina como «un “partido de heréticos” donde convivían “pensamientos opuestos y almas opuestas”, pero que pese a la transformación de “movimiento” a “partido” seguía siendo un conglomerado heterogéneo de distintas actitudes, “intérprete de las más diversas pasiones y de los sentimientos más contradictorios”»⁴⁰⁰, realidad que encajaba con la «misión» que el mismo Mussolini se sintió impelido a llevar a cabo:

Mussolini aseguraba que se había sentido obligado a crear el movimiento fascista porque «las ideas de los demás partidos eran chabacanas e insuficientes, incapaces de ajustarse a la formación de una nueva historia y a los acontecimientos y a las nuevas condiciones de la vida moderna». Por tanto, era vital [«]imaginar una concepción política totalmente nueva que se adecuara a la realidad del siglo XX, y superar al mismo tiempo la veneración ideológica al liberalismo, los horizontes limitados de distintas democracias agotadas y, por último, el espíritu violento del bolchevismo. En una palabra, sentí la profunda necesidad de una concepción original capaz de dotar a la historia de un ritmo más provechoso en un nuevo periodo histórico. Había que poner los cimientos de una nueva civilización[»].⁴⁰¹

También Albert Speer, arquitecto predilecto de Hitler y Ministro de Armamento y Guerra entre 1942 y 1945, da testimonio de primera mano de esta misma capacidad de conciliar los inconciliables:

Por indicación mía, el joven jefe de circunscripción eligió papeles pintados de la Bauhaus, aunque le advertí que eran «comunistas». Sin embargo, el joven liquidó mi advertencia diciendo: *Nosotros cogemos lo mejor de todos, incluso de los comunistas*. Con estas palabras expresó lo que Hitler y sus colaboradores llevaban años haciendo: reunir todo lo aprovechable sin tener en cuenta las ideologías, e incluso decidir las cuestiones ideológicas en función de su efecto sobre los electores.⁴⁰²

³⁹⁹ Griffin, *Modernismo y fascismo*, pp. 301-302. La cursiva es añadida.

⁴⁰⁰ Definición del periodista italiano Mario Missiroli, citada en Gentile, Emilio, *La vía italiana al totalitarismo. Partido y Estado en el régimen fascista* (2001), traducción de Luciano Padilla, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005, p. 39.

⁴⁰¹ Griffin, *Modernismo y fascismo*, p. 308-309. También el centro se presenta a sí mismo, no por casualidad, como alternativa superadora de dicotomías «arcaicas» e insolubles: «Como consecuencia de las ideologías cerradas, que por su propia naturaleza son estáticas, resulta que surge una pasión por situarnos en la vida política y social con un sentido perverso, por cerrado: la izquierda y la derecha, los de arriba y los de abajo, lo de delante y los de atrás. Estar posicionado —de un modo maniqueo— en la «izquierda, abajo y delante», o en la «derecha, arriba y atrás», ha traído consigo el olvido lamentable de la tradición cultural de la que procedemos y que contribuimos a crear. Los progresistas y los retrógrados, los explotadores y los explotados, los ricos y los pobres, además de términos simplistas son formulaciones que denotan una actitud de miedo (...) a la búsqueda de soluciones creativas a los problemas que aquejan a nuestra sociedad». (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, p. 121.) Nótese el parecido, que tampoco parece casual siguiendo la «lógica centrista», entre la enumeración y crítica de dicotomías por parte de un centrista moderado como Rodríguez-Arana y un nazi como Gottfried Feder: «Gobierno contra pueblo, partidos contra partidos (...), parlamentos contra gobiernos, trabajadores contra empresarios, consumidores contra productores, negociantes contra productores y consumidores, propietarios de viviendas contra inquilinos, obreros contra campesinos, funcionarios contra el público, clase obrera contra burguesía, iglesia contra Estado; todos golpeando con furia ciega sobre el adversario momentáneo [y] todos teniendo en cuenta sólo una cosa: su propio interés personal, su posición de poder, su provecho propio, los intereses de su bolsillo. Ninguno piensa que también el otro tiene su derecho a la vida, nadie reflexiona que la persecución desconsiderada del provecho propio sólo puede ser alcanzada a costa de los demás. Nadie se preocupa por el bienestar del compatriota, ni dirige la mirada hacia los elevados fines a cumplir frente al conjunto social, ninguno quiere detenerse en el correr sin aliento en pos del enriquecimiento personal. Golpe de codo en el estómago del vecino para adelantarse y, si es que promete ventaja, se camina sobre cadáveres [y] ¿para qué andarse con consideraciones? ¡Este es el moderno espíritu económico!» (Feder, Gottfried, *El programa nacionalsocialista y sus concepciones doctrinarias ideológicas fundamentales*, Editorial Central del NSDAP, Múnich, 1938, p. 24.)

⁴⁰² Speer, Albert, *Memorias* (1969), traducción de Ángel Sabrido, Acantilado, Barcelona, 2011, p. 44. La cursiva es añadida. En este mismo sentido, pero referido al centro y por ello precisamente como prueba de que el fascismo también es centro, aunque extremo: «[E]s en Aristóteles donde encontramos algo más que un esbozo de lo que podríamos llamar una teoría

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

Por supuesto, esto convertía a Mussolini, a Hitler y al fascismo en general en un constructo ideológico pura e intencionadamente oportunista⁴⁰³. Pero lejos de considerarlo como algo negativo, en la filosofía fascista el oportunismo es una de las mayores virtudes, porque supone la consecución de una ideología y una práctica de gobierno «perfecta» e «insuperable» a fuer de polivalente, dúctil y maleable según las circunstancias lo requieran:

La filosofía de Mussolini era el oportunismo. Lo proclamaba sin rodeos en 1921: «Nosotros no creemos en los programas dogmáticos... Nosotros nos permitimos el lujo de ser aristócratas y demócratas, conservadores y progresistas, reaccionarios y revolucionarios, legalistas e ilegalistas, *según las circunstancias de tiempo, de lugar, de ambiente*». Este concepto sería remachado unos años después por Alfredo Rocco, el artífice de la legislación constitucional fascista: «El Estado fascista contiene los elementos de *todas* las demás concepciones del Estado... *contiene el liberalismo y lo supera*: lo contiene porque refrena la libertad cuando es perjudicial (la refrena entonces, no la niega)... *contiene la democracia y la supera*; la contiene porque hace participar al pueblo en el Estado, en tanto sea necesario; la supera porque se reserva la posibilidad de hacer decidir sobre los problemas esenciales de la vida del Estado a los que tienen la posibilidad de entenderlos levantándose por encima de la consideración de los intereses contingentes de los individuos... *contiene el socialismo y lo supera*; lo contiene porque quiere, con ello, realizar la justicia social; lo supera porque no consiente que se logre esta justicia a través del choque brutal entre las fuerzas sociales».⁴⁰⁴

Si, finalmente, sobre la base de estas declaraciones, nos hacemos eco de los criterios que hemos aceptado como definitorios del espectro político en su articulación en torno al eje izquierda-derecha –que a estas alturas no será necesario recordar–, nada más fácil que concluir que, en efecto, el nazi-fascismo ha de ser ubicado en el extremo centro.

Porque en la medida en la que es nacionalista, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, es socialista, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que trata de evitar toda revolución no nacionalista, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, él mismo se autodefine como movimiento revolucionario, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que apuesta por efectuar su revolución desde arriba (mediante un Partido constituido por una élite), es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, apela a «los de abajo», accede al poder con su apoyo y vive pendiente de su sustento, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que es contrario a toda «segunda revolución», es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, cree poder ahorrarse los perjuicios

del centro en política en la medida en que el famoso «in medio ist virtus» no se ve tanto al centro como un punto equidistante de los extremos, sino, más bien, como un lugar de encuentro que *se convierte en síntesis de lo mejor que pueda existir en ellos*. (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, p. 196. La cursiva es añadida.)

⁴⁰³ Y lo mismo puede decirse, una vez más no por casualidad, del centro: «El centro es más bien un espacio desde el que se pretende dar una respuesta eficaz a las necesidades reales, a las inquietudes, a las ilusiones de los ciudadanos, implicando a los ciudadanos como protagonistas de esa acción política. (...) En el centro se buscan soluciones concretas para los problemas concretos que cada sector, cada grupo, cada entidad tiene en cada momento. Por eso puede decirse que el centro no es una posición fija, estática, sino que *implica una permanente adaptación al dinamismo de la sociedad*, y conlleva la exigencia de alumbrar, con imaginación, nuevos planteamientos en la vida política, como respuesta a las necesidades nuevas, a los nuevos retos, a los que los hombres y las mujeres permanentemente se enfrentan». (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, p. 124. La cursiva es añadida.)

⁴⁰⁴ Griffin, *Modernismo y fascismo*, p. 303. La cursiva es añadida. El propio Duce se consideraba a sí mismo encarnación de esas asunciones y superaciones: «[El] cinismo inherente a la romántica adoración de la personalidad ha hecho posible ciertas modernas actitudes de los intelectuales. Están muy bien representadas por Mussolini, uno de los últimos herederos del movimiento, cuando se describe a sí mismo al mismo tiempo como «aristócrata y demócrata[,] revolucionario y reaccionario, proletario y antiproletario, pacifista y antipacifista»». (Citado del artículo de Mussolini «Relativismo e Fascismo», en *Diuturna*, Milán, 1924, recogido en *Behemoth*, de Franz Neumann y, a su vez, de Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, p. 266.) Huelga decir que lo mismo que se dice de Mussolini se podría decir, en buena medida, de casi cualquier líder fascista «al uso».

de toda «segunda revolución» mediante el uso (de corte constructivista social) de la educación como herramienta de formación y adoctrinamiento de las nuevas generaciones «revolucionadas», es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que está conforme con y deja intacto lo que considera positivo del estado de cosas a la sazón imperante, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, trata explícitamente de intervenir y alterar ese estado de cosas para orientarlo en la dirección deseada, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que cree en la existencia de una suerte de esencia(s) nacional(es) o racial(es) originadas en tiempos inmemoriales, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, predica la inauguración de un nuevo tiempo y una nueva era –los suyos–, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que pretende conservar a toda costa dicha(s) esencia(s) por considerarla(s) positiva(s), es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, pretende reformar y aun eliminar a todo trance aquello que impida la consecución de su objetivo (que no es otro que esa misma conservación y desarrollo de la(s) esencia(s) nacional(es) o racial(es)), es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que se considera inserto en la tradición y representante de esa(s) esencia(s), es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, se considera un movimiento nuevo e inédito cuyo surgimiento en el decurso histórico considera necesario, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que repudia toda mezcla con otros pueblos por entender que tal mezcla puede poner en riesgo la pureza de aquella(s) esencia(s) nacional(es) o racial(es), es de derecha o extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, se muestra dispuesto a colaborar (simétrica o *asimétricamente*) con (algunos de) esos pueblos, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que otorga un carácter decisivo a la voluntad de ciertos hombres «superiores» a todos los demás y, por tanto, naturalmente desiguales respecto a ellos, es de derecha o extrema derecha; en la medida en la que esa voluntad queda subsumida bajo una suerte de necesidad histórica, es de izquierda o de extrema izquierda.

Asimismo, en la medida en la que se considera a sí mismo como un credo místico-religioso, es de derecha o extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, rechaza todo otro credo al uso, es de izquierda o extrema izquierda. En la medida en la que ve en sus realizaciones y éxitos una huella de tipo divino, sobrenatural o, más concretamente, *providencial*, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, rechaza e incluso ridiculiza los credos religiosos tradicionales, proclamándose oficial u oficiosamente ateo (o como mucho rindiendo culto a una suerte de divinidad identificada con la Historia, la Naturaleza, etc., en cualquier caso secularizada y ajena por completo a la tradicional⁴⁰⁵), es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que da una primacía indiscutible e indiscutida a los factores idealistas y voluntaristas (en suma, irracionalistas), es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, no descuida los aspectos materialistas, específicamente los científico-técnicos (racionalistas), es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que se dice anticomunista, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, también se define como anticapitalista, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que, con todo, no trastoca en lo medular la estructura de ese sistema económico capitalista, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, hace predominar la política y los intereses políticos sobre la gestión de la economía y los intereses económicos bajo la forma de un gobierno totalitario, es de izquierda o de extrema izquierda⁴⁰⁶. En la medida en la que protege la propiedad privada e incentiva el emprendimiento y la iniciativa individuales, es de derecha o extrema derecha; en la medida en la que aboga con mayor o menor intensidad (en función de las circunstancias

⁴⁰⁵ Sobre este particular, véase *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista* (1993), de Emilio Gentile, así como también el *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo* (2003) de Rosa Sala Rose.

⁴⁰⁶ Acerca de este particular no falta quien, como Wilhelm Röpke, considere que la misma forma de gobierno totalitaria, es decir, el totalitarismo, es característica exclusiva de la izquierda, compartida con el extremo centro fascista por lo que tiene este de izquierdista, esto es, por lo que tiene de socialista.

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

y las conveniencias del momento) por la planificación económica, así como por la nacionalización de determinados sectores de la economía y antepone la necesidad social comunitaria o colectiva sobre la de los individuos, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que defiende el principio de caudillaje y por tanto la necesidad de una jerarquía social y de una «élite natural» gobernante, es de derecha o de extrema derecha⁴⁰⁷; en la medida en la que tiene por ideal el de una comunidad unida, *sustancialmente* igualitaria y homogénea, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que se apoya demoscópica y sociológicamente en las clases (pequeño)burguesas, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, pretende subvertir los valores y el *modus vivendi* burgueses, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que defiende los intereses de esas clases (pequeño)burguesas, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, promueve la unión y enaltecimiento de las clases obreras y campesinas (bajo el paraguas nacional común), es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que acepta la existencia de todas esas clases sociales, es de derecha o extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, les inculca la irrelevancia de esas mismas clases sociales, así como de sus mutuos choques de interés, que no han de ser tales desde la perspectiva holística de la comunidad, es de izquierda o de extrema izquierda⁴⁰⁸.

Por otro lado, en la medida en la que ensalza el valor de la disciplina y la autoridad, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, reviste esa disciplina y esa autoridad de rebeldía y se aprovecha especialmente de ese mismo temple e ímpetu rebelde en la formación de la juventud, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que la familia tradicional se considera núcleo «natural» y constitutivo de la sociedad, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, la propia familia se concibe más como un medio o instrumento para el adecuado mantenimiento y funcionamiento de la comunidad antes que como un fin en sí misma, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que se le da prioridad al hombre sobre la mujer, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, se estimula el papel y la participación de la mujer en y para con la promoción del movimiento y sus valores e ideología, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que ese líder encarna la voz del pueblo y por tanto está legitimado para tomar las decisiones en su nombre, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, apuesta siquiera ocasionalmente por incrementar el grado de interacción de la ciudadanía por medio de referéndums y consultas de carácter plebiscitario, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que considera al Estado como materialización política de la nación «natural», es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, lo considera medio antes que fin, es de izquierda o de extrema izquierda⁴⁰⁹. En la medida en la que acepta el

⁴⁰⁷ Y lo sería con absoluto sentido y propiedad, ya que, como reconoce por ejemplo Sombart, «la Führentum [el liderazgo de este corte caudillista] entraña una revelación permanente [de tal manera que] el Führer recibe sus órdenes directamente de Dios, que es el Führer supremo del universo», conexión divina que, como es sabido, constituye la clave de bóveda de la teoría del derecho divino de los reyes característica de la extrema derecha en tanto «santificadora», como hemos visto, de la máxima desigualdad humana posible. (Jiménez Losantos, Federico, *Memoria del comunismo. De Lenin a Podemos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2018, p. 619.)

⁴⁰⁸ Si bien cabe recordar aquí que la noción de «clase social», así como su existencia (o no) en una o múltiples formas es motivo de discrepancia entre el Fascismo (que sí admitía la existencia de las mismas) y el nazismo (que, interpretando todo aspecto social en clave racial, no lo hacía).

⁴⁰⁹ Esto último es así al menos en el caso del nazismo, que contempla al Estado como herramienta al servicio de la preservación de la raza pero que, siquiera en ciertas especulaciones, juega con la posibilidad de su desaparición ulterior. Así, no es casualidad, por ejemplo, que en *El programa nacionalsocialista y sus concepciones doctrinarias ideológicas fundamentales* de Feder, ya citado, el economista nazi afirme lo siguiente: «Cuando esta meta suprema [la construcción del Estado Nacionalsocialista y su conversión en un *modus vivendi* pleno, total y absoluto] haya sido alcanzada, entonces *el Partido Nacionalsocialista se disolverá*. Entonces, el Nacionalsocialismo será la razón de ser de todo el pueblo alemán». (Feder, *El programa nacionalsocialista y sus concepciones doctrinarias ideológicas fundamentales*, p. 35. La cursiva es añadida.) Si bien es evidente que Feder habla del Partido y no del Estado, habida cuenta de la mimetización existente entre uno y otro no es difícil llegar a la conclusión de que la desaparición del primero conllevaría la del segundo. Y tiene sentido, puesto que una vez que la ideología nacionalsocialista sea «la razón de ser de todo el pueblo alemán» ya no sería necesaria estructura política alguna que respaldase lo que, para

hecho de que los hombres son naturalmente desiguales, es de derecha o extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, inculca la idea de que, no obstante tales diferencias, todos pueden contribuir al bien común de una u otra manera porque todos pertenecen igual y sustancialmente al mismo *demos*, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que suele apelar a una suerte de arquetipo de hombre ideal existente *sub specie aeternitatis*, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, desciende al terreno real y al no toparse con ese hombre se arroga la tarea de crearlo por medio de técnicas de ingeniería social, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que otorga al individuo responsabilidad y valor dentro del sistema jerárquico conforme al cual se articula la sociedad, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, subsume toda individualidad a la comunidad por considerar que el individuo, en tanto animal social, solo es libre dentro de y bajo mandato de dicha comunidad, es de izquierda o de extrema izquierda.

También, en la medida en la que es sintético; en la medida en la que aspira a la consecución de un consenso total(itario) en la sociedad; en la medida en la que su voluntad de unión prima explícitamente sobre cualquier propósito de desunión y en la medida en la que, en consecuencia, prima absolutamente la práctica y la pragmática sobre la teoría (que en este sentido vendrá dada, en la mayoría de las ocasiones, *ad hoc*), el fascismo es de centro. Por añadidura y concreción, en la medida en la que parte —como ya hemos señalado— de una concepción antropológica desigualitarista⁴¹⁰; en la medida en la que suscribe el darwinismo social (y/o biológico); en la medida en la que cree en la existencia de élites (naturales) y por ende en su derecho (natural) a la preeminencia; en la medida en la que otorga al Estado el papel de mediador y árbitro; en la medida en la que le asigna funciones de dirección e intervención; en la medida en la que rechaza todo privilegio (salvo, si acaso, para el líder del movimiento, que disfruta de los mismos en tanto intérprete —él mismo privilegiado por ello— de la voluntad popular); en la medida en la que confía en la perfectibilidad del hombre (si bien mediante ingeniería social antes que mediante la libre interacción entre los individuos); en la medida en la que, retórica aparte, acepta los principios fundamentales del sistema económico capitalista, verbigracia, la existencia de propiedad privada, la legitimidad de la iniciativa y el emprendimiento individuales o la movilidad social dependiente —parcialmente— del estatus económico (incluso a pesar de su intervencionismo y de tender a la autarquía); en la medida en la que concibe los derechos no como prebendas libres de toda carga, sino como contrapartida de una serie equivalente de responsabilidades (en su caso, para con el Estado); y, ante todo, en la medida en la que si por algo se caracteriza ideológicamente es por su oportunismo o, si se quiere, en palabras igualmente conocidas, por su *flexibilidad*, *malleabilidad* y *ductilidad*, el fascismo también es (socio)liberal.

Finalmente, en la medida en la que hace particularmente suyas señas de identidad como el intento —nietzscheano— de crear toda una colección de «nuevos valores» acordes con

entonces, se habría convertido, a todos los efectos, en el pensamiento y modo de vida únicos de todos los alemanes, cuya adoctrinada y fanática condición ideológica en tanto tales bastaría para constituir una suerte de régimen sin régimen basado en la opinión pública y su formidable poder de condicionamiento y coacción, o lo que es lo mismo en términos ya adelantados con anterioridad: en un régimen anarcofascista o nacional-anarquista cuyo peculiar planteamiento, puramente hipotético y especulativo en su momento, constituye ahora, sin embargo, una habitual e interesante salida encubierta y «exculpatoria» para determinados movimientos nazi-fascistas contemporáneos que pretenden ocultar la naturaleza de sus raíces ideológicas mediante dicha fachada/coartada libertaria para sus aspiraciones nacionalistas y/o racistas. Al igual que en el caso del anarcocomunismo y el anarcosindicalismo por la izquierda, el del anarcocristianismo por la derecha y, como veremos en el Entreacto II, el anarcocapitalismo por *un* centro, el anarcofascismo o nacional-anarquismo también será tenido en cuenta —por *otro* centro— en el Diagrama resultante de las categorizaciones políticas espectrales realizadas a lo largo de nuestra investigación.

⁴¹⁰ Idéntica, como diremos a continuación, a la liberal: «Los humanos, en realidad, somos tremendamente disímiles. (...) Cada uno de nosotros, desde que nacemos, llevamos grabada la impronta de lo individual, de lo único, de lo singular. No son, desde luego, idénticos entre sí los hombres; por eso la aspiración a que todos seamos iguales ante la ley nunca debe buscar amparo en una inexistente igualdad humana. (...) No hay poder terreno que pueda hacer a las gentes realmente iguales entre sí. Somos desiguales y seguiremos siéndolo siempre». (Gray, *Liberalismo*, pp. 46-47.)

Capítulo 5. El nazi-fascismo como síntesis política extremista

la personalidad y la moral de su «nuevo hombre»; la conjugación de nacionalismo y socialismo; la colaboración entre clases en pro de un bien e interés nacional o comunitario mayor (reflejado socioeconómicamente en la apuesta por sistemas *de corte* corporativista, que no necesariamente corporativistas); la formación de un partido-milicia que acoja a los directores naturales de un movimiento de carácter popular; la consecución de la autarquía e independencia económicas; la estética característica de ese mismo partido-milicia, extensible *a posteriori* al conjunto de la sociedad civil (fusionada, totalitarismo mediante, con el Estado); la reivindicación de una suerte de esencias intemporales que, sin embargo, han de ser (re)creadas mediante técnicas ultramodernas de ingeniería social; el anhelo de imperio o de hegemonía cultural, política, militar, etc. a nivel mundial; el amor por la guerra como método para lograr estos objetivos; la aceptación de la violencia no (solo) como medio, sino como fin en sí misma en tanto entendida como terapia higiénica y regeneradora de la energía vital de la comunidad; la paralela asunción del principio de caudillaje propio de la misma como médula rectora de la sociedad; la exaltación de la juventud en su condición de generación de futuro y condición de posibilidad de la consumación de los referidos objetivos; la concepción «permanente» de la revolución fascista, que no cesará en su *movimiento* hasta ese mismo momento de culminación; o la veneración al Estado por sí mismo y no en calidad de medio en el Fascismo y, en fin, el racismo (más la consecuente visión de la historia como lucha de razas y la conveniencia/necesidad de la eugenesia) y el antisemitismo en el nazismo, el fascismo es fascista⁴¹¹.

Queda claro, en definitiva, que el fascismo es una síntesis política extremista. En particular, una ideología política sintética; tal vez, incluso, *la* ideología política sintética por excelencia. Su lugar característico es, en consecuencia, el extremo centro, puesto que este se define por su maximalismo sincrético, vale decir, por su síntesis total-global de amplitud-concurrencia irrestricta fuerte, que en tanto tal condensa en sí misma elementos provenientes de *todo* el espectro y, además, lo hace, en el caso fascista, como hemos visto, *ex profeso*, adrede y a sabiendas, con conocimiento de causa y absolutas intención y voluntariedad en la idea manifiesta de constituirse en una tercera y nueva alternativa *sui generis* receptora, como también hemos señalado mediante la anécdota de Speer, de «lo mejor de todos», vale decir, de aquellos rasgos que considera mejores o simplemente más convenientes de todas las demás doctrinas e ideologías, incluidas aquellas a las que se opone y que rechaza y a las que suprime, no coexistiendo por tanto con ellas.

Se podría objetar, no obstante, que la singularidad del fascismo (y por consiguiente del extremo centro) no es tal, o solo lo es de una forma muy especial, ya que está lleno de contradicciones ideológicas presumiblemente insostenibles en el tiempo e invalidantes de todo intento de construcción de un *corpus* coherente. Si bien es cierto que el fascismo es, en palabras de Carl Schmitt -referidas a la Iglesia Católica pero útiles al caso-, una *complexio oppositorum*, o lo que es lo mismo, una reunión de contradicciones *conciliadas*, ya hemos señalado cómo los propios fascistas eran conscientes de eso y cómo llegaban a alardear de ello, convirtiendo esa capacidad de absorción y amalgamación en una de las virtudes y fortalezas de su doctrina, si es que no en las mayores de ellas. De manera que sí, el fascismo es un nido de contradicciones, pero lo es por voluntad e intención, y por eso mismo es distinto a cualquier otra ideología o credo político.

⁴¹¹ No se trata de una apreciación tautológica ni gratuita. No habida cuenta de la tendencia existente, de un tiempo a esta parte, a «desfascistizar» el fascismo, esto es, a negarle singularidad alguna y, por tanto, a relativizar todo cuanto lo constituyó como tal. En palabras de Emilio Gentile: «[H]ace ya tiempo que asistimos a una tendencia a la desfascistización retroactiva: ésta consiste en privar al fascismo de los atributos que le fueron propios y que caracterizaron su individualidad histórica. La «desfascistización» del fascismo se manifiesta de varias maneras: negando, por ejemplo, que haya existido una ideología, una cultura y una clase dirigente fascistas, una adhesión de masas al fascismo, un totalitarismo fascista y hasta un régimen fascista. Se afirma, incluso, que el régimen de Mussolini no fue verdaderamente fascista sino semifascista». (Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, p. 17.) Naturalmente, Gentile considera un (perverso) despropósito semejante tendencia. Nosotros también.

Se podrá replicar entonces que esto no es así, porque la síntesis fascista constituye una síntesis muy similar a la del «socialismo real» incluso en lo que a contradicciones constitutivas se refiere, ya que también la síntesis socialista real conjuga, como sabemos, elementos dispares y aun opuestos en su seno. Sin embargo, solo tenemos que remitirnos a nuestra tipología general para percatarnos de que nosotros mismos hicimos explícito hincapié en la naturaleza paradójica de la síntesis propia del socialismo real (la síntesis parcial-global, compartida por el socialpopulismo de la izquierda radical populista), justificando su condición en clave de pragmatismo; mientras que el fascismo sincretiza ideas contradictorias a propósito, *por querencia*, el socialismo real (y el populismo de izquierdas) lo hace *por conveniencia*, para poder sobrevivir en un mundo en el que el ideal internacionalista no logra arraigar, o no con la suficiente fuerza como para transformar las «revoluciones en un solo país» en la anhelada y ulterior revolución mundial. Al contrario que en este caso, el fascismo asume con placer sus contradicciones, y aun las enarbola como seña no solo de identidad, sino incluso de superioridad.

En el próximo capítulo retomaremos el hilo de estas cuestiones y trataremos de complementarlas definitivamente.

Capítulo 6

El centro radical populista (CRP) como posición de enlace entre la síntesis socioliberal y la síntesis nazi-fascista

En los dos capítulos anteriores nos hemos ocupado de estudiar histórica e ideológicamente los sendos desarrollos del liberalismo y el socioliberalismo, por un lado, y del fascismo y el nazismo, por otro. En el capítulo cuarto nos concentramos en el primer caso, concluyendo, en primer lugar, que el socioliberalismo es la ideología política característica del centro, y en segundo, que lo es, entre otras cosas, en virtud del tipo de síntesis que lo define, a saber, una síntesis total-global de amplitud-concurrencia restringida. En el capítulo quinto tratamos de realizar una tarea análoga con el segundo caso, concluyendo, primero, que el nazi-fascismo es la ideología política propia del extremo centro, y segundo, que lo es, también entre otras, por la misma razón que el socioliberalismo es de centro, esto es, por la naturaleza de la síntesis que lo significa, cual es la síntesis total-global de amplitud-concurrencia irrestricta fuerte. Este último episodio tuvo una extensión bastante mayor de la habitual debido a que no solo se trataba de dar cuenta de una ideología política, sino también de los dos únicos regímenes que la pusieron en práctica históricamente. Por supuesto, podríamos haber hecho otro tanto de lo mismo respecto al liberalismo/socioliberalismo, pero al tratarse de doctrinas mucho más extendidas y, en este sentido, homologables entre países y por tanto desingularizadas, no era necesario recurrir a determinadas concreciones históricas de las mismas para aprehenderlas. El nazi-fascismo, en cambio, sí requiere de esta clase de acercamiento, siquiera porque a diferencia del liberalismo/socioliberalismo, siempre fue más una práctica concreta que una doctrina universal (sin menoscabo de su posible universalización). Asimismo, la hipótesis sometida a prueba respecto a este movimiento —que es una ideología de extremo centro— era más arriesgada que la relativa al movimiento liberal/socioliberal, y por consiguiente requería mayor argumentación y respaldo.

Sea como fuere, tanto en un capítulo como en otro tuvimos ocasión de poner a prueba varias de nuestras hipótesis iniciales y obtener el resultado perseguido, esto es, la comprobación de su validez. Por añadidura, en el capítulo quinto pudimos entrever, de la mano del trabajo de Lipset, que otra de nuestras hipótesis también es algo más que verosímil: entre el socioliberalismo y el nazi-fascismo existe un nexo, un vínculo, una conexión *a través del centro* no accidental, sino *necesaria*. Solo que donde Lipset estableció ese enlace principalmente en términos demoscópicos y sociológicos, nosotros expresamente pretendemos hacerlo, además, en términos estructural-ideológicos. Y si bien creemos que la existencia de dicha conexión ha quedado probada tanto en los primeros aspectos como en el segundo, todavía es posible aportar una última prueba del sentido de este argumento. Una última evidencia de que, efectivamente, socioliberalismo y nazi-fascismo mantienen entre sí algo más que un simple aire de familia. Una constatación final de que el «eje del centro» forma un auténtico *continuum* en al menos uno de cuyos segmentos (centro-extremo centro) es posible transitar «naturalmente» y sin solución de continuidad entre un punto A socioliberal y un punto C nazi-fascista. En breve: una demostración de que hay algo —un punto intermedio B— entre una y otra posiciones que permite pasar de una a otra y que, no obstante su condición de bisagra, pero también precisamente gracias a ella, posee una cierta singularidad y distinción, al tiempo que es pura sinteticidad. En pocas palabras, *un tercer centro*. El centro que, en el marco de nuestra tipología general de las síntesis políticas, resulta de la escisión del nacionalpopulismo *liberal* de la «derecha radical populista» o DRP y que, en

tanto tal, denominamos como nacionalpopulismo *social* de «centro radical populista» o CRP. El centro que en adelante constituirá nuestro objeto de estudio con una cuádruple finalidad: primero, corroborar la existencia de ese *continuum* centrista y, por ende, de una ligazón estructural-ideológica real entre el socioliberalismo y el nazi-fascismo a través del centro político; segundo, examinar un fenómeno político de la máxima actualidad, como es el del llamado «populismo de derechas» o nacionalpopulismo, al que perfilamos con el adjetivo de *liberal*; tercero, (re)definirlo con la debida corrección y rigor, de forma análoga a como ya hemos (re)definido las categorías de extrema derecha y centro, con la intención de probar y explicar que algunos de los populismos etiquetados como de derechas son, en realidad, de centro (radical); cuarto, demostrar que el centro político, así como sus tres posibles concreciones fundamentales –socioliberal, nacionalpopulista social y nazi-fascista-, son síntesis porque, ideológicamente, tanto él como dichas concreciones solo pueden materializarse -liberalismo aparte⁴¹²- con posterioridad a las posiciones que sintetizan, vale decir, no antes de que ya estén dadas dichas posiciones (lo que certifica su misma sinteticidad constitutiva), siendo los casos del nacionalpopulismo social de CRP y del nazi-fascismo de extremo centro los mejores ejemplos de ello.

Para hacer posible este tercer y postrero estudio con el que pondremos punto y final a la segunda parte de la investigación, seguiremos una estructuración idéntica a la de los dos capítulos precedentes. Comenzaremos por una revista histórica del CRP como posición política y examinando su más claro epifenómeno político: el Frente Nacional -rebautizado en 2018 como Agrupación Nacional- *de Marine Le Pen*⁴¹³. Seguiremos con un análisis filosófico-político de los principios ideológicos que caracterizan al CRP (y a su versión del nacionalpopulismo) en general y al FN en particular, tratando de justificar, en el primer caso, su misma denominación, y en el segundo, su etiquetaje como tal; finalizaremos tratando de justificar la condición del CRP/FN tanto de centro como, particularmente, de «centro entre centros», es decir, de «centro radical», punto intermedio en el segmento centro-extremo centro (o, si se quiere, socioliberalismo-fascismo) del *continuum* centrista. Además de tener valor en sí misma, esta justificación servirá para respaldar el trabajo argumentativo realizado a lo largo de la segunda parte del proyecto, que hallará en la tercera su continuación y concreción con un caso de estudio que se asentará sobre la base proporcionada por la teorización elaborada en las partes precedentes.

1) Breve historia del «centro radical populista» (CRP) y del Frente Nacional (FN)

1.1 El «centro radical populista» (CRP)

Como ya adelantamos en ocasiones anteriores, por «centro radical populista» entendemos una suerte de sección de lo que hoy en día suele denominarse «derecha radical populista» o DRP que debe ser des-etiquetada como tal en tanto agrupa a una serie de partidos cuya naturaleza consideramos que no encaja o queda incorrectamente caracterizada bajo la ideología nacionalpopulista liberal de la DRP. El porqué tras el cambio de nombre responde

⁴¹² Recordemos que el liberalismo, ocupante primero (pero, obviamente, no último) del centro moderado, lo ocupaba en calidad de ideología *pragmática, no teórico/ideológicamente* sintética, lo cual quiere decir que, a diferencia de lo que ocurre con el socioliberalismo, el nacionalpopulismo social y el nazi-fascismo, el liberalismo preexistía, como ideología, al centro como posición y al espectro como ordenamiento de posiciones políticas. En este sentido, se podría decir que es la excepción a esta tácita «regla de la posterioridad sintética» según la cual una ideología sintética lo será porque previamente existen aquellas otras de las que necesariamente se nutre para realizar su síntesis constitutiva y característica y que su sucesora en el «carga centrista», el socioliberalismo, así como sus «parientes» nacionalpopulista social y nazi-fascista, sí cumplen.

⁴¹³ Como veremos, el Frente Nacional de su padre y antecesor al frente del partido, Jean-Marie Le Pen, sí se ajustaría al calificativo de «populismo de derechas» o nacionalpopulismo liberal y, por tanto, de DRP. Por otra parte, recordamos aquí lo que ya adelantamos en la Introducción: en adelante nos referiremos a la Agrupación no como tal sino como Frente por corresponderse lo que vamos a relatar con su era como tal y, en este sentido, para minimizar cualquier posible riesgo de desconcierto habida cuenta de lo histórico y emblemático de la denominación frentista del partido.

exactamente a la misma razón del cambio otrora efectuado con el fascismo. Al igual que este no estaba bien caracterizado como movimiento o ideología (*solo*) de extrema derecha, buena parte de los movimientos y partidos englobados bajo la etiqueta de derecha radical populista no están bien caracterizados bajo la etiqueta de derecha. Y el motivo, también a este respecto, es el mismo que el argüido con el fascismo: en la medida en la que estos movimientos y partidos reúnen *deliberadamente* en su seno elementos provenientes de *todas* las partes del espectro, con especial atención a la izquierda y la derecha (pero también al centro y al extremo centro), remozándolos en una tercera, nueva y distinta forma, no solo no pueden ser calificados como de derecha (ni, claro está, como de izquierda), sino que deben serlo como de centro⁴¹⁴. No de centro moderado –porque entonces serían socioliberales– ni tampoco de extremo centro –porque entonces serían fascistas–, sino de un centro intermedio entre uno y otro al que, en aras de una transición terminológica más ligera y de una más fácil comprensión, añadiremos, en cuanto a su posición, los epítetos de «radical» (en el sentido ya especificado en la Introducción) y «populista» (en la descripción ya adelantada en el Entreacto I), y en cuanto a su ideología, los de «nacionalpopulista» (en el significado igualmente adelantado en el Entreacto I) y «social» (en la acepción que desvelaremos más adelante). Asimismo, restringiremos su dimensión espacio-temporal al ámbito geográfico del populismo europeo del siglo XXI. Se trata, fundamentalmente, de separar este tipo de populismo respecto de los originarios (ruso y estadounidense, ambos decimonónicos), así como de otras «tradiciones» populistas como, sobremanera, la iberoamericana⁴¹⁵.

A nuestro juicio, el nacionalpopulismo social de CRP aplica a todos aquellos movimientos, corrientes y partidos cuya ideología se caracteriza, por relación a nuestros criterios espectrales, por ubicarse en el centro (esto es, por combinar, de manera *formalmente* semejante a como lo hacen el socioliberalismo y el fascismo, rasgos igualitaristas y desigualitaristas, de cambio y conservación, de izquierdas y derechas), y por sí mismo, por tratar de conciliar dos pares de pulsiones radicalmente opuestas: por una parte, la de la aproximación/rechazo de la política tradicional y, en particular, del centro socioliberal; por otra, la de la aproximación/rechazo de la política no tradicional y, en particular, del extremo centro fascista. Serán, por tanto, ejemplos de nacionalpopulismo social y CRP todas aquellas formaciones que, si bien aceptan las reglas de juego de la democracia y se reivindicán como partidos equiparables a cualesquiera otros de los tradicionales, al mismo tiempo repudian la política tradicional y se autodefinen como ajenos a la misma (*anti-establishment*); asimismo, si bien se desmarcan sistemáticamente de todo posible vínculo con el fascismo, al mismo tiempo asumen en sus discursos no pocos presupuestos retóricos e ideológicos fascistas. Dicho en pocas palabras, los movimientos de CRP nacionalpopulista social se encuentran entre la Escala de la política tradicional o de centro moderado socioliberal y la Caribdis de la política no tradicional o de extremo centro fascista⁴¹⁶, lo cual, además de ubicarlos de forma

⁴¹⁴ La única diferencia entre el presente caso y el del fascismo es que mientras la interpretación de este último resultaba claramente errónea y chirriaba desde el momento en el que se examinase con una mínima seriedad y atención la categoría de la extrema derecha, así como la del propio fascismo, la interpretación del CRP se presta más a la confusión por cuanto el análisis de la DRP no evidencia falencias tan graves como las aquejadas por la extrema derecha. Dicho en otras palabras: mientras que era obvio que en la extrema derecha había un problema de incompatibilidades entre tradicionalismo, ultraliberalismo y nazi-fascismo, en la DRP, en cambio, al englobar solamente a dos tipos de partidos y movimientos –los de DRP propiamente dicha y los de CRP– y al ser estos, como veremos, afines en aspectos ideológicos cruciales (aunque correspondientes *solo con una mitad* de la ecuación), la adecuada distinción entre unos y otros se complica sustancialmente. Con todo, no deja de resultar sorprendente la insistencia de la inmensa mayoría o la totalidad de los medios de comunicación e incluso de los «especialistas» de «empujar» a las formaciones de CRP (como a las fascistas) hacia la (extrema) derecha antes que reconocerlas como tales o, al menos, de reconocer su posibilidad, y ello a pesar de que trayectorias históricas e ideológicas como, por ejemplo, la de uno de estos presuntos paradigmas de derecha radical o extrema derecha, vale decir, el Frente Nacional francés, ofrecen la prueba más fehaciente de lo simplista y aun absurda que es esta sistemática y reincidente incorrección.

⁴¹⁵ Que data, al menos, de los años treinta (al socaire del fascismo europeo) y en varios países ha continuado, prácticamente ininterrumpida, hasta nuestros días.

⁴¹⁶ Por supuesto, esta tesis que pone a determinadas posiciones o formaciones políticas entre la espada y la pared no es en modo alguno privativa de los radical populismos, pero sí consustancial a ellos. *Mutatis mutandis*, ya Robert Michels fue

automática en ese «centro entre centros» del que hablábamos en la introducción de este capítulo a tenor de las coordenadas espectrales en las que hemos ubicado el centro y el extremo centro, nos permite argumentar que la aparición del CRP (y su ideología correspondiente), al menos en su versión contemporánea, es necesariamente posterior a la aparición histórica del fascismo, puesto que en caso contrario no podría tener nada que ver con él⁴¹⁷.

Ahora bien, hemos delimitado el marco temporal de investigación del CRP al siglo XXI. Esto se debe a que la fase que realmente nos interesa analizar de estos partidos se corresponde con esta época en la que dan sus más llamativos frutos las semillas plantadas a finales del XX:

Los más antiguos partidos populistas hoy presentes en Europa nacen con la crisis de los setenta, que pone en entredicho el consenso de posguerra (así el FN francés, el Partido del Progreso noruego, el Partido del Progreso danés) y todos ellos, en su momento fundacional son partidos de extrema derecha y no propiamente populistas. Paradójicamente, estos partidos eran entonces profundamente conservadores en su orientación moral, pero *liberales* en su orientación económica, es decir, eran críticos del estatismo inscrito en el modelo social y político de la segunda posguerra europea. La inmensa mayoría de los partidos populistas hoy presentes en el panorama europeo nacen en torno a las últimas décadas del siglo XX, en el tiempo del derrumbe del socialismo real y, como los de la generación anterior, muchos son en el tiempo de su nacimiento partidos de extrema derecha, aunque otros, los menos, son liberal populistas. Esto queda ilustrado por sus fechas de fundación: el belga Vlaams Blok, de 1985; el Partido Popular Danés DF, de 1995; La Liga Norte LN es de 1989; *Forza Italia* FI de Berlusconi es de 1994; el partido del pueblo suizo SVP-UDC es de 1991; los (verdaderos) finlandeses, de 1995; y el británico UKIP, de 1993.⁴¹⁸

Diremos, entonces, y en definitiva, que el CRP representa una posición y contiene una ideología política cuya condición de «remedo» del fascismo (a la que, tal vez, también sería posible referirnos como «posfascismo») obliga a fechar su aparición con posterioridad al nacimiento de este. Asimismo, en tanto derivado de partidos propiamente fascistas (de extremo centro) o fascistoides (nacionalpopulistas liberales de derecha radical) surgidos en

testigo de esta suerte de juego de realidades y apariencias al que debían prestarse ciertos partidos, con especial atención a los (ultra)conservadores, si querían obtener el poder, forzosamente democrático, necesario para, paradójicamente, acabar con la democracia, cuya derrota les exigía, de ahí la ironía, participar de sus propias reglas: «La aristocracia (...), para guiar la vida política del Estado (...) necesita, aunque solo sea con propósitos decorativos y para influir a la opinión pública en su favor, una medida respetable de representación parlamentaria. No conquista esta representación por divulgar sus principios verdaderos, ni por apelar a quienes son sinceros partícipes de sus opiniones. (...) Si ha de conquistar su ingreso al parlamento, solo podrá hacerlo con un único método: debe descender a la arena electoral con porte democrático (...). De esta manera el aristócrata se ve forzado a conquistar la elección en virtud de un principio que no acepta, y del cual su alma reniega. Todo su ser reclama autoridad[,] la imposición de un sufragio restringido, la supresión del sufragio universal dondequiera que exista, pues lesiona sus privilegios tradicionales. Sin embargo, puesto que reconoce que en una época democrática que lo arrolla, solo puede sostenerse con este principio político, y que con su defensa franca nunca podría tener la esperanza de sostener un partido político, disimula sus verdaderos pensamientos y aúlla con los lobos democráticos para conquistar la mayoría apetecida». (Michels, *Los partidos políticos*, pp. 50-51.)

⁴¹⁷ En este aspecto diríamos que el CRP y su nacionalpopulismo característico emulan al extremo centro y su fascismo, pues de la misma manera que estos últimos no fueron históricamente posibles hasta el surgimiento y desarrollo del resto de posicionamientos e ideologías del espectro, surgimiento y desarrollo que, junto con los paralelos avances científico-técnicos e históricos, resultaron imprescindibles para que fuera factible alumbrar la síntesis fascista, aquellos tampoco lo fueron, en puridad, hasta el surgimiento y desarrollo de los propios fascismos, de los que no serían sino remedos y de los que, por consiguiente y como veremos, se nutren sintéticamente. Por otro lado, esta realidad también nos permite señalar que tanto el centro radical populista como sus homólogos a izquierda y derecha se encuentran, desde un punto de vista que conjuga tanto espectral como pragmático, en el límite entre las formas democráticas y las que no lo son, o lo que es lo mismo, en el lugar de las democracias que hoy conocemos como iliberales y que se caracterizan, entre otras cosas, por la restricción de varias libertades civiles pero no de todas ellas, y de ahí su ubicación en una suerte de limbo semidemocrático-semiantidemocrático.

⁴¹⁸ «Los nuevos populismos europeos» (introducción de la IV parte de la obra), en Rivero, Zarzalejos y del Palacio, *Geografía del populismo*, pp. 213-214. La cursiva es añadida.

su mayoría en las décadas finales del siglo XX, no cabrá hablar de genuino CRP, por lo menos, hasta pasada la Segunda Guerra Mundial, y en el caso concreto que pretendemos tratar, hasta ya entrado el XXI, momento en el que esta posición cobrará una de sus formas más ilustrativas y paradigmáticas de la mano de Marine Le Pen, cuya colocación a la cabeza del Frente Nacional supuso un punto de inflexión decisivo en la (re)configuración (política) del propio Frente Nacional, así como en la promoción de su particular modelo ideológico nacionalpopulista.

1.2 El Frente Nacional (FN)

Aunque nos movamos en las coordenadas temporales del siglo XXI, el Frente Nacional (FN) no es, con unas u otras siglas, ningún recién llegado. Fue fundado en 1972 por un conglomerado de grupúsculos de muy diversas tendencias –monárquicos, católicos y tradicionalistas maurrasianos, excolaboracionistas de Vichy, nostálgicos del régimen colonial francés, anticomunistas y exmiembros de la banda terrorista *Organisation de l'Armée Secrète* u Organización del Ejército Secreto (OAS), surgida con motivo del proceso de independencia de Argelia-, todos ellos unidos, a pesar de sus enormes diferencias, por su desprecio a la Francia «oficial», gaullista, abierta, a la que contraponían –al más puro estilo fascista, o más bien nazi- la Francia «real», campesina y rural, bucólica, prístina y pura, homogénea, libre de los influjos corruptores del cosmopolitismo (o el multiculturalismo) fomentado por la política tradicional, en manos de unas clases dirigentes que la habían olvidado y, peor aún, traicionado. Heredero ideológico directo del poujadismo de los años 50⁴¹⁹, Jean-Marie Le Pen, líder del FN, consideraba que era en esa Francia *verdadera* donde se hallaban los valores necesarios para el resurgir de Francia, que en aquellos momentos se encontraba inmersa en plena crisis del petróleo tras años –los conocidos como «treinta gloriosos»- de estabilidad y bienestar posteriores a la Segunda Guerra Mundial⁴²⁰.

Tras el asesinato en 1978 del periodista François Duprat, uno de los ideólogos más importantes del partido⁴²¹, este quedará completamente bajo las órdenes de Le Pen. Como consecuencia del marcado carácter personalista que este imprimirá al FN y de sus frecuentes y controvertidas salidas de tono, la formación pronto se verá sometida a un proceso de «demonización» por parte del resto de grupos políticos. Basándose en la imagen proyectada por Le Pen, estos tomarán al FN por un partido, además de extremista, racista y xenófobo, como su líder. Se creará, así, un tácito cordón sanitario con el objetivo de evitar que el FN pueda entrar con responsabilidad alguna de gobierno en las instituciones, hasta el punto de que, siempre que ha sido necesario, la izquierda y la derecha moderadas se han unido para frenar el crecimiento del partido tanto a nivel local como a nivel regional y, por supuesto,

⁴¹⁹ El poujadismo fue el movimiento de clases medias creado por Pierre Poujade primero como sindicato («*Union de défense des commerçants et artisans*») o «Unión de defensa de comerciantes y artesanos», UDCA) y luego como partido político («*Union et fraternité française*») o «Unión y fraternidad francesa», UFF). Sostenía puntos de vista anti-estadistas en lo económico y nacionalistas en lo social, criticando tanto el proceso de descolonización y de integración europea como la política migratoria del gobierno, que consideraba perjudicial para la identidad francesa en general y para los intereses de los pequeños comerciantes y trabajadores en particular. Existió entre los años 1953 y 1958, desapareciendo completamente al comienzo de la Quinta República.

⁴²⁰ Cabe señalar, a este respecto, que si bien los estudiantes de Mayo del 68 compartían con la actitud frentista la oposición al gaullismo, el Frente rechazaba el movimiento sesentayochista por considerar que, no obstante constituir una alternativa al gaullismo, esta alternativa no reflejaba los valores de la Francia real en tanto en cuanto estaba comandada por jóvenes burgueses y acomodados de todo punto ajenos a aquella.

⁴²¹ Líder de la corriente nacionalrevolucionaria (es decir, fascista) del FN, defensora, entre otras cosas, de la nacionalización del crédito, la implantación de un modelo corporativista similar al del Fascismo y la abolición de los trust y demás formas de propiedad monopolista. Duprat también destacó por adelantar en varios años la actual política pro-occidentalista y anti-multiculturalista de Marine Le Pen (y otros nacionalpopulistas) por entender que la extensión del multiculturalismo y sus valores ajenos formaban parte de una trama del capital apátrida para debilitar las identidades nacionales de los pueblos europeos hasta desintegrarlas por completo (teoría conspirativa, dicho sea de paso, muy similar a la sostenida por los fascistas en sus críticas al internacionalismo como atractivo y taimado trampantojo imperialista).

nacional⁴²². A pesar de esto, el ascenso del FN será paulatino, pero imparable: en las elecciones europeas de 1984 Le Pen consigue un escaño con casi tres millones de votos a sus espaldas; en las elecciones a la Asamblea Nacional de 1986, tras un oportuno cambio de ley electoral por parte de François Mitterrand⁴²³, el FN obtuvo 35 escaños; finalmente, en las presidenciales de 2002, tras unos años de estabilidad electoral en el 10%, el FN da la sorpresa desbancando al socialista Lionel Jospin en la primera vuelta y entrando en la segunda, en la que se enfrentaría al conservador Jacques Chirac. Le Pen perdería esta segunda vuelta con rotundidad (17,79% de votos frentistas frente al 82,21% de votos conservadores), pero el mero hecho de haber llegado hasta ahí supuso un hito en la historia de un partido que, no obstante, no repetiría éxito hasta una década después.

A la hazaña de 2002 le siguieron, en efecto, una decena de años de un lento pero constante declive electoral que propiciará el fin de la inestable y zigzagueante etapa e idiosincrasia de Jean-Marie⁴²⁴ y el inicio de la era «marinista» con el nombramiento en 2011 de su hija, Marine, como presidenta del FN. Con ella, la naturaleza ideológica del Frente, así como su situación de relativo ostracismo y marginalidad política, viraron drásticamente. Gracias a una prioritaria e inmediata «depuración» de las filas y cuadros directores del partido, la menor del clan Le Pen sacó al FN de la derecha radical nacionalpopulista liberal (mezcla de conservadurismo tradicional y nacionalismo xenófobo y racista con posturas económicas liberales) en la que lo había anclado su padre y dio un giro a la izquierda que, en realidad, supuso un giro *hacia el centro*, revolucionando por completo la filosofía frentista hasta convertirla en una combinación del antiguo nacionalismo francés, heredado de su progenitor, con un nuevo «socialismo» impuesto por ella con, dicho sea de paso, palmario éxito⁴²⁵.

Estas modificaciones cruciales en el desarrollo del FN lograron no solo demonizar la imagen del partido, depurado ya del racismo y el antisemitismo –aunque no de la xenofobia- de Le Pen padre, así como de sus devaneos y desmanes⁴²⁶, sino también

⁴²² Tendencia que se mantendrá a lo largo del tiempo. *El Confidencial*, «Socialistas y conservadores piden en masa el voto para Macron para frenar a Le Pen», 23 de abril de 2017. Disponible en línea: https://www.elconfidencial.com/mundo/2017-04-23/elecciones-francia-pierde-hamon-fillon-pide-voto-macron_1371391/ [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]. Cabe señalar que esta demonización no ha resultado tan efectiva como se esperaba por cuanto ha secundado la imagen que el propio FN dio de sí durante mucho tiempo (y aún hoy) como partido antisistema y anti-oligárquico cuya crítica al *establishment* es la que, presuntamente por atinada, le habría valido el repudio del resto de formaciones.

⁴²³ «La maniobra de Mitterrand iba destinada a maximizar el poder de la izquierda francesa, tradicionalmente anémica, dividiendo a la derecha. Como pasados los años se demostró, este tipo de maniobras de ingeniería política pueden convertirse en *boomerangs* muy difíciles de parar. Incluso cuando se anula la reforma electoral». (Rivero, Ángel, «De la extrema derecha al populismo social: el viaje del *Front National* de la mano de Marine Le Pen», recogido en Rivero, Zorzalejos y del Palacio, *Geografía del populismo*, p. 220.) Nótese que esa misma estrategia, pero a la inversa políticamente, es la que durante algunos años pareció seguir la Vicepresidenta del Gobierno del Partido Popular, Soraya Sáenz de Santamaría, para fomentar el ascenso (mediático) de Podemos con el objetivo de dividir a la izquierda española y perpetuar el predominio electoral de la derecha, que hasta la aparición *por el centro* de Ciudadanos en 2014 se concentraba, hegemonícamente y en práctica exclusividad, en el PP. Asimismo, podría alegarse otro tanto de lo mismo en el caso de Vox, cuya aparición no ha dejado de ser azuzada (también mediáticamente, aunque de forma menos grosera en la medida en la que la formación verde ha vetado a varios medios y por tanto carece deliberadamente de buena parte de la atención que podría recabar al tiempo que, precisamente por esto, la incrementa) por parte de la izquierda y, en especial, del Partido Socialista, que no ha dudado en apelar a la aparición de la «ultraderecha» como interesado reclamo electoral a su favor.

⁴²⁴ «Culminado» en 2015 con su expulsión del partido a causa de sus constantes e incorregibles (y electoralmente perjudiciales) salidas de tono.

⁴²⁵ Hasta el punto de que, en las elecciones presidenciales de 2017, en las que el FN alcanzó de nuevo la segunda vuelta, el 43% de los sufragios que recibió en la primera y hasta el 56% de los que obtuvo en la segunda procedían de zonas obreras y deprimidas (vale decir, con altos índices de paro), lo que ha llevado a algunos politólogos a tildar a partidos como el FN de «partidos neoproletarios» que en tanto tales se alimentan, fundamentalmente, de voto obrero, robándose tanto a la izquierda como a la extrema izquierda. Sobre la capitalización del voto obrero francés por el FN, Bayón, Eduardo, «El voto obrero en Francia es de Marine Le Pen», *Debate 21*, 31 de marzo de 2017. Disponible en línea: <http://debate21.es/2017/03/31/voto-obrero-francia-de-marine-le-pen/> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020] Sobre el FN como ejemplo de «partido neoproletario», Casals, Xavier, «¿Por qué los obreros apoyan a la ultraderecha? Diez reflexiones para elaborar una respuesta», paper disponible en línea: <https://www.icps.cat/archivos/Workingpapers/wp341.pdf?noga=1> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁴²⁶ De entre los cuales destacan dos: la consideración de las cámaras de gas nazis como «un detalle de la historia» (idea en la que se reafirmó con posterioridad) y la agresión a Annette Peulvast-Bergeal, la rival socialista de su hija, Marie Caroline,

introducirlo, en el imaginario político del ciudadano francés, como un partido respetable y al que poder respaldar no ya en tanto partido-protesta y antisistema al que solo votar de forma excepcional, como forma de manifestar cierto puntual descontento, sino como una opción de pleno derecho que si bien se reivindica como distinto a las demás, al mismo tiempo se presenta como igual, homologable a cualquier otra formación de cuantas respetan el marco de reglas democrático e incluso defienden los valores republicanos fundamentales, cosa impensable en el FN de Jean-Marie, opuesto por principio a ellos en tanto vinculados al gaullismo de aquella Francia oficial tan denostada por él y los suyos. Asimismo, el giro a la izquierda –que, insistimos, en la práctica se tradujo en un giro hacia el centro- que Marine imprimió al FN en plena crisis económica y social (en pleno «austericidio» dictado por la «Europa alemana» presuntamente dirigida desde Berlín por Angela Merkel), sumado a la crisis de los refugiados iniciada en el año 2015, hicieron las veces de inmejorable trampolín electoral para el partido. Después de varios años de ascenso continuado y de notables éxitos como el de las elecciones europeas de 2014, en las que con un 26% de los votos emitidos y un tercio de los escaños correspondientes al país galo se convirtió en el «*premier parti de France*», como su propaganda no se cansaba de recordar, el FN logró, por segunda vez en su historia, pasar a la segunda vuelta de las presidenciales de 2017, siendo derrotada Le Pen por la candidatura de Emmanuel Macron y su movimiento (antes que partido) *En marche!*, pero superando el 30% de los sufragios, lo que suponía, sí, una derrota (especialmente por contraste con las expectativas existentes en el seno de la formación), pero mucho menos amarga que la que años antes sufriera su padre.

Tras este «fracaso», la menor del clan Le Pen optó por llevar a cabo una suerte de «refundación» del FN que en lo esencial pasó por el ya mentado cambio de nombre, rebautizándose el Frente como Agrupación en un intento elocuente de aunar aún más voluntades y elevar todavía más el techo electoral del partido en futuros comicios renunciando a la connotación belicista del anterior vocativo. En los más recientes, los de las elecciones europeas de mayo de 2019, la jugada pareció haberle salido bien en términos de sufragios, incrementando los 4.712.461 de las elecciones de 2014 hasta los 5.281.576 de estas, pero no tanto en términos de escaños, habiendo perdido dos respecto a la anterior convocatoria, en la que obtuvo 24 frente a los 22 actuales con, eso sí, un cambio de tipo de circunscripción electoral –de regional a única- entremedias. Por otro lado, el debate abierto una vez acaecida la derrota en las presidenciales de 2017 en el seno de la formación a la postre «agrupacionista» entre la postura oficialista de Marine, que apostaba por mantener la equidistancia estratégica respecto a izquierda y derecha (con la intención de abrir aún más al partido en la idea de que todavía tenía opciones de romper su techo electoral recabando el voto de colectivos tan dispares como el de las mujeres, el de los jóvenes, el de las minorías sexuales o el de las clases medias en general), y la oposición interna, reacia a seguir por ese camino y más proclive a acentuar el carácter derechista en detrimento del izquierdista con la intención de acercar al partido a otros como el de Los Republicanos de cara a posibles futuribles pactos y alianzas que le permitan cumplir dos objetivos, relegar aún más toda reminiscencia «jeanmarieista» (a base, paradójicamente, de devolver a la AN a su nicho derechista originario) y, de paso, incrementar sus opciones de llegar al Elíseo en las presidenciales de 2022⁴²⁷, parece haberse zanjado a favor del planteamiento marinista.

en aquella circunscripción y en aquellas elecciones legislativas de 1997. Este último incidente contribuyó a que finalmente Marie Caroline, a la sazón futurible presidenta del partido, lo abandonase, siendo sustituida en la «línea sucesoria» por su hermana pequeña Marine.

⁴²⁷ Debate que en nuestra terminología diríamos que se dirime entre continuar ejercitando una síntesis total-global (por tanto centrista) característica de Marine, que aúna elementos de izquierda y derecha y que tan buenos resultados le ha dado por el momento al partido, o abogar por una total-local (en este caso derechista) que «volviese a los orígenes» del movimiento y prescindiese de toda componenda izquierdista para limitarse a aglutinar en sí a toda la derecha.

2) Análisis filosófico-político del «centro radical populista» (CRP) y del Frente Nacional (FN)

2.1 El «centro radical populista» (CRP)

Lo primero que debemos dejar claro es que el CRP constituye una categoría política independiente y autónoma. Es en este sentido, y como condición de posibilidad de dichas independencia y autonomía, en el que cabe distinguir entre derecha radical populista y centro radical populista. Así, podríamos decir que mientras que la primera se mantiene en el ámbito, los márgenes y los parámetros de la derecha tradicional, solo que endureciendo su discurso (fundamentalmente en torno a la defensa de la soberanía nacional y, por extensión, al rechazo al proceso de integración europeo y la inmigración, así como en lo tocante a la minimización del peso y la injerencia estatales en la economía) y renovando la manera de presentarlo (adaptándolo a los estándares populistas contemporáneos, fundamentalmente vinculados al uso intensivo de las nuevas tecnologías y las redes sociales como instrumentos de propaganda), el segundo constituye, por el contrario, un fenómeno distinto que, si bien puede enraizar con el de la derecha radical, solo lo hace por cuanto comparte la clave nacionalista de su propuesta populista. Más allá de ese elemento nacionalista y, en consecuencia, contrario a la inmigración o, en el plano cultural, al multiculturalismo (más concretamente, al islam), esto es, del elemento propiamente nacionalpopulista, en el que tanto los partidos de DRP como los de CRP coinciden hasta el punto de forjar alianzas mutuas⁴²⁸, unos y otros difieren con claridad entre sí. Basta comparar, por citar solo algunos ejemplos, la política liberal-conservadora y minarquista de Alternativa para Alemania con el programa intervencionista, proteccionista y nacionalista-«socializante»⁴²⁹ del Frente Nacional, o, en otro plano, confrontar la encendida defensa que el Partido por la Libertad neerlandés hace de «valores occidentales» como el aborto o el matrimonio homosexual con la opinión que sostienen Ley y Justicia en Polonia o el húngaro *Fidesz* (ambos autodenominados defensores de otro «valor occidental» como el cristianismo) a estos respectos. Todos ellos coinciden en la mitad de lo que otrora denominásemos «la ecuación fascista», el factor nacional(ista), que es, *de facto*, como ya hemos señalado, el que explica sus mutuas relaciones y complicidades⁴³⁰, sobre todo en tanto en cuanto, desde este prisma, forman un frente unido contra un enemigo común, la Unión Europea, y en particular el proceso de integración comunitaria que esta representa⁴³¹. Pero la otra mitad, la social(ista), que concierne básicamente a los aspectos económicos, es motivo necesario de distinción ideológica que si bien hasta ahora no ha fructificado, se antoja, a nuestro juicio, crucial para entender por qué DRP y CRP, por un lado, y sus respectivos nacionalpopulismos, por otro, no son lo mismo⁴³².

⁴²⁸ Como demuestran su presencia y colaboración en el grupo «Europa de las Naciones y las Libertades» del Parlamento Europeo (actual «Partido Identidad y Democracia»). También los periódicos encuentros de sus respectivos líderes, por ejemplo en Coblenza en enero de 2016 o en Praga en diciembre de 2017.

⁴²⁹ Aunque se trate de una cuestión de matiz, diríamos que las políticas «socialistas» propiamente dichas quedarían reservadas para los partidos «socialistas» propiamente dichos, que no han de confundirse con los socialdemócratas (aunque algunos de ellos –caso del PSOE en España o de su homólogo portugués– mantengan el socialismo en sus siglas) y que a día de hoy estarían encarnados en los tradicionales partidos comunistas –caso de Izquierda Unida en España–. Esta distinción entre una actitud socialista y una socializante pretende explicar la diferencia de grado existente entre el centro radical y el extremo centro.

⁴³⁰ También sus ocasionales desencuentros. En octubre de 2010 el Partido Nacionaldemócrata de Alemania (NPD por sus siglas en alemán), de filiación nazi-fascista, organizó una concentración frente al consulado griego en Düsseldorf bajo el lema «El dinero alemán es para intereses alemanes. ¡No a la ayuda financiera a Grecia!», lema que propició la ruptura oficial de las relaciones –hasta entonces habituales– entre el NPD y su semi-homólogo griego Amanecer Dorado.

⁴³¹ Una UE a la que, paradójicamente, no todos quieren dejar de pertenecer, apostando más bien por reformarla en clave nacional-soberanista (lo que supondría, entre otras cosas, el desmantelamiento de buena parte de la burocracia comunitaria –personificada en Bruselas– y el retorno de las monedas nacionales en detrimento de la única).

⁴³² Tampoco son lo mismo, evidentemente, nacionalpopulismo liberal de DRP y fascismo o, si se quiere, nacionalpopulismo liberal de DRP y extremo centro. La diferencia es evidente en el plano teórico, pero también en el práctico. No hay más que comparar, por citar solo un par de ejemplos, a Alternativa para Alemania con el ya citado NPD o a *Fidesz* con *Jobbik Magyarorszáért Mozgalom* (Jobbik) o «Jobbik-Movimiento por una Hungría Mejor».

Tampoco lo son la «izquierda radical populista» o IRP y el CRP. Ciertamente, como en el caso anterior, ambas posiciones tienen, en el plano ideológico, puntos en común, pero justamente por la otra cara de la moneda de la ecuación fascista: su respectiva política social(ista) o, para el caso que nos ocupa, socializante. Basta comparar, de nuevo por citar solo algunos ejemplos, los programas económicos del Frente Nacional y de La Francia Insumisa o, saliendo del marco francés, del Frente Nacional y de Podemos para percatarse de ello⁴³³. Pero, una vez más, eso supone solo la mitad de la ecuación: la mitad, en este caso, socializante. La otra mitad, la nacional(ista), es razón suficiente para disociar unos partidos de otros, ya que, como ya hemos comentado en el Entreacto I, el único elemento «nacionalista» que podría encontrarse en la IRP no constituye sino un recurso puramente pragmático, necesario en pro de la supervivencia de este sustitutivo del socialismo real, y no una creencia, por así decirlo, de buena y auténtica fe, como en el caso del CRP (y el DRP). En cualquier caso, la conclusión que obtenemos es análoga a la anterior: IRP y CRP no son lo mismo porque el socialpopulismo que caracteriza a una y el nacionalpopulismo social propio del tampoco lo son.

De las argumentaciones anteriores se colige que si la ideología del CRP no es la de la IRP, esto es, de izquierda, pero tampoco la de la DRP, vale decir, de derecha, dicha ideología necesariamente ha de constituir una corriente de una tercera, nueva y distinta posición que, en tanto tal, reúne –*sintetiza*– en sí misma elementos de todas aquellas posiciones de las que se nutre y a través de la articulación de los cuales se confecciona y configura ella misma. Si a estas constataciones les sumamos, por un lado, la de que mientras las coincidencias entre socialpopulismo de IRP y nacionalpopulismo liberal de DRP son puramente coyunturales y puntuales (Alternativa para Alemania y Podemos), las coincidencias entre socialpopulismo de IRP y nacionalpopulismo social de CRP por una parte (Frente Nacional y Francia Insumisa) y nacionalpopulismo social de CRP y nacionalpopulismo liberal de DRP por la otra (Frente Nacional y Alternativa para Alemania) son intencionadas; y, por otro, la de que tanto los populismos de izquierdas como los populismos de derechas no son sino remedos de credos pretéritos fallidos –comunismo en un caso, conservadurismo radical (que no extremo⁴³⁴) en otro–, así como los «populismos de centro» lo son del suyo propio –el

⁴³³Respecto a las similitudes entre el Frente Nacional y La Francia Insumisa, véase Amón, Rubén, «Le Pen y Mélenchon: extremadamente iguales», *El País*, 21 de abril de 2017. Disponible en línea: https://elpais.com/internacional/2017/04/20/actualidad/1492680931_179061.html [fecha de acceso: 20 de febrero de 2020] Respecto a las semejanzas entre el Frente Nacional y Podemos, véase Muñoz Lagarejos, David, «Podemos y el Frente Nacional, no tan diferentes», *PoliticAhora*, 18 de julio de 2016. Disponible en línea: <https://politicahora.es/2016/07/18/podemos-frente-nacional-no-tan-diferentes/> y Soriano, Domingo, «La economía de Iglesias y Le Pen: más gasto, más intervencionismo y más impuestos», *Libremercado*, 26 de mayo de 2014. Disponible en línea: <https://www.libremercado.com/2014-05-26/la-economia-de-iglesias-y-le-pen-mas-gasto-mas-intervencionismo-y-mas-impuestos-1276519665/> [fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁴³⁴ Aquí es necesario hacer una precisión. Si bien consideramos a la IRP y al CRP como remedos posicionales o, si se quiere, reinventiones en clave democrática (iliberada) de sendos extremismos (comunista y fascista, respectivamente), no podemos decir lo mismo de la DRP, esto es, no podemos considerar a la DRP como un remedo o reinención del que, *a priori*, sería su extremismo correspondiente: el tradicionalismo. No es difícil ver por qué. Puesto que el tradicionalismo se caracteriza, como hemos visto en el capítulo segundo, por sus principios de oposición absoluta al cambio y deseo de retorno al orden que considera originario y legítimo, sería absurdo plantear que, desde esos parámetros, tal corriente pudiese o incluso quisiese reinventarse o reformularse en clave democrática como sí lo han hecho sus equivalentes de izquierda y centro. El tradicionalismo rechaza la democracia liberal (y a secas), pero también la impugna; salvo puntuales excepciones, no jugaría a ella ni en términos puramente instrumentales (para derribarla desde dentro), cosa que sí pueden hacer comunistas (para implantar una «democracia popular», schmittiana y distinta de la burguesa) y fascistas (para implantar una «democracia orgánica» no menos schmittiana ni diferente de la burguesa). Es por esto por lo que decimos que la DRP también puede ser tomada como un remedo, pero no de la extrema derecha que sobre el papel le concerniría, sino de un conservadurismo radical que, en tanto tal, no es extremo ni, en este sentido, se atiene con tanta lealtad a sus ideales antidemocráticos, admitiendo entonces la posibilidad de democratizarse aunque sea, en este caso sí, en los mentados términos puramente instrumentales (lo cual no obsta, por cierto, para que tanto este conservadurismo radical como la DRP hagan suyos determinados elementos, características o rasgos propios de la extrema derecha tradicionalista, como por ejemplo la relevancia de la propia tradición o de las esencias que presuntamente encarna y guarece). Así, la DRP sería el exponente moderno de la reformulación conservadora observada por Michels en *Los partidos políticos* y de la que más arriba dimos cuenta (véase, en este mismo capítulo, la nota 406). Se podría decir, en definitiva, que, no obstante constituir una posición política más, entre la extrema derecha y el resto de posiciones hay una suerte de abismo político difícilmente salvable.

fascismo-, desde nuestras referencias y parámetros espectrales no cabe duda: el CRP es, efectivamente, centro, radical y populista (y su ideología, concorde con estos rasgos, es el nacionalpopulismo social). Es centro porque no hay mayor tercera vía o posición sintética que la del centro; es radical porque es perfectamente posible hablar de un centro radical análogo a la izquierda radical y a la derecha radical, que son las que de hecho posibilitan, siquiera parcialmente, su existencia como tal centro; y es populista porque todas estas corrientes pueden ser tildadas, por añadidura, de populistas tanto para dar cuenta de su irreductibilidad a la izquierda y la derecha de las que son remedos⁴³⁵ como para reflejar sus modos y estrategias, al tiempo que también su actualidad.

De manera que, en tanto categoría política dependiente de otras (especialmente de la IRP y de la DRP), el CRP, siquiera en un plano teórico, existe desde el mismo momento en que lo hacen esas otras, aunque a lo largo del tiempo parte de sus ideas características hayan podido ser asumidas (de manera análoga a como puedan estarlo, en ausencia de un partido centrista/socioliberal, las del centro por parte de la izquierda y/o la derecha moderadas⁴³⁶) o bien por partidos (neo)fascistas, o bien por partidos de derecha radical. A este respecto, uno de los más relevantes «méritos» de Marine Le Pen fue lograr ocupar, mediante el proceso de des-demonización del FN, esta posición política que aquí entendemos por centro radical populista y convertirse, con permiso de una parte importante de los «pioneros» nacionalpopulismos escandinavos y su *chovinismo del bienestar* (que tan bien aprehende la esencia del nacionalpopulismo social), en un referente de la misma. Pero ¿qué ideas son las del CRP? ¿Y en qué sentido puede decirse que, efectivamente, el FN las representa?

A las distinciones entre CRP e IRP, por un lado, y CRP y DRP, por otro, subyacía el hecho de que la diferencia entre unas –IRP y DRP- y otro –CRP- radicaba en lo mismo que radicaba la diferencia entre izquierda y derecha, por una parte, y centro, por otra, y entre extrema izquierda, izquierda, derecha y extrema derecha, por una parte, y extremo centro, por otra, a saber: en la naturaleza de la síntesis que caracterizaba a cada cual. Así, del mismo modo que otrora diferenciásemos al centro y al extremo centro frente al resto de posiciones en virtud de su condición de síntesis total-globales de menor y mayor amplitud-concurrencia, respectivamente, podemos hacer otro tanto de lo mismo respecto al CRP frente a la IRP y a la DRP, así como respecto al CRP frente al centro y al extremo centro. En tanto en cuanto el CRP contiene elementos tanto de izquierda y derecha como de extrema izquierda y extrema derecha, o lo que es lo mismo, tanto de IRP como de DRP, no puede hallarse ni en uno ni en otro lugar, sino en un tercero cuya posición espectral le permita asimilar tales y tan variopintos elementos: el centro. En tanto en cuanto contiene elementos tanto de centro como de extremo centro, o lo que es lo mismo, tanto (socio)liberales como fascistas, no puede hallarse ni en uno ni en otro lugar, sino en un tercero cuya posición espectral le permita asimilar tales y tan variopintos elementos: el centro *radical*, entendido como centro entre centros, esto es, como centro entre centro moderado y extremo centro.

Podemos decir, por tanto, que la peculiaridad del CRP, lo que lo separa e identifica frente al resto de posicionamientos políticos, es que no solo sintetiza elementos en un plano horizontal, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha (como hacen el centro y el extremo centro en menor o mayor medida, respectivamente), sino también en un plano *vertical*, desde el centro hasta el extremo centro. En consecuencia, de lo que se trata ahora es de demostrar que, efectivamente, esto es así no solo en la teoría, sino también en la práctica. Es decir, se trata de comprobar si tiene sentido hablar del CRP no solo en calidad de posición política autónoma, con características propias y diferenciales, en una teorización abstracta, sino también si tiene sentido hablar de él como tal posición política autónoma, etc. en una

⁴³⁵ Remedos que, en su condición de tales, conservan la naturaleza de sus versiones originales: si el comunismo es de izquierda, el socialpopulismo de IRP, remedo suyo, lo será también; si el conservadurismo radical es de derecha, el nacionalpopulismo liberal de DRP lo mismo; y si el fascismo es –como hemos visto- de centro, el nacionalpopulismo social de CRP no lo será menos.

⁴³⁶ Recordemos, acerca de este particular, lo comentado en el Entreacto I en relación al modelo de «gran coalición».

concreción práctica. Para eso utilizaremos al Frente Nacional. Si logramos adjudicar el CRP como «hábitat político natural» del FN de Marine Le Pen, habremos logrado, asimismo, comprobar la validez de la hipótesis fundamental de este capítulo: que existe un continuo en el eje centro-extremo centro (o, si se prefiere, socioliberalismo-fascismo) y que el paso de una punta a la otra constituye una relación transitiva que, en tanto tal, cuenta con un tercer elemento intermedio que hace factible ese mismo tránsito, el cual no sería otro que el propio CRP (o, si se prefiere, el nacionalpopulismo social). Pero para conseguir eso antes debemos comprobar que, en efecto, el FN cumple con esos requisitos atribuidos al CRP, o sea, debemos comprobar que el FN ocupa un lugar desde el que conjuga elementos tanto de la extrema izquierda hasta la extrema derecha del espectro (conjugación horizontal), como del centro y el extremo centro (conjugación vertical). De ser así, quedará probado que el FN, y por extensión el CRP con el que se identificará, representan, además de una posición política caracterizada por un tipo peculiar de síntesis –la que en nuestra tipología denominamos «síntesis total-global de amplitud-concurrencia irrestricta *débib*–, una síntesis extra en sí mismos, ya que a la combinación de elementos provenientes de todo el espectro le sumarán la combinación de elementos provenientes de dos centros, y no solo de uno⁴³⁷.

2.2 El Frente Nacional (FN)

Ya hemos hecho superficial hincapié en el drástico cambio de dirección tomado por el Frente Nacional tras la llegada a la presidencia de Marine Le Pen. Ahora toca examinar en profundidad ese cambio.

En el momento de su fundación en 1972, el FN, como también señalamos, era un auténtico revoltijo de individuos y corrientes de lo más dispares, únicamente unidos por su ubicación espectral en la derecha o en la extrema derecha y por su común aversión a la Francia oficial de aquel entonces y al, en su opinión, equivocado rumbo que esta estaba tomando. Cuando, tras la muerte de Duprat en el 78, Jean-Marie Le Pen se quedó solo al frente del partido, esta heterogénea composición no varió un ápice. Tampoco la animadversión hacia el sistema. A efectos prácticos, el FN de este Le Pen simplemente recuperó el discurso poujadista, lo que se tradujo en que el partido se posicionaba por definición en contra de todo aquello que caracterizaba a la República, desde sus valores democráticos y liberales hasta el Estado del Bienestar levantado tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Este último aspecto resulta particularmente relevante, ya que implicó que un partido que *se suponía fascista*, lejos de seguir directrices canónicas del fascismo como pudieran ser el predominio de la política sobre la economía, el refuerzo del poder y alcance de la acción e intervención del Estado o la implantación de un sistema de corte corporativista o similar, reivindicase todo lo contrario por considerar que buena parte de esas características ya estaban incorporadas, siquiera en cierto modo, a dicho sistema, República y Estado del Bienestar mediante, lo que condujo al FN –que, insistimos, se suponía fascista– por el sendero del neoliberalismo:

El FN de Jean-Marie Le Pen, que tenía en su bagaje esta experiencia política [poujadista], la moviliza en el contexto de la crisis del Estado del bienestar y de la afirmación primera de un discurso que hoy se califica de neoliberal, para decantarse por un discurso político en el que la defensa de la Francia tradicional y sus valores se conjugan con el liberalismo económico frente a un Estado ineficaz, pero omnipotente.

⁴³⁷ Caso del fascismo. No obstante, conviene tener en cuenta que esto no aporta al CRP un mayor grado de sinteticidad que al extremo centro fascista, porque la adición sintética diferencial del CRP viene dada por los elementos fascistas que toma, los cuales, en tanto ya presentes en el propio fascismo, no dan lugar, por así decirlo, a una suma sintética mayor en un caso que en el otro. Dicho de otra manera, la doble síntesis horizontal-vertical del CRP simplemente prueba que está en medio del centro y el extremo centro, no que su sincretismo sea mayor que el de este último, porque, de hecho, como veremos, ni lo es ni lo puede ser, so pena de desnaturalizarse y convertirse, *por exceso*, en fascismo.

(...) Este entusiasmo por el liberalismo económico vinculado al conservadurismo moral hicieron que Le Pen fuera invitado a la convención del Partido Republicano de Reagan *como representante de la Nueva Derecha* en Francia. Es entonces cuando el FN empieza a convertirse en una fuerza con cierta respetabilidad o al menos con la que ha de contarse gracias a su cada vez mejor desempeño electoral y visibilidad internacional.⁴³⁸

Lo sorprendente, por tanto, no será el futuro viraje de Marine Le Pen hacia la izquierda y el «socialismo», sino el su padre hacia el (neo)liberalismo. A menos, claro está, que consideremos a este FN como lo que realmente era: no un partido fascista y por ende de extremo centro, sino un partido, a lo sumo, fascistoide, nacionalpopulista liberal y por tanto de derecha radical, posición desde la que podía combinar una defensa más o menos fuerte del (neo)liberalismo en lo económico con posturas claramente conservadoras –sí es que no reaccionarias- en lo nacional, lo social y lo moral, y de ahí lo de nacionalpopulismo y, claro, lo de *liberal*⁴³⁹. Su misma composición no permitía otra cosa⁴⁴⁰.

Esta peculiar combinación de racismo, xenofobia, conservadurismo y (neo)liberalismo –tan semejante, cuanto menos en relación a la xenofobia y el (neo)liberalismo, a las propuestas de partidos de la actual DRP como Alternativa para Alemania- constituyó el pilar maestro del FN de Jean-Marie Le Pen, que solo varió consciente y premeditadamente su estrategia en sus últimos años al frente del partido, cuando la consigna antirrepublicana fue sustituida por una más bien contraria a la política tradicional y moderada, como demostraban algunos de los carteles de propaganda electoral utilizados para las elecciones presidenciales de 2007, uno de los cuales presentaba el lema «*Nationalité. Assimilation. Ascenseur social. Laïcité. Droite/Gauche: Ils ont tout cassé!*» («*Nacionalidad. Asimilación. Ascensor social. Laicidad. Derecha/Izquierda: ¡Se lo han cargado todo!*») en un claro mensaje de oposición a la izquierda y la derecha que presuntamente habrían pervertido o incluso destruido los valores tradicionales del republicanismo francés⁴⁴¹. El mismo republicanismo antaño repudiado y ahora incorporado al programa frentista. Y no solo eso.

Si Le Pen padre fue capaz de transigir con lo que durante tantos años había sido uno de sus mayores objetos de crítica y recusación, Le Pen hija no solo fue capaz de hacer lo mismo, sino de ir mucho más allá, hasta el punto de convertir los otrora principios opuestos a la filosofía del FN en sus más arraigados y cruciales fundamentos y aun armas políticas, legado gaullista incluido. Tras su acceso a la jefatura del partido, Marine recicló por completo

⁴³⁸ Rivero, Ángel, «De la extrema derecha al populismo social: el viaje del *Front National* de la mano de Marine Le Pen», recogido en Rivero, Zorzalejos y del Palacio, *Geografía del populismo*, p. 220. La cursiva es añadida.

⁴³⁹ «Desde la fundación de Front National, Jean Marie Le [Pen] intent[ó] aglutinar las distintas sensibilidades de la derecha nacional francesa en una sola plataforma política y evitó identificarse [con] el fascismo de entreguerras y los movimientos neofascistas de posguerra. Por eso, en su primer congreso (1973), estableció como principios básicos de su programa el anticomunismo, el nacionalismo militante, la lucha contra la inmigración, la instauración de un Estado fuerte, el populismo fiscal y la defensa de los valores tradicionales del catolicismo. Todos los elementos anteriormente señalados situaban al Front National *más cerca del nacionalismo integral maurrasiano y el poijadismo que del neofascismo*. (Ferrer Sánchez, Albert, «El avance del Front National en Francia», *Anuari del conflicte social* (2015), Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 252-292. La cursiva es añadida.)

⁴⁴⁰ Recordemos que, entre otros miembros del FN de esta época, se encontraban los maurrasianos (seguidores de Charles Maurras, fundador de *Action Française*), partidarios de un retorno al Antiguo Régimen, que consideraban prístino, puro y, para los intereses de la grandeza de Francia, infinitamente superior al sistema liberal y democrático, por tanto corrupto y degenerado, de la Francia del siglo XX. Difícilmente podría salir de un grupo así alguna propuesta en favor de la formación de un régimen fascista. No obstante, a pesar de la presencia de dichos maurrasianos, tampoco cabe hablar del FN en términos de extrema derecha, puesto que aunque contaba en su seno con miembros que sí encajan en nuestra descripción de esta, la política del partido no seguía derroteros involucionistas, sino meramente conservadores.

⁴⁴¹ El cartel, así como un comentario (en francés) sobre la novedad que supuso respecto a la línea política tradicional del FN, pueden verse en Passarello Luna, Hugo, «2007, le FN's affiche avec une jeune métisse», *Slate (FR)*, 16 de abril de 2012. Disponible en línea (en francés): <http://www.slate.fr/story/52465/photos-campagne-2007-le-pen-affiche> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]. Por otra parte, al hilo de estas consignas, cabe destacar otra utilizada, en este caso, por Marine Le Pen para la campaña presidencial que tuvo lugar diez años más tarde, en 2017, según la cual «*La droite a trahi la Nation. La gauche a abandonné les travailleurs*» («La derecha ha traicionado a la Nación. La izquierda ha abandonado a los trabajadores»). Un eslogan ciertamente indicativo de la naturaleza a un tiempo nacionalista y socialzante del FN «marinista».

el ideario frentista paterno y lo invirtió: ni la democracia, ni la República ni el Estado del Bienestar (ni el Estado a secas⁴⁴²) serán ya los enemigos de la Francia real, rural, campesina, eterna, noble e incorrupta, sino esa misma Francia, (re)unificada en un único bloque homogéneo y entregado a su propia pervivencia y perpetuación -«Francia para los franceses»- al más puro estilo fascista:

[Lo que caracteriza al FN de Marine La Pen es] la defensa del Estado del bienestar creado en los «30 gloriosos» pero reservándolo para «los franceses». [En este sentido,] el (...) FN ha demostrado a lo largo de su permanencia que no se trata de un mero grupo oportunista y sectario, sino que su síno es la perduración y que, para ello, ha asumido un pragmatismo impensable en los grupos de extrema derecha y una aceptación sistemática y consistente de la democracia. Francia ha cambiado y el FN se ha adaptado asombrosamente a esos cambios hasta el punto de que, haciendo abstracción de su pasado, ha emprendido una senda de acercamiento a la cultura republicana francesa, de la que se presenta ahora como único valedor legítimo. (...) En suma, (...) si Jean-Marie Le Pen fue el abanderado del reaganismo antiestatista en Francia, su hija se ha erigido como una defensora de un Estado francés fuerte, que gestione la industria del país bajo la óptica de la soberanía nacional; y que otorgue a los franceses la paternal protección del Estado mediante la provisión de bienestar y seguridad.⁴⁴³

Todos estos cambios superficiales de discurso y retórica obedecen a transformaciones estratégicas e ideológicas más profundas. Para empezar, la menor de los Le Pen ha puesto fin a la vocación de marginalidad a la que el partido estaba abocado como consecuencia de los constantes y contraproducentes excesos verbales (y no solo verbales) de su padre. El espíritu de incorrección política se mantiene, pero el FN de los últimos años ha logrado revestir esa incorrección de un discurso medianamente sólido y contundente, argumentalmente bien trabado y, en esencia, muy alejado del burdo gusto por el escándalo y la bravuconada propios de la etapa «jeanmarienista». De un tiempo a esta parte, el Frente Nacional intenta labrarse una imagen que lo sitúe «más allá de la izquierda y la derecha» (o sea, *en el centro*) en tanto representante de los intereses de *toda* esa Francia unida y homogénea, de *todo* el pueblo francés y no solo de una porción del mismo (sus votantes). Tal es así que el lema utilizado en la campaña presidencial de 2017 fue «*Au nom du peuple*» («En nombre del pueblo»). La misma Marine Le Pen intenta recurrentemente que se la tome por una suerte de personificación de la República e incluso de la mismísima Francia aprovechando la tradicional caracterización femenina de ambas entidades. En esta dirección destacan varios de sus carteles electorales –nacionales y europeos- en los que su rostro o su imagen de cuerpo casi entero ocupa el lugar central acompañada únicamente de lemas como «*Oui! la France*» («¡Sí! Francia»), con los colores de Francia de fondo, «*La France apaisée*» («Francia tranquila» o «Francia en calma»), con el verde campo francés tras ella, o «*Choisir la France*» («Elige Francia»), donde lo más destacado es su mensaje velado al islamismo en forma de pierna visible bajo una corta falda. Tan notable es esta estrategia de identificación que en ninguno de estos carteles, y tampoco en sus actos de campaña, han sido visibles las siglas del partido. En las últimas elecciones presidenciales, sin ir más lejos, sus miembros, así como sus votantes, optaron por pedir el voto *para Marine*, no para el Frente Nacional⁴⁴⁴.

⁴⁴² «Es el Estado fuerte quien ha sabido a través de los siglos unificar la Nación, contener los feudos y los comunitarismos, aniquilar la tribalización, desarrollar nuestro territorio y ofrecer progresivamente a todos una educación, una salud, una seguridad y unos servicios públicos de calidad». (Citado en Castro Córdoba, Ernesto, «Fundamentos filosóficos de Marine Le Pen» (2017), *Eurozine*, 12 de octubre de 2017. Disponible en línea: <http://www.eurozine.com/los-fundamentos-filosoficos-de-marine-le-pen/> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020])

⁴⁴³ Rivero, Ángel, «De la extrema derecha al populismo social: el viaje del *Front National* de la mano de Marine Le Pen», recogido en Rivero, Zarzalejos y del Palacio, *Geografía del populismo*, pp. 220-222.

⁴⁴⁴ «[D]espués de sustituir a su padre como líder en 2011, Marine Le Pen trató de lavar la imagen del partido. Expulsó a su padre por su renovado extremismo; se acercó a las mujeres y al colectivo LGTB, a los que incluyó entre sus estrechos

A esta faceta personalista, por lo demás heredada de su padre, Le Pen ha sabido sumarle otra más propiamente política, y particularmente populista. Ha reorganizado el terreno de juego en el que participaba su antecesor para redefinir la identidad de sus amigos y de sus enemigos. Como se deduce de lo que hemos visto, la antigua némesis encarnada en la Francia oficial ha pasado a la historia, al menos por cuanto afectase al nombre de Francia, que ahora simboliza todo lo positivo frente a lo extranjero, que supone todo lo negativo. En este sentido, los rivales en liza ya no son una Francia «buena» por oposición a otra «mal», sino Francia, a secas, y aquellos que pretenden destruirla o, cuanto menos, someterla al poder y la influencia de agentes externos, contrarrestando el peso y el prestigio internacionales del que otrora disfrutara el hexágono.

Abandonando expresamente el eje izquierda-derecha, respecto al cual, como vimos, el FN se auto-sitúa más allá⁴⁴⁵, el partido ha resucitado otro clásico eje, el de arriba-abajo, que no deja de constituir un volteo del eje izquierda-derecha en el que la izquierda quedaría abajo y la derecha arriba (aunque con ciertas salvedades⁴⁴⁶), pero que a efectos retóricos y propagandísticos resulta mucho más eficaz y simplifica notablemente, en términos psicológicos, la contienda electoral, reducida así a los dos bandos ya adelantados: el de los que defienden los intereses de Francia (los de abajo) y el de los que no (los de arriba). Lo que supuestamente distinguiría a estos últimos es que, por unas u otras razones, son capaces -sea porque son extranjeros, sea porque son *malos* nacionales- de entregar el país a quienes amenazan su existencia, sea en el plano de la soberanía política, económica, jurídica, laboral, etc. (la Unión Europea⁴⁴⁷), sea en el plano cultural (el islam⁴⁴⁸). Así, el FN se presenta como el campeón de todo lo genuinamente francés, desde la democracia hasta los valores republicanos, así como, por extensión, y para aportar mayor trascendencia si cabe a la dicotomía, de todo lo occidental, desde el cristianismo hasta la igualdad de género⁴⁴⁹, actitud esta última, no obstante, común a la práctica totalidad de los populismos europeos de corte nacionalista surgidos desde las últimas décadas del siglo XX:

colaboradores; prometió referéndums, que se podrían activar mediante la recogida de al menos medio millón de firmas, entre ellos uno sobre la adhesión de Francia a la Unión Europea, y suprimió el nombre del partido en la publicidad de las elecciones presidenciales de 2017 y utilizó solo «Marine. *Présidente*»; su partido está volviendo a prestar más atención al país y a la inmigración». (Eatwell y Goodwin, *Nacionalpopulismo*, p. 99. En cursiva en el original.) Obviamente, esta no es ni mucho menos una estrategia novedosa o inédita. Líderes totalitarios como Hitler se sirvieron de ella hasta el punto de establecer la máxima según la cual «Hitler es Alemania como Alemania es Hitler», en palabras de Rudolf Hess, lugarteniente del *Führer*, durante la clausura del Congreso del Partido en Núremberg de 1934 (filmado por Leni Riefenstahl en su película propagandística *El Triunfo de la Voluntad*, de 1935).

⁴⁴⁵ Al socaire, por cierto, de una tendencia a la disolución de las fronteras entre uno y otro lados del espectro que comenzó, en Francia, aproximadamente en torno a los primeros años de este siglo, y que se tradujo en que la mitad de los franceses a la sazón con derecho a voto no se identificasen ni con la izquierda ni con la derecha, a esta por considerarla adalid de la globalización salvaje y sin control y a aquella por tomarla como abogada «atemperada» de la misma.

⁴⁴⁶ Porque en la interpretación fascista de este eje, que es la que utiliza el FN, los de abajo se identifican con la izquierda en lo socioeconómico, pero no en lo nacional, ámbito correspondiente a la derecha y que, sin embargo, en este eje queda subsumido también en el abajo, invirtiéndose el sentido del cambio en lo relativo al internacionalismo, que de la izquierda (obrero, proletaria) pasaría a arriba (plutócrata, globalista). Por otro lado, es interesante señalar que este eje arriba-abajo pone de manifiesto una diferencia entre las síntesis parcial-global comunista y socialpopulista de IRP y la total-global fascista, ya que mientras los comunistas e izquierdistas radicales, autodenominados «dos de abajo», aspiran a eliminar a «dos de arriba», los fascistas, que también se consideran a sí mismos «dos de abajo», no pretenden eliminar, sino «sincronizar, armonizar, coordinar» a «dos de arriba» con los de abajo en tanto en cuanto consideran que todos los miembros de la nación, estén abajo o arriba, pueden ser útiles para el engrandecimiento y la pervivencia de esta. Por su parte, el eje arriba-debajo de la DRP, que también lo utiliza, se caracteriza, resumidamente, por su enfoque «culturalista», situando arriba a una élite que trataría de menoscabar la soberanía de las naciones de maneras diversas, pero con especial atención a la cultura, que aspirarían a dominar hegemonícamente para reconducirla *gramscianamente* en una dirección favorable a sus intereses.

⁴⁴⁷ Que habría de ser sustituida por una «Europa de las naciones libres» o, más concretamente, una «Unión Paneuropea» que, organizada como confederación, incluiría a Suiza y a Rusia, pero —por razones evidentes— no a Turquía.

⁴⁴⁸ Que debería ser fuertemente vigilado y controlado para evitar todo posible «menoscabo» por su parte de la laicidad republicana.

⁴⁴⁹ También, sobre el papel, el aborto o el matrimonio homosexual, si bien el partido no tiene una postura fija sobre estos asuntos en tanto comprende en su seno diversas sensibilidades al respecto.

Capítulo 6. El centro radical populista (CRP) como posición de enlace

A diferencia de las ideologías racistas que predominaban en los partidos de la extrema derecha de buena parte del siglo XX y que se basaban en postulados biológicos, la ideología islamófoba hace hincapié en las diferencias culturales entre las poblaciones autóctonas de los Estados occidentales y las comunidades de inmigrantes musulmanes: la idea central es que la inmigración masiva de gente con culturas supuestamente atrasadas amenaza la identidad cultural y los derechos y logros sociales de los países de acogida (como son la separación de religión y Estado, la igualdad de derechos entre los sexos, entre hetero y homosexuales, entre diferentes opciones religiosas, etcétera). Un porcentaje considerable de ciudadanos europeos supone que los seguidores del islam rechazan o se resisten a la modernidad, algo que les lleva a considerar a los musulmanes como los inmigrantes más difíciles de integrar o, directamente, como no integrables. Este énfasis en la cultura como factor diferencial entre el mundo occidental y el mundo musulmán explica por qué el discurso anti-islam convence a muchas personas que en absoluto se encuentran en la extrema derecha del espectro político. Los votantes del centro y de la izquierda también se identifican fácilmente con un discurso centrado en la defensa de unos valores nacionales como la igualdad de derechos para todos, la libertad de expresión y la separación de Estado y religión.⁴⁵⁰

Por añadidura, el proyecto nacionalpopulista social del FN marinista poco o nada tiene que envidiar al fascista, al menos en lo relativo a su visión holística de Francia, que facilita a su vez una visión interclasista en la que todos los *buenos* franceses, esto es, los *verdaderos* franceses, tienen cabida y lugar dentro de la nación blindada y «depurada» de todo elemento anti-francés, contrario a sus instituciones, costumbres o cultura, y protegida por un Estado interventor y paternalista que, frente a la «mundialización neoliberal», garantiza a sus nacionales, y solo a ellos, el disfrute del «bienestarismo» estatal. Es en este sentido en el que, en el caso del FN, cabe hablar, más que de un nacionalpopulismo a secas y sin más etiquetas, de uno *social* que lo distingue del *liberal*, característico de la DRP, al tiempo que lo asemeja al nacionalsocialismo fascista, solo que, evidentemente, tratándose, en lo tocante a la parte socialista, de un nacionalsocialismo rebajado respecto al fascista (como hemos intentado poner de manifiesto mediante el empleo del término «socializante»).

Los mismos programas electorales del FN correspondientes a la etapa de Marine (2012-) no sugieren otra cosa. Todos ellos –regionales, nacionales y europeos– responden en sus reivindicaciones y propuestas a una «combinación de un discurso *de izquierdas en la economía y de derechas en lo cultural* [que] ha sido crecientemente común en los populismos europeos en

⁴⁵⁰ Van den Broek, Hans-Peter, «Una xenofobia ‘ilustrada’», *Claves de Razón Práctica*, nº 237, Noviembre/Diciembre de 2014, p. 80. Es digno de reseña, a este respecto, entre los «antiguos», al Partido de la Libertad de Austria (FPÖ por sus siglas en alemán), y entre los «modernos», al homónimo neerlandés. Este último ha convertido *de facto* esa defensa de los valores occidentales en su prioritaria razón de ser. Como señala Guillermo Graiño Ferrer (en total consonancia con el planteamiento de Van den Broek), «[los populistas holandeses provienen de] un mundo formado por ilustrados o libertinos que simplemente entienden que la mayor amenaza que deben enfrentar en este momento las *sociedades abiertas* es la creciente presencia de una *cultura fuerte* –el Islam– en su seno. Así, cuando [Pim] Fortuyn, antiguo profesor marxista de sociología, abiertamente homosexual, declaraba una y otra vez que el Islam es «hostil a nuestra cultura», con toda seguridad no entendía por «nuestra cultura» un mundo tradicional. La amenaza que la sociedad multicultural suponía para los homosexuales o para la igualdad de las mujeres fue siempre un componente esencial en su provocador discurso político. El multiculturalismo, en este sentido, no era entendido como una inofensiva protección de minorías culturales, sino como una ayuda activa a la cultura islámica, cultura que en sí misma es enormemente afirmativa y posee una gran capacidad expansiva, para tener unas opacas redes horizontales en las que la libertad individual corre peligro». (Graiño Ferrer, Guillermo, «Populismo e Ilustración: el caso de Holanda», recogido en Rivero, Zarzalejos y del Palacio, *Geografía del populismo*, p. 284. En cursiva en el original.) Fortuyn fue el antecesor ideológico del actual Partido por la Libertad neerlandés, dirigido por Geert Wilders. Por otro lado, cabe señalar que la asunción de la defensa de los valores occidentales o de Occidente mismo no es nueva. Procede de la Segunda Guerra Mundial, concretamente del año 43/44, cuando el Tercer Reich comenzó a concienciarse de que su única posibilidad de sobrevivir pasaba por dejar a un lado su característico etnonacionalismo en favor de un europeísmo-occidentalismo que movilizase al resto del Continente a la resistencia frente a las «hordas asiáticas» comunistas de la URSS. En este sentido, se podría decir que si algún legado político o ideológico dejó incólume el nazismo, fue esta equivalencia entre lo europeo y lo occidental que hoy adopta en no pocas ocasiones la forma de una oposición entre Occidente y el multiculturalismo (en particular, el islamismo).

La (a)tracción del centro

un contexto ya alejado de la Guerra Fría (...) y de descrédito del *capitalismo financiero como atestigua la evolución política del FN francés* entre otros»⁴⁵¹. Si nos fijamos en los más importantes, los de las campañas presidenciales de 2012 y 2017, veremos que así es. Estos eran los doce compromisos que, a modo de resumen de su programa, proponía el FN en 2012:

- 1) Revalorización de los salarios más modestos y de las pensiones para mejorar el poder de compra e instaurar una verdadera justicia fiscal.
- 2) Detener la inmigración y establecer la prioridad nacional en relación al empleo, la vivienda y las ayudas sociales.
- 3) Garantizar la seguridad de los franceses.
- 4) Restaurar la moralidad pública y devolver la palabra al pueblo francés mediante referéndums sobre las cuestiones políticas importantes.
- 5) Restablecer unos verdaderos servicios públicos de calidad.
- 6) Ayudar a las familias mediante el establecimiento de una renta parental.
- 7) Reorientar la escuela hacia su papel como transmisora de saber y restablecer la autoridad y la meritocracia.
- 8) Reindustrializar Francia restableciendo los controles de aduanas.
- 9) Liberarse de los mercados financieros para escapar de la espiral de la deuda.
- 10) Renegociar los tratados europeos para restaurar la soberanía nacional.
- 11) Imponer la laicidad republicana frente a las reivindicaciones político-religiosas.
- 12) Recuperar la independencia diplomática y militar de Francia.⁴⁵²

Y estos son los ocho que sintetizan el programa de 2017:

1. Recuperación de la independencia territorial, monetaria, económica y legislativa.
2. Restauración de un Estado fuerte y restablecimiento del orden republicano en todas partes.
3. Reafirmación de los valores franceses y de las normas de la laicidad.
4. Valorización del trabajo, defensa del poder de compra y desarrollo del empleo francés.
5. Mejora de la justicia fiscal y de la eficacia en la gestión del dinero público.
6. Salvar la Seguridad Social y garantizar las pensiones.
7. Promoción de una escuela y una formación de gran calidad.
8. Recuperar una diplomacia influyente al servicio de la potencia del país.⁴⁵³

Como se ve, en ambos casos se mantiene, además de un evidente contraste con el espíritu del FN «jeanmarienista», una continuidad de fondo. Si hubiera que señalar alguna diferencia,

⁴⁵¹ Graño Ferrer, «Populismo e Ilustración: el caso de Holanda», recogido en Rivero, Zarzalejos y del Palacio, *Geografía del populismo*, p. 289. La cursiva es añadida. En cuanto a estos otros partidos que combinan izquierda y derecha de manera análoga o similar a como lo hace el FN en Francia, cabe destacar, en principio, a los ya mencionados partidos populistas escandinavos, como por ejemplo el Partido del Progreso noruego, los Demócratas de Suecia, los Verdaderos Finlandeses o el Partido Popular Danés, cuyas intenciones políticas pasan, fundamentalmente, por proteger y mejorar sus respectivos Estados del Bienestar (izquierda) pero solo para sus nacionales (derecha), abogando por tanto por la expulsión de los extranjeros o, cuanto menos, por impedir que sean beneficiarios de dicho sistema: «El Partido Popular danés se autodenomina «socialdemócratas auténticos», y apuntan no solo a su sensibilidad por las inquietudes de la clase trabajadora acerca de la inmigración, sino también a su deseo de proteger las prestaciones sociales para el grupo nativo al tiempo que las limitan para los inmigrantes y los refugiados recién llegados. El líder de los Demócratas de Suecia ha dicho simplemente a los votantes: «Las elecciones son una opción entre la inmigración en masa y el bienestar social. Tú eliges». Incluso los partidos que comparten en buena medida el mercado libre, como el Partido de la Libertad austríaco y el holandés, han defendido firmemente un bienestar social generoso para los conciudadanos y observan con una creciente sospecha las repercusiones más generales de la globalización». (Eatwell y Goodwin, *Nacionalpopulismo*, p. 104.) También podría incluirse en este grupo, aunque sea de forma un tanto *sui generis*, al ya mencionado Partido por la Libertad de los Países Bajos. Este «chovinismo del bienestar» constituye, en la práctica, como hemos indicado más arriba, uno de los rasgos más característicos del nacionalpopulismo social característico del CRP.

⁴⁵² Rivero, Ángel, «De la extrema derecha al populismo social: el viaje del *Front National* de la mano de Marine Le Pen», recogido en Rivero, Zarzalejos y del Palacio, *Geografía del populismo*, pp. 222-223.

⁴⁵³ Rivero, Ángel, «De la extrema derecha al populismo social: el viaje del *Front National* de la mano de Marine Le Pen», recogido en Rivero, Zarzalejos y del Palacio, *Geografía del populismo*, p. 231.

esta sería que el programa de 2017 lima algunas aristas del de 2012, pero nada más. La filosofía tras ambos discursos es la misma: la consecución de una Francia nacional(ista), social (anti-austeridad) y, en suma, soberana -Estado reforzado y recentralizado mediante⁴⁵⁴- en todos los ámbitos, desde el político al militar, pasando por el económico, el social, el diplomático y el cultural, cuya defensa se entiende como condición de posibilidad de la perpetuación y proyección mundial de la nación francesa:

[La] idea de la soberanía nacional es interpretada por el FN (...) en términos del ejercicio de la voluntad incondicionada por parte de un sujeto colectivo que constituye la nación francesa, de modo que toda limitación a esa voluntad se define como pérdida de libertad. Así, en el terreno de la libertad económica, el FN habla de su recuperación como programa de acción. Esto puede verse (...) en el manifiesto presidencial (...) de 2012 (...). Tal recuperación de la libertad económica perdida tiene una dimensión individual, que consiste en la realización de una «solidaridad reservada prioritariamente» a los franceses que se sustancia en el incremento del salario mínimo, la subida de las pensiones y la bajada de los combustibles. Pero tiene también una dimensión colectiva centrada en la recuperación de la libertad económica de Francia como sujeto colectivo. (...) [E]l programa (...) para las elecciones presidenciales de 2017 reitera de forma más sistemática y efectiva el discurso ya sistematizado en el programa de 2012. Así, anuncia que su compromiso presidencial será «poner en orden Francia en cinco años» y para ello sitúa a este país en una encrucijada de civilización que señala dos únicas alternativas: o la disolución de la nación en una sociedad fragmentada por el «multiculturalismo y el comunitarismo, una entidad sin unidad, expuesta a todos los vientos de la globalización salvaje y de la Unión Europea»; o una defensa de la nación francesa que implique «la reconquista de nuestra independencia, de nuestros territorios, de nuestros valores, de nuestras libertades, de nuestro orgullo nacional», lo que únicamente puede hacerse por medio de un Estado al servicio de la prosperidad y la protección de todos. Se trata, en suma, de volver «a poner en nuestras manos nuestra existencia como comunidad de destino transformada por un gran proyecto colectivo».⁴⁵⁵

Asimismo, conviene reparar en la naturaleza ideológica de todas estas medidas. Si observamos ambos programas con atención, veremos –al margen de las propuestas expuestas en la cita inmediatamente anterior- que de los doce compromisos de 2012, seis (1, 4, 5, 6, 9 y 11) serían, *grasso modo*, compromisos de izquierdas, y los otros seis (2, 3, 7, 8, 10 y 12), ídem, de derechas. Otro tanto de lo mismo sucede con los puntos de 2017: de ocho compromisos, cuatro (4, 5, 6 y 7) serían de izquierdas, y los otros cuatro (1, 2, 3 y 8), de derechas. Y aunque es evidente que varios de dichos compromisos pueden resultar ciertamente ambivalentes o, cuanto menos, algo ambiguos –casos, por ejemplo, del 4, el 10 y el 11 en el programa de 2012 o del 1 en el de 2017-, ello no obsta para que podamos hablar, como mínimo y de nuevo a grandes rasgos, de una general simetría entre izquierda y derecha que lejos de ser casual, obedece a la lógica de un partido cuya aspiración máxima es concitar en sí el apoyo de *todos* los franceses, y no solo de una parte o incluso una mayoría de ellos, como en los casos de los partidos tradicionales. En consecuencia, se trata de un programa

⁴⁵⁴ Recentralización pensada, además de como método de homogeneización, como medida de recorte y ahorro de organismos de gobierno intermedios considerados «chiringuitos políticos» que no solo no aportarían beneficios tangibles a los ciudadanos, sino que, lejos de eso, facilitarían y favorecerían la corrupción, amén de aumentar en vano el gasto de la administración (punto este en común entre nacionalpopulismos, vale decir, entre CRP y DRP). Por otra parte, Le Pen también ha hecho de esa lucha contra la corrupción y la evasión de impuestos o la tributación en paraísos fiscales uno de sus pilares ideológicos y propagandísticos clave al vincularlo directamente a la financiación de propuestas y medidas sociales como por ejemplo la ampliación de las ayudas a enfermos crónicos de la tercera edad, el aumento del salario mínimo o la construcción de infraestructuras en las zonas rurales (punto este en común entre socialpopulismo y nacionalpopulismo social, esto es, entre IRP y CRP).

⁴⁵⁵ Rivero, Ángel, «De la extrema derecha al populismo social: el viaje del *Front National* de la mano de Marine Le Pen», recogido en Rivero, Zarzalejos y del Palacio, *Geografía del populismo*, 225-226, 230.

con evidentes tendencias holistas que, como enseguida comprobaremos, aún simultánea y deliberadamente reivindicaciones moderadas y extremistas con el objetivo evidente de contentar y atraer a todos los sectores de la población, meta que, a estas alturas, sabemos de sobra lo centrista que es⁴⁵⁶.

Por último, a modo de conclusión de este apartado, cabe destacar, tanto a tenor de los programas citados como de los discursos públicos, las ya mencionadas y tampoco casuales similitudes entre las ideas frentistas y las «insumisas», las cuales vendrían no solo a probar lo erróneo de considerar al actual (y en realidad también al antiguo) FN de extremo-derechista, sino también a demostrar el enorme cambio que, bajo la dirección de Marine Le Pen, ha emprendido el partido, reubicado desde una derecha dura y sectaria a un centro radical y atrapatotodo:

Un caso llamativo y relevante en ese sentido es el de Jean-Luc Mélenchon, antiguo socialista, primero al frente del Parti de Gauche fundado en 2009 y que, unido a comunistas y otros grupos, constituyó un Front de Gauche (FG), un verdadero hermano gemelo del FN, y ahora como candidato del movimiento, ya no partido, «La Francia insumisa» a la presidencia de Francia en las elecciones de 2017. El antiliberalismo de los dos frentes, el nacional y el de izquierda, dio lugar a un discurso sorprendentemente intercambiable: «¡el pueblo destronará a la pequeña oligarquía de los ricos, a la casta dorada de los políticos que sirven a sus intereses y a los mediócratas que engañan a los espíritus!», brama Mélenchon en la misma lengua que Le Pen (...). En su sorprendente diatriba, el candidato de la Francia insumisa reivindica la universalidad benigna de una Francia universal, que ofrece al mundo el ejemplo de civilización en los cinco continentes gracias a sus territorios ultramarinos y al regalo generoso de la lengua francesa, el mejor vehículo de comunicación universal. En una frase que podría ser del FN nos condensa su programa: «El tiempo del pueblo, nuestra época, es la de la lucha del pueblo contra la oligarquía y contra la casta de sus beneficiados», «la multitud deviene pueblo a través del acto de la soberanía» (...). Si dejamos al margen las referencias positivas a Bolivia, Ecuador y Venezuela, encontramos *exactamente el mismo* discurso político que hemos visto en el FN.⁴⁵⁷

3) El centro radical populista (CRP) como posición de enlace entre la síntesis política moderada socioliberal y la síntesis política extremista nazi-fascista

Hasta aquí hemos hecho sendos recorridos por la historia del centro radical populista y del Frente Nacional francés. En los dos casos hemos dejado constancia del vínculo que existe entre ambos a raíz del drástico cambio e impronta ideológica, política y estratégica impuesta por Marine Le Pen a la formación heredada de su padre. Naturalmente, esto no impide que cualquier futuro cambio de rumbo ideológico, político, etc. del FN lo aleje de su actual ubicación en el CRP (ni tampoco que, por el contrario, otros partidos actualmente situados en la IRP o en la DRP lleguen a ocupar ese lugar⁴⁵⁸), pero sí demuestra que las singulares

⁴⁵⁶ Recordemos las diáfanos palabras de Jaime Rodríguez Arana a este respecto: «Los proyectos políticos de centro (...) son proyectos que deben contemplar el conjunto de la sociedad, y no sólo el conjunto como una abstracción, sino el conjunto con *todos y cada uno* de sus componentes, de modo que tendencialmente la política debe intentar dar una respuesta individualizada (...) a las aspiraciones, necesidades y responsabilidades de cada uno de los ciudadanos. (...) Las políticas de centro deben articularse mirando a *todos* los sectores sociales, sin exclusión de ninguno. Y desde el centro debe negarse absolutamente que la mejora de un grupo social haya de hacerse necesariamente a costa de otros grupos o sectores. (...) El espacio de centro es el espacio político por excelencia, porque allí se conjugan no los intereses de unos pocos, ni de muchos, ni siquiera los de la mayoría. El político que quiera situarse en el centro debe atender a los intereses de *todos*, y en *todas* sus dimensiones». (Rodríguez-Arana, *El espacio de Centro*, pp. 112-113, 143. La cursiva es añadida.)

⁴⁵⁷ Rivero, Ángel, «De la extrema derecha al populismo social: el viaje del *Front National* de la mano de Marine Le Pen», recogido en Rivero, Zarzalejos y del Palacio, *Geografía del populismo*, pp. 229-230. La cursiva es añadida.

⁴⁵⁸ Movimiento especialmente factible en el caso de los partidos de DRP, cuyo nacionalismo puede conminarlos a adoptar una perspectiva proteccionista en lo económico que, con el tiempo, derive en un intervencionismo estatista que los «socialice» por la misma vía por la que lo hizo el Frente Nacional marinista.

características sintéticas que sobre el papel le hemos atribuido al CRP son algo más que verosímiles, habiéndose materializado ya en partidos políticos como el FN.

Ahora bien, todavía es posible pormenorizar un tanto acerca de este particular. Si bien ya hemos analizado de cerca la ideología nacionalpopulista característica tanto del viejo frentismo como del nuevo, así como su proceso de «socialización», aún podemos ampliar el respaldo ya aportado a nuestras hipótesis mediante la ya clásica enumeración de elementos que hemos consignado en las partes equivalentes a esta correspondientes a los capítulos cuarto y quinto. Pero, a diferencia de lo realizado allí, aquí la enumeración ha de ser doble, y además deberá ser completada por una última reflexión. Dicho de otro modo: si al término de los capítulos cuarto y quinto llevamos a cabo una enumeración de elementos de izquierda y derecha o, en su defecto, de extrema izquierda e izquierda y de derecha y extrema derecha, respectivamente, con la intención de fundamentar «empíricamente» nuestro postulado acerca de la naturaleza sintética (total-global) del socioliberalismo en un caso y del fascismo en otro, ahora, al término del capítulo sexto, hemos de hacer otro tanto de lo mismo con el objetivo de probar definitivamente que también el CRP y el nacionalpopulismo social son sintéticos, pero no solo a la manera *horizontal* en la que lo es el centro socioliberal y el extremo centro fascista, sino también a la manera *vertical* en la que solo este centro, en su calidad de «centro entre centros», puede serlo. Así, a la típica recopilación de características de izquierda y derecha habremos de sumarle, en este peculiar caso, un inventario de características de centro socioliberal y extremo centro fascista en la idea de corroborar de forma concluyente la ubicación intermedia del CRP nacionalpopulista social respecto a ambos y, por ende, la existencia de un *continuum* centrista sito, en este lado del espectro⁴⁵⁹, en el segmento articulado entre el polo del centro y el polo del extremo centro. Por último, tras la realización de estas catalogaciones y a la luz de las mismas, deberemos añadir una breve reflexión sobre la naturaleza de la síntesis propia del CRP (y por extensión del nacionalpopulismo social en tanto materialización ideológica suya), que, como sabemos por nuestra tipología, se corresponde, en primer término, con las síntesis total-globales propias del centro, pero se asemeja, en segundo, más a la fascista que a la socioliberal, difiriendo de ella solo por razón de su «fuerza», siendo precisamente esto –lo que entendemos por «fuerza» y/o «debilidad» sintéticamente hablando– lo que tenemos que explicar para cerrar así la última de las cuestiones abiertas por la tipología en particular y por las dos partes de la tesis en general.

Sentado esto, y sobre la base que, como siempre, nos ofrecen nuestros criterios espectrales, tenemos que el CRP (y con él el nacionalpopulismo social), en la medida en la que se presenta como nacionalista, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, también se muestra «socialista» o, más certeramente, «socializante», es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que, en su condición de nacionalista, propugna el principio desigualitario de la «prioridad nacional» frente a los no nacionales (especialmente en lo concerniente a la asignación de puestos de trabajo, viviendas de protección oficial, ayudas sociales, la educación, la sanidad y los beneficios del Estado del Bienestar en general), es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, y sobre esa base, considera al pueblo (o mejor, al *demos*) como una unidad homogénea y a sus miembros, en consecuencia, como iguales, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que pretende proteger las costumbres, las tradiciones, la cultura y, en suma, la identidad nacional entendida como una suerte de esencia imperecedera (pero amenazada por una serie de enemigos) que en tanto tal no puede sino ser excluyente, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, y aunque sea en virtud de esta perspectiva nacionalista y exclusivista, persigue la preservación, mejora y profundización del Estado del Bienestar, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que pretende conservar a toda costa dicha suerte de esencia nacional por

⁴⁵⁹ Una vez más, para la posibilidad de un reverso espectral del eje centro-extremo centro (o, si se quiere, centro-CRP-extremo centro), remitimos al Entreacto II.

considerarla positiva de suyo en tanto razón de ser de la propia nación, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, promete suprimir –presumiblemente mediante ingeniería social- sin miramientos ni ambigüedades todo aquello que obstaculice esa conservación y desarrollo de la mentada esencia, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que respalda una gestión más eficaz de los recursos del Estado y por tanto un adelgazamiento *burocrático* del mismo, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, no por ello deja de pretender un modelo de Estado fuerte y centralizado, es de izquierda o de extrema izquierda⁴⁶⁰. En la medida en la que repudia toda mezcla con otros pueblos por entender que tal mezcla puede poner en riesgo la identidad nacional, es de derecha o extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, como hemos apuntado, se muestra dispuesto a colaborar activamente con otros esos mismos pueblos mediante determinadas organizaciones internacionales (de viejo o nuevo cuño), es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que critica los sistemas clientelares, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, propone un modelo de marcado carácter paternalista, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que entiende que la sociedad debe estar regida por una élite auténtica (léase meritocrática), es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, esa élite represente verdaderamente el interés del pueblo y por tanto sustituya a la actual élite «falsa» y oligárquica, ajena al interés del pueblo, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que el proyecto nacional es diseñado como un proyecto a poner en práctica por esa élite genuina y dirigente, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, se busca explícitamente la realización en clave colectiva de ese proyecto, es de izquierda o de extremo centro. En la medida en la que se intenta personificar a la nación en la figura del líder (o lideresa) de turno, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, la nación es comprendida como un todo y por tanto como un sujeto no individual sino colectivo cuyo interés es siempre superior al de los individuos que lo constituyen, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que ese líder (o lideresa) encarna la voz y el espíritu del pueblo y por tanto está legitimado para tomar las decisiones en su nombre, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, apuesta vehementemente por incrementar el grado de interacción democrática de la ciudadanía por medio de referéndums y consultas de carácter plebiscitario (por ejemplo, para decidir la permanencia o la salida de organismos supranacionales como la Unión Europea o la OTAN⁴⁶¹), es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que se defienden las raíces cristianas de la nación (frente al multiculturalismo en general y al islamismo en particular), es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, hace bandera de la laicidad en toda la esfera pública, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que ataca al comunismo y, en realidad, a toda forma de internacionalismo (o, en términos frentistas, «mundialismo») en tanto liquidadora de todo credo identitario y/o nacional, es de derecha o de extrema derecha; en la medida en la que, sin embargo, despotrica igualmente contra el sistema capitalista, promotor de ese mismo internacionalismo y por consiguiente cooperador de la desintegración de ese tipo de identidad colectiva, es de izquierda o de extrema izquierda. En la medida en la que no pretende dismantelar dicho sistema capitalista, es de derecha o de extrema derecha⁴⁶²; en la medida en la que, sin embargo, sí persigue reformarlo en clave, como mínimo, proteccionista, es de izquierda o de extrema izquierda⁴⁶³. Esto por lo que respecta al eje *horizontal* izquierda-derecha.

⁴⁶⁰ Aunque cabe recordar que la omnipotencia estatal, esto es, el totalitarismo, no es, en la extrema izquierda, sino un medio o instrumento para lograr la consecución de fines igualitarios mayores que sí que son eso, fines, y de izquierdas.

⁴⁶¹ OTAN de la que fuera ferviente partidario Jean-Marie.

⁴⁶² En este caso solo sería de derecha, ya que la extrema derecha (tradicionalista) se opone al capitalismo, como ya comentamos trayendo a colación a Weber.

⁴⁶³ Como en el caso anterior, el proteccionismo sería más propio de la izquierda que de la extrema izquierda, ya que esta última sí quiere desarbolar por completo el sistema capitalista.

Por lo que respecta al eje *vertical* centro-extremo centro, en la medida en la que acepta las reglas de juego democráticas; en la medida en la que se materializa en forma de partidos homologables a cualquier otro de los tradicionales (aunque sin ser, ni tampoco pretenderlo, idéntico a ellos); en la medida en la que no hay ningún tipo de culto al líder; en la medida en la que, por tanto, no existe ningún principio de caudillaje; en la medida en la que no se aspira a la creación de un «hombre nuevo»; y en la medida en la que se presenta como posición de mediación entre las políticas conservadoras y las socialistas, el CRP nacionalpopulista social es de centro socioliberal. Asimismo, en la medida en la que se cree en la existencia de una suerte de esencia nacional; en la medida en la que se fundamenta su proyecto común para todos los miembros de la nación en esa creencia; en la medida en la que se pretende involucrar a todos los nacionales y no solo a una parte en la realización de ese proyecto; en la medida en la que se emplea un partido atrapatodo con ese objetivo; en la medida en la que, aun sin caudillismo al uso, se tiende a encarnar y personalizar todos los valores e ideales en la figura del líder (o lideresa); en la medida en la que, de acuerdo con dicho proyecto colectivo, se justifica la instrumentalización de un Estado fuerte y centralizado; en la medida en la que se reivindica la recuperación, refuerzo y aun incremento de la soberanía y autonomía nacionales en todos los ámbitos (político, económico, jurídico, militar); en la medida en la que comprende esa reivindicación como una petición democrática en sentido schmittiano (de formación de un pueblo o *demos* homogéneo, único y unificado); en la medida en la que dicha reivindicación es canalizada mediante el recurso al plebiscito; en la medida en la que establece el xenófobo principio de «prioridad nacional»; en la medida en la que opone europeísmo/occidentalismo a multiculturalidad; en la medida en la que, siguiendo esta dirección, aspira a crear una «Europa de los pueblos» que sustituya a la «Europa (en manos de) los mercados»; en la medida en la que predica el rechazo, cuando no el odio, al (neo)liberalismo; en la medida en la que, por extensión, promueve el rechazo, cuando no el odio, a toda forma de internacionalismo que socave lo nacional; en la medida en la que, en fin, mezcla nacionalismo con «socialismo» (o una «actitud socializante»), o lo que es lo mismo, (extrema) derecha y/o DRP con (extrema) izquierda y/o IRP, teniendo con estas últimas (DRP e IRP) una relación de interacción y convivencia más o menos ocasional (equivalente a la que otrora hubiera entre conservadores y fascistas, por un lado, y comunistas y fascistas, por otro), el CRP nacionalpopulista social es de extremo centro fascista.

Por otro lado, en la medida en la que no aboga por la deconstrucción de los fundamentos del sistema capitalista (esto es, la existencia de propiedad privada, la legitimidad de la iniciativa y el emprendimiento individuales o la movilidad social dependiente del estatus económico), pero pretende reformarlo (aceptando el libre mercado pero interviniéndolo para «corregirlo»); en la medida en la que el Estado es interpretado como árbitro, mediador, director e interventor en el decurso económico, social y, en suma, vital de la nación; en la medida en la que se pretende que ese decurso se articule en torno a un proyecto común de alcance universal (dentro de la nación) y en el que todos (los nacionales) tienen cabida; en la medida en la que, en ese sentido, se aspira a gobernar para todos, y no solo para una parte; en la medida en la que se busca lograr, por añadidura, un consenso total en la sociedad; en la medida en la que la voluntad de unión predomina explícitamente sobre cualquier propósito de disensión; en la medida en la que, análogamente, lo pragmático prima sobre lo teórico; en la medida en la que los derechos ciudadanos son interpretados no como prebendas libres de toda carga, sino como la contrapartida debida a una serie correspondiente de obligaciones (para con la comunidad o para con el Estado); en la medida en la que se caracteriza por su oportunismo o, si se quiere, por su flexibilidad, maleabilidad y ductilidad; y en la medida en la que, en resumen, sintetiza por igual elementos provenientes de la izquierda y de la derecha, así como del centro y del extremo centro, y además tiende a sustituir esos mismos ejes no solo por un eje arriba-abajo (que lo asemeja al fascismo), sino también por un eje (neo)liberalismo/mundialismo-nacionalismo/patriotismo (que también utiliza el

(socio)liberalismo, pero invirtiendo el signo asignado a cada polo, siendo el primero positivo y el segundo negativo⁴⁶⁴), el CRP nacionalpopulista social es de ambas cosas -centro y extremo centro- a la vez.

Finalmente, en la medida en la que, en virtud de su posición intermedia (de centro entre centros), el CRP nacionalpopulista social no apuesta ni por la «blanda» reforma centrista/socioliberal, ni por la «dura» revolución extremo-centrista/fascista, se podría decir que su característica propia —la única dado que todas las demás son tomadas de otras partes del espectro— es la de la «*refolución*»⁴⁶⁵. Justamente este término hace bien las veces de bisagra hacia la cuestión que ahora hemos de resolver antes de dar carpetazo definitivo al presente capítulo.

Y es que, llegados a este punto, no parece que sea necesario insistir más ni en la diferencia entre el CRP nacionalpopulista social y sus dos polos inmediatos -el centro socioliberal y el extremo centro fascista-, ni tampoco en su semejanza. A estas alturas, ambas realidades han debido quedar patentes. Empero, se podrían objetar dos cosas a este respecto: primero, que precisamente en base a la constatación de dichas realidades da la impresión de que tanto el CRP como su nacionalpopulismo correspondiente no mantienen la equidistancia entre el centro y el extremo centro, inclinándose más bien hacia este último que hacia aquel; segundo, que esa inclinación es tal que, de hecho, casi se diría que CRP y extremo centro (o nacionalpopulismo social y fascismo) son «*primos políticos*» de primer orden, mientras que CRP y centro (o nacionalpopulismo social y socioliberalismo) lo serían más bien de segundo orden, consideración esta en favor de la cual se entendería la descripción más arriba hecha del CRP como «*remedo del fascismo*» y, sobremanera, sus semejanzas sintéticas, ya que ambas posiciones absorben y subsumen elementos procedentes de todo el espectro (mostrándose la diferencia entre estos dos centros y el socioliberal -que solo recoge elementos de la zona moderada del espectro- de manera evidente en este sentido). A esto responderemos como ya adelantamos: mediante un análisis debidamente pormenorizado de nuestra tipología sintética; particularmente, focalizando nuestra atención en la distinción entre la síntesis total-global de amplitud-concurrencia irrestricta *débil*, propia del CRP nacionalpopulista social, y su homóloga *fuerte*, propia del extremo centro fascista.

Como vimos, el centro político, minimalistamente definido como síntesis o, para mayor exactitud, como posición política sintética por excelencia, se definía asimismo por la singular naturaleza de esa síntesis que lo caracteriza, denominada «*síntesis total-global*». Así, en nuestra tipología contemplamos tres tipos de síntesis total-globales, esto es, tantas como centros contemplamos a su vez. En primer lugar, teníamos una «*síntesis total-global de amplitud-concurrencia restringida*» identificable con el centro socioliberal. Se trataba de una síntesis total porque aspiraba a la asunción de una de las totalidades dadas en el espectro político, la de su parte moderada; global, porque en el ejercicio de esa asunción recogía elementos y rasgos inicialmente opuestos (de izquierda y derecha, pasando por el centro) y los combinaba dando lugar a una tercera y nueva forma —la socioliberal— distinta de aquellas de las que tales elementos provenían; y de amplitud-concurrencia restringida porque se circunscribía, en su conjugación de elementos, a la totalidad antedicha, es decir, a la zona moderada del espectro. En segundo lugar, teníamos una «*síntesis total-global de amplitud-concurrencia irrestricta*», correspondiente al extremo centro fascista. Se trataba de una

⁴⁶⁴ Esta observación requiere un matiz. Si bien el tanto el liberalismo como el socioliberalismo son opuestos, habida cuenta de su naturaleza ideológica universalista, al nacionalismo en tanto este es excluyente y antiuniversalista por definición, no tienen por qué ser contrarios al patriotismo siempre y cuando este sea entendido, a los efectos, como una demostración de apego de corte *constitucional(ista)* a un determinado territorio o lugar. Así, un liberal podría perfectamente considerarse a sí mismo un patriota por cuanto siente afecto por un territorio que no por suyo es superior al resto ni inaccesible para quienes deseen formar parte del mismo en términos de ciudadanía y, conforme a este marco, de libertad e igualdad.

⁴⁶⁵ Concepto más habitual en el mundo anglosajón («*revolution*») que en el nuestro y que viene a significar una especie de «*revolución silenciosa*» que, quizás al modo fascista (o gramsciano), pero sin llegar a ser fascista, pretende modificar sustancialmente la realidad social sin tener que recurrir a grandes cambios infraestructurales, sino más bien superestructurales (de orden psicológico).

síntesis total porque, como la anterior, aspiraba a la asimilación de otra de las totalidades dadas en el espectro político, en este caso la que constituye el espectro completo; global, porque, como la anterior, en la práctica de esa asimilación compendia elementos y rasgos inicialmente opuestos (de extrema izquierda, izquierda, centro, derecha y extrema derecha) y los combinaba dando lugar a una tercera y nueva forma distinta de aquellas de las que tales elementos provenían; y de amplitud-concurrencia irrestricta porque, si bien, como la anterior, también esta se circunscribía, en su conjugación de elementos, a la totalidad antedicha, es decir, a la totalidad del espectro, precisamente por ello, y a diferencia de aquella, esta tenía la capacidad diferencial de aunar elementos de todas sus partes, lo que a los efectos eliminaba toda restricción al estilo de la propia de la síntesis centrista-socioliberal.

Sentado esto, sopesamos la posibilidad de un tercer centro y, por extensión, una tercera síntesis, que en tanto centrista sabíamos que habría de ser total-global. Pero hasta ahí. Porque el resto de su definición y caracterización suponía adentrarse en un terreno desconocido y meramente teórico, ya que esta nueva síntesis solo podía corresponderse con una categoría política no contemplada aún; existente, pero inconcreta. Esto no nos impidió teorizar sobre dicha categoría y sobre su síntesis correspondiente. Entonces concluimos que la categoría de marras podría ser el «centro radical» o, más precisamente, «centro radical populista» (CRP) y que era equivalente a la izquierda radical populista (IRP) y a la derecha radical populista (DRP), solo que, en calidad de centrista, resultaba categorial e ideológicamente distinta. Por otro lado, concluimos también que su síntesis, además de total-global, debería ser de amplitud-concurrencia irrestricta, ya que, ubicada en el espectro *por debajo* del centro moderado socioliberal, así como *por encima* del extremo centro fascista, ese centro radical no podía sino sintetizar elementos de una totalidad necesariamente distinta de la que representa la zona moderada del espectro, que ya estaba tomada por el primero de esos centros. Ahora bien, dado que una síntesis centrista y por tanto total-global solo puede serlo, dada su centralidad, asumiendo o bien la totalidad moderada del espectro, o bien la totalidad completa del mismo, la conclusión era clara: si el centro radical no puede conjugarse la totalidad moderada porque esta ya es conjugada por el centro moderado, debe conjugarse la totalidad completa. Pero también la totalidad completa estaba ya tomada por el extremo centro. Y, sin embargo, la asunción de alguna de estas dos totalidades debía arrogarse el centro radical. ¿Cómo resolver esta (aparente) antinomia?

Tal vez podríamos haber desechado la idea del centro intermedio o «centro entre centros». Pero esto no era posible. Si en la dicotomía izquierda-derecha siempre está presente, siquiera a modo referencial, el centro, en la dicotomía IRP-DRP también debía estarlo, *mutatis mutandis*, el CRP. Entonces observamos la naturaleza de la IRP y la DRP. A tenor del tipo de síntesis que cada una representaba (parcial-global en el caso de la IRP, total-local en el de la DRP) y de que el CRP, en tanto centrista, debía ir más allá de ambas porque las subsume en sí, el resultado era evidente: la totalidad correspondiente al centro radical o CRP era la del espectro completo, esto es, la que previamente habíamos concluido que correspondía al extremo centro. Ahí establecimos una leve pero significativa precisión: si bien ambos centros compartían análogas síntesis total-globales de amplitud-concurrencia irrestricta, la del centro radical era *débil*, mientras que la del extremo centro era *fuerte*. En esencia, esto significa que mientras la síntesis propia del CRP condensa elementos, características o rasgos provenientes de todas las partes del espectro, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha (y desde el centro hasta el extremo centro), la síntesis propia del extremo centro hace otro tanto de lo mismo, pero a los elementos, características o rasgos de extrema izquierda y de extrema derecha que pueda recoger el centro radical le suma las ideas fuertes de esas posiciones. Dicho de otro modo: el centro radical recoge de la extrema izquierda y de la extrema derecha

solo las ideas más «tibias»; el extremo centro, por el contrario, recoge también (algunas de) las más «duras», extremistas y absolutas⁴⁶⁶.

Así ocurre con la idea de revolución, la autoconciencia filosófico-histórica (mesiánica) de que el momento del movimiento o la ideología de turno ha llegado, la justificación de su puesta en práctica mediante la violencia si es necesario, el intento de diseñar a un «nuevo hombre» representativo de los nuevos valores o la apuesta por un modelo totalitario y/o de partido único de la extrema izquierda; y con el principio de caudillaje, la sacralización de la realidad política, social, moral, etc., el papel de la divinidad o la Providencia en todo ello, la presunta existencia *sustantiva* y atemporal de una esencia nacional (una «germanidad», una «francesidad», una «españolidad») o la relegación de la mujer al cuidado de los hijos, la asistencia a la iglesia y la labor en la cocina⁴⁶⁷ de la extrema derecha. Nada de esto está presente en el actual CRP nacionalpopulista social, que se mantiene, como sus homólogos a izquierda y derecha y como ya señalamos en su momento, en una tensión permanente entre la Escala de la política tradicional (el centro socioliberal) y la Caribdis de la no tradicional (el extremo centro fascista), aunque ello no obste, y no lo hace, para que se encuentren en él otra serie de características «débiles» o «moderadas» igualmente propias de la extrema izquierda y la extrema derecha. Por ejemplo, la retórica anticapitalista y antisistema, el culto al futuro (en este caso de la nación, no de la clase social), el predominio del interés político sobre el económico o la promoción del igualitarismo (también dentro de las fronteras nacionales) de la extrema izquierda; y la existencia de una «germanidad», «francesidad» o «españolidad» no sustantiva ni atemporal, sino formal e histórico-cultural o tradicional, la importancia de la familia (frecuente pero no necesariamente tradicional) como núcleo social, el voluntarismo, el idealismo y el antimaterialismo o el valor de la comunidad (nacional) frente al individuo aislado y atomizado de la extrema derecha.

La «irrestrictividad» o «irrestricción» extremo-centrista o fascista es, en definitiva, cualitativamente mayor que la centro-radicalista o nacionalpopulista social, sin que ello elimine, sin embargo, la posibilidad de que, cuantitativamente, la cantidad de elementos sintetizados tienda a ser mayor en el CRP (o mejor dicho, en algún CRP o en alguna de sus concreciones político-históricas) que en el extremo centro, como, por otra parte, es de esperar habida cuenta de su singular ubicación espectral entre dos ejes.

⁴⁶⁶ Puntualizamos que «algunas» porque, evidentemente, esta selección va a la carta, es decir, a pura conveniencia oportunista histórica y contextual, siendo este oportunismo, como sabemos, uno de los rasgos más característicos (y, como sabemos, auto-reconocidos) del fascismo.

⁴⁶⁷ Lo que en Alemania se conocía, durante el Tercer Reich, como «das tres K», respectivamente: *Kinder, Kirche, Küche*.

ENTREACTO II

De la parte superior del espectro político y del reverso del eje centro-extremo centro: ultraliberalismo y anti-extremo centro

Sobre la base proporcionada por los parámetros de Bobbio y la aceptación de sus nociones de izquierda y derecha, el capítulo segundo de nuestra investigación tomó por modelo de espectro político sobre el que trabajar el conformado por el par izquierda-derecha. Así, en términos de representación gráfica, dicho modelo constó de un eje horizontal que abarcaba y daba cuenta de todas las modulaciones posibles del citado par, esto es, que iba desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, pasando entremedias por la izquierda radical populista o IRP, la izquierda, el centro (en torno al cual se subsumirían el centro-izquierda y el centro-derecha), la derecha y la derecha radical populista o DRP. Posteriormente, a la luz del estudio sobre el centro político realizado en el capítulo 3, así como de las conclusiones obtenidas mediante el mismo, al modelo inicial se le agregó un eje vertical trazado entre la categoría del centro y la del extremo centro. Este eje adicional se completaría más tarde con la inclusión de una posición intermedia respecto a las que lo polarizaban y a la que denominamos centro radical populista o CRP. Toda vez que contamos con esta disposición de las diversas y posibles categorías políticas que formarían parte de nuestro modelo, tratamos de detallar sus ideologías correspondientes, topándonos con algún obstáculo en una única parte de aquel: la extrema derecha.

Como señalamos en su momento, la categoría de la extrema derecha es habitualmente tratada como un cajón de sastre en el que parecen tener cabida, fundamentalmente, tres tipos de ideologías, movimientos y formaciones —tradicionalismo, ultraliberalismo y nazi-fascismo— notoriamente distintas, hasta el punto de que su encaje y conjugación resulta, sencillamente, inviable salvo desde un único prisma: el revolucionario, ideológicamente propio de la (extrema) izquierda. Pero no hará falta reiterar aquí nuestras observaciones y reflexiones al respecto. Lo que nos interesa recordar ahora es que, como resultado de esas observaciones y reflexiones, la ideología que consideramos *verdaderamente* característica de la extrema derecha era el tradicionalismo, no el ultraliberalismo ni el nazi-fascismo. Y si bien más adelantetuvimos ocasión de recolocar este último en el lugar que, en virtud de su naturaleza, le correspondía -el extremo centro-, no sucedió así en el caso del ultraliberalismo, que quedó relegado a una suerte de limbo. Hasta ahora.

Lo que pretendemos en este segundo entreacto de nuestra investigación es, antes de dar paso a la tercera y última parte de la misma, rellenar la laguna dejada por la necesaria reubicación del ultraliberalismo dentro o, para ser más exactos, *por encima* del espectro político que hemos construido y empleado a modo de referencia. Asimismo, trataremos de dar cuenta, toda vez que ya hemos examinado con especificidad y detalle el eje que hemos denominado centro-extremo centro, de su reverso complementario, ubicado en la parte superior del espectro: el eje centro-anti-extremo centro. Tan pronto como hayamos solventado este postrero fleco de la sección más teórica de nuestra investigación, estaremos en condiciones de confeccionar un Diagrama que será el que haga las veces de culminación y cierre del trabajo realizado en las dos primeras partes y, de paso, suponga un punto y aparte entre ellas y la tercera y última.

Pues bien, cuando examinamos la doctrina liberal, señalamos, de la mano de teóricos como Gray, Rallo o Freedon, una serie de rasgos indisolubles de la misma fuera cual fuese la manifestación que se tuviese en cuenta. En resumen, estos rasgos eran el individualismo, la igualdad (ante la ley), el derecho a la propiedad privada, el contractualismo, la justicia, el

universalismo (en tanto ámbito de aplicación de los principios y el orden liberales) y, como condición de posibilidad de todo lo anterior, la libertad. Así, el liberalismo propugna por principio la limitación del poder político, fundamentalmente encarnado en la figura del Estado; en la medida en la que este menoscaba, con su mera existencia, determinadas libertades y derechos de los individuos, todo lo más que se le puede —o, según casos, se le debe— conceder es la potestad para mantener el orden y proteger la propiedad de cada individuo (para lo que se constituyen, internamente, la policía, y externamente, el ejército) y la facultad para impartir justicia y reparar los daños causados por unos individuos a otros (por violaciones de derechos, hurtos, incumplimiento de contratos, etc., para lo cual se constituyen los jueces). Nada más. En este sentido,

el liberalismo promueve el ideal de un gobierno limitado al mantenimiento del orden público, esto es, a proteger las libertades de los ciudadanos. Ese gobierno limitado no posee ninguna soberanía sobre sus ciudadanos: es un mero administrador delegado de únicamente aquellas potestades necesarias para proteger los derechos de aquellas personas que se encuentren dentro de su territorio. Y para evitar que ese gobierno limitado se tiranice, los liberales también han propuesto históricamente diversas estrategias, en forma de contrapesos externos e internos al poder político.⁴⁶⁸

Ahora bien, en lo concerniente al rol que ha de jugar el poder político en general y el Estado en particular, no todos los liberales opinan igual. Y en su discrepancia a este respecto radica la clave que permite diferenciar con relativa claridad entre liberales (y, dentro de estos, entre liberales clásicos y liberales revisionistas, progresistas o socioliberales), ultraliberales y, en el último peldaño de la «escalera libertaria», anarcocapitalistas, de cuya ideología nos limitaremos a señalar (de forma análoga a lo observado respecto al resto de anarquismos en los que, a nuestro juicio, desembocarían ideal y ulteriormente, los diversos extremos del espectro, desde la izquierda hasta la derecha pasando, entremedias, por el extremo centro fascista y, ahora, por el anti-extremo centro ultraliberal) que apuesta por la desaparición de toda forma de Estado, incluida la minarquista, y la consecuente ilimitación de la libertad individual en términos de posesión de uno mismo y, por extensión, de la propiedad privada que a cada individuo le pertenezca.

El objetivo de los anarcocapitalistas es, por tanto, eliminar el Estado y sustituirlo por un conjunto de comunidades políticas de carácter voluntario: es decir, progresar hacia un archipiélago de comunidades políticas basadas en la libre asociación, encargadas cada una de ellas tanto de resolver los conflictos entre sus miembros como de defenderlos frente a agresiones externas.⁴⁶⁹

Dicho esto, ahora nos centraremos en hacer unas breves consideraciones acerca de los dos primeros que nos permitan marcar sus distancias y, de paso, hallar el lugar natural del ultraliberalismo en relación a nuestro modelo de espectro político.

⁴⁶⁸ Rallo, *Liberalismo. Los 10 principios básicos del orden político liberal*, p. 167.

⁴⁶⁹ Rallo, *Liberalismo. Los 10 principios básicos del orden político liberal*, p. 145. Sobre esta caracterización aún cabe añadir, por ejemplo, la que hace Freedman acerca del libertarismo, que en este contexto, a los efectos, equivaldría a la posición del anarcocapitalismo: «En una dimensión distinta, la llama de la libertad radical fue avivada por los libertarios. Estos, que hoy en día representan una tendencia minoritaria, desprendida de las ramas más prominentes del liberalismo, llevan más de un siglo insistiendo en que únicamente la libertad, en su forma más pura, constituye el mensaje que debería ser extraído de la tradición liberal y empleado para orientar no solo la vida económica, sino también la social y la política. Por lo tanto, hay razones fundadas para utilizar un término, *libertarismo*, que nos permita distinguir entre esta tendencia y el liberalismo, aunque también ella incluye muchas variantes. El énfasis en el individualismo —al asumir que los individuos muestran una racionalidad superior—, así como en la defensa de la libertad de acción, la cooperación voluntaria y la propiedad privada, impulsó a libertarios como el filósofo británico Herbert Spencer (1820-1903) a unirse a los lamentos de que tal vez el liberalismo había abandonado sus propios principios». (Freedman, *Liberalismo. Una introducción*, pp. 76-77.)

Entreacto II

Como sabemos, el liberalismo se ubica, teóricamente, en el centro del tablero espectral. Esto es así porque, dentro del espectro, el centro constituye el único espacio desprovisto, *a priori*, de contenido, es decir, carente de una ideología fuerte que se le adscriba de forma «natural» por la sencilla razón de que, para realizarse como categoría política, requiere, como sabemos, de la existencia de una serie de elementos a su izquierda y a su derecha que poder tomar, sintetizar y reformular en una nueva, distinta y tercera forma característicamente centrista, o sea, propia, singular, definitoria y diferencial en lo ideológico, o con los que, cuanto menos, pactar y comulgar en lo práctico. Así, el único lugar en el que puede encontrar cabida una ideología «débil» como el liberalismo es el centro, cuyas flexibilidad, maleabilidad y ductilidad connaturales son de todo punto afines con las del mismo liberalismo. Pero esto es lo que sucede, como indicamos, sobre el papel. En la práctica, salvo en los primeros tiempos, no es el liberalismo quien ocupa el centro, sino el socioliberalismo. Esto también lo hemos visto: al hacer suyo el espíritu progresista, vale decir, intervencionista, pero conservar su originaria naturaleza libertaria, es el liberalismo moderno, revisionista o, en breve, el socioliberalismo quien mejor logra mediar entre izquierda y derecha y, por tanto, quien más fácilmente y mejor encaja en el espacio del centro, no quedándole más opción al liberalismo de corte clásico, empujado por su alternativa progresista, que la de escorarse un tanto hacia la derecha, ubicándose así en torno al centro-derecha, la derecha y, al menos en su vertiente económica, la derecha radical populista⁴⁷⁰. Sea como fuere, liberalismo y socioliberalismo vienen a distinguirse, fundamentalmente, en virtud del rechazo o la asunción, respectivamente, del citado carácter progresista; mientras que el liberalismo considera inaceptable e injustificado el intervencionismo estatal en ámbitos que sobrepasen los ya mencionados -policía y judicatura, fundamentalmente-, el socioliberalismo hace de dicho intervencionismo una de sus señas de identidad en tanto en cuanto lo califica de indispensable para facilitar una auténtica igualdad de oportunidades en el seno de una sociedad, a partir de ahí, plenamente libre.

Pues bien, el ultraliberalismo hace suyos determinados principios rectores del liberalismo –con especial atención a la cuestión de la libertad individual- y los exagera, resultando, por consiguiente, menos elástico que el liberalismo al respecto del margen de influencia de las prerrogativas entregadas al poder político estatal y desembocando, en consecuencia, en el minarquismo, o lo que es lo mismo, en la mayor minimización posible del poder del Estado, cuyas limitaciones serían, por extensión, las máximas posibles *sin llegar a abolirlo*. Esto es clave, porque en la medida en la que el Estado queda reducido a su mínima y más imprescindible expresión, también lo hace el poder político que lo comanda. Esto significa que nociones como izquierda, centro y derecha dejan de tener sentido. En tanto en cuanto la política limite su rango de acción de la protección de la propiedad y de los derechos de los individuos, no cabe hablar de un Estado al uso, esto es, titular pleno de soberanía, sino más bien de un mero instrumento al servicio de una sociedad civil claramente prevalente sobre él y constituida por los verdaderos soberanos: los individuos. En este sentido, el ultraliberalismo trasciende el espectro político, pero lo hace *por el centro*, ya que, por relación a los criterios espectrales de igualdad-desigualdad, el escenario ideal ultraliberal pasa por la exigencia de una igualdad de derechos y normas de juego para todos los individuos sin menoscabo de las desigualdades que, sobre esa base, puedan darse ulteriormente, lo que, a los efectos, supone un equilibrio cercano y semejante al propuesto por el (socioliberalismo) y, en este sentido, al característico del centro. Asimismo, respecto al par libertad-autoridad, el ultraliberalismo se posicionaría, huelga decir por qué, más cerca del primero de estos polos

⁴⁷⁰ Recordemos que la ideología característica de la derecha radical populista es el nacionalpopulismo *liberal*, apellido derivado, precisamente, de la aceptación y defensa que este tipo de ideología hacen del libre mercado y de la libertad económica y comercial en general.

(aunque sin identificarse con él⁴⁷¹). Y si a ambas constataciones les sumamos el hecho de que en el Estado minarquista o ultraliberal no hay, en términos organizativos, tanto Estado como sociedad civil; en términos relacionales, tanto política como (libre)comercio; en términos ideológicos, tanto conjugación como individualidad; y, en definitiva, una síntesis extremista (total-global de amplitud-concurrencia irrestricta fuerte, como la del extremo centro), radical (total-global de amplitud-concurrencia irrestricta débil, como la del CRP) ni moderada (total-global de amplitud-concurrencia restricta, como la del centro), sino, si acaso, una mínima - por no decir inexistente- y propia, por pura lógica posicional, de la parte absolutamente opuesta a la del extremo centro, o sea, del *anti-extremo centro*.

En efecto. Si bien el ultraliberalismo, y con él el (socio)liberalismo, el nacionalpopulismo social y el nazi-fascismo, funciona, como hemos señalado, con una suerte de equilibrio igualitario-desigualitario, y por eso lo ubicamos, aun estando fuera del espectro, en el lugar propio de estos últimos, es decir, en el centro, a diferencia de lo que ocurre con los susodichos últimos, y en especial con el nazi-fascismo en calidad de ideología que toma, combina y reformula elementos, características o rasgos propios de todas las posiciones diseminadas a lo largo del espectro, el ultraliberalismo, entendido, en consonancia con el liberalismo, como «ideología *muy* débil» o de mínimos, carece, por el contrario, como tal, de semejantes elementos, etc., puesto que no impone a quienes lo suscriben fusión alguna de criterios provenientes de unas, otras o todas las partes del espectro, sino que parte de un principio de absoluta libertad de los individuos para creer, a título personal, lo que les parezca oportuno y conveniente, limitándose por tanto su *corpus*, en la medida en la que lo tiene, a reclamar la minimización del poder político-social y el Estado en pro y pos de la maximización de la libertad individual (y, por ende, en contra de su ideologización, se produzca o pretenda esta mediante una ideología sintética de algún tipo o no). De manera que si por algo se caracteriza el ultraliberalismo es, desde un punto de vista estructural-ideológico, por representar, virtual equilibrio igualitario-desigualitario al margen, todo lo contrario que el nazi-fascismo (libertad frente a autoridad y «desideologización» frente a ideologización totalitaria) y, por añadidura, por ocupar, correlativamente, el lugar opuesto a este, que podríamos denominar anti-extremo centro y que deberíamos ubicar en el polo contrapuesto al mismo, o sea, en el polo superior del eje vertical centro-extremo centro, completado y reconvertido ahora en un eje anti-extremo centro-extremo centro casi análogo al eje horizontal que va de la extrema izquierda a la extrema derecha⁴⁷².

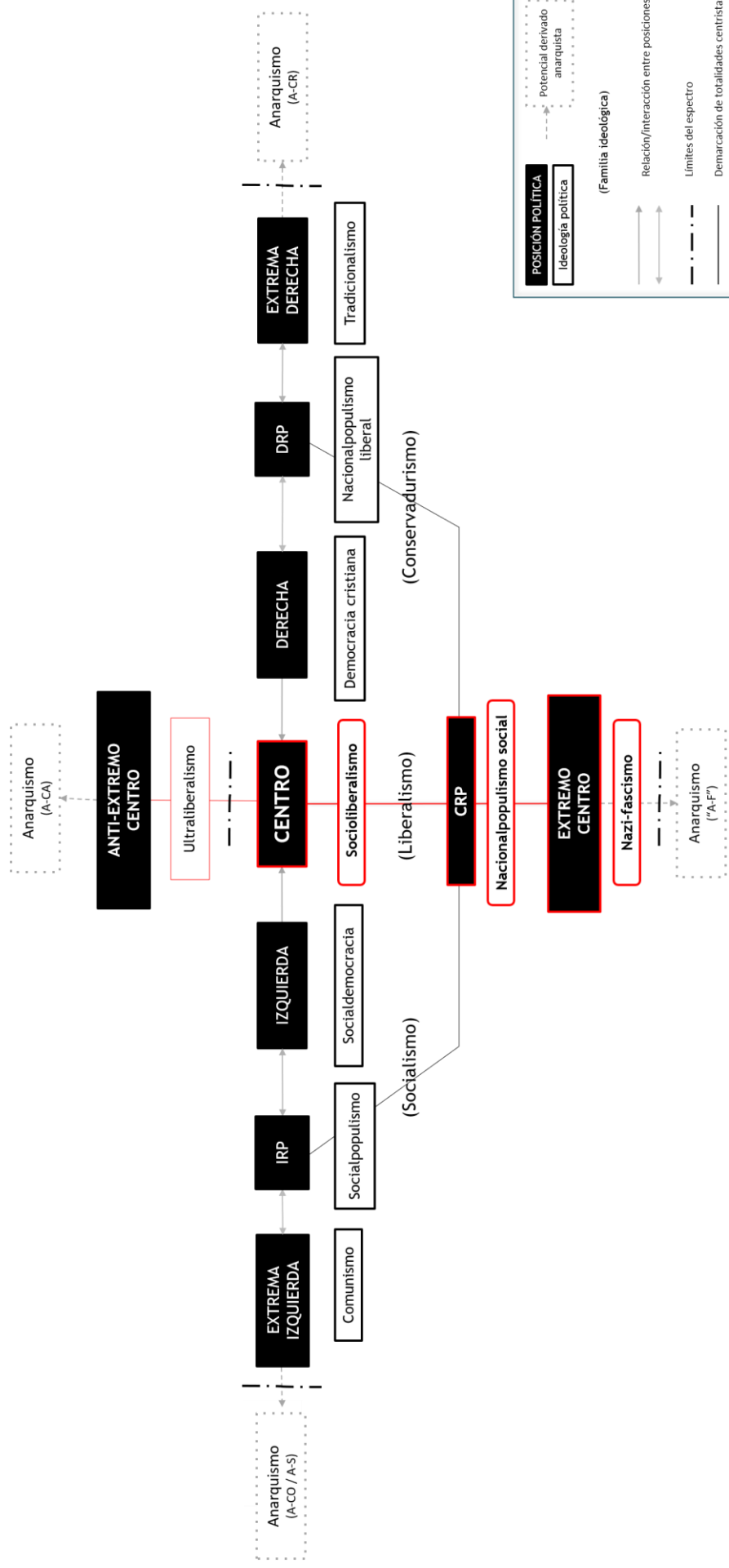
Con esto se completa el Diagrama de nuestra tesis, que reúne, organiza y dispone gráficamente tanto las categorías políticas que hemos ido estudiando a lo largo de las dos primeras partes como sus ideologías correspondientes y que adjuntamos a continuación, cerrando con él la sección propiamente teórica de nuestra investigación.

⁴⁷¹ Cosa que sí pretendería el anarcocapitalismo, que precisamente por ello podría ser considerado la forma de anarquismo propia del centro (toda vez que aceptemos la hipotética posibilidad de - con alguna validez los criterios espectrales aun fuera de los «dominios» del propio espectro).

⁴⁷² Decimos casi porque, por contraste con el eje horizontal extrema izquierda-extrema derecha, este eje vertical no es plenamente simétrico, ya que en su mitad inferior están presentes, sin contar con el centro, dos categorías políticas, a saber, el centro radical populista y el extremo centro, mientras que en su mitad superior está presente, sin contar con el centro, solo una, la del anti-extremo centro.

DIAGRAMA

DIAGRAMA DEL ESPECTRO POLÍTICO



TERCERA PARTE

**LAS SÍNTESIS Y LOS DISCURSOS
SOCIOLIBERAL Y FASCISTA EN ESPAÑA**

Capítulo 7

El socioliberalismo en España. Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía

Tras haber finalizado las dos primeras partes de nuestro trabajo, toca ahora afrontar la tarea de rematarlo tratando de refrendar en esta tercera y última los resultados obtenidos a lo largo de toda la investigación. Para ello recurriremos a sendos casos de estudio que, acotados al ámbito español, entendemos que son epifenómenos concretos de las ideologías y movimientos (fundamentalmente) europeos estudiados en la segunda parte. Pretendemos que dichos epifenómenos nos sirvan para afirmar, primero, que el socioliberalismo español constituye un ejemplo particular del socioliberalismo genérico y, por tanto, Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, epígono del socioliberalismo español, representa el centro en España; segundo, que el falangismo español constituye un ejemplo particular del fascismo genérico y, por consiguiente, las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), Falange Española (FE) y, sobremanera, Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (Falange Española de las JONS, FE de las JONS o FE-JONS) representa(ba)n el extremo centro en España; y tercero, que, en tanto tales centro y extremo centro, existe entre los discursos de Ciudadanos y de Falange un «aire de familia» estructural-ideológico del que hemos de dar cuenta con miras a ratificar la veracidad de nuestras principales hipótesis.

Cada uno de estos objetivos corresponde a cada uno de los capítulos que conformarán esta tercera parte de nuestra investigación, debiendo estudiar aquí, por tanto, el caso de Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía como representante del centro socioliberal en España.

1) Breve historia del liberalismo y el socioliberalismo en España

Si bien es lugar común datar el origen del liberalismo español (o de la aparición y ejercicio del liberalismo como corriente política en España) en las Cortes de Cádiz de 1812, lo cierto es que hay que remontarse un poco más atrás para dar con el punto de no retorno de la entrada del liberalismo en uno de los reinos más representativos del Antiguo Régimen. Concretamente, es necesario retrotraerse cuatro años, esto es, a 1808, para comprobar que fue a raíz de la invasión napoleónica más que de cualquier ideólogo vernáculo como el liberalismo –o, si se quiere, las ideales liberales– se introdujo por vez primera en España. Como previamente fue señalado, la expansión napoleónica llevó consigo a buena parte del Continente los aires de la Revolución Francesa, y con ellos las ideas y nuevas maneras surgidas al calor de la misma. En este sentido, las conquistas de Napoleón supusieron, en la mayoría de los casos, puntos de inflexión históricos en aquellos territorios en los que la dominación fue lo bastante sólida como para poder implantar las líneas maestras características del nuevo orden, resumidas fundamentalmente en la derogación del modelo feudal y la inmediata construcción de una estructura económica, civil, social, jurídica y política de corte burgués-capitalista. España no fue menos.

A finales del siglo XVIII, de forma indirecta pero igualmente crucial, la Monarquía, a la sazón en manos de Carlos IV, se vio repentinamente involucrada en las guerras contra la República francesa primero y contra el Imperio napoleónico después. La inestabilidad de esta coyuntura concreta, sumada a la para entonces cierta decadencia general del Imperio Español, se saldó en parte con el Motín de Aranjuez de marzo de 1808 y la consecuente

abdicación de Carlos IV en favor de su hijo, Fernando VII. Cuando Napoleón, auspiciándose en lo firmado por él mismo y por Manuel Godoy (valido de Carlos IV) en el Tratado de Fontainebleau de 1807 y bajo el pretexto de la imposición de su bloqueo continental antibritánico a los puertos de Portugal, envió a sus tropas a través de España y estas, en lugar de dirigirse al país luso, se asentaron en la parte española de la Península, Carlos y Fernando se reunieron con Napoleón en Bayona, donde rubricaron el conocido como Estatuto de Bayona, mediante el cual cedían el Trono a José Bonaparte, hermano del Emperador, quien se convirtió entonces en José I. En este sentido, el Estatuto funcionó, a todos los efectos, como una carta de carácter constitucional:

Su articulado no cuestionaba el poder absoluto del monarca, pero su ejercicio aparecía limitado por unas libertades civiles y unas cortes tradicionales. Las libertades concedidas se referían a la de imprenta, a las personales y a una serie de garantías procesales. Los privilegios corporativos, estamentales y forales se veían atacados con la libertad de comercio e industria, el establecimiento de «un solo Código» civil y criminal, la desvinculación de las propiedades improductivas, la igualdad ante el pago de impuestos y la abolición de las pruebas de sangre para acceder a los cargos públicos, para los que primarían el mérito personal y los servicios al Estado. Equiparaba las provincias americanas con las europeas y a estas entre sí, si bien aplazando la decisión última sobre los particularismos vasco-navarros. Otra de sus novedades era la introducción, sobre el papel, del Parlamento en España, con dos Cámaras: las «Cortes o Juntas de la nación», estamentales y secretas, en las que la representación de los ciudadanos quedaba diluida entre la de las corporaciones, siendo su principal función la de aprobar los presupuestos trienales; y el Senado, vitalicio y de designación real, al que se le encomendaba la defensa de la libertad individual y de imprenta y la suspensión temporal de la Constitución a petición del rey. La supresión de algunas instituciones, como la Inquisición, (...) completaba el proyecto napoleónico aceptado por los patriotas afrancesados, que pese a todo mantuvieron la intolerancia religiosa al frente de la *Constitución*.⁴⁷³

Empero, a fecha de la proclamación de José I ya había tenido lugar el primer levantamiento contra las tropas francesas (el famoso Levantamiento del 2 de Mayo en Madrid), cuya presencia permanente en España hacía tiempo que era vista con recelo por parte del pueblo. Esto supuso el inicio de lo que se conocerá como Guerra de la Independencia en España, que enfrentará a una coalición hispano-británico-portuguesa con el Imperio Francés y, también, con la minoría española favorable al dominio galo (los conocidos como «afrancesados»).

Cuando aún duraba la guerra, que se prolongaría hasta 1814, y como fruto, resultado y evolución de las «Juntas» creadas durante la misma a modo de organismos de gobierno que supliesen la soberanía y la autoridad de José I, jurídicamente irreprochables pero popularmente tenidas por ilegítimas, se convocaron unas Cortes extraordinarias y revolucionarias por cuanto el derecho a dicha convocatoria era potestad exclusiva de la Corona. Estas Cortes se reunieron finalmente y por primera vez en septiembre de 1810 en Cádiz. Si bien aún no existían los partidos políticos tal y como los conocemos, sí era clara la división entre tres facciones fundamentales: los absolutistas o realistas, los moderados o «jovellanistas» y los liberales. Los primeros eran también conocidos como «serviles» por su posición favorable a la soberanía del Rey en detrimento de unas Cortes que, si acaso, deberían servir únicamente para la recopilación y la tramitación de leyes⁴⁷⁴. Los segundos, seguidores

⁴⁷³ de la Fuente Monge, Gregorio, «El primer liberalismo español», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, p. 22.

⁴⁷⁴ La contraposición entre liberales y serviles está en el origen mismo de la palabra *liberal* y su derivado, *liberalismo*, ambos, como es sabido, términos españoles: «Los liberales llamaron *serviles* a sus rivales políticos, por defender estos el absolutismo y los privilegios estamentales y de la Iglesia, limitando el alcance de la reforma liberal. La libertad política, salvaguardada por

de las ideas de Gaspar Melchor de Jovellanos, representaban el liberalismo moderado, esto es, conservador⁴⁷⁵. Se caracterizarán, en lo sucesivo, por su pretensión de recabar el apoyo de la aristocracia, cuyo favor intentarán ganarse en el terreno teórico bebiendo de las «tranquilizadoras» fuentes del pensamiento postrevolucionario francés (Constant, Destutt de Tracy, Guizot) e inspirándose en la Carta otorgada por Luis XVIII, lo que en la práctica se tradujo en una interpretación claramente conservadora de toda propuesta de texto constitucional. Dado que echaban en falta la existencia de contrapoderes efectivos capaces de mantener bajo control el poder popular en las Cortes, nunca dejaron de sentirse atraídos por el sistema parlamentario bicameral y el veto absoluto real del modelo francés. Argüelles, Toreno, José Espiga, Martínez de la Rosa, Muñoz Torrero, Villanueva y Canga Argüelles serán ejemplos de figuras notables dentro de esta tendencia. Por su parte, los liberales a secas serán los promotores de un liberalismo más «exaltado» y de cariz «progresista»⁴⁷⁶. Su objetivo en términos de apoyo eran las clases populares y, también, la mesocracia artesanal. Fieles al ideario revolucionario francés (y no al parcialmente revolucionario o al directamente contrarrevolucionario, como los moderados), defenderán con vehemencia los ideales reflejados en la Constitución de Cádiz, apostando sin vacilaciones por el principio de la soberanía nacional, la primacía parlamentaria sobre la institución real y, en última instancia, el sufragio universal. Se mantendrán siempre leales a la monarquía constitucional, pero recelarán lo suficiente del poder como para secundar la legalización de los clubes políticos – precedentes, como sabemos por la experiencia francesa, de los partidos políticos al uso- en calidad de herramientas populares capaces de generar una opinión pública de cariz liberal susceptible de actuar, con autonomía y por sí sola, como un instrumento más de control del poder gubernamental. De entre ellos destacaron personalidades como Evaristo San Miguel, Francisco Javier Istúriz, Antonio Alcalá-Galiano, Flórez Estrada, Romero Alpuente, Calvo de Rozas o José María Calatrava, todos o casi todos ellos carentes de experiencia parlamentaria. Ulteriormente, ambas trayectorias, moderada y exaltada, protagonizarán sendos desarrollos que, de una u otra manera, enlazarán, por un lado, con el conservadurismo y el tradicionalismo, y por otro, con la socialdemocracia y el socialismo, lo cual no será fruto de la casualidad, sino del proceso de mimesis europea –predominantemente francesa- del que el liberalismo español, como estamos empezando a ver, es palmario exponente.

la Constitución, y referida a la nación y a los propios individuos que la integran, se oponía así a la esclavitud de la tiranía, al poder ilimitado o despótico que sometía la voluntad general de la nación y convertía al ciudadano en vasallo. Desde 1812, ser liberal en España significó ser defensor del orden constitucional y enemigo del absolutismo que encarnó, desde 1814, Fernando VII». (de la Fuente Monge, Gregorio, «El primer liberalismo español», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, pp. 43-44.)

⁴⁷⁵ «La primera dirección, que denominamos versión moderada del liberalismo, acepta la propuesta básica liberal, pero tiende, en una llamada permanente al orden político e institucional, a controlar cualquier exceso o radicalización de los poderes del pueblo soberano frente al poder disminuido de la monarquía y las fuerzas emblemáticas del Antiguo Régimen: Iglesia, aristocracia y propietarios terratenientes, fundamentalmente. Muy influida por los doctrinarios franceses y por los liberales individualistas y utilitaristas anglosajones antepondrá siempre los derechos del individuo, considerados muchas veces de origen natural, a los derechos emanados por el orden legislativo de la soberanía popular (...). Matiza, y en su caso limita, la capacidad infinita de toda ley emanada por el pueblo para transformar sin límite el orden social». (Menéndez Alzamora, Manuel, y Robles Egea, Antonio, «Los liberalismos moderado y progresista», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, p. 63.)

⁴⁷⁶ «En la dirección opuesta, otra corriente que denominamos liberalismo progresista o exaltado, se afana en desarrollar jacobinamente el programa constitucional que sitúa la ley en el eje vertebral de la soberanía de la nación, es decir, se trata ahora de avanzar en el modelo legicentrista. En sentido opuesto a lo antes planteado, el progresismo intenta una concepción de los derechos fundada exclusivamente en la voluntad general, profundizando en los derechos específicamente políticos: libertad de expresión, asociación y reunión, frente al derecho de propiedad como derecho primigenio individual (...). De igual manera, el progresismo se muestra contundente a la hora de minar las bases institucionales de los poderes del Antiguo Régimen: son los abanderados tanto de la desamortización como de la descentralización y democratización municipales. En paralelo, mostrará afinidades con las pulsiones revolucionarias en punto a corregir cualquier deriva de la trayectoria definitivamente establecida por la Constitución de 1812». (Menéndez Alzamora, Manuel, y Robles Egea, Antonio, «Los liberalismos moderado y progresista», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, p. 63.)

Sea como fuere, cabe señalar, no obstante esta diferenciación entre corrientes liberales, que ambas compartían los que a la postre se convertirán en las señas de identidad de todo el liberalismo español de la época. En efecto,

todos los liberalismos de este periodo fundacional pueden caracterizarse de manera sintética por tres elementos que son comunes a todas sus variedades y que formarían un tronco mínimo común. El primer elemento de partida es la *subjetivización y autonomización política de la persona* (...). La ordenación de la esfera pública tiene ahora en su base ya no al súbdito, sino a un individuo convertido en ciudadano con una función en el espacio político. (...) Si basculamos negativamente en punto a dudar de la autonomía del individuo, nos encontraremos ante un liberalismo defensor de la democracia censitaria y (...) «conservador» (...), tutelar y paternalista ante los riesgos de un ciudadano plenamente soberano (...). En sentido opuesto (...) nos encontraremos ante un liberalismo que tiende hacia la universalización de la democracia, hacia un sufragio «progresivamente» menos limitado; y defensor de la libertad de expresión como eje de la nación (...). Un liberalismo (...) más preocupado por la legitimación de la ley como expresión de la «voluntad general» que como mero sumatorio de derechos individuales. El segundo elemento (...) es la defensa de la sustitución del poder soberano personalísimo por el poder de la soberanía popular plasmado en la ley, lo que denominaremos *legicentrismo*. (...). El tercer elemento (...) es la aceptación de que el nuevo orden político solo tiene expresión en un contenedor nuevo y genuino; *la nación* concebida (...) como la estructura institucional que alberga la nueva maquinaria capaz de hacer a los ciudadanos soberanos auténticos artífices del poder político (...) [y] como el espacio destinado al nuevo imaginario colectivo del pueblo convertido en soberano (...). *Subjetivización, legicentrismo y nación* son, pues, elementos inseparables de cualquier manifestación de los liberalismos, de cualquiera de sus sensibilidades, corrientes o facciones liberales.⁴⁷⁷

Sobre estos fundamentos comunes y dispares, las Cortes comenzaron proclamando su papel como depositarias y garantes de la soberanía de la Nación española, agente capaz de dotarse a sí mismo, con autonomía y plenipotencia, de sus propias leyes. Se eliminaban así los principios medulares del Antiguo Régimen en España, si bien la proporción de los diputados impuso a los liberales la necesidad de pactar sus reformas con los serviles, lo que preservó cierto notable margen de acción, prerrogativas y poder a la Corona y a la Iglesia. Asimismo, tuvieron que afrontar la dificultad añadida de que el modelo que los inspiraba y que pretendían implantar en España era, en lo esencial, el de la Revolución Francesa de 1789 y su Constitución de 1791, o lo que es lo mismo, el del enemigo que había invadido el país y al que el pueblo estaba combatiendo:

Aunque los patriotas liberales aceptasen las ideas revolucionarias francesas del 91, tendieron a disimular este alineamiento ideológico por varias razones. Para empezar, la identificación de la Revolución francesa con la fase del Terror jacobino y la guerra contra la Convención republicana estaba muy extendida entre las élites españolas, por lo que resultaba peligroso legitimarse en sus ideas, aunque fueran las moderadas de la fase monárquica. (...) Por último, el hecho de que estuviesen librando en ese momento una guerra descarnada contra Francia y sus aliados josefinos, hacía contraproducente el apoyo abierto de su proyecto político en las ideas revolucionarias francesas. De ahí la paradoja del primer liberalismo español, que necesitó arropar los principios liberales franceses con un discurso historicista sobre el Medievo hispano que permitiera, de una parte, legitimar el cambio revolucionario en la tradición y, de otra, amortiguar las críticas de los absolutistas del propio bando fernandino y, secundariamente, del josefino. (...) Para demostrar el arraigo secular de la libertad en

⁴⁷⁷ Menéndez Alzamora, Manuel, y Robles Egea, Antonio, «Los liberalismos moderado y progresista», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, pp. 61-63. La cursiva es añadida.

Capítulo 7. El socioliberalismo en España

España, [los liberales] necesitaron inventar tradiciones liberales; es decir, reinterpretar los hechos históricos para fijar unas costumbres políticas legitimadoras de las reformas. El interés se centró en las Cortes de la Edad Media, consideradas el baluarte de las libertades nacionales frente al despotismo de los reyes.⁴⁷⁸

Para solventar esta circunstancia, los liberales apelaron a una presunta tradición preliberal o protoliberal española sobre la que sería posible asentar un nuevo proyecto que, habida cuenta de tales presuntos precedentes, no solo no sería tan nuevo, sino que, además, tampoco sería tan extranjero o ajeno a la tradición y los usos y costumbres españolas:

Para evitar las críticas y ganar adeptos, los diputados liberales hacían un gran esfuerzo por ignorar las ideas revolucionarias francesas y justificar las innovaciones constitucionales en el pasado hispano, llegando a afirmar que «nada ofrece la Comisión en su Proyecto que no se halle consignado del modo más auténtico» en la legislación histórica española. Aceptaban que las llamadas leyes fundamentales formaban la «actual constitución» y que para su Proyecto se habían penetrado «no del tenor de las citadas leyes, sino de su índole y espíritu», pues se habían servido, igualmente, de los adelantos de la «ciencia del gobierno» para modernizar sus contenidos, algo que también habían hecho los «antiguos legisladores». No obstante, denominaban la nueva Constitución «ley fundamental» (en singular), por ser la norma suprema del ordenamiento jurídico del Estado, lo que marcaba una diferencia con las anteriores, que quedaban ahora sometidas a ella.⁴⁷⁹

Tras dos años de diálogo, acuerdos, discrepancias y pactos, el 19 de marzo de 1812 vio la luz la primera constitución de la historia de España, fruto y resultado de la era liberal iniciada en 1808:

El nacimiento del liberalismo español puede fecharse en 1808. El Antiguo Régimen se desplomó como efecto de la invasión francesa y, en circunstancias tan excepcionales de guerra y vacío de poder, se dio por primera vez un amplio debate público sobre la libertad política y los fundamentos del poder de la monarquía. Los patriotas defensores del sistema liberal difundieron entonces sus ideas para ganarse a la opinión pública e imponerse a sus rivales políticos, absolutistas y reformistas. La prolongación del esfuerzo bélico les permitió emprender la reconstrucción del Estado sobre unas bases nuevas que seguían en lo esencial los principios revolucionarios franceses de 1791. La proclamación del dogma de la soberanía nacional por las Cortes reunidas en la Isla de León en 1810 fue el primer éxito –sin duda revolucionario– de los liberales. El triunfo de sus ideas se plasmará en la *Constitución política de la Monarquía española*, promulgada en Cádiz en marzo de 1812.⁴⁸⁰

Conocida oficiosamente como «La Pepa» por haber sido proclamada el día de San José, la Constitución de Cádiz era una constitución de naturaleza eminentemente liberal que incluía, entre sus pilares, la pertenencia exclusiva de la soberanía a la Nación, la igualdad jurídica de todos los españoles («de ambos hemisferios»), la división de poderes, la limitación de las atribuciones del Rey, la separación entre Iglesia y Estado (no la libertad religiosa, puesto que el Estado quedaba definido como confesional y se prohibía la profesión de todo credo distinto del católico, apostólico y romano), el derecho a la educación, la libertad de imprenta (y por tanto la desaparición de la censura tanto estatal como eclesiástica) o un sufragio

⁴⁷⁸ de la Fuente Monge, Gregorio, «El primer liberalismo español», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, pp. 30-31, 44.

⁴⁷⁹ de la Fuente Monge, Gregorio, «El primer liberalismo español», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, pp. 39, 41.

⁴⁸⁰ de la Fuente Monge, Gregorio, «El primer liberalismo español», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, p. 30. En cursiva en el original.

universal relativo (podían votar los hombres mayores de 25 años). Antes, durante y después de la proclamación de esta Constitución, las Cortes gaditanas aprobaron de forma ininterrumpida decretos y medidas encaminadas al desmantelamiento del Antiguo Régimen, incompatible con el nuevo orden constitucional. Sin embargo, la llegada de Fernando VII en 1814, al término de la guerra, supuso la aplicación del Manifiesto de los Persas y, en consecuencia, la disolución de las Cortes, así como del sistema constitucional y de la Constitución misma. Decidido a deshacer todo lo hecho durante su ausencia y a reinstaurar el absolutismo y el Antiguo Régimen en España, Fernando VII acabó con las Cortes, revocó toda su obra legislativa y puso a los liberales en el punto de mira, persiguiéndolos, encarcelándolos o forzándolos a partir al exilio, lo que frustró y postergó todo plan de liberalización, para entonces ya proclive a una mayor radicalización, por unos cuantos años⁴⁸¹.

La Pepa no volvería a estar vigente hasta el Trienio Liberal de los años 1820-1823, cuando, dos meses después del pronunciamiento militar de Rafael de Riego en Sevilla en enero de 1820, el Rey fue obligado a jurarla, amén de a eliminar la institución de la Inquisición y comprometerse a respetar un orden liberal-constitucional inestable y constantemente tensionado por las que de un tiempo a aquella parte se habían convertido en las dos corrientes liberales decisivas del panorama político español, a saber, la moderada y la exaltada, vale decir, la conservadora y la progresista. La primera abogaba por mantener cierto margen de maniobra política para el Rey, mientras que la segunda propugnaba una ampliación de las libertades ciudadanas y la aplicación de una serie de reformas estructurales, sistemáticas y de calado en no pocas ocasiones abiertamente rayanas en el republicanismo. Ni una ni otra, alternativas en el poder, lograron impedir la enésima intentona de reimplantación del absolutismo que Fernando VII seguía deseando, lográndolo en 1823 con ayuda de los «Cien Mil Hijos de San Luis» enviados desde Francia en el marco del proceso de Restauración europea efectuado tras la derrota de Napoleón y la celebración del Congreso de Viena en 1814, donde se trató de reorganizar el concierto europeo de naciones de acuerdo con el llamado «sistema Metternich» de relaciones internacionales. De esta forma dio comienzo la llamada «Década Ominosa» (1823-1833), en la que el absolutismo imperó de nuevo en España hasta la muerte del rey, la cual finalmente permitió una apertura política en clave liberal impensable en vida del monarca:

A partir de la muerte de Fernando VII, el régimen liberal logró imponerse. Aparecieron los partidos políticos; se promulgaron constituciones liberales y se respetó la libertad de reunión y de expresión; la legislación rompió privilegios feudales; se modernizó el aparato administrativo; se desvincularon las tierras de la nobleza y se vendieron las de la Iglesia, que perdió poder e influencia. No obstante (...), el de los liberales fue un dominio precario o, por lo menos, amenazado buena parte de la sociedad inserta en los hábitos y en las mentalidades del Antiguo Régimen.⁴⁸²

Tras la muerte del rey, aún habrá que esperar a 1836 para recuperar por segunda vez un orden constitucional doceañista que, no obstante, solo sobrevivirá en esta ocasión durante un año. En 1837, bajo la regencia de María Cristina de Borbón y a propuesta del Partido Progresista, que renegaba del régimen de carta otorgada del Estatuto Real de 1834 de la regente porque no reconocía el principio de la soberanía nacional, se confeccionó una nueva Constitución de cuño netamente más conservador que la del 12 pero, precisamente por eso, susceptible de contar con el apoyo del Partido Moderado, que secundaba la propuesta al considerar

⁴⁸¹ «En el exilio, los liberales acentuaron sus divisiones al recriminarse mutuamente los errores cometidos y al cuestionar los moderados cada vez más abiertamente la validez de la Constitución de 1812. Por otra parte, la reincidencia de Fernando VII en el absolutismo hizo que este segundo fracaso constitucional favoreciese la aparición de las primeras, aunque todavía tímidas, manifestaciones republicanas». (de la Fuente Monge, Gregorio, «El primer liberalismo español», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, p. 57.)

⁴⁸² González Cuevas, «El pensamiento reaccionario, tradicionalista y carlista», en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, p. 108.)

razonable el hecho de que un cambio de signo en el Gobierno no implicase a su vez y necesariamente un cambio de texto constitucional.

Si bien es cierto que la nueva Constitución redactada de común acuerdo entre estos dos grandes partidos liberales de la época, debido a su mayor «docilidad» frente a la de Cádiz, renunciaba o modificaba determinadas características que habían resultado cruciales en la primera a la hora de calificarla de liberal, se conservó el espíritu nuclear de la carta gaditana en lo concerniente al recogimiento y protección de los derechos individuales, así como al mantenimiento de la Milicia Nacional, entre otros aspectos más favorables a la visión progresista que a la moderada. En este sentido, la Constitución del 37 permitió construir una legalidad común e integradora razonablemente tolerable para todos los liberales y, más relevante aún, trajo consigo la implantación y consolidación definitivas de un sistema de carácter liberal-constitucional homologable a los parlamentarismos contemporáneos de Francia o de Bélgica, hecho especialmente reseñable en un contexto de eclosión y diversificación de tres «sensibilidades» dentro del liberalismo moderado. Una escisión que, conforme avanza el siglo, cobrará relevancia y visibilidad y que se materializará en una forma moderada propiamente dicha, otra autoritaria y una última llamada «puritana». La primera, representada por personajes como Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa o el primer Donoso Cortés, entre otros, constituirá el grueso del liberalismo moderado y, a su vez, del Partido Moderado. Como de costumbre, su espíritu e ideario se levantan sobre los pilares del doctrinarismo francés, propugnando el principio de la soberanía compartida, un modelo de democracia censitaria, un sentido religioso de la vida pública y una visión pragmática y transaccional de la práctica política acorde con una aristotélica propensión al justo medio. La segunda tendencia, propia del marqués de Viluma o Juan Bravo Murillo, radicaliza los postulados moderados esenciales hasta aproximarse al tradicionalismo rayano en el carlismo y la defensa (más o menos explícita) del retorno al Antiguo Régimen, mostrándose favorable, en consecuencia, a los intereses de la Iglesia, la Corona y los grandes terratenientes, herederos del sistema feudal, cuyos privilegios estaban cada vez más amenazados por la pujanza de la burguesía. En el lado opuesto se encuentra la tercera tendencia, la de políticos como Joaquín Francisco Pacheco y Nicomedes Pastor Díaz, que sin llegar a aceptar las premisas liberal-progresistas, sí asumen en plenitud el legicentrismo liberal y se muestran favorables a la construcción de un Estado independiente sobre las cenizas del Antiguo Régimen.

En cuanto a los progresistas, seguirán definiéndose por su oposición a ese mismo periodo y abogando, en consecuencia, por la ampliación, reforzamiento y efectucción del principio de la soberanía popular (en detrimento de las prerrogativas reales), los derechos individuales y el sufragio, así como por el desmantelamiento de la estructura económica y de poder del antiguo orden, lo que incluye la toma de medidas contra las posesiones eclesiásticas mediante la promoción del proceso de desamortización y la reconfiguración del sistema de Hacienda para adecuarlo a los nuevos tiempos. También, en el plano local, el progresismo liberal se caracterizará por enfrentarse al moderantismo en lo concerniente al incremento o la disminución del poder de los municipios, esto es, por favorecer la descentralización o la centralización administrativa, respectivamente.

Con todo, la norma del 37 tampoco lograría llegar a la mayoría de edad a la que, a los trece años, sí llegó Isabel II en 1843. Durante su reinado, los liberales moderados, secundados por el general Ramón María Narváez, encargado del gobierno desde 1844, tuvieron y aprovecharon la posibilidad que este les brindó para marginar a los liberales progresistas y redactar un tercer código constitucional hecho a su medida, esto es, a medida de los intereses de la Corona, así como de la Iglesia, con la que se inició un acercamiento (que culminará en 1851 con la efectucción de un concordato). Así, en 1845 vio la luz una Constitución que, a los efectos, era la del 37, solo que remozada en clave moderada-conservadora. Esta relegaba la idea de una soberanía nacional para sustituirla por una soberanía compartida –antigua reivindicación moderada– entre la Nación y el Rey. Al mismo tiempo, restringía aún más el

sufragio y difuminaba la división de poderes consignada en las legislaciones anteriores. Además, separándose de estas, vinculaba la libertad de imprenta al poder ejecutivo.

A pesar del breve interregno de dos años del llamado «bienio progresista» (1854-1856) propiciado por el revolución de 1854, en el que tuvo lugar la creación de un «Centro Parlamentario» que posteriormente desembocaría en la creación de la Unión Liberal del general Leopoldo O'Donnell a partir de la unión de algunos moderados puritanos (entre ellos un joven Cánovas del Castillo) y algunos progresistas «templados» y que lograría tocar poder en varias ocasiones hasta su definitiva disolución en 1874, fue el triunfo de otra revolución, la Gloriosa de 1868, la que puso término a la vigencia de la ley del 45 al convocar elecciones a Cortes Constituyentes (con sufragio universal masculino, lo que facilitó el voto a cuatro millones de españoles, más de la mitad de ellos analfabetos). Tras ellas, se procedió al diseño de un cuarto texto constitucional que a día de hoy es considerado por muchos historiadores como la primera Constitución auténticamente democrática de la historia de España por cuanto atribuía gran fuerza a las Cortes, establecía mecanismos de control del gobierno y limitaba notoriamente el poder del Rey. A pesar de eso, concitó más enemistades que apoyos, aunque resistió al posterior cambio en la forma política del Estado (Primera República, 1873-1874) e incluso al comienzo de la Restauración borbónica en 1874. Dos años más tarde, en 1876, ya había sido reemplazada por su análoga a la sazón, promulgada por el líder del Partido Moderado, Cánovas del Castillo⁴⁸³, reconocido artífice, con la necesaria colaboración de Sagasta⁴⁸⁴, líder del Partido Liberal, del «sistema del turno». Este quinto código seguía una tónica *grosso modo* similar a la de sus predecesores, aproximándose más a los postulados moderados-conservadores. Entre otras cosas, postulaba una soberanía compartida entre Rey y Nación -concediendo el poder ejecutivo y capacidad de veto sobre el legislativo a aquel-, la confesionalidad católica del Estado y, si bien no estipulaba ni concretaba la naturaleza del sufragio, ulteriormente (1890) se consolidó el universal (masculino). Sobre la base de estas ideas, la Constitución del 76 logró aplicarse durante cuarenta y siete años, todo un récord para el constitucionalismo español y la confirmación postrera de que el siglo XIX había sido, también en España, el del liberalismo, aunque ciertamente no sin dificultades:

La primera década del siglo XIX, culminada con la aprobación constitucional de Cádiz, marca el arranque de la construcción de España como nación liberal. La tarea de sustitución del aparato administrativo e institucional del Antiguo Régimen y, lo que es más profundo, la lenta transformación del imaginario popular ligado a la monarquía, abarca buena parte de lo que podríamos denominar constitucionalización de la nación liberal española. El fuerte arraigo de la monarquía y el débil proceso revolucionario liberal de principio de siglo nos señalan que este camino será lento, sinuoso, y muchas veces contradictorio. Avances y retrocesos marcan el destino del imperfecto liberalismo nacional español.⁴⁸⁵

⁴⁸³ «Como la inmensa mayoría de los hombres del siglo XIX, [Cánovas] creía en la idea de progreso, pero al mismo tiempo le era difícil romper con las costumbres y el pasado. La aceleración de la vida moderna, que se oteaba en el horizonte del país, le sumía en la perplejidad de quien defiende la tradición y la modernidad, la persistencia y la transformación. En Cánovas se encuentra una filosofía de origen kantiano en los aspectos morales (imperativo categórico), y de base hegeliano-racionalista en cuanto al modelo de Estado, que explica la dualidad de su pensamiento: defensa de la tradición espiritual española, se sobreentiende católica, y apoyo al desarrollo científico-tecnológico y económico». (Menéndez Alzamora, Manuel, y Robles Egea, Antonio, «Los liberalismos moderado y progresista», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, pp. 78-80.)

⁴⁸⁴ «Sagasta (...) no fue un líder que destacara en la creación de una doctrina liberal. Sin duda, poseía claras ideas políticas, pero su pensamiento era predominantemente estratégico y muy pragmático (...). Sus planteamientos teóricos siempre se anclaron en los ideales progresistas de su juventud, que alcanzaban el esquematismo liberal de la época: racionalidad humana, derechos y libertades, monarquía constitucional, confianza en la ciencia y el progreso, economía libre, sociedad de clases, sistema representativo, legitimidad electiva de la autoridad, Estado neutral, entre otras ideas, pero no trascendía los lugares comunes». (Menéndez Alzamora, Manuel, y Robles Egea, Antonio, «Los liberalismos moderado y progresista», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, p. 87.)

⁴⁸⁵ Menéndez Alzamora, Manuel, y Robles Egea, Antonio, «Los liberalismos moderado y progresista», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, p. 61.

Conviene señalar, no obstante, que no solo el liberalismo hizo acto de aparición en el siglo XIX español. Como había sucedido en Europa, en España, aunque con lógico retraso debido al desfase padecido por nuestro proceso de industrialización respecto al del Continente y, claro está, al de las Islas, también surgió una vernácula cuestión social para la que algunos liberales quisieron aportar soluciones en clave no tanto liberal como *socioliberal*. Esto, como sabemos, no es nuevo, por lo que no sorprende que desde el propio restauracionismo surgiesen las primeras voces defensoras de postulados de corte intervencionista-estatista en lo económico como posible solución a dicha cuestión. Es el significativo caso, sobre todo por lo que a nuestra investigación concierne, de José Canalejas, miembro de los grupos dinásticos pero simpatizante de ideas rayanas en el republicanismo reformista, circunstancia que, desde sus muy diversos cargos en las distintas administraciones por las que transitó entre los años 80 del siglo XIX y los 10 del XX, lo convenció de seguir el derrotero que tiempo atrás ya habían seguido los gobiernos británico y francés con miras a la resolución o, cuanto menos, a la paliación del problema social:

Canalejas creía que las reformas necesarias eran posibles. El objetivo era la democratización del país a partir de principios éticos y morales, lo que redundaría en su estabilización y consolidación posteriores. Más, a ello sumaba el deseo de alcanzar un orden social justo e igualitario. Estos eran los caminos de la regeneración y europeización de España. Desde 1890, aproximadamente, Canalejas defendió que el Estado liberal, si quería avanzar en sus conquistas, necesitaba incorporar a las clases trabajadoras, lo que solo podría hacer *si intervenía socialmente para reducir las distancias y desigualdades entre ricos y pobres, es decir, incrementar la justicia social*. Por ello, propugnaba la creación de las condiciones para hacer efectiva la igualdad, como eran la seguridad individual, la libertad económica controlada, las reformas sociales, etc. *El intervencionismo estatal para realizar las reformas civiles, educativas, fiscales, administrativas, al contrario de lo que algunos liberales pensaban, no conculcaba la libertad, sino que la hacía más real al darse en un marco más igualitario.*⁴⁸⁶

Así las cosas, Canalejas apostaba con claridad por un modelo de Estado de neto cuño socioliberal al que, en tanto tal, le competía la tarea de conciliar los intereses de todas las clases sociales de acuerdo con un plan y proyecto comunes y superiores a todo particularismo, que trajese consigo no solo estabilidad y equilibrio a la sociedad en su conjunto, sino también armonía entre todas sus partes, entonces encajadas de forma que todas pudiesen aportar algo al acervo común y beneficiarse mutuamente de ello. Para lograr este objetivo, impulsó cambios en la legislación en materia laboral que favoreciesen la justicia y la paz sociales para evitar que los obreros sintiesen la necesidad de dejarse arrastrar por unos sindicatos demasiado proclives a una revolución que él, como buen socioliberal, consideraba no solo innecesaria, sino contraproducente. Por eso reclamaba la intervención directa del Estado como árbitro y mediador en esta clase de conflictos; al concebirlo como una institución neutral cuya finalidad era la consecución del bien común a todos los ciudadanos, perteneciesen estos a la clase a la que perteneciesen, Canalejas creía que su deber era el de facilitar acuerdos entre partes por el bienestar de toda la comunidad. Asimismo, en esta línea, sostenía una concepción de la libertad eminentemente positiva, y asignaba al Estado la misión irrenunciable de ofrecer y mantener un sistema público sólido que hiciese posible la educación neutral —en detrimento de las tradicionales atribuciones de la Iglesia— de todos los ciudadanos, con independencia de su renta (y por tanto de su clase) y pudiese aportarles lo mínimo en caso de necesidad y apuro para concederles la oportunidad de

⁴⁸⁶ Menéndez Alzamora, Manuel, y Robles Egea, Antonio, «Los liberalismos moderado y progresista», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, pp. 88-89. La cursiva es añadida.

rehacerse y, tarde o temprano, reunirse con el resto de miembros de la sociedad como un contribuyente más al beneficio de la misma.

Pero el socioliberalismo de Canalejas será solo un paréntesis. Con el Golpe de Estado de 1923 del general Miguel Primo de Rivera, llegó a su fin la validez de buena parte de sus propuestas, así como de la «longeva» Constitución del 76, al tiempo que, con ella, se suspendió el periodo liberal más largo vivido en España. Cerrado este otro interregno dictatorial de siete años, transcurrido uno de inestabilidad y, finalmente, proclamada la Segunda República tras los decisivos comicios del 12 de abril de 1931 y la huida de Alfonso XIII de España, el sistema político nacional recobró su naturaleza liberal y, ahora, también democrática, y posibilitó el florecimiento de toda una auténtica pléthora de partidos entre los que era posible encontrar varios que continuaban la senda liberal iniciada el siglo anterior, destacando, dentro del moderantismo, reconvertido ahora en liberalismo conservador, el Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux, y dentro del progresismo, el Partido Republicano Radical Socialista de los exlerrouxistas Marcelino Domingo y, sobre todo, Álvaro de Albornoz⁴⁸⁷, partidos acompañados dentro del espectro liberal de centro por el efímero Partido del Centro Democrático o Partido de Centro Nacional Republicano de Manuel Portela Valladares, formación creada *ex profeso* de cara a las elecciones de 1936 – cuando Portela Valladares era aún presidente del Consejo de Ministros- en un intento finalmente vano de aglutinar a todo el centro republicano con el objetivo de rebajar la creciente tensión latente en la sociedad española. Asimismo, la República hizo factible la redacción de un texto constitucional, el sexto en menos de un siglo y medio, plenamente democrático, si bien aprobado en diciembre de ese mismo año 31 al margen de la población, que no tuvo ocasión de votarlo en referéndum. Por cierto que en este contexto de debate constitucional cabe destacar la figura de Melquíades Álvarez, cuya trayectoria, más larga que la del ya mencionado Canalejas, siguió derroteros ideológicos y aspiraciones políticas muy similares.

Habiéndose dado a conocer en 1912 como fundador y líder del Partido Republicano Reformista, más habitualmente referido como Partido Reformista, Álvarez contó en sus inicios con acólitos de la talla de José Ortega y Gasset, Manuel García Morente, Fernando de los Ríos, Benito Pérez Galdós, Manuel Azaña (que posteriormente renegará de su pasado «melquiadista») o Gumersindo de Azcárate. Junto con ellos y con una filosofía de «cambio tranquilo» accidentalista respecto a la forma de Estado –no obstante el nombre de su primer partido- y de médula regeneracionista, Álvarez tratará de materializar una modernización de España a su juicio irrealizable por medio de los partidos del turno, conservando lo mejor de la tradición española pero sin anclarse en ella ni impedir el progreso del país y su puesta al día en relación a Europa⁴⁸⁸. Precisamente su posterior cambio de opinión al respecto de los

⁴⁸⁷ Es interesante reseñar la siguiente afirmación de Albornoz: «era necesario nacionalizar el socialismo a fin de que se convirtiera en un estímulo patriótico para la revolución». (Citado de Ortega Ruíz, Manuela, «Las ideas republicanas durante la Segunda República», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, p. 428.) La sentencia es significativa, y no solo porque haga manifiesta una de las metas clásicas del socioliberalismo (a saber, la inclusión de las clases obreras al proyecto nacional común del que idealmente todos los ciudadanos habrían de ser partícipes en tanto tales, provengan de la clase que provengan en tanto en cuanto dicho proyecto se propone como superador de todo interés particularista o de clase). Lo es también porque esa meta socioliberal es a su vez, como sabemos, no por casualidad, un objetivo que hace suyo el fascismo. En el caso de España, como veremos en el siguiente capítulo, poca diferencia hay entre los propósitos de Albornoz, socioliberal al uso, y los de Ledesma Ramos, fascista de manual, en lo que a la «nacionalización» del socialismo obrero se refiere.

⁴⁸⁸ Esta meta la perseguirá siempre, también durante la Segunda República: «Nuestro partido es un elemento de conservación y de progreso; de conservación, porque no puede comprometer locamente los grandes intereses sociales que existen en España; de progreso, porque está abierto a todas las ideas, a todas las aspiraciones, a todos los anhelos por radicales que sean, con una condición, de que estas ideas hayan fecundado primero en la conciencia del pueblo español y las que no hayan fecundado desechárlas. Y así es la política que nosotros defendemos. No queremos una República estática (...), [p]ero no queremos proceder ciegamente, atropellando todo lo que ha sido sancionado por la labor obscura de los siglos, y no queremos que fórmulas vacuas y empíricas puedan transformar la vida de la sociedad española como si se tratase de una alquimia social. (...) Por eso yo me indigno, por eso tengo que indignarme contra aquellos de lengua fácil y de conciencia un poco ligera, que no tienen inconveniente en prometer a la muchedumbre lo que no pueden realizar. Yo jamás,

partidos del turno y, en especial, respecto al Liberal, en el que acabó considerando necesario apoyarse si quería que sus proyectos de cambio y regeneración fuesen viables, le reportó un descrédito del que no se recuperaría hasta llegada la Segunda República y tras años de sonada ausencia durante la dictadura primorriverista⁴⁸⁹.

Proclamada la República en un clima de anómala armonía nacional, Álvarez trató de hacer resurgir de sus cenizas el Partido Reformista, ahora rebautizado como Partido Republicano Liberal Demócrata. En esta nueva etapa conservó intactas sus características pretensiones reformistas -aunque no todos sus colaboradores de antaño-, participando, entre otros, en el debate sobre el texto constitucional de 1931 y haciendo un llamamiento a la redacción de una Constitución amplia, hecha por todos y para todos los españoles. Asimismo, alertó sobre el peligro que suponían, a este respecto, tanto el «fanatismo rojo» (comunista-bolchevique) como el «fanatismo negro» (a la sazón, fascista, puesto que a los nazis aún les restaban dos años para tomar el poder en Alemania), idiosincrasias totalitarias igual de execrables dado que, a su juicio, subsumían la Nación al Estado, el Estado al Gobierno y el Gobierno al líder o caudillo del mismo, enterrando en el proceso la libertad y los derechos de todos a favor de la libertad y los derechos de unos pocos (los afines al líder de turno), cuando no a uno solo (el propio líder). Por otro lado, sobre la relación Iglesia-Estado, apostó, como ya lo había hecho un espíritu afín al suyo como el de Canalejas, por la secularización.

En definitiva, Álvarez, como el propio Canalejas antes que él, fue y actuó como un centrista socioliberal. Lo demuestran su infatigable afán de democratización y, sobre esta base prioritaria e irrenunciable, su consideración del individuo como entidad inviolable y autónoma y de la sociedad como colección de individuos, poseedores de idénticos derechos y obligaciones, y necesitada de instituciones que proporcionen a dicha pluralidad, en consonancia con la concepción positiva de la libertad característica de la ideología socioliberal, la posibilidad y los medios materiales indispensables para la exitosa realización de sus metas, sueños, propósitos y proyectos de vida (individuales), inalcanzables sin el concurso de una serie de medidas de igualdad –sobre todo de oportunidades- básicas y no menos imprescindibles ni preceptivas. Pero su vocación de centro también se refleja en sus denodados intentos –más explícitos y vehementes aún que los de Canalejas- de integrar a todos (los partidos, los españoles) en un proyecto y obra comunes, en su altura de miras, su sentido de Estado, su confianza en el diálogo, la palabra, la negociación y el acuerdo, virtudes imprescindibles para la convivencia en la España de su época.

La República (...) tiene que realizar la obra del progreso social. El progreso social no son unas cuantas fórmulas vacías de contenido. Yo creo que todos nosotros, por nuestro origen, por nuestra profesión, por nuestra posición social, somos representantes de una República burguesa, pero de una burguesía avanzada y liberal, que no tiene los prejuicios, las ideas rancias, los egoísmos de esa otra burguesía que permanece petrificada en statu quo. Eso somos nosotros. Por eso promovemos reformas de carácter social, y, con la vista puesta en el ideal aspiramos a que esta burguesía de hoy se convierta en una democracia social de mañana. ¿Fácil tarea? Probablemente, no; pero hay que emprenderla en aras del progreso. No pueden

jamás, jamás, prometeré al pueblo español lo que no haya de realizar desde el Poder. (...) [E]n una democracia, cuando se promete al país lo que no se puede realizar, en el país se engendra la pasión del desengaño y ante esta pasión los gobernantes son menospreciados y las instituciones que ellos encarnan se comprometen gravemente en su esencia». (Extracto del discurso pronunciado por Melquíades Álvarez el 31 de enero de 1932 en el Teatro Principal de Valencia, citado en Suárez González, Fernando, *Melquíades Álvarez. El drama del reformismo español*, Marcial Pons, Madrid, 2014, pp. 98-99.)

⁴⁸⁹ Dictadura a la que, no obstante, se opuso desde el principio. Así, llegó a redactar, de acuerdo con otras personalidades, un manifiesto dirigido «A la Nación y al Ejército de mar y tierra», correlato teórico de la denominada «Sanjuanada», un fallido intento de golpe de Estado previsto para la noche del 24 de junio (esto es, la noche de San Juan, de ahí su pintoresco nombre) de 1926 que pretendía, además de poner fin a la Dictadura, restablecer la Constitución de 1876 y convocar a las Cortes suspendidas en 1923 bajo el lema, pergeñado por el conde de Romanones (otro de los participantes en el complot), «mi reacción, ni revolución; Monarquía y régimen parlamentario».

realizar esta obra los elementos conservadores, porque los elementos conservadores no tienen el sentido de su necesidad; no pueden realizarla los obreros, porque la envenenarían con la pasión y con el odio sectario. Tenemos que realizarla nosotros, pero realizarla en una forma tal que seamos una garantía para la clase conservadora, porque nosotros jamás, jamás llegaremos a la expoliación; pero que seamos también una garantía para el obrero, porque admitiremos todas las ideas avanzadas que representen una fórmula de progreso perfectamente definida.⁴⁹⁰

Tras este nuevo oasis liberal (y ahora también democrático) de la Segunda República, que tan solo duró cinco años, y después de que en julio de 1936 tuviera lugar el golpe de Estado llevado a cabo por el general Francisco Franco, que dio paso a un desgarrador conflicto civil de tres años, el sistema liberal desapareció una vez más, en esta ocasión bajo el yugo de la dictadura más férrea de cuantas hubiera sufrido el país en toda su historia, a la par que la más duradera. Fijando su inicio en 1939, último año de la guerra, no fue hasta el último del dictador, 1975, cuando España tuvo ocasión de principiar un proceso de transición nacional que, bajo la dirección de Adolfo Suárez, la habilitó para reinstaurar un modelo de Estado demoliberal, esta vez en forma de la Monarquía parlamentaria que pervive hasta nuestros días. Para ello, Suárez logró reunir sensibilidades muy distintas en su partido, la Unión de Centro Democrático o UCD, primer partido de centro surgido en España después de la Dictadura y que, en su condición de tal, trató explícitamente de hacer suya la herencia de buena parte de los líderes liberales españoles de los siglos XIX y XX con el fin de superar el mito de las dos Españas mediante una Transición ejemplar en la que todos cediesen parcialmente en sus aspiraciones y, gracias a eso, lograsen alcanzar los consensos y la reconciliación que la inmensa mayoría de la sociedad española demandaba después de cuarenta años de régimen militar y mordaza política.

Para alcanzar esa meta, ese gran objetivo que definí como la devolución de la soberanía al pueblo español, era necesario que todos y cada uno de los españoles consideráramos a los demás compatriotas, con sus diferentes ideas, convicciones, creencias, posiciones sociales y origen territorial[,] no como «enemigos» sino como «complementarios» (...). Era entre todos como debíamos lograr la gran reconciliación nacional (...). Todas las concepciones de España eran –y son- respetables, pero la verdaderamente importante no eran las visiones particularistas de cada uno, sino la concepción de España como proyecto de vida democrática en común que, entre todos, debíamos construir. (...) En los años de la Transición para alcanzar el establecimiento pleno de la democracia, se daban dos posiciones extremas que, a mi juicio, constituían caminos erróneos que podían llevar al pueblo español a una confrontación peor que las anteriores. (...) Unos pretendían hacer de la democracia un simple revoco de fachada del régimen autoritario. Otros deseaban partir de cero, desconociendo cuánto de bueno existía en la sociedad española, obra de las generaciones más jóvenes. Era necesario encontrar *un tercer camino* que nos permitiera sortear con firmeza los riesgos de esas dos posiciones. Este no podía ser otro que el de la Reforma política.⁴⁹¹

Ese «tercer camino» es, cómo no, el buscado por todo partido de centro que se precie, si bien el caso de UCD es peculiar, ya que, aunque intentó ir más allá y ser algo más, no logró superar su función inicial de «mero» instrumento de estabilización y conformación de un marco político que posibilitase el nacimiento y desenvolvimiento de otras formaciones. En este sentido, ni el moderantismo, ni el reformismo, ni la naturaleza democrática y dialogante de su líder, ni siquiera la iniciativa y los éxitos (no solo electorales) obtenidos en sus comienzos, pudieron compensar la debilidad ideológica y congénita del mismo:

⁴⁹⁰ Del discurso (ya mencionado) pronunciado por Melquíades Álvarez el 31 de enero de 1932 en el Teatro Principal de Valencia. Citado en Suárez González, *Melquíades Álvarez. El drama del reformismo español*, pp. 162-163.

⁴⁹¹ Del prólogo de Adolfo Suárez recogido en Rodríguez-Arana, *El espacio de centro*, pp. 15-16. La cursiva es añadida.

[E]n el centrismo de la UCD no hubo un ideario articulado que guiara la acción, ni una concepción clara en la necesaria articulación de la estructura del partido. Además, es posible que la formación de la UCD respondiera, por supuesto a las condiciones personales de su líder, pero también a lo que podríamos denominar centrismo táctico, es decir, a la confluencia en un grupo político de los sectores moderados de distintos grupos y facciones, que pretendían evitar un enfrentamiento visceral entre posturas que son de partida irreconciliables. De hecho, el consenso que se pudo articular con los de fuera no fue posible establecerlo dentro, y la pervivencia de las familias internas, de diversa procedencia ideológica, propici[ó] el rompimiento de lo que en muchos aspectos puede considerarse como una coalición. El espacio de centro, para mayor abundamiento, fue absorbido paulatinamente por la progresiva y evidente moderación de los demás partidos políticos, abandonadas las retóricas radicales con [que] habían salido de la dictadura.⁴⁹²

Así fue como UCD murió. Su espíritu y su ambición, sin embargo, se preservaron a lo largo del tiempo, mas con evidentes sobresaltos. A la conservación inicial del ideario en su heredero directo, el Centro Democrático y Social o CDS -también de Suárez-, cuya sangría política y su progresiva irrelevancia se prolongaron hasta su disolución oficiosa en 2006, la sucedieron, fundamentalmente, dos apariciones: la del partido Unión, Progreso y Democracia o UPyD, de la exdirigente socialista Rosa Díez (y bajo los renombrados auspicios del filósofo Fernando Savater), en 2007, y, desde 2006 en Cataluña y 2014 en toda España, la de Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, bajo la presidencia de Albert Rivera (hasta 2019). En el caso de UPyD, el objetivo del partido era calar en la sociedad española para regenerar el sistema democrático y luchar contra el bipartidismo PP-PSOE, que consideraba inmovilista y acomplejado (por igual en ambos casos) en aspectos como la unidad de España y la igualdad entre los españoles frente a los desafíos presentados por los nacionalismos periféricos, particularmente el vasco y el catalán, y sus privilegios históricos. Con este discurso como bandera, logró representación en el Congreso tras los comicios de 2008 (un escaño) y 2011 (cinco escaños), pero no en los de 2015 ni en los de 2016, momento en el que el «partido emergente» de Albert Rivera, líder con una influencia y éxito mediáticos notablemente mayores que los de Díez, se había adueñado de la práctica totalidad de sus sufragios (e incluso de sus miembros más representativos), quedando a partir de entonces UPyD como fuerza política residual. En cuanto a Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, heredero más reciente a nivel nacional del liberalismo/socioliberalismo español será objeto específico de consideración en el siguiente apartado.

Sea como fuere, lo cierto es que, si por algo se ha caracterizado el liberalismo español más allá de particularidades coyunturales, ha sido por su falta de originalidad, carencia que se vislumbra particularmente en el caso del siglo XIX, ya que

el liberalismo español no opera como una decantación, más o menos afortunada, del imaginario ilustrado liberal contenido en un catecismo teórico y azotado por las contingencias de un orden político aferrado, orgánica y emocionalmente, al pasado monárquico. El liberalismo español se construye de manera imperfecta a partir de fuentes muy diversas, y condicionado por una realidad social lastrada de formas y modos muy arraigados. (...) Todo ello significa que el liberalismo español del siglo XIX no se muestre original, genuino y generoso en novedosas perspectivas. Todo lo contrario.⁴⁹³

⁴⁹² Del prólogo de Adolfo Suárez recogido en Rodríguez-Arana, *El espacio de centro*, pp. 28-29.

⁴⁹³ Menéndez Alzamora, Manuel, y Robles Egea, Antonio, «Los liberalismos moderado y progresista», capítulo recogido en Menéndez Alzamora y Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*, p. 92.

Dado que desde mediados-finales del siglo XVIII España siempre ha tendido a ir a rebufo de sus vecinos europeos en términos de modernización (industrial, económica, civil, social, política, etc.), este hecho no resulta especialmente llamativo. Sin embargo, sí es oportuno reconocerle a este liberalismo ciertos méritos propios, como su perseverancia en su lucha por arrancar a España de las obsoletas raíces del Antiguo Régimen -una lucha mucho más ardua que en otras latitudes debido a la profundidad y fortaleza de esas raíces- o, en aras de alcanzar esa misma meta, haber estimulado la aparición y aun multiplicación de corrientes de pensamiento y acción aperturistas de naturaleza democrática y participativa inéditas en nuestro país. De ello podemos concluir que, aun tratándose de un liberalismo de poco vuelo creativo, por así decirlo, el español no está exento –como tampoco lo está, en realidad, ningún otro- de su particular peculiaridad.

2) Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía como representante del centro socioliberal en España

Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, más comúnmente conocido como Ciudadanos a secas, es un partido político español nacido en un lugar, Cataluña, y un tiempo, 2006, determinados por una serie de concretas condiciones políticas, sociales y, en última instancia, ideológicas. En particular, por el reforzamiento del nacionalismo catalán y, más específicamente, por la asunción de buena parte del ideario nacionalista por parte del Partido de los Socialistas de Cataluña (PSC), rama regional del PSOE que, sin embargo, goza de un importante espacio de autonomía propia y que fue el principal impulsor, junto con sus a la postre socios de gobierno, Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) e Iniciativa per Catalunya-Verds (ICV) y con el visto bueno de la Dirección General del PSOE de José Luis Rodríguez Zapatero, de la elaboración, la propuesta, la tramitación y la aprobación de un nuevo Estatuto de Autonomía para la Comunidad Autónoma catalana entre los años 2004 y 2006.

Considerando que el contenido del Estatuto era demasiado favorable a los intereses y deseos del nacionalismo rayano en el independentismo y culpabilizando de ello a la deriva nacionalista en la que de un tiempo a aquella parte parecían haberse sumido el PSC⁴⁹⁴ y su máximo responsable, Pasquall Maragall, un grupo de consagrados intelectuales catalanes a cuyo frente se hallaba Arcadi Espada (seguido de personalidades como Francesc de Carreras, Félix de Azúa o Félix Ovejero, entre otros) decidieron dar un paso adelante a modo de protesta y desde 2004 se reunieron de forma periódica en el (ya desaparecido) restaurante del Taxidermista de Barcelona. Hartos de la dejación de funciones que a su entender había hecho siempre el Estado en Cataluña, cediendo de forma constante a las exigencias del nacionalismo a cambio de los apoyos necesarios para que el Ejecutivo central del momento lograra sacar adelante sus proyectos en el Congreso (así como mantenerse en Moncloa o llegar a ella, según casos), este conjunto de figuras intercambian ideas e impresiones y llegan a la conclusión de que es necesario actuar antes de que sea tarde y el nacionalismo se adueñe de toda la sociedad catalana con la complicidad de partidos que se suponen, siquiera en teoría, de sensibilidad estatal, como era el caso del PSC, que no obstante sus flirteos con el nacionalismo, sobre el

⁴⁹⁴ Hasta el punto de que Albert Rivera, a la sazón líder del grupo parlamentario de Ciudadanos en el Parlamento catalán, hizo las siguientes declaraciones en la sesión plenaria del 13 de marzo de 2013: «Yo era de los que pensaba hace un tiempo que el PSC era un partido fundamental para la gobernabilidad y para la convivencia y para las relaciones entre Cataluña y el resto de España. Hoy le digo una cosa, señor Pere Navarro, y se lo digo con tristeza: hoy ustedes no son necesarios. Hay que sustituirlos. Después de que usted presente esto hoy aquí, estoy convencido de que al PSC... Ya no se puede contar con ellos, hay que sustituirlos. Hay que dar una opción progresista, que defienda la convivencia sin complejos, que defienda las libertades [y] la igualdad dentro de España desde Cataluña y desde luego, señor Navarro, visto lo visto no se puede contar con ustedes. Ustedes son más leales al separatismo que ni siquiera a su propio partido». (Rivera, Albert, «A un PSC entregado al nacionalismo hay que sustituirlo», Parlamento de Cataluña, pleno del 13 de marzo de 2013. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=IYfwLSXLcIQ&t=2s>; [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020])

papel estaba, a la hora de la verdad, bajo la dirección y mandato de la Secretaría General del PSOE.

El resultado vio la luz el 7 de junio de 2005 con la creación de la plataforma *Ciutadans de Catalunya* y la presentación del llamado «Manifiesto de los intelectuales», que abogaba «Por un nuevo partido político en Cataluña», partido que al año siguiente, tras la aparición de un segundo manifiesto alineado con el primero⁴⁹⁵, quedó constituido. Eligiendo -por azar alfabético- a un joven abogado de veintiséis años de nombre Albert Rivera como líder, la nueva formación comenzó su andadura política bajo el nombre de Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, registrado en español como forma simbólica de reivindicar la que, además de ser su intención fundacional, se convertiría en adelante en su seña de identidad, su bandera ideológica y su principal objetivo político: combatir al nacionalismo en Cataluña (y, posteriormente, en toda España, salvaguardando su unidad y reivindicando la igualdad de todos los españoles al margen del territorio en el que vivan).

Ciudadanos nace de forma casi improvisada. «Detrás de la explosión de Ciudadanos había una larga *lucha de resistencia al nacionalismo* –explica Robles en su libro -. Hubo cuatro intentos, los dos últimos, España, Constitución de Ciudadanos (ECC) en 1997, e Izquierda No Nacionalista (INN) en 2005, fueron los antecedentes inmediatos de Ciudadanos. Sus inspiradores también.⁴⁹⁶

Asimismo, y en este sentido, el partido, conformado en su mayoría por intelectuales afines tanto al liberalismo (Arcadi Espada, María Teresa Giménez Barbat, Ana Nuño) como a la socialdemocracia (Félix Pérez Romera, Francesc de Carreras, Carlos Trías, Félix de Azúa, Félix Ovejero), optó por encajarse a sí mismo, dentro del clásico eje izquierda-derecha, *en el centro-izquierda*. Así, Ciudadanos trató de presentarse como una suerte de partido de izquierda moderada cuya nota crucial fuese su no nacionalismo, pareja de rasgos –izquierdismo y ausencia de nacionalismo- de la que, en ausencia de un PSC más preocupado por contentar las ambiciones de los independentistas manifiestos (ERC) o tácitos-latentes (Convergencia i Unió, CiU) que de respaldar a todos aquellos catalanes de sensibilidad izquierdista pero no nacionalistas, se tenían por únicos representantes reales en Cataluña.

Ciudadanos (C's) es el fruto maduro de una reacción ciudadana que tiene su origen en Cataluña y que posteriormente se proyecta a toda España. Esta reacción, nacida al hilo del Primer y Segundo Manifiesto de Ciutadans de Catalunya, se debió fundamentalmente a tres razones: Primera, *para hacer frente al abogo que para el conjunto de la sociedad catalana suponen, desde hace más de veinticinco años, las políticas nacionalistas identitarias* que pretenden homogeneizar culturalmente una sociedad plural y diversa. Segunda, porque estas políticas estaban siendo desarrolladas no sólo, como es natural, por los partidos políticos nacionalistas, sino *también por los que no se consideran como tales*. Tercera, por el *vacío de representación que existía en el espacio electoral de centro-izquierda no nacionalista*. Había que crear, pues, un nuevo partido, con perfil propio, en el que pudieran sentirse representados los ciudadanos que se habían quedado huérfanos de representación. Ante este panorama, el objetivo de Ciudadanos (C's) fue regenerar la democracia en Cataluña a través de una formación política que llevara a cabo políticas nuevas y distintas.⁴⁹⁷

⁴⁹⁵ Segundo manifiesto disponible para su consulta en Campabadal, Josep, y Miralles, Francesc, *De Ciutadans a Ciudadanos. La otra cara del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2015, pp. 122-127.

⁴⁹⁶ Suanzes, Pablo R., «De Ciutadans a Ciudadanos: Crónica de sus primeros diez años». Recogido en Capabadal y Miralles, *De Ciutadans a Ciudadanos. La otra cara del neoliberalismo*, pp. 22-23. El libro al que se hace referencia es el firmado por Antonio Robles, primer secretario general: *La creación de Ciudadanos*, Triacastela, Madrid, 2015.

⁴⁹⁷ Del *Ideario* de Ciudadanos, disponible para su consulta en línea en: <https://docplayer.es/12968995-Ciudadanos-c-s-es-el-fruto-maduro-de-una-reaccion-ciudadana-que-tiene-su-origen-en-cataluna-y-que-posteriormente-se-proyecta-a-toda-espana.html> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]. La cursiva es añadida.

Con todo, en esta suerte de *primera etapa ideológica de Ciudadanos* el partido careció de consistencia ideológica propiamente dicha. Cimentado sobre principios genéricos y transversales como la ciudadanía (entendida como agente prioritario en términos de derechos frente a los territorios), la libertad⁴⁹⁸ y la igualdad⁴⁹⁹, el laicismo, el bilingüismo y el constitucionalismo –entendido como defensa de la Constitución en Cataluña contra las pretensiones de los nacionalistas⁵⁰⁰– o, más específicamente, la «defensa de los derechos individuales», la «defensa de los derechos sociales y del estado del bienestar», la «defensa del Estado de las autonomías y de la unidad europea» y, finalmente, la «defensa de la democracia y regeneración de la vida política», Ciudadanos se alzaba, fundamentalmente, sobre la existencia en su seno de las dos corrientes ya señaladas, liberal y socialdemócrata, que, con todo, fueron capaces de convivir e, incluso, de hacer de la necesidad, virtud, aportándole a la formación un dinamismo político que a los efectos la convertía en lo que realmente nació para ser: un instrumento, una técnica para resolver problemas concretos y delimitados, siendo el del creciente poder del nacionalismo el más importante de ellos.

Ciudadanos ha partido desde el liberalismo para construir una oferta amable para la clase media. Como me dice Arcadi Espada, uno de los fundadores de Ciudadanos (...), su partido trata de representar «un espacio de razón, ecléctico y tecnocrático, cuya idea esencial es dar las mejores respuestas a los problemas concretos. Eso implica que en ocasiones se elegirán soluciones liberales y en otras socialdemócratas, pero siempre *animadas por la aspiración de hacer lo eficazmente correcto y no lo ideológicamente correcto*»⁵⁰¹.

Así, el partido hizo explícito desde el principio su propósito de conjugar ambas corrientes en su seno:

El ideario básico de Ciudadanos (C's) se nutre del liberalismo progresista y del socialismo democrático. *En la articulación de ambos* encontramos los principios que hoy fundamentan la convivencia en todas las sociedades avanzadas. Estas tradiciones políticas parten de una base común configurada en la época de la Ilustración: el predominio de la razón, por encima de los sentimientos y las tradiciones, en el enfoque de los problemas políticos. Ello comporta, muy especialmente, la afirmación de los derechos y las libertades individuales de las personas frente a unas supuestas

⁴⁹⁸ «La libertad es aquella esfera individual en la cual ninguna persona debe obedecer a ninguna otra y en la que ningún poder público debe ejercer dominación arbitraria alguna. Los poderes públicos tienen como única finalidad la defensa de esta libertad individual, es decir, la garantía de los derechos de los ciudadanos. Por tanto, *cualquier acto del Estado que no tenga esta finalidad debe ser considerado ilegítimo*, así como es ilegítimo también cualquier acto de un individuo que vulnere los derechos de otro o incumpla con los deberes que la ley le impone. Ciudadanos (C's) tiene como uno de sus principales objetivos velar para que el Estado garantice la libertad, no se extralimite de sus funciones y cumpla y haga cumplir a los ciudadanos los deberes que prevé la ley». (*Ideario*. La cursiva es añadida.) Obsérvese que esta visión del individuo como elemento prioritario es claramente liberal y que la noción de libertad combina elementos liberales a la par que republicanos.

⁴⁹⁹ «[L]a libertad es inseparable de la igualdad. *La igualdad (...) tiene dos facetas*. Una faceta formal, en el sentido de que *la ley debe ser igual para todos y todas las personas son titulares de los mismos derechos*; y una faceta substancial, en el sentido de que *el Estado debe asegurar la igual satisfacción de las necesidades básicas y, a su vez, eliminar los obstáculos y privilegios que discriminan a las personas para hacer posible que todos los individuos gocen de los mismos derechos, es decir, del mismo grado de libertad*. El punto de llegada, por tanto, no es necesariamente igualitario aunque sí el punto de partida: *el valor igualdad debe ser entendido en el sentido de igualdad de oportunidades permitiendo así que se concilie con el valor libertad*. Por otro lado, la democracia, entendida como participación igual de los ciudadanos en el gobierno del Estado, también deriva del valor igualdad. La ley democrática no es sólo la ley que vincula a todos por igual, incluidos los poderes públicos, sino también aquella ley en cuya elaboración y aprobación han intervenido, directa o indirectamente, en posición de igualdad, todos aquellos a los que se les debe aplicar». (*Ideario*. La cursiva es añadida.) Repárese en que esta visión de la igualdad abarca las dos nociones de la misma, negativa y positiva respectivamente, así como, por extensión, los dos liberalismos ya tratados en la segunda parte de nuestra investigación, el clásico y el revisionista, progresista o social, también respectivamente.

⁵⁰⁰ Sobre esos principios, Ellakuría, Iñaki, y Albert de Paco, José M., *Alternativa naranja. Ciudadanos a la conquista de España*, Penguin Random Hous, Barcelona, 2015, pp. 101-102.

⁵⁰¹ Hernández, Esteban, «Subir o bajar: Ciudadanos, ¿partido del Ibez 35 o de las clases medias?». Recogido en Müller, John (coord.), *#Ciudadanos. Deconstruyendo a Albert Rivera. Las respuestas a las diez grandes preguntas sobre Ciudadanos*, Deusto, Barcelona, 2015, pp. 80-81. En cursiva en el original.

identidades colectivas, la preocupación por la realidad y por los problemas cotidianos más que por los símbolos y los mitos, la utilización de argumentos razonables en lugar de dogmas ideológicos inamovibles⁵⁰².

A los efectos, en tanto la lucha contra el nacionalismo fuese el objetivo primordial del partido, ambas corrientes podrían coexistir sin dificultad. Además, dado ese carácter «eclectico y tecnocrático» que caracterizaba a la formación, buena parte de los impulsores del proyecto no tenían ningún problema en reconocer su doble naturaleza:

En una de esas controversias [entre el sector socialdemócrata y el liberal, Arcadi] Espada bosqueja una suerte de ideario con el que pretende evidenciar la herrumbre de los clichés ideológicos: ¿Estamos a favor de la investigación con células madre? Supongo que sí. Pues bien, conforme a este punto, seríamos de izquierdas. ¿Estamos a favor de la despenalización del aborto? ¿Sí? Pues también ese rasgo indicaría que somos de izquierdas. Ahora bien, el hecho de ser contrarios a las cuotas femeninas, nos inclinaría a la derecha. Como también nos inclinaría a la derecha la defensa de la meritocracia. Con ello quiero decir que izquierda y derecha son dos categorías vencidas por la realidad, y cualquier partido que se reclame novedoso tiene que superarlas.⁵⁰³

Años más tarde este equilibrio sufrirá un importante «recalibrado». Hasta entonces, el partido comenzó su recorrido con un éxito electoral innegable al sacar tres diputados en las elecciones al Parlamento de Cataluña de 2006, esto es, tan solo unos meses después de la constitución del partido, lo que sin duda brindó a sus dirigentes un trampolín mediático tan solo un año atrás impensable para un partido no nacionalista o catalanista. Pero hasta ahí. Tras esta fulgurante aparición, Ciudadanos no supo aprovechar el tirón de su primer y más sonado éxito y siguió una estrategia errática trufada de intentos de expansión que se saldaron con fracasos aún más sonados que dicho éxito. Las candidaturas propuestas en otras partes de España (Madrid, Alicante, Salamanca) obtuvieron pobres resultados en sucesivas elecciones entre los años 2007 y 2009, y tras el truncamiento de un primer intento de alianza con UPyD y la serie de desencuentros entre Rivera y Rosa Díez que culminó con la ruptura de las negociaciones, el partido tocó fondo al aliarse, de cara a las elecciones europeas de 2009, con Libertas, un movimiento político de carácter paneuropeo cuya ambigua naturaleza ideológica suscitó no pocos recelos entre los votantes de Ciudadanos y aun entre sus miembros, ya que era lugar común la opinión de que Libertas, partido defensor de la Unión Europea pero al mismo tiempo sumamente crítico con ella, era una formación de «extrema derecha». La acusación tenía cierto fundamento, pero solo en la medida en la que entre la confusa amalgama de partidos europeos que englobaba a Libertas –miscelánea política antes que partido al uso- había algunos manifiestamente euroescépticos e incluso xenófobos, y no meramente críticos o reformistas al respecto de las instituciones comunitarias, su funcionamiento y su grado de apertura y transparencia para con la ciudadanía⁵⁰⁴.

Con todo, es sabido que Albert Rivera (en cuyas manos únicas estaban las riendas del partido desde la celebración del segundo congreso en 2007) tomó la decisión de aliarse con esta fuerza -bajo la marca «Ciudadanos de España»- más por motivos económicos –tres millones de euros, en concreto- que ideológicos, puesto que, tras la irregular senda que había

⁵⁰² *Ideario*. La cursiva es añadida.

⁵⁰³ Fragmento recogido en Ellakuría y Albert de Paco, *Alternativa naranja*, p. 87.

⁵⁰⁴ En lo concerniente a la alianza española propiamente dicha, el programa electoral diseñado para las elecciones europeas se limitaba a reflejar exigencias y propuestas propias de una coalición de corte liberal y claramente europeísta, no obstante sus -por otra parte también liberales- críticas a aspectos como la participación ciudadana en las instituciones europeas o la falta de coordinación e integración económica, política y social entre los distintos miembros de la Unión. El susodicho programa *estuvo* disponible en línea: https://www.ciudadanos-cs.org/static/pdf/programas/Programa_europeas_2009.pdf [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

seguido el partido en los dos años anteriores, sus apoyos humanos y, sobre todo, financieros, habían mermado bruscamente, lo que sumió a la formación en un proceso de declive que no se atenuó hasta el comienzo de la deriva propiamente independentista de los nacionalistas catalanes, a partir de 2010 y, sobre todo, de 2012. A pesar de ello, en 2010 el partido incrementó su base electoral en quince mil votos gracias, en buena medida, al progresivo deterioro que de un tiempo a aquella parte habían sufrido el PP y el PSC, aunque no sumó escaños, manteniendo los tres de los comicios de 2006. Pero 2011 fue otro año nefasto para la formación, que en las elecciones municipales cosechó peores resultados que en 2007 y en las generales se abstuvo de participar debido a que el segundo acercamiento a UPyD resultó nuevamente estéril y a sabiendas de que, en solitario, no tenía nada que hacer. A pesar de esto, en octubre de ese mismo año Albert Rivera es reelegido como líder.

Entonces llega 2012. Este será un año crucial en la historia de Ciudadanos, ya que marcará el principio de su meteórica e imparable trayectoria política (imparable hasta, claro, 2019). El recorte de la legislatura y su consecuente adelanto electoral, resultado directo del aparentemente irrefrenable proceso de radicalización en clave independentista protagonizado por CiU y por el a la sazón Presidente de la Generalidad, Artur Mas, propició el crecimiento del partido naranja tanto en votos como en escaños, obteniendo nueve en las elecciones de noviembre. Este nuevo triunfo «moral» además de electoral trajo consigo una renovada intención de salto a la palestra nacional por parte de Rivera, que menos de un año más tarde, en octubre de 2013, presentará en Madrid el llamado «Compromiso Ciudadano»; una declaración de intenciones apenas ocho días después seguida de la conformación del «Movimiento Ciudadano» como paso inmediatamente previo a la implantación de Ciudadanos en toda España, cuyo «bautizo» político tuvo lugar en las elecciones europeas de mayo de 2014, donde la formación logró entrar al Parlamento Europeo con dos eurodiputados. A partir de este momento, tras un postrero y fallido conato de alianza con UPyD y la absorción de algunos partidos muy minoritarios del país (como el Centro Democrático Liberal), Ciudadanos inaugura una segunda etapa en su historia: la etapa nacional. Naturalmente, Cataluña y la lucha contra el nacionalismo cada vez más desatado seguirán marcando el norte del partido (especialmente después del simulacro de referéndum ilegal del 9 de noviembre de ese mismo año 2014 organizado por Artur Mas), pero ahora será una lucha remozada dentro de una apuesta aún mayor por la unidad de España.

[A]l tiempo de crearse Ciudadanos (C's), desde otras partes de España surgieron voces que reclamaban un giro similar en la política española, especialmente por dos razones. En primer lugar, por el incierto camino al que conduce un Estado de las autonomías que no sabe encontrar un modelo definitivo *y la amenaza que suponen unos nuevos cambios estatutarios orientados por mayorías condicionadas por partidos nacionalistas*. En segundo lugar, *para superar una agria confrontación entre los dos grandes partidos españoles en la que se da más importancia a la visceralidad que a la razón*. Por estos motivos, *los problemas de Cataluña y del resto de España, a la postre, tienen muchos puntos de conexión y las soluciones muchos puntos de encuentro*.⁵⁰⁵

Optando por enarbolar esta bandera no solo en el resto de España, sino también y particularmente en Cataluña, Ciudadanos, ahora con Inés Arrimadas al frente de la formación en la autonomía, logra un histórico repunte en las nuevas elecciones adelantadas de septiembre de 2015, convirtiéndose en el segundo partido más votado tras la coalición *Junts pel Sí*, integrada por los principales partidos independentistas, la «nueva» Convergencia Democrática de Cataluña (CDC, antigua CiU⁵⁰⁶) y ERC, entre otros. Con veinticinco escaños, Ciudadanos subió en el escalafón parlamentario hasta ser el principal partido de la Oposición,

⁵⁰⁵ *Ideario*. La cursiva es añadida.

⁵⁰⁶ Unió abandonó a Convergència debido a la deriva independentista de esta última, que aún sufrirá ulteriores cambios de nombre como consecuencia de la corrupción del clan de los Pujol, que controló el partido durante décadas.

adquiriendo Arrimadas el rol de líder de la misma. Este crecimiento exponencial del partido en Cataluña le dio alas en el resto del país, ascendiendo de forma vertiginosa en buena parte de las encuestas demoscópicas realizadas con la vista puesta en las elecciones generales de diciembre de ese año y llegando incluso a empatar en algunas con el PP y el PSOE, absolutos dominadores del panorama político español desde la desaparición de UCD y la victoria del PSOE en las elecciones de 1982.

No obstante, las elevadas expectativas del partido se vieron duramente frustradas tras los comicios, cuyo resultado, siendo espectacular para una formación como Ciudadanos, estuvo muy por debajo de lo esperado. Lejos de derrotar al bipartidismo, esto es, de superar a PP y PSOE, los naranjas tuvieron que contentarse con la cuarta plaza, detrás tanto de PP y PSOE como de Podemos (mejor dicho: de Podemos y sus innúmeras «confluencias»), el otro nuevo actor de la política nacional cuya historia sí que había constituido un auténtico éxito desde su nacimiento en 2014 (y a pesar de su progresivo declive, que no le ha impedido acceder al Gobierno formado en 2020) al calor ulterior de las movilizaciones que tuvieron lugar a partir y a través del movimiento 15M (del que el propio Podemos se ha autoproclamado siempre encarnación). Con todo, sus cuarenta escaños dieron de sí mucho más de lo que podría haberse esperado en un primer momento. Al rechazar Mariano Rajoy, como líder del partido más votado —el PP—, la posibilidad de ser investido Presidente del Gobierno tras el ofrecimiento del Rey en calidad de Jefe de Estado, Pedro Sánchez, líder del PSOE, tomó el testigo y abrió un diálogo con Ciudadanos en detrimento de Podemos, cuyo objetivo de copar toda la izquierda amenazaba el estatus largo tiempo hegemónico del PSOE en esa zona del espectro, conminando al líder de este último a forjar un pacto con Ciudadanos y buscar el apoyo en forma de abstención de Podemos antes que la tesitura contraria. Así fue como se gestó el llamado «pacto del abrazo» entre Sánchez y Rivera, malogrado en la correspondiente sesión de investidura de Pedro Sánchez a causa de los votos en contra del PP, Podemos y el resto de partidos de la cámara a excepción de Nueva Canarias, que concurrió a las elecciones coaligado con el PSOE.

Esta investidura fallida condujo finalmente a la formación de un Gobierno en funciones y la repetición de las elecciones en junio de 2016. En este caso, el PP amplió su mayoría parlamentaria, el PSOE perdió cinco escaños (renovando su mínimo histórico), Podemos se mantuvo no obstante haber concurrido coaligado con Izquierda Unida (y de haber perdido un millón de votos, lo que le impidió dar el *sorpasso* al PSOE) y Ciudadanos se dejó ocho escaños, presumiblemente «prestados» en 2015 y recuperados por el PP. Empero, como ocurriera en la negociación posterior a las elecciones de 2015, Ciudadanos cobró de nuevo protagonismo a pesar de sus «escasos» treinta y dos escaños al llegar a un acuerdo de investidura con el PP. Este acuerdo se hizo sobre la base, según Rivera, del anterior acuerdo con el PSOE, del que cien de ciento cincuenta medidas estaban presentes en el pacto con los *populares*, lo que en opinión del líder naranja no solo demostraría la posición centrista de Ciudadanos, capaz en virtud de la misma de mediar y llegar a acuerdos con izquierda (PSOE) y derecha (PP)⁵⁰⁷, sino también el hecho de que PP, PSOE y Ciudadanos tienen mucho más que ver entre sí de lo que tradicionalmente han querido (o les ha convenido) admitir (a) los líderes de aquellas dos formaciones. Esta realidad se pondrá de manifiesto en relación al conflicto catalán, pero solo durante el tiempo en el que, tras la convocatoria e intento de celebración del (segundo) referéndum ilegal del 1 de octubre de 2017, el artículo 155 de la Constitución fue aplicado en Cataluña, y no sin importantes discrepancias en torno a su alcance y profundidad por parte de los tres partidos autodenominados «constitucionalistas»⁵⁰⁸.

⁵⁰⁷ Realidad en varias comunidades autónomas, con especial atención a Andalucía (acuerdo de investidura PSOE-Cs entre 2015 y 2018) y Madrid (acuerdo de investidura PP-Cs entre 2015-2018 y de gobierno para la legislatura 2019-2023).

⁵⁰⁸ Siendo la posición de Ciudadanos más energética y dura que la del PP, y la del PP más que la del PSOE, sumido en su particular conflicto con el PSC, cuya condescendencia con el nacionalismo, a pesar de todo lo sucedido, apenas había ido a menos —si es que lo había hecho— desde la ya señalada denuncia que los fundadores de Ciudadanos hicieron de la misma.

Ahora bien, junto con estos últimos y graves sucesos, se produjeron otros dos acontecimientos clave para Ciudadanos, uno de naturaleza política (contemporáneo a esos sucesos) y otro de naturaleza ideológica (anterior a los mismos). El primero sobrevino con la enésima convocatoria electoral en Cataluña, fechada para diciembre de 2017 por el entonces Presidente del Gobierno de España, Mariano Rajoy, en aplicación del citado artículo 155. En esos comicios Ciudadanos obtuvo su mayor éxito electoral hasta la fecha, ganando las elecciones con más de un millón cien mil votos y treinta y seis escaños, convirtiéndose así no solo en el partido más votado y con más escaños, sino también, y sobre todo, en el primer partido no nacionalista (o constitucionalista) ganador de unas elecciones en Cataluña, hito histórico que, sin embargo, apenas si tuvo repercusión práctica toda vez que la suma de escaños de la formación naranja y los de los otros dos partidos constitucionalistas, PP y PSC, no alcanzaba el número de escaños necesarios para proceder a formar Gobierno, quedando este en manos, una vez más, de los partidos independentistas, representados en esta ocasión por *Junts per Catalunya* (marca con la que se presentaba el Partit Demòcrata (Europeu) Català (PdeCat), enésima reinención de la antigua CiU y posterior CDC, de Carles Puigdemont, a la sazón ya huido de la Justicia española –ante la que debía comparecer como uno de los principales responsables y organizadores de la convocatoria del referéndum ilegal del 1 de octubre- a Bélgica), ERC y la Candidatura d’Unitat Popular (CUP) y recayendo ulteriormente el cargo de Presidente en la figura (designada por Puigdemont) de Joaquim Torra.

El segundo de los acontecimientos antedichos, si bien precedió al primero, careció de su relevancia, ya que consistió en una «mera» conmoción interna del partido que, como veremos a continuación, no revistió –medios aparte- mayor trascendencia fuera de él. La ambivalencia entre las dos grandes corrientes presentes en el seno del partido, la liberal y la socialdemócrata, de la que hasta entonces se había nutrido la formación, quedó zanjada en la IV Asamblea General celebrada en febrero de 2017. En dicha reunión se dio paso a lo que podríamos considerar como la *segunda etapa ideológica de Ciudadanos* al tomar los líderes del partido la decisión de renunciar a la etiqueta socialdemócrata y ampliar la del liberalismo al adicionar el calificativo de «progresista» para el mismo. En la práctica, esto no supuso el menor cambio en la actitud de la formación ni en la naturaleza de sus ideas, puesto que, a los efectos, Ciudadanos ya había abandonado cualesquiera pretensiones socialdemócratas que pudiera haber tenido alguna vez desde el momento en el que dio el salto a la política nacional⁵⁰⁹, donde el hueco que podía ocupar, a diferencia de lo que ocurría en Cataluña, no era el del centro-izquierda, en este caso sí ocupado por el PSOE (cuya filia nacionalista era menor que la de su rama catalana, aunque se pueda afirmar que esto ha ido variando con claridad a lo largo del tiempo⁵¹⁰), sino el del centro a secas, única y temporalmente cubierto, desde la Transición a nuestros días, por UCD-CDS y, posteriormente, UPyD. En este sentido, Ciudadanos, que en Cataluña podría haberse ubicado en el centro-izquierda, se reubicó en España en un centro socioliberal tendente a la derecha en lo económico (defensa del libre mercado, rebajas fiscales, competitividad y meritocracia, etc.) y a la izquierda en lo social (intervención, control y reglaje del Estado, refuerzo de los principales servicios

⁵⁰⁹ Como relató un periódico digital nacional: «Haber eliminado la etiqueta de 'socialdemócratas' de su ideario político no les pasará ninguna factura, afirman, reiterándose en que se trataba de una definición obsoleta de los inicios de la formación y que nunca se correspondió con la línea del partido desde su expansión nacional a partir de 2014». Esteban, Paloma, «La bala de Rivera contra Pedro Sánchez: un millón de votantes socialistas son de centro», *El Confidencial*, 29 de mayo de 2017. Disponible en línea: http://www.elconfidencial.com/espana/2017-05-29/millon-votantes-psoe-centro-consecuencia-pedro-sanchez-albert-rivera-ciudadanos_1389100/?utm_source=twitter&utm_medium=social&utm_campaign=BotoneraWeb [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁵¹⁰ Como es fácil constatar a través de la comparación de las visiones sobre los nacionalismos periféricos que sostenían los dirigentes más recientes del partido, esto es, Zapatero, Rubalcaba o el mismo Pedro Sánchez en cada una de sus dos etapas –fácilmente diferenciables- al frente del partido (con especial atención a las circunstancias que rodearon su investidura en y Gobierno a partir de 2020).

públicos –sanidad y educación-, políticas de ayuda a las familias y fomento de la natalidad, asunción de las demandas de los colectivos LGTBI, mantenimiento del Estado del Bienestar, etc.), o lo que es lo mismo, en deuda con el liberalismo conservador característico de la derecha y, al mismo tiempo, con la socialdemocracia característica de la izquierda, en ambos casos, obviamente, en sus versiones más moderadas.

Es fundamental mantener una visión liberal en las libertades individuales, la cultura del esfuerzo y el Estado de Derecho, pero con el concepto clave de ser progresistas y no conservadores. Ahí está la gran definición de Ciudadanos: ¿por qué somos el centro y no la derecha o la izquierda? Porque somos progresistas pero no somos intervencionistas como los socialistas; porque no queremos subir los impuestos, queremos bajarlos; porque queremos hacer políticas sociales modernas y no del pasado; porque creemos en la globalización y no en el proteccionismo como Podemos. Ciudadanos es un partido que defiende el matrimonio homosexual, la gestación subrogada, la regularización del consumo de marihuana o de otros aspectos, y eso son libertades individuales. Un liberal no puede ser liberal para bajar los impuestos y luego ser intervencionista para ver lo que haces en la cama. Esa visión conservadora no la comparto. Se está gestando un nuevo espacio político en España de libertades, de modernidad, de innovación y eso es Ciudadanos. Estoy convencido de que hay millones y millones de españoles que quieren una economía moderna, pero también políticas sociales, libertades individuales y que nadie se meta en sus asuntos morales.⁵¹¹

En definitiva, se convirtió en un partido, en efecto, liberal-progresista, o lo que es lo mismo (como hemos visto con Gray), en un partido socioliberal y, por tanto, de centro, si bien cabe reseñar que, de un tiempo a la parte final del liderazgo de Rivera, el partido optó por relegar un tanto la etiqueta del centro en favor de la del liberalismo, que contraponía al nacionalismo (de los partidos independentistas de cualquier signo y territorio de España) y al populismo (tanto de Podemos, por la izquierda, como de Vox, por la derecha) en el marco de un «nuevo» eje globalización-nacionalismo/populismo que, según el propio Rivera, definiría mejor la política y los desafíos del siglo XXI (sin necesario menoscabo de la persistencia del eje izquierda-derecha, aunque sí en parcial detrimento de su relevancia).

Ciudadanos es un partido político que se enmarca en la tradición constitucional nacida con la Ilustración, la Constitución norteamericana y la Revolución Francesa. Nuestro carácter ilustrado bebe directamente del liberalismo político español que estableció en las Cortes de Cádiz el concepto de Nación como la reunión del conjunto de los españoles, así como su carácter soberano. Una tradición que culmina con la Constitución democrática de 1978, garante de la división de poderes, la soberanía del pueblo español, de los principios de libertad, igualdad, solidaridad y justicia como valores supremos, del pluralismo político y del carácter social, democrático y aconfesional de nuestro Estado de Derecho. En consecuencia, nos definimos como *un partido liberal progresista, demócrata y constitucionalista*.⁵¹²

Asimismo, el progresivo deterioro de la imagen del PP debido tanto a los casos de corrupción que asolaron constantemente al partido durante la etapa de Rajoy bien mediante imputaciones (a miembros de la formación cuyas responsabilidades políticas se remontaban a la época de José María Aznar, no a la de Rajoy, o al menos no a la de este último como líder del partido), bien mediante sentencias y condenas cuyo cenit llegó con las del caso Gürtel, unido a la errática e indefinida hoja de ruta seguida por el PSOE de Pedro Sánchez

⁵¹¹Declaraciones de Albert Rivera al periódico *El Español*. Sáinz, Jorge, «Rivera: “Vamos a definir los atributos del centro político para ser un partido de gobierno”», *El Español*, 3 de febrero de 2017. Disponible en línea: https://www.elespanol.com/espana/politica/20170202/190731952_0.html [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁵¹²Del documento *Nuestros Valores*, redactado tras la IV Asamblea General de Ciudadanos del 5 febrero de 2017. Disponible en línea: <https://www.ciudadanos-cs.org/nuestros-valores> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

(en su segunda etapa al frente del partido), permitió a Ciudadanos hacer suyo el discurso de la lucha contra un bipartidismo decadente, obsoleto y manifiestamente corrupto cuya hegemonía a lo largo de cuarenta años era, a su juicio, culpable, siquiera en parte, por concesiones, complicidades y, sobre todo, dejación de funciones del Estado, de la crisis catalana. Será precisamente este duro discurso contra el nacionalismo independentista catalán, por un lado, y contra el bipartidismo condescendiente e interesadamente ciego respecto al mismo, por otro, así como contra el populismo (léase Podemos) aliado –cuanto menos coyunturalmente– con el nacionalismo, el que dará alas demoscópicas al partido, prontamente visto como una alternativa viable frente al PP y al PSOE, y ello hasta el punto de encabezar con firmeza y claridad la mayor parte de las encuestas realizadas en el periodo que va de octubre de 2017 (recrudescimiento del conflicto catalán con la celebración del referéndum ilegal del 1 de octubre) hasta junio de 2018. Es en este momento cuando, a raíz de la mentada sentencia de Gürtel y con casi todos los sondeos a su favor, Ciudadanos exigirá a Rajoy su dimisión a modo de asunción de responsabilidades políticas y la convocatoria inmediata de elecciones. Lejos de dimitir, Rajoy se mantuvo en su cargo hasta el final, vale decir, hasta que Pedro Sánchez presentó su moción de censura y, gracias al apoyo de última hora del Partido Nacionalista Vasco (PNV), pudo sacarla adelante, lo que brindó al Secretario General del PSOE la oportunidad de llegar a La Moncloa, formar Gobierno en solitario y dispararse en la intención de voto en detrimento del partido naranja, que aparentemente sufrió un nuevo revés demoscópico con la llegada a la Presidencia del PP, tras la ulterior dimisión de Rajoy, de un Pablo Casado conjurado para recuperar el voto que se había ido del PP de Rajoy a Ciudadanos (además del voto de toda la derecha en general).

Con todo, el resultado de las primeras elecciones tras la moción de censura, las autonómicas celebradas el 2 de diciembre de 2018 en Andalucía, confirmó la tendencia positiva de la formación, siquiera respecto a sus propios resultados en convocatorias electorales previas. Así, el partido más que duplicó sus escaños en el parlamento andaluz, pasando de los nueve obtenidos en 2015 a los veintiuno de 2018, incremento que situó a Ciudadanos como el partido que más crecía en detrimento de un PP y un PSOE a la baja, aunque no de un Vox claramente al alza. A este respecto, si bien no podemos entrar en demasiados detalles aquí, no estará de más señalar que Vox, fuerza surgida en 2014 como una escisión del ala más dura del Partido Popular, liderada a día de hoy por Santiago Abascal, ocupa sin lugar a dudas un lugar equivalente a Podemos, solo que en la derecha del espectro en tanto formación, como sabemos, de derecha radical populista, perfectamente equiparable, por tanto, y salvando las distancias nacionales, a otras como, por ejemplo, Alternativa para Alemania. En este sentido, no cabe, y a estas alturas huelga explicar por qué, tildar al partido de agente de la extrema derecha, así como compararlo con formaciones como el antiguo Frente y la actual Agrupación Nacional francesa, que como también sabemos pertenece al ámbito radical populista, pero no de derecha, sino de centro. Por otro lado, centrándonos propiamente en el caso de Vox, su éxito en Andalucía, donde logró más de cuatrocientos mil votos que le permitieron surgir de la nada y hacerse con doce escaños, responde, según lugar común, a dos factores fundamentales: por una parte, el conflicto catalán, respecto al cual la dura posición de los dirigentes del partido lo ha dotado, a ojos de su electorado, de una firmeza a favor de la unidad de España difícilmente presente en otras formaciones; por otra parte, la sensación de hartazgo y el deseo de escarmiento de una notable cantidad de ciudadanos que, cansados del politiquero de los partidos tradicionales (PP y PSOE) y de los no tan tradicionales (Ciudadanos y Podemos), ha optado por secundar una propuesta política severa –radical– y simplista –populista– similar, especularmente, a la del Podemos de 2014, con, a los efectos y salvando las distancias (sobre todo las relativas a la economía) una vez más, la única (y crucial) diferencia del factor nacionalista.

Dicho esto, retomando de nuevo el hilo que estábamos siguiendo, el resultado andaluz de los naranjas permitió a la formación liderada por Juan Marín formar un gobierno

de coalición con el Partido Popular, encabezado por Juanma Moreno Bonilla, previo acuerdo con este y previo pacto de este con los representantes de Vox, cuyos escaños y votos eran imprescindibles para la investidura del candidato popular a la Junta de Andalucía, que accedió a la presidencia de la misma en enero de 2019 con los apoyos de su partido, de Ciudadanos y de Vox y el voto en contra del Partido Socialista y Adelante Andalucía, marca de Podemos en la comunidad andaluza.

Esta misma propensión positiva se reforzará tras las convocatorias electorales generales del 28 de abril de 2019 y europeas, autonómicas y municipales de un mes más tarde, el 26 de mayo de 2019. En el primer caso, Ciudadanos mejoró sus resultados de forma notable, pasando de obtener 3.500.446 de votos en los comicios de 2015 y 3.123.769 en los de 2016 a 4.136.600 en los de 2019, lo que en escaños se tradujo en un avance desde los 40 de 2015 y los 32 de 2016 hasta los 57 de 2019, que dejaron al partido a tan solo nueve asientos de lograr el *sorpasso* al Partido Popular, cuyos doscientos mil votos más que la formación naranja le concedieron 66 escaños en el hemiciclo. En el segundo caso, considerado por la mayor parte de los medios, en lo tocante sobre todo a las autonomías, como una suerte de «segunda vuelta» electoral que definiría, en vista de los parejos resultados inmediatamente anteriores entre Ciudadanos y el PP, quién ostentaría la posición hegemónica en el centro-derecha, el partido de Albert Rivera amplió aún más su expansión e implantación territorial, ganando concejales tanto en Europa como entre las doce autonomías en las que se celebraron elecciones y resultando determinante para la formación de gobierno en varias de ellas, pero no alcanzó su (presunto) objetivo de superar a su competidor por el liderazgo del espacio centro-derechista ni en el continente ni en las comunidades, si bien en estas últimas, como en el caso de los comicios generales, se quedó cerca gracias tanto a sus buenos resultados como, en paralelo, al bajón del PP, que no obstante pudo conservar, pese a las malas previsiones demoscópicas, la Comunidad de Madrid, así como recuperar la alcaldía de la ciudad, en manos de Manuela Carmena (candidata de Ahora Madrid, marca blanca de Podemos) durante la legislatura anterior.

Estos resultados de Ciudadanos fueron especialmente significativos. No solo daban cuenta de su crecimiento constante; también *del lado del espectro por el que el partido crecía*. Si bien sus líderes siguen autodefiniéndose como de centro y liberal-progresistas en todos sus programas electorales -estuviesen estos pensados bien para España, bien para Europa, bien para las comunidades autónomas,- conservando sin lugar a dudas los puntales fundamentales de dicha ideología, es digno de reseña el dilema táctico en el que la formación naranja incurrió, *grosso modo*, entre la celebración de las elecciones andaluzas y la campaña previa a las segundas generales de 2019. En su afán por alimentar y asegurar sus perspectivas de crecimiento, la dirección del partido decidió en febrero de 2018 que, fuera cual fuese el resultado de las elecciones del 28 de abril, no favorecería ni por activa ni por pasiva un nuevo gobierno de Pedro Sánchez (y con él, del PSOE) al considerar a este un individuo «tóxico» en la medida en la que los naranjas, nacidos para combatir el nacionalismo catalán, veían en el candidato socialista a un valedor de este (así como de otros como el vasco -incluyendo las pretensiones anexionistas respecto a Navarra-, el valenciano o el balear, estos dos últimos de carácter pancatalanista), entre otras cosas por haber aceptado su apoyo en la moción de censura contra Mariano Rajoy y, sobre todo, por haberse reunido en Pedralbes con Quim Torra, aceptando la «hoja de reclamaciones» de veintiún puntos de este (que fue quien dio a conocer la existencia de la misma, ya que Sánchez nunca se pronunció al respecto) y con una puesta en escena que, en opinión de Rivera y los suyos (así como de otras formaciones), era equiparable a un encuentro entre los líderes de dos gobiernos en igualdad de peso y condición cuya finalidad no era otra que la de congraciarse con el independentismo para que secundase sus presupuestos, imagen que Torra buscaría y que supondría una humillación para el pueblo español.

Así las cosas, descartada toda posibilidad de reeditar un nuevo «pacto del abrazo», la percepción generalizada entre los medios ha sido la de que Ciudadanos ha optado por disputar el liderazgo del centro-derecha al Partido Popular, renunciando por tanto a recabar apoyos en el centro-izquierda y, por extensión, abandonando (parcialmente) el centro, «derechizándose» al optar, a pesar de su mutua competición, por el PP como socio preferente a la hora de gobernar y por Vox como tercero recurrentemente necesario para constituir dichos gobiernos «a la andaluza» por el resto del territorio nacional. Esto merece un inciso.

De acuerdo con lo que hemos acabamos de observar, la percepción generalizada acerca de la naturaleza de algo y la naturaleza propiamente dicha de ese algo son cosas distintas y, claro está, no necesariamente coincidentes. Es el caso de Ciudadanos o, para mayor concreción, de su presunta estrategia electoral, que como hemos señalado en el párrafo anterior, pasaba, a juicio de los medios, por alcanzar una posición hegemónica en el espacio del centro-derecha, abandonando, en consecuencia, tanto el puro centro como, por ende, la posibilidad de ganarse a cualesquiera votantes de centro-izquierda descontentos con el rumbo seguido por el PSOE de Sánchez. Conforme a esta, reiteramos, generalizada interpretación hecha por los medios de comunicación y extendida entre la ciudadanía, se suponía que Albert Rivera había analizado –a título personalísimo- la situación poselectoral del 28 de abril y realizado el siguiente razonamiento: «1) Si Ciudadanos se niega a pactar con el PSOE, evitaremos la fuga de votantes a Vox y al PP. 2) El PSOE se verá obligado a pactar con Podemos y los nacionalistas. 3) El caos provocado por el gobierno de PSOE y Podemos será tal que habrá elecciones anticipadas en un año. 4) Esas elecciones me servirán para convertirme en el primer partido de la derecha por delante de un PP carcomido por Vox. 5) Cuando Vox empiece a ejercer de Vox en las instituciones, sus votantes menos radicalizados se irán a Ciudadanos, convertido en el voto útil de la derecha»⁵¹³. De este hipotético razonamiento se concluiría, sobre el papel, que Ciudadanos habría pasado por un proceso efectivo de «derechización» que lo conduciría a la meta escogida. Pero esto no es cierto, o cuanto menos no parece haber prueba objetiva alguna de que lo sea. Ateniéndonos a sus programas más recientes, Ciudadanos, ideológicamente, no se ha movido un ápice. No cabe duda de que, tácticamente, sí lo ha hecho, en concreto optando por mirar con mayor frecuencia hacia su derecha que hacia su izquierda, mas no con la intención de renunciar a ella por completo, sino «solamente» con la de rechazarla en su versión «sanchista»⁵¹⁴. Ciñéndonos a las declaraciones de sus miembros más reconocidos, se trataba de una circunstancia coyuntural; el partido daría prioridad a los pactos con el PP (y por extensión, en caso necesario, aunque sea indirectamente –esto es, por mediación del PP-, Vox) *solo en tanto en cuanto Sánchez o, en su defecto, un «sanchista» siga al frente del PSOE*, dinamitándose con ello toda posibilidad de pacto con la izquierda que el «sanchismo» representa, pero sin que ello obste para que los socioliberales permanezcan en el espacio que por su propia naturaleza les corresponde, a saber, el centro. Porque del hecho de que no se tienda la mano a la izquierda no se deduce que no se esté en el centro; se deduce que no se tiende la mano a la izquierda. De hecho, al margen de esta observación (que no debería resultarle extraña a ningún observador atento y desinteresado), se antoja ciertamente simplista, gratuito y hasta pobre –desde un punto de vista argumental- argüir que el partido ha abandonado el centro o se ha «derechizado» simple y llanamente porque (su –antiguo- líder) ha decidido no pactar con el partido dominante del centro-izquierda. Y, sin embargo, eso es, exacta y literalmente, lo que ha defendido Pedro Sánchez, de acuerdo con el cual «para ser centro lo que hay que

⁵¹³ Campos, Cristian, «Por qué se equivocan los que creen que el gobierno PSOE-Podemos se estrellará en un año», *El Español*, 8 de diciembre de 2019. Disponible en línea: https://www.elespanol.com/opinion/tribunas/20191208/equivocan-creen-gobierno-psoe-podemos-estrellara-ano/450324965_12.html [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁵¹⁴ La prueba de que esto es así es que, tras las elecciones autonómicas del 26 de mayo de 2019, José Manuel Villegas, secretario general de la formación entre los años 2016 y 2019, puso como condición para la apertura de Ciudadanos a posibles pactos con el PSOE la renegación explícita, por parte de los dirigentes socialistas que buscasen tales pactos, de la figura de Pedro Sánchez.

hacer es creérselo primero, no hacer lo que dice la derecha y la ultraderecha, ser un partido de centro [y] *no apostar siempre por el mismo lado*⁵¹⁵, apreciación esta última que, como hemos señalado, es lógicamente inconsistente y, además, está sometida pragmáticamente a circunstancias que obvia, como son la situación del propio Pedro Sánchez al frente de su partido con sus particulares políticas y actitudes y afinidades ideológicas, responsables últimas de la incompatibilidad entre Ciudadanos y *ese* PSOE, entre el socioliberalismo y *esa* socialdemocracia o, naturalmente, entre el centro y *ese* centro-izquierda. Tal es así que, en realidad, ateniéndonos de nuevo a programas, discursos y sobre todo prácticas y acciones, hay más fundamento para decir que es el PSOE quien se ha «izquierdizado» y abandonado el centro(-izquierda), y de ahí que Ciudadanos se niegue a pactar con él, que para decir que es la formación naranja la que se ha «descentrado» al ser presa de determinados «devaneos derechistas» (aunque esta posibilidad apenas la hayan tenido en cuenta una cantidad insignificante de medios y otra menor aún de ciudadanos)⁵¹⁶.

Sea como fuere, finalmente Ciudadanos cumplió con su promesa electoral y su veto político y -salvo en casos muy puntuales⁵¹⁷- no prestó apoyo al PSOE en ninguna parte, esto es, ni a nivel nacional ni a nivel autonómico, optando, oficialmente, por secundar al Partido Popular allí donde la suma de este con el propio Ciudadanos (y en algunos casos con el apoyo externo de Vox) permitiese conformar una mayoría de gobierno estable. Así, una de las razones del (segundo) fracaso de Pedro Sánchez a la hora de sacar adelante su investidura fue la negativa de Albert Rivera a sumar sus cincuenta y siete escaños a los ciento veintitrés del líder socialista, lo que hubiera arrojado una holgada mayoría absoluta de ciento ochenta más que suficiente para afrontar una legislatura de cuatro años con un gobierno (potencialmente de coalición) estable que pudiese afrontar, *a priori* con garantías, la serie de trascendentales retos planteados en el horizonte político (sentencia del *procés* catalán) y económico (desaceleración de la economía global) de España. No obstante, en los últimos días hábiles para la formación de un Gobierno, posiblemente por influencia de las sombrías perspectivas arrojadas por la mayor parte de las encuestas, Ciudadanos ofreció a Sánchez la posibilidad de una abstención conjunta con el Partido Popular que salvase la coyuntura *in extremis* y facilitase un gobierno en solitario de los socialistas con la condición de que el líder del PSOE asumiese tres reivindicaciones: no subir impuestos a familias y autónomos, deshacer sus pactos con nacionalistas en Navarra y convocar una reunión «preventiva» para examinar la posibilidad de aplicar de nuevo el artículo 155 en Cataluña en caso de que el orden público se viese gravemente alterado tras la publicación de la sentencia por el referéndum ilegal del 1 de octubre de 2017, además de acordar la renuncia a cualquier posibilidad de indulto de los políticos presumiblemente condenados por ello. Sánchez rechazó esta propuesta, aunque aceptarla tampoco habría servido de nada, dado que el PP la desestimó a su vez.

Se llegó así al 23 de septiembre, fecha límite para la formación de gobierno, sin este, lo que supuso la disolución de las Cortes y la convocatoria automática de nuevas elecciones generales para el 10 de noviembre. De cara a los nuevos comicios, Albert Rivera, no obstante

⁵¹⁵ Declaraciones de Pedro Sánchez durante el último turno de réplica a Inés Arrimadas (a la sazón líder *de facto* de Ciudadanos) en la primera jornada del debate de investidura de Sánchez en el Congreso de los Diputados el sábado 4 de enero de 2020. Arrimadas, Inés, discurso y réplicas en la investidura de Pedro Sánchez, 4 de enero de 2020. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=krB8dbdtUPs> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁵¹⁶ Podría decirse que, finalmente, el tiempo dio la razón a Rivera, y no solo porque el Gobierno finalmente puesto en marcha en 2020 lo haya hecho contando con el respaldo de Unidas Podemos y, además, de los nacionalistas y los independentistas, sin cuyos apoyos Sánchez no hubiera podido revalidar –esta vez de forma sólida– su Presidencia, sino también, y quizá sobre todo, porque la búsqueda de ese respaldo no ha constituido una suerte de último y desesperado recurso pro estabilidad en un contexto de taimada falta de colaboración por parte de PP y Ciudadanos (como el propio Sánchez y sus acólitos insistieron en alegar ante la opinión pública), sino una deliberada elección por parte de Sánchez, que en ningún momento (ni tras las primeras elecciones de abril ni tras las segundas de noviembre) ofreció acuerdo alguno *no gratuito* a PP ni a Ciudadanos.

⁵¹⁷ Pactos en Castilla La Mancha con el PSOE de Emiliano García-Page, considerado representante del sector «no sanchista» del PSOE, esto es, del sector más moderado y centrado.

mantener su preferencia por un pacto con el PP, decidió, sin embargo, mantener su nueva táctica y levantar el veto a Pedro Sánchez con miras a facilitar la gobernabilidad del país en un momento considerado de suma importancia. A juzgar por los resultados, se trató de un craso error. Si bien todos los sondeos auguraban una caída de los socioliberales entre fuerte y muy fuerte, nadie se esperaba la virulencia que finalmente caracterizó dicha caída, perdiendo el partido la friolera de cuarenta y siete de los cincuenta y siete escaños que había obtenido en las elecciones anteriores y quedando, por tanto, reducido a una exigua decena de diputados en el Congreso que lo situaba como la sexta fuerza en el Congreso, por detrás de PSOE, PP, Vox (cuyos más de tres millones y medio de votos facilitaron su fulgurante ascenso de veinticuatro a cincuenta y dos escaños, convirtiéndolo ni más ni menos que en la tercera fuerza política nacional), Unidas Podemos e, incluso, ERC (favorecida por una ley electoral que le adjudicó tres escaños más que a Ciudadanos con la mitad de votos). Tal debacle no quedó exenta de consecuencias, de entre las cuales la primera y más importante fue la dimisión, el lunes 11 de noviembre, de Albert Rivera como líder del partido y, más aún, como figura política, ya que renunció también a su escaño como diputado electo. Se abrió así, en el tramo final de 2019, una nueva etapa para los naranjas, que iniciaban un proceso de renovación de cuadros a cargo de una gestora que se hizo cargo del partido hasta la celebración del pertinente congreso destinado a seleccionar al nuevo líder, responsabilidad que, a fecha de presentación de esta tesis, recaerá, presumiblemente, sobre Inés Arrimadas, otrora número dos de Rivera, sempiterna candidata a relevar a este en su calidad de persona de consenso dentro e, incluso, fuera de Ciudadanos.

Capítulo 8

El fascismo en España. Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, Falange Española y Falange Española de las JONS

En el capítulo anterior hemos hecho un repaso de la historia del liberalismo y el socioliberalismo en España, así como, inmediatamente a continuación, un análisis de Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía como la más reciente materialización de un proyecto político de tal naturaleza y que de hecho se considera a sí mismo, en tanto muñidor de las tradiciones socialdemócrata y liberal/socioliberal primero (ideario 2006-2017) y socioliberal después (ideario 2017-), de centro, a nuestro juicio con razón.

Siguiendo esta línea, el capítulo actual tratará de lograr otro tanto de lo mismo en relación a su capítulo hermano, el quinto. Entendiendo los casos de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), Falange Española (FE) y, finalmente, Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (FE de las JONS o FE-JONS) como epifenómenos del fascismo genérico estudiado en la citada parte, el objetivo de esta sección será demostrar que el nacionalsindicalismo español, comprendiendo con esa denominación tanto a las JONS como a las dos Falanges, es, al igual que Ciudadanos por relación al liberalismo/socioliberalismo (fundamentalmente) europeo, una versión vernácula de otra ideología genérica y anterior, como es el fascismo europeo continental de los años veinte y treinta del siglo XX. Ahora bien, el caso de Ciudadanos respecto del liberalismo/socioliberalismo difiere sustancialmente del caso del nacionalsindicalismo respecto del fascismo. Mientras que no entraña ninguna dificultad hablar de una corriente liberal-socioliberal española anterior al surgimiento de Ciudadanos y por tanto independiente de él, no puede decirse lo mismo del fascismo y de JONS, Falange o ambos debido a que, para empezar, el fascismo no apareció en España con anterioridad (ni con posterioridad) a la aparición del nacionalsindicalismo, sino al mismo tiempo y precisa y únicamente de la mano de las formaciones que como tal se declaraban, y para acabar, el fascismo solo ha tenido verdadero arraigo en España en la medida en la que lo ha tenido el propio nacionalsindicalismo *original*⁵¹⁸. Esto implica que la investigación que sigue no estará organizada de forma totalmente análoga a la anterior, es decir, comenzará con un repaso histórico, sí, pero no de la ideología fascista en España, sino de la Segunda República como contexto histórico donde cuajó aquella, y finalizará con un análisis -este sí equivalente al realizado en el caso de Ciudadanos- de los partidos que la encarnaron y, por añadidura, la «importaron» a nuestro país, a saber: las JONS, FE y, sobre todo, FE de las JONS.

1) Breve historia de la Segunda República española

España «se acostó monárquica y se levantó republicana»⁵¹⁹ nada más y nada menos que en pleno periodo de entreguerras, esto es, en medio del interregno probablemente más convulso a fuer de revolucionario de la historia de la Europa contemporánea. De un

⁵¹⁸ Apreciación necesaria por contraste con el presunto nacionalsindicalismo de la dictadura franquista, que en tanto «meramente» conservadora y autoritaria nunca aplicó ni se tomó realmente en serio los principios nacionalsindicalistas, de marcada filiación y naturaleza fascista.

⁵¹⁹ Dicho proferido, como sabemos desde que estudiamos la República de Weimar y recurrimos a él, a la llegada de la Segunda República española y atribuido tradicionalmente al conde de Romanones.

extremo al otro del Viejo Continente se sucedían las secuelas del mayor conflicto bélico que la humanidad hubiese presenciado y protagonizado hasta la fecha. El progresivo declive en el que parecía haberse sumido el ideario liberal y, con él, el modelo parlamentario, acentuado desde la década de 1870 en adelante, culminó con el inicio de la Gran Guerra, que trajo consigo, aun en aquellos países con mayor tradición democrática y liberal, un radical cambio de perspectiva. El caso de Inglaterra es diáfano a este respecto. Antes de 1914, el inglés medio podía vivir su vida sin percatarse apenas de la acción del Estado⁵²⁰. Las necesidades de la guerra, sin embargo, incrementaron exponencialmente el grado de participación -por no decir de intervencionismo- del Estado en la vida diaria del inglés de a pie. El antaño aspirante a «vigilante nocturno» se convirtió, de la noche a la mañana, en un poderoso administrador, árbitro de toda acción que pudiese afectar a la nación, especialmente de toda aquella que pudiera minar su moral o entorpecer su esfuerzo de guerra. Empero, el auténtico problema a este respecto no vino de la mano de ese intervencionismo, en teoría justificado en tiempos de evidente excepcionalidad, sino de su perpetuación tras ella⁵²¹. Con la «excusa» que esta le proporcionaba, el Estado había aumentado el número y alcance de sus competencias y prerrogativas a un nivel inédito, y no se mostraba dispuesto a renunciar a ellas con facilidad. Y si esto era así en el país liberal por excelencia, *a fortiori* habría de serlo en el resto.

La del creciente fortalecimiento del Estado, así como de sus competencias, parecía ser la tendencia inexorable de la mayor parte de los gobiernos continentales, incluidos los democráticos. Inmersos en el cuestionamiento general del que adolecía el liberal-parlamentarismo, los diversos países del continente, sobremanera los implicados directa o indirectamente en la guerra, reconfiguraron sus políticas tanto como, en algunas coyunturas, sus fronteras, si no más. En buena parte de ellos proliferaron los movimientos extremistas, fueran de izquierda o de derecha. En el primer caso, el referente inequívoco era la Rusia bolchevique, no por joven menos temida ni temible, sino más bien al contrario, a ojos tanto de los defensores del sistema liberal-parlamentario como de sus detractores derechistas y fascistas, hermanados todos con los comunistas en su odio a dicho esquema pero resueltamente divorciados de ellos en lo tocante al nacionalismo⁵²²; en el segundo, la variabilidad de modelos era mayor, en función de si se trataba de grupos de derecha autoritaria «moderada» (sobre el papel respetuosos con el sistema democrático de partidos, pero limitado y ordenado bajo la férula de un gobierno fuerte; caso del *Zentrum* católico alemán), extremista (tradicionalistas que renegaban de cualquier uso democrático y pretendían el restablecimiento de los valores tradicionales, normalmente bajo la forma de una monarquía autoritaria de regusto absolutista; caso de la Compañía Tradicionalista española) o también, a partir de 1922 y hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, fascitizada (más o menos tendente a la adopción de los arreos fascistas pero sin hacer suyos ni el tono ni el ideario ultramoderno, palingenésico y revolucionario de aquellos, contentándose con un nacionalismo corporativista conservador las más de las veces de inspiración religiosa; caso del régimen de Dolfuss en Austria).

Tanto unos como otros compartían, como hemos señalado, su furibunda oposición a toda forma liberal de gobierno, coincidiendo sus respectivos diagnósticos en su aparente estado terminal. Ahora bien, las razones de unos y de otros diferían más que notablemente entre sí, como por otro lado cabría esperar de movimientos deliberadamente orientados a su mutua destrucción. Mientras que para los extremismos de izquierdas la decadencia del liberal-

⁵²⁰ Como vimos en su momento (capítulo cuarto) de la mano de las diáfanos palabras de A.J.P. Taylor recogidas en el *Liberalismo* de Gray.

⁵²¹ Remitimos aquí al mismo lugar que en la cita anterior.

⁵²² Nacionalismo que, como sabemos, los mismos bolcheviques acabarán asumiendo (en su versión rusa) de la mano de Stalin, otrora comisario del pueblo para las nacionalidades y sabedor de la fuerza centrípeta y -en términos de Rudolph Smend- «aglutinante» que el factor o elemento nacional podía tener de cara al reforzamiento interno del régimen soviético todavía en construcción. Acerca de esta cuestión, y en relación con nuestra propia investigación, remitimos a lo apuntado en el Entreacto I sobre las síntesis políticas de tipo parcial-global características del socialismo real y la izquierda radical populista.

parlamentarismo era resultado de un proceso de putrefacción intrínseco e inevitable, derivado de las contradicciones internas del sistema capitalista y de la estructura política que lo cobijaba, para los de derechas –aunque con matices- dicho agotamiento poco menos que venía a constituir la prueba de que el «crimen» siempre paga, recuperando las antiguas formas y «verdades» –de un tiempo a aquella parte muertas y enterradas por las maneras democráticas- su sempiterna razón de ser al prometer la resurrección de unos valores y costumbres enraizados en la estabilidad y solidez de la tradición. La sensación general, se estuviese en un lado o en el otro, era de agonía y prosternación; el liberalismo se estaba muriendo, y tratar de mantenerlo vivo solo sería una infructuosa y hasta contraproducente pérdida de tiempo. Cuanto antes se concenciasen los partidos del inevitable deceso, antes y mejor podrían superarlo.

El siglo XX se pronosticaba, así, desde amplios sectores de las clases políticas europeas, como un siglo de revolución hacia una dirección o hacia otra, pero de revolución a fin de cuentas. Era el siglo de la restauración de los valores morales tradicionales o de la creación de otros nuevos, el siglo del abandono del egoísmo y el retorno o la creación, respectivamente, de viejas o nuevas concepciones de la política de corte eminentemente «comunitario». La idea mussoliniana de que el siglo XX sería el siglo del colectivismo frente al individualismo decimonónico expresaba bien la convicción fascista en particular, pero política en general, del signo que caracterizaba la toma de conciencia de buena parte de los nuevos actores políticos de entreguerras, incluidos los más moderados. En medio de esta encrucijada, con un liberal-parlamentarismo de capa caída y por el que pocos apostaban en el futuro y nuevas formas colectivistas –fascismo y comunismo- tan prometedoras para unos como amenazantes para otros brotando como setas a lo largo y ancho del continente (sin olvidar a los movimientos reaccionarios que exigían la rectificación del gran error que a su juicio habían representado las «ideas de 1789», cuyas posteriores y abominables consecuencias bélicas acababan de mostrarse al mundo), vino al mundo la Segunda República española.

En una atmósfera de inédita «concordia nacional» –de la que ya hicimos mención en el capítulo anterior en relación al papel jugado en ella por Melquíades Álvarez- que podía entenderse como resultado lógico y último del hastío y desapego de la inmensa mayoría de la ciudadanía hacia la Monarquía y hacia un Alfonso XIII etiquetado de persona poco menos que *non grata* tras el Desastre de Annual y de sus apoyos y connivencias con la Dictadura de Primo de Rivera, igualmente rechazada a finales de los 20, pero también impregnada de principio a fin por el ambiente netamente tensado de su entorno, y ello a pesar de que España no había tomado parte en las cuitas europeas desde hacía bastante tiempo, la llegada de la Segunda República supuso una auténtica conmoción dentro del abotargado cuerpo social español. La considerada por muchos «Revolución del 14 de abril» trajo consigo si no la primera experiencia democrática de la historia de España, sí la única (más o menos) plena. Los usos y costumbres políticos de un siglo XIX infestado de pronunciamientos, restauraciones, oligarquía y caciquismo que apenas habían dejado espacio para la democracia en el país, y ya no digamos para la democratización, se percibían a comienzos del XX, al menos desde los sectores más abiertamente reformistas, como una peligrosa rémora que no presagiaba nada bueno para un país que parecía quedarse cada vez más atrás respecto a sus homólogos europeos y en el que tanto las ya citadas «nuevas» ideas (socialistas, comunistas, anarquistas, posteriormente fascistas) como las viejas (tradicionalismo y ultramontanismo) amenazaban con dinamitar –en algunos casos, literalmente- las oxidadas estructuras políticas y sociales de una España que aun a estas tardías alturas permanecía absorta en su insoluble y, en apariencia, interminable crisis de identidad posimperial. Una España de la que todos, extremistas y moderados, comenzaban a hartarse, los primeros porque en su condición de tales sentían la necesidad –quizá mejor, la obligación- de efectuar un cambio súbito y, si fuera necesario, violento, a través de un «cirujano de hierro» –por utilizar los términos de Joaquín Costa- que despabilase de una vez al aletargado país y lo propulsase hacia el revolucionario

futuro que, conforme al *Zeitgeist* de la época, les aguardaba a él y a todos los demás; los segundos porque, también en su condición de tales, y aunque lo demostrasen con menor vehemencia y fogosidad, estaban convencidos de que, en efecto, era hora de un cambio, no violento ni revolucionario, pero sí profundo y contundente, que acabase con la corrupción, democratizase España y la situase, por fin, a la altura de lo que demandaban los nuevos aires, tiempos y cánones continentales desde hacía, como poco, medio siglo, tras las revoluciones de 1848.

Esto era, en esencia, lo que la neonata República prometía. Cambios («cuestión militar»), modernización («cuestión agraria» y «cuestión religiosa») y democracia («cuestión regional» y «cuestión social») para convertir a la «excepción española» en un sistema parlamentario homologable a los de Inglaterra, Francia o Alemania. Y efectivamente, en buena medida se puede decir que lo consiguió, sobre todo en lo que a la imitación de la República alemana se refiere. Pues, como en el caso de esta, y aun salvando las *enormes* distancias entre una y otra, la española no tardó en convertirse en una repentina puerta abierta a la expresión de todas aquellas corrientes, movimientos e ideologías autóctonos o provenientes de Europa pero, en cualquier caso, otrora constreñidos, sobre todo, por la Dictadura primorriverista, y que ahora tenían la ocasión de resarcirse y manifestarse con mayor o menor libertad, lo que dio lugar a la proliferación de todo tipo de grupos, clubes, sindicatos y asociaciones, todos ellos febrilmente activos y entusiasmados, confiados en poder aprovechar tan valiosa ocasión para consumir sus particulares proyectos por muy revolucionarios que fueran. Asimismo, como en el caso de la república germana, los españoles tampoco tardaron demasiado en responder a la pregunta de qué hacer con la recién adquirida libertad. Ni en perderla.

En un tiempo récord, o casi, y a pesar del ya mencionado ambiente inicial de reconciliación al que la caída de la Monarquía, la llegada de la República o ambos hechos habían dado lugar, España fue escindiéndose en dos bandos cada vez más enconados, encolerizados y furibundos. Cuanto más tiempo transcurría, más necesidad y menos sitio parecía tener la «Tercera España» que no pocos políticos esperaban que surgiese de aquella atmósfera de júbilo y esperanza⁵²³, prontamente truncada gracias al desarrollo de los acontecimientos y, más concretamente, de las políticas llevadas a cabo por unos y otros gobiernos, con especial atención al radical-cedista y al frentepopulista.

Las ingentes y hondas reformas que el Gobierno Provisional surgido tras la abdicación de Alfonso XIII había puesto en marcha, que tuvieron su continuación –con o sin consenso real– durante el conocido como «bienio progresista» o «bienio social-azañista» (1931-1933), contaron con la fortísima oposición de la derecha española, eventualmente concentrada en la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) de José María Gil Robles. Tan pronto como esta accedió al poder –iniciando el llamado «bienio conservador» o «bienio radical-cedista» de 1934-1936–, detuvo en seco dichas reformas e incluso trató de revertir gran parte de ellas con la venia de una Iglesia que veía con muy malos ojos a la República, a la que no tardaría en identificar con el mal absoluto (metáfora que alcanzaría su máxima expresión en plena Guerra Civil, interpretada como una genuina «Cruzada» emprendida por la presunta Ciudad de Dios, representada por el Ejército y los «nacionales», en contra de la supuesta Ciudad de los Paganos, materializada en los republicanos y sus acólitos anarquistas y de izquierdas, tanto «moderados» como extremistas). Finalmente, el triunfo en 1936 del Frente Popular (cajón de sastre de la práctica

⁵²³ Políticos como, por ejemplo, Melquíades Álvarez, a cuya figura y proyecto ya nos hemos referido con anterioridad y para quien la Constitución del 31, sin ir más lejos, hubiera podido constituir «una obra seria en beneficio de la República, que en este punto, identificada con España, es el triunfo de la libertad, de la democracia y del progreso», procurando, asimismo, que la misma República «deje de ser la obra de un partido, para convertirse en una obra nacional, generosa por su espíritu, ampliamente liberal en sus resoluciones, en fin, de todas las ideas y de todos los intereses legítimos». (Suárez González, *Melquíades Álvarez. El drama del reformismo español*, p. 106.)

totalidad de la izquierda más una parte significativa de los anarquistas⁵²⁴) trajo consigo, primero, la reanudación de las reformas truncadas por el gobierno anterior; segundo, como consecuencia de la inusitada polarización de la sociedad española, la persecución de todo disidente considerado enemigo potencial del «progresismo» republicano, encarnado, huelga decirlo, en el propio Frente Popular; tercero y último, la radicalización especular de la otra mitad de la población, la cual, retroalimentada por el odio recrudecido y creciente de cada una de las partes en liza, acabó secundando lo que en un principio parecía ser «solo» un pronunciamiento militar -uno más, con precedentes como la «sanjurjada» de 1932- y acabó siendo el comienzo de las más violentas y fratricidas hostilidades de la historia reciente de España.

2) Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), Falange Española (FE) y Falange Española de las JONS (FE-JONS) como representantes del extremo centro fascista en España

Tan solo cinco años antes de esta apertura de las hostilidades⁵²⁵ hizo acto de aparición lo que podemos considerar el fascismo español. Con precedente en las ideas de Ernesto Giménez Caballero (cuya esposa italiana le había «contagiado» la fiebre fascista de su país) y asunción completa del diagnóstico catastrofista característico de la época y de su pronóstico y resolución o bien mediante el comunismo, o bien mediante el propio fascismo⁵²⁶, nuestra versión vernácula del mismo surge de la mano y la mente de Ramiro Ledesma Ramos, veinteañero miembro del cuerpo de Correos y Telégrafos que completó sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid y que, influido por sus numerosas lecturas (Fichte, Hegel, Nietzsche, Krause, Heidegger, Lenin, Unamuno, Giovanni Gentile, Sorel, Valois, Joaquín Costa, Spengler, Nicolai Hartmann, Scheler...), así como por las enseñanzas de su maestro Ortega y Gasset⁵²⁷, adoptó el fascismo como modelo pero configurándolo «a la española», exponiendo sus pensamientos en el periódico *La Conquista del Estado*, de evidente inspiración fascista⁵²⁸, y bautizando el resultado con el nombre de «nacionalsindicalismo»⁵²⁹.

Articulado a imagen y semejanza del nazi-fascismo europeo, aunque carente del racismo inherente al alemán⁵³⁰, el nacionalsindicalismo español propugnaba exactamente lo

⁵²⁴ Hecho este más que digno de reseña, habida cuenta de que estamos hablando de formaciones apolíticas por definición que, sin embargo, no solo participaron en política, sino que, tras el Alzamiento militar y el comienzo de la «Revolución social española», incluso formaron parte de varios gobiernos entre julio de 1936 y mayo de 1937 (incluido el segundo gobierno republicano de Largo Caballero -4 de noviembre de 1936-16 de mayo de 1937-, que contó con cuatro ministros -de Justicia, de Comercio, de Sanidad y Asistencia Social y de Industria- de la CNT), facilitando así una peculiar implantación territorial —concentrada en Aragón y Cataluña- de los principios anarcosindicalistas.

⁵²⁵ De la apertura de estas, efectivamente, porque de la de otras hubo y no pocas desde el mismo comienzo de la República: levantamientos de campesinos sin tierra, huelgas del proletariado industrial influido por tendencias anarquistas (particularmente, anarcosindicalistas), quema de iglesias...

⁵²⁶ «El modelo que se perfilaba como alternativa al fracaso de la democracia era el fascismo para quienes preferían la síntesis de regeneración y nacionalismo en un marco donde no faltaba la nostalgia por la grandeza perdida y el radicalismo intelectual que se desprende de los escritos de Ledesma Ramos y Giménez Caballero, y el socialismo marxista para los desengañados de la solución liberal, fieles creyentes en la sesuda crítica de Marx a la sociedad burguesa». (de Broca, *Falange y filosofía*, p. 55.)

⁵²⁷ Quien según Tomás Borrás dijo, al conocer la muerte de Ramiro, que «no han matado a un hombre, han matado a un entendimiento». (Borrás, Tomás, *Ramiro Ledesma Ramos*. Tomado de Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, p. 89.)

⁵²⁸ El mismo nombre es una traducción literal de su homólogo italiano *La Conquista dello Stato*, fundado en 1924 por el periodista, dramaturgo, escritor y diplomático fascista Curzio Malaparte.

⁵²⁹ Denominación que ni era del todo precisa (lo que Ledesma pretendía, aun apoyándose en los sindicatos para la articulación del Estado, era forjar un *nacionalsocialismo* español exento de racismo y antisemitismo, solo que temía el efecto que pudiera tener tal «plagio» nominal), ni era original (como recordaremos, los sindicalistas revolucionarios italianos ya se habían considerado a sí mismos nacionalsindicalistas desde el momento en el que abandonaron el internacionalismo y asumieron como suyas las tesis nacionalistas de la ANI de Corradini).

⁵³⁰ Exceptuando, eso sí, el pensamiento antisemita de Onésimo Redondo, minoritario dentro del falangismo y, en cualquier caso, insostenible dado que ni en España había una «cuestión judía», ni el anhelo falangista de reunión hispánica parecía

mismo que aquel: la nacionalización de la izquierda y la socialización de la derecha⁵³¹. Así, Ledesma creía, como todo fascista que se preciase, que había llegado la hora, también para España -y puede que en ella con mayor razón aún que en el resto⁵³²-, de que una nueva generación de jóvenes resueltos, decididos y «futuristas», sin ataduras con el obsoleto orden decimonónico⁵³³, superase, mediante la conformación de un partido o movimiento único y de masas⁵³⁴ que diese a luz un Estado totalitario⁵³⁵ y desde una «tercera posición» alternativa tanto al orden puramente individualista-capitalista como al puramente colectivista-comunista, la tradicional división izquierda-derecha. Esta escindía artificiosamente a los españoles en –como mínimo– dos bandos enfrentados e irreconciliables, anulando cualquier posibilidad de llevar a cabo lo que, a juicio de Ledesma, dichos españoles necesitaban: un gobierno para todos, bajo un liderazgo juvenil, idealista, inflexible, enérgico, único y común, conforme a un proyecto integrador y multclasista que dejase de lado toda diferencia contingente y superficial, cuando no inducida⁵³⁶, y hermanase a todos los españoles en pos de un objetivo grandioso y compartido, sin divisiones, sin enfrentamientos, sin cainismos ni goyescos «duelos a garrotazos», sin lucha de clases ni, claro está, separatismos disgregadores e involucionistas, de todo punto contrarios al signo de los tiempos⁵³⁷. Todo para recuperar la grandeza perdida tras siglos de confusión y olvido de las esencias patrias, consecuencia de la extranjerización⁵³⁸ de la vida política española y la aceptación y refuerzo de las ideas que sobre España y sobre lo español se vertían desde los aparatos propagandísticos (otrora coordinados) de las principales potencias europeas, con Francia e Inglaterra a la cabeza⁵³⁹. Y puesto que las causas políticas inmediatas de la división, los enfrentamientos, los cainismos, los duelos a garrotazos y, en suma, la oposición izquierda-derecha eran la democracia y el liberalismo, en breve, la democracia liberal, ningún escenario más propicio al surgimiento de un movimiento fascista en España que la Segunda República:

compatible con una concepción racista, por lo demás, expresamente desechada en varias ocasiones por José Antonio Primo de Rivera. Por otro lado, conviene señalar que el fascismo, aunque pueda e incluso parezca proclive, no tiene por qué ser racista, como de hecho no lo fue el original, el italiano, hasta su forzado proceso de «nazificación» a finales de los 30.

⁵³¹ En la ya mencionada formulación de George Valois: «nacionalismo más socialismo igual a fascismo». (Citado en Payne, *El fascismo*, p. 141.)

⁵³² Al fin y al cabo, España, como otrora Italia, podía considerarse un ejemplo arquetípico de «nación proletaria», en términos de Corradini.

⁵³³ De ahí el límite de cuarenta y cinco años propuesto por Ledesma para formar parte de la necesaria juventud vanguardista y regeneradora española, así como, a modo de inspirador precedente, detalles como el himno del Partido Nacional Fascista (PNF) italiano, intitulado *Giovinezza*, o sea, «Juventud».

⁵³⁴ La apuesta por la conformación de un partido de masas es puramente ledesmiana, y fue motivo de conflicto -en la posterior Falange Española de las JONS- con José Antonio Primo de Rivera, quien prefería mantenerse «puro» y convertir al partido en lo que todos los partidos fascistas se vanagloriaban de ser: una élite, una vanguardia, un grupo selecto y notable entregado al servicio de la nación. No obstante, estas tensiones entre los partidarios del partido de masas y los del partido de élite no fueron, ni mucho menos, exclusivas de la Falange. También el Partido Nacional Fascista italiano o el NSDAP alemán se enfrentaron a este mismo dilema sin llegar a concluir nada definitivamente.

⁵³⁵ Otro de los temas de desacuerdo entre Ledesma y Primo de Rivera. Como fascista «puro», Ledesma apostaba por un sistema a la italiana en el que el Estado fuese objeto de supremo culto y absoluto poder; Primo de Rivera, en cambio, prefería un totalitarismo «intangibles», «sutil» o «de guante blanco», esto es, no tanto estatal (explícito) como ideológico (tácito), que se infiltrase en la vida de los españoles menos a través de las instituciones del Estado que de la progresiva «modelación» de su mentalidad conforme al credo falangista mediante su ulterior identificación mutua.

⁵³⁶ Inducida por las foráneas doctrinas del liberalismo y del marxismo cuya asunción ya autores como Ramiro de Maeztu habían denunciado como causa y origen de todos los males de España, alienada respecto a sí misma desde el momento en el que dio por buenas las tesis de la negrolegendarias y se plegó ante la presunta superioridad de Francia.

⁵³⁷ Frente a los nacionalismos «particularistas» o «de vía estrecha», Ledesma abogaba por los nacionalismos «crecientes» de corte alemán, italiano e incluso ruso, en los que encontraba «la norma general de la época». (Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, p. 79.)

⁵³⁸ «En España, no tienen raíces ni la Democracia, ni la República, ni el Socialismo». (Giménez Caballero, Ernesto, «Un precursor español del fascismo (Pío Baroja)», en el n.º 8 de enero de 1934 de *JONS. Órgano teórico de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (1933-1934)*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2011, pp. 154-157.)

⁵³⁹ En realidad, antes que estos dos países fueron la Alemania protestante y las Provincias Unidas (actuales Países Bajos), que aspiraban a la independencia, quienes mayor énfasis y odio pusieron en esta propaganda no solo no contestada por la España imperial, sino poco a poco asimilada y hasta reforzada por buena parte de nuestros propios comentaristas, empezando, huelga decirlo, por Fray Bartolomé de las Casas. Para un cualificado estudio sobre este tema, la obra ya mencionada de Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra*.

[E]n este ambiente hostil sale a la luz un nuevo movimiento, con ideas nuevas, que mira a España de frente, supera esa absurda división de izquierdas y derechas, que solo busca una clase, la de los españoles, y cuyo objetivo es redimir a España de esa postración de siglos, devolver su grandeza, pero también instaurar un régimen de verdadera justicia y llenar los hambrientos estómagos de los sin pan, pues además, quien tiene hambre de pan pocas veces tiene hambre de Patria, y qué mejor que sea ella misma la que devuelva la dignidad y alimente las bocas hambrientas de pan y de justicia.⁵⁴⁰

A pesar de estas fehacientes conexiones con los principios globales –superación de la dicotomía izquierda-derecha; inculcación del sentimiento nacional en las izquierdas y sensibilización social de las derechas; tercerposicionismo; unidad nacional(ista); encomio (mayor o menor) de la omnipotencia del Estado bajo un férreo liderazgo («principio de caudillaje»); insistencia en la formación de un proyecto común liderado por una juventud entusiástica, audaz, vital y futurista; forjamiento de una comunidad ligada por una historia, un destino y una misión que cumplir en el mundo a través de la participación política activa de las masas; sindicalismo vertical; recuperación de la esencia, la grandeza, el poderío y el prestigio nacionales e internacionales perdidos- y las negaciones -antiliberalismo, anticonservadurismo, anticapitalismo, anticomunismo, antiindividualismo, antimaterialismo, antiinternacionalismo, etc.- de lo que, a su vez, podríamos considerar como el «fascismo genérico» o, con Ernst Nolte, el «mínimo fascista», Ledesma nunca quiso identificar al cien por cien su nacionalsindicalismo con el fascismo italiano o con el nazismo alemán. Cuando lo hizo, fue -como posteriormente lo hará también José Antonio Primo de Rivera- con la boca pequeña y en términos de abstracta generalidad. Le molestaba sobremanera la posibilidad de que se le considerase un mero imitador de fascistas o nazis, carente de originalidad y pensamiento propios. Irónicamente, el rechazo de la etiqueta de fascista era otro rasgo común a gran parte de los diversos movimientos fascistas que siguieron al original italiano⁵⁴¹, con, eso sí, llamativas excepciones como, por ejemplo, la de la Unión Británica de Fascistas (*British Union of Fascists*, BUF) de Oswald Mosley⁵⁴². Todos aseguraban ser auténticas vanguardias nacionales diseñadas única y exclusivamente para sus correspondientes patrias, constituidas para rejuvenecerlas, para engrandecerlas, para ambas cosas o, incluso, para liberarlas⁵⁴³.

Prácticamente a la par que Ledesma y su semanario, en Valladolid otro veinteañero llamado Onésimo Redondo, imbuido de un catolicismo fervientemente conservador pero influido por buena parte de los componentes de la ideología nazi (sobre todo del antisemitismo) que tuvo ocasión de «catar» durante su estancia en la Universidad de Mannheim como lector de español entre los años 1927 y 1928, fundaba, también en 1931 - solo tres meses después de aparecer *La Conquista del Estado*-, su propio diario: *Libertad*. En torno a sus páginas se reunió el grupo que en agosto de ese mismo año rompería con el

⁵⁴⁰ Olmedo Cantalapiedra, Jorge, *La Falange y la derecha*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2014, p. 16. Hay que tener en cuenta que *La Conquista del Estado* vio la luz exactamente un mes antes de la caída de la Monarquía, el 14 de marzo de 1931, lo cual no obsta para que su mensaje adquiriese –como de hecho lo hizo- mayor actualidad con la llegada de la República.

⁵⁴¹ «[M]ientras casi todos los partidos y regímenes comunistas prefieren llamarse comunistas, la mayor parte de los movimientos políticos de la Europa de entreguerras a los que se suele calificar de fascistas no utilizaban, de hecho, ese nombre al hablar de sí mismos». (Payne, *El fascismo*, p. 10.)

⁵⁴² El de la BUF no solo es una «llamativa excepción» en lo concerniente a su denominación. También lo es en lo tocante a su posición aislacionista (aunque colaboracionista, en tiempos de paz, con otras potencias, preferentemente nazi-fascistas) y contraria a la guerra. Como en el caso del racismo, el belicismo y el imperialismo –que no el militarismo, que sí es constitutivo- son rasgos «contingentes» antes que necesarios dentro de la ideología fascista (con la excepción de la alemana).

⁵⁴³ «A los fieles de las revoluciones coloniales y de «liberación nacional» de las poblaciones minoritarias debe señalárseles que, durante la Segunda Guerra Mundial, la promoción de los movimientos de liberación nacional entre los pueblos coloniales y minoritarios de todo el mundo fue casi exclusivamente labor de las potencias del Eje». (Payne, *El fascismo*, p. 110.)

movimiento Acción Católica por razón de su «carácter burgués» y crearía las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica (JCAH), que servirían de base, previa fusión entre los grupos de Ledesma y Redondo y asunción total de la doctrina de aquel, para la formación, en octubre, de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, más conocidas como JONS.

Las JONS adoptaron, por sugerencia del periodista Juan Aparicio –mano derecha de Ledesma en *La Conquista del Estado*–, los colores rojo y negro, representantes respectivos de la sangre y la pólvora, provenientes de la bandera anarcosindicalista de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), a la que en no pocas ocasiones trataron de tentar para que se uniese a sus filas⁵⁴⁴. Sobre el nuevo estandarte se trazaron, cortesía involuntaria de Fernando de los Ríos, el yugo y las flechas, símbolos de los Reyes Católicos que, de acuerdo con la conocida anécdota –referida por Aparicio–, serían, en opinión del catedrático de Teoría Política, los emblemas «naturales» de un posible fascismo español. También contaron, tras una época de escasa actividad entre los años 1931 y 1932, con un nuevo órgano teórico y de propaganda, la revista *JONS. Órgano teórico de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista*, fundada en 1933. Tan solo duró un año; lo que tardaron las JONS en fusionarse –más por necesidad que por querencia– con la Falange Española de José Antonio Primo de Rivera, creada a instancias de este y de algunos de sus colaboradores más cercanos, como Julio Ruiz de Alda o Alfonso García Valdecasas.

La trayectoria política de José Antonio Primo de Rivera fue muy distinta de la de su contraparte, Ledesma. A diferencia de este, Primo de Rivera había nacido y se había criado en el confortable y selecto ambiente que su padre, el dictador Miguel Primo de Rivera, había podido proporcionarle. En este sentido, el «señorito» José Antonio tuvo la oportunidad de formarse en el ambiente anglófilo de la aristocracia liberal, lo cual, además de permitirle el acceso a una cultura notable (hablaba con fluidez inglés y francés y tenía en su haber lecturas de Kant, Bergson, Maurras, Sorel, Kelsen, Spengler, Keyserling, Marx, Lenin, Costa, Unamuno u Ortega, así como de tradicionalistas españoles como Ramiro de Maeztu o Vázquez de Mella), le supuso a él y a sus más inmediatos compañeros un serio obstáculo y problema a la hora de convertirse en el caudillo de un movimiento fascista, como observó perfectamente el mismo Ledesma en larga pero diáfana descripción:

Distingue y caracteriza a Primo de Rivera que opera sobre una serie de contradicciones de tipo irresoluble procedentes de su formación intelectual y de las circunstancias político-sociales de donde él mismo ha surgido. Posee seguridad en los propósitos, y le mueve seguramente un afán sincero por darles caza. El drama o las dificultades nacen cuando se percibe que esos propósitos no son los que a él le corresponden, que es víctima de sus propias contradicciones y que, en virtud de ellas, puede devorar su misma obra y –lo que es peor– la de sus colaboradores. Véasele organizando el fascismo, es decir, una tarea que es hija de la fe en las virtudes del ímpetu, del entusiasmo a veces ciego, del sentido nacional y patriótico más fanático y agresivo, de la angustia profunda por la totalidad social del pueblo. Véasele, repito, con su culto por lo racional y abstracto, con su afición a los estilos escépticos y suaves, con su tendencia a adoptar las formas más tímidas del patriotismo, con su afán de renuncia a cuanto suponga apelación emocional o impulso excesivo de la voluntad, etcétera. Todo eso, con su temperamento cortés y su formación de jurista, le conducirá lógicamente a formas políticas de tipo liberal y parlamentario. Varias circunstancias han impedido, sin embargo, esa ruta. Pues ser hijo de un dictador y vivir adscrito a los medios sociales de la más alta burguesía son cosas de suficiente vigor para influir en

⁵⁴⁴ El sempiterno anhelo ledesmiano de «nacionalización» de la izquierda y, particularmente, del sindicalismo revolucionario, no era original, ni tampoco incoherente. Como sabemos, el primer caso reconocido de la viabilidad de dicho proceso y trasvase tuvo lugar en Italia, donde recordaremos que el potente sindicalismo revolucionario se tornó a la postre fervientemente nacionalista, lo que facilitó su conocido acercamiento al grupo de los nacionalistas «de pura cepa» primero y de Mussolini después. En este sentido, Ledesma aspiraba a repetir el mismo éxito que Mussolini, tratando de atraer hacia la causa nacional el que a su juicio era un modélico ejemplo de ímpetu revolucionario genuinamente español: el de la CNT.

el propio destino. En José Antonio obraron en el sentido de obligarlo a torcer el suyo y a buscar una actitud político-social que conciliase sus contradicciones. Buscó esa actitud por vía intelectual, y la encontró en el fascismo. Desde el día de su descubrimiento, está en colisión tenaz consigo mismo, esforzándose por creer que esa actitud suya es verdadera, y profunda. En el fondo, barrunta que es algo llegado a él de modo artificial y pegadizo. Sin raíces. Ello explica sus vacilaciones y cuanto en realidad le ocurre. Esas vacilaciones eran las que a veces le hacían preferir el régimen del triunvirato, refrenando su aspiración a la jefatura única. Sólo al ver en peligro, con motivo de la crisis interna, su posición y preeminencia se determinó a empuñar su jefatura personal. Es curioso y hasta dramático percibir cómo tratándose de un hombre no desprovisto de talentos forcejea con ardor contra sus propios límites. Sólo, en realidad, tras ese forcejeo puede efectivamente alcanzar algún día la victoria.⁵⁴⁵

Empero, los primeros pasos políticos del futuro líder falangista no los dio este en dirección al fascismo, es decir, a su futuro, sino a su pasado: a la restauración de la memoria de su padre, quien a su juicio había sido un gran hombre que, dentro de sus limitaciones ideológicas e intelectuales⁵⁴⁶, solo buscaba lo mejor para España y para los españoles, algo que, en opinión de su hijo, pocos habían sabido ver, y, llegada la hora final, ninguno, incluido el Rey. Este, de nuevo en opinión de José Antonio, había abandonado a su padre en su peor momento, igual que lo habían hecho todos aquellos intelectuales que en lugar de colaborar con él prefirieron comportarse (de acuerdo a la denominación que él mismo les otorgó) como «enanos»⁵⁴⁷. Con el fin de honrar a su padre y defenderlo de todas las acusaciones que se le habían hecho tanto a la caída de la Dictadura —de la que él siempre se mantuvo prudentemente alejado— como después, llegada la Segunda República se adhirió a las listas de la Unión Monárquica Nacional, donde no tendrá el éxito (electoral) esperado. No obstante, esta primera incursión directa en la vida pública española le será de utilidad a la hora de involucrarse aún más en ella creando, primero, el Movimiento Español Sindicalista (MES), y después, FE, siglas de lo que durante un tiempo se dudó si sería la abreviatura de «Fascismo Español» o, como lo acabó siendo, de «Falange Española», contando en ambos casos con la participación de Ruiz de Alda y de Valdecasas, si bien la colaboración de este último apenas se prolongó más allá de su asistencia y discurso en el acto fundacional del falangismo, que tuvo lugar en el Teatro de la Comedia el 29 de octubre de 1933.

Su reconocimiento como el hijo del dictador y su influencia dentro de la élite intelectual de la época atrajo hacia él muchas más miradas —y fondos— de las que el grupo de Ledesma y Redondo obtuvo jamás, lo que introdujo en el seno de las JONS una agria polémica acerca de la posibilidad y la conveniencia de llegar a algún tipo de acuerdo o entendimiento con la nueva formación, a la que veían «desviada»⁵⁴⁸, demasiado derechista para ser conciliable con sus propósitos y espíritus revolucionarios, pero en la que encontraban la visibilidad y, sobre todo, el potencial económico del que carecían y que tanto necesitaban si querían ser algo más que un periódico con doctrina, pero sin apenas doctrinarios. Finalmente, se optó por la opción más razonable desde el punto de vista de la supervivencia de la organización. Con el foco de atención puesto sobre Primo de Rivera, cualquier tentativa de independencia estaba condenada al fracaso. En un país en el que no parecía haber cabida para un partido fascista, mucho menos iba a haberla para dos.

⁵⁴⁵ Ledesma Ramos, Ramiro, *Escritos políticos, 1935-1936. ¿Fascismo en España? La Patria Libre. Nuestra Revolución*, Rivadeneira, Madrid, 1988, p. 131.

⁵⁴⁶ José Antonio siempre creyó que la caída de la Dictadura había sido consecuencia de la ausencia de una sólida base ideológica e intelectual sobre la que sostenerse y, más aún, sobre la que disponer a unas masas que, por lo demás, creía que estaban con su padre y con sus propósitos de regeneración política.

⁵⁴⁷ Primo de Rivera, José Antonio, «La hora de los enanos», artículo publicado en *ABC* el 16 de marzo de 1931.

⁵⁴⁸ «Las JONS no se desvían. Ante la desviación F.E.», en el nº 6 de noviembre de 1933 de *JONS*. Artículo escrito en nombre de la redacción de la revista.

Así fue como se gestó, entre febrero y marzo de 1934, Falange Española de las JONS. Políticamente dirigida por un Triunvirato liderado por José Antonio (que reunía mejores condiciones físicas y mayor habilidad oratoria⁵⁴⁹) y secundado por Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo, el fascismo español se unificaba asumiendo prácticamente íntegras y en su totalidad las tesis nacionalsindicalistas del jonsismo, lo que imprimió un brusco y progresivo pero evidente giro a la izquierda a la Falange original que la situó, ahora sí, en el espacio de referencia propio del fascismo, esto es, en el espacio de la síntesis total y, conforme a nuestra terminología, global y de amplitud-concurrencia irrestricta:

Según afirmación reiterada del propio José Antonio, la Falange no era «ni de izquierdas ni de derechas». Y tampoco «de centro». Ninguna afirmación más elocuente en un sentido de revelación del contenido contradictorio de la Falange. No siendo la Falange «ni de izquierdas ni de derechas», y aún rechazando la posición «de centro», tenía que llevar dentro, tal cual era precisamente el caso, *algo de las derechas y algo de las izquierdas*. (...) Tanto José Antonio como Ramiro Ledesma, siguiendo líneas axiológicas diferentes, *intentaron sintetizar*, en sus respectivas teorizaciones, *los valores de la izquierda y de la derecha que, cada uno a su modo, consideraron como positivos*. De la derecha tomaron básicamente (...) los valores de afirmación nacional y de la izquierda, pero de la izquierda socialista, no de la burguesa, tomaron los valores de justicia social y de denuncia del capitalismo como sistema económico injusto. (...) [Así,] la Falange se había articulado como un partido o movimiento que se proponía la conquista del Poder a título absoluto y la realización autoritaria, desde el mismo y por vía de urgencia, de una revolución –la nacional sindicalista– *que había de asimilar y realizar, al tiempo, las razones sociales estimadas legítimas del socialismo y las razones nacionales, estimadas igualmente legítimas, de la derecha*.⁵⁵⁰

Al acervo jonsista se sumaron al nuevo movimiento dos grandes aportaciones teóricas de cuño joseantoniano: la noción de España como «unidad de destino en lo universal» y el personalismo cristiano, fuente de origen de la conocida comprensión del hombre como «portador de valores eternos». La primera trataba de dar solución a la peculiar «cuestión regional» española apelando a la idea, por lo demás perfectamente congruente con los estándares del ideario nazi-fascista, del proyecto nacional común, que en tanto tal poseía una naturaleza centrípeta «aglutinante» y por consiguiente radicalmente contraria a toda secesión o «particularismo», al tiempo que aportaba al país una misión histórica en cuya realización habrían de involucrarse *todos* los ciudadanos, que dejarían a un lado sus insignificantes diferencias en pro del ensalzamiento de un ideal superior representado por España. No por la España física, sino por la metafísica:

Nosotros amamos a España porque no nos gusta (...). Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inmovible metafísica de España.⁵⁵¹

⁵⁴⁹ Como en el caso de casi todo líder político, la condición física de José Antonio, hombre joven, educado y atractivo, le era de suma utilidad como cabeza visible del falangismo. Asimismo, su capacidad declamatoria era claramente superior a la de Ledesma, quien sufría un defecto en la pronunciación de la erre que limitó su potencial como orador y, por extensión, como líder.

⁵⁵⁰ Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, pp. 18-19. La cursiva es añadida. Sobre la negación reiterada, por parte de Primo de Rivera, de carácter centrista en la Falange, no podemos sino darle la razón habida cuenta, eso sí, de que el líder falangista entendía el concepto de «centrista» como sinónimo de los de «tibio», «moderado», «timorato» y, en suma, «cobarde», sencillamente incompatible con el valiente y enérgico *estilo* propio del falangismo.

⁵⁵¹ Del «Discurso sobre la Revolución Española» pronunciado por Primo de Rivera en el Cine Madrid de Madrid el 19 de mayo de 1935. Recogido en Primo de Rivera, *Discursos*, Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, 1938, p. 99. Es de destacar que esta forma de comprender España como una suerte de proyecto trascendente y eterno concuerda claramente con el rol y valor que, como ya hemos visto, pensadores como Sorel o más tarde Carl Schmitt (siguiendo la línea de Sorel) atribuían a los mitos, y en particular en el caso schmittiano y, por ende, fascista, al mito nacional, considerado superior al obrero (de la huelga general) en tanto capaz de retroalimentarse de forma perpetua, puesto que no persigue un objetivo puntual, sino inagotable: la grandeza de la propia nación, que por

El segundo supone algo más profundo y significativo. Vale la pena reparar en él, porque si hay algo que singulariza al falangismo frente al resto de fascismos ello es, sin duda, el componente personalista añadido por José Antonio.

Por contraste con Ledesma, que a los efectos se limitó a importar los rasgos estructurales y doctrinales del nazi-fascismo italo-germano solo que descartando todo componente racista y/o antisemita (con la excepción ya referida de las diatribas de Redondo), Primo de Rivera quiso dejar en el falangismo una impronta que, de acuerdo con su propia compleja, confusa y torturada naturaleza, reflejase algo para él irrenunciable: el valor de la persona humana en tanto individuo (físico-biológico) dotado de un alma cuyo potencial solo puede explotarse en relación con el resto de miembros de la comunidad. En este sentido, consideraba que «el hombre es el sistema»⁵⁵², con lo que pretendía decir que solo partiendo de la transformación de la mentalidad del individuo particular sería posible lograr la transformación de la mentalidad de toda la sociedad en su conjunto, reconciliando al uno con la otra de acuerdo con el ideal armónico superior que constituiría la «unidad de destino en lo universal» salvaguardada por el Estado, conciliador de intereses -al estilo mussoliniano- que representaría a su vez el culmen y cierre de la sucesión jerárquica de las «unidades naturales de convivencia», a saber, la familia, el municipio y el sindicato. Se formaría así un todo orgánico en el cual cada individuo/familia/sector profesional haría las veces de concreta pero insustituible célula/órgano del cuerpo de la comunidad o el Estado, guiado por una voluntad unitaria y firme, carente de obstáculos ni fisuras, siquiera a nivel interno. O lo que es lo mismo conforme a esta música cuyas melodía y letra ya hemos oído al dar cuenta del fascismo genérico: una integración social supuestamente ideal entre individuo y Estado en la que uno y otro se sabrían mutua, vital y, por tanto, existencialmente vinculados y en la que primaría absolutamente el interés general, común o comunitario sobre el particular, privado o individual al más puro estilo de la Voluntad General rousseauiana, algunas de cuyas implicaciones, paradójicamente, tamaño desprecio despertaban en el líder de la Falange.

El individuo quedaría entonces despojado de su humanidad a menos que forme parte de una comunidad mayor en la que pueda encontrar una misión o destino del que participar y conforme al cual desarrollar todas sus potencialidades para realizarse a sí mismo como persona, trascendiendo su estatus de «mero» ente físico y biológico. Esta visión, igualmente compatible con los planteamientos nazi-fascistas genéricos, lleva aparejada, sin embargo, un aspecto distintivo que no es posible encontrar ni en el fascismo ni en el nacionalsocialismo: el elemento sobrenatural.

El hombre fundamentalmente tiene tres estratos. En primer lugar, es un ser natural[,] es decir, duerme, se nutre, etc.; en segundo, es un ser histórico, es decir, es español, francés, liberal, marxista, patriarcal o matriarcal, etc.; y tercero, tiene una tendencia sobrenatural, existe en él una aspiración a superar el plano natural e histórico. (...) Resumiendo: nos encontramos con que el hombre es un ser “natural”, por una parte, y por otra, un ser “histórico”, con una aspiración “sobre-natural y sobre-históric[a]”. (...) Por lo tanto el concepto completo del hombre será aquél que partiendo del plano de la Historia y en sentido total, valore el plano natural y el sobrenatural. Con esta visión cabal del hombre, *José Antonio supera a Mussolini, que no veía más que la historia, y a Hitler, que sí veía la Historia pero desde un nivel natural, e incluso a Ramiro Ledesma, que si bien ve los estratos natural e histórico, no ve lo sobrenatural y sobrehistórico.* (...) [A]sí se comprende que la integridad (lo natural), [la] dignidad (lo sobrenatural) y la libertad (lo histórico)

definición nunca cesa en su proceso de engrandecimiento (lo cual supone una serie de consecuencias psicológicas muy interesantes de cara a la preservación de todo sistema totalitario, pero especialmente de todo aquel de corte fascista).

⁵⁵² «El hombre es el sistema»; y esta es una de las profundas verdades humanas que ha vuelto a poner en valor el fascismo». («El hombre es el sistema», prólogo a *El Fascismo* de Mussolini. Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo tercero. Misión y Revolución*, Ediciones FE (Editora Nacional), Barcelona, 1940, p. 17.)

La (a)tracción del centro

sean valores intangibles y que *sólo es libre el hombre con esta visión total porque si se le amputa alguno de los tres planos, deja de serlo*.⁵⁵³

Esta apreciación resulta interesante. Como miembros de una familia común, explica los puntos de conexión -natural e histórico- entre el nazi-fascismo y el falangismo, pero también da cuenta del aspecto en el que difieren –sobrenatural y sobrehistórico-, mostrando así la mayor sinteticidad y sincretismo que, sobre el papel, supone el credo falangista, el cual, frente a la cultura y a la historia fascistas o a la raza nazi, constantemente apela a la «metafísica de España», a la «unidad de destino en lo universal» o al hombre como «portador de valores eternos», florituras retóricas difícilmente presentes en el discurso nazi-fascista al uso⁵⁵⁴ y que, sin embargo, formaban parte indisociable de la ideología falangista, siquiera en su versión joseantoniana. Pero hay más.

A pesar de sus peculiaridades, este conglomerado de ideas típicamente fascistas y, al tiempo, singularmente falangistas⁵⁵⁵ supone el punto de partida desde el que tanto Ledesma primero como Primo de Rivera después dirigirán sus diatribas contra la democracia como forma política, contra el liberalismo como fórmula político-económica y contra el Estado liberal como conjunción de ambas corrientes. Los embates fundamentales en esta suerte de cruzada, concordes con la crítica general de la época, iban dirigidos a la obsolescencia del sistema demoliberal-capitalista en su conjunto. En el momento en el que el nacionalsindicalismo español da sus primeros pasos, a comienzos de la Segunda República, la sensación general -pese a lo novísimo del sistema español en concreto- era, como hemos señalado con anterioridad, de desgaste en lo que a las formas demoliberales respecta. Contagiado del hastío de su entorno, ya en 1930 era lugar común decir que «la democracia parecía un concepto caduco y su concreción institucional, el parlamentarismo, perdía cada vez más prestigio»⁵⁵⁶. No debe extrañar, pues, que en el artículo intitulado «En esta hora, decimos» del número 7 de *La Conquista del Estado*, de 25 de abril de 1931, Ledesma, certificando por su cuenta la defunción de la era liberal, afirmase lo siguiente:

Somos postliberales. Sabemos también, e igualmente lo decimos al pueblo, que *el liberalismo burgués ha caducado en la Historia*. Nadie cree ya en sus eficacias y sólo los gobernantes hipócritas lo esgrimen como arma captadora del pueblo. *El individuo no tiene derechos frente a la colectividad política*, que posee sus fines propios, los fines supremos del Estado.⁵⁵⁷

Asimismo, como todo lo que oliese a liberal olía por extensión a decimonónico y a desfasado, moribundo o directamente agotado, la propia Segunda República se tornaba manifestación demodé de un tiempo anticuado y en vías de extinción que debía ser superado cuanto antes

⁵⁵³ Hermandad de la Vieja Guardia, *Manual del Nacionalsindicalismo*, Aracena Ediciones, Biblioteca Falangista, Madrid, 2007, pp. 104-105. La cursiva es añadida.

⁵⁵⁴ Si bien es cierto que (a pesar de acuerdos como los Pactos de Letrán de 1929 o el *Reichskonkordat* de 1933) tanto el fascismo como especialmente el nazismo aspiraban a convertirse, muy en la línea marcada por la Ilustración, en auténticas religiones políticas o civiles, tales intentos de religión se fundamentaban en los factores ya señalados, es decir, en la historia y la cultura en el caso fascista y en la raza en el caso nazi. Ni uno ni otro mostraron nunca una «vocación metafísica 'pura'» tan marcada como el falangismo, manifiestamente imbuido de una suerte de «catolicismo sin catolicismo» más próximo a las peculiarísimas creencias de la Guardia de Hierro rumana que a las de sus homólogos italiano y alemán.

⁵⁵⁵ Término por el que, en adelante, entenderemos el conjunto de ideas jonsistas (es decir, de Ledesma) y propiamente falangistas (es decir, de Primo de Rivera), finalmente combinadas a pesar de la ulterior ruptura de Ledesma con Primo de Rivera, acaecida en enero de 1935.

⁵⁵⁶ de la Cierva, Ricardo, *Historia de la Guerra Civil española* de Ricardo de la Cierva (1969). Tomado de Cantarero del Castillo, *Falange y filosofía*, p. 55.)

⁵⁵⁷ «En esta hora, decimos», recogido en Ledesma Ramos, *Escritos políticos. La Conquista del Estado. 1931*, Rivadeneyra, Madrid, 1986, pp. 143-144. La cursiva es añadida.

de acuerdo con una (muy orteguiana⁵⁵⁸) «nueva política» cuya autoría estuviese en manos únicas y exclusivas de los jóvenes:

Los Gobiernos de Berenguer son siglo XIX. La República «del 14 de abril» (...) es siglo XIX (...). La votación del 19 de noviembre [de 1933], sin el poder inmediato y total para la España que votaba y triunfaba, es siglo XIX, aunque dicha elección fuese un preuncio de nuestra victoria. Las Cortes actuales son siglo XIX (...), aunque allí se defiendan ahora los valores eternos de la Religión y de la Patria. O sea, que también tropezamos con el dilema de nuestro siglo XIX (...). La conjuración soviética de Largo Caballero –en esencia, también pronunciamiento del siglo XIX–, restablece pronto una claridad vetérrima [sic].⁵⁵⁹

La Revolución española que hoy se efectúe tiene que esgrimir antes que nada el derecho de los jóvenes a apoderarse del timón y de los mandos. Los españoles que han rebasado los cuarenta y cinco años son todos sospechosos de pacto con las ideas y los intereses responsables de la hecatombe de que ahora salimos. Además, no sirven para la Revolución, que precisa mocedades bravas y entusiasmos valerosos. El gran Larra, como clavado con un alfiler en el siglo XIX, en el siglo tuberculoso y alfeñique, ya soñó para España «hombres nuevos para cosas nuevas; en tiempos turbulentos –decía–, hombres fuertes, sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya todavía ilusiones, hombres que se paguen de gloria, en quienes arda una noble ambición y arrojo constante contra el peligro». Pódense estas frases de alguna impedimenta romántica y se advertirá, pulcra y rotunda, la necesidad española de hoy, la más urgente: suplantar a la vejez fracasada.⁵⁶⁰

No era solo una forma de hacer política la que se sentía fenecer. También se encontraba en su lecho de muerte o punto crítico la clave de bóveda de la concepción teórica sobre la que aquella se sustentaba: el individualismo burgués.

En otro crucial artículo de *La Conquista del Estado* (número 11, de 23 de mayo de 1931) que llevaba el significativo rótulo de «El individuo ha muerto», Ledesma (bajo el pseudónimo de Roberto Lanzas) dejaba claro que el individualismo burgués, y con él toda la gran época liberal del siglo anterior, desaparecía sin remedio ni vuelta atrás, articulándose el futuro en torno a formas superiores de organización, vale decir, formas colectivas dirigidas por el Estado, único instrumento (cuando no fin) apto para la dirección de la nueva sociedad de masas a la que el propio liberalismo –siendo esa, según muchos, su función en la historia– había dado lugar para luego perecer por abulia y extenuación:

Con gran frecuencia se oyen hoy largos plañidos en honor y honra del individuo, categoría política que se escapa sin remedio. Un ligero análisis de la nueva política surgida en la postguerra señala el hecho notorio de que se ha despojado al individuo de la significación e importancia política de que antes disponía. (...) Resulta que un día el mundo ha descubierto que todas sus instituciones políticas adolecían de un vicio radical de ineficacia. Provocaban un divorcio entre la suprema entidad pública –el Estado– y los imperativos sociales y económicos del pueblo. El Estado se había quedado atrás, fiel a unas vigencias anacrónicas, recibiendo sus poderes de fuentes desvitalizadas y ajenas a los tiempos. El Estado liberal era un artilugio concebido para realizar fines particulares, de individuo. Su aspiración más perfecta era no servir de

⁵⁵⁸ Alusión a la conferencia de Ortega intitulada «Vieja y nueva política», ofrecida en mayo de 1914 en el Teatro de la Comedia de Madrid.

⁵⁵⁹ Aparicio, Juan, «El mito de Catilina y nuestro sindicalismo nacional», en el n° 9 de abril de 1934 de *JONS*, pp. 512-516.

⁵⁶⁰ «COMUNISMO, NO! La Revolución en marcha no debe detenerse hasta que se efectúe el hallazgo de la nueva eficacia hispánica», recogido en Ledesma Ramos, *Escritos políticos. La Conquista del Estado. 1931*, n° 10, mayo de 1931, pp. 173-176.

estorbo, dejar que el individuo, el burgués, atrapase la felicidad egoísta de su persona.⁵⁶¹

De acuerdo con esa concesión liberal de libertades negativas, individuo y Estado constituían entes no solo diferenciados, sino, al más puro estilo spenceriano, contrapuestos; el individuo era libre en la medida en la que el Estado no interfiriese en sus asuntos, no le controlase ni le molestase, no le requisase sus propiedades ni su riqueza para favorecer a terceros sin su consentimiento ni le obligase a tomar parte en ninguna empresa, individual o colectiva, no voluntaria. La esfera privada se revestía entonces de un valor cuasi sagrado, inviolable e inalterable por defecto y definición. De acuerdo con la concepción liberal clásica, si el individuo tenía derechos (naturales o no) era, ante todo, *frente* a las injerencias del Estado, y no gracias a él, reducido en este sentido a la condición de «mero» árbitro.

En el hombre cabe distinguir con toda claridad la coexistencia de dos focos o fuentes de acción. Uno es su yo irreductible, su conciencia individualísima, su sentirse como «algo» frente al mundo, que está afirmándose ante lo que no es él. A lo que en el hombre hay de esto, a su orbe anticivil, adscribía el Estado liberal, la civilización burguesa, los derechos políticos. El hombre poseía, pues, derechos políticos *por lo que tenía de antisocial y negador de la política*. Los derechos políticos eran capacidad de disidencia, equivalían a reconocer al hombre *derecho a negar el Estado*.⁵⁶²

Pero no tardaron en cambiar las tornas. Como consecuencia de la proliferación de necesidades y demandas surgidas tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, el papel del individuo quedó reducido a la mínima expresión. Esto ya lo hemos visto; el Estado asumió las competencias suficientes como para, de la noche a la mañana, convertirse en el nuevo actor protagonista de la historia, devaluando por completo al individuo, reducido a la nada si se lo consideraba al margen de la comunidad a la que, «de pronto», se debía, y lo que es más, a la que debía los mismos derechos que en la marco teórico previo se supone que le pertenecían con anterioridad a la formación del Estado:

Pero el hombre no es sólo un *yo individual, una conciencia irreductible*, sino algo que posee capacidad de convivencia, un animal político, que decían los griegos. Eso que el hombre es además de *conciencia irreductible* lo es gracias al hecho de existir en un Estado. Si no formase en un Estado, si no conviviera con los demás, si no reconociera un Estado y unos *fines de Estado* que realizar en común, en unión de los otros, a nadie se le ocurriría adscribirle derechos políticos. *Es, pues, el Estado quien hace posible la existencia de esos derechos. Sin él no existirían*, y mal, por tanto, podría reclamarlos ser alguno.

(...) Los nuevos Estados que hoy nacen y triunfan –Rusia, Italia, el Estado germano que postula Hitler– son antiliberales. En ellos se le reconocen al hombre derechos políticos *por lo que en él hay de capacidad de convivencia, de cooperador a los fines del Estado*. Por eso no hay derecho a la disidencia, o sea, libertad frente al Estado. Que es entidad colectiva, fin último.⁵⁶³

En consonancia con esta nueva concepción de los derechos y de la relación de sus titulares –los individuos– con el Estado, otros ámbitos tradicionalmente adscritos a la esfera individual pasaron a ser reclamados por la pública. La sanidad y la educación son los ejemplos más palpables. Otro es el del ejercicio del progreso. Ya hemos mencionado, de la mano de Gray, cómo incluso los liberales se dividieron en dos, los clásicos y los modernos, caracterizándose estos últimos por su visión del progreso como «realización en el mundo de una concepción

⁵⁶¹ «El individuo ha muerto», recogido en Ledesma Ramos, *Escritos políticos. La Conquista del Estado. 1931*, pp. 186-188.

⁵⁶² *Ibidem*. La cursiva es añadida.

⁵⁶³ *Ibidem*. La cursiva es añadida.

específica de la sociedad racional»⁵⁶⁴, lo que a efectos prácticos posibilitaba la supeditación de la libertad a los requerimientos del progreso, fuesen cuales fuesen. Asimismo, otros autores como Hayek se percataron enseguida de que la altura de las nuevas ambiciones y exigencias, fruto de los avances realizados a lo largo del siglo XIX, desdeñaba, a comienzos del XX, lo que hasta entonces había sido habitual: que la sociedad avanzase a base de «suerte», de descubrimientos fortuitos, de casualidades, de experimentos particulares o, en breve, de iniciativas individuales que podían darse o no y arrojar resultados fructíferos o no, al más puro estilo de lo defendido por un Humboldt o de lo reivindicado por un Stuart Mill. Esto también nos suena; ahora se consideraba que debía ser el Estado, como representante supremo de la comunidad, quien asiese las riendas de su propio destino y, «sincronizando» - por utilizar la conocida expresión nazi- todas las energías de la nación, las pusiese al servicio de ideales *planificados*, independientes de las caprichosas decisiones de cada individuo y, sobre el papel, exponencialmente más inmediatos y eficaces a fuer de programados. Si antes el progreso social dependía de que hubiese individuos con iniciativa y capacidad para el descubrimiento y la innovación, a partir de ahora serían los Estados los que, con un plan consciente, sustituirían la iniciativa individual y decidirían expresamente qué caminos seguir para así acelerar y tornar más eficaz tales descubrimientos e innovaciones. La mentalidad burguesa quedaba, de esta manera, superada, imponiéndose, por el contrario, la uniformidad como síntoma de unión y futuro. Volviendo, en este punto, al planteamiento de Ledesma:

Los hombres descubrieron que junto a los «fines del individuo», que la civilización burguesa exalta, están los «fines de pueblo», los fines colectivos, superindividuales, antiburgueses, cuya justificación no es reconocida por el Estado de tipo liberal burgués. (...) Hoy triunfa en los pueblos la creencia de que la verdadera grandeza humana consiste en la realización de *fines colectivos, superindividuales*. El problema que debe ocupar los primeros planos no es el de plantearse: ¿qué puedo hacer?, sino el de ¿qué puedo hacer con los demás? He aquí la verdadera etapa postliberal, antiburguesa, que hoy corresponde propagar al radicalismo político. (...) [Por otro lado,] [d]istingue al burgués el afán de distinguirse. Su odio o indiferencia ante los uniformes ha sido hasta aquí mal interpretado. Se le creía surgido de una tendencia a no destacarse, a vivir en ignorada oscuridad. Nada de ello es cierto. El traje burgués es precisamente el que deja más ancho campo al capricho individual. (...) [Frente a ese traje individualizante,] [e]l uniforme es prenda antiindividualista, antiburguesa, y debemos celebrar su nuevo triunfo.⁵⁶⁵

Mas no solo Ledesma reivindicaba el advenimiento del nuevo y revolucionario mundo colectivista, superador de la senectud decimonónica. También José Antonio, sobre la misma crítica al individualismo burgués como pilar maestro del universo liberal, quiso hacer su propia elegía a la era que llegaba a su fin:

[E]l mundo entero está viviendo los últimos instantes de la agonía del orden capitalista y liberal; ya no puede más el mundo, porque el orden capitalista liberal ha roto la armonía entre el hombre y su contorno, entre el hombre y la Patria. Como liberal, convirtió a cada individuo en el centro del mundo; el individuo se consideraba *exento de todo servicio*; consideraba la convivencia con los demás como teatro de manifestación de su vanidad, de sus ambiciones, de sus extravagancias; cada hombre era insolidario de todos los otros.⁵⁶⁶

⁵⁶⁴ Gray, *Liberalismo*, pp. 370.

⁵⁶⁵ «El individuo ha muerto», recogido en Ledesma Ramos, *Escritos políticos. La Conquista del Estado. 1931*, pp. 186-188.

⁵⁶⁶ Del discurso pronunciado por Primo de Rivera en el Cine Europa el 2 de febrero de 1936 bajo el título «La Falange ante las elecciones de 1936», publicado en *Arriba* (nº 31, 6 de febrero de 1936). Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Textos de doctrina política*, Editorial Almena, Madrid, 1970, p. 875. La cursiva es añadida.

Esto por lo que hace a la crítica general a la democracia liberal en lo tocante a su «actualidad». En cuanto a la crítica particular, dos son fundamentalmente los objetos de crítica para los falangistas: la democracia como forma política y el liberalismo como forma político-económica. Si bien algunos autores han hecho interesantes esfuerzos para separar una cosa de la otra «a fin de comprender la heterogénea construcción que constituye la moderna democracia de masas»⁵⁶⁷, tanto para Ledesma como para Primo de Rivera ambos eran credos fundamentalmente burgueses y por tanto, a los efectos, indistinguibles y desechables *per se*. Ahora bien, cada uno de esos credos adolecía de sus propios defectos y falencias.

En el acto del Teatro de la Comedia con el que quedaba fundada la todavía indiscifrable FE, José Antonio comenzó su discurso señalando con meridiana claridad a sus más acérrimos enemigos: Rousseau y, por extensión, la democracia:

Cuando, en marzo de 1762, un hombre nefasto, que se llamaba Juan Jacobo Rousseau, publicó *El contrato social*, dejó de ser la verdad política una entidad permanente. Antes, en otras épocas más profundas, los Estados, que eran ejecutores de misiones históricas, tenían inscritas sobre sus frentes, y aun sobre los astros, la justicia y la verdad. Juan Jacobo Rousseau vino a decirnos que la justicia y la verdad no eran categorías permanentes de razón, sino que eran, en cada instante, decisiones de voluntad.⁵⁶⁸

Dicho de otra manera, la democracia es perniciosa porque relativiza la justicia y la verdad - «categorías permanentes de razón»- de tal manera que ambos ideales devienen, sin embargo, mero resultado numérico de una vulgar votación:

Ya es hora de acabar con la idolatría electoral. Las muchedumbres son falibles como los individuos, y generalmente yerran más. La verdad es la verdad (aunque tenga cien votos) y la mentira es la mentira (aunque tenga cien millones). Lo que hace falta es buscar con ahínco la verdad, creer en ella e imponerla, contra los menos o contra los más.⁵⁶⁹

Porque los agentes principalmente implicados en el juego democrático -los partidos políticos- surgen solamente «cuando se niega la existencia de ciertas verdades permanentes, [ya que entonces] se admite la teoría absurda de que las sociedades políticas son consecuencia de un pacto expresado mediante un sufragio»⁵⁷⁰. Los partidos institucionalizan la disidencia. Son formalizaciones políticas de catervas que se arrojan la condición de agentes de la voluntad general con el único y verdadero fin de encubrir sus intereses particulares a través de esa presunta pero falsa legitimación. Destruyen la unidad y armonía naturales del cuerpo social. Agrupan a los ciudadanos en asociaciones innecesarias y artificiales. «Nadie nace ni vive, naturalmente, en un partido político»⁵⁷¹. Para colmo, los partidos no buscan que los ciudadanos deliberen ni elijan sabiamente entre ellos (lo cual beneficiaría al que tuviese razón, que -en teoría- solo podría ser uno), sino que voten al que más y mejores promesas les haga, o al que represente a su clase social, o al que sirva a sus intereses, o al que sea más útil para

⁵⁶⁷ Schmitt, *Sobre el parlamentarismo*, p. 12.

⁵⁶⁸ Del discurso de fundación de Falange Española pronunciado por Primo de Rivera en el Teatro de la Comedia de Madrid el 29 de octubre de 1933. Recogido en Primo de Rivera, *Discursos*, p. 15.

⁵⁶⁹ Primo de Rivera, José Antonio, «Muchedumbre», artículo publicado en *Arriba* (nº 16, 4 de julio de 1935). Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo cuarto. Política española*, Ediciones FE (Editora Nacional), Barcelona, 1941, p. 199.

⁵⁷⁰ Del discurso pronunciado por Primo de Rivera en Callosa de Segura en julio de 1934, publicado en *La Nación* el 23 de julio de 1934. Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo cuarto. Política española*, p. 282.

⁵⁷¹ De los Puntos Iniciales de Falange. Recogidos en Veyrat, Miguel, y Navas-Miguelo, J. L., *Falange, hoy*, G. Del Toro, Editor, Madrid, 1973, pp. 19-25.

evitar que gane algún otro, o, directamente, al más demagogo⁵⁷². En definitiva, a cualquiera menos al que realmente vaya a hacer algo por el país *en su totalidad*, sin excluir a nadie ni dividir a la ciudadanía, antes bien, reconciliándola, aglutinándola, dotándola de una misión y quehacer único y común que todos puedan compartir y en el que todos puedan verse involucrados y encontrar su lugar en armonía y cooperación con los demás. Pero esta clase de partido, que se sepa, no existe. Y lo que es peor: en democracia, no puede existir. Pues donde hay democracia, hay partidos, y donde hay partidos, hay relativización, hurto del contenido categorial de las ideas, los valores y las normas. Hay diversidad de opiniones y, especialmente, de intereses (normalmente económicos). Y donde hay diversidad de opiniones y, especialmente, de intereses, hay conflicto político, enfrentamiento y desunión. Por eso

cuando [José Antonio] se refiere al Movimiento político naciente en el acto fundacional del [T]eatro de la Comedia, de Madrid, lo concibe [a su movimiento] y define *como un antipartido*, porque su experiencia viva de los partidos al uso le hace ver a éstos como «instrumentos intermediarios y perniciosos, que para unirnos en grupos artificiales empiezan por desunirnos en nuestras realidades auténticas».⁵⁷³

Así, a juicio de José Antonio, la democracia pervierte lo que siempre habían sido y deberían seguir siendo verdades eternas e inmutables, convirtiéndolas en meros asuntos de opinión dirimibles cuantitativamente, a base de simples sufragios que, rayando en el paroxismo de lo absurdo, tenían «la virtud de decirnos en cada instante si Dios existía o no existía, si la verdad era la verdad o no era la verdad, si la Patria debía permanecer o si era mejor que, en un momento, se suicidase»⁵⁷⁴. En este sentido, el Estado queda despojado de su antigua función rectora para convertirse en un mero espectador de la interminable pugna electoral de la que depende y a causa de la cual no puede sino sentirse inerte e impotente, incapaz de trazar un plan y seguirlo porque tanto dicho plan como su consecuente seguimiento dependerán siempre del partido en el poder, cuya voluntad, a su vez, dependerá de sus intereses, siempre variables y, por supuesto, parciales e incompletos. De ahí el rechazo fascista a categorizarse como de izquierdas o de derechas en tanto, como ya vimos más arriba de la pluma de Ortega,

⁵⁷² Crítica esta, irónica e interesadamente, defendida ardentemente por autores liberales: «Los actuales partidos políticos en esta materia pronúncianse ya con toda desfachatez; proclaman, sin tapujos, su voluntad de privilegiar a específicos grupos. (...) Todos ellos (...) pretenden abusar del resto de la población, pese a, en todo momento, enfáticamente asegurar que eso que a ellos beneficia contribuye al progreso de la comunidad en general (...). El cinismo aumenta de día en día; se procura privilegiar a específicos estamentos, sin tapujos, desvergonzadamente. (...) Los partidos políticos a que nos estamos refiriendo, cuya actuación política carece de todo objetivo que no sea el procurar ventajas y privilegios para los *suos*, no sólo hacen inviable el sistema parlamentario, sino que, además, desarticulan el estado y la propia sociedad. (...) La sociedad (...) no puede sobrevivir si se halla dividida en agrios grupos antagónicos, cada uno de los cuales incesantemente reclama mercedes a costa de los demás (...). Los asuntos políticos contémpnanlos exclusivamente bajo el prisma de lo que, en cada momento, consideran la mejor táctica. (...) Aspiran simplemente a conseguir, a costa del resto de la población, las mayores ventajas posibles para los *clanes* que representan. Tal meta queda enmascarada en el «programa del partido», que procura dar cierta presentabilidad a este último; pero lo que de verdad se busca, eso, invariablemente, queda bien tapado». (Mises, *Liberalismo*, pp. 202, 212. En cursiva en el original.)

⁵⁷³ de Broca, *Falange y filosofía*, pp. 96. Esta maniobra es común a todos los fascismos: «Convertirse en un actor político de éxito entrañó perder seguidores además de ganarlos. Hasta el simple paso de convertirse en un partido podría parecerles una traición a algunos puristas del periodo inicial. (...) Ser un partido situaba el hablar por encima del actuar, los acuerdos por encima de los principios y los intereses rivales por encima de una nación unida. Lo que los primeros fascistas idealistas consideraban que ofrecían era una nueva forma de vida pública (un «antipartido») capaz de agrupar a toda la nación, en oposición tanto al liberalismo parlamentario, que fomentaba la facción, como al socialismo, con su lucha de clases. José Antonio describió la Falange Española como un movimiento «que no es un partido, sino que es un movimiento, casi podríamos decir un antipartido [...]; no es de derechas ni de izquierdas». El NSDAP de Hitler, por supuesto, se había llamado «partido» desde el principio, pero sus miembros, que sabían que no era como los demás partidos, lo llamaban «el movimiento» (*die Bewegung*). La mayoría de los fascistas llamaban a sus organizaciones «movimientos», «campos», «bandas», «rassemblements», «fasci»: hermandades que no enfrentaban unos intereses a otros, sino que se proponían unir y revitalizar a la nación». (Paxton, *Anatomía del fascismo*, pp. 71-71. En cursiva en el original.)

⁵⁷⁴ Del discurso de fundación de Falange Española, en Primo de Rivera, *Discursos*, p. 16.

«ser de izquierdas es, como ser de derechas, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral».

Al mismo tiempo, la democracia o, más concretamente, el parlamentarismo, se muestra inútil a la hora de tomar decisiones en coyunturas excepcionales y de suma gravedad. Dado que, debido al sistema de sufragio, los partidos políticos están naturalmente enfrentados⁵⁷⁵, y que desgraciadamente no parece probable que a su través arriben al parlamento las «partículas de razón» desperdigadas por toda la nación, llegar a acuerdos de Estado o tomar medidas urgentes puede convertirse en una misión poco menos que imposible para el partido en el gobierno (que, para empeorar las cosas, ni siquiera tiene por qué ser el «mejor» o el más racional, sino simplemente el que más escaños haya conseguido... quién sabe cómo). O bien se acaban tomando resoluciones que solo benefician a una parte de la población (con lo que se está fallando en el propósito fundamental de todo gobierno: gobernar *para todos* y no solo *para los que le han votado*), o bien se alcanza algún acuerdo o pacto de mínimos y de carácter general que permita salir del paso, al menos por el momento. Pero el pacto, lejos de verse como la mayor de las virtudes, puede entenderse –siquiera desde un punto de vista maximalista, por parte de la militancia o de los votantes- como el peor de los vicios, dado que implica negociación, transigencia y cesión, o sea, renuncia a los propios principios –o a la siempre socorrida coherencia- en favor de los del adversario (si es que no enemigo⁵⁷⁶) político. Mas el verdadero problema no radica tanto en esa renuncia, que en principio siempre se hará en nombre de un bien o provecho superior, como en la contrapartida a esa renuncia. Dado que cada partido es rehén de sus propios intereses (o, si se prefiere, de sus propios militantes y votantes, cuyas inclinaciones podrían diferir), parece poco probable que aquel que ceda en algo lo haga sin esperar nada a cambio. Y supuesto que esta compensación sea oculta, como lo es las más de las veces por miedo a la opinión pública, no será en el parlamento donde, precisamente, se parlate para encontrar una solución y aceptar un compromiso, sino en despachos privados, a puerta cerrada y de espaldas a la ciudadanía. Así es como, en último término, se hipoteca el futuro del Estado; su salvación queda en manos de opacas camarillas cuyo poder e influencia les permite escapar al imperio de la ley, cuando no ejercerlo ellos.

Si a todo esto le sumamos, por un lado, el hecho de que las más de las veces los diputados son percibidos como parte de una especial, hermética y separada «clase política» respecto a la cual «la mayor parte de los electores no tienen nada en común con los elegidos: ni son de las mismas familias, ni de los mismos municipios, ni del mismo gremio»⁵⁷⁷, y, por otro, el hecho de que en no pocas ocasiones, cuando de veras se intenta parlamentar, ello tiende a no servir de nada porque cada partido va a lo suyo, obviando las posturas de los demás y, claro está, resistiéndose a condescender un ápice ante ellas (lo cual podría ser considerado como un síntoma de una debilidad inasumible ante los electores), resulta que, en última instancia, todo el sistema está corrompido de principio a fin y de arriba abajo. En contundentes palabras del recurrente Carl Schmitt, consabido crítico del parlamentarismo:

⁵⁷⁵ «[C]omo el sistema funcionaba sobre el logro de las mayorías, todo aquel que aspiraba a ganar el sistema tenía que procurarse la mayoría de los sufragios. Y tenía que procurárselos robándolos, si era preciso, a los otros partidos, y para ello no tenía que vacilar en calumniarlos, en verter sobre ellos las peores injurias, en faltar deliberadamente a la verdad, en no desperdiciar un solo resorte de mentira y de envilecimiento. Y así, siendo la fraternidad uno de los postulados que el Estado liberal nos mostraba en su frontispicio, no hubo nunca situación de vida colectiva donde los hombres injuriados, enemigos unos de otros, se sintieran menos hermanos que en la vida turbulenta y desagradable del Estado liberab». Del discurso de fundación de Falange Española, en Primo de Rivera, *Discursos*, pp. 17-18.

⁵⁷⁶ Ya conocemos la diferencia entre adversario y enemigo políticos en la obra de la schmittiana Chantal Mouffe. La precisión que hacemos responde a la dificultad que es posible encontrar a la hora de distinguir entre uno u otro si nos atenemos al tono de la retórica política, conforme al cual, en ocasiones, resulta difícil saber si los rivales políticos de turno se consideran adversarios («personas que son amigas porque comparten un espacio simbólico común, pero que también son enemigas porque quieren organizar este espacio simbólico común de un modo diferente») o enemigos (personas que ni siquiera están de acuerdo en los términos implicados por ese «espacio simbólico común»). (Mouffe, *La paradoja democrática*, p. 30.)

⁵⁷⁷ De los Puntos Iniciales de Falange. En Veyrat y Navas-Migueloa, *Falange, hoy*, pp. 19-25.

En numerosos folletos y artículos periodísticos se subrayan los fallos y errores más evidentes del funcionamiento parlamentario: el dominio de los partidos (...), las permanentes crisis gubernamentales (...), el nivel, cada vez más bajo, de los buenos modales parlamentarios, los destructivos métodos de obstrucción parlamentaria (...). Poco a poco se ha ido extendiendo la aceptación de unas observaciones ya muy conocidas de todos: que la representación proporcional y el sistema de listas rompen la relación entre el votante y su representante, que la obligatoriedad de la disciplina de voto dentro de cada grupo parlamentario se ha convertido en un instrumento imprescindible y que el denominado principio representativo (art. 21 de la Constitución del Reich: los diputados representan a todo el pueblo; sólo estarán sometidos a su conciencia y no se hallarán ligados por mandato imperativo) pierde su sentido, así como que la verdadera actividad no se desarrolla en los debates públicos del pleno, sino en comisiones (...), tomándose las decisiones importantes en reuniones secretas de los jefes de los grupos parlamentarios o, incluso, en comisiones no parlamentarias; así, (...) el sistema parlamentario resulta ser, al fin, sólo una mala fachada del dominio de los partidos y de los intereses económicos. (...) Pero entonces se debería tener la suficiente conciencia de la situación histórica para comprender que (...) el parlamentarismo ha quedado despojado de su propio fundamento espiritual.⁵⁷⁸

En lo relativo a los defectos singulares del liberalismo, la condena de los falangistas no fue menor, ni menos rotunda. Al exponer de manera sucinta el cuestionamiento general al que aquellos sometían al sistema demoliberal en su generalidad ya hicimos hincapié, con Ledesma, en la descalificación de la doctrina liberal por su naturaleza eminentemente individualista, así como del individualismo mismo en tanto *modus vivendi* burgués en vías de extinción, por lo que no será necesario volver sobre ello. Empero, en ese momento dejamos implícitamente a un lado otro aspecto crucial de dicha crítica que, si bien afecta a todo ese sistema, es particularmente característico del liberalismo como cuerpo de doctrina histórica y política: el nihilismo.

Como recordaremos, el liberalismo hace suyo un valor de carácter abstracto como el de la libertad (de pensamiento, de expresión, de discusión, de asociación, etc.), lo que implica que es posible defender y promover cualesquiera ideales siempre y cuando se preserve un mínimo al estilo del «principio de daño» de John Stuart Mill. En este sentido, vimos cómo el liberalismo, al partir de la premisa de que no hay tal cosa como una suerte de verdades absolutas -desde luego no en lo político ni en lo moral-, se vincula con el nihilismo, tolerando toda corriente, incluso las antiliberales, siempre y cuando se respeten entre sí y no traten de socavar el marco de mínimos que las hace posibles. Esta realidad no se le escapaba a Primo de Rivera, que no dudó en hacer de ella uno de sus más socorridos caballos de batalla discursivos. En una carta publicada en el diario *ABC* con fecha del 22 de marzo de 1933 (es decir, anterior a la fundación de Falange), en la que hacía un fuerte encomio del fascismo, de cuya etiqueta todavía no había renegado, alegaba lo siguiente:

El Estado liberal no cree en nada, ni siquiera en sí propio. Asiste con los brazos cruzados a todo género de experimentos, *incluso a los encaminados a la destrucción del Estado mismo*. Le basta con que todo se desarrolle según ciertos trámites parlamentarios. Por ejemplo: para un criterio liberal, puede predicarse la inmoralidad, el antipatriotismo, la rebelión... En eso el Estado no se mete porque ha de admitir que a lo mejor pueden estar en lo cierto los predicadores. Ahora, eso sí: lo que el Estado liberal no consiente es que se celebre un mitin sin anunciarlo con tantas horas de anticipación, o que se deje de enviar tres ejemplares de un reglamento a sellar en tal oficina. ¿Puede imaginarse nada tan tonto? Un Estado para el que nada es verdad, sólo erige en absoluta, indiscutible verdad, esa posición de duda. *Hace dogma del antidogma*. De ahí

⁵⁷⁸ Schmitt, *Sobre el parlamentarismo*, pp. 24-25, 64.

que los liberales estén dispuestos a dejarse matar por sostener que ninguna idea vale la pena de que los hombres se maten. Han pasado las horas de esa actitud estéril. *Hay que creer en algo*. ¿Cuándo se ha llegado a nada en actitud liberal? (...) Cuando un Estado se deja ganar por la convicción de que nada es bueno ni malo, y de que sólo le incumbe una misión de policía, ese Estado perece al primer soplo encendido de fe, en unas elecciones municipales.⁵⁷⁹

Huelga decir lo mucho que encajan estas aseveraciones con las que hemos citado acerca de la democracia. Así, en opinión de Primo de Rivera fácilmente extensible a sus simpatizantes, tanto la democracia como el liberalismo carecerían de auténticos ideales, y por eso los relativizarían todos, incluso los que ellos mismos pudieran llegar a representar. Impugnar esto es torpedear la línea de flotación del demoliberalismo, porque esta actitud antidogmática por antonomasia es precisamente la que sanciona la *raison d'être* individualista; en tanto en cuanto se reconoce la inexistencia de verdades absolutas, cada uno puede pensar lo que quiera siempre y cuando no impida a los demás hacer lo mismo. La cuestión es que esta plena libertad de pensamiento no puede sino dar lugar a una pléyade de opiniones que, lógicamente, querrán hacerse oír, para lo cual tenderán a agruparse en partidos o en colectivos que pugnarán entre sí para hacerse con el poder y efectuar sus propias y particulares ideas en inevitable detrimento de las de los demás con las implicaciones que ya conocemos⁵⁸⁰. Pero esta suerte de «pendiente resbaladiza» no se detiene aquí.

Sí, aun aceptando el relativismo de las ideas, todo lo más a lo que se llegase fuese a una lucha entre ellas, al estilo de la que propugna, justamente, el credo liberal, todavía sería posible alcanzar un cierto grado de consenso sincero y edificante que redundase en beneficio de la ciudadanía en su conjunto. Pero como —de nuevo siguiendo caminos por los que ya hemos transitado— pensar que en el parlamento se reunirán las «partículas de razón» desperdigadas por un país y que, además, serán capaces, en su fría calidad de servidores únicos y exclusivos de la razón, de dejar a un lado sus intereses privados y los de su partido en pro del bienestar de la nación es algo, si no de todo punto inverosímil, sí ingenuo cuanto menos (por no decir que acabaría con el sentido de la existencia de los propios partidos), resulta que la propuesta liberal no puede sino conducir al abismo. El ideal del *government by discussion*, lejos de propiciar el entendimiento entre los representantes de las diversas sensibilidades políticas, económicas y sociales de un país, lo que hace es enconar a unos contra otros, y lo que es peor: enfrenta no solo a individuos, sino, como consecuencia, a clases enteras:

El liberalismo es (...) el régimen sin fe: el régimen que lo entrega todo, hasta las cosas esenciales del destino patrio, a la libre discusión. Para el liberalismo nada es absolutamente verdad ni mentira. La verdad es, en cada caso, lo que dice el mayor número de votos. Así, al liberalismo no le importa que un pueblo acuerde el suicidio con tal de que el propósito de suicidarse se tramite con arreglo a la ley Electoral. Y como para que funcione la ley Electoral tiene que estimularse la existencia de bandos y azuzarse la lucha entre ellos, el sistema liberal es el sistema de la perpetua desunión, de la perpetua ausencia de una fe popular en la comunidad profunda de destino.⁵⁸¹

⁵⁷⁹ Primo de Rivera, José Antonio, «El Fascismo», carta publicada en *ABC* el 22 de marzo de 1933. Recogida en Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo tercero. Misión y Revolución*, p. 31. La cursiva es añadida.

⁵⁸⁰ Aunque a colación de motivos muy distintos, en el Apéndice retomaremos este particular concerniente a la dinámica y, sobre todo, la problemática de los colectivos *identitarios* organizados con miras a la consecución de determinados fines.

⁵⁸¹ Primo de Rivera, José Antonio, «Nación y justicia social. Luz nueva en España», artículo escrito en mayo de 1934 para el semanario *España Sindicalista* que no llegó a publicarse en Zaragoza. Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo tercero. Misión y Revolución*, pp. 65-68.

El liberalismo, a pesar de todas sus promesas, compromisos y garantías, crea las condiciones para el surgimiento y el enfrentamiento de las clases sociales. Origina la brecha de desigualdad entre ricos y pobres que conduce directamente a la polarización social de la que surgió el socialismo como respuesta legítima pero, con la aparición de su versión «científica», henchida de odio, rencor y resentimiento, y por tanto no menos perniciosa ni incapaz de conformar una alternativa real en beneficio de todos:

El socialismo vió [sic] esa injusticia y se alzó, con razón, contra ella. Pero al deshumanizarse el socialismo en la mente inhospitalaria de Marx, fué [sic] convertido en una feroz, helada doctrina de lucha. Desde entonces no aspira [a] la justicia social: aspira a sustanciar una vieja deuda de rencor, imponiendo a la tiranía de ayer –la burguesía- una dictadura del proletariado.⁵⁸²

En definitiva:

El liberalismo nos divide y agita por las ideas; el socialismo taja entre nosotros la sima, aún más feroz, de la lucha económica. ¿Qué se hace, en uno y otro régimen, de la unidad de destino, sin la que ningún pueblo es propiamente un pueblo?⁵⁸³

A pesar de todo, la relación entre falangismo (o, si se prefiere, fascismo) y demoliberalismo es más compleja de lo que parece. Si bien es manifiesto el rechazo que tanto Ramiro como José Antonio muestran hacia la democracia y hacia el liberalismo, en realidad este rechazo es parcial, no total. Al igual que Mussolini insistía en que el fascismo incorporaba aspectos del liberalismo, el conservadurismo y el socialismo en una síntesis más elevada⁵⁸⁴, también es posible seguir esta «pulsión de incorporación por superación» en el falangismo, y ello tanto en lo tocante a la democracia como en lo concerniente al liberalismo.

En un artículo de comentario crítico a los fundamentos del marxismo y del anarquismo, esta vez de la revista *JONS* (número 3, agosto de 1933), firmado por un tal «B», encontramos la siguiente advertencia:

Hay dos maneras de concebir la democracia:

1ª. *La corriente, la de gobierno directo del pueblo*, que elige y controla a los gobernantes por medio de los actuales sistemas parlamentarios (...). *La 2ª. manera de concebir la democracia*, que es la única justa, tiene como característica esencial la de que los Gobiernos no estén (...) reservados a una clase aristocrática artificial, sino que, no reconociendo las clases, *lleguen siempre a gobernar los más apropiados y los mejores, lo mismo si proceden de las capas más bajas de la sociedad o si vienen de las altas*. En una democracia de este tipo, lo esencial es enseñar, ayudar y seleccionar a los de abajo y a los de arriba, pero no del absurdo modo actual, con el cual resultan casi siempre elegidos los peores, sino reservando esa labor a la buena fe, clarividencia e instinto de conservación de las minorías selectas, nunca a la masa, la cual, aun suponiendo que se diese el rarísimo caso de que fuese consciente, y no la engañasen, elegiría a los que le inspiran confianza, por ser como ella, lo cual no es muy deseable.⁵⁸⁵

Si bien la democracia «al uso», esto es, entendida de la primera manera o manera «corriente», no es aceptable, primero porque es imposible lograr un «gobierno directo del pueblo», y segundo por todas las críticas que ya hemos señalado, sí que es posible una «2ª manera de concebir la democracia» en la que accedan al poder «los más apropiados y los mejores», y no

⁵⁸² *Ibidem*.

⁵⁸³ *Ibidem*.

⁵⁸⁴ Payne, *El fascismo*, p. 111-112.

⁵⁸⁵ B., «Marxismo y anarquismo (III). Consideraciones críticas», en el n° 3 de agosto de 1933 de *JONS*, pp. 185-191. En cursiva en el original.

«los que le inspiran confianza, por ser como ella», a la masa, susceptible de ser engañada por cualquiera. Lo que no se dice *abi*⁵⁸⁶ es que la forma de asegurarse de que sean dichos apropiados y mejores y no los otros los que lleguen al poder es echando mano de un partido, obviamente único, que canalice a las masas y las «depure» y cribe a través de su jerarquía, alcanzando su cúspide solo una élite meritocráticamente seleccionada, lo cual casa a la perfección con ciertas reformulaciones similares de la democracia en boga por aquella época⁵⁸⁷.

Tampoco falta quien, con palabras de Primo de Rivera en la mano, vincule el pensamiento de este con la democracia, entendida, claro está, en esa segunda manera *correcta*:

José Antonio no perdió nunca de vista la instancia democrática como base de toda construcción política decisiva. «...Si la democracia como forma ha fracasado —escribe en 1931— es, más que nada, porque no nos ha sabido proporcionar una vida *verdaderamente democrática en su contenido*. No caigamos en las exageraciones extremas que traducen su odio por la superstición sufragista en desprecio hacia todo lo democrático. La aspiración a una vida democrática, libre y apacible, será siempre el punto de mira de la ciencia política por encima de toda moda.» «No prevalecerán —sigue— los intentos de negar derechos individuales ganados con siglos de sacrificio. Lo que ocurre es que la ciencia tendrá que buscar, mediante construcciones de *contenido*, el resultado que una *forma* (la democracia liberal) no ha sabido depararle. Ya sabemos que no hay que ir por el camino equivocado; busquemos pues, otro camino; pero no mediante improvisaciones, sino mediante el estudio perseverante». El camino que evidentemente intentaba oponer al fracaso (entonces y en España) de la democracia liberal, no era, desde luego, un camino regresivo que liquidase los derechos individuales «ganados con siglos de sacrificios», sino, en una dirección socialista, y (...) el de una democracia social, que verifique objetivamente, en el orden económico, y traducidas en libertades y derechos concretos, las proclamaciones de la democracia política.⁵⁸⁸

Por otro lado, del liberalismo se admiten su valía histórica y sus logros en los planos jurídico, político y económico. En lo jurídico, el liberalismo trajo consigo la igualdad ante la ley («[e]l liberalismo tiene su gran época, aquella en que instala a todos los hombres en igualdad ante la ley, conquista de la cual no se podrá volver atrás nunca»⁵⁸⁹); en lo político, la noción —de inspiración republicana— de nación entendida «como asociación de ciudadanos libres e iguales, fundada sobre un vínculo jurídico y de naturaleza contractual, cuyo objetivo fundamental es la protección de los derechos y libertades de todos» («[n]uestra doctrina es, en el campo de las ideas políticas, lo último del liberalismo y algo nuevo —idea de lo Nacional y los valores morales—, y lo último del socialismo —idea de la Justicia Social, con el ingrediente

⁵⁸⁶ Pero sí en la entrevista que le hicieron a Ledesma en el primer y único número de *El Fascio*, del 16 de marzo de 1933: «Las J.O.N.S. constituyen, puede decirse, un Partido contra los partidos. No admitimos como lícitos en política otros móviles que los de índole nacional. España va a la deriva, gobernada por el egoísmo de los partidos, que hacen jirones la unanimidad histórica de España, su capacidad de independencia y sus defensas esenciales. Queremos *el Partido único*, formado por españoles sin calificativo alguno derrotista, que interprete por sí los intereses morales, históricos y económicos de nuestra Patria. Queremos *la dictadura transitoria de ese Partido nacional*, forjado, claro es, en la lucha y asistido activamente por las masas representativas de España. ¡¡Dictadura nacional frente a la dictadura del proletariado que propugnan los rojos y frente a los desmanes de la plutocracia capitalista!! (...) Ni Monarquía ni República: El régimen nacional de las J.O.N.S., el nuevo Estado, la tercera solución que nosotros queremos y pedimos». (Entrevista recogida en Ledesma Ramos, Ramiro, *Escritos políticos, 1935-1936. ¿Fascismo en España? La Patria Libre. Nuestra Revolución*, pp. 161-162.)

⁵⁸⁷ Una vez más, nos remitimos a Schmitt, especialmente a su *Sobre el parlamentarismo*. Para una exposición específica de las características de la acepción schmittiana de democracia, véase nuestro ya mencionado *Lo llaman democracia y no lo es*.

⁵⁸⁸ Cantanero del Castillo, *Falange y socialismo*, pp. 74-75. En cursiva en el original.

⁵⁸⁹ De la conferencia pronunciada por Primo de Rivera en el Círculo Mercantil de Madrid el 9 de abril de 1935 bajo el título «Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo». Recogida en Primo de Rivera, José Antonio, *Textos de doctrina política*, p. 492.

de lo espiritual-, defendiendo lo nacional y lo social»⁵⁹⁰⁵⁹¹; finalmente, en lo económico, un progreso técnico sin precedentes y una explotación de las riquezas resultado de la aplicación de los avances de la primera Revolución Industrial al campo de la producción («[e]l liberalismo económico tuvo una gran época, una magnífica época de esplendor; a su ímpetu, a su iniciativa, se debieron el ensanche de riquezas enormes hasta entonces no explotadas; las llegadas, aun a las capas inferiores, de grandes comodidades y hallazgos; la competencia, la abundancia, elevaron innegablemente las posibilidades de vida de muchos»⁵⁹²).

Así es como se cierra el círculo falangista: partiendo de una crítica general al sistema demoliberal basada en su incapacidad para resolver el conflicto clave entre individuo y colectivo al que sus estertores históricos habían dado lugar, continuando con una crítica particular a los problemas de la democracia y del liberalismo, siguiendo la apreciación falangista que de ambos se hacía en pro de una solución y, finalmente, llegando a dicha solución: el fascismo.

El Fascismo no es una táctica –la violencia-. Es una idea –la unidad-. Frente al Marxismo que afirma como dogma la lucha de clases, y frente al Liberalismo, que exige como mecánica la lucha de partidos, el Fascismo sostiene que hay algo sobre los partidos y sobre las clases, algo de naturaleza permanente, trascendente y suprema: la unidad histórica llamada Patria. (...) En un Estado Fascista no triunfa la clase más fuerte ni el partido más numeroso –que no por ser más numeroso ha de tener siempre razón aunque otra cosa diga un sufragismo estúpido- sino que triunfa el principio ordenado común a todos, el pensamiento nacional constante del que el Estado es órgano... Para encender una fe, no de derechas (que en el fondo aspira a conservarlo todo, hasta lo injusto), ni de izquierdas (que en el fondo aspira a destruirlo todo, hasta lo bueno), sino una fe colectiva, integradora, nacional, ha nacido el Fascismo. En su fe reside su fecundidad, contra la que no podrán nada las persecuciones. Si algo merece llamarse de veras un Estado de trabajadores, es el Estado Fascista. Por eso en el Estado Fascista –y ya lo llegarán a saber los obreros pese a quien pese- los sindicatos de trabajadores se elevan a la directa dignidad de órganos del Estado.⁵⁹³

⁵⁹⁰ Hermandad de la Vieja Guardia, *Manual del Nacionalindustrialismo*, p. 7.

⁵⁹¹ Toscano Méndez, Manuel, «La comunidad imaginada. Los dos conceptos de nación y el nacionalismo», en Rubio Carracedo, José; Rosales, José María y Toscano Méndez, Manuel (dirs.), *Democracia, ciudadanía y educación* (2009), Akal, Madrid, 2009, p. 191.

⁵⁹² «Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo», *Textos de doctrina política*, p. 495.

⁵⁹³ «El Fascismo», carta de Primo de Rivera al *ABC* del 22 de marzo de 1933 recogida en Pérez-Riesco, José Luis, *La Falange, partido fascista*, Ediciones B, Barcelona, 1977, pp. 41-44. Sobre la apelación final a los obreros y a los sindicatos, vale la pena señalar que varios observadores contemporáneos han encontrado en ella la razón de ser del enfrentamiento histórico europeo y particularmente español entre socialistas, por un lado, y fascistas por otro. Así, dicha enemistad no sería sino el resultado lógico y natural no de una «caza al (partido) burgués», puesto que en ese caso las agresiones callejeras serían en su inmensa mayoría hacia partidos burgueses al uso, sino, lejos de eso, de una competición, de una «rivalidad revolucionaria» con objetivos distintos pero apelaciones al mismo grupo social, por cuyo apoyo y fuerza era, por tanto, inevitable y necesario competir: «¿Por qué los socialistas españoles, defensores del marxismo, han tocado a rebato al simple anuncio de la aparición de *El Fascio* e inducen a sus partidarios a que lo combatan, sin repugnar ningún procedimiento? Durante estos tres últimos años ha habido un verdadero “charivari” de nuevos partidos (...), pero ninguno ha suscitado, como el nonnato partido fascista tan terrible reacción (...). Los marxistas dicen, como justificación de su actitud amenazadora, que el fascismo va “contra los trabajadores” (...). Tratarse de un nuevo partido burgués y no se habría movido ni la más ligera hoja de la prensa socializante que conocemos. A lo sumo, algunos puñados de sal gorda como comentario. Ello ya me orienta en el diagnóstico del caso patológico marxista ante el fascismo. Y después de mucho meditar, deduzco una paráfrasis de la afirmación marxista que lo explica todo: *el fascismo no va contra los trabajadores, sino a los trabajadores. La ira catastrófica de los marxistas queda reducida, en el fondo, a una maniobra de tendero que no quiere que le quiten la parroquia*». (Gay y Forner, *Qué es el socialismo, qué es el marxismo, qué es el fascismo*, pp. 411-412. La cursiva es añadida.) En una dirección similar, Roger Griffin señala que «[e]n lugar de modificar su teoría dual (heredada de los escritos de Marx y Engels) de la guerra revolucionaria del socialismo contra un único antagonista o archi-enemigo, el capitalismo, por lo general los marxistas siempre han negado que en el periodo de entreguerras se tuvieran que enfrentar de pronto a *una fuerza rival revolucionaria y, en el fondo, anticapitalista y antiburguesa* (...) que reivindicaba una visión alternativa y totalizadora del bolchevismo, esto es, una nueva forma de sociedad moderna que no estuviera basada en el socialismo radical, sino en el nacionalismo radical». (Griffin, *Fascismo*, p. 28. La cursiva es añadida.)

La (a)tracción del centro

Fascismo, por cierto, del que las JONS, Falange Española y, por descontado, Falange Española de las JONS no son, como ha quedado claro en línea con nuestra hipótesis de partida, sino epifenómenos.

Capítulo 9

Las síntesis y los discursos socioliberal y fascista en España: Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía y JONS, Falange Española y Falange Española de las JONS

Toda vez que hemos descrito los sendos derroteros históricos seguidos tanto por Falange Española (y sus acólitas JONS y su ulterior fusión) como por Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, derroteros ideológicamente concordantes, dentro del contexto español y sus peculiaridades, con los previamente establecidos por sus *alter ego* europeos (a saber, el extremo centro fascista y el centro socioliberal, respectivamente⁵⁹⁴), resta comprobar si, como hemos visto en lo concerniente al caso de dichas posiciones y sus correspondientes corrientes, existe una conexión entre estas, es decir, si existe un aire de familia estructural, ideológico y político entre ambos partidos que certifique de modo definitivo su efectiva adscripción a las posturas y doctrinas señaladas. Para ello, en este último capítulo trataremos de dar cuenta tanto de las semejanzas como de las disparidades presentes en los discursos comparados de los principales líderes y/o representantes de sendas formaciones, en cuyos resultados y conclusiones nos basaremos⁵⁹⁵.

Dividiremos el capítulo en tres secciones, contando cada una de las cuales con diversos apartados temáticos y las declaraciones pertinentes. En la primera de ellas nos ocuparemos de relatar las semejanzas discursivas entre Falange y Ciudadanos respecto a tres cuestiones: sus sendos orígenes, su opinión acerca de la forma de Estado y, por último, su visión de España, desglosada en tres aspectos: lo que es y lo que debería ser España, su unidad y su soberanía nacionales y, finalmente, la propuesta de creación de un proyecto común que aúne a todos los españoles bajo un interés compartido y superior a cualesquiera de sus particularidades de clase o individuo que sirva para resolver las cuestiones anteriores. En la segunda sección nos centraremos, por el contrario, en las desemejanzas existentes entre el discurso falangista y el *ciudadano*, en este caso respecto a otras tres cuestiones: la concepción de la nación que sostiene cada partido, su consecuente y respectiva opinión sobre el sistema demoliberal y, finalmente, sus sendas propuestas de resolución de los problemas que, en consonancia con los juicios anteriores, creen que afligen a España como nación y que, simplificando, se reducen a la revolución y a la reforma, también respectivamente. El motivo de esta ordenación es simple: puesto que buena parte de lo que tienen de común las síntesis y los discursos de Falange y de Ciudadanos se debe a sus conexiones y paralelismos entre sus singulares idearios y proyectos (con especial atención a la cuestión de la unidad nacional y las propuestas de solución a los conflictos que la ponen en riesgo), pero buena parte de lo que

⁵⁹⁴ Se habrá observado que, a diferencia de la organización triádica empleada en los capítulos previos, con especial atención al cuarto, al quinto y al sexto, ni en el séptimo ni en el octavo hemos incluido el tercer apartado para comprobar que, en efecto, Ciudadanos por un lado y Falange (y compañía) por otro representan, respectivamente, un modelo socioliberal y otro fascista. Se trata de una omisión deliberada. Consideramos que los dos apartados recogidos en ambos capítulos son suficientes para respaldar dicho propósito. En todo caso, bastará adentrarse en el capítulo presente para despejar cualquier duda posible de por qué decidimos optar por prescindir del tercer apartado en la idea de que era innecesario.

⁵⁹⁵ En clave de investigación doctoral y no de humor, no podemos evitar mencionar aquí el significativo test propuesto por la revista satírica *El Jueves*, en el que se nos invita a averiguar, de entre una serie de afirmaciones, quién es su autor, si José Antonio Primo de Rivera o Albert Rivera. El test está disponible para su cumplimentación en: http://www.eljueves.es/news/test-frase-albert-rivera-jose-antonio-primo-rivera_1166 [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

tienen de dispar también (con especial atención a la concepción del individuo, su papel dentro de la nación y la naturaleza de sus derechos en tanto tal), resulta necesario contraponer unos y otros puntos en una y otra sección a fin de clarificar con el debido rigor unos y otros motivos de conjunción o, en su defecto, de separación y aun oposición.

En este sentido, será objetivo de la tercera sección explicar el porqué de lo común y, sobre todo, el porqué de lo dispar de la síntesis y el discurso fascista de Falange y de la síntesis y el discurso socioliberal de Ciudadanos con la intención de responder a la pregunta que inevitablemente habrá de surgir toda vez que se haya realizado el análisis comparativo antedicho: habida cuenta de que existe, como suponemos que existe, una conexión o aire de familia entre los fundamentos ideológicos y la posición política respectiva de Falange y de Ciudadanos, ¿cuál es la causa última de las divergencias entre ambas ideologías? De acuerdo con las conclusiones a las que hemos ido llegando a lo largo de esta investigación, se trata de demostrar que esa causa es la que ya sugerimos con anterioridad: la asunción por parte del extremo centro fascista de Falange de elementos de extrema izquierda y de extrema derecha inasumibles por parte del centro socioliberal de Ciudadanos. De donde habrá de concluirse, por cierto, que bastaría con que Ciudadanos asumiese esos elementos para pasar a ocupar bien la posición del centro radical populista o CRP, bien la del extremo centro, y naturalmente, viceversa en el caso de Falange; de donde será necesario colegir, por último, que en efecto Falange y Ciudadanos están ideológica y políticamente vinculados al igual que lo están, por ende, el socioliberalismo y el fascismo y, por descontado, el centro y el extremo centro, siendo este hallazgo el que constituye la meta cardinal de nuestro proyecto de investigación⁵⁹⁶.

1) De lo común en los discursos de Falange y de Ciudadanos

1.1. Orígenes

Si bien se trata de un aspecto ya señalado con anterioridad en los capítulos pertinentes, lo cierto es que merece ser reseñado una vez más, en esta ocasión con mayor detenimiento. Tanto Falange (o, si se prefiere, las JONS, luego Falange Española y finalmente Falange Española de las JONS) como Ciudadanos son partidos políticos en cuyos orígenes encontramos a un grupo de intelectuales, cada uno de ellos, incluso, con su propio lugar de reunión. En el caso de los intelectuales falangistas, tal emplazamiento era el sótano del Café Lion de Madrid, donde tenía lugar la tertulia literaria conocida como «La Ballena Alegre»:

A la casa de Chamartín, donde vivíamos entonces, acudían Raimundo Fernández Cuesta, Rafael Sánchez Mazas, Julián Pemartín, Agustín de Foxá, Ruiz de Alda,

⁵⁹⁶ Acerca de este particular, podría objetarse que, para comprobar con auténtica certidumbre y validez esa conexión, debería, en primer lugar, citarse un caso de nacionalpopulismo social de CRP en España; en segundo lugar, estudiarlo; y en tercer y último lugar, confirmar que en efecto se trata de un nacionalpopulismo social de CRP que, en tanto tal, puede hacer las veces de puente entre el socioliberalismo centrista de Ciudadanos y el fascismo extremocentrista de Falange, tal y como de hecho hicimos a nivel europeo en el capítulo sexto ayudándonos del ejemplo del Frente Nacional de Marine Le Pen. Sin embargo, esto en España no es posible, puesto que si bien –a fecha de 2020- existen partidos tanto socialpopulistas de IRP (Unidas Podemos) como nacionalpopulistas liberales de DRP (Vox), el marco político español carece, a nivel nacional, de una formación análoga al Frente o, si se quiere, la Agrupación Nacional y, en consecuencia, de un nacionalpopulismo social de CRP. A nivel regional, en cambio, partidos como el Bloque Nacionalista Galego (BNG) o la ya citada Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) funcionan, a los efectos, como formaciones nacionalpopulistas sociales de CRP, puesto que aúnan en sus programas un proyecto de izquierdas en lo socioeconómico con uno de derechas en lo nacionalista, de manera análoga al Frente o la Agrupación Nacional marinista. Con todo, la ausencia de un partido de esas características –repetimos, a nivel nacional- no obsta para que sea posible reconocer la conexión ideológica y política que suponemos que hay entre el centro y el extremo centro, así como sus representantes. La presencia de un nacionalpopulismo social de CRP simplemente facilitaría la tarea comparativa al revelarse como bisagra ideológica entre, precisamente, el centro socioliberal y el extremo centro fascista que él mismo sintetizaría y a los que, justamente por eso, necesitaría como condición de posibilidad y existencia de sí mismo.

Eugenio Montes (...); al despacho de José Antonio y a la tertulia de «La Ballena Alegre» acudían Miquelarena, Víctor de la Serna, Luis Bolarque [reuniones en su casa de Marqués de Bolarque], Luys Santamarina, Julio Ruiz de Alda, Agustín Aznar, Tellería [compositor del Cara al Sol] (...). También acudía Giménez Caballero, que, con su libro «Genio de España» [sic], que todos leímos con admiración, tuvo enorme influencia en esos momentos.⁵⁹⁷

En el caso de los intelectuales *ciudadanos*, la ubicación se situaba no en Madrid, sino en Barcelona, y no en un café, sino en un restaurante: el «Taxidermista»:

El 7 de junio de 2005, a eso de las doce del mediodía, quince intelectuales catalanes presentan un manifiesto en el restaurante Taxidermista, en la barcelonesa plaza Real, que abogaba por la creación en Cataluña de un partido político no nacionalista. Una vez en el Taxidermista, bajo los soportales de la plaza, los quince intelectuales posan para los reporteros gráficos al modo en que lo hacen los equipos de fútbol. Arriba: Ferran Toutain, Félix Pérez Romera, Francesc de Carreras, José Vicente Rodríguez Mora, Arcadi Espada, Teresa Giménez, Carlos Trías, Ponç Puigdevall y Ana Nuño. Abajo: Albert Boadella, Xavier Pericay, Félix de Azúa, Félix Ovejero e Iván Tubau.⁵⁹⁸

Además de tener en común su condición de intelectuales, todos ellos compartían una serie de inquietudes sorprendentemente similares salvando los tiempos y las distancias. Este hecho, además de demostrarnos que determinados problemas de España tienen tras de sí una larga trayectoria que ha conectado a intelectuales preocupados generación tras generación, nos ofrece ya una primera y elocuente explicación de los parecidos ideológicamente estructurales entre las ideas de ambas formaciones; puesto que una y otra tratan de resolver, en buena medida, lo que no es sino una similar batería de problemas, parece lógico que una y otra propusiesen para ello lo que no es sino una idéntica o similar batería de soluciones, pudiendo variar, eso sí, el «modo de empleo» o ejecución de las mismas.

1.2. Forma de Estado

Aunque se trata de un detalle sin aparente trascendencia, la actitud accidentalista que Falange y Ciudadanos adoptan respecto a la cuestión de la forma de Estado más apropiada para sus respectivas Españas no deja de constituir otro punto de conexión digno de reseña, siquiera porque el motivo básico para mantener dicha actitud viene a ser el mismo: la eficacia.

A priori, parece que de Falange se podría esperar, no obstante su nacimiento durante la Segunda República, que, puesto que era un partido fascista que forzosamente debía hacer -y hacía- de la historia de España un punto de partida imprescindible para sus planteamientos y su ideología, abogase por la Monarquía como forma de Estado por considerarla no solo un elemento indisoluble de la tradición española, sino también, y sobre todo, de sus épocas más prósperas y poderosas. Sin embargo, los falangistas se apresuraron a desmentir esta idea. Sin renunciar en absoluto al reconocimiento de los méritos históricos de la institución monárquica, el mismo José Antonio Primo de Rivera se mostraba partidario de acomodarse al «futurista» signo de los tiempos en lugar de aferrarse a un pasado no por excelso menos superado y, sobre todo, paralizante:

Fijaos que ante el problema de la Monarquía, nosotros no podemos dejarnos arrastrar, ni por un instante, por la nostalgia ni por el rencor. Nosotros tenemos que colocarnos ante ese problema de la Monarquía con el rigor implacable de quienes asisten a un

⁵⁹⁷ Pilar Primo de Rivera, *Recuerdos de una vida*, p. 55.

⁵⁹⁸ Ellakuría y Albert de Paco, *Alternativa naranja*, pp. 17-18.

espectáculo decisivo en el curso de la historia. Nosotros únicamente tenemos que considerar esto: ¿Cayó la Monarquía española, la antigua, la gloriosa Monarquía española porque había concluido su ciclo, porque había terminado su misión o ha sido arrojada la Monarquía española cuando aún conservaba su fecundidad para el futuro? Esto es lo que nosotros tenemos que pensar y sólo así entendemos que puede resolverse el problema de la Monarquía de una manera inteligente. Pues bien: (...) nosotros entendemos que la Monarquía española cumplió su ciclo, se quedó sin sustancia y se desprendió como cáscara muerta, el 14 de abril de 1931. Nosotros hacemos constar su caída con toda la emoción que merece y tenemos sumo respeto para los partidos monárquicos que, creyéndola aún con capacidad de futuro, lanzan a las gentes a su reconquista; pero nosotros, aunque nos pese, aunque se alcen dentro de algunos reservas sentimentales o nostalgias respetables, no podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue para el recobro de una institución que reputamos gloriosamente fenecida.⁵⁹⁹

Por el lado contrario, parecería igualmente lógico que un partido liberal como Ciudadanos, nacido en pleno siglo XXI, tendiese, también conforme al aparente signo de los tiempos, a apostar por un modelo republicano antes que por el mantenimiento de uno monárquico. Empero, y aun siendo así sobre el papel, Albert Rivera aceptaba la Monarquía con, eso sí, la condición inexcusable de que cumpla con su papel y ejerza como modelo de ejemplaridad:

[C]omo demócrata que soy, creo en los principios republicanos de la cosa pública, y pienso que para elegir a los cargos públicos, el mejor método son las elecciones. Pero vivimos en una monarquía constitucional y parlamentaria en la que el jefe del Estado no tiene poderes políticos, es un representante institucional. Siempre he defendido que mientras el rey de España no se meta en política, la cosa va bien. (...) [M]ientras cumpla con las funciones que le da la Constitución, no es un problema para el país. (...) Claro que, si el rey lo hace mal, si la corrupción llega hasta la monarquía, si no hay ejemplaridad, mañana mismo propondremos la república. (...) Por tanto, mientras Felipe cumpla las exigencias de la mayoría, no seré yo quien enarbole el cambio de régimen.⁶⁰⁰

Comprobamos, pues, que tanto Falange como Ciudadanos coinciden en sostener una postura pragmática y hacer de la funcionalidad el criterio clave para la defensa de un modelo de Estado u otro.

1.3. El ideal de España. De lo que es (y les desagrada) a lo que debe ser (y anhelan)

Entrando, ahora sí, en el primero de los puntos realmente relevantes, sobra decir que, como ocurre con cualquier otro partido político, Falange y Ciudadanos saltan a la palestra política con la expresa intención de cambiar el estado de cosas presente en el país que aspiran a gobernar (forma de Estado aparte, como hemos visto). En este sentido, uno y otro rechazan la situación que se encuentran en el momento de su fundación y que, de hecho, motiva esta última. Así, donde Falange, como ya hemos visto en el capítulo anterior, reniega de su España por considerarla muy inferior a su ideal metafísico, en virtud del cual, no obstante, dice amarla...

⁵⁹⁹ Del discurso pronunciado por Primo de Rivera en el Cine Madrid en mayo de 1935, citado en las *Obras completas*. Recogido en Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, pp. 195-196.

⁶⁰⁰ Rivera, Albert, *El cambio sensato*, Espasa, Barcelona, 2015, pp. 31-33.

Nosotros amamos a España porque no nos gusta (...). Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inmovible metafísica de España.⁶⁰¹

...Ciudadanos, desde una perspectiva menos retórica y «filosófica» pero igualmente sugerente, parece contar con un modelo ideal de España que, obviamente, se contrapone al real y, por descontado, justifica la crítica de este, crítica que además no solo se tiene por positiva, sino que se considera necesaria en pro del alcance y consecución posteriores de dicho referente ideal:

En definitiva, señorías, el conformismo, el decir que todo va bien, no es la solución para que los españoles se involucren en la vida pública. Quien quiere a su país es quien tiene que ser más crítico con su país. Quien quiere que su país vaya mejor es quien mejor tiene que evaluar las políticas que se han hecho en su país. Por eso nosotros, como queremos a nuestro país, como queremos que España vaya mejor, queremos aplicar cambios para ser mejores, para ser más competitivos, porque no nos conformamos con encabezar listas de paro en Europa, ni listas de fracaso escolar, ni listas de corrupción.⁶⁰²

De acuerdo con este diagnóstico común y compartido, Falange y Ciudadanos coincidirán también en acudir a Europa para encontrar algún remedio. También en hallarlo, aunque mediante soluciones contrapuestas. Mientras el vistazo europeo de Falange le servirá para concluir que lo que España necesita es, en línea con lo acontecido en Italia y Alemania, singularizarse y diferenciarse *frente a* Europa, una orientación análoga le dejará claro a Ciudadanos que lo que España necesita es, por el contrario, amalgamarse y homogeneizarse *de acuerdo con* Europa. Dicho de otro modo: Falange acude a Europa para imitar modelos que pretenden separarse de ella en favor de un nacionalismo identitario, esencialista y (más o menos) excluyente; Ciudadanos lo hace para imitar modelos que tratan de construirla en detrimento de esos mismos nacionalismos y en favor de una concepción de la ciudadanía puramente civil y social, global y (más o menos) incluyente. En suma, Falange, sin renunciar a Europa, la enfoca desde España; Ciudadanos, sin renunciar a España, la enfoca desde Europa⁶⁰³.

1.4. Unidad y soberanía nacionales

La defensa y la reivindicación de la unidad de España es uno de los pilares maestros de Falange y por supuesto de Ciudadanos, *a fortiori* teniendo en cuenta que el nacimiento de esta última formación halla su razón de ser precisamente en la lucha contra el nacionalismo independentista catalán. Uno y otro partidos difieren en la concepción explicativa y legitimadora de dicha unidad, como, por otro lado, corresponde a un enfoque fascista y otro liberal, respectivamente. Así, mientras Falange apela a una visión histórica de corte esencialista según la cual existe una suerte de esencia *sub specie aeternitatis* de España (y la españolidad) que bastaría por sí sola para justificar la unidad nacional frente a cualquier

⁶⁰¹ Primo de Rivera, *Discursos*, p. 99.

⁶⁰² Rivera, Albert, primera intervención en la investidura de Mariano Rajoy, 31 de agosto de 2016. Disponible en línea: https://www.youtube.com/watch?v=ar_Q096_gOM&t=2s [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶⁰³ Obviamente, cuando se habla de Europa se piensa en modelos muy distintos. Falange tiene en mente una Europa de *pueblos y naciones* al estilo de la que hoy en día defienden los partidos radical populistas de centro y de derecha en el Parlamento Europeo, agrupados bajo el ya mencionado rótulo de «Europa de las Naciones y las Libertades», o desde el 13 de junio de 2019, «Partido Identidad y Democracia»; Ciudadanos, por el contrario, apuesta por una Europa de *ciudadanos* libres e iguales al estilo de la que, con esencia republicana, defienden los partidos liberales, también dentro del Parlamento Europeo, en el grupo de la «Alianza de los Liberales y Demócratas por Europa» (ALDE). En la segunda sección del presente capítulo ahondaremos en este aspecto particular como importante motivo de divergencia entre uno y otro partido.

intento de fractura o ruptura de dicha integración y la consecuente pérdida de uno de sus territorios o partes constituyentes del todo, Ciudadanos propugna una percepción también histórica, pero no esencialista sino funcional y pragmática: hay que mantener la unidad de España no porque exista una esencia indisoluble y perenne de la misma intrínsecamente prescriptiva respecto a su conservación, sino porque es la garantía de la igualdad jurídica y la libertad de todos los ciudadanos y porque ese es el paso o condición previa a la superación del Estado-nación en pro de la conformación de un ente político mayor (los futuribles Estados Unidos de Europa) concorde con el signo de los tiempos y en relación al cual todo nacionalismo y, más aún, toda pretensión de secesión de un Estado que dé lugar a otros menores representaría un paso atrás, una regresión, un retorno a lo que Popper, en su *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945), denomina, lúcidamente, «la llamada de la tribu».

Empero, a pesar de esta trascendental diferencia, ambos partidos coinciden, y no por casualidad, en hacer bandera de esa misma integridad territorial cuya salvaguarda, no obstante ser considerada –por una u otra razón, según el caso– como irrenunciable condición de posibilidad de la existencia de la propia España, no constituye óbice para dotar de autonomía a sus miembros constituyentes con tal de que sean leales al todo al que pertenecen. En otras palabras: partiendo de que la unidad y la integridad de España son indispensables, irrenunciables, innegociables e indiscutibles⁶⁰⁴, lo que sí cabe conceder sobre esa base a los territorios es autonomía, pero siempre y cuando haya lealtad. Sin lealtad, sencillamente no cabe dotar a un territorio de la más mínima autonomía, puesto que lo que dicho territorio desleal hará con ella, lejos de beneficiar al conjunto, propiciará su desintegración. Y aunque pudiera parecer sorprendente tratándose, en uno de los dos casos que nos ocupan, de un partido fascista, lo cierto es que tanto Falange como Ciudadanos comparten esta misma opinión.

En declaraciones al semanario *FE* del 19 de julio de 1934, José Antonio Primo de Rivera se expresaba al respecto de la siguiente y explícita manera:

Quando la conciencia de la unidad de destino ha penetrado hasta el fondo del alma de una región, ya no hay peligro en darle un Estatuto de autonomía. La región andaluza, la región leonesa, pueden gozar de regímenes autonómicos en la seguridad de que ninguna solapada intención se propone aprovechar las ventajas del Estatuto para maquinar contra la integridad de España. Pero entregar Estatutos a regiones minadas de separatismo; multiplicar con los instrumentos del Estatuto las fuerzas operantes contra la unidad de España; dimitir la función estatal de vigilar sin descanso el desarrollo de toda tendencia a la secesión, es, ni más ni menos, un crimen... Todos los síntomas confirman nuestras tesis. Cataluña autónoma asiste al crecimiento de un separatismo que nadie refrena; el Estado, porque se ha inhibido de la vida catalana en las funciones primordiales: la formación espiritual de las generaciones nuevas, el orden p[ú]blico, la administración de justicia... y la Generalidad, porque esa tendencia separatista, lejos de repugnarle, le resulta sumamente simpática.⁶⁰⁵

Más de ochenta años después, Albert Rivera sostiene un juicio prácticamente idéntico al de Primo de Rivera:

No estamos ante un problema de competencias, sino ante un problema de control de esas competencias. (...) Es un problema de lealtad a la legalidad y a la Constitución.

⁶⁰⁴ Para muestra, estas declaraciones de Albert Rivera que bien podría suscribir cualquier falangista: «Si nosotros gobernamos España, si Ciudadanos llega a la Moncloa, España no se toca, España no se negocia y España no se rompe. Si nosotros gobernamos no hay nada que negociar [con los independentistas o los que quieren destruir España]». (Declaraciones del líder de Ciudadanos en el acto central de campaña de las Elecciones Generales de diciembre de 2015, 13 de diciembre de 2015. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=hX-aQBYz0Ug> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020])

⁶⁰⁵ Citado de las *Obras completas* de José Antonio. Recogido en Maestú Barrio, Ceferino L., *Los enamorados de la Revolución. La Falange y la C.N.T. en la II República*, Plataforma 2003, Madrid, 2012, pp. 587, 589.

(...) La España autonómica fue una buena idea. El problema es que hemos creado un Frankenstein que, como ocurre en la novela, tiene buenas intenciones y un gran corazón, pero puede llegar a matar. En este momento es necesario volver a plantearnos qué es un Estado autonómico: descentralización, autonomía en algunos ámbitos políticos, pero también coordinación, servicio al ciudadano y unión del país. Ningún Estado federal se crea para romper un país, sino para ensamblarlo. Y ese es el problema. Si a esto se le suma el hecho de que en algunos territorios han gobernado históricamente partidos nacionalistas o independentistas, como en Cataluña o en el País Vasco, el caos está servido. Hay quien utiliza la autonomía no tanto para conectar al país, sino para romperlo, dando lugar a una perversión del propio sistema. Es imprescindible redefinir las competencias locales, las autonómicas y las del Estado (...). El error no es tanto el modelo autonómico, sino el modo en que los partidos políticos han jugado con él. (...) Si algo ha fallado en España no ha sido la falta de descentralización. (...) No es un problema de competencias, sino identitario. España se ha descentralizado, y mucho, pero no ha habido coordinación. Hemos descentralizado la sanidad hasta el absurdo de que un ciudadano español no sea atendido, o se encuentre con dificultades burocráticas, si desea ser atendido en una comunidad que no sea la suya. (...) Otro principio básico en un Estado descentralizado es la lealtad institucional. Yo tengo mis competencias, tú las tuyas, pero estamos en el mismo barco.⁶⁰⁶

Así pues, y a pesar de sus marcadas diferencias en sus respectivas concepciones de España, Falange y Ciudadanos coinciden no solo en defender la unidad de España, sino también, y en consecuencia, en su apuesta por un modelo descentralizado con la condición, claro está, del mantenimiento de la lealtad propia de aquellos que, no obstante su diversidad, están «en el mismo barco»: España.

1.4. España como proyecto común (ni de izquierdas ni de derechas)

Ahora bien, ¿es posible materializar ese modelo? Y en caso afirmativo, ¿cómo? Falange y Ciudadanos tienen, no obstante su divergencia de perspectivas (con lo que ellas conllevan), exactamente la misma respuesta: mediante la confección y propuesta de un nuevo proyecto común para España -de palmarias y deliberadas resonancias orteguianas⁶⁰⁷- bajo cuyas directrices sea posible involucrar y unificar a todos los españoles y, por extensión, a toda España, resolviendo así el problema que suponen las ambiciones independentistas provengan de donde provengan. En efecto, Primo de Rivera dirá que «sólo una gran empresa nacional puede vigorizarnos y unirnos» porque solo «una empresa nacional de *todos* los españoles» servirá para extinguir las ansias secesionistas de los ciudadanos de aquellos territorios que, precisamente por falta de una tarea común que llevar a cabo, sienten un peligroso desapego a una España que ven esclerotizada y moribunda⁶⁰⁸. Las JONS secundarán este mismo remedio, aportándole además una dimensión que podríamos considerar histórico-mundial, imperialista o transnacional:

Nosotros creemos, y ésa es la razón de existencia que las JONS tienen, que se acercan épocas oportunas para injertar de nuevo en el existir de España una meta histórica totalitaria y unánime. Es decir, que lance a todos los españoles tras de un afán único,

⁶⁰⁶ Albert Rivera, *El cambio sensato*, pp. 108-109, 157, 162-164.

⁶⁰⁷ «Leemos en La Rebelión de las Masas los ingredientes de que se compone el entresijo social de una nación: «Primero, un proyecto de convivencia total en una empresa común; segundo, la adhesión de los hombres a ese proyecto iniciativo». En suma, una nación es una empresa, un destino común que no está nunca hecho o acabado». (Citas de Ortega y Gasset, *España invertebrada*. Recogidas en de Broca, *Falange y filosofía*, p. 205.)

⁶⁰⁸ Citas de las *Obras completas* de José Antonio. Recogidas en Pradera, Javier, *La mitología falangista (1933 a 1936)* (1963), Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2014, p. 103.

La (a)tracción del centro

obteniendo de ellos las energías y reservas que según la Historia de España –que es en muchos capítulos la Historia del mundo- resulte lícito, posible e imperioso esperar de nuevo nuestro pueblo. Aquí reaparece nuestra consigna de revolución nacional, cuyo objetivo es ni más ni menos devolver a España, al pueblo español, la seguridad en sí mismo, en su capacidad de salvarse política, social y económicamente, restaurar el orgullo nacional, que le da derecho a pisar fuerte en todas las latitudes del globo, a sabiendas de que en cualquier lugar donde se halle españoles de otras épocas dejaron y sembraron cultura, civilización y temple.⁶⁰⁹

Ciudadanos, de la mano de sus líderes, no se queda atrás. Por ejemplo, a juicio de Albert Rivera,

la solución para Cataluña es la misma que para el conjunto de España. Una España que funcione es el mejor antídoto contra el separatismo. Del mismo modo, una España que no ha funcionado bien, que ha entrado en una crisis económica demoledora para las clases medias y trabajadoras, una España en la que la corrupción ha devastado una parte de nuestras instituciones, también en Cataluña, es la mejor aliada de quien quiere fracturar un país.⁶¹⁰

Asimismo (incluyendo aquí un importante matiz inseparablemente vinculado tanto al Estado del bienestar como al modelo económico de libre mercado),

hablando de Cataluña, creo que Ciudadanos es el mejor proyecto para reconducir la situación en Cataluña. ¿Saben por qué? (...) Porque no solo haremos cumplir las leyes, que eso lo tiene que hacer cualquier demócrata, sino [porque] tenemos un proyecto político para que muchos catalanes se sientan partícipes de ese proyecto. Porque nuestras propuestas económicas son precisamente las que más benefician a una economía dinámica, donde hay emprendedores, donde hay tradición industrial, donde hay empresas... Y los catalanes, y muchos catalanes, igual que aquí, en Madrid, y en muchas otras partes de España, con nuestras reformas, con nuestros cambios, se van a beneficiar también de nuestras propuestas. (...) Nosotros no queremos privilegios, pero sí queremos soluciones también para los catalanes y para todos los españoles. No porque vaya a ser distinto, sino porque nuestra solución, nuestro proyecto, va a beneficiar a la sociedad española en conjunto y a la sociedad catalana en particular. Estoy convencido, como catalán que soy, [de] que si reformamos España y volvemos a mirarnos al espejo y nos gusta este país, muchos ciudadanos de Cataluña se van a sentir representados por un gobierno de Ciudadanos y por un gobierno también con gente catalana que no reivindica la catalanidad como algo excluyente, sino que la reivindica precisamente como nuestra españolidad. *Porque yo soy catalán básicamente porque soy español. Esa es mi forma de entender Cataluña.*⁶¹¹

En la misma línea encontramos a Inés Arrimadas, quien, como sabemos, fuera líder de la formación naranja en el Parlamento catalán y líder de la Oposición dentro del mismo:

⁶⁰⁹ «Nuestra Revolución», Ramiro Ledesma Ramos, en el nº 2 de junio de 1933 de *JONS*, p. 103.

⁶¹⁰ Albert Rivera, *El cambio sensato*, pp. 186-187.

⁶¹¹ Declaraciones de Albert Rivera durante la celebración del acto de presentación de la campaña de las Elecciones Generales de diciembre de 2015, 22 de noviembre de 2015. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=RbyLLqDAjnQ&index=198&list=PLMx7r-wq28zmgziGMFy1Ezixi3goSQAVn> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]. La cursiva es añadida. Absolutamente alineada con lo que enfatiza Rivera de la prioridad de lo nacional encontramos la siguiente declaración de Onésimo Redondo, que además menciona el derecho de autodeterminación tan del gusto de los independentistas de nuestros días: «El pensamiento de autodeterminación (...) y el presunto derecho de los catalanes a disponer de Cataluña es una ilusión artificiosa, un problema provocado voluntariamente y una infidelidad punible a la primera condición de *españoles* que a todos nos acoge». (Declaraciones recogidas en Pradera, *La mitología falangista*, p. 311. En cursiva en el original.)

No hay mejor alternativa al separatismo que hacer que España funcione, que reformar España, que cambiarla, que regenerarla. Esa va a ser la mejor alternativa al separatismo. (...) Eso va a hacer que muchos catalanes (...) que han desconectado del proyecto común español, que no se ilusionan con esta España, vuelvan a poder conectarse, vuelvan a poder estar ilusionados con su propio país. Por eso es tan importante Ciudadanos. Porque Ciudadanos es el único partido capaz de garantizar la unión de los españoles sin complejos, sin matices, y la regeneración de España.⁶¹²

Sentada, entonces, la necesidad de esa misión compartida y de ese proyecto común para España que implique, en calidad de tal, la participación activa de todos los españoles y aleje, en virtud de esa misma participación activa y colectiva, el fantasma del nacionalismo y del secesionismo, queda por resolver un problema elemental y crucial: la naturaleza política de ese proyecto. ¿Debe el nuevo proyecto común para España ser un proyecto de izquierdas? ¿O debe ser un proyecto de derechas? Falange y Ciudadanos coinciden una vez más: ni una cosa ni la contraria.

Así se entiende que José Antonio afirme que «no queremos que triunfe un partido ni una clase sobre las demás; queremos que triunfe España»⁶¹³; que Onésimo Redondo sentencie con rotundidad que «España no necesita política de izquierdas ni política de derechas, sino política nacional»⁶¹⁴; que Rafael Sánchez Mazas se enorgullezca de que «nuestro movimiento no se ha creado pensando en intereses de partido, sino en nombre de España»⁶¹⁵; o que, por último, de nuevo Primo de Rivera asegure que Falange

nuestro movimiento no es de derecha ni de izquierda. Mucho menos es del centro. Nuestro movimiento se da cuenta de que todo eso son actitudes personales, laterales, y aspira a cumplir la vida de España, no desde un lado, sino desde enfrente; no como parte, sino como todo; aspira a que las cosas no se resuelvan en homenaje al servicio total del interés patrio⁶¹⁶,

lo que necesariamente significa que

la Falange no es un partido de derechas, como tampoco lo es de izquierdas. Entiende que estos valores de derechas e izquierdas están caducados, por descansar sobre concepciones laterales, incompletas, de lo que es España.⁶¹⁷

Pero también se entiende que, por parecidas razones y análogas pretensiones, Albert Rivera diga que España está «sin rumbo porque no hemos tenido proyectos de país»⁶¹⁸, sino que «hemos tenido proyectos de partido, hemos tenido otra vez la lucha entre bandos de rojos y azules»⁶¹⁹; que, en este sentido, «España no necesita mirar a la izquierda o mirar a la derecha, necesita mirar hacia delante»⁶²⁰, ya que «España necesita conciliar a los españoles. España necesita a alguien, y a un equipo de gente y a un partido que ponga encima de la mesa lo que

⁶¹² Declaraciones de Inés Arrimadas en uno de los actos de la campaña para las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015 celebrado en el Palacio Vistalegre de Madrid. Disponible para su visualización en: <https://www.youtube.com/watch?v=hX-aQBYz0Ug> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶¹³ Pradera, *La mitología falangista*, p. 103.

⁶¹⁴ *Ibidem*.

⁶¹⁵ Pradera, *La mitología falangista*, p. 105.

⁶¹⁶ Del discurso pronunciado en el Gran Teatro de Córdoba el 12 de mayo de 1935 y publicado en el n° 9 de *Arriba* del 16 de mayo de 1935. Recogido en Olmedo Cantalapiedra, *La Falange y la derecha*, p. 291.

⁶¹⁷ Primo de Rivera, José Antonio, «Sobre las elecciones de 1936», artículo publicado en la revista *Blanco y Negro* del 25 de diciembre de 1935. Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo cuarto. Política española*, pp. 93-94.

⁶¹⁸ Declaraciones de Albert Rivera en el acto de la campaña para las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015 celebrado en el Palacio Vistalegre de Madrid. Disponible para su visualización en: <https://www.youtube.com/watch?v=hX-aQBYz0Ug> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶¹⁹ *Ibidem*.

⁶²⁰ *Ibidem*.

nos une, no lo que nos separa»⁶²¹, porque «no se puede gobernar España desde una visión pequeña»⁶²²; que

más allá de la batalla del bipartidismo entre rojos y azules hay un país que se abre paso con esperanza, con ilusión; una tercera España que se abre camino, que no tiene que pegarse a garrotazos, que quiere sumar, y no restar, que quiere unir y no dividir, que quiere darse la mano y no la espalda. Esa es la España en la que yo creo. Esa es la España de ciudadanos libres e iguales que se dan la mano a pesar de la diversidad. Esa España que une, que une a los españoles. Esa España que nos ha traído hasta aquí. Pero sobre todo esta España que nos tiene que llegar y llevar muy lejos. (...) Esa España que se abre camino, en definitiva, entre rojos y azules, que quiere darse la mano, que quiere volver a levantar la democracia española, que quiere reconstruir los puentes, sí, entre españoles diversos pero unidos, esa España estoy convencido [de] que va a acabar llegando⁶²³,

una tercera España cuyo

nuevo proyecto común (...) tiene que partir de la centralidad política. Porque (...) si parte de los extremos, siempre dejarán a una parte de la sociedad fuera. Si gana un partido de un extremo o de otro, de la vieja izquierda o de la vieja derecha, ya saben lo que pasará: que los de enfrente serán los malos. Y yo no quiero malos. Yo no quiero (...) bandos ni que pase el miedo de bando. Es que no quiero ni miedo ni bandos. Yo quiero gobernar para todos los españoles, me voten o no me voten (...). Esto está por encima de los votos, por encima de las siglas; es un proyecto común para los españoles⁶²⁴,

y lo es porque, en definitiva,

yo, aquí, entre el público, en las redes o en España en general cuando viajo, cuando piso este país, en cada rincón, yo no veo rojos y azules, yo veo españoles; yo no veo, como se dice, gente urbanita o gente rural, yo veo españoles; yo no veo jóvenes o mayores, yo veo españoles; yo no veo trabajadores o empresarios, yo veo a españoles; yo no veo a creyentes o agnósticos, yo veo españoles. Y por eso os propongo a todos que a partir de ahora nos pongamos las gafas de la España Ciudadana. Unas gafas que permiten unir a la gente; una visión que permite darse la mano; una visión que no divide, sino que une; una visión de la España que suma, pero no resta; una visión de la España futura, que aunque sea futura está al llegar, que es la España que viene. Así que compatriotas, conciudadanos, vamos a por esa España. Vamos a volver a sentirnos orgullosos de ser españoles. Vamos a recuperar la dignidad que nunca debimos perder. Vamos a recuperar, en definitiva, las ganas de ver una España de ciudadanos libres e iguales.⁶²⁵

Ahora bien, el diseño y realización de ese proyecto común o esa misión colectiva que tanto falangistas como *ciudadanos* persiguen con denuedo y ahínco no pasa solo por superar inútiles

⁶²¹ Declaraciones de Albert Rivera en el acto de cierre de campaña para las Elecciones Generales de diciembre de 2015, 18 de diciembre de 2015. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=OA8j70aTDFw> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶²² Albert Rivera, *El cambio sensato*, p. 196.

⁶²³ Declaraciones de Albert Rivera durante su turno de réplica en la moción de censura de Pedro Sánchez a Mariano Rajoy, 31 de mayo de 2018. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=dwKA9StdC3c&t=2s> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶²⁴ Declaraciones de Albert Rivera en el acto de presentación de la campaña de Ciudadanos para las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015. Disponible para su visualización en: <https://www.youtube.com/watch?v=RbyLLqDAjnQ&index=198&list=PLMx7r-wq28zmgziGMFy1Ezixi3goSOAVn> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶²⁵ Declaraciones de Albert Rivera en el acto de presentación de la plataforma España Ciudadana, 20 de mayo de 2018. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=RpdMhPyT6tw&list=PLMx7r-wq28z40bWPRrLfl5BW9k0AzLAD&index=1> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

y contraproducentes divisiones ideológico-políticas. Ese es un primer requisito que permitirá dismantelar, a continuación, otras dicotomías paralelas no menos perniciosas para la materialización del sueño español compartido por ambas formaciones, destacando, entre ellas, la separación entre empresarios y obreros, carente de sentido cuando de lo que se trata de llevar a cabo es una tarea que involucra a todos, en la que todos pueden aportar algo, a la que todos pueden contribuir de alguna manera y que, en tanto tal tarea comunitaria, subsume cuantos intereses particulares, de partido o de clase puedan existir en el seno de la sociedad civil bajo el interés mayor y supremo de la nación como aglutinante último de todas las energías de sus miembros.

En efecto. Nacionalsindicalistas y socioliberales tienen claro que a España no la ayudan ni la división entre españoles en general ni la oposición entre empresarios y trabajadores en particular, y así lo suscriben tanto los principales dirigentes jonsistas (y a la postre falangistas) cuando aseveran que

el enemigo del obrero no es siempre el patrono. Es el sistema que permite que las riquezas producidas por patronos y obreros caigan inicualemente en poder de esos otros beneficiarios inmorales, que son los verdaderos enemigos de los obreros, de la Nación española y del bienestar de todo el pueblo. Los altos beneficiarios de la actual economía liberal-burguesa no son corrientemente los patronos, y menos, claro es, los obreros, sino esa legión de especuladores de bolsa, acaparadores de productos y del comercio exterior, los grandes prestamistas, la alta burocracia cómplice que radica en los Sindicatos marxistas y en los Ministerios. Estos voraces opresores tienen poco que ver, por lo general, con los modestos y honrados capitales que los agricultores e industriales movilizan en la explotación de sus negocios. Las JONS distinguen perfectamente entre ellos, y sostienen la necesidad de que la conciencia honrada de los trabajadores nacional-sindicalistas advierta y apruebe esa distinción justa⁶²⁶,

como el líder de Ciudadanos cuando explica que él,

personalmente, por procedencia social, por ser hijo de autónomos y nieto y sobrino de autónomos, no creo en la lucha de clases tal y como se planteaba en el siglo XIX; en mi opinión, el gran objetivo es conseguir una clase media potente. El debate no es tanto entre trabajadores y empresarios, sino entre los de arriba y los de abajo, entre los que se han visto empobrecidos por esta crisis y los que se han enriquecido. Los países fuertes, las grandes democracias, tienen una clase media muy fuerte. No queremos beneficiar a trabajadores frente a empresarios, ni a empresarios por encima de trabajadores. El milagro de la rueda económica pasa por tener empleados satisfechos con un empleo, y un empleo digno, y empresarios que puedan poner en marcha sus proyectos sin que el Estado les ponga trabas o sin que el Estado los convierta en enemigos.⁶²⁷

Se hace explícita, pues, la utilización de una retórica de reconciliación nacional y unidad calcada en ambos discursos y que halla su punto de culminación en términos cronológicos, es decir, en la duración estimada que tendrá el nuevo proyecto común español toda vez que se hayan eliminado cuantos obstáculos interfieren en su puesta en marcha y ulterior éxito y consumación y cuya extensión solo puede calcularse, como mínimo, en una generación. Así lo sugiere Ruiz de Alda, para quien los falangistas

⁶²⁶ «Manifiesto del Partido. Las JONS a todos los trabajadores de España», por los dirigentes jonsistas Nicasio Álvarez de Sotomayor, Onésimo Redondo Ortega, Santiago Montero Díaz, Andrés Candial y Felipe Sanz y por el Triunvirato Ejecutivo Central Ramiro Ledesma Ramos, recogido en el n° 7 de la revista *JONS* de diciembre de 1933, pp. 438-439.

⁶²⁷ Albert Rivera, *El cambio sensato*, pp. 202-203.

La (a)tracción del centro

somos los únicos que no luchamos por las cosas mezquinas personales; luchamos por España y por nuestros hijos, poniendo delante nuestros sacrificios⁶²⁸.

También lo hace Albert Rivera, que de hecho va incluso más allá y aboga por un proyecto que abarque e implique en su efectucción a varias generaciones partiendo del esfuerzo de las precedentes y cediendo el testigo, sí, a la siguiente,

con el espíritu [con el] que hemos venido hoy aquí, reconociendo lo que han construido nuestros abuelos, nuestros padres, pero sobre todo lo que le queda por construir a nuestros hijos, démonos la mano para reconstruir un proyecto común español⁶²⁹,

pero también a las que sucederán a esa, proponiendo para ello

un programa (...), un proyecto de Ciudadanos que no está pensado para los votantes de Ciudadanos. Está pensado para el futuro de un país, y eso es seguramente lo que nos distingue de otros partidos. No estamos mirándonos el ombligo, estamos mirando hacia delante, estamos mirando hacia el horizonte, hacia los años que tienen que venir⁶³⁰,

y por eso es por lo que, en definitiva,

tenemos que empezar a gobernar no solo pensando en una legislatura, sino pensando en una generación. Pensando en nuestros hijos, en nuestros nietos, en nuestro futuro. Esa es la gran diferencia de nuestro gobierno con los gobiernos que hemos tenido hasta ahora. Nuestro gobierno pensará en el corto plazo, pero por supuesto pensará en el largo plazo. Nuestro gobierno no pensará en votos, pensará en los españoles; nuestro gobierno no pensará en Ciudadanos, pensará en todos los ciudadanos españoles.⁶³¹

2) De lo dispar en los discursos de Falange y de Ciudadanos

2.1. La nación

La disparidad que de un concepto como el de nación mantienen Falange y Ciudadanos o, en su defecto, la doctrina fascista y la socioliberal, constituye el punto de inflexión sobre el que, a la postre, se articularán buena parte de las diferencias decisivas entre una y otra corrientes, entre uno y otro partidos.

Como ya hemos apuntado en capítulos anteriores, la concepción fascista de la nación es orgánica: parte del supuesto de que la nación es una entidad con vida y fines propios y superiores a los de cualesquiera de los miembros que forman parte de la misma y cuya esencia intemporal se materializa en un territorio (que puede admitir ulteriores expansiones), una lengua, una cultura, una historia, una tradición y, sobre todo, un pueblo (o una raza). La

⁶²⁸ Pradera, *La mitología falangista*, p. 106.

⁶²⁹ Declaraciones de Albert Rivera en el acto de la plataforma España Ciudadana en Alsasua, Navarra, 4 de noviembre de 2018. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=B73AUcwh4M&index=5&list=PLMx7r-wq28zIRnNCa21rXBFXeXqAupv89> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶³⁰ Declaraciones de Marta Rivera, responsable del área de cultura del partido, en el acto de presentación de la campaña para las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015. Disponible para su visualización en: <https://www.youtube.com/watch?v=RbyLLqDAjnQ&index=198&list=PLMx7r-wq28zmgziGMfy1Ezixi3goSOAVn> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶³¹ Declaraciones de Albert Rivera en el acto de la campaña para las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015 celebrado en el Palacio Vistalegre de Madrid. Disponible para su visualización en: <https://www.youtube.com/watch?v=hX-aQBYz0Ug> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

supervivencia se convierte no solo en el *conatus* fundamental de este todo nacional, sino en su justificación misma, y lo que es más, en la justificación de una determinada ordenación y orientación de su existencia. Así, de acuerdo con esta realidad que se presume verdadera e incontrovertible, solo estará legitimado para capitanear la nación quien sea verdaderamente capaz de aprehender ese principio de supervivencia (y su correspondiente «espíritu») de forma plena y cuente con el valor suficiente como para efectuarlo hasta las últimas consecuencias, *rediseñando* incluso, si fuera necesario, mediante técnicas de ingeniería social, su propio pueblo (en particular, a los individuos que lo componen) con tal de preservar la vida de la nación, que se cimenta en él, pero que va más allá de él. Y si bien cada fascismo se apropia de una idea peculiar de la nación y de la nacionalidad, siempre lo hace sobre la base de esa primera y común visión orgánica de aquella.

Este es, sin duda, el caso de Falange, que, sin embargo, en aras de la singularidad, hará radicar la clave de la nación y la nacionalidad españolas no *tanto* en un territorio, una lengua, una cultura, etc. propias y diferenciales -ya que, de acuerdo con Primo de Rivera, «la nación no es una entidad física individualizada por sus accidentes orográficos, étnicos o lingüísticos», ni tampoco «es una realidad geográfica, ni étnica, ni lingüística» porque «una nación no es una lengua, ni una raza, ni un territorio»⁶³²-, cuanto en la *tarea* que supone el factor ya tratado del proyecto común español. Por eso «no todo pueblo ni todo agregado de pueblos es una nación[,] sino sólo aquéllos [sic] que cumplen un destino histórico diferenciado en lo universal», y de ahí «que sea superfluo poner en claro si en una nación se dan los requisitos de unidad de geografía, de raza o de lengua; lo importante es esclarecer si existe, en lo universal, la unidad de destino histórico»⁶³³. Por eso los falangistas se remontan al enlace matrimonial entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón: en la medida en que ese acontecimiento fue la condición de posibilidad de la gran empresa nacional o «unidad de destino en lo universal» que lo sucedió, primero en términos de unificación de España y a continuación en términos de su expansión imperial, fue ese hecho el que dio origen a la propia nación española:

Así es nación España. Se dijera que *su destino universal, el que iba a darle el toque mágico de nación*, aguardaba el instante de verla unida. Las tres últimas décadas del quince asisten atónitas a los dos logros, que bastarían, por su tamaño, para llegar un siglo cada uno: apenas se cierra la desunión de los pueblos de España, se abren para España... todos los caminos del mundo.⁶³⁴

Esto es así porque solo alcanzan el nivel superior de nación aquellos pueblos que cuentan con una misión o que han recibido el «toque mágico de nación» de manos de un «destino universal», esto es, cuando tienen algo que hacer y con lo que dejar una huella propia, única e indeleble en la Historia. Ahora bien, dado que incluso después de haber dejado esa huella una vez cabe la posibilidad de volver a dejar otra, y lo que es más, dado que quien ha tenido ocasión de dejar huella al menos una vez tiene la posibilidad de volver a lograrlo (si pudo hacerlo una vez, nada impide que pueda volver a conseguirlo otra), esa conversión de un pueblo en nación, consciente por tanto de su misión en el mundo, se torna necesariamente irrevocable. De ahí que los falangistas consideren, en primer lugar, que

la Patria es una unidad total en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir; y nosotros lo que queremos es que el movimiento de ese día, y el Estado que cree, sea el instrumento eficaz,

⁶³² Citas de las *Obras completas* de José Antonio Primo de Rivera. Recogidas en Pradera, *La mitología falangista*, p. 284.

⁶³³ Cita de las *Obras completas* de José Antonio Primo de Rivera. Recogida en Pradera, *La mitología falangista*, p. 287.

⁶³⁴ Cita de las *Obras completas* de José Antonio Primo de Rivera. Recogida en Pradera, *La mitología falangista*, p. 288. La cursiva es añadida.

autoritario, al servicio de esa unidad indiscutible, de esa unidad permanente, de esa unidad irrevocable que se llama Patria⁶³⁵;

y en segundo lugar y en consecuencia, que también

España es “irrevocable”. Los españoles podrán decidir acerca de las cosas secundarias; pero acerca de la esencia misma de España no tienen nada que decidir. España es “nuestra”, como objeto patrimonial: nuestra generación no es dueña absoluta de España: la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores y ha de entregarla, como depósito sagrado, a las que la sucedan. Si aprovechara este momento de su paso por la continuidad de los siglos para dividir a España en pedazos, nuestra generación cometería para con las siguientes el más abusivo fraude, la más alevosa traición que es posible imaginar.⁶³⁶

Y ello debido a que «España es la portadora de la unidad de destino, y no ninguno de los pueblos que la integran»⁶³⁷, de donde se deduce que no es posible fragmentar la nación, en primer lugar, porque eso supondría una regresión al estado pre-misional (es decir, pre-nacional) de esos pueblos que la conforman, produciéndose una absurda -y contraria al signo de los tiempos- «pugna entre lo nativo, entre aquello que somos capaces de percibir aún instintivamente, y lo artificial difícil, lo ingentemente difícil, que es saber cumplir en la Historia un destino universal»⁶³⁸, y en segundo lugar, porque, sencillamente, la nación es holística por naturaleza, y exige la unidad de todos sus miembros en pos de la consecución de la siguiente tarea común que haya de consumir, la cual, habida cuenta de la condición intemporal de la nación, nunca será la última. En fin:

Las naciones no son “contratos”, rescindibles por la voluntad de quienes los otorgan: son “fundaciones”, con substantividad propia, no dependiente de la voluntad de pocos ni de muchos.⁶³⁹

Desde este punto de vista, huelga decir que

el hombre sin Patria es justamente un lisiado. Le falta la categoría esencial, sin la que no puede escalar siquiera los valores humanos superiores. Pero ese hecho que es, sin duda, fatal y triste, tratándose de un individuo de Sumatra, el Congo o Abisinia, alcanza relieve de hecho criminoso en aquel que nace, crece y muere en el seno de un gran pueblo histórico. En España, a causa de los aluviones y residuos raciales sobrevenidos, y de un cansancio indudable para las realizaciones colectivas, se ha extendido la creencia de que es primordial y de más interés sentirse hombre que español. A todos esos seres descastados y resecos, sin pulso ni decoro nacional, hay que enseñarles que su alejamiento de lo español les veda y prohíbe alcanzar la categoría humana de que blasonan. Nada hay más absurdo, negativo y chirle que ese internacionalismo humanitarista, con derechos del hombre, ciudadanía mundial y diálogos en esperanto.⁶⁴⁰

⁶³⁵ Del discurso fundacional de Falange Española, pronunciado por José Antonio Primo de Rivera el 28 de octubre de 1933. Recogido en Payne, *Falange. Historia del fascismo español*, pp. 44.

⁶³⁶ Primo de Rivera, José Antonio, «España es irrevocable», artículo publicado en *F.E.*, nº 15 del 19 de julio de 1934. Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo tercero. Misión y Revolución*, pp. 154-155.

⁶³⁷ Cita de las *Obras completas* de José Antonio Primo de Rivera. Recogida en Pradera, *La mitología falangista*, p. 289.

⁶³⁸ *Ibidem*.

⁶³⁹ Primo de Rivera, José Antonio, «España es irrevocable», artículo publicado en *F.E.*, nº 15 del 19 de julio de 1934. Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo tercero. Misión y Revolución*, pp. 154-155.

⁶⁴⁰ Ledesma Ramos, Ramiro, «La voluntad de España», artículo recogido en el nº 3, de agosto de 1933, de la revista *JONS*, p. 167.

Al mismo tiempo, y finalmente, se comprende que, de acuerdo con esta perspectiva, no haya reparos en cambiar y *modelar* a los propios españoles si, como hemos señalado más arriba, así lo requiere el principio supremo de la supervivencia nacional:

Nosotros no podemos estar conformes con la actual vida española: hemos de transformarla totalmente cambiando no sólo su armadura externa, sino el modo de ser de los españoles.⁶⁴¹

Nada de esto está presente en el discurso de Ciudadanos. Como muestra de partido socioliberal, el concepto de nación manejado por la formación naranja no tiene prácticamente nada que ver con el fascista. Más allá del punto de conexión –no poco relevante ni insignificante– que ambos credos hallan en su propuesta de un proyecto común como hacedor y dador de sentido de la nación española, las diferencias resultan evidentes desde la definición misma de nación. Mientras para el fascismo en general y para Falange en particular la nación solo es concebible en términos orgánicos y esencialistas, para el liberalismo y el socioliberalismo en general y para Ciudadanos en particular la nación solo es pensable en términos funcionales y en absoluto esencialistas. En este sentido, para Albert Rivera la nación es, simplemente, «la reunión de ciudadanos libres e iguales, con un proyecto común, una constitución, unos derechos y libertades»⁶⁴². En otras palabras, frente al concepto «fuerte» y particularista de nación característico, no obstante los matices, de todo fascismo, que necesariamente tiende al exclusivismo y la diferenciación –incluso en el caso falangista⁶⁴³–, el concepto «débil» liberal –recalcamos una vez más, de inspiración republicana– es inclusivo y tendente a la homogeneización porque el pilar maestro sobre el que se apoya no es, ni mucho menos, de corte metafísico o esencialista, sino *constitucional*; en la medida en la que la nacionalidad entronca con la ciudadanía y en la que la ciudadanía sea accesible a todos los individuos (mediante cauces legales), todos los individuos son susceptibles de ser considerados nacionales (vale decir, ciudadanos libres e iguales ante la ley) y, en última instancia, pertenecientes a comunidades progresivamente mayores que, en un posible (que no único) ideal teórico, podrían culminar con una ciudadanía cosmopolita global (previo paso, en el caso español y europeo, por los Estados Unidos de Europa)⁶⁴⁴.

Es por esto por lo que consecuencias inevitables del enfoque fascista como puedan ser el sometimiento absoluto y (pre)determinado del individuo a los designios y necesidades del colectivo nacional al que pertenece por razón de nacimiento o raza (según casos) o, en último extremo, la ya mentada ingeniería social⁶⁴⁵, no están ni remotamente presentes en el enfoque liberal, como tampoco lo está, en lógica consecuencia –y este es el segundo aspecto

⁶⁴¹ Del discurso pronunciado por Primo de Rivera en Don Benito, Badajoz, el 28 de abril de 1935 bajo el título «Lo femenino y la Falange». Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Textos de doctrina política*, p. 538.

⁶⁴² Declaraciones de Albert Rivera recogidas en el diario Libertad Digital. Alonso, Mariano, «Rivera trata de explicarle a Pedro Sánchez qué es una nación», *Libertad Digital*, 26 de mayo de 2017. Disponible en línea: http://www.libertaddigital.com/espana/2017-05-26/rivera-trata-de-explicarle-a-sanchez-lo-que-es-una-nacion-1276599846/?utm_source=dlvr.it&utm_medium=facebook [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶⁴³ A pesar de todas las reticencias con las que Primo de Rivera veía al fascismo y al nazismo, respecto a los cuales trató de diferenciarse apelando a una «unidad de destino en lo universal» que en tanto tal suavizase netamente el carácter discriminatorio de su fascismo, lo cierto es que resulta de todo punto imposible rehuir dicho carácter, porque es consustancial a todo proyecto común, pero nacional. Incluso una «unidad de destino en lo universal» como la que constituiría España lo es por inevitable y obligatorio contraste con otros países que también lo son, aunque a su propia manera, y por supuesto con los que no lo son y desde esta óptica se encuentran, por tanto, en un estadio pre-nacional.

⁶⁴⁴ Siempre en consonancia con lo que sería el ideal ilustrado: «El Estado nacional, en su versión democrática, supuso la traducción política más inmediata del ideal ilustrado: la nación como una comunidad de ciudadanos libres e iguales, comprometidos en la defensa de derechos y libertades, y cuya vida compartida se basa en leyes que, idealmente, son resultado de una deliberación regida por criterios de justicia, de imparcialidad y racionalidad». (Ovejero, *La deriva reaccionaria de la izquierda*, p. 46.)

⁶⁴⁵ Porque aunque sea evidente que no es posible hablar de ingeniería social en términos tan gruesos como los que pueden emplearse en casos como el nazi o el soviético, no cabe duda de que el falangismo, como variante fascista que es, se sustenta también en postulados de este corte.

clave de este apartado-, el rechazo al sistema demoliberal característico ya de una parte importante de los países occidentales del siglo pasado y, más aún, del presente.

2.2. El demoliberalismo

Y es que, si bien en el capítulo anterior ya hemos hecho hincapié en la denigración falangista del demoliberalismo, considerado obsoleto y, sobre todo, peligroso para la nación en tanto en cuanto legitima la diversidad de opiniones, la confrontación de ideas y proyectos y, en suma, el conflicto político, abriendo así, a juicio de los schmittianos en general y de los fascistas en particular, la puerta a la desintegración de la unidad nacional, lo cierto es que son precisamente esa denigración y esa crítica los elementos constitutivos de la mayor y más obvia separación entre el modelo fascista de Falange y el modelo socioliberal de Ciudadanos. Y en calidad de tales, son los que mayor y más urgente explicación merecen por parte de quien postula que, no obstante estas enormes diferencias, persiste un aire de familia innegable, inequívoco y no casual entre centro y extremo centro, entre socioliberalismo y fascismo y, para el caso que ahora nos ocupa, entre Ciudadanos y Falange.

2.2.1. Europa

Parece superfluo señalar que uno de los puntos comunes entre Falange y Ciudadanos viene dado por su condición de epifenómenos españoles de sendas ideologías políticas europeas, como son el fascismo y el socioliberalismo de modo respectivo. Ahora bien, como también se ha apuntado, las visiones de Europa correspondientes a cada una de esas corrientes, así como, por extensión, a cada uno de esos epifenómenos nacionales, divergen por completo. Veamos por qué.

Tras el salto a la palestra de Falange, que desde el comienzo logró mayor notoriedad que las JONS, pioneras pero, en la práctica, desconocidas e irrelevantes, el falangismo (o nacionalsindicalismo) fue inmediatamente acusado de carestía de originalidad, de limitarse a plagiar lo que otros –italianos y alemanes- habían pensando y hecho y tratar de replicarlo en España. Conscientes de ello, los falangistas (y los jonsistas) se encontraron divididos entre el reconocimiento de las innegables similitudes que mantenía su ideología con la del fascismo italiano y la del nazismo alemán y su necesidad de distanciarse respecto a ellas en pro de la obtención de un halo de singularidad que diese mayor crédito a sus ideas en tanto en cuanto serían «puramente» españolas. Este conflicto nunca halló una salida definitiva, pero sí decididas escapatorias. Así, donde las JONS hicieron una inconfesada confesión al reconocer que «las JONS encuentran en Europa un tipo de Estado, el Estado fascista, que posee una serie de formidable excelencias»⁶⁴⁶, José Antonio Primo de Rivera fue mucho más claro y directo:

Nos dicen que somos imitadores porque este movimiento nuestro, este movimiento de vuelta hacia las entrañas genuinas de España, es un movimiento que se ha producido antes en otros sitios. Italia, Alemania... dieron la vuelta sobre su propia autenticidad, y al hacerlo nosotros también, la autenticidad que encontraremos será la nuestra, no será la de Alemania ni la de Italia, y, por tanto, al reproducir lo hecho por los italianos o los alemanes seremos más españoles que lo hemos sido nunca.⁶⁴⁷

⁶⁴⁶ «Declaraciones terminantes (Jonsismo. Fascismo. Las Derechas. La violencia. La juventud. Las masas)», Ramiro Ledesma Ramos, en el nº 4 de septiembre de 1933 de *JONS*, p. 220.

⁶⁴⁷ Declaraciones de José Antonio Primo de Rivera durante el mitin realizado en el Teatro Calderón de Valladolid el 4 de marzo de 1934 con motivo de la fusión de Falange Española y las JONS. Recogidas en Pradera, *La mitología falangista*, p. 330.

Dicho de otro modo, y como ya habíamos adelantado en el apartado anterior, los nacionalsindicalistas españoles observan Europa con la intención de estudiar los nuevos modelos políticos que han surgido en Italia y Alemania e intentar materializarlos en España por considerarlos inmejorables referentes de renacimiento y renovación nacionales. Justo lo contrario, o casi, de lo que hacen los *ciudadanos*.

Para el partido naranja, Europa, lejos de ser una «mera» estación de paso o un simple escaparate que ojea con el objetivo de tomar nota de una serie de características cuya importación resultase viable para un presunto renacimiento español (aunque sí para una cierta renovación) que, en calidad de tal, redundaría en favor de la nación y, siquiera en cierto modo, en detrimento de la propia Europa, esta es, muy por el contrario, la estación de destino. Si bien Ciudadanos comparte con Falange su intención de traer a España lo que considera interesante y positivo de Europa, no lo hace, como los nacionalsindicalistas, para diferenciarse, sino para homologarse. Sin olvidarse de Europa y utilizándola como plataforma de lanzamiento para su proyecto, Falange prioriza a España; sin olvidarse de España y aprovechándola como etapa intermedia hacia la consecución del suyo, Ciudadanos prioriza a Europa.

Así lo explica Inés Arrimadas con motivo del conflicto catalán:

Nosotros estamos defendiendo algo muy básico, que es poner por delante lo que nos une [de] lo que nos separa; es dar más importancia a la ciudadanía, a los derechos y libertades que a las identidades excluyentes, porque eso es el nacionalismo; centrarnos en la identidad excluyente, en hacer una categoría para decidir qué hay que cumplir para ser catalán, cómo hay que hablar, cómo hay que pensar, qué símbolo tienes que llevar para ser un buen catalán. Eso es la antítesis de Europa, eso es la antítesis de la convivencia, eso está rompiendo la convivencia en Cataluña. Y Cataluña debe volver a recuperar la convivencia. Debe volver a ser un motor para el conjunto de España, no un problema. No puede ser un motivo de problema para el conjunto de Europa. No podemos formar parte, me niego a formar parte, de los problemas que desde las instituciones europeas (...) se recuerdan cada día. El problema de Europa ahora mismo se llama nacionalismo y populismo. Y me niego a que nuestra tierra, a que mi tierra, a que nuestra tierra sea parte de ese problema. Yo quiero que sea parte de la solución de los problemas de España y de Europa.⁶⁴⁸

Más explícito aún se muestra Albert Rivera:

[Queremos] seguir avanzando en la construcción europea. No nos gusta ver cómo algunos partidos de esta cámara [el Congreso de los Diputados] votan para destruir el euro. No nos gusta ver cómo algunos partidos que están en esta cámara quieren ponerse del lado de aquellos que no quieren que Europa dé pasos adelante. Creemos en los Estados Unidos de Europa.⁶⁴⁹

De manera que, en resumen, podemos decir que mientras Falange, como era de esperar de un partido fascista, instrumentaliza a Europa, es decir, la utiliza como simple apoyo para su auténtico proyecto, que solo pasa por España, Ciudadanos, como era previsible de un partido socioliberal, propone un proyecto en la dirección opuesta, esto es, que pasa por España pero no solo por España y que tiene como objetivo último la incorporación creciente y progresiva de nuestro país en una Unión Europea reconvertida, en el futuro, en unos deseables Estados Unidos de Europa soberanos y supranacionales. Por supuesto, esto es así, en buena y decisiva

⁶⁴⁸ Declaraciones de Inés Arrimadas en el en uno de los actos de la campaña para las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015 celebrado en el Palacio Vistalegre de Madrid. Disponible para su visualización en: <https://www.youtube.com/watch?v=hX-aQBYz0Ug> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶⁴⁹ Declaraciones de Albert Rivera durante su intervención en la investidura de Pedro Sánchez, 1 de marzo de 2016. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=59jkbghdq6g> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

medida, porque –como más arriba observamos– las sendas Europas que Falange y Ciudadanos tienen presentes son drásticamente distintas la una de la otra, lo cual no obsta para que su respectiva actitud hacia ellas sea fruto de su correspondiente ideología antes que de su correlativo contexto. En otras palabras, si intercambiásemos las coyunturas históricas de Falange, trayéndola al presente, y de Ciudadanos llevándolo al pasado, el enfoque fundamental de una y otra formación sería, *grosso modo* y aun salvando los, con toda probabilidad, necesarios ajustes que hubieran de hacer ambas, el mismo; Falange seguiría acudiendo a Europa en busca de soluciones que encontraría en los modelos nacionalistas (esto es, a día de hoy, de centro y derecha radical populistas) para modelarse conforme a ellos (reconvirtiéndose, presumiblemente, a tenor de su antigua naturaleza ideológica, en un partido nacionalpopulista social de CRP), y Ciudadanos haría otro tanto de lo mismo pero encontrando dichas soluciones en modelos liberales y socioliberales partidarios, en el seno de los países, del diálogo y el consenso nacionales, y en el concierto europeo o internacional, o bien del anhelo de unos Estados Unidos de Europa, o bien, como mínimo, del forjamiento de alianzas proclives al mantenimiento de la paz y el fomento del comercio (y el proceso de globalización ya en marcha). De haber algún cambio, este sería el ya señalado: Ciudadanos no necesitaría reconvertirse en lo ideológico porque, dado que el socioliberalismo es ahora, como entonces, una ideología democrática con unos principios rectores de larga trayectoria, el partido podría jugar a dicha democracia con unas reglas más o menos similares; Falange, por el contrario, habida cuenta de la naturaleza ideológicamente antidemocrática (o al menos antidemocrática *al uso*, como sabemos desde Schmitt) de su ideología y de la «incontestabilidad» y aparente e irrenunciable irreversibilidad del modelo democrático en las sociedades occidentales actuales, no tendría más remedio que actualizarse y remozarse como movimiento, abandonando el extremismo político o, si se quiere, rebajándolo hasta la «mera» radicalidad, dejando por tanto de ser un partido fascista para convertirse en uno nacionalpopulista social de CRP. Lo cual, por cierto, vendría a confirmar nuestras hipótesis relativas, por una parte, a la conexión existente entre CRP y extremo centro, y por otra, al vínculo ideológico establecido entre uno y otro como suerte de *remake* el primero y como versión original el segundo.

2.2.2. Ideología

Al tratarse de una variante española del fascismo europeo, el falangismo constituye una ideología en el más contundente sentido de la palabra⁶⁵⁰. Cuenta con una serie de principios de corte dogmático y a partir de ellos ofrece toda una colección de ideas que le permiten conjugar un *corpus* teórico omnicompreensivo que, en tanto tal, considera válido para interpretar cualesquiera aspectos de la realidad, así como para solucionar los problemas que encuentra o cree encontrar en ella. Aunque su opinión fue variando con el tiempo y en función de la coyuntura y la conveniencia políticas, el propio Primo de Rivera llegó a vincular e incluso identificar en más de una ocasión a su fuerza política con «ese fenómeno político y social del fascismo que se está produciendo en España como en toda Europa»⁶⁵¹, y no vaciló en afirmar que

el fascismo es una inquietud europea, una nueva manera de concebir todo: la Historia, el Estado, la llegada del proletariado a la vida pública; una nueva manera de concebir todos los fenómenos de nuestra época e interpretarlos con sentido propio.⁶⁵²

⁶⁵⁰ Es decir, una ideología «fuerte», siguiendo la terminología que propusimos en la primera parte de nuestra investigación y que hemos utilizado hasta aquí.

⁶⁵¹ Declaraciones de José Antonio Primo de Rivera durante la sesión parlamentaria del 1 de febrero de 1934. Recogidas en Pradera, *La mitología falangista*, p. 330.

⁶⁵² *Ibidem*.

O lo que es lo mismo, que el fascismo, y con él el falangismo, no es una ideología cualquiera, sino toda una concepción del mundo. En terminología exacta y significativa, una *Weltanschauung*.

Ciudadanos, por el contrario, no tiene a su ideología –el socioliberalismo o liberalismo progresista– por una ideología como tal y al uso, sino más bien por una *doctrina*⁶⁵³. En palabras de Juan Carlos Girauta, antiguo responsable del área constitucional de Ciudadanos, portavoz del grupo parlamentario de este partido en el Congreso de los Diputados y quien fuera una de sus caras más reconocibles:

Lo primero que quiero advertir es que esto [el socioliberalismo o liberal-progresismo] no es una ideología. Yo abomino de las ideologías. Yo defiendo un ideario, no una ideología. Una ideología es un aparato omnicompreensivo, omniexplicativo, y por lo tanto son unas orejas que te conducen a introducir dentro de tu campo visual y de tu esquema preconcebido todo lo que va apareciendo en la realidad. Es el modo de no entender nunca la realidad y es el modo de confundir el mapa con el territorio. Por lo tanto, en primer lugar, un ideario, no una ideología.⁶⁵⁴

De esta manera, donde Falange parte de un conjunto de ideas preconcebidas e inflexibles acerca de la realidad, Ciudadanos lo hace de un conjunto de ideas de naturaleza pragmática y maleable que, aunque manteniendo incólumes varios principios subyacentes a las mismas – los principios irrenunciables del liberalismo–, sobre el papel le permiten adaptarse mejor a un mundo como el contemporáneo, donde los cambios se suceden con frecuencia y rapidez y tienden a desentonar con planteamientos rígidos e inmovilistas. Eso explica, por un lado, tanto la tendencia a la intransigencia de los falangistas como el gusto por el diálogo, el acuerdo y el pacto de Ciudadanos.

Si ante las trascendentales elecciones de 1936 Primo de Rivera afirmaba, tajante, que «desde luego (la Falange) no se alineará en ninguna alianza que se constituya con un sentido de *unión de derechas...*» y que «no entraremos (...) en coalición alguna que nos exija el apartamiento de nuestra doctrina»⁶⁵⁵, advirtiendo, asimismo, en una circular posterior dirigida el 24 de junio de ese mismo año a todas las jefaturas territoriales y provinciales del partido, de que «la participación de la Falange en uno de esos proyectos derechistas constituiría una gravísima irresponsabilidad y arrastraría su total desaparición, *aun en el caso del triunfo*» y señalando

hasta qué punto es ofensivo para la Falange (...) el que se le proponga tomar parte como comparsa de un movimiento que no va a conducir a la implantación del Estado nacional-sindicalista sino a la instauración de una mediocridad burguesa conservadora (...) orlada, para mayor escarnio, con el acompañamiento coreográfico de nuestras camisas azules⁶⁵⁶,

dejando por tanto claro que el pacto o la cesión era poco menos que una traición a los propios principios y puntos programáticos, con especial atención al 27⁶⁵⁷, Ciudadanos, tras las

⁶⁵³ De acuerdo con nuestros términos, una ideología «débil».

⁶⁵⁴ Declaraciones de Juan Carlos Girauta en el acto organizado en Madrid entre el 29 y el 30 de junio de 2018 por la II Escuela de Verano de Ciudadanos bajo el rótulo de mesa «Liberalismo es Progreso». Disponible para su visualización en: <https://www.youtube.com/watch?v=KtuIT2ttRdU&list=PLMx7r-wq28zmKLHfAsD7HopcgoWf2iuW4&index=12> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶⁵⁵ Declaraciones a la revista *Blanco y Negro* de José Antonio Primo de Rivera citadas en sus *Obras completas*. Recogidas en Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, p. 27. En cursiva en el original.

⁶⁵⁶ Declaraciones de las *Obras completas* de José Antonio Primo de Rivera. Recogidas en Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, p. 28. En cursiva en el original.

⁶⁵⁷ Según el cual «nos afanaremos por triunfar en la lucha con sólo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina. Pactaremos muy poco. Sólo en el empuje final por la conquista del Estado gestionará el Mando las colaboraciones necesarias, siempre que

elecciones de 2015 y su subsiguiente repetición en 2016 por falta de apoyos al candidato propuesto por el Rey, a saber, Pedro Sánchez, del PSOE, reivindicaba exactamente lo contrario en la sesión de investidura de Mariano Rajoy, del PP:

Nos hemos dedicado a poner encima de la mesa aquello que nos une, y no [a] buscar lo que nos divide, igual que lo intentamos durante la primavera con el Partido Socialista. Con una paradoja: que Ciudadanos se ha sentado a hablar con los que no se hablan; que Ciudadanos ha llegado a acuerdos con los que no acuerdan. Y hemos demostrado que en el centro está la virtud. Hemos demostrado que desde los extremos no se solucionan los problemas. Hemos demostrado que si España quiere tener futuro, hay que buscar los puntos comunes de la sociedad española. Y se da una paradoja también: que de las ciento cincuenta reformas acordadas con el Partido Popular, hay cien de ellas acordadas con el Partido Socialista en un intento frustrado de pacto de gobierno; entonces de gobierno, hoy de investidura. (...) Yo no reniego de llegar a acuerdos. Yo estoy orgulloso de llegar a acuerdos con los que piensan distinto. Yo estoy orgulloso del acuerdo que firmamos con el Partido Socialista (...). Pero tampoco voy a renegar de las políticas que hemos pactado en ese pacto de investidura con el Partido Popular. Porque son los puntos comunes. (...) Estoy orgulloso de que este partido de centro, el nuevo centro político en España, configure un espacio común entre conservadores, socialistas y demócratas y liberales que podemos reflejar en un acuerdo común.⁶⁵⁸

Pero la constatación de estos posicionamientos enfrentados también explica, en segundo lugar, por qué no es casualidad que –en línea con lo apuntado en la sección dedicada a Europa- Falange sea incompatible con los sistemas democrático-liberales y Ciudadanos no.

2.2.3. Libertad individual, partidos políticos y democracia

En efecto. Las ideologías que hemos denominado «fuertes» no se llevan bien con los sistemas políticos uno de cuyos principios definitorios e innegociables es la libertad. Al levantarse sobre un conjunto de principios incuestionables, estas ideologías propenden a totalizar el discurso público, excluyendo toda discrepancia o disidencia de opinión al considerarla no solo fuera de lugar, sino directamente errónea. Sabiéndose poseedores de la verdad, que se presume forzosamente única y universal, los partidos vertebrados por este tipo de ideologías no dudan en actuar en coherencia con ellas y en rechazar sistemáticamente cualquier pensamiento que no sea afín al suyo, ya que al ser este el único verdadero, todo el que se distancie de él ha de ser falso por necesidad. Falange es uno de esos partidos.

Puesto que en el capítulo anterior ya hemos reseñado de forma explícita los furibundos ataques de los nacionalsindicalistas españoles al demoliberalismo en general, no será necesario volver sobre ellos aquí. Sin embargo, sí convendrá volver a hacer hincapié en determinados aspectos de esa crítica, aunque solo sea a efectos de facilitar la tarea de contraste con los planteamientos de sus compatriotas socioliberales en la que nos estamos empeñando en este punto concreto de nuestra investigación. Con este objetivo destacaremos tres características sin las cuales no podría entenderse el discurso de Falange ni, por oposición, el de Ciudadanos: en primer lugar, el papel (y la naturaleza) de la libertad individual; en segundo lugar, el de los partidos políticos como resultado de la sistematización

esté asegurado nuestro predominio». (Citado en Veyrat y Navas-Migueloa, *Falange, hoy*, p. 31.) Por razones obvias, este punto fue eliminado tras la proclamación del Decreto de Unificación de abril de 1937 que fusionó en una misma organización a falangistas y carlistas.

⁶⁵⁸ Declaraciones de Albert Rivera en el Congreso de los Diputados durante el Debate de Investidura de Mariano Rajoy perteneciente a la XII legislatura y celebrado el 31 de agosto de 2016. Disponible para su visualización en: https://www.youtube.com/watch?v=ar_Q096_gOM&t=2s [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

y organización de los intereses de grupos de individuos; en tercer lugar, el voto como mecanismo esencial de la democracia y la concepción de esta.

2.2.3.1. Libertad individual

A juicio de los nacionalsindicalistas, una de las falencias fundamentales y evidentes del demoliberalismo es que se cimienta sobre una base constituida por una relación -mayor o menor, según el caso, pero persistente en todo sistema semejante- de derechos y libertades individuales. Desde un punto de vista totalitario y fascista, esto es un despropósito. Primero, por lo que tiene esa relación de derechos y libertades de brindis al sol:

El liberalismo es la burla de los infortunados: declara maravillosos derechos, la libertad de pensamiento, la libertad de propaganda, la libertad de trabajo... Pero esos derechos son meros lujos para los favorecidos por la fortuna. A los pobres, en el régimen liberal, no se les hará trabajar a palos, pero se los sitia por hambre. El obrero aislado, titular de todos los derechos en el papel, tiene que optar entre morir de hambre o aceptar las condiciones que le ofrezca el capitalista, por duras que sean. Bajo el régimen liberal se asistió al cruel sarcasmo de hombres y mujeres que trabajaban hasta la extenuación durante doce horas al día, por un jornal misérrimo y a quienes, sin embargo, declaraba la ley hombres y mujeres libres⁶⁵⁹.

Segundo, por sí mismas:

Todo aquel que de espaldas a la nueva época se emociona ante la libertad política y no se pone al servicio incondicional de España es un individualista, un retrasado, un reaccionario, un cretino histórico. ¡Viva la disciplina colectiva!⁶⁶⁰

La «libertad política» es, pues, peligrosa porque tiende a fomentar el individualismo, que como ya hemos visto en capítulos anteriores no congenia precisamente bien con el ideal totalitario, conforme al cual la única libertad contemplable y aceptable es la de un determinado colectivo –la nación, la raza, la clase-, y no la de los individuos, susceptible, en virtud de tal, de separarse de los supremos intereses de la comunidad e, incluso, de contrariarlos. En la visión organicista del fascismo, la libertad individual sencillamente sería contraproducente, dado que equivaldría a la descoordinación de los órganos que forman parte de un mismo cuerpo. Si cada órgano realiza su función por su cuenta, desentendiéndose del rol que naturalmente se le asigna en el todo del que forma parte en pro del bienestar general, es cuestión de tiempo que el propio todo se descomponga y, en ese sentido, muera, pereciendo con él todas y cada una de sus partes.

Por descontado, (casi) nada en el contenido y mucho menos en la forma de esta apreciación se encuentra en el discurso de Ciudadanos. Si bien, dada su faceta «social», pudiera aproximarse a la concepción positiva de la libertad que, de tener alguna, tienen los fascistas⁶⁶¹, lo cierto es que el fundamento del partido, siquiera a este respecto, no es tanto «social» como liberal. Así, la libertad individual adquiere para la formación naranja un carácter irrenunciable y nuclear por cuanto la considera el pilar maestro en torno al cual ha de

⁶⁵⁹ Primo de Rivera, José Antonio, «Nación y justicia social. Luz nueva en España», artículo escrito en mayo de 1934 para el semanario *España Sindicalista*. Recogido en Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, pp. 247-248. Recordemos que algunas de las críticas más feroces de Primo de Rivera al liberalismo y la democracia, vistas en el capítulo anterior, se concentraban, justamente, en esto; el abismo existente entre un papel que colmaba de derechos a los ciudadanos, especialmente a los obreros, y una práctica que los explotaba y mantenía en la miseria no obstante la inédita cantidad de derechos de la que supuestamente disfrutaban.

⁶⁶⁰ Consigna recogida en el n° 9 del 9 de mayo de 1931 de *La Conquista del Estado*.

⁶⁶¹ En la medida en la que la libertad que estos reivindican, no obstante su carácter colectivo y por tanto abstracto, supone la provisión de los recursos necesarios para que su comunidad de referencia pueda ejercerla.

levantarse y vertebrarse el Estado de derecho y, por extensión, la democracia, que debe evitar toda temible y temida tiranía de la mayoría amparándose, de hecho, en la condición irrevocable de esa misma libertad, cuya defensa, además, le permite reivindicar su centralidad política:

Es fundamental mantener una visión liberal en las libertades individuales, la cultura del esfuerzo y el Estado de Derecho, pero con el concepto clave de ser progresistas y no conservadores. Ahí está la gran definición de Ciudadanos: ¿por qué somos el centro y no la derecha o la izquierda? Porque somos progresistas pero no somos intervencionistas como los socialistas; porque no queremos subir los impuestos, queremos bajarlos; porque queremos hacer políticas sociales modernas y no del pasado; porque creemos en la globalización y no en el proteccionismo como Podemos. Ciudadanos es un partido que defiende el matrimonio homosexual, la gestación subrogada, la regularización del consumo de marihuana o de otros aspectos, y eso son libertades individuales. Un liberal no puede ser liberal para bajar los impuestos y luego ser intervencionista para ver lo que haces en la cama. Esa visión conservadora no la comparto. Se está gestando un nuevo espacio político en España de libertades, de modernidad, de innovación y eso es Ciudadanos. Estoy convencido de que hay millones y millones de españoles que quieren una economía moderna, pero también políticas sociales, libertades individuales y que nadie se meta en sus asuntos morales.⁶⁶²

2.2.3.2. Partidos políticos

Evidentemente, de acuerdo con esta línea de pensamiento, Ciudadanos no solo no es partidario de ningún tipo de modelo de partido único y la consecuente prohibición del resto de partidos, sino que, por el contrario, se vanagloria de llegar a acuerdos con otras formaciones políticas en la idea – eminentemente liberal- de que los partidos políticos son una de las herramientas a disposición de los individuos/ciudadanos para canalizar sus necesidades y demandas y, una vez representadas en el parlamento, expresarlas e incluso satisfacerlas previa deliberación y acuerdo con otros grupos más o menos afines de la cámara. Falange, por el contrario, no puede sino discrepar a este respecto.

Y es que si –desde las perspectivas totalitaria y fascista- la libertad de los individuos ya pone en riesgo el correcto ordenamiento y funcionamiento del todo orgánico estatal-nacional y aun su misma existencia como tal todo, ni que decir tiene el peligro que supone la formación, dentro de este, de partidos políticos. Como su propio nombre indica, los partidos dividen la sociedad civil en facciones que, por si fuera poco, se enfrentan en una competición meramente electoral insensata e imprudente que rebaja todavía más el interés nacional, socavado primero por la primacía de las libertades, derechos e intereses individuales, lo cual ya es grave, y después por los de partido, lo cual es más grave aún en tanto en cuanto la fuerza y poder de estos es muy superior a la de los individuos que los conforman, así como sus posibilidades de romper la unidad natural de la nación⁶⁶³. De esta manera, nos encontramos con que

los miembros de un mismo pueblo dejan de sentirse [parte] de un todo superior, de una alta unidad histórica que a todos los abraza. El patrio solar se convierte en mero

⁶⁶² Declaraciones de Albert Rivera al periódico *El Español*, publicadas el 3 de febrero de 2018. Entrevista disponible para su consulta en: https://www.elespanol.com/espana/politica/20170202/190731952_0.html [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶⁶³ Como veremos en el Apéndice, no solo los partidos constituyen organizaciones más «peligrosas» que los individuos aislados a fuer de más poderosos. También los colectivos, con especial atención a los identitarios, se caracterizan por ejercer una influencia notable (y en ocasiones formidable) sobre la vida pública y política en su condición –reconocida o no- menos de meros colectivos que de auténticos grupos de presión, siempre, y casi necesariamente, en detrimento del interés común y general.

campo de lucha, donde procuran desplazarse dos –o muchos– bandos contendientes, cada uno de los cuales recibe la consigna de una voz sectaria, mientras la voz entrañable de la tierra común, que debiera hermanarlos a todos, parece haber enmudecido.⁶⁶⁴

La conclusión es clara:

Los partidos políticos nacen el día en que se pierde el sentido de que existe sobre los hombres una verdad bajo cuyo signo los pueblos y los hombres cumplen su misión en la vida.⁶⁶⁵

Porque los partidos únicamente representan, por su misma naturaleza limitada y sectaria, una parte de los intereses en juego dentro de una nación, inconscientes todos ellos de una realidad que a juicio de cualquier falangista (o centrista en general) resulta obvia: que todos los intereses se complementan o, cuanto menos, pueden llegar a complementarse si atienden al común y superior de la nación y, en consecuencia, se sintetizan en su beneficio:

Los partidos políticos (...) expresan igualmente todo lo más opuesto a esa unidad que nosotros defendemos. Los de derechas representan lo nacional, pero carecen de un verdadero contenido social; los de izquierda, al contrario, tienen un fondo social, pero antiespañol, olvidando unos y otros la necesidad de superar a ambos elementos, fundiéndose en una síntesis superior.⁶⁶⁶

2.2.3.3. Democracia

Como resultado indeseado pero inevitable de la existencia de dichos partidos y, peor aún, de su incapacidad para complementar sus respectivas visiones e ideas sobre la nación y en su provecho, en opinión de los falangistas sucede que, como también hemos comentado ya en el capítulo anterior, la verdad queda, al menos en política, relativizada, reducida a un mero recuento de votos, a un simple y vano «juego de echar unos papelitos en una caja de cristal»⁶⁶⁷ que halla su culminación en la farsa electoral y democrática, contra la que todo auténtico valedor de la verdad debería rebelarse para que prevalezca⁶⁶⁸. (Paradójicamente, en la imposición de esa verdad consiste la verdadera democracia para el falangismo y el fascismo, puesto que la buena o correcta democracia consiste, fundamentalmente, en la cohesión sustancial de todo un pueblo bajo un objetivo y meta comunes cuya realización depende, en lo esencial, de la encarnación literal del espíritu nacional en un líder cuyas dotes y carisma le permitan interpretar ese mismo espíritu y aglutinar a todos sus connacionales en pos de la consecución del objetivo y la meta mencionadas.)

En el lado contrario a esta comprensión de la democracia encontramos la de Ciudadanos. De mano, para esta formación las «cajas de cristal» en las que los ciudadanos introducen sus «papelitos» no solo no materializan un inservible fingimiento de libertad, sino

⁶⁶⁴ Cita de las *Obras completas* de José Antonio Primo de Rivera. Recogida en Pradera, *La mitología falangista*, p. 348.

⁶⁶⁵ *Ibidem*.

⁶⁶⁶ Del discurso pronunciado por Primo de Rivera en Jaén en abril de 1935 y publicado en *Arriba*, nº 4, del 11 de abril de 1935. Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo cuarto. Política española*, p. 286.

⁶⁶⁷ Del discurso pronunciado por Primo de Rivera en Carpio de Tajo, en febrero de 1934. Citado en las *Obras completas* de este y recogido en Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, p. 248.

⁶⁶⁸ Rememoremos las palabras de Primo de Rivera a este respecto: «Ya es hora de acabar con la idolatría electoral. Los muchedumbres son falibles como los individuos, y generalmente yerran más. La verdad es la verdad (aunque tenga cien votos) y la mentira es la mentira (aunque tenga cien millones). Lo que hace falta es buscar con ahínco la verdad, creer en ella e imponerla, contra los menos o contra los más». (Primo de Rivera, José Antonio, «Muchedumbre», artículo publicado en *Arriba* (nº 16, 4 de julio de 1935). Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo cuarto. Política española*, p. 199).

que representan la libertad misma en tanto en cuanto dan voz (y voto) a la ciudadanía para ejercer esa libertad y sus consecuentes derechos y soberanía:

Va a llegar una España en las urnas que va a impedir que personas como el señor Rajoy se enroquen en su escaño y que no les importe España, pero que personas como el señor Sánchez quieran llegar al gobierno a cualquier precio. Se acabó tener que escoger entre lo malo y lo más malo. Ahora es momento de escoger, de votar, de elegir, y escoger sobre todo lo más bueno para España. Que decidan los españoles, que a ellos nos debemos.⁶⁶⁹

Por otro lado, para el partido naranja el sistema demoliberal no solo no perjudica el interés mayor de España en cuyo nombre abominan de la democracia liberal los falangistas, sino que es la condición de posibilidad de la superación de los mismos conflictos y las mismas divisiones presuntamente causadas por él:

Lo primero que tenemos que hacer es ganar la confianza de los propios españoles. Que los ciudadanos vuelvan a creer en su democracia, vuelvan a creer en sus instituciones. Porque la gente cree en su entorno, en su familia, en su empresa, en sus ideas, en sus sueños... Pero hace falta que volvamos a creer en España. Y la España en la que tenemos que creer no es la España del pasado, no es la España de la división, no es la España antigua, es la España moderna, la España optimista, la España democrática, la España europea, la España sin complejos, la España que vuelve a liderar en el mundo, que vuelve a recuperar el prestigio que hemos perdido.⁶⁷⁰

2.3. Sobre la revolución o la reforma

Desde el momento de su nacimiento y hasta la «muerte» de su autonomía y su autenticidad políticas e ideológicas con el Decreto de Unificación de abril de 1937 impulsado por Franco, la Falange (y, antes que ella, las JONS) se consideró a sí misma vocacionalmente revolucionaria. Partiendo de la convicción de que «nos guste o no, la época es revolucionaria» y alegando a este respecto que «hace falta estar ciego para no ver cómo está crujiendo toda la estructura política y económica del mundo capitalista»⁶⁷¹, José Antonio Primo de Rivera entenderá por revolución «la transformación jurídico-político-económica del país»⁶⁷², y señalará la ausencia de esa vocación como el motivo crucial tras el fracaso que, a su juicio, supuso la Dictadura de su padre, el general Miguel Primo de Rivera:

La Dictadura, que estuvo encarnada (...) en un hombre verdaderamente extraordinario, en un hombre (...) [con] el alma cálida y además el espíritu templado y la cabeza clarísima, que tenía una facultad de intuición y de adivinación y de comprensión como muy pocos hombres, se encontró con una falta, sin la cual es imposible sacar un régimen adelante: a la Dictadura le faltó elegancia dialéctica. (...) La revolución que tenía que haber hecho la Dictadura era ésta: España, desde hace mucho tiempo, lleva una vida chata, una vida pobre, una vida triste, oprimida entre dos losas que todavía no ha conseguido romper: por arriba, la falta de toda ambición

⁶⁶⁹ Declaraciones de Albert Rivera durante su turno de réplica en la moción de censura impulsada por el PSOE de Pedro Sánchez contra el Gobierno presidido por Mariano Rajoy en mayo de 2018. Disponible para su visualización en: <https://www.youtube.com/watch?v=dwKA9StdC3c&t=2s> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶⁷⁰ Declaraciones de Albert Rivera en el acto de presentación de la plataforma España Ciudadana el 20 de mayo de 2018 en el Palacio Municipal de Congresos de Madrid. Disponible para su visualización en: <https://www.youtube.com/watch?v=RpdMhPyT6tw&list=PLMx7r-wq28zl40bWPRrLfl5BW9k0AzLAD&index=1> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶⁷¹ Declaraciones de Primo de Rivera durante una vista en la Cárcel Modelo de Madrid el 30 de abril de 1936. Recogidas en Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, p. 216.

⁶⁷² Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, p. 217.

histórica, la falta de todo interés histórico; por abajo, la falta de una profunda justicia social.⁶⁷³

Así, tanto Primo de Rivera como, antes que él, Ramiro Ledesma, argumentarán la necesidad de una revolución en España que subvierta por completo el *statu quo* imperante a la sazón como único remedio para levantar esas «dos losas» que impedían al país modernizarse y retomar el liderazgo del mundo. En este sentido, Ledesma considera que

la revolución nacional exige esta doble presencia: España como empresa histórica, sólo posible a partir de una profunda solidaridad nacional, a partir de una moral nacional de servicio a la patria, que ha de venir a través de una minoría ejemplar y dirigente surgida de las masas, y la incorporación de los trabajadores a la empresa histórica que España representa, esto es, la nacionalización de los trabajadores.⁶⁷⁴

Primo de Rivera, concorde con este parecer, conecta con su diagnóstico sobre la oportunidad fallida bajo la Dictadura de su padre y, también, con la pérdida tras el advenimiento de la República del 14 de abril, oportunidades ambas carentes de lo que, en su opinión, España necesita en aquellos momentos, esto es,

una revolución que le devuelva el sentido de un quehacer en el mundo y que la instale sobre una base social tolerable. La base social española está saturada y entrecruzada de injusticia; los españoles, todavía en gran parte, viven al nivel de los animales. El país español, la Nación española, necesita una reorganización total de su economía, necesita un sentido social absolutamente nuevo y necesita el sentirse unida en una misión colectiva que cumplir.⁶⁷⁵

De esta manera, conectando con las reflexiones del apartado precedente, nos topamos una vez más con una firme apelación a la propuesta de un proyecto común para España capaz de revitalizarla mediante el aglutinamiento de todos los españoles bajo una misma meta última nacional(ista) por propósito y social(ista) por naturaleza. Sin duda, un descubrimiento cuya autoría no pueden arrogarse los nacionalsindicalistas españoles, pero del que sacaron provecho retórico constante y, para el caso que nos ocupa ahora, más que fructífero⁶⁷⁶. Porque al plantear ese proyecto común como solución a los problemas de España, los falangistas lo hacen de una peculiar y, ante todo, explícita, intencionada y significativa manera: tratando de reconciliar tradición y revolución. O lo que es lo mismo: la médula ideológica de la extrema derecha y la médula metodológica de la extrema izquierda:

[S]e nos ocurrió a algunos pensar si no sería posible una *síntesis* de las dos cosas: de la revolución –no como pretexto para echarlo todo a rodar, sino como ocasión quirúrgica para volver a trazar todo al servicio de una norma –y de la tradición –no como remedio, sino como sustancia, no con ánimo de copia de lo que hicieron los

⁶⁷³ Del discurso «Juicio sobre la Dictadura y necesidad de la Revolución Nacional», pronunciado el 6 de junio de 1934. Recogido en Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo segundo. Discursos parlamentarios*, Ediciones FE (Editora Nacional), Barcelona, 1939, pp. 62, 64.

⁶⁷⁴ Del *Discurso a las juventudes* de Ledesma Ramos. Recogido en de Broca, *Falange y filosofía*, p. 223.

⁶⁷⁵ Declaraciones de Primo de Rivera fechadas el 21 de marzo de 1935. Recogidas en Maestú Barrio, *Los enamorados de la revolución*, p. 169.

⁶⁷⁶ Como sabemos, los fascistas italianos y luego los nazis alemanes se les adelantaron. El mismo Ledesma lo reconoce: «[N]osotros hemos descubierto, y cabe al fascismo italiano ser su expresión primera, que los dos conceptos e impulsos más hondos que hoy gravitan sobre las masas de los grandes pueblos son el impulso «nacional» y el impulso «social». El nacionalismo se hace así revolucionario, es decir, eficaz, arrollador y violento. Nuestra mejor victoria será, pues, romper esos dos cauces únicos de derechas e izquierdas, nacionalizando la inquietud social de las grandes masas y conquistando para el sindicalismo nacional el entusiasmo y el esfuerzo de las zonas tradicionalmente patrióticas. En eso consistirá de un modo central nuestra revolución nacional-sindicalista». (Ledesma Ramos, Ramiro, «Examen de nuestra ruta», artículo recogido en el n.º 10, de mayo de 1934, de la revista *JONS*, p. 562.)

La (a)tracción del centro

grandes antiguos, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias-. Fruto de esta inquietud de unos cuantos nació la Falange.⁶⁷⁷

Falange es, por tanto, tradición y revolución simultáneamente, extrema derecha y extrema izquierda a un tiempo; en otras palabras, extremo centro. Y como tal, síntesis de todo cuanto, dentro de la totalidad que constituye el espectro político, considera oportuno y conveniente a sus propósitos, en este caso de palíngenesia nacional.

Se comprende, así, el rechazo de todo programa concreto por parte de los falangistas, práctica, por otra parte, tan característica de todo movimiento totalitario; en la medida en la que lo prioritario es insuflar en los ánimos de los españoles un entusiasmo inusitado e inédito por la renovada causa nacional, toda concreción de medidas puede quedar aparcada hasta el momento en el que, ya en el poder y con toda la maquinaria estatal a su servicio, el partido pueda pasar de las palabras a los hechos y ponerse manos a la obra española:

Y con esto [el entusiasmo por la empresa nacional] ya tenemos todo el motor de nuestros actos futuros y de nuestra conducta presente, porque nosotros seríamos un partido más si viniéramos a enunciar un programa de soluciones concretas. Tales programas tienen la ventaja de que nunca se cumplen. En cambio, cuando se tiene un sentido permanente de la historia y ante la vida, ese propio sentido nos da las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en qué caso debemos reñir y en qué caso nos debemos abrazar, sin que un verdadero amor tenga hecho un mínimo programa de abrazos y riñas.⁶⁷⁸

Por último, nos dicen que no tenemos programa. ¿Vosotros conocéis cosa seria que se haya hecho alguna vez con un programa? ¿Cuándo habéis visto vosotros que estas cosas decisivas, que esas cosas eternas, como son el amor y la vida y la muerte, se hayan hecho con arreglo a un programa? Lo que hay que tener es un sentido total de lo que se quiere; un sentido total de la Patria, de la vida, de la historia, y ese sentido total, claro en el alma, nos va diciendo en cada coyuntura qué es lo que debemos hacer y lo que debemos preferir.⁶⁷⁹

Curiosamente, Ciudadanos, sito *en el otro lado del eje del centro* -o, más correctamente, en el otro lado del fragmento del eje del centro que ahora nos ocupa-, también apela como motor del cambio político y social en España a un entusiasmo nacional de corte similar al anhelado por el falangismo, y además con una retórica cuya semejanza con la falangista, como sabemos a estas alturas, no es estructural-ideológicamente accidental:

Estoy convencido de que la ilusión va a ganar. Que la ilusión va a vencer al miedo. (...) La ilusión es lo que mueve el mundo. La ilusión es lo que ha cambiado el mundo. La ilusión, la ilusión es lo que va a hacer cambiar a este país. Ni el miedo, ni la venganza, ni el reproche; la ilusión es lo único que puede hacer a España volver a levantarse. Y estoy convencido de que este eslogan que hay aquí que pone “ilusión”, “votar con ilusión”, va a ser mucho más fuerte que votar con miedo. Básicamente, porque si gana Ciudadanos no hay nada que temer. Porque si gana Ciudadanos, vamos a dar estabilidad a este país. Porque ¿quién mejor si no un gobierno desde el nuevo centro político para dar estabilidad a España? Los viejos partidos no quieren cambios; quieren que todo siga igual. Y otros nuevos como Podemos quieren cambiar, pero a

⁶⁷⁷ *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo tercero. Misión y Revolución*, p. 24. La cursiva es añadida.

⁶⁷⁸ Del discurso fundacional de Falange Española, pronunciado por José Antonio Primo de Rivera el 28 de octubre de 1933. Recogido en Payne, *Falange. Historia del fascismo español*, p. 44.

⁶⁷⁹ Declaraciones de Primo de Rivera. Recogidas en Pérez-Riesco, *La Falange, partido fascista*, pp. 113-114. Recordemos que esa apelación al dinamismo intrínseco de la ideología y sus propósitos, incompatible con los «programas de soluciones concretas», está presente en todos los fascismos, y Mussolini, como creador del mismo, incluso se enorgullecía de ello al considerarlo una de las grandes virtudes de su ideología, flexible y adaptable por naturaleza y, en virtud de tales cualidades, presuntamente insuperable.

peor. Y además, nunca van a generar consensos. ¿Se imaginan ustedes a Podemos liderando acuerdos de Estado? No; porque no están en los acuerdos de Estado (...). Así que necesitamos cambio, pero no aventuras; necesitamos un cambio sensato, un cambio posible, un cambio que ilusione pero que no genere bandos ni división; para eso ya hemos tenido muchos años a la vieja política. La nueva política se hace de otra manera. La nueva política se hace sentándose a la mesa no solo con los tuyos, que es muy fácil; lo difícil es sentarse con los que piensan distinto y convencerles. Y solo Ciudadanos puede liderar esa nueva transición.⁶⁸⁰

Ahora bien, este discurso tan semejante en su oratoria al de Falange nos da también la clave de la diferencia. Cuando Albert Rivera afirma que los españoles «necesitamos cambio, pero no aventuras» y, sobre todo, que ese cambio que los españoles necesitamos debe ser «un cambio sensato, un cambio posible, un cambio que ilusione pero que no genere bandos ni división», las dos palabras clave de esta sentencia son *sensato* y *posible*. Porque a diferencia de lo que, de acuerdo con el exlíder naranja, plantea Podemos o, a juicio nuestro, planteaba en su momento –como hemos visto– Falange, el cambio que propone Ciudadanos no es un cambio radical populista de izquierdas (Podemos) ni de extremo centro fascista (Falange), sino de centro moderado socioliberal. En otras palabras, un cambio logrado no a través de una revolución, sino de una reforma constante y sistemática de aquello que funciona mal en España y que, *de facto*, impide o cuanto menos obstaculiza la realización del proyecto común español cuya necesidad comparten, ahora sí de nuevo juntos, falangistas y *ciudadanos*. Por ejemplo, en lo tocante a la intervención en la articulación política y administrativa de los distintos territorios que forman parte del Estado para lograr la igualdad de los españoles consignada en la Constitución:

[U]no de los retos que tiene que superar España en estos momentos es la desigualdad entre españoles. Es una evidencia que hay desigualdad en la educación, en la sanidad, en la ley de dependencia, en el trato ante los tribunales, en la financiación autonómica o la justicia. (...) Y nosotros lo que vamos a plantear aquí (...) son diez reformas (...) para garantizar la igualdad y la unión de todos los españoles. El primer punto (...): un sistema electoral justo e igualitario. Un ciudadano, un voto, pero también que quien esté representado en el Congreso defienda la soberanía nacional y la unión de los españoles. Quien quiera estar en el Congreso (...) tiene que superar el 3%. (...) La segunda reforma: una financiación autonómica sin privilegios (...) para todos los españoles por igual. (...) La tercera reforma (...): equiparación salarial para las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado (...) [y] una cooperación absoluta (...) y también una formación conjunta. (...) La cuarta reforma (...): suprimir esa disposición [constitucional según la cual el País Vasco podría anexionarse Navarra]. (...) La quinta reforma (...): igualdad en los servicios sociales y el sistema sanitario o de dependencia. (...) Tarjeta sanitaria única (...) y el expediente único. (...) La sexta reforma (...): o reformamos el Senado o lo cerramos. (...) Séptima reforma (...): la supresión del impuesto de sucesiones y donaciones en toda España (...). La octava reforma (...): educación. (...) Y proponemos cosas muy concretas: una Selectividad única en toda España (...), libros de texto gratuitos para todas las familias de España (...), quitar las barreras lingüísticas a los funcionarios (...) y poner fin al adoctrinamiento. (...) La novena reforma (...): el español tiene que volver a ser una lengua oficial en todos los lugares de España. (...) La décima reforma (...): poner fin al privilegio absurdo,

⁶⁸⁰ Declaraciones de Albert Rivera en el acto de la campaña para las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015 celebrado en el Palacio Vistalegre de Madrid. Disponible para su visualización en: <https://www.youtube.com/watch?v=hX-aQBYz0Ug> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

anacrónico, de los aforamientos políticos y (...) a los indultos a los políticos. (...) Que decidan los jueces, no los gobiernos.⁶⁸¹

Un decálogo como este sería impensable (e impensado) en un partido como Falange. En uno como Ciudadanos, en cambio, es lo lógico, esperable e indicado, no solo porque este último tenga (más o menos) opciones reales de llegar a gobernar y aquel ni se acercase a soñar con esa posibilidad, sino también, y sobre todo, porque, como hemos indicado, los partidos totalitarios, y en particular los revolucionarios, a diferencia de los moderados, no materializan sus proyectos en forma de medidas concretas hasta no lograr «asaltar los cielos» (que es su única medida auténtica previa a la conquista), hacerse con el poder y, entonces sí, gobernar. Ese es su verdadero plan, la meta para la que fueron creados. Toda vez que lleguen a ese punto, será, como argüía Primo de Rivera, su «sentido total, claro en el alma», el que, en efecto, les vaya «diciendo en cada coyuntura» qué deben decidir y hacer.

3) Del porqué de lo común y el porqué de lo dispar en los discursos de Falange y de Ciudadanos

De la comparativa que hemos ido haciendo entre los discursos de Falange y Ciudadanos, dejando a un lado los dos primeros elementos de conexión –sus sendos orígenes intelectuales y sus sendas actitudes accidentalistas respecto a la forma de Estado–, es fácil concluir que, con independencia de cómo pretenda cada partido enfocar su particular nuevo y regenerador proyecto común para España, ambos coinciden en su necesidad e, incluso, *grosso modo*, en su naturaleza. Esto es así porque, como señalamos en el apartado correspondiente a sus respectivos orígenes, ambas formaciones afrontan en buena medida, salvando las distancias y las Españas, problemas muy similares. Así, por ejemplo, tanto Falange como Ciudadanos encaran el que a sus sazones es el mayor problema del país, a saber, la preservación de su unidad y su integridad, de la misma manera. Partiendo de lo irrenunciable e indiscutible de esa afirmación, Falange y Ciudadanos admiten la posibilidad de erigir un aparato administrativo basado en la descentralización y la autonomía para las regiones, pero siempre con la condición indispensable de la lealtad hacia el conjunto. En este sentido, nacionalsindicalistas y socioliberales coinciden en señalar que, precisamente por falta de lealtad, dichas descentralización y autonomía no proceden en determinados territorios –País Vasco y, sobre todo, Cataluña–, donde toda concesión de libertad administrativa tiende inevitablemente a trocarse en instrumento en contra del Estado del que emana la propia libertad, de donde unos y otros coligen, en primer lugar, que para atajar el problema no conviene agrandarlo concediendo aún más autonomía⁶⁸², y en segundo lugar, que, lejos de

⁶⁸¹ Declaraciones de Albert Rivera en el «Encuentro de España Ciudadana en Sevilla. Con Albert Rivera», 29 de septiembre de 2018. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=ti8IyJn8En8> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]

⁶⁸² Véanse las declaraciones de Albert Rivera al respecto (con precedente, por cierto, en pretéritos liberales como Melquíades Álvarez), vinculando además nacionalismo e izquierda en España: «La mejor manera de combatir al nacionalismo es ser consciente de que es un problema para España. Hasta que no se ha dado el golpe en Cataluña, seguramente no hemos sido conscientes de que el nacionalismo puede romper este país. Cuando ya hemos estado al borde del precipicio, cuando hemos tenido delante la liquidación de nuestro país, la pregunta es: ¿vamos a volver otra vez a las andadas? Un año después de Cataluña, el Gobierno está volviendo a pactar con ellos y Sánchez está diciendo que hay que darles más competencias. Por favor, ¿de verdad alguien cree que la solución a esto es darles más competencias? Lo que hay que hacer es supervisarlas, saber qué pasa en las escuelas, saber qué pasa en la televisión pública, saber qué hacen con el dinero público. El buenismo que hemos tenido con el nacionalismo, pensar que el nacionalismo era progre, cuando el nacionalismo es lo más reaccionario que hay en el mundo, es un gran error. Y en eso creo que tanto la izquierda como la derecha española han cometido errores, y han dado una patina de progresismo a una cosa que era reaccionaria como es el nacionalismo que lo estamos pagando ahora. El PSC, por ejemplo, ha confundido a la izquierda con el nacionalismo en España. En el resto de Europa la izquierda es profundamente antinacionalista, en España la izquierda le compra toda la mercancía al nacionalismo». (Sanchidrián, Antonio, y Rodríguez, Antonio, «Rivera: “En Europa la izquierda es antinacionalista y aquí compra la mercancía del

eso, la solución no está en ir hacia la región problemática sino hacia el todo problematizado; para solventar el malestar de una parte, nada más efectivo ni mejor que encontrar un motivo para contribuir al bienestar del todo. Y de todos.

Esa es la tercera gran coincidencia entre Falange y Ciudadanos: si queremos resolver el problema de los nacionalismos periféricos, la clave está en ofrecer a quienes quieren irse un proyecto nuevo, atractivo, ilusionante y común que permita ganarlos para la causa, que facilite reengancharlos a ella como ya lo estuvieran en ocasiones pasadas con otros proyectos de idéntica o parecida naturaleza y exitoso resultado. Ahora bien, dado que este proyecto tiene por objetivo unirnos a todos bajo un único esfuerzo, un mismo entusiasmo y un compartido afán, no puede ser un proyecto de partido, es decir, no puede estar diseñado ni ejecutarse pensando en el rédito exclusivo de una formación política, sino que debe configurarse teniendo en mente a España. Con o sin Europa (y en su caso con cuál, de qué forma, en qué medida y con qué intención) será una cuestión discutible y que dependerá del caso, pero España será requisito *sine qua non*. También lo será, en virtud de su naturaleza colectiva, la no adscripción del proyecto a la órbita de la izquierda ni de la derecha, «visiones laterales, incompletas» que impedirían de raíz toda ulterior fructificación de un proyecto que, en tanto pensado para involucrar a *todos* los españoles y no solo a los de izquierdas o a los de derechas, habría de estar comandado o bien por un partido de *centro*, o bien, en su *exceso*, por uno que «se coloca *fuera y por encima*»⁶⁸³ de semejantes categorías parciales y limitadas y que, además, una vez liberado de las dicotómicas cadenas de la izquierda y la derecha que lastraban fútilmente la visión holística de lo nacional, pudiera superar otras como, fundamentalmente, la decimonónica de empresarios y trabajadores. Logrado esto, solo quedaría dar comienzo al quehacer nacional común con las miras puestas no en las siguientes elecciones, sino en las próximas generaciones.

Pero esto es así, además de por lo ya sugerido al inicio de esta misma sección -la confrontación con una serie diacrónica de similares problemas-, por lo teorizado de forma implícita en los dos capítulos anteriores y de forma explícita en nuestra tipología general de las síntesis políticas: Falange y Ciudadanos se asemejan porque, sencillamente, articulan sus propósitos y sus discursos en torno al mismo tipo de síntesis política de corte total-global característica, como sabemos, de todas las manifestaciones centristas del espectro político. De esta manera se confirma que, en efecto, existe un evidente y fácilmente comprensible aire de familia entre Ciudadanos y Falange debido, como ya hemos visto con anterioridad, a ese mismo aire de familia conecta las respectivas ideologías (fundamentalmente) europeas a las que una y otra formación pertenecen -socioliberalismo y fascismo- y de las que son epifenómenos españoles. Y si hay un factor que vertebra este parentesco, este es, sin duda, la propuesta de un nuevo proyecto común español. Tanto este último como la retórica desplegada en torno a él demuestran que esta coincidencia no es accidental, y lo que es más importante, que no puede darse entre otros actores políticos, porque solo los partidos de naturaleza centrista pueden hacer suyo, en puridad, esta clase de discurso, que requiere para su conformación y expresión de fundamentos e intenciones sintéticas que van más allá o mucho más allá de las aspiraciones parciales que puedan llegar a mostrar la izquierda o la derecha (o las síntesis propias de la izquierda y de la derecha), siendo esto, en definitiva, lo que en última y decisiva instancia pretendíamos demostrar. Ahora bien, esa es la explicación a lo común en los discursos de Falange y de Ciudadanos. ¿Cuál es la explicación a lo dispar? La misma.

Cuando tratamos de las diferencias entre las ideas y los discursos de estos dos partidos políticos, pusimos el foco sobre dos cuestiones principales: el concepto de nación

nacionalismo»», *Vozpópuli*, 7 de noviembre de 2019. Disponible en línea: https://www.vozpopuli.com/politica/entrevista-Albert-Rivera-Ciudadanos-Europa-antinacionalista-Espana-nacionalismo_0_1189082298.html?utm_content=bufferb3620&utm_medium=social&utm_source=twitter.com&utm_campaign=buffer [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020])

⁶⁸³ Pradera, *La mitología falangista*, p. 103. La cursiva es añadida.

que cada uno sostiene y, en directa consecuencia, su juicio respecto al sistema demoliberal, que concretamos en una serie de críticas a y defensas de la libertad individual, los partidos políticos y la democracia. La divergencia de criterios era patente en el primer caso, ya que nada tiene que ver el modelo organicista y fascista de Falange, en el que no ha lugar para la libertad individual, la diversidad de pareceres y partidos políticos ni, claro está, la democracia de ningún tipo *que no sea el fascista*, con el modelo civil y liberal de Ciudadanos, en el que para lo que ha lugar es para la desaparición, sometimiento o tergiversación de dichas libertad, diversidad y democracia. Asimismo, atendiendo a esos dos puntos de partida a todas luces contrapuestos, tampoco arroja dudas la subsecuente incompatibilidad resultante entre sus respectivas opiniones acerca del demoliberalismo, entendido, en el caso nacionalsindicalista, como un sistema corruptor, desintegrador y, en última y definitiva instancia, enemigo de la unidad (orgánica) nacional y, por tanto, obstáculo para la realización de su propuesta de proyecto común para España; y, en el caso socioliberal, como un sistema regenerador, (potencialmente) unificador y, en última y decisiva instancia, condición de posibilidad de la unidad (civil) nacional y, por tanto, facilitador de la consecución de su propuesta de proyecto común para España. Se trata de disparidades tan palmarias como, aparentemente, insalvables. Lo suficiente como para desmentir lo que presuntamente habíamos demostrado con la comparativa inmediatamente anterior, realizada en clave positiva. Y, sin embargo, no lo son, porque, como adelantamos, resultan perfectamente explicables desde esa misma conclusión. La clave está, en primer término, como también sugerimos desde el comienzo, en el concepto de nación en la que cada formación y corriente respectiva fundamenta sus planteamientos. En particular, en su origen.

Como sabemos, la noción y concepción de la nación que secunda Falange proviene del fascismo. Pero no la crea el fascismo. El verdadero origen de esa forma de entender la nación está en la extrema derecha, esto es, en el tradicionalismo, o lo que es lo mismo, en la visión tradicional(ista) de la nación, de acuerdo con la cual existen una suerte de esencias nacionales intemporales que no solo explican el surgimiento en la historia de las propias naciones, sino que, además, justifican su preservación. Ha de tenerse muy en cuenta esta realidad, porque solo partiendo de esa singular concepción de la nación puede deducirse toda una serie de consecuencias que son las que conducen a un modelo de sociedad en el que el demoliberalismo, en tanto automáticamente cuestionador de toda esencia por su misma naturaleza democrática, no tiene encaje alguno⁶⁸⁴. Por otro lado, y por contraste, la noción y concepción de la nación que sustenta Ciudadanos proviene del liberalismo. Y esta, aunque sobre base republicana, sí la crea o cuanto menos la acepta y conjuga el liberalismo, que en su lucha contra el autoritarismo y los privilegios heredados del orden feudal aboga por una definición de corte civil y constitucionalista (abogada tanto del gobierno del pueblo como del imperio de la ley) ajena a todo esencialismo y en la que, justamente por eso, cabe todo el mundo siempre y cuando cumpla la única condición indispensable, esto es, ser ciudadano de un Estado regido por una Constitución que lo dote de una serie de derechos y obligaciones que lo equiparen al resto de ciudadanos en términos de libertad e igualdad. Así, en definitiva, tenemos que mientras la noción de nación del fascismo y por tanto de Falange proviene *de la extrema derecha tradicionalista* del espectro político, la del liberalismo y por tanto la de Ciudadanos proviene *del centro moderado liberal* (o liberal-conservador). Esta es una primera explicación de fondo a la disparidad entre Falange y Ciudadanos.

La otra clave, en segundo término pero complementaria de la primera, es la propuesta de solución que de nuevo cada formación y corriente respectiva aporta en relación a su manera de comprender la nación, a saber, la revolución frente a la reforma. Como hemos visto, Falange apuesta -y en ello coincide con la extrema izquierda- por llevar a cabo una revolución como único remedio posible a los males que afligen -y en ello diverge de esa

⁶⁸⁴ Y ello con independencia de que la consecuencia política de esa perspectiva sea o no el fascismo, puesto que para que este se dé es necesario «algo» más en la ecuación.

misma extrema izquierda - a España (y solo a España). Tamaños son estos y tan obsoleto, incapaz y contraindicado es el sistema demoliberal, que la única manera de revertirlos y devolver el esplendor perdido a la eterna esencia y ser de la nación es sustituir dicho modelo por otro radicalmente distinto, demoliendo, si es necesario hasta reducirlos a cenizas, los cimientos del anterior, causantes últimos de la perversión del paupérrimo y errático *modus vivendi* de los españoles. Y no cabe otra posibilidad que esta «cirugía de hierro», so pena de no extirpar del país la corrosión (izquierdista) y la decrepitud (derechista) que la amenazan de muerte. Por otra parte, y de nuevo por contraste, la propuesta de Ciudadanos no pasa, ni mucho menos, por la subversión –propia de los extremos- del sistema, que ni considera perjudicial para los intereses nacionales ni, desde luego, tiene por incurable salvo operación mayor. Antes bien, Ciudadanos, como partido socioliberal, propugna el refuerzo y ahondamiento en los usos y costumbres democráticos y constitucionales que caracterizan a la España posterior a y nacida con la Transición, y para ello no duda de que la mejor forma de contribuir al bienestar de la nación es manteniendo la unión y la igualdad de todos sus ciudadanos, pero no en detrimento del pluralismo democrático sino precisamente sobre él, reivindicándolo como condición de posibilidad de un diálogo y todo acuerdo tendente a la armonización de intereses diversos y contrapuestos bajo un conjunto común y superior de valores compartidos. Así, en resumen, tenemos que mientras la propuesta de resolución de los problemas de España por la que aboga el fascismo y por tanto Falange proviene *de la extrema izquierda comunista* del espectro político, la del liberalismo y por tanto la de Ciudadanos proviene *del centro moderado liberal* (o liberal-*progresista*). Esta es una segunda explicación de fondo de la disparidad entre Falange y Ciudadanos.

Y es que, como adelantamos, la explicación de los puntos comunes entre una y otra formaciones es igual de válida para dar cuenta de sus disimilitudes. La coincidencia del carácter sintético de ambos partidos españoles y, por anterioridad genética, de sus correspondientes matrices ideológicas europeas, que explicaba con facilidad sus coincidencias retóricas y de objetivos por cuanto hacía manifiesta la naturaleza común centrista que los dos comparten, logra el mismo efecto en lo relativo a sus disparidades. En la medida en la que, genéricamente, ambos son partidos de centro o, si se prefiere, insertos en el «eje del centro», coinciden; en la medida en la que, particularmente, uno, Ciudadanos, es de centro moderado, y otro, Falange, de extremo centro, difieren. Así, las consonancias entre Ciudadanos y Falange resultan automáticamente comprensibles, mientras que las disonancias son fácilmente explicables habida cuenta de que Falange, como representante del extremo centro, aspira con su síntesis propia a abarcar un rango espectral mayor que el que aspira a reunir Ciudadanos con la suya. Dado que la síntesis falangista es de concurrencia-amplitud irrestricta y por tanto abarca la totalidad del espectro, necesariamente ha de reunir entre sus elementos, características o rasgos distintivos algunos originarios de los extremos de aquel que no tienen cabida en la síntesis *ciudadana*, de concurrencia-amplitud restricta y que por tanto abarca «solo» la totalidad moderada de ese mismo espectro. En pocas y aristotélicas palabras, el fascismo falangista y la propia Falange no son sino las versiones en acto de una potencialidad «nacionalista-socialista» ínsita ya en el socioliberalismo *ciudadano* y en el propio Ciudadanos y llevada no a la radicalidad (CRP), sino al extremo.

Así pues, toda discrepancia entre un partido y otro o una corriente ideológica y otra no será de carácter esencial (puesto que lo que puedan tener de esencial –la síntesis- sería común), sino simplemente accidental. Sobre el papel, bastaría con que el discurso de Ciudadanos se endureciese en lo concerniente a la indivisibilidad de la nación española u optase por un reformismo social más tendente al extremismo que a la moderación –es decir, bastaría con que el partido tomase en cuenta las propuestas no de la derecha y la izquierda moderadas, sino de las radicales- para que el partido abandonase su templanza y, sin abandonar el centro del tablero político, lo radicalizase lo suficiente como para pasar a ocupar el lugar del centro radical populista o incluso, en un caso literalmente extremo –tomando

como referencia las propuestas de la derecha y la izquierda extremas-, el del extremo centro. Naturalmente, otro tanto de lo mismo podría decirse, en dirección inversa, de Falange (en cualesquiera de sus versiones extremocentristas pasadas o actuales); bastaría con que su discurso abandonase varios de sus postulados de extrema izquierda –fundamentalmente, la revolución- y de extrema derecha –fundamentalmente, la creencia en la existencia de unas metafísicas e inmarcesibles esencias nacionales- para rebajar su extremismo, convirtiéndolo, primero, en «mero» radicalismo, y luego, previo descarte de otros rasgos propios de izquierdas y derechas radical populistas, en el centro más moderado posible. Todo, en ambos casos, conforme a sendos procesos espectralmente simétricos, esto es, en un caso, conforme a la incorporación de elementos, características o rasgos procedentes de ambos lados del espectro, y en el otro, conforme al rechazo de los mismos, siendo este proceso bidireccional y, sobre todo, *bilateral* (porque afecta a ambos lados del espectro a la vez) una de las señas de identidad de las síntesis centristas⁶⁸⁵.

No cabe, pues, objetar que las diferencias entre un partido y otro son insalvables, y ello en razón de nuestra hipótesis de partida: que existe un aire de familia entre ellos que los conecta, en virtud de su sinteticidad, a través del centro porque, previamente, conecta sus respectivas ideologías.

⁶⁸⁵ Esta última apostilla no es gratuita. Pretende responder a la potencial objeción de que, puestos a examinar las mutaciones posibles, cualquier formación política podría mutar en cualquier otra, dejando su lugar original en el espectro y pasando a ocupar otro distinto. Efectivamente, esto es posible, pero solo las formaciones situadas en alguna parte (de este segmento) del eje del centro lo harán añadiendo o desprendiéndose, según casos, de elementos, etc. procedentes de la izquierda y de la derecha, y no solo de uno de los dos lados. Un partido radical populista podría fácilmente convertirse, por ejemplo, en uno de centro, pero para ello tendría que renunciar a elementos característicos del lado del espectro del que procede, no del otro (aunque pueda asumirlos como parte de su proceso de «centrización», en cuyo caso la operación ya no sería idéntica ni simétrica en relación a un lado y otro).

CONCLUSIÓN

Ni izquierdas ni derechas: el centro y las flechas

Llegados a este punto final del desarrollo de nuestra propuesta, no podemos sino hacer revista e inventario de lo visto hasta aquí. Iniciamos la primera parte de nuestro trabajo, intitulada «El espectro político», con el objetivo de concentrarnos en los aspectos más puramente teóricos y «posicionales». Así, en el capítulo primero examinamos la noción de «espectro político», enumeramos algunos de sus posibles modelos y, por último, seleccionamos aquel con el que trabajaríamos en lo sucesivo. El modelo elegido fue el articulado en torno al clásico eje izquierda-derecha, que a su vez interpretamos desde los parámetros propuestos por Norberto Bobbio, con especial atención al par igualdad-desigualdad y al de cambio-conservación, cuya vigencia y utilidad respaldamos. Partiendo de estos criterios, en el capítulo segundo ofrecimos las correspondientes caracterizaciones de la izquierda y de la derecha, por un lado, y de la extrema izquierda y de la extrema derecha, por otro. Este último caso resultó particularmente interesante, puesto que una de las condiciones previas y *sine qua non* de la veracidad de nuestras hipótesis iniciales era la correcta comprensión de la categoría política de la extrema derecha, meta valiosa tanto intrínseca como extrínsecamente, ya que constituía la condición de posibilidad de la «liberación» del nazi-fascismo, que posteriormente reubicamos, así como la del ultraliberalismo, sobre cuya naturaleza y consecuente ubicación en el espectro también profundizamos, más someramente, en el Entreacto II, del que más adelante hablaremos. Redefinida, pues, la categoría de la extrema derecha, así como, por extensión, pendientes de reubicación y aún sin tratamiento específico las corrientes nazi-fascista y ultraliberal, en el capítulo tercero nos ocupamos de la categoría política restante: el centro. Al tratarse de la categoría clave de nuestra investigación, la analizamos en exclusividad a lo largo del episodio, primero aproximándonos a ella desde varias direcciones, después confeccionando una «definición minimalista» de la misma que la explica como paradigma de la síntesis política y, finalmente, poniendo sobre la mesa la posibilidad de definirla de nuevo, pero esta vez en términos maximalistas, vale decir, pensándola no como una categoría monolítica sino, en virtud de su misma naturaleza sintética constitutiva, diversa, con, de hecho, tres versiones posibles: la del centro al uso o centro moderado, la del extremo centro y, entremedias, la del centro radical populista, categoría que, no obstante contar con entidad propia, también funge o puede fungir de enlace y/o tránsito entre las dos anteriores. Esta propuesta resultaba crucial para nuestro proyecto, ya que representaba otra condición de posibilidad respecto al nazi-fascismo, pero esta no de «liberación», como la anterior, sino de (re)asignación, (re)etiquetaje y (re)ubicación; algo para llegar a lo cual todavía habríamos de esperar a la segunda parte.

Antes, en el Entreacto I, nos detuvimos en el otro concepto clave de nuestra tesis: el concepto de síntesis. En concreto, focalizamos nuestra atención en su desenvolvimiento político, que —en un intento de fundamentar tanto retrospectivamente como *ad futurum* nuestras conclusiones— analizamos en sus posibles formas, elaborando así una «tipología general de las síntesis políticas» a results de la cual nos fue lícito racionalizar tanto la existencia del extremo centro como de ese tercer centro intermedio, sito entre el centro al uso o moderado y ese extremo centro, al que denominamos, por analogía con sus contrapartes a izquierda (IRP) y derecha (DRP), centro radical populista (CRP).

Con esta tipología en la mano nos adentramos en la segunda parte, «Las síntesis y los discursos socioliberal y fascista en Europa», que habría de complementar a la primera. Si en esa primera nos ocupábamos de los aspectos políticos espectrales, categoriales y posicionales, lo que ahora nos preocupaba eran los aspectos ideológicos, los cuales, lógicamente, debían acompañarse con los primeros, los posicionales. En este sentido, los capítulos cuarto, quinto y sexto fueron redactados con la intención de respaldar las ideas expuestas en la primera

parte, y concretamente en el capítulo tercero. Se trataba, en definitiva, de comprobar que, en efecto, el centro es síntesis, que lo es en el plano pragmático, en el plano teórico/ideológico o en ambos, que, por cierto, lo es en diverso grado y que, como consecuencia de todo ello, su versatilidad se traduce en tres tipos de centro, cada uno de ellos ocupante de una posición del espectro en el nuevo eje centro-extremo surgido del capítulo tercero y, además, materializado en una serie de ideologías y movimientos políticos históricamente dados. Así, en el capítulo cuarto realizamos un recorrido histórico y un análisis filosófico-político del liberalismo y del socioliberalismo como ideologías características del centro moderado, concluyendo ulteriormente que el socioliberalismo reunía -sobre la base de su naturaleza liberal, vale decir, *flexible, dúctil y maleable*- las condiciones idóneas para poder ser considerado una ideología sintética de centro, y particularmente, de centro moderado. En el capítulo quinto llevamos a cabo una tarea análoga, si bien nuestro objeto de estudio fueron el fascismo en tanto nacionalsocialismo (o, si se prefiere, nacional-socialismo) como ideología genérica y el Fascismo y el nazismo en calidad de concreciones históricas suyas italiana y alemana de modo respectivo. De esta exposición, así como del análisis que la siguió, obtuvimos una conclusión equivalente a la del capítulo anterior: el nazi-fascismo (o nacionalsocialismo genérico) cumplía con lo necesario para ser tenido por una ideología sintética de centro, y particularmente, de extremo centro. Con los dos polos del hipotético eje centro-extremo centro constatados, y por consiguiente con el propio eje presumiblemente validado, nos restaba poner a prueba otra hipótesis: la del *continuum* de este eje, cuya confirmación definitiva pudiera pasar, tal vez, por la existencia de algún punto intermedio entre un centro y otro, es decir, de un «centro entre centros» que sintetizase no solo elementos de izquierda y de derecha (y, en su caso, de extrema izquierda y de extrema derecha), sino también, dada su condición de tal intermediario y como prueba adicional de la misma, de centro y de extremo centro. A este posible «centro entre centros» lo denominamos centro radical populista o CRP, y lo examinamos en términos pragmáticos mediante el estudio de caso del Frente Nacional de Marine Le Pen, cuya remodelación del partido heredado de su padre supuso el comienzo de un proceso de «socialización» del mismo que lo condujo de una marginal DRP nacionalpopulista *liberal* a un exitoso CRP nacionalpopulista *social*. Con el estudio histórico y filosófico-político de esta formación y la constatación final de su naturaleza sintética y, por añadidura, de su efectiva ubicación intermedia entre el centro y el extremo centro, confirmatoria a su vez del antedicho *continuum* centrista, cerramos ese postrero capítulo de la segunda parte.

Finalizadas las dos primeras partes de nuestra investigación, y como culminación del trabajo realizado en las mismas, en el Entreacto II nos encargamos de rellenar una laguna que nos había quedado pendiente. Se trataba de la posición espectral del ultraliberalismo, corriente que, tras ser descartada en el capítulo segundo como propia de la extrema derecha, había quedado a la espera de ser recolocada dentro del espectro o, en realidad, *fuera y por encima* de este, ocupando el lugar correspondiente a lo que denominamos «anti-extremo centro» en virtud de su condición de absoluto opuesto, huelga decirlo, al extremo centro. En este sentido, el eje y *continuum* centro-extremo centro con el que habíamos jugado hasta entonces sufrió la pertinente ampliación, configurándose en un eje de cuatro coordenadas en lugar de tres y que iba, por consiguiente, desde el anti-extremo centro hasta el extremo centro, pasando, entremedias y ya *dentro* del espectro, por el centro moderado o al uso y el centro radical populista. Asimismo, como señalamos en su momento, la razón de ser de esta peculiar reubicación del ultraliberalismo radicaba en su característico individualismo. Al ser el ultraliberalismo, por su misma naturaleza, una ideología todavía menos «ideologizada» que el liberalismo y apostar por la constitución de un Estado mínimo, no cabe aplicar sobre él, *a la hora de situarlo*, sino los criterios más generales del espectro, esto es, los de igualdad y/o desigualdad. Porque de la misma manera que el Estado es reducido a su mínima expresión posible, el poder político que lo dirige disminuye en idéntica proporción. Así, puesto que,

por un lado, la política se encuentra tan limitada, con un margen de acción tan exiguo, únicamente tocante a la protección de la propiedad privada y los derechos de los individuos, resulta que, por otro lado, términos políticos por excelencia como izquierda, centro o derecha pierden todo sentido en un contexto de maximización de la soberanía individual y consecuente minimización de la estatal. Por eso argüíamos que el ultraliberalismo, a los efectos, trasciende el espectro político. Dado que en el Estado minarquista ultraliberal hay, antes que Estado, sociedad civil; antes que política, (libre)comercio; antes que colectivo, individuo; y antes que síntesis máxima, síntesis mínima -y solo en la dudosa medida en la que sea posible hablar de síntesis a título individual en lugar de partidista o de movimiento (social, político)-, dado todo eso, el ultraliberalismo, si ha de ocupar algún lugar en el espectro, este debería ser el opuesto al del extremo centro, o lo que es lo mismo, el del anti-extremo centro. Aun emplazándose fuera y por encima del espectro, podríamos considerarla como la posición política menos ideologizada de todas y en la que, en tanto tal, no se impone a quienes lo secundan síntesis ideológica alguna de forma sistemática, formal u organizada, abogando, lejos de eso, por absolutizar el valor de la libertad de cada individuo (en menoscabo de la autoridad del Estado) para respaldar las ideas que prefiera con la única e irrenunciable condición, eso sí, de que lo haga en pura, auténtica y genuina libertad. Todo lo más que cabe hacer, pues, es aplicarle a esta doctrina el criterio espectral de igualdad-desigualdad (y, subsidiariamente, el de libertad-autoridad), y ello en la medida en la que se trataría de un posicionamiento ideológico que parte del presupuesto de la igualdad inicial de todos los individuos y que acepta como legítima la posterior diferenciación que se desarrolle entre ellos de acuerdo con sus habilidades y resultados en el juego del mercado.

Solventado este fleco de relativa importancia, llegamos a la tercera y última parte de nuestro estudio: «Las síntesis y los discursos socioliberal y fascista en España». En esta quisimos poner a prueba, una vez más, en esta ocasión con vocación definitiva, la hipotética conexión entre centro y extremo centro o, si se quiere, entre socioliberalismo y fascismo, que había vertebrado toda la segunda parte sobre los planteamientos iniciales de la primera. Para ello, a diferencia de la labor realizada en dichas partes, optamos por abandonar el ámbito internacional (principalmente europeo) y acudir al ámbito nacional español para examinar dos casos prácticos: los de dos partidos políticos, Falange Española de las JONS (con sus antecedentes) y Ciudadanos-Partido de la Ciudadanía, cuyas retóricas y discursos, fascista en un caso y socioliberal en el otro, constituían a su vez sendas ejemplificaciones de las corrientes estudiadas en los capítulos quinto y cuarto, respectivamente. Con este propósito dedicamos el capítulo séptimo, en primer lugar, al análisis de la historia y características del liberalismo y el socioliberalismo españoles, que, como tuvimos ocasión de comprobar, apenas distaban tipológicamente de los europeos -sobre todo del francés- de los que indiscutiblemente derivaban, lo que, aun con sus inevitables peculiaridades históricas y nacionales, certificaba su naturaleza continuista respecto a aquellos. En segundo lugar, y a la luz de estos resultados, nos concentramos en relatar la historia de Ciudadanos como la más reciente encarnación política del socioliberalismo en España, así como en argumentar que, efectivamente, ese era el rol que el partido liderado por Albert Rivera jugaba en el tablero político español, al menos, hasta el momento de la dimisión de aquel. Con similar intención planteamos el capítulo octavo, en un primer momento, como una exposición de la historia y rasgos definitorios del fascismo en España, concluyendo, como en el caso liberal-socioliberal, que estos eran, en lo esencial, los mismos que aquellos que caracterizaban a su matriz ideológica europea, lo que también en esta ocasión acreditó la filiación existente entre el fascismo del Continente y el de la Península. En un segundo momento, y de nuevo en paralelo a lo realizado en el capítulo anterior, detallamos la historia de Falange (y sus precedentes y consecuentes) no como la más reciente pero sí como la más significativa manifestación del fascismo en España, al tiempo que tratamos de mostrar que, en efecto, ese fue el papel que cumplió el partido comandado por José Antonio Primo de Rivera dentro

La (a)tracción del centro

del panorama político español de los años 30. A la vista de estas pesquisas y deducciones, el último de los capítulos de esta tercera parte lo dedicamos a confrontar, directamente, los discursos respectivos de ambos partidos. Dividimos esta comparación en dos secciones, cada una de ellas con diversos apartados concernientes a diversas temáticas y aspectos de tales discursos. La efectución de esta división perseguía, respecto a la primera sección, buscar puntos de encuentro, similitudes y paralelismos entre la retórica, las ideas, los diagnósticos y las propuestas de Falange y Ciudadanos, y respecto a la segunda, hallar puntos de desencuentro, disimilitudes y discrepancias entre esa misma retórica, esas mismas ideas, esos mismos diagnósticos y esas mismas propuestas. Una vez hecho esto, añadimos una tercera sección en la que tratamos de dar cuenta del porqué de las coincidencias de la primera y el porqué de las divergencias de la segunda, concluyendo que en ambos casos la razón era la misma: la naturaleza centrista y por tanto sintética de las dos formaciones, debida a la naturaleza centrista y por tanto sintética de sus correspondientes adscripciones ideológicas. Así, lo que Ciudadanos y Falange tenían en común se explicaba porque ambos partidos eran esencial y estructuralmente centristas; lo que tenían de dispar, también, solo que matizando que mientras Ciudadanos lo era con carácter moderado (en nuestros términos: sintético restringido), Falange lo era con carácter extremista (en nuestros términos: sintético irrestringido). Parafraseando a los propios falangistas, Ciudadanos y Falange no serían ni de izquierdas ni de derechas, sino de centro y, en este último caso, de las flechas.

Pues bien, este recorrido nos ha conducido al punto en el que nos encontramos. No ha sido un camino ni fácil ni, sobre todo, corto. A su través hemos postulado y defendido lo que, por fin, concluimos:

- 1° que teórica y prácticamente el centro existe como posición política articulada en torno a una serie de principios elementales, definitorios y distintivos *estructuralmente* compartidos;
- 2° que estos principios son compartidos por lo que tienen de sintéticos en general y de sintéticos total-globales en particular, con el extremo centro, y entrambos, con el centro radical populista;
- 3° que sobre la base de esa categorización entendemos:
 - i. que el liberalismo y, en particular, el socioliberalismo son las traducciones *ideológicas* del centro moderado o al uso;
 - ii. que el nazi-fascismo es la del extremo centro;
 - iii. que el nacionalpopulismo social es la del CRP;
- 4° que, finalmente, habida cuenta del señalado parentesco estructural-ideológico, así como de los diversos casos de estudio tomados en consideración a efectos comprobatorios, queda acreditada esa conexión por el centro que involucra a las tres categorías, así como a sus respectivas ideologías.

Damos, pues, y con la salvedad del apéndice, por terminada la presente investigación siendo conscientes de que esta ni pretende ni, de hecho, puede agotar los innúmeros temas que ha tocado y acerca de los que, sencillamente, ha tratado de arrojar algo de clarificadora y, sobre todo, propositiva luz.

APÉNDICE

Quod licet Iovi, non licet bovi.
**De la problemática en torno a la naturaleza
(des)igualitarista de la izquierda política actual**

*Los revolucionarios de hoy se transforman
en los reaccionarios de mañana.*

Robert Michels, *Los partidos políticos*⁶⁸⁶

Justificación

Como es de sobra conocido a estas alturas, nuestra investigación se ha levantado, fundamentalmente, sobre los parámetros propuestos por Norberto Bobbio como definitorios de la izquierda y la derecha. Hemos aceptado su caracterización de ambas categorías políticas, así como su diagnóstico acerca de la viabilidad de mantener, no obstante su creciente (e históricamente reiterada) impopularidad, el par izquierda-derecha como eje válido para dar cuenta, aún hoy, de la ubicación espectral y la naturaleza ideológica de los diversos partidos y movimientos políticos que proliferan en nuestros días en todas o buena parte de las sociedades occidentales. Asimismo, ha sido por relación a esos parámetros y a sus correspondientes caracterizaciones como hemos ido delimitando y definiendo el resto de categorías del espectro, ya fueran estas de izquierdas (izquierda, izquierda radical populista o IRP y extrema izquierda), de derechas (derecha, derecha radical populista o DRP y extrema derecha) o, naturalmente, de centro (centro, centro radical populista o CRP, extremo centro e, incluso, anti-extremo centro). Toda nuestra tesis se basa en y por extensión depende de esta perspectiva bobbiana, de la cual nos hemos servido a lo largo de todo nuestro trabajo y cuya utilidad no hemos cuestionado en ningún momento. Hasta ahora.

Bobbio señalaba como rasgo esencial de la izquierda la búsqueda de la igualdad. Por el contrario, explicaba que el rasgo constitutivo de la derecha sería el mantenimiento de la –o al menos de una cierta– desigualdad. Recordemos cómo lo exponía el italiano:

Una vez se haya considerado y aceptado que derecha e izquierda son dos conceptos espaciales, que no son conceptos ontológicos, y que no tienen un contenido determinado, específico y constante en el tiempo, ¿hay que sacar la conclusión de que son cajas vacías que se pueden llenar con cualquier mercancía? (...) [N]o podemos evitar constatar que, a pesar de las metodologías utilizadas, existe entre ellos cierto aire familiar, que a menudo los hace aparecer como variaciones de un único tema. *El tema que reaparece en todas las variaciones es la contraposición entre visión horizontal o igualitaria de la sociedad, y visión vertical o no igualitaria.* (...) De las reflexiones realizadas hasta aquí (...) resultaría que *el criterio más frecuentemente adoptado para distinguir la derecha de la izquierda es el de la diferente actitud que asumen los hombres que viven en sociedad frente al ideal de igualdad.*⁶⁸⁷

⁶⁸⁶ Michels, *Los partidos políticos*, p. 212.

⁶⁸⁷ Bobbio, *Derecha e izquierda*, pp. 105, 107. La cursiva es añadida.

Y precisaba:

Por una parte están *los que consideran que los hombres son más iguales que desiguales*, [y] por otra *los que consideran que son más desiguales que iguales*. A este conflicto de elecciones básicas le acompaña también una distinta valoración de la relación entre igualdad-desigualdad natural e igualdad-desigualdad social. El igualitario parte de la convicción de que la mayor parte de las desigualdades que lo indignan, y querría hacer desaparecer, son sociales y, como tales, eliminables; el no igualitario, en cambio, parte de la convicción opuesta, que son naturales y, como tales, ineliminables. (...) La antítesis no podría ser más radical: en nombre de la igualdad natural, el igualitario condena la desigualdad social; en nombre de la desigualdad natural, el no igualitario condena la igualdad social.⁶⁸⁸

Hemos articulado todo nuestro discurso en torno a estas nociones y hemos obtenido nuestras conclusiones sobre la presunción de la validez y la certeza de las mismas. Sin embargo, no hemos tenido en cuenta una cuestión crucial. La posibilidad de que, de alguna forma, «caduquen», esto es, la posibilidad de que la izquierda deje de definirse, *grosso modo*, por la búsqueda de la igualdad y la derecha por el mantenimiento de la desigualdad. Pues bien, esto es exactamente lo que, en efecto, parece haber ocurrido en el primer caso. Por eso este es el objetivo del presente Apéndice: estudiar el origen de esta transformación, evolución o, quizá mejor, *involución* que parece haber sufrido la izquierda occidental de un tiempo a esta parte, enumerar sus causas y, finalmente, examinar sus repercusiones (para con nuestra tesis). Se trata de una cuestión de primer orden habida cuenta de que tener que redefinir la izquierda en una dirección no solo distinta, sino opuesta a la tradicional (vale decir, igualitarista), podría suponer, de forma absolutamente determinante, tener que redefinir a su vez el resto del espectro político, al menos en tanto en cuanto se pretendiese preservar la vigencia, como vertebrador del mismo, del par izquierda-derecha igualmente puesto, siquiera en potencia, en inevitable cuestión.

1) Del origen de la transformación

En su obra significativamente intitulada *La deriva reaccionaria de la izquierda* (2018), el economista y profesor de Filosofía Política Félix Ovejero evidencia el cambio acontecido en la izquierda de la manera siguiente:

Aunque la izquierda siempre se proclamó internacionalista, al menos retóricamente, lo cierto es que, a la hora de realizar sus proyectos, apostó por las naciones republicanas, casi siempre en sus formatos jacobinos. En cierto sentido resultaba inevitable: la realización de la justicia y del autogobierno requiere de Estados que se enmarquen en territorios políticos. Pero esa apuesta ya no parece mantenerse o, al menos, ha cambiado la modulación. Y es que en los últimos tiempos una parte de la izquierda ha abandonado su compromiso con las naciones republicanas, ilustradas y racionalistas, y se ha entregado a una defensa de las naciones reaccionarias y étnico-culturales discretamente disimulada mediante una nueva retórica pseudosociológica (la comunidad, la identidad, el reconocimiento o la multiculturalidad). La consecuencia más importante ha sido *el desplazamiento del eje del discurso desde la igualdad a la diferencia*, un supuesto valor que preservar.⁶⁸⁹

Al filósofo no se le olvida indicar las importantes consecuencias que este nuevo enfoque «diferencialista» de la izquierda contemporánea trae consigo:

⁶⁸⁸ Bobbio, *Derecha e izquierda*, pp. 115-117. La cursiva es añadida.

⁶⁸⁹ Ovejero, *La deriva reaccionaria de la izquierda*, p. 47. La cursiva es añadida.

Cada ciudadano quedaría adscrito a un colectivo en virtud de un rasgo de su identidad que explicaría su vida entera y que justificaría un trato diferencial: la religión, el sexo/género, la lengua, etc. La comunidad política aparecería como el agregado de tales colectivos. En esas circunstancias, el espacio de la política deja de ser un ámbito de ejercicio de racionalidad entre unos ciudadanos –cada cual con su identidad peculiar y plural- que invocan argumentos aceptables por todos, impersonales, para convertirse en un lugar de enfrentamiento entre grupos dotados de distintas sensibilidades mutuamente inaccesibles, cuando no ininteligibles.⁶⁹⁰

Ovejero va más allá. Aporta una fecha concreta a modo de simbólico inicio del «desplazamiento del eje del discurso desde la igualdad a la diferencia» que, según él, caracterizaría a la izquierda de nuestros días: mayo del 68.

Empezó antes, sin duda. Pero si por orientarnos hay que fijar un hito, se puede datar con precisión de astrofísico: Mayo del 68. Entonces se remató –o adquirió perfil preciso o concreción simbólica- el desorden de la izquierda. (...) En aquellos días y, más aún, en su prolongado eco, adquirió hechuras un cuerpo de perspectivas y disposiciones –más que de ideas- que, andando el tiempo, proporcionarían mimbres a recurrentes intentos de «reconstruir la izquierda».⁶⁹¹

En *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento* (2018), Francis Fukuyama sostiene planteamientos similares a los de Ovejero. En relación a la mutación de la izquierda, Fukuyama dice lo siguiente:

La política del siglo xx se organizaba a lo largo de un espectro de izquierda a derecha definido por problemas económicos: *la izquierda quería más igualdad y la derecha exigía mayor libertad*. La política progresista se centraba en los trabajadores, sus sindicatos y los partidos socialdemócratas que buscaban más protección social y más redistribución económica. En cambio, la derecha estaba sobre todo interesada en reducir el tamaño del gobierno y promover el sector privado. *En la segunda década del siglo XXI, ese espectro parece estar cediendo en muchas regiones a una definida por la identidad*. La izquierda se ha concentrado menos en una amplia igualdad económica y más en *promover los intereses de una amplia variedad de grupos percibidos como marginados*: negros, inmigrantes, mujeres, hispanos, la comunidad LGBT, refugiados y otros. Mientras tanto, la derecha se redefine como patriotas que buscan proteger la identidad nacional tradicional, una identidad que a menudo está explícitamente relacionada con la raza, el origen étnico o la religión.⁶⁹²

Asimismo, argumenta que

[e]l problema de la izquierda contemporánea son las formas particulares de identidad a las que decide prestar cada vez más atención. *En lugar de fomentar la solidaridad en torno a grandes colectividades como la clase trabajadora o los explotados económicos, se ha centrado en grupos cada vez más pequeños marginados de maneras específicas*. Esto es parte de una historia más amplia sobre el destino del liberalismo moderno, en el que el principio de reconocimiento igual y universal ha mutado en un reconocimiento especial de grupos particulares.⁶⁹³

Por otro lado, en lo tocante al origen de este proceso de cambio, Fukuyama también coincide con Ovejero a la hora de señalar lugar y fecha en el calendario: Francia, mayo del 68.

⁶⁹⁰ *Ibidem*.

⁶⁹¹ Ovejero, *La deriva reaccionaria de la izquierda*, p. 21.

⁶⁹² Fukuyama, Francis, *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento* (2018), traducción de Antonio García Maldonado, Deusto, Barcelona, 2019, pp. 22-23. La cursiva es añadida.

⁶⁹³ Fukuyama, *Identidad*, p. 105. La cursiva es añadida.

En las últimas décadas del siglo XX, las disminuidas ambiciones de una reforma socioeconómica a gran escala convergieron con la adopción de políticas de identidad y el multiculturalismo por parte de la izquierda. La izquierda seguía definiéndose por su pasión por la igualdad, *pero esa agenda cambió desde su anterior énfasis en las condiciones de la clase trabajadora a las demandas, a menudo psicológicas, de un círculo cada vez más amplio de grupos marginados*. Muchos activistas llegaron a ver a la vieja clase trabajadora y a sus sindicatos como a una casta privilegiada que mostraban escasa solidaridad con la difícil situación de grupos como los inmigrantes o las minorías raciales que padecían una situación peor que la suya. Las luchas por el reconocimiento se dirigieron a los grupos más recientes y sus derechos colectivos, en lugar de a la desigualdad económica de los individuos. En el proceso, la vieja clase obrera se quedó por el camino. Algo parecido ocurrió en países europeos como Francia, donde la izquierda más dura siempre había sido más fuerte que en Estados Unidos. Después de los *événements* de mayo de 1968, los objetivos revolucionarios de la vieja izquierda marxista no parecían tan relevantes para la nueva Europa que nacía. *La agenda de la izquierda giró hacia lo cultural: lo que había que derribar no era un orden político que explotaba a la clase trabajadora, sino la hegemonía de la cultura y los valores occidentales, que reprimían a las minorías en el propio país y en los países en desarrollo*. El marxismo clásico había aceptado muchos de los principios básicos de la Ilustración occidental: la creencia en la ciencia y la razón, en el progreso histórico y en la superioridad de las sociedades modernas sobre las tradicionales. En cambio, con su crítica de los valores cristianos y democráticos en los que se fundamentaba la Ilustración occidental, la nueva izquierda cultural resultaba más nietzscheana y relativista. Ahora, *la cultura occidental sería inseparable del colonialismo, el patriarcado y la destrucción del medio ambiente*.⁶⁹⁴

Ovejero y Fukuyama no son los únicos. El filósofo anglo-ghanés Kwame Anthony Appiah también considera la década de los 60 como suerte de momento fundacional de los colectivismos de corte identitario que hoy en día se han tornado –o intentan tornarse– hegemónicos. Por contraste con la visión de los años anteriores, durante los cuales «nadie a quien se le hubiera preguntado por la identidad de una persona habría hablado de raza, sexo, clase, nacionalidad, región o religión» porque entonces el concepto de identidad tenía «un carácter, en última instancia, individual y personal», a partir de los 60 y hasta nuestros días «las formas de identidad (...) son, por su parte, identidades compartidas, a menudo con millones o miles de millones de personas» y «tienen un carácter social»⁶⁹⁵. En este sentido, observa Appiah, «las apelaciones a la identidad fueron creciendo a lo largo de los años sesenta y, para finales de los setenta, muchas sociedades contaban con movimientos políticos organizados en torno al género y la sexualidad, la raza, la religión y la etnicidad (al tiempo que la política que ponía en el centro las cuestiones de clase entraba en retroceso)»⁶⁹⁶. Pese a estas apreciaciones, cabe señalar que, a diferencia, por ejemplo, del de Fukuyama, el texto de

⁶⁹⁴ Fukuyama, *Identidad*, pp. 127-128. La cursiva es añadida salvo en el término «événements», donde es original. Sobre la crítica a Occidente, sus valores y, ante todo, su sistema económico, habremos de volver más adelante.

⁶⁹⁵ Appiah, Kwame Anthony, *Las mentiras que nos unen. Repensar la identidad. Creencias, país, color, clase, cultura* (2018), traducción de María Serrano Giménez, Taurus, Barcelona, 2019, p. 23. De idéntico o similar parecer es, décadas antes, Daniel Bell (quien, como veremos, fue igualmente capaz de anticipar estas tendencias con las mismas décadas de ventaja): «A la clásica pregunta sobre la identidad: “¿quién es usted?”, un hombre tradicional respondería: “soy el hijo de mi padre”. Hoy una persona dice: “yo soy yo, provengo de mí mismo y en la elección y la acción me hago a mí mismo”. Este cambio de identidad es el sello de nuestra modernidad. Para nosotros, la experiencia, y no la tradición, la autoridad, la verdad revelada o siquiera la razón, se ha convertido en la fuente de la comprensión y la identidad. La experiencia es la gran fuente de la autoconciencia, la confrontación del yo con otros. En la medida en que uno hace de la propia experiencia la piedra de toque de la verdad, uno busca a aquellos con quienes se tiene una experiencia común para hallar significados comunes». (Bell, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo* (1976), traducción de Néstor A. Míguez, Alianza, Madrid, 1989, pp. 94-95. La cursiva es añadida.)

⁶⁹⁶ Appiah, *Las mentiras que nos unen*, p. 26. Cabe reseñar que, al final del segundo volumen de su *Teoría de la acción comunicativa*, Habermas advierte este mismo proceso. Para un análisis de esta cuestión, ver Gil, Javier, «La emancipación como resistencia. Esfera pública y sujetos emergentes en *Teoría de la acción comunicativa* de Jürgen Habermas», en *Eikasía*, n° 87, 2019, pp. 23-81.

Appiah es más bien descriptivo, no pudiendo por tanto hallarse en él ninguna crítica explícita a la estrategia (de la izquierda) contemporánea consistente en asumir y utilizar esta clase de identitarismos como baza política.

Por otra parte, el italiano Daniele Giglioli, profesor de literatura comparada, señala, citando la obra *Héroïsme et victimisation* del escritor Jean-Marie Apostolidès, este mismo periodo histórico como momento de origen y comienzo de lo que hoy en día se ha convertido en una «cultura de la víctima» o «cultura de la victimización»:

La víctima es el héroe de nuestro tiempo. Ser víctima otorga prestigio, exige escucha, promete y fomenta reconocimiento, activa un potente generador de identidad, de derecho, de autoestima. Inmuniza contra cualquier crítica, garantiza la inocencia más allá de toda duda razonable. ¿Cómo podría la víctima ser culpable, o responsable de algo? La víctima no ha hecho, le han hecho; no actúa, padece. En la víctima se articulan carencia y reivindicación, debilidad y pretensión, deseo de tener y deseo de ser. No somos lo que hacemos, sino lo que hemos padecido, lo que podemos perder, lo que nos han quitado. (...) [Q]uien está con la víctima no se equivoca nunca. (...) [E]l paradigma heroico (...) aguantó mal que bien *hasta los años sesenta del pasado siglo*. Después, algo cambió, y *tomó el control el paradigma victimista*. Un control paradójico, si hemos de buscar sus pródromos en un decenio que nos hemos acostumbrado a ver como un tiempo de promesas, esperanzas, conquistas y derechos. ¿Cómo pudo pasar eso?⁶⁹⁷

La coincidencia cronológica de todos estos diagnósticos no es, a decir verdad, tal coincidencia. De mayo del 68 a esta parte, la persecución de la igualdad, característica indisoluble de la naturaleza de la izquierda clásica, ha ido quedando, progresivamente, en entredicho. La reivindicación de una igualdad de corte materialista (economicista) de amplio espectro social y consecuente naturaleza transversal ha sido paulatinamente relegada en favor de una apuesta por el reconocimiento de la diferencia minoritaria como núcleo del discurso izquierdista, lo que ha hecho de este un relato cada vez más identitario y, por ende, cada vez menos igualitarista. Y no se trata de un caso aislado, sino de una creciente tendencia general. No ha cambiado la izquierda española, la izquierda francesa o la izquierda –los conocidos *demócratas*– estadounidense; ha cambiado la izquierda, a secas, o, si acaso, la izquierda occidental.

Esta evolución de la izquierda, prefigurada en el horizonte utopista y «todoposibilista» del 68 francés⁶⁹⁸, comenzó, conforme al *Zeitgeist* del momento, respondiendo al

hecho de que el principio axial de la cultura moderna es la expresión y remodelación del “yo” para lograr la autorrealización. Y en esa búsqueda, hay una negación de todo límite o frontera puestos a la experiencia. Es una captación de toda experiencia; nada está prohibido, y todo debe ser explorado. (...) Pero en la conciencia moderna no hay un ser común, sino un *yo*, y la preocupación de este yo es su *autenticidad* individual, su carácter único e irreductible, libre de los artificios y las convenciones, las máscaras y las hipocresías, las deformaciones del yo por la soledad.⁶⁹⁹

⁶⁹⁷ Giglioli, Daniele, *Crítica de la víctima* (2014), traducción de Bernardo Moreno Carrillo, Herder, Barcelona, 2017, pp. 11, 52. Sobre esta «cultura de la victimización» y el halo de invulnerabilidad que otorga a quien es víctima o, en su decisivo defecto, defiende a quien lo es, también volveremos con posterioridad.

⁶⁹⁸ «[C]onsume, dilapida, goza, pues te espera la felicidad aquí y ahora, entera y rápidamente, sin obstáculos internos ni posiblemente externos. El mundo está para que goces de él; no te sometás a la ley del otro; cree en tu imaginario como en la cosa más verdadera y justa que pueda haber. Tienes derecho a ello, y, si se te niega, eres una víctima». (Giglioli, *Crítica de la víctima*, p. 53.)

⁶⁹⁹ Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, pp. 26, 31. En cursiva en el original.

Mas no tardó esa conciencia en adoptar un cariz drásticamente distinto. Y es que si bien se podría aseverar que, en efecto, el proceso de transformación de la izquierda tuvo su origen, en parte, en una época de exacerbación de la individualidad, fue esta misma exacerbación la que, paradójicamente, pronto condujo al (re)surgimiento de un nihilismo anómico – característico de periodos como el del inicio del siglo XX- en el que la sociedad,

al carecer de una cultura derivada de sus creencias vacías y sus religiones desecadas, adopta a su vez como norma el estilo de vida de una masa cultural que quiere “emanciparse” o “liberarse”, pero le falta toda guía moral o cultural segura acerca de cuáles pueden ser las experiencias valiosas.⁷⁰⁰

Aunque en la segunda sección volveremos sobre esto, ya podemos adelantar que es la ausencia de esa «guía moral o cultural» de la que tanto la sociedad en su conjunto como, sobremanera, los miembros individuales de la misma se encontrarán faltos, lo que constituirá, cuanto menos en lo concerniente a estos últimos, el hueco que los colectivismos identitarios se encargarán de rellenar, previo paso por y actualización en el ámbito académico anglosajón, en concreto en el ámbito de las universidades estadounidenses.

En su obra *El regreso liberal* (2017), confeccionada a modo de intento de explicación de las causas de la debacle demócrata tras la «inconcebible» victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de 2016, el politólogo Mark Lilla, confeso liberal (es decir, demócrata y por tanto «de izquierdas») no tiene reparo alguno en señalar la asunción del identitarismo particularista y por tanto la renuncia a ofrecer un proyecto común y transversal en el que cupiesen las demandas generales de la ciudadanía estadounidense como la causa del descalabro. A diferencia de lo ocurrido durante y al socaire de otras administraciones, como la de Roosevelt y la de Reagan, Lilla afirma que los demócratas actuales no han sido capaces de inaugurar una nueva «dispensación», esto es, de proporcionar a los estadounidenses un nuevo proyecto común del que sentirse partícipes con independencia de sus personalísimos rasgos de identidad⁷⁰¹. Dicho de otro modo: no han sido capaces de poner el foco sobre lo que los une a todos, sino que, por el contrario, lo han puesto sobre lo que los diferencia y, en este sentido, los separa.

La política de la identidad no es nada nuevo, sin duda, en la derecha estadounidense. Lo asombroso durante la Dispensación Reagan fue el desarrollo de una versión de izquierdas que se convirtió en el credo de facto de dos generaciones de políticos,

⁷⁰⁰ Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, p. 142.

⁷⁰¹ «Sugiero que la historia política estadounidense del siglo pasado se puede dividir de forma útil en dos «dispensaciones» (...). La primera, la Dispensación Roosevelt, se extendió desde la época del New Deal hasta la era del movimiento de los derechos civiles y la Gran Sociedad de los años sesenta y se agotó en la década de 1970. La segunda, la Disposición Reagan, empezó en 1980 y ahora la cierra un populismo oportunista y carente de principios. Cada dispensación trajo consigo una imagen inspiradora del destino de Estados Unidos y un claro catecismo de doctrinas que establecían los términos del debate político. La Dispensación Roosevelt presentaba un Estados Unidos en donde los ciudadanos estaban implicados en una empresa colectiva para protegerse unos a otros frente al riesgo, la miseria y la negación de los derechos fundamentales. Sus consignas eran «solidaridad», «oportunidad», «deber público». La Dispensación Reagan presentaba un Estados Unidos más individualista en donde las familias, las pequeñas comunidades y las empresas florecerían una vez quedaran libres de los grilletes del Estado. La primera dispensación era política; la segunda, antipolítica». (Lilla, Mark, *El regreso liberal* (2017), traducción de Daniel Gascón, Penguin Random House, Barcelona, 2018, pp. 17-18.) En una línea muy similar, Jonathan Haidt, a quien ya hemos citado con anterioridad en nuestra investigación, refleja esta misma realidad ayudándose del lema no oficial de Estados Unidos: *E pluribus unum*: «Si tu matriz moral se basa completamente en los fundamentos del Cuidado y la Equidad, entonces es difícil escuchar los matices sagrados en el lema no oficial de Estados Unidos: *E pluribus unum* (De muchos, uno). Y por «sagrado» me refiero al concepto que introduce con el fundamento de la Santidad en el último capítulo: la capacidad de dotar de valor infinito a las ideas, objetos y hechos, particularmente aquellas ideas, objetos y hechos que unen a un grupo en una sola entidad. El proceso de conversión de *pluribus* (gente diversa) en *unum* (una nación) es un milagro que ocurre en cada nación exitosa de la Tierra. Las naciones se debilitan o se dividen cuando dejan de realizar este milagro. En la década de los sesenta, los demócratas se convirtieron en el partido del *pluribus*. Los demócratas generalmente celebran la diversidad, apoyan la inmigración sin asimilación, se oponen a que el inglés sea el idioma nacional, no les gusta usar pinos con la bandera y se refieren a sí mismos como ciudadanos del mundo. ¿En realidad nos extrañamos de que les haya ido tan mal en las elecciones presidenciales desde 1968?» (Haidt, *La mente de los justos*, pp. 240-241. En cursiva en el original.)

profesores, maestros, periodistas, activistas y funcionarios liberales del Partido Demócrata. (...) La política de la identidad de la izquierda se ocupaba al principio de amplios sectores de personas –afroamericanos, mujeres- que buscaban reparar grandes errores históricos, primero desde la movilización y, después, por medio de las instituciones para asegurar sus derechos. Pero en los años ochenta, esto había dado paso a una pseudopolítica de la mirada hacia uno mismo y hacia una autodefinición cada vez más estrecha y excluyente, que ahora se cultiva en nuestras universidades. La principal consecuencia ha sido girar a los jóvenes hacia sí mismos, en vez de volverlos hacia fuera, hacia el mundo más amplio. Los ha dejado sin preparación para pensar sobre el bien común y lo que se debe hacer, en términos prácticos, para garantizarlo, sobre todo la dura y poco glamurosa tarea de convencer a gente muy distinta a nosotros para que se una en un esfuerzo común. Cada avance de la conciencia *identitaria* liberal ha marcado un retroceso de la conciencia política liberal. Sin ella no se puede imaginar la visión de un futuro para los estadounidenses.⁷⁰²

Así, según Lilla, lo que los liberales deben hacer si quieren recuperar el poder es

ofrecer una visión de nuestro destino común a partir de algo que todos los estadounidenses, de todo origen, comparten de verdad: la ciudadanía. Debemos aprender de nuevo a hablar a los ciudadanos como tales y a enmarcar nuestros llamamientos –incluso los que benefician a grupos particulares- en términos de principios que todo el mundo pueda compartir. El nuestro ha de ser un liberalismo cívico. (...) Pero se necesitará que el encantamiento de la política identitaria que ha cautivado a dos generaciones se rompa para que podamos centrarnos en lo que compartimos como ciudadanos.⁷⁰³

Ahora bien, el politólogo es consciente de la dificultad que entraña esa ruptura del «encantamiento de la política identitaria», sobre todo teniendo en cuenta que la universidad, lugar donde se forman las nuevas generaciones, no promociona precisamente el pensamiento propio de un «liberalismo cívico». Al contrario:

Cuanto más se obsesionan con la identidad personal los liberales del campus, menos dispuestos están a participar en un debate político razonado. A lo largo de la década pasada una locución nueva, y muy reveladora, ha pasado de nuestras universidades al *mainstream* mediático: «Como X...». No es una expresión anodina. Le dice al oyente que habla desde una posición privilegiada en este asunto. (...) Levanta un muro contra el cuestionamiento, que por definición llega desde una perspectiva *no-X*. Y convierte el encuentro en una relación de poder: el ganador del debate será quien haya invocado la identidad moralmente superior y haya expresado la mayor ira por ser cuestionado. Así que las conversaciones en el aula que podían haber empezado: «Creo *A* y este es mi argumento» ahora asumen la forma de: «Hablando como *X*, me ofende que tú digas *B*». Esto tiene sentido si crees que la identidad lo determina todo. Significa que no existe un espacio imparcial para el diálogo. (...) Lo que sustituye el argumento entonces es el tabú. A veces nuestros campus más privilegiados parecen atrapados en el mundo de la religión arcaica. Solo aquellos que tienen un estatus identitario

⁷⁰² Lilla, *El regreso liberal*, pp. 19-20. En cursiva en el original.

⁷⁰³ Lilla, *El regreso liberal*, pp. 24-25. A todas luces se trata de un planteamiento presente, un par de décadas antes, en los análisis, por ejemplo, de Eric Hobsbawm: «Desde la década de 1970, ha habido una tendencia, una tendencia creciente, a ver la izquierda esencialmente como una coalición de grupos e intereses minoritarios: de raza, género, preferencia sexual u otras preferencias culturales y estilos de vida, e incluso de minorías económicas como la que ahora constituye la vieja clase obrera industrial empleada en los trabajos más penosos y descualificados [sic]. Una tendencia muy comprensible, *pero peligrosa, y más en la medida en que conquistar mayorías no equivale a sumar minorías*». (Hobsbawm, Eric, «La izquierda y la política de la identidad», texto de la *Barry Amiel and Norman Melburn Trust Lecture* pronunciada en el Institute of Education de Londres el 2 de mayo de 1996, recogido en *New Left Review*, nº 0, 2000, p. 121. La cursiva es añadida. El texto de la conferencia está disponible para su consulta y descarga en: <https://newleftreview.es/issues/0/articles/eric-hobsbawm-la-izquierda-y-la-politica-de-la-identidad.pdf> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020])

aprobado pueden, como los chamanes, hablar sobre ciertos asuntos. Grupos particulares –hoy los transgénero- reciben una significación totémica temporal. Chivos expiatorios –hoy conferenciantes políticamente conservadores- son señalados y expulsados del campus en un ritual purificador. Y no solo las proposiciones, sino las palabras sencillas. Los identitarios de izquierdas que piensan en sí mismos como criaturas radicales, discutiendo esto y transgrediendo aquello, se han convertido en institutrices protestantes con respecto al idioma inglés, diseccionando cada conservación en busca de locuciones indecorosas y después golpeando en los nudillos a los que las utilizan sin darse cuenta.⁷⁰⁴

Por cierto que Lilla no está solo en su protesta. De nuevo, un par de décadas antes otro pensador, en esa ocasión Robert Hughes, había hecho patente su preocupación por esa deriva sentimentalista-subjetivista de la argumentación «intelectual» (o lo que es lo mismo, esa cultura del *safetyism* o la «ultraseguridad» y su anejo «razonamiento emotivo» que tan clara y preocupantemente han diagnosticado hoy en día Haidt y Lukianoff, según la cual «si un miembro de un grupo identitario se *siente* ofendido u oprimido por el acto de otra persona, entonces, según el paradigma del efecto frente a la intención, esa otra persona es culpable de haber cometido un acto de intolerancia»⁷⁰⁵) que flaco favor le hacía a la academia (y a lo que no es la academia):

De ésta y muchas otras maneras acabamos por crear una infantilizada cultura de la queja, en la que papáito siempre tiene la culpa y en la que la expansión de los derechos se realiza sin la contrapartida de la otra mitad de lo que constituye la condición de ciudadano: la aceptación de los deberes y las obligaciones. Ser infantil es una manera regresiva de enfrentarse a la tensión de la cultura social: No la toméis conmigo, soy vulnerable. Se pone énfasis en lo subjetivo: *cómo nos sentimos ante las cosas es más importante que lo que pensamos o sabemos de ellas.* (...) Cuando los sentimientos y las actitudes son las referencias principales del argumento, *atacar cualquier posición es automáticamente un insulto al que la expone*, o incluso un ataque a lo que considera sus «derechos»; cada argumentum se convierte en ad hominem, acercándose a la condición de hostigamiento, cuando no de violación. «Me siento muy amenazado por su rechazo ante mi opinión sobre [marque una]: el falocentrismo/la diosa madre/el tratado de

⁷⁰⁴ Lilla, *El regreso liberal*, pp. 98-99. Lilla no es el único que acusa a las universidades estadounidenses del derrotero que la izquierda ha seguido de los sesenta a esta parte. Ovejero confiesa en el prefacio de *La deriva reaccionaria de la izquierda* que tuvo su «particular epifanía» acerca de esa misma deriva en 1991, durante su experiencia en la Universidad de Chicago. Haidt, por su parte, señala a dicha institución universitaria como responsable de fomentar una visión de la naturaleza humana claramente cimentada en una perspectiva de tabla rasa que –como aprecia también Ovejero en su obra- llega a contradecir a la ciencia (así como a la tradición racionalista, científicista y, en suma, ilustrada de la izquierda clásica) si sus resultados no se ajustan a los objetivos deseados (esto es, si el es no se corresponde con el deber ser), a colación de lo cual menciona el trabajo de Pinker, que explora este asunto más de cerca: «A los reformadores radicales les gusta creer que la naturaleza humana es una pizarra en blanco sobre la cual se puede esbozar cualquier visión utópica. Si la evolución, en efecto, diera a los hombres y mujeres conjuntos diferentes de deseos y habilidades, eso sería un obstáculo para lograr la igualdad de género en muchas profesiones, por ejemplo. Y si el nativismo puede ser usado para justificar las estructuras de poder existentes, el nativismo debe estar equivocado. (...) En la década de los setenta, el científico cognitivo Steven Pinker era un estudiante de Harvard. En su libro de 2002 *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana* (...), Pinker describe las maneras en que los científicos traicionaron los valores de la ciencia para mantenerse fieles al movimiento progresista. Los científicos se convirtieron en «exhibicionistas morales» en las salas de conferencias, que demonizaban a sus colegas científicos e instaban a sus alumnos a evaluar las ideas no por su verdad, sino por su coherencia con ideales progresistas como la igualdad racial y de género». (Haidt, *La mente de los justos*, pp. 60-61. En cursiva en el original.) Finalmente, también Miguel Ángel Quintana Paz, filósofo y profesor universitario, en su artículo «El imperio del emotivismo», denuncia y critica esta progresiva –y muy preocupante- sentimentalización a la que considera que se está sometiendo al mundo académico, donde la protección de los sentimientos subjetivos parece estar tomando la delantera al descubrimiento de la verdad objetiva y la evidencia científica, la cual –como denuncia Ovejero en *La deriva reaccionaria de la izquierda-* tiende a ser -conforme a premisas puramente constructivistas sociales- ninguneada o incluso directamente ocultada cuando sus conclusiones, es decir, lo que es, contradice *lo que debería ser*. (El artículo de Quintana Paz, publicado en *The Objective*, puede consultarse aquí: <https://theobjective.com/el-subjetivo/el-imperio-del-emotivismo/> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020])

⁷⁰⁵ Haidt, Jonathan, y Lukianoff, Greg, *La transformación de la mente moderna. Cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso* (2018), traducción de Verónica Puertollano, Deusto, Barcelona, 2019, p. 77.

Viena/el módulo de elasticidad de Young.» Introduzca esta subjetivización del discurso en dos o tres generaciones de estudiantes que se convierten en maestros, con las dioxinas de los sesenta acumulándose cada vez más, y tendrá el trasfondo de nuestra cultura de la queja.⁷⁰⁶

Por otra parte, por si los diagnósticos cronológicos de Ovejero, Fukuyama o Appiah no fuesen suficientes, Lilla también tiene claro dónde radica el origen del problema:

La nueva izquierda [de los años 60] interpretó originalmente el eslogan «Lo personal es político» de una manera algo marxista: todo lo que parece personal es, en realidad, político, no existen esferas de la vida exentas de la lucha por el poder. (...) Pero también se podía interpretar la frase en sentido opuesto: que lo que consideramos acción política no es sino una actividad personal, una expresión de mí y de cómo me defino. Como diríamos hoy, es un reflejo de mi identidad. Al principio, la tensión entre las dos interpretaciones del eslogan no era evidente para aquellos impulsados por las pasiones del momento. «El aborto legal, la igualdad salarial y la educación infantil me afectan personalmente como mujer, pero también afectan a todas las demás mujeres. Esto no es narcisismo; es necesidad.» Aún así, con el tiempo la tensión resultó demasiado evidente y arruinó las perspectivas a corto plazo de la nueva izquierda y, al final, también las del liberalismo estadounidense.⁷⁰⁷

Más adelante hablaremos de nuevo sobre esto. Por ahora, debemos quedarnos con que esa izquierda reformulada en los sesenta en clave identitaria y diferencialista se está manifestando en pleno siglo XXI con una fuerza inusitada y, por lo que parece, irrefrenable a fuer de *moral* o, si se quiere, de *moralmente correcta*⁷⁰⁸. Fruto inevitable de la misma es la conocida corrección política, cuya médula consiste en proteger a todo colectivo considerado, por una u otra razón, más o menos marginado, minoritario o vulnerable (mujeres, personas LGTBI, minorías étnicas y religiosas), esto es, susceptible de ser considerado víctima⁷⁰⁹, de toda posible ofensa por parte de otro colectivo: el de los presuntamente privilegiados (vale decir, fundamentalmente, el de los hombres blancos heterosexuales occidentales⁷¹⁰), cuya primacía

⁷⁰⁶ Hughes, Robert, *La cultura de la queja. Trifolcos norteamericanos* (1993), traducción de Ramiro de España, Anagrama, Barcelona, 1994, pp. 21, 79. La cursiva es añadida. Ovejero concuerda punto por punto. Primero, en cuanto al abandono progresivo de la razón en pro del sentimiento en la discusión pública: «La prioridad de la identidad, de lo propio, se manifiesta de mil formas. En todas ellas, la identidad opera como criterio de tasación. Por lo pronto, pondera, y descalifica, los principios universales basados en criterios de racionalidad. La razón, que vale para todos o al menos aspira a ello, borraría lo diferente, lo propio, lo que separa a una nación [o colectivo] de las otras. (...) Por otra parte, la identidad será el patrón de valoración de las decisiones, el norte que rige lo que se debe hacer, las políticas correctas. Las propuestas o las acciones se juzgarán convenientes si se ajustan a la identidad; peligrosas, si la erosionan». (Ovejero, *La trama estéril*, pp. 28-29.) Segundo, en cuanto a la deriva todavía más preocupante hacia la impugnación de toda argumentación por el mero hecho de ser discrepante respecto a la sostenida por la otra parte: «[L]a estrategia de invocar la “provocación” para evitar las críticas se ha extendido más allá de las religiones y, a la mínima, cualquier “colectivo”, a propósito de cualquier causa, incluso de las más justas, de aquellas a las que sobrarían razones en el debate público, opta por bloquear cualquier crítica mediante una alegre proliferación de descalificaciones como “antisemita”, “machista”, “homófobo”, “racista” y otras mil». (Ovejero, *La trama estéril*, pp. 95-96.)

⁷⁰⁷ Lilla, *El regreso liberal*, p. 83.

⁷⁰⁸ Teniendo en mente, una vez más, al nacionalismo, Ovejero ofrece un certero diagnóstico más que compatible con la generalidad de los identitarismos actualmente amparados por la izquierda y que viene a resumir lo que consideramos una de las claves –si no *la* clave- tras el porqué de la indiscutida (o apenas discutida) credibilidad e inagotable cancha que se les brinda a aquellos: «El problema aparece cuando al desbarajuste intelectual se une, como es el caso, una *suerte de autoridad moral* que exime a la izquierda de explicar el porqué de sus apuestas. Basta con su *nihil obstat* para dar por santa y buena una causa, sin que tenga que demorarse en el trámite del razonamiento». (Ovejero, *La seducción de la frontera*, p. 135. La cursiva es añadida.)

⁷⁰⁹ «[L]a víctima promete identidad. (...) Encuadra al ser con el perfil del tener, reduce al sujeto a portador de propiedades (que no de acciones), le pide seguir siendo, dolorosa pero orgullosamente, lo que es. No pretende transformaciones, renunciadas, sacrificios. El sacrificio ya se ha producido, no se necesitan más. (...) La condición de víctima castra la *agency* en todos los sentidos del término. La víctima real es tal porque es impotente». (Giglioli, *Crítica de la víctima*, p. 91. En cursiva en el original.)

⁷¹⁰ «Los grupos luchan por el poder. Dentro de este paradigma, cuando se percibe que el poder está en manos de un grupo sobre los demás, existe una polaridad moral: *los grupos vistos como poderosos son malos, mientras que los grupos vistos como oprimidos*

histórica se entiende como injusta y necesariamente degradante para el resto, en virtud de lo cual estaría *moralmente* justificado compensar a los grupos tradicionalmente relegados o subordinados por mor de ese mismo pasado de opresión e invisibilización⁷¹¹. Una perspectiva que, como suele ocurrir en estos «dialécticos» casos, ha contribuido a la formación de una rabiosa contestación políticamente traducida en el surgimiento de figuras como la del ya citado Donald Trump en Estados Unidos, la de Jair Bolsonaro en Brasil o la de partidos como Vox en España.

Sea como fuere, no cabe duda de que la izquierda de nuestros días, desde luego la occidental, ya no responde al ideal ilustrado, racional, por tanto transversal y cosmopolita que la originó y del que bebía antes del punto de inflexión histórico que supuso mayo del 68. ¿Por qué?

2) De las causas de la transformación

A la hora de señalar los motivos que han dado lugar al devenir de la izquierda, Ovejero y Fukuyama divergen. El español hace suya una tesis bastante socorrida en los últimos años como explicación del general declive de la socialdemocracia en Europa, cual es la de su muerte por éxito, que no obstante tal forzaría a la izquierda a reinventarse para sobrevivir o, más bien, justificar su supervivencia:

Quizá, con disposición optimista, cabría decir que la ausencia de novedades es resultado del cumplimiento de las aspiraciones de la izquierda, de que se han conseguido los objetivos fundamentales que justificaron su nacimiento. Desde esa perspectiva, el problema radica en que, por dificultades para admitir lo cosechado y por las inercias de supervivencia comunes en las élites políticas, *las organizaciones, para dar sentido a su vida, se han visto en la necesidad de recrear innecesarias revisiones ideológicas*. Se trata de la novedad por la novedad, al modo como las vanguardias artísticas, obsesionadas por la renovación, se despreocupaban de las obras y facturaban antes las etiquetas tribales de los movimientos que los contenidos. Pero la distorsión en la perspectiva no debería confundirnos. La socialdemocracia habría vencido de la mejor manera: hoy todos seríamos socialdemócratas. Las reivindicaciones clásicas de la izquierda –sufragio universal, pensiones, protecciones sociales, educación y sanidad públicas, vacaciones retribuidas, jornadas laborales de ocho horas- forman ya parte del

son buenos. (...) Puesto que el «privilegio» se define como el «poder para dominar» y causar «opresión», estos ejes son intrínsecamente dimensiones *morales*. *Las personas que están en lo alto son malas y las que están debajo son buenas*. Es probable que este tipo de enseñanzas codifiquen directamente la falsedad de «nosotros contra ellos» en los esquemas cognitivos de los alumnos: *la vida es una batalla entre las buenas personas y las malvadas*. Además, no hay forma de escapar a la conclusión sobre quiénes son las personas malvadas. Los principales ejes de opresión suelen apuntar a una dirección interseccional: *varones blancos heterosexuales*». (Haidt y Lukianoff, *La transformación de la mente moderna*, p. 112. Cursivas añadidas y en el original.)

⁷¹¹ «Centrada en la repetición del pasado, la posición victimista excluye cualquier visión de futuro. Todos nos consideramos, escribe Christopher Lasch en *El yo mínimo*[?] al mismo tiempo supervivientes y víctimas, o víctimas potenciales [...]. La herida más profunda causada por la victimización es precisamente esta: que acabamos afrontando la vida no como sujetos éticos activos, sino solo como víctimas pasivas, y la protesta política degenera entonces en un lloriqueo de autoconmiseración». (Giglioli, *Crítica de la víctima*, pp. 13-14. En cursiva en el original.) A este respecto, y a título de significativa curiosidad, vale la pena citar las palabras de Irene Montero, Ministra de Igualdad española perteneciente a Unidas Podemos. Al ser criticada por excluir a los hombres de los cargos de mayor responsabilidad de su Ministerio, Montero contestó: «No lo están [los hombres excluidos de su Ministerio], pero vamos, que igual que muchas veces y durante muchos siglos, me atrevo a decir, hemos estado toda la sociedad, hombres y mujeres, gobernadas [sic] exclusivamente por hombres, pues creo que tampoco pasa nada porque las personas más competentes para desempeñar posiciones de responsabilidad sean mujeres en un Ministerio que, además, es el ministerio de igualdad, un tema al que tradicionalmente, digamos, y por experiencia propia, las mujeres somos las que más tiempo le hemos dedicado a pensar no en nosotras, sino en como el conjunto de la sociedad puede ser una mejor sociedad, que respete más los derechos humanos y más igualitaria...» (*Al Rojo Vivo*, «Así explica Irene Montero la ausencia de hombres en 'su' Ministerio de Igualdad», *La Sexta*, 16 de enero de 2020. Disponible en línea: https://www.lasexta.com/programas/al-rojo-vivo/entrevistas/la-defensa-de-irene-montero-ante-las-criticas-por-formar-un-ministerio-sin-hombres_202001165e2060400cf20f1d1a81eda8.html [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020]) No parece muy arriesgado pensar que, aunque con otras palabras, lo que Montero viene a decir en definitiva es que su irónico Ministerio pretende compensar una injusticia sexista histórica con otra.

paisaje inmutable de nuestras sociedades, al menos de las más cercanas, tanto da que gobierne la derecha como la izquierda.⁷¹²

Por su parte, el estadounidense opta por recuperar la «teoría del alma» de Platón y señalar a una suerte de emergencia social del *thymós* como responsable y desencadenante de las nuevas políticas identitarias que hoy dominan el panorama político occidental a izquierda primero y, como especular reacción antitética, a derecha después:

Los seres humanos no sólo quieren cosas que son externas a ellos mismos, como la comida, la bebida, los Lamborghini o el próximo chute. También anhelan juicios positivos sobre su valor o su dignidad. Esos juicios pueden provenir de dentro (...), pero la mayoría de las veces los hacen personas de la sociedad que los rodea que *reconocen* así su valía. Si reciben ese juicio positivo, se sienten orgullosos, y si no lo reciben, sienten ira (cuando creen que están siendo infravalorados) o vergüenza (cuando se dan cuenta de que no han estado a la altura de los estándares de otros). Esta tercera parte del alma, el *thymós*, es la base de la política de la identidad de hoy. (...) Pero si bien el *thymós* es un aspecto universal de la naturaleza humana que siempre ha existido, la creencia de que cada uno de nosotros tiene un ser interior que merece respeto, y que la sociedad que lo rodea puede estar equivocada al no reconocerlo, es un fenómeno más reciente. De modo que, si bien el concepto de identidad está arraigado en el *thymós*, esta sensación surgió recientemente en nuestros días, cuando se combinó con una noción de un yo interno y otro externo y con la visión radical de que el yo interno era más valioso que el externo. Esto fue producto de un cambio en las ideas sobre el yo y la realidad de las sociedades, que comenzaron a evolucionar rápidamente bajo la presión del cambio económico y tecnológico.⁷¹³

Así, los políticos, singularmente los populistas, se aprovecharían de esta inestable realidad y tratarían de obtener rédito político mediante una escalada de reivindicación identitaria basada en lo que Fukuyama denomina

⁷¹² Ovejero, *La deriva reaccionaria de la izquierda*, pp. 379-380. La cursiva es añadida. Algunos años antes, el filósofo catalán se mostraba aún más explícito respecto a la relación entre la falta de ideas y la creciente (y a su juicio alarmante) tendencia de la izquierda a abandonar la defensa de la igualdad y sumarse, por el contrario, a la de la diferencia: «Si acaso, ha sido la propia percepción de la falta de ideas y proyectos y el honesto intento de dar respuesta a ese reto –y puestos a decirlo todo– una torpe intelección de cuál es la relación entre los idearios y las prácticas, lo que explica la sustitución de un discurso atento a las desigualdades y a las condiciones materiales a otro centrado en “la diferencia” y “lo cultural”». (Ovejero, *La trama estéril*, p. 240.) Por otro lado, es de destacar que en España esta necesidad de reinención de la izquierda ha buscado y encontrado apoyo en el interesado y en buena medida sesgado discurso antifranquista de los nacionalismos periféricos, lo que a juicio de Ovejero ha contribuido a viciar todavía más si cabe y de modo particular la tendencia general de la izquierda occidental a la que la española ya se habría sumado por contagio e inercia de la(s) socialdemocracia(s) de su entorno pero sin carecer de su propia y peculiarísima especificidad, sintomáticamente observable en sus persistentes coqueteos con esos mismos nacionalismos: «Esta metarareza es genuinamente hispánica. Las simpatías hacia un nacionalismo secesionista rico es una anomalía española necesitada de explicación». (Ovejero Lucas, Félix, *La seducción de la frontera. Nacionalismo e izquierda reaccionaria. Contra Cromagnon 3*, Montesinos, Barcelona, 2016, p. 155.)

⁷¹³ Fukuyama, *Identidad*, pp. 34, 39. Sobre la especular reacción antitética cabe señalar que se corresponde con una de las respuestas que actualmente encontramos en la derecha o, si se quiere, en las partes del espectro que no pertenecen a la izquierda (que incluyen al centro, de cuya actitud más abajo hablaremos). En este sentido, esa «primera respuesta adopta (...) la estrategia del espejo con respecto a las políticas identitarias. A menudo es protagonizada por la derecha más contundente (...). Esta derecha acepta plenamente el reto de la era de las identidades y, en vez de combatirla como tal, simplemente opone las identidades tradicionalmente olvidadas (precisamente por su carácter mayoritario) al tipo de identidades minoritarias en que ya Marcuse había cifrado su esperanza de cambio social desde la izquierda. Así, frente a las minorías inmigrantes se reivindica el interés de los connacionales; frente a las minorías religiosas, la mayoría cristiana o laica; frente a las reivindicaciones feministas se intenta atender también al lugar en que quedan los varones; frente a las minorías LGBTIQ+, el heterosexual cisgénero. Naturalmente, este tipo de derecha también propone, en diversos grados, reivindicar la identidad nacional frente a las identidades étnicas más pequeñas presentes en su mismo Estado, lo cual aboca a menudo a promover cierto nacionalismo «periférico». En suma, aquí la derecha jugaría con las mismas armas que la izquierda». (Marco, José María, y Quintana Paz, Miguel Ángel, «La era de las identidades», capítulo recogido en Marco, José María, y Martín Frías, Jorge (coords.), *La hora de España*, Deusto, Barcelona, 2020, pp. 39-40.)

la política del resentimiento. En una amplia variedad de casos, un líder político ha movilizado a sus seguidores en torno a la percepción de que la dignidad del grupo había sido ofendida, desprestigiada o ignorada. Este resentimiento engendra demandas de reconocimiento público de la dignidad del grupo en cuestión. Un grupo humillado que busca la restitución de su dignidad tiene mucho más peso emocional que las personas que sólo buscan una ventaja económica. (...) En todos los casos, un grupo, ya sea una gran potencia como Rusia o China o los votantes de Estados Unidos o Reino Unido, cree que tiene una identidad que no recibe el reconocimiento adecuado por parte del mundo exterior, en el caso de un país, o por parte de otros miembros de la misma sociedad. Esas identidades pueden ser y son increíblemente variadas, según la nación, la religión, el origen étnico, la orientación sexual o el género. Todas son manifestaciones de un fenómeno común, el de la política de la identidad.⁷¹⁴

Ahora bien, aunque Ovejero y Fukuyama difieran en sus respectivas explicaciones, estas no se contrarían. En realidad, se complementan. Ambos autores ofrecen planteamientos fácilmente coincidentes en virtud del factor común que alumbra sus interpretaciones: *el posmaterialismo*.

De acuerdo con los estudios del politólogo y sociólogo estadounidense Ronald Inglehart, iniciados en 1977 con su decisiva obra *The Silent Revolution*, el cambio —ya intuido y observado, casi a la par, por autores como Bell— de una era modernista a otra posmodernista no consistió solo en un cambio puramente material. También trajo consigo un cambio crucial de valores:

La modernización es, ante todo, un proceso que aumenta las capacidades políticas y económicas de una sociedad: aumenta las capacidades económicas por medio de la industrialización, y las capacidades políticas a través de la burocratización. El rasgo singular más atractivo de la modernización es que capacita a la sociedad para poder cambiar de la pobreza a la riqueza. Así, el proceso central de la modernización es la industrialización; el crecimiento económico se convierte en el principal objetivo societal y la motivación del logro en la meta individual más importante. La transición de una sociedad preindustrial a otra industrial se caracteriza por «la racionalización profunda de todas las esferas de la sociedad» (como Weber señaló), lo que provoca un cambio de valores tradicionales a los racional-legales en la vida social, política y económica. *Pero la modernización no es la fase final de la historia*. El surgimiento de la sociedad industrial avanzada provoca otro cambio en los valores básicos, perdiendo importancia la racionalidad instrumental que caracterizaba a la sociedad industrial. *Los valores posmodernos se hacen predominantes, dando lugar a una variedad de cambios sociales*: desde la igualdad de derechos para las mujeres hasta las instituciones políticas democráticas y el declive de los regímenes socialistas de estado.⁷¹⁵

El posmaterialismo es el resultado de este tránsito del modernismo al posmodernismo. Nombra y define un estado de cosas histórico, económico, social y cultural en el que la satisfacción de las necesidades materiales (económicas) de una sociedad en particular o de un conjunto de sociedades en general ha permitido poner el foco de atención en problemas hasta entonces opacados por la urgencia de la gestión de recursos limitados y situaciones de

⁷¹⁴ Fukuyama, *Identidad*, pp. 23, 25. Es importante precisar que, si bien la política de la identidad que predomina por doquier en nuestros días es la de carácter *tribal*, también existe una alternativa de corte *universalista*: «cómo se movilice la identidad cambia mucho las cosas para las probabilidades de éxito del grupo, para el bienestar de las personas que se unen al movimiento y para el país. La identidad se puede movilizar de formas que hagan hincapié en una humanidad común global y a la vez argumenten que a *otros semejantes humanos* se les están negando la dignidad y los derechos porque pertenecen a un grupo particular; o se puede movilizar de formas que intensifiquen nuestro antiguo tribalismo y unan a las personas en un odio compartido hacia un *grupo* que sirve de enemigo común unificador». (Haidt y Lukianoff, *La transformación de la mente moderna*, p. 98. En cursiva en el original.)

⁷¹⁵ Inglehart, Ronald, *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades* (1997), traducción de M^a Teresa Casado Rodríguez, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2001, p. 5. La cursiva es añadida.

escasez, que una vez superadas facilitan relegar a un segundo plano las preocupaciones de corte más económico o materialista para comenzar a centrarse en cuitas de otra y mucho más diversa índole:

Los valores de las poblaciones occidentales han ido cambiando de un énfasis abrumador sobre el bienestar material y la seguridad física, hacia un énfasis mucho mayor en la calidad de vida. Las causas e implicaciones de este cambio son complejas, pero el principio básico puede plasmarse de un modo muy simple: *la gente tiende a preocuparse más por las necesidades o amenazas inmediatas que por cosas que aparecen más lejanas o no presentan visos amenazadores*. Así, el deseo de belleza puede ser más o menos universal, pero la gente hambrienta muy probablemente buscará alimentos antes que una forma de satisfacción estética. Hoy en día, un porcentaje sin precedentes de la población occidental ha sido educado bajo condiciones excepcionales de seguridad económica. La seguridad física y económica es algo que sigue siendo evaluado positivamente, *pero su prioridad relativa es más baja que en el pasado*.⁷¹⁶

Se trata de un proceso que se va gestando tras la Segunda Guerra Mundial y que encuentra entre la década de los 60 y la de los 70⁷¹⁷ la oportunidad de manifestarse de forma clara y contundente hasta el punto de llegar a equipararse primero y sobrepasar después la cantidad de posmaterialistas, esto es, de personas que construyen sus vidas de acuerdo con patrones, estándares o valores de corte posmaterialista, sobre la de materialistas:

En 1970 los posmaterialistas alcanzaron paridad numérica con los materialistas sólo en la generación de la posguerra. Además, se concentraron entre los estratos más ricos de este grupo de edad: entre los estudiantes universitarios sobrepasaban numéricamente, con mucho, a los materialistas. Esto nos ayuda a explicar la percepción popular ampliamente extendida de la existencia de *un abismo generacional que surgió a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta*.⁷¹⁸

Esa «abismo generacional» tampoco tiene lugar por casualidad. A la hora de articular su propuesta, Inglehart trabaja con dos hipótesis: «la hipótesis de la escasez» y la «hipótesis de la socialización»:

De acuerdo con la hipótesis de la “escasez”, aquellas sociedades en las que una mayoría de la población ha alcanzado razonablemente un alto grado de seguridad serán también las que exhiban en mayor medida valores “post-materialistas”. Y, por analogía, aquellos grupos sociales, dentro de cada sociedad, que hayan logrado mayores niveles de seguridad, serán también los que exhiban un mayor nivel de “post-materialismo”. Según esta hipótesis de “escasez”, por tanto, *el post-materialismo debería estar directamente relacionado, a nivel social, con el nivel de desarrollo económico, y a nivel individual, con el estatus socioeconómico del individuo*. (...) Según la hipótesis de la “socialización”, y teniendo en cuenta que los individuos adquieren la mayor parte de sus valores básicos durante su adolescencia, parecía razonable esperar que las cohortes más jóvenes en las sociedades industriales avanzadas, “socializadas” ya en un ambiente de mayor

⁷¹⁶ Inglehart, Ronald, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas* (1990), traducción de Sandra Chaparro Martínez, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1991, p. 36. La cursiva es añadida.

⁷¹⁷ «Ahí está el resultado de aquellos míticos años de *Les Trente Glorieuses* (Los treinta gloriosos) que liberaron a las masas occidentales de la miseria y de la necesidad y que pusieron al alcance de cualquiera una opulencia digna de Sardanápalo». (Bruckner, Pascal, *La tentación de la inocencia* (1995), traducción de Thomas Kauf, Anagrama, Barcelona, 1999, p. 47.) Vale la pena destacar, asimismo, que fue justamente en estos años -particularmente, en 1972- cuando se propuso (y luego se puso en práctica) uno de los planes posmaterialistas más significativos y ambiciosos jamás conocidos: el de «la familia del futuro», nombre del manifiesto con el que el gobierno sueco encabezado por el socialdemócrata Olof Palme pretendió alcanzar, sobre la base de la prosperidad y saciedad materiales, un presunto ideal de autosuficiencia e independencia individuales cuyas consecuencias se aprecian, más que nunca, hoy en día. Acerca de este llamativo plan y sus resultados, véase el documental *La teoría sueca del amor*, dirigido por el director de cine, productor y escritor sueco Erik Gandini en 2015.

⁷¹⁸ Inglehart, *Modernización y posmodernización*, p. 186. La cursiva es añadida.

seguridad física (no han conocido la guerra) y económica (han crecido en una época de fuerte desarrollo del estado de bienestar y de *consumo de masas*), sean las que exhiban niveles más altos de post-materialismo. Según la hipótesis de la “socialización”, por tanto, *el post-materialismo debería estar inversamente relacionado con la edad del individuo*.⁷¹⁹

En aquellas sociedades en las que se han solventado, *grosso modo*, los problemas materiales gracias a la consecución de una cierta seguridad y un sostenido crecimiento económicos, las nuevas generaciones, nacidas y crecidas en semejante entorno de certidumbre y protección, tienen la posibilidad, inédita hasta entonces, de ocuparse de otras cuestiones de naturaleza más «espiritual» o, con Aristóteles, «contemplativa», las cuales cobran, en su imaginario tanto como en su praxis, mayor relevancia de la que jamás habían tenido, comenzando de hecho a colocarse en el primer plano de las demandas políticas de una nueva época⁷²⁰. A diferencia de las sociedades pobres o marcadas por grandes desigualdades que han predominado durante la mayor parte de la historia de la humanidad y en las que el elemento económico y el sustento material constituían las reivindicaciones prioritarias, las sociedades occidentales posteriores a la Segunda Guerra Mundial, auge del Estado del Bienestar mediante, entraron en un nuevo estadio. Por primera vez pudieron desprenderse de buena parte de sus preocupaciones «materialistas» y atender a problemas de un cariz muy distinto que hasta ese momento habían permanecido, según casos, más o menos invisibilizados, como el aborto, la igualdad entre hombres y mujeres, los derechos de los niños, de la comunidad LGTBI, de los minusválidos, de los animales y del medio ambiente o la integración de las minorías étnicas y religiosas en sociedades prósperas y por consiguiente tendentes a ser partícipes y protagonistas de un creciente flujo migratorio. Dicho de forma pedestre pero elocuente, solo cuando la gente ya no se muere de hambre otras preocupaciones anteriormente secundarias -como pudieran ser el matrimonio igualitario o los derechos y el reconocimiento público de las minorías- tienen ocasión de adquirir su espacio y su relevancia⁷²¹.

Es en este contexto en el que las explicaciones de Ovejero y Fukuyama se combinan a la perfección: el éxito de los principios socialdemócratas, hegemónicamente dominantes hasta el punto de ser asumidos incluso por algunos de los rivales de la misma socialdemocracia –no por ello menos partícipes del «consenso socialdemócrata» que caracterizó la primera parte de la segunda mitad del siglo XX-, actuó como condición de posibilidad de la emergencia de unas reivindicaciones de tipo identitario que la izquierda, vacía (o vaciada) ya de proyecto autónomo e independiente, ha ido progresivamente asumiendo y aun patrimonializando⁷²², que la derecha también ha hecho suyas (en parte –pero solo en parte- menos por iniciativa propia que como reacción a la iniciativa ajena de la

⁷¹⁹ Díez Nicolás, Juan, «Post-materialismo y desarrollo económico en España». En Díez Nicolás, Juan e Inglehart, Ronald (eds.), *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*, Fundación para el Desarrollo Social de las Comunicaciones (FUNDESCO), Madrid, 1994, pp. 125-126.

⁷²⁰ Y no solo de las políticas. También en el ámbito intelectual se ha producido un cambio en el tipo de inquietudes que, a juicio de Inglehart, explicaría con suma claridad el porqué del auge y éxito del posmodernismo filosófico y de sus acólitos: «[S]e está produciendo un giro cultural posmoderno que pone de manifiesto muchas de las características clave analizadas por los pensadores posmodernos. (...) Hasta ahora ninguno ha explicado satisfactoriamente por qué ha surgido la cultura posmoderna: se ha escrito mucho sobre esto, pero casi todas las explicaciones se han limitado a la historia y la trascendencia intelectual del posmodernismo. (...) Esto puede explicar una pequeña porción de lo que ha sucedido; pero la mayor parte se debe al hecho de que *la experiencia vital de primera mano de los públicos masivos ha sido profundamente diferente de la de generaciones anteriores*. Se han producido cambios profundos en la visión del mundo de las masas que hacen que las ideas posmodernas encuentren una audiencia receptiva. *Esta es la razón de por qué una visión del mundo posmoderna, que seguramente hubiera sido rechazada hace una generación, ha llegado a parecer cada vez más creíble en las últimas décadas*». (Inglehart, *Modernización y posmodernización*, p. 25. La cursiva es añadida.)

⁷²¹ Misma razón por la que, en otro pero igualmente significativo orden de cosas, podría decirse que la pregunta ya no es «qué voy a comer hoy para sobrevivir» sino, más bien, «qué serie voy a ver hoy para entretenerme».

⁷²² «Las llamadas políticas de identidad, de hecho, surgen en paralelo a la crisis, primero, del marxismo y luego de la socialdemocracia». (Marco, José María, y Quintana Paz, Miguel Ángel, «La era de las identidades», en *La hora de España*, p. 45.)

izquierda⁷²³) y que, en definitiva, los populistas de todo género y especie han estado azuzando de un tiempo a estos días (en lo que parece ser una peculiar aplicación del principio «divide y vencerás» que, confían, les facilite, como *de facto* ya lo ha hecho en algunos casos, el acceso al poder).

En este sentido, la red de seguridad material/económica proporcionada por los Estados bienestarristas permitió la gestación y desarrollo de un cambio cultural conforme al cual el rol de dichos Estados podía y debía ir más allá del aporte y sustento material, lo cual explica, siguiendo a Bell, por qué

[e]n la sociedad burguesa la psicología reemplazó a la biología como base de la satisfacción de “necesidades”. (...) En términos aristotélicos, *los deseos reemplazaron a las necesidades*, y los deseos, por naturaleza, son ilimitados e insaciables. Cuando la ética protestante, que había servido para limitar la acumulación suntuaria (pero no la de capital), fue eliminada de la sociedad burguesa moderna, solo quedó el hedonismo. El principio económico —el cálculo racional de la eficiencia y el rendimiento— ha sido eficaz en la elección de medios, a fin de incrementar la producción (por ejemplo, las combinaciones más eficientes de trabajo y capital, o la especialización de tareas y funciones), pero *el motor que comenzó a impulsar el sistema socioeconómico (...) ha sido la pródiga idea de los deseos privados y los fines ilimitados*.⁷²⁴

Un diagnóstico que encaja sin dificultades con lo que Bruckner observa acerca del Estado, al cual «se aparta (...) de sus atribuciones tradicionales y se lo reduce al papel de psicólogo, de asistente social, de consuelo de los afligidos»⁷²⁵, con «el omnipresente recurso al victimismo» que según Hughes engarza de forma casi natural con «la tradicionalmente tan apreciada cultura americana de la terapéutica» que hace que «ser vulnerable es ser invencible» y gracias a la cual «la queja te da poder, aunque ese poder no vaya más allá del soborno emocional o de la creación de inéditos niveles de culpabilidad social»⁷²⁶ y, en suma, con lo que Fukuyama califica, siguiendo esta línea pero de manera todavía más directa y sugerente, «misión terapéutica» del Estado:

Los nuevos movimientos sociales de la década de 1960 surgieron en sociedades ya preparadas para pensar en términos de identidad, y cuyas instituciones habían asumido la misión terapéutica de incrementar la autoestima de los ciudadanos. (...) Cada grupo marginado tenía la opción de verse en términos de identidad más amplios o más estrechos. Podía exigir que la sociedad les tratase de manera idéntica a la forma en que se trataba a los grupos dominantes de la sociedad, *o podía afirmar una identidad diferenciada para sus miembros y exigir que se les respetase como distintos a la sociedad en general*. Con el tiempo, esta última estrategia tendió a predominar.⁷²⁷

Asumido ese nuevo rol terapéutico por parte de los Estados, estos tendieron a hacerse cargo de las reivindicaciones de todo colectivo minoritario que, tomando conciencia de su situación, la juzgase de opresión o, simplemente, de invisibilización o no-reconocimiento, lo que se tradujo en la formación de todo tipo de organizaciones y activismos cuyas demandas

⁷²³ Replicando así, exactamente, el mismo proceso de acción (de la izquierda) y reacción (de la derecha) que, como vimos ya en la primera parte de nuestra investigación, dio origen al espectro político tal y como lo conocemos durante la Revolución Francesa al surgir una fuerza de cambio (la izquierda) que inmediatamente facilitó la aparición de otra de preservación (la derecha), hasta entonces existente pero «inconsciente», inarticulada políticamente, vale decir, *espectralmente*. En este sentido, se podría apuntar que, históricamente, los cambios suelen venir por la izquierda y que los que se efectúan en la derecha siempre tenderán a ser (aunque en absoluto tengan por qué serlo necesariamente) una reacción a la previa acción e iniciativa del otro lado. El centro, por su parte y a este respecto, tendería a quedar a expensas de los otros dos actores para (re)configurarse y (re)posicionarse a su vez.

⁷²⁴ Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, p. 213. La cursiva es añadida.

⁷²⁵ Bruckner, *La tiranía de la penitencia*, p. 126.

⁷²⁶ Hughes, *La cultura de la queja*, p. 19.

⁷²⁷ Fukuyama, *Identidad*, pp. 121-122. La cursiva es añadida.

(sistematizadas y esgrimidas por nuevos y poderosos lobbies sociales, económicos, mediáticos y *morales*) tendieron a encontrar amparo, sobre todo, en la nueva izquierda surgida del 68, que si algo –tal vez lo único– conservaba de la «vieja» o clásica era el gusto por el cambio en una dirección, *supuestamente*, igualitaria, lo que necesariamente debía implicar un acercamiento mayor o menor, pero siquiera parcialmente lógico, entre dicha izquierda y dichos grupos (acercamiento que, por oposición, la derecha, por su condición conservadora y no tendente al cambio ni a la igualdad, no estaría en disposición, en principio, de llevar a cabo):

La utilidad del concepto izquierda-derecha reside en el hecho de que a lo largo de los años y en distintos escenarios, el conflicto político básico a menudo refleja una polarización entre los que buscan el cambio social y los que se oponen a él. El concepto es lo suficientemente general como para que a medida que vayan surgiendo nuevos temas conflictivos puedan ser encuadrados en el marco que ofrece. Los tipos específicos de cambio pueden variar, pero normalmente implican la cuestión de *mayor o menor igualdad*, tanto si es entre clases sociales como si es entre nacionalidades, razas o sexos. Además, existe una continuidad en la medida en la que los grupos buscan el cambio. Por lo general, *los menos favorecidos en un orden social tienen una mayor tendencia a apoyar el cambio*. Es así como a lo largo de los años se acaba identificando a determinados grupos sociales o partidos políticos con la «izquierda» o con la «derecha».⁷²⁸

El *quid* aquí radica en que «los menos favorecidos en un orden social» que tienen «mayor tendencia a apoyar el cambio» ejercerán esa tendencia, como es de esperar, en dirección a la corriente política que mayores cambios y, se sobreentiende, beneficios les prometa y depare, y esta, como parece evidente, es la izquierda, que en este punto mantiene la continuidad de su papel histórico como representante de esta clase de grupos, ya fuera, antaño, en relación al proletariado industrial, ya, hogaño, a las «nuevas» minorías consideradas vulnerables.

Los rápidos cambios vinculados con la posindustrialización provocan reacciones defensivas entre las partes marginadas de la población. La posindustrialización genera más libertad individual y oportunidades para la autorrealización de grandes segmentos de la sociedad, pero *algunas minorías importantes*, en particular los menos instruidos y los desempleados, *siguen percibiendo amenazas vitales*. En términos de privación relativa pueden incluso estar peor que los habitantes de las sociedades pobres. La educación es la forma de capital más importante en la sociedad del conocimiento, porque coloca a los menos instruidos en una posición menos ventajosa que la que tenían en la era industrial. En la era industrial, las disciplinadas organizaciones de masas constituían una gran ventaja para las clases bajas porque les permitían conseguir poder político. Podían ejercer presión para redistribuir la riqueza de los ricos entre los pobres, generando así un nivel mayor de igualdad de renta (...). La naturaleza individualizadora de las sociedades posindustriales en parte ha invertido esa tendencia. La clase trabajadora ha perdido miembros y la cohesión que le proporcionaba poder político; los sindicatos se están debilitando. Además, las clases trabajadoras de las sociedades posindustriales están cada vez más presionadas por la globalización y la inmigración; la costosa fuerza de trabajo de los países ricos ha de competir actualmente con la de los países de renta baja. La tendencia a la igualdad en la distribución de la renta comenzó a invertirse en la década de 1980 (...). *Esto promueve la percepción de amenaza y las reacciones defensivas y proporciona así una base social para el*

⁷²⁸ Inglehart, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, p. 321. La cursiva es añadida. No es meramente accidental, por tanto, la coincidencia entre la izquierda y los colectivos identitarios, ni sorprende por ello el hecho constatado de que «el post-materialismo parece más directamente relacionado con la identificación con ideologías de izquierda que con la de derecha». (Díez Nicolás, «Post-materialismo y desarrollo económico en España». En Díez Nicolás e Inglehart, *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*, p. 153.)

*surgimiento de nuevos dogmas, incluido el populismo de izquierda y las nuevas formas de fundamentalismo religioso.*⁷²⁹

Estas valoraciones casan con el proceso descrito por Lilla, quien además lo contrapone a la actitud de la izquierda clásica:

La nueva izquierda [de los años 60] quedó desgarrada por todas las dinámicas intelectuales y personales que asaltan a las izquierdas más una: la identidad. Las divisiones raciales no tardaron en aparecer. Los negros se quejaban de que la mayoría de los líderes eran blancos, lo que resultaba cierto. Las feministas se quejaban del hecho de que la mayoría eran hombres, lo que también era cierto. Pronto las mujeres negras se quejaban tanto del sexismo de los hombres negros radicales como del racismo implícito de las feministas blancas, que, a su vez, eran criticadas por lesbianas que las acusaban de asumir que «lo natural» era la familia heterosexual. Lo que todos estos grupos buscaban en la política era algo más que la justicia social y el final de la guerra, aunque también querían eso. Además, deseaban que no hubiera espacio entre lo que sentían en su interior y lo que hacían en el mundo. Querían sentirse unidos a los movimientos políticos que reflejaban cómo se entendían y definían a sí mismos como individuos. Y deseaban que se reconociera su autodefinición. El movimiento socialista no había prometido ni entregado ningún reconocimiento: dividía el mundo entre capitalistas explotadores y trabajadores explotados de cualquier origen. Tampoco lo había hecho el liberalismo de la Guerra Fría, que defendía la igualdad de derechos y la igualdad de amparo social para todos.⁷³⁰

Tan pronto como el Estado «supera» el estadio de la satisfacción de las necesidades materiales, puede hacerse cargo (o cuanto menos es susceptible de que se le pida que se haga cargo) de las posmateriales. Esto ya lo hemos visto en la sección anterior de la mano de uno de los diagnósticos de Bell: una realidad posmoderna (y posmaterialista) que en principio no debería traer consigo más problema, si acaso, que el potencialmente anejo al fomento de una sociedad en la que cada individuo tienda —sobremedida hoy, al calor de la repercusión y visibilidad que le ofrecen las actuales redes sociales— al narcisismo y la atomización, propende, en efecto, a fomentar ese tipo de individualismo, pero, al mismo tiempo y por exceso de este, también el nihilismo, la anomia y, como consecuencia ulterior de ambas cosas, la reagrupación o, más significativamente, la «re-tribalización», el retorno al grupo originario que representaría (o al menos ofrece) la pérdida «guía moral o cultural segura acerca de cuáles pueden ser las experiencias valiosas». Como elocuentemente señalan Haidt y Lukianoff,

la mente humana está preparada para el tribalismo. La evolución humana no es sólo la historia de unos individuos que compiten con otros dentro de cada grupo; es también la historia de grupos que compiten contra otros, a veces con violencia. (...) El tribalismo es nuestra herencia evolutiva para agruparnos y prepararnos para el conflicto intergrupalo. Cuando se activa el «interruptor de la tribu», nos aferramos más estrechamente al grupo, asumimos y defendemos la matriz moral del grupo y dejamos de pensar por nosotros mismos. Un principio básico de la psicología moral es que «la moralidad une y ciega», lo cual es un truco útil para que un grupo se prepare para una batalla entre «ellos» y «nosotros».⁷³¹

⁷²⁹ Inglehart, Ronald y Welzel, Christian, *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano* (2005), traducción de M.ª Teresa Casado Rodríguez, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2006, pp. 63-64. La cursiva es añadida.

⁷³⁰ Lilla, *El regreso liberal*, pp. 83-84.

⁷³¹ Haidt y Lukianoff, *La transformación de la mente moderna*, pp. 96-97.

Asimismo, «ante la ausencia de un Estado de bienestar *las grandes obligaciones grupales son la única forma de seguridad social e imponen constricciones sociales a las elecciones de la gente*»⁷³², o aun en su presencia pero también su insuficiencia (o lo que se considera que es insuficiencia), surge un nuevo tipo de política que abandona la institucionalidad y la sustituye por la reivindicación callejera que, a su vez, crea las condiciones para la aparición tanto de colectivos identitarios devenidos grupos de presión como, vinculado con estos, de un agente político de nuevo mas similar cuño: el *social justice warrior*.

Había habido movimientos de emancipación antes (contra la esclavitud, por los derechos de las mujeres, por la protección de los trabajadores) que no cuestionaban la legitimidad del sistema estadounidense, sino que solo querían que estuviera a la altura de sus principios y que respetara sus procedimientos. Estos movimientos operaban con partidos y por medio de instituciones para alcanzar sus objetivos. Pero, *a medida que los años setenta fluían hacia los ochenta, muchos liberales empezaron a ver la política de movimientos como una alternativa y no como un añadido de la política institucional y algunos empezaron a pensar que parecía más legítima*. Ahí fue cuando nació lo que ahora llamamos el *social justice warrior*, un tipo social con rasgos quijotescos cuya autoimagen depende de no estar manchado por la concesión y de hallarse por encima del tráfico de los meros intereses.⁷³³

Se trata de un fenómeno, cuanto menos, peculiar. Como hemos visto, de acuerdo con planteamientos y análisis como los de Bell o Inglehart, en el estado inédito de protección y seguridad económica y material del que disfrutaron las sociedades occidentales a partir de los años 60, los individuos tienden a ser, sin apenas variabilidad ni excepción, individualistas. Por el contrario, en condiciones de inseguridad y necesidad y, sobre todo, de ausencia o carencia del Estado, esos mismos individuos se refugian en el amparo del grupo, cuya mayor fuerza puede no solo aportarles un mayor cobijo frente a la intemperie anómica, nihilista y existencial que los abruma, sino también respaldar con mayor eficacia sus demandas⁷³⁴. En este sentido, se supone que, una vez que el Estado asuma finalmente las demandas de tales grupos, estos deberían disolverse (a título organizativo o de lobby), dado que sus miembros constituyentes ya no percibirán ningún peligro o amenaza y, por lo tanto, deberían inclinarse a retornar al individualismo previo a la coyuntura que suscitó su recurso al colectivo. Pero no es esto lo que sucede. En absoluto. Como señala Amartya Sen, lo que realmente acaece es que «muchos problemas políticos y sociales contemporáneos giran en torno de reclamos opuestos provenientes de identidades diferentes que involucran a grupos distintos»⁷³⁵, y ello, entre otras cosas, porque los colectivos de turno, que se presumían puramente instrumentales en un inicio en tanto se suponía que se habían organizado con la única -y legítima- finalidad de lograr determinados propósitos y, una vez cumplidos estos, disolverse, se convierten, lejos de eso, en grupos de intereses *tomados como fines en sí mismos*, perpetuándose incluso cuando cesa de existir el problema que motivó su creación⁷³⁶. Con esta clase de colectivos ocurre,

⁷³² Inglehart y Welzel, *Modernización, cambio cultural y democracia*, p. 186. La cursiva es añadida.

⁷³³ Lilla, *El regreso liberal*, pp. 116-117. La cursiva es añadida.

⁷³⁴ Realidad que Hobsbawm también refleja rápida y elocuentemente: «Los hombres y las mujeres buscan grupos a los que poder pertenecer, con seguridad y para siempre, en un mundo en el que todo lo demás resulta movedizo y cambiante, en el que ya nada es seguro. Y encuentran lo que buscan *en los grupos de identidad*». (Hobsbawm, «La izquierda y la política de la identidad», p. 116.)

⁷³⁵ Sen, Amartya, *Identidad y violencia. La ilusión del destino* (2006), traducción de Verónica Inés Weinstabl y Servanda María de Hagen, Katz, Buenos Aires-Madrid, 2007, p. 10.

⁷³⁶ El caso del colectivo y lobby feminista es elocuente y paradigmático a este respecto. Teniendo el feminismo (genérico y actual) por meta la extinción del «heteropatriarcado» (entendido como estructura de dominación y disposición del hombre sobre la mujer –por el mero hecho de serlo en ambos casos- en todos los ámbitos de la sociedad), inexistente desde hace décadas en los países occidentales, dicho objetivo sigue enarbolándose, sin embargo, a modo de propósito inalcanzado o, como poco, alcanzado de forma incompleta, lo que en la práctica se traduce en que la ficción heteropatriarcal sigue justificando la existencia del mentado grupo de presión y, claro está, de las correspondientes subvenciones para su noble y *moralmente* incuestionable lucha. Obvia e irónicamente, es esta misma «ficción de opresión» la que perjudica a sus propios

pues, lo que Robert Michels señaló respecto a los partidos políticos: incluso en el hipotético caso de que algún todavía aparentemente lejano día fuesen capaces de resolver todos los problemas de los ciudadanos, de seguro encontrarían la manera *-inventada* si fuera preciso- de dar con algún motivo que justificase su existencia y, por consiguiente, su subsistencia económica, y ello, por supuesto, conforme a un criterio de incontestable regusto y autoridad moral:

De este modo, en la vida moderna de las clases y de las naciones, las consideraciones morales han llegado a ser un accesorio, una ficción necesaria. Todos los gobiernos se empeñan en apoyar su fuerza con un principio ético general. *Las formas políticas en que cristalizan los diversos movimientos sociales también adoptan alguna máscara filantrópica.*⁷³⁷

Sea como fuere, si bien la figura del *social justice warrior* surgida al calor de todas estas tendencias se circunscribe, fundamentalmente, al ámbito estadounidense, tal actor no carece de apoyos o equivalentes —en forma de activistas- en el Viejo Continente, lo cual concuerda con el carácter genérico de esta tendencia identitaria de la izquierda occidental que a su vez explica la revuelta que tiene lugar en nuestros días tanto contra esa izquierda como, sobre todo, contra los valores que promueve, vale decir, contra la corrección política que de su mano habría conseguido adueñarse de la esfera cultural de Occidente, sometiéndola con puño de hierro e instigando, indirectamente, la creación de movimientos de oposición y «resistencia» encarnados, fundamentalmente, en los actuales nacionalpopulismos, sean estos de derechas (nacionalpopulismos liberales: Alternativa para Alemania, Vox, etc.) o de centro (nacionalpopulismos sociales: Agrupación Nacional de Marine Le Pen, Demócratas de Suecia, etc.).

No se puede decir que no fuese algo previsible e, incluso, inevitable. Ni una década después de mayo del 68, Bell había dejado constancia de una aparente tendencia que no tardaría en trocarse fehaciente realidad: la de la reclamación de derechos no por y para individuos, sino por y para colectivos. En *Las contradicciones culturales del capitalismo*, el sociólogo estadounidense hacía la siguiente observación/predicción, perfectamente extrapolable a cualesquiera otros colectivos de los que hoy en día se hallan en boga, al socaire del caso de los negros en Estados Unidos:

Cuando hablo de derechos grupales, me refiero a las demandas de la comunidad que se deciden sobre la base de la pertenencia a grupos, más que de los atributos individuales. El sistema valorativo norteamericano ha sido predicado sobre la base del logro individual y la igualdad de oportunidades dada a los individuos. En el pasado, se ha reconocido un carácter colectivo a diversos grupos funcionales (por ejemplo, los sindicatos), y se han otorgado derechos al grupo (por ejemplo, una tienda sindical). Pero estos grupos son asociaciones voluntarias, y una persona pierde esos beneficios cuando cambia de estatus. *Los problemas recientes derivan de las reclamaciones de derechos de los negros como “propiedad” de su raza.* El hecho paradójico es que el argumento usado por los abogados negros ante el Tribunal Supremo en 1954 fue que el lema “separados pero iguales” era discriminatorio y que *los negros tenían derecho a ser tratados como individuos (y a lograr la igualdad sobre esta base), y no como categoría.* Pero la lentitud

«creyentes», ya que eterniza su insuperable condición de víctimas en calidad de condición de posibilidad de su relato y, claro está, de las citadas subvenciones que dicho discurso tiene por objeto justificar *sine die*. Por otro lado, vale la pena observar cómo este movimiento ha llegado a un estadio de desarrollo evolutivo en el que buena parte de las demandas enfrentadas propias de sus principales variantes particulares —a saber, feminismo radical, feminismo de la diferencia y feminismo marxista- han quedado subsumidas en una lucha común y mayor que, siquiera en cierto modo, acaba por fusionar dichas corrientes en pro de la consecución última de sus objetivos, a la sazón identificados, como veremos, con el desmantelamiento del aludido heteropatriarcado y, junto con este, del capitalismo.

⁷³⁷ Michels, *Los partidos políticos*, p. 60. La cursiva es añadida.

de la integración y el carácter psicológico perentorio de una identidad grupal han modificado la naturaleza de las demandas de los negros. *Los negros han pasado de reclamar la igualdad de oportunidades a reclamar la igualdad de resultados.* Y esto solo puede obtenerse, arguyen, mediante cuotas especiales, alquileres preferenciales, educación compensatoria, etc. *La demanda de derechos grupales aumentará en la sociedad, porque la vida social se organiza cada vez más sobre bases grupales.* La necesidad de hallar legitimaciones filosóficas y mecanismos políticos para evaluar estas demandas en conflicto será otra fuente de tensiones en la sociedad de los próximos años.⁷³⁸

El pronóstico no pudo ser más certero. Tampoco, visto lo visto, más preocupante. Porque el problema en estos casos estriba menos en el reconocimiento de las múltiples y diversas identidades *individuales* que puedan concurrir en una sociedad en concreto o en un conjunto de ellas en general que *en su colectivización*:

Porque un régimen constitucional democrático, aunque sea de manera imperfecta, como suelen ser las cosas humanas, encarna algunos principios morales irrenunciables. Por ejemplo, *el individualismo moral*, según el cual *sólo las personas* cuentan moralmente, en tanto que agentes moralmente responsables y fuentes de exigencias morales válidas; y que *ese estatus moral fundamental no puede transferirse a agregados sociales como pueblos, naciones o culturas*. O que todas las personas importan moralmente por igual y deben contar con los mismos derechos *con independencia de su sexo, raza, religión, etnia o cultura*. Y, sobre todo, que ese conjunto de derechos debe proteger el principio fundamental de la autonomía *de las personas*.⁷³⁹

Esto es crucial. Puesto que es evidente que todos y cada uno de los individuos que constituyen una sociedad cualquiera cuenta con una serie de filiaciones grupales, adoptar lo que Sen denomina «un enfoque singularista» de tales filiaciones, reducidas a una única, preeminente, definitiva e identitaria, es un error:

En nuestra vida cotidiana, nos vemos como miembros de una variedad de grupos y pertenecemos a todos ellos. La misma persona puede ser, sin ninguna contradicción, ciudadano estadounidense de origen caribeño con antepasados africanos, cristiano, liberal, mujer, vegetariano, corredor de fondo, historiador, maestro, novelista, feminista, heterosexual, creyente en los derechos de los gays y las lesbianas, amante

⁷³⁸ Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, pp. 188-189. La cursiva es añadida. Acerca de la importante problemática que acarrea la sustitución de la igualdad de oportunidades por la de resultados, Bell señala lo siguiente: «Los resultados de la competición entre los individuos son grados diversos de estatus, ingresos y autoridad. Estos resultados diversos han sido justificados por la razón de que han sido libremente ganados y logrados por su esfuerzo. Esta es la base de la idea de una “meritocracia justa”, e históricamente de la lucha por realizar la libertad y la igualdad. Pero en años recientes se ha oído la protesta de que los resultados son demasiado dispares y desiguales, y que la política pública debe buscar una mayor igualdad en los resultados, en síntesis, *hacer más iguales a las personas en ingresos, estatus o autoridad*. Pero tales intentos sólo pueden ser alcanzados restringiendo el acceso de otros individuos a los cargos o a la disposición de los resultados que han logrado (...). En resumen, el intento de reducir las disparidades en los resultados supone limitar o sacrificar la libertad de *algunos* para hacer a *otros* más iguales a ellos». (Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, p. 248. En cursiva en el original.) Por otro lado, sobre el avance que supuso el tratamiento de los negros como individuos «y no como categoría» y la paradójica involución que, como estamos observando, parece estar sufriendo esta perspectiva, no podemos sino adelantar la mención a Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, cuya *Hegemonía y estrategia socialista* representa, a nuestro juicio, un paso clave en esa retrógrada dirección al hacer de la colectividad y no del individuo el sujeto preferente de su proyecto «democrático radical»: «Para que la defensa de los intereses de los obreros no se haga a costa de los derechos de las mujeres, los inmigrantes o los consumidores, hay que establecer una equivalencia entre las diferentes luchas. Solo así llegarán a ser realmente democráticas las luchas contra el poder; *la reivindicación de derechos no ha de plantearse a partir de una problemática individualista, sino en un contexto de respeto al derecho a la igualdad de los demás grupos subordinados*». (Laclau, Ernesto, y Mouffe, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (1985), Siglo XXI, Madrid, 2015, p. 230. La cursiva es añadida.)

⁷³⁹ Toscano Méndez, Manuel, «La comunidad imaginada. Los dos conceptos de nación y el nacionalismo», capítulo recogido en Rubio Carracedo, José; Rosales, José María y Toscano Méndez, Manuel (dirs.), *Democracia, ciudadanía y educación*, pp. 196-197. La cursiva es añadida.

del teatro, activo ambientalista, fanático del tenis, músico de jazz y alguien que está totalmente comprometido con la opinión de que hay seres inteligentes en el espacio exterior con los que es imperioso comunicarse (...). Cada una de estas colectividades, a las que esta persona pertenece de forma simultánea, le confiere una identidad particular. Ninguna de ellas puede ser considerada la única identidad o categoría de pertenencia de la persona.⁷⁴⁰

Por otro lado, como observa Inglehart,

[e]l elemento central del colectivismo es el supuesto de que los grupos unen y *obligan* mutuamente a los individuos (...). En las sociedades colectivistas las unidades sociales tienen un destino y meta común: las personas son simplemente un componente de lo social, lo que hace crucial el endogrupo. En el colectivismo *la pertenencia al grupo es un aspecto central de la propia identidad, y se valora altamente el sacrificio de las metas individuales por el bien común*. Además, el colectivismo implica que la autorrealización se consigue cumpliendo obligaciones externamente definidas, lo que significa que *las personas están extrínsecamente motivadas y centradas en satisfacer las expectativas de los demás* (...). En las sociedades colectivistas, el contexto social es importante en las percepciones de las personas y su razonamiento causal, de forma tal que el significado es contextual. Por último, *el colectivismo implica que pertenecer a un grupo se considera un “hecho de vida” inamovible al que las personas se deben acomodar sin elección*.⁷⁴¹

Asimismo, en la medida en la que las identidades a tener en cuenta no sean individuales sino colectivas, automáticamente se generará una situación de polarizante oposición. «Un sentido de pertenencia fuerte –y excluyente– a un grupo puede, en muchos casos, conllevar una percepción de distancia y de divergencia respecto de otros grupos. La solidaridad interna de un grupo puede contribuir a alimentar la discordia entre grupos»⁷⁴². Más aún: la identidad de mi grupo se definirá, obligatoriamente, por su singularidad y diferencia respecto de la identidad de otros grupos.

[L]as identidades colectivas se definen negativamente; es decir, contra otros. «Nosotros» nos reconocemos como «nosotros» porque somos diferentes a «ellos». Si no existiera un «ellos» del que diferenciarnos, no tendríamos que preguntarnos quiénes somos «nosotros». Sin identificación de quienes están Afuera no existe posibilidad de

⁷⁴⁰ Sen, *Identidad y violencia*, pp. 10-11, 27. Sen también advierte del peligro de esta clase de enfoques reduccionistas: «[L]as responsabilidades de elegir y de razonar son esenciales para llevar una vida humana. Por el contrario, se fomenta la violencia cuando se cultiva el sentimiento de que tenemos una identidad supuestamente única, inevitable (...), que aparentemente nos exige mucho (...). La imposición de una identidad supuestamente única es a menudo un componente básico del “arte marcial” de fomentar el enfrentamiento sectario. (...) *Si se estimula debidamente, la promoción de un sentido de identidad con un grupo de personas puede convertirse en una poderosa arma para tratar brutalmente a otro grupo*. De hecho, muchos de los conflictos y las atrocidades se sostienen en la ilusión de una identidad única que no permite elección. El arte de crear odio se manifiesta invocando el poder mágico de una identidad supuestamente predominante que sofoca toda otra filiación y que, en forma convenientemente belicosa, también puede dominar toda compasión humana o bondad natural que, por lo general, podamos tener. *El resultado puede ser una rudimentaria violencia a nivel local o una violencia y un terrorismo globalmente arteros*». (Sen, *Identidad y violencia*, pp. 11, 15. La cursiva es añadida.). Cabe reconocer los inquietantes ecos de estas palabras en las actuales y cada vez más beligerantes posturas que están adoptando muchas de las actuales organizaciones de este corte colectivista identitario, con especial atención, siquiera en España, a las feministas hegemónicas, cuyos escraches y sabotajes en determinados actos políticos o eventos culturales rayan en no pocas ocasiones la pura intolerancia ante la mínima discrepancia –no digamos crítica– con su «discurso».

⁷⁴¹ Inglehart y Welzel, *Modernización, cambio cultural y democracia*, pp. 182-183. La cursiva es añadida. Popper completaría este diagnóstico: «Tal, pues, la teoría colectivista, tribal o totalitaria, de la moralidad: “El bien es lo que favorece el interés de mi grupo, de mi tribu, o de mi estado”». (Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, p. 112.) Por su parte, Hobsbawm añadiría, muy oportunamente, que «obligar a las personas a asumir una identidad, y sólo una, hace que éstas se dividan entre sí y, por tanto, aísla a las minorías». (Hobsbawm, «La izquierda y la política de la identidad», p. 122.)

⁷⁴² Sen, *Identidad y violencia*, p. 23.

identificar quien está Adentro. En otras palabras, las identidades colectivas no se basan en lo que sus miembros tienen en común —es posible que no tengan gran cosa en común excepto el hecho de no pertenecer a los «Otros»—. ⁷⁴³

Así es como

la idea de una «preocupación humana» por los intereses legítimos de los demás está desapareciendo en una desesperada búsqueda de cabezas de turcos; la histeria sobre el feminismo, los derechos gays y el aborto ha llenado el discurso político de un rencor que tiene muy pocos paralelos en otras democracias occidentales. ⁷⁴⁴

Esto no es ni más ni menos que la tercera ley de Newton en versión política; sencillamente, «en cuanto presentas un asunto exclusivamente en términos de identidad, invitas a que tu adversario haga lo mismo» ⁷⁴⁵.

Es fácil imaginar un caso sencillo y elocuente ⁷⁴⁶. Supongamos que somos profesores y contamos en nuestra aula con alumnos y alumnas que juegan indistintamente entre sí. Si de pronto tomamos la decisión drástica de, en primer lugar, impedir que unos se mezclen con otras, y en segundo lugar, de hacer caso solo a lo que pida uno de los dos nuevos grupos en los que hemos dividido la clase, la reacción esperable por parte del otro, sobremanera si esta situación se perpetúa en el tiempo, es de oposición y, en breve, de enfado; aun suponiendo que hayamos aportado argumentos más o menos razonables para justificar la discriminación, es probable que llegue un punto en el que el grupo desatendido se sienta, con todo, inexcusablemente agraviado, víctima de una marginación que considera a todas luces injusta y para cuya reparación no le quedará más remedio que rebelarse. Lo mismo sucedería si en lugar de segregar en dos colectivos a los alumnos lo hacemos en tres o en cuatro, por ejemplo juntando en uno a todos los nacidos en el país (supongamos que europeo), en otro a todos los de procedencia asiática, en un tercero a todos los iberoamericanos y en un cuarto a todos los de raíces africanas. La cantidad de integrantes de cada grupo podrá variar y ser o no minoritaria, pero, independientemente de esto, será la vehemencia con la que incidamos e insistamos a la hora de visibilizar y satisfacer las demandas de uno o algunos de ellos frente a o en detrimento de las de otro u otros y la vehemencia y perpetuación de esa misma arbitrariedad lo que provoque la airada reacción de ese otro u otros:

⁷⁴³ Hobsbawm, «La izquierda y la política de la identidad», p. 117.

⁷⁴⁴ Hughes, *La cultura de la queja*, pp. 40-41.

⁷⁴⁵ Lilla, *El regreso liberal*, p. 138. Algo similar ocurre cuando las políticas públicas se vertebran en torno a núcleos identitarios. Analizando el peculiar caso de Singapur, Appiah observa que si bien su peculiar modelo de administración multicultural ha sido un éxito en términos de convivencia y respeto mutuo, ese mismo modelo trae consigo la indeseable paradoja consistente en querer limar las diferencias entre grupos de una forma que, sin embargo, también las perpetúa: «Cuando el Estado nos mira —con sus documentos de identidad, sus convenios educativos y demás instrumentos de reconocimiento—, invariablemente fija y hace rígido un fenómeno que no es fijo ni rígido. Yo lo he llamado el «síndrome de Medusa», aquello sobre lo que el Estado deja caer su mirada, tiende a convertirse en piedra. Lo que termina haciendo es esculpir lo que pretendía solo reconocer». (*Las mentiras que nos unen*, p. 129.) Esta no solo es una de las paradojas más potencialmente fatales de las articulaciones programáticas en torno a elementos identitarios; además, es uno de los mayores peligros inherentes a la colectivización de las identidades correspondientes a esos mismos elementos. Asimismo, otra faceta no menos peligrosa ni inquietante de la formación de esta mecánica de oposición sistemática o de aplicación del criterio «intragrupos/extragrupos» ha sido fehacientemente expuesta mediante experimentos sociales como el de La cueva de los ladrones (en inglés, experimento de *Robber's Cave*), también conocido como experimento de Sherif por Muzafer y Carolyn Sherif, autores del mismo. Tuvo lugar en 1954 y consistió en colocar dos grupos de adolescentes en partes distintas de un territorio rodeado por el Parque Estatal Cueva de los Ladrones (Robber's Cave State Park) de Oklahoma sin que ninguno de ellos supiese de la existencia del otro. Amén de imponer una marcada jerarquía interna, los grupos, tan pronto como tuvieron conciencia de la existencia de un colectivo ajeno, comenzaron a mostrar una creciente hostilidad hacia él, hasta el punto de tener que frenar el experimento por motivos de seguridad (si bien todo tuvo un final feliz).

⁷⁴⁶ El ejemplo que sigue, lejos de ser original, cuenta incluso con antecedentes experimentales reales similares al del antedicho experimento de La cueva de los ladrones. Véase al respecto el conocido como «experimento de la clase dividida» de Jane Elliot dentro de lo que en Psicología se conoce como el «paradigma del grupo mínimo», estudiado por el psicólogo social británico (de origen polaco) judío Henri Tajfel a raíz de lo sucedido a su familia, asesinada por los nazis en Polonia durante la Segunda Guerra Mundial.

Incluso cuando una categorización es arbitraria o caprichosa, los grupos así clasificados adquieren, una vez que se articulan y reconocen en términos de líneas divisorias, una relevancia derivativa (...), y así llegar a *ser una base lo suficientemente razonable para las identidades que se encuentran a cada lado de la línea.*⁷⁴⁷

Es la consecuencia inevitable de la lógica identitaria, que ni siquiera tiene por qué ser consistente o, mejor dicho, previa, vale decir, preexistente, ya que la mera creencia en su existencia constituye ya motivo de «identitarización» *per se*. Como señala Ovejero en una línea prácticamente idéntica a la seguida por Sen, incluso cuando «la identidad no existe», pero sí lo hace la creencia de que sí, eso «ya de por sí propicia identidad»⁷⁴⁸. Simplemente,

la retórica de la identidad inmediatamente traza una línea de demarcación con los diferentes y envilece el debate político al restar grado de ciudadanía al discrepante. Pero, además de por excluyente, la identidad es un asidero peligroso porque prende pronto y, con pocos mimbres, con independencia de la fragilidad o el realismo del asidero, encanalla las discrepancias entre los ciudadanos, más o menos diferentes. *Basta con que se crea que existe la identidad, sin que importe su veracidad, para azuzar las discrepancias que, por entenderse como esenciales, no presentan fácil solución democrática, racional.* Según muestran ciertos experimentos, cuando se le recuerda a un grupo de gentes que comparten el último número de su DNI, de pronto empiezan a encontrar afinidades entre sí y diferencias insalvables en mil cosas con los demás.⁷⁴⁹

Trasladada esta «trivial» tesitura a gran escala, o sea, a escala social, la reiteración sistemática y constante de los derechos y las demandas de determinados colectivos minoritarios tenderá inexorablemente, sobre todo cuando de la reiteración se pasa a la imposición (en menoscabo directo y explícito de los intereses y peticiones del colectivo opuesto), a generar una sensación de indefensión en el colectivo considerado mayoritario y, por eso mismo, necesitado de «reeducación» y «concienciación» de una serie de problemas a los que, en tanto tal colectivo mayoritario y privilegiado, sería o habría sido *demasiado* ajeno hasta el momento. Esto a su vez animará a este colectivo a sentirse, amén de indefenso, ultrajado, excitándose así su orgullo herido y provocando una desacomplejada reacción de antagonismo hostil que no redundará sino en el aumento de la tensión y el enfrentamiento entre unos colectivos y otro(s) como parte de una peligrosa y resbaladiza dinámica de división, enfrentamiento y, entremedias, creciente odio hacia todo grupo constituyente de alguna alteridad, todo lo cual desemboca necesariamente en una reforzante retroalimentación de esa misma peligrosa y

⁷⁴⁷ Sen, *Identidad y violencia*, pp. 54-55. La cursiva es añadida. Como atinadamente ve Pinker, este «criterio grupalista» se encuentra también en el seno de la confluencia ideológica entre nazismo y comunismo: La conexión ideológica entre el socialismo marxista y el nacionalsocialismo no es descabellada. Hitler leyó detenidamente a Marx mientras vivía en Munich en 1913, y tal vez sacó de él un postulado funesto que las dos ideologías compartieron. Es la creencia de que la historia es una sucesión preordenada de conflictos entre grupos de personas, y que la mejora de la condición humana sólo puede surgir de la victoria de un grupo sobre los demás. Para los nazis, los grupos eran las razas; para los marxistas, las clases. Para los nazis, el conflicto era el darwinismo social; para los marxistas, la lucha de clases. Para los nazis, los destinados a la victoria eran los arios; para los marxistas, el proletariado. Las ideologías, una vez llevadas a la práctica, condujeron a atrocidades en pocos pasos: la lucha (muchas veces un eufemismo de «violencia») es inevitable y beneficiosa; determinados grupos de personas (las razas no arias o los burgueses) son moralmente inferiores; las mejoras en el bienestar humano dependen de su sometimiento o su eliminación. Aparte de ofrecer una justificación del conflicto violento, la ideología de la lucha entre grupos prende fuego a una característica inmundada de la psicología social humana: la tendencia a dividir a las personas en grupos de dentro y grupos de fuera, y a tratar a los grupos de fuera como menos humanos. No importa que se piense que los grupos están definidos por su biología o por su historia. Los psicólogos han descubierto que pueden crear una hostilidad inmediata entre grupos clasificando a las personas a partir de cualquier pretexto, incluido echar su suerte a cara o cruz». (Pinker, Steven, *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana* (2002), traducción de Roc Filella Escolà, Paidós, Barcelona, 2016, p. 238.)

⁷⁴⁸ Ovejero, *La trama estéril*, nota al pie 11, p. 27.

⁷⁴⁹ Ovejero, *La seducción de la frontera*, p. 106. La cursiva es añadida.

resbaladiza dinámica que caracteriza a las sociedades occidentales de nuestros días⁷⁵⁰ y que puede conllevar, incluso, el surgimiento y auge de movimientos políticos y electorales otrora, pero no hace tanto, impensables⁷⁵¹. El caso del nacionalismo, sin ser en absoluto único en su especie identitaria, tiende a constituir, de hecho, un peculiar paradigma a este respecto. Como señala el filósofo malagueño Manuel Toscano,

el nacionalismo oficial supone el riesgo de alienar ciertas minorías culturalmente diferenciadas que se resisten a la asimilación que impone el estado moderno y que no se reconocen en el proyecto nacional que patrocina; es decir, *puede provocar un nacionalismo de signo contrario*. En las condiciones modernas, la resistencia de las minorías culturales cobra necesariamente la forma política del nacionalismo, que ha llegado a ser el modelo disponible en el que se expresan las aspiraciones culturales y políticas, un lenguaje que habla del pueblo y de autogobierno. Pero a su vez el nacionalismo minoritario puede provocar y reforzar el nacionalismo mayoritario en defensa de la integridad del estado. Por ello suele decirse que *el nacionalismo alimenta el nacionalismo*: no sólo por las rivalidades entre estados, sino también entre el estado nacional y las minorías nacionales que alberga.⁷⁵²

Pero todavía es posible argüir una razón adicional que respalda la previsibilidad e incluso inevitabilidad de esta deriva de la izquierda y que puede resultar de mayor alcance explicativo que la anterior, asumiéndola. De ahí que no se trate de una razón baladí, porque, en última instancia, subyacería a todos los planteamientos antedichos.

Cuando en *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945) Popper se engolfa en el estudio del marxismo y analiza la (in)consistencia de sus profecías, el filósofo hace la siguiente apreciación:

[S]i bien Marx se opuso vehementemente a la tecnología utópica, como así también a toda tentativa de justificación moral de los objetivos socialistas, sus escritos contienen, indirectamente, *una teoría ética*. Esta aparece principalmente en sus estimaciones morales de las instituciones sociales. Después de todo, *la condenación marxista del capitalismo es, en esencia, una condenación moral. Se condena al sistema por su cruel injusticia intrínseca* combinada con la completa justicia y corrección “formales” que lleva aparejadas. Se condena al sistema porque al forzar al explotador a esclavizar a los explotados, les priva a ambos de libertad. Marx no combatió la riqueza ni alabó la humildad. Odió al capitalismo no por su acumulación de riqueza sino por su carácter oligárquico; lo odió porque en este sistema la riqueza significa poder político de unos hombres sobre otros. La capacidad de trabajo se convierte en un artículo y esto significa que los hombres deben venderse en el mercado. Marx aborreció el sistema

⁷⁵⁰ Paradigmático ejemplo de lo cual se hallaría en el caso, ya mencionado en alguna ocasión, de Vox en España, pero solo como muestra vernácula particular de un fenómeno global que, pese a su reciente repercusión, goza ya de cierta edad, como demuestra esta profética aseveración del australiano Robert Hughes en referencia al «pionero» contexto norteamericano de los 90: «Desde que nuestra recién descubierta sensibilidad decreta que los únicos héroes posibles son las víctimas, el varón blanco americano empieza también a reclamar su status de víctima». (Hughes, *La cultura de la queja*, p. 17.) Reiteramos que sobre la temática de la víctima y del victimismo en general volveremos más abajo.

⁷⁵¹ Véase, a este respecto, lo ocurrido con la evolución y elección del voto obrero en Francia (por ejemplo en las presidenciales de 2017) o, también, en línea con la cita anterior, lo sucedido con ese mismo voto en España (en las segundas generales de 2019). Con todo, se trata de una posibilidad ya contemplada por investigadores de la posmodernidad y su correlativo posmaterialismo como Inglehart: «Los partidos de izquierda consolidados intentan atraer al electorado posmoderno, *pero si van demasiado lejos en esta dirección se arriesgan a perder su electorado tradicional de clase trabajadora*, que reacciona negativamente al cambio rápido en las normas sexuales, los roles de género y la inmigración masiva». (Inglehart, *Modernización y posmodernización*, p. 351. La cursiva es añadida.)

⁷⁵² Toscano Méndez, Manuel, «¿Democracia de los ciudadanos o democracia de las nacionalidades?», p. 104. La cursiva es añadida. En este sentido, insistimos en reseñar, por su meridiana claridad, el caso de Vox en España, cuyo auge y actual condición de tercera fuerza política nacional sería prácticamente impensable e inexplicable -entre otras cosas- en ausencia de los nacionalismos periféricos gallego, vasco y, claro está, catalán, cuya amenaza a la integridad territorial de España ha generado y alimentado sus propios «anticuerpos» políticos primero en la propia Cataluña, con el nacimiento de Ciudadanos, y luego en todo el Estado con el salto a la política nacional del partido naranja y la aparición del propio Vox.

porque se parecía a la esclavitud. (...). Marx demostró que un sistema social puede ser injusto y que *si el sistema es malo entonces toda la justicia de los individuos que se aprovechan del mismo es una justicia fingida, una hipocresía*.⁷⁵³

Esto es esencial. En esa valoración y condena *moral* de Marx hacia el capitalismo (así como en una paralela comprensión del mercado como injusto y viciado juego de suma cero), prontamente asumida por todos o, cuanto menos, buena parte de sus seguidores, radica el *quid* interpretativo original de todo cuanto caracterizó a la izquierda entonces y *-este* es el punto- de todo cuanto la caracterizará después. Estemos o no de acuerdo con la afirmación de Ludwig von Mises de que «a los que consideran el capitalismo desde un punto de vista moral, considerándolo un sistema injusto, les ciega su incapacidad para comprender qué sea el capital, cómo surge y se mantiene, y cuáles son los beneficios que su empleo procura en el proceso de la producción»⁷⁵⁴, de lo que no cabe duda es de que, al partir del presupuesto, devenido dogma, de que el capitalismo es *intrínsecamente* malo, su evolución, sus modificaciones, modulaciones, ajustes o reformas y, por descontado, la naturaleza de sus resultados, ya no importan; en tanto el sistema que protagoniza esa evolución, esas modificaciones, esas modulaciones, ajustes y reformas es malo por naturaleza, tales evolución, modificaciones, ajustes y reformas no podrán evitar serlo también. Y lo mismo ocurre con cualesquiera de los susodichos resultados a que dé lugar: por buenos que puedan llegar a *parecer*, si el árbol es corrupto y está esencial, medular, ínsita y congénitamente podrido, sus frutos jamás podrán ser considerados como auténtica y genuinamente buenos⁷⁵⁵. El torcido fuste que caracterizaría no solo al ser humano sino, casi especialmente, al capitalismo, impediría toda verdadera y buena realización obtenida por medio o a través del mismo. Por eso hay que derribar el árbol cueste lo que cueste. Pero ¿cómo?

Desde el momento en el que, primero, los principios socialdemócratas fueron hegemónicamente asumidos -como sugería Ovejero- por todas las formaciones políticas partícipes del correspondiente «consenso socialdemócrata», y segundo, dicha asunción ocasionó el nacimiento del mundo posmaterialista, la lucha de clases perdió su sentido. En realidad, ya lo había perdido antes incluso de iniciarse esta nueva era:

[Los partidos comunistas] se aferraron rigurosamente a la teoría del aumento de la miseria, creyendo que éste tendría lugar no sólo en extensión sino también en intensidad, una vez que desapareciesen las causas del pasajero aburguesamiento de los trabajadores. (...) Una vez alcanzada esta etapa, habrá sonado la hora de la victoria final. Tal la teoría que los comunistas pusieron en práctica consecuentemente. Comenzaron por apoyar a los trabajadores en su lucha pero, contra todo lo esperado, la lucha tuvo éxito, y las exigencias fueron satisfechas. Evidentemente, la única explicación posible era que habían sido demasiado modestos; por lo tanto, había que exigir más. Pero (...) nuevamente las exigencias son satisfechas. Y a medida que disminuye la miseria, los trabajadores van perdiendo parte de su amargura y se sienten más dispuestos a negociar aumentos de salarios que a conjurarse para una revolución.

⁷⁵³ Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, pp. 370, 380. La cursiva es añadida.

⁷⁵⁴ Mises, Ludwig von, *La mentalidad anticapitalista* (1956), traducción de Joaquín Reig Albiol, Unión Editorial, Madrid, 2019, p. 84.

⁷⁵⁵ Naturalmente, una vez adoptada esta perspectiva, no importa que haya sido precisamente el capitalismo el artífice económico del tremendo salto en condiciones y calidad de vida acaecido a partir del siglo XIX: «una vez constatado que el mundo mejora, la siguiente cuestión brota de forma casi automática: ¿por qué mejora el mundo? ¿Cuál es la razón que se halla detrás del proceso de enriquecimiento más acelerado de la historia de la humanidad? Las causas son muy diversas (...) pero hay una que conviene resaltar por su enorme relevancia y su colosal incompreensión: la globalización. (...) [E]l sistema económico que dio soporte político, ideológico y tecnológico a la Revolución Industrial, y que permitió el aumento exponencial de los estándares de vida occidentales, fue el capitalismo: el respeto a la propiedad privada, los contratos voluntarios y la competencia descentralizada entre unidades productivas cooperativas». (Del prólogo de Juan Ramón Rallo a Norberg, Johan, *Progreso. 10 razones para mirar al futuro con optimismo* (2016), traducción de Diego Sánchez de la Cruz, Deusto, Barcelona, 2017, pp. 13-14. La cursiva es añadida.) Incluso sin renunciar a admitir que el mundo ha mejorado de un tiempo a esta parte, todo anticapitalista argüirá que dicha mejora se ha producido *a pesar* del capitalismo, jamás gracias a él.

Pues bien; en este estado de cosas los comunistas piensan que su política debe cambiar radicalmente. Es forzoso hacer algo para que se cumpla la ley del aumento de la miseria (...) con el fin general de contrarrestar el aburguesamiento de los trabajadores, *y adoptar una política que fomente toda suerte de catástrofes.*⁷⁵⁶

Está claro. Dado que los obreros se han aburguesado y que «a medida que disminuye la miseria (...) van perdiendo parte de su amargura y se sienten más dispuestos a negociar aumentos de salarios que a conjurarse para una revolución», la lucha de clases ya no es útil porque o bien no existe, o bien existe, pero en condiciones de subsistencia demasiado precarias como para motivar insurrección alguna, y menos del histórico calado y la revolucionaria grandiosidad en su momento prometidos. Ahora bien, como recordaremos, el capitalismo, por muy dulces que puedan llegar a ser sus mieles, sigue siendo intrínsecamente malo. Es necesario hacer caso omiso del espejismo que constituye su falsa, perversa y viciada prosperidad solamente aparente y derribarlo por todos los medios. Y si la lucha de clases ya no sirve, se la sustituye por otra. Si no retóricamente, sí pragmáticamente. En adelante, pues, se tratará de estimular no tanto la confrontación puramente económica – que también- como, en especial, la «cultural». Y esta es la clave de bóveda sobre la que se asienta el drástico cambio de actitud y, por supuesto, de estrategia llevado a cabo por la izquierda contemporánea.

No se trata de un invento ni es pura especulación. Lejos de eso, es el prólogo de lo que –con precedente sesentero en Marcuse⁷⁵⁷ y trasfondo ochentero en la polémica entre liberales y comunitaristas⁷⁵⁸ - en 1985 se materializará, literalmente, como una *estrategia*

⁷⁵⁶ Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, pp. 363-364. La cursiva es añadida.

⁷⁵⁷ Quien, ante la evidencia de que los «aburguesados» obreros habían perdido su calidad revolucionaria y fracasado en la misión consecuente, depositó sus esperanzas de subversión de la «desublimación represiva», en plena década de los sesenta, en lo que otrora fuera el (presuntamente incapacitado para ello) lumpen marxista: «la lucha por una solución ha sobrepasado las formas tradicionales. Las tendencias totalitarias de la sociedad unidimensional hacen ineficaces las formas y los medios de protesta tradicionales, quizás incluso peligrosos, porque preservan la ilusión de soberanía popular. Esta ilusión contiene una verdad: «el pueblo» que anteriormente era el fermento del cambio social, se «ha elevado», para convertirse en el fermento de la cohesión social. (...) Sin embargo, bajo la base popular conservadora se encuentra el sustrato de los proscritos y los «extraños», los explotados y los perseguidos de otras razas y de otros colores, los parados y los que no pueden ser empleados. Ellos existen fuera del proceso democrático; su vida es la necesidad más inmediata y la más real para poner fin a instituciones y condiciones intolerables. Así, su oposición es revolucionaria incluso si su conciencia no lo es. Su oposición golpea al sistema desde el exterior y por tanto no es derrotada por el sistema; es una fuerza elemental que viola las reglas del juego y, al hacerlo, lo revela como una partida trucada. Cuando se reúnen y salen a la calle sin armas, sin protección, para pedir los derechos civiles más primitivos, saben que tienen que enfrentarse [a] perros, piedras, bombas, la cárcel, los campos de concentración, incluso la muerte. Su fuerza está detrás de toda manifestación política en favor de las víctimas de la ley y el orden. El hecho de que hayan empezado a negarse a jugar el juego puede ser el hecho que señale el principio del fin de un período (...). En los comienzos de la era fascista, Walter Benjamin escribió: (...) *Sólo gracias a aquellos sin esperanza nos es dada la esperanza*». (Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional* (1964), traducción de Antonio Elorza, Seix Barral, Barcelona, 1972, pp. 285-286. La cursiva es añadida.) En esta misma línea se mostrará Marcuse solo un año más tarde a través de su ensayo sobre la tolerancia represiva, ahondando aún más si cabe en su propuesta mediante la inclusión de la violencia como instrumento de «liberación»: «la realización del objetivo de la tolerancia exige intolerancia hacia orientaciones políticas, actitudes y opiniones dominantes y en cambio, la extensión de la tolerancia a orientaciones políticas, actitudes y opiniones puestas fuera de la ley o eliminadas. (...) [L]a violencia emanada de la rebelión de las clases oprimidas rompe el continuum histórico de injusticia, crueldad y silencio por un breve momento, breve pero lo bastante explosivo para alcanzar un avance hacia los objetivos de libertad y justicia, y una mejor y más equitativa distribución de la miseria y la opresión en un nuevo sistema social, en una palabra: progreso en civilización. (...) [L]a tolerancia liberadora significaría intolerancia hacia los movimientos de la derecha y tolerancia de movimientos de la izquierda. (...) Pero yo creo que hay un "derecho natural" de resistencia para las minorías oprimidas y subyugadas a emplear medios extralegales si se ha probado que los legales resultan inadecuados. (...) Si recurren a la violencia no es para iniciar una nueva serie de violencias sino para poner fin a las oficialmente organizadas. Como los amenaza represión, ellos ya conocen el riesgo, y cuando están dispuestos a correrlo, ninguna tercera persona, y menos que nadie el educador y el intelectual, tienen derecho a predicarles la inacción». (Marcuse, Herbert, *Tolerancia represiva* (1965), *Ilustración crítica*. Disponible en línea: <https://www.ilustracioncritica.com/texto-marcuse.html> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020])

⁷⁵⁸ Cuyo *casus belli* fue precisamente el factor identitario: «Los comunitaristas (...) abogaban por entender a los miembros de la sociedad de una manera bien concreta. No los consideraban ya como individuos libres e iguales ante la ley, una vez que se les hubieran abstraído todas sus determinaciones particulares (sexo, raza, orientación sexual, religión, etnia...). Ése era el modo de ver las cosas de los liberales (...). Por el contrario, el comunitarismo subrayaba que, primero, resulta imposible participar de la vida social dejando de lado todos esos rasgos que configuran nuestra identidad; y, segundo, que

diseñada, calculada y teorizada no por una izquierda abstracta, sino por unos pensadores concretos: Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, quienes en el prefacio a la segunda edición de su obra *Hegemonía y estrategia socialista* se expresan con absoluta transparencia respecto a sus objetivos y, por extensión, a los objetivos que, en su opinión, debería perseguir la izquierda:

Recientemente hemos oído voces que pedían «volver a la lucha de clases». Afirman que la izquierda se identifica excesivamente con las cuestiones «culturales» y que ha abandonado la lucha contra las desigualdades económicas. Creen que ha llegado la hora de librarse de la obsesión con la «política de identidades» y volver a escuchar las exigencias de la clase trabajadora. (...) Es cierto que los partidos de izquierda han evolucionado hasta ocuparse básicamente de los problemas de las clases medias en detrimento de los trabajadores. Pero ello se debe a su incapacidad para hallar una alternativa al neoliberalismo y a su aceptación acrítica de los imperativos de «flexibilidad» y no a una supuesta infatuación con cuestiones de «identidad». La solución no consiste en abandonar la lucha «cultural» para volver a la política «real». Una de las aseveraciones centrales de *Hegemonía y estrategia socialista* es la necesidad de crear una cadena de equivalencias entre las diversas luchas democráticas contra diferentes formas de subordinación. En nuestra opinión *hay que articular la lucha contra el sexismo, el racismo, la discriminación sexual y la defensa del medio ambiente con las llevadas a cabo por los trabajadores en el seno de un nuevo proyecto de izquierdas*. Por decirlo en la terminología más de moda, insistimos en que *la izquierda debe plantearse tanto la «redistribución» como el «reconocimiento»*. Es a lo que nos referimos cuando hablamos de «democracia radical y plural». ⁷⁵⁹

Sistematizando en la teoría filosófica y política el proceso de reinención y asunción de demandas colectivas identitarias que, como hemos visto, a la sazón se encontraba ya en marcha en la práctica social e histórica, Laclau y Mouffe acuden a Rosa Luxemburgo ⁷⁶⁰,

ni siquiera es deseable dejar de lado esas identidades, que enriquecen la diversidad del espacio público. Hace falta, pues (...), promover políticas de reconocimiento de la identidad de cada cual, incluso hasta el punto de que el Estado se comprometa lo más activamente posible en preservar toda la diversidad cultural de los miembros que lo forman: del hecho de la multiculturalidad hay que ir hacia una política del multiculturalismo». (Marco, José María, y Quintana Paz, Miguel Ángel, «La era de las identidades», en *La hora de España*, pp. 39-40.)

⁷⁵⁹ Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, p. 23. La cursiva es añadida.

⁷⁶⁰ De quien toman en consideración su diagnóstico «espontaneísta» sobre la revolución: «En el represivo contexto del Estado zarista ningún movimiento que planteara reivindicaciones parciales quedaba aislado, sino que se transformaba en un ejemplo y símbolo de resistencia que realimentaba y daba origen a otros movimientos. Como estos movimientos surgían en puntos indefinidos y tendían a expandirse y generalizarse de formas imprevisibles estaban más allá de la capacidad de regulación y organización de cualquier dirección política o sindical. Este es el sentido del «espontaneísmo» de Rosa Luxemburgo. La unidad entre lucha económica y lucha política, es decir, *la unidad de la clase obrera en cuanto tal*, resulta de este movimiento de realimentación e interacción. Pero, a su vez, este movimiento no es más que el proceso mismo de la revolución». (Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, pp. 32-33. En cursiva en el original.)

Lenin⁷⁶¹ y, sobre todo, Gramsci⁷⁶² para (re)elaborar con sus mimbres una «nueva» visión de la dinámica social desde la que acometer el obligatorio proceso de reinención al que debe someterse la izquierda si quiere mantener vivo su espíritu anticapitalista (pseudo-originario⁷⁶³) y, al mismo tiempo, no diluirse políticamente en el marco de la «hegemonía neoliberal», pasa por relegar a un segundo plano —que no abandonar— la lucha clasista y remozarla paralelamente, en términos de táctica y estrategia, en la forma de una lucha distinta que, lejos de estar más o menos obsoleta, como la de clases, se adapte a la perfección, simultáneamente, al nuevo espacio económico y social del posmaterialismo. Así, la nueva izquierda, que conservará esa filiación anticapitalista (casi) primigenia, irá asumiendo como propias (hasta el punto de patrimonializarlas, siquiera oficiosamente) las demandas de todo colectivo del tipo ya mencionado con anterioridad, vale decir, minoritario, históricamente marginado y/o considerado (o susceptible de serlo) vulnerable, desde los nacionalistas hasta los ecologistas, pasando por los raciales (o, como se hacen llamar hoy en día, «racializados»), los indigenistas, los religiosos (no cristianos), los animalistas, los vegetarianos, los veganos y, claro está, los de género.

[L]o que late tras las mutaciones que hacen tan urgente esta tarea de recapitulación teórica [sobre la izquierda] es un conjunto de fenómenos nuevos y positivos como el feminismo, los movimientos contestatarios de las minorías étnicas, sexuales y

⁷⁶¹ De quien hacen suyo el paralelo análisis de la revolución como combinación y, sobre todo, confluencia de multiplicidad de intereses divergentes pero, en el momento decisivo, coincidentes: «Para Lenin la economía mundial no es un simple dato económico, sino una realidad política: es una cadena imperialista. Y en ella los puntos de ruptura no se producen en los eslabones más avanzados desde el punto de vista de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, sino en aquellos en los que se han acumulado un mayor número de contradicciones, de tendencias y antagonismos que a pesar de pertenecer, desde una perspectiva ortodoxa, a fases muy diversas, se funden en una unidad de ruptura. Pero esto significa que el proceso revolucionario solo puede concebirse como articulación política de elementos diferentes: no hay revolución sin una complejidad social externa al mero antagonismo entre las clases. En otras palabras, no hay revolución sin hegemonía». (Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, pp. 92-93.) En nota al pie, Laclau y Mouffe citan la primera de las *Cartas desde lejos*, en la que un elocuente Lenin explica que «No hay milagros en la naturaleza o en la historia pero cada abrupto giro en la historia, y esto se aplica a toda revolución, presenta tal riqueza de contenidos, despliega tan inesperadas y específicas combinaciones de formas de lucha y alineamientos de fuerzas opuestas, que para la mente profana hay mucho que debe aparecer como milagroso [...]. Que la revolución haya triunfado tan rápidamente y, a primera vista, tan radicalmente, solo se debe al hecho de que, en una situación extremadamente única, *corrientes absolutamente divergentes*, intereses de clase *absolutamente heterogéneos*, tendencias políticas y sociales *absolutamente contrarias* se han *fusionado* de un modo sorprendentemente armoniosos», Lenin, *Cartas desde lejos*, primera carta, «La primera etapa de la primera revolución». (Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, nota al pie número 6, pp. 92-93.)

⁷⁶² A quien siguen en su hincapié en el elemento superestructural como el crucial en la lucha política contra el capitalismo: «Existe un vínculo muy claro entre hegemonía y cultura para el pensamiento gramsciano. La dominación cultural es el conducto a través del cual la burguesía italiana logra hegemonizar al campesinado del sur. Y es por eso que Gramsci concluye que es vital que proliferen intelectuales comunistas, pues ¿quién mejor que los intelectuales para lograr cambios culturales? (...) [A]hora la hegemonía precisará en adelante de un accionar cultural que Gramsci llamará “intelectual-moral”: la hegemonía se realiza generando cambios al nivel cultural, y no es una simple alianza económico-política como pregona Lenin, ni es la asunción de tareas externas a la propia clase como planteaba Plejanov. La hegemonía en Gramsci se da en un terreno de gran trascendencia: el de los valores, creencias, *identidades* y, en definitiva, el de la cultura (...). [L]a hegemonía ya no se da en la transacción de intereses materiales, sino en el hecho de inyectar en el otro una misma “concepción del mundo” que anude lazos de solidaridad orgánicos (hegemónicos) entre grupos que pertenecen a distintas clases sociales (...). Es el vínculo ideológico y no tanto el económico el que da sentido a la formación política hegemónica en Gramsci. El éxito del proceso hegemónico (es decir de la fusión entre grupos distintos acerca de la conciencia revolucionaria) depende de la confección de una ideología de signo contrario respecto de la dominante, que cuestione su “sentido común”, su forma de ver el mundo, su forma de organizar la sociedad, la economía, la política, la cultura». (Márquez, Nicolás, y Laje, Agustín, *El libro negro de la nueva izquierda. Ideología de género o subversión cultural*, Unión Editorial, Madrid, 2016, pp. 34-35. La cursiva es añadida.)

⁷⁶³ Recordemos que la izquierda realmente originaria era burguesa y liberal, esto es, capitalista, y que solo con el transcurso del tiempo y el surgimiento de una clase obrera fue posible su primera «reinención» en clave anticapitalista: «En el inicio del siglo XIX la izquierda, entonces el liberalismo, no era desde luego igualitaria en términos de propiedad privada, pero era más igualitaria que la derecha, que defendía los privilegios heredados del Antiguo Régimen. Cuando el socialismo *empuja* a los liberales hacia el centro o hacia la derecha, desde esa nueva posición del espectro político el liberalismo pasa a defender la propiedad y el mercado en un sentido menos igualitarista que el que ahora defiende la izquierda, que viene a caracterizarse por la desconfianza hacia la propiedad privada y la defensa de la igualdad tendencial en términos sociales y económicos». (Cardoso Rosas, João, «La topografía política. La aplicación de coordenadas espaciales a los lenguajes e imaginarios políticos», en Colom, Francisco y Rivero, Ángel (eds.), *El espacio político*, p. 34. En cursiva en el original.)

nacionales, las luchas ecologistas y antiinstitucionales libradas por estratos marginales de la población, el movimiento antinuclear o las formas atípicas de lucha social surgidas en los países de la periferia capitalista. Todos estos fenómenos implican la extensión de la conflictividad social a una amplia variedad de campos, lo que nos brinda la posibilidad (...) de avanzar hacia sociedades más libres, democráticas e igualitarias.⁷⁶⁴

Para que esa posibilidad de «avanzar hacia sociedades más libres, democráticas e igualitarias» sea factible, ambos filósofos son conscientes de la necesidad de construir lo que denominan una «relación hegemónica», esto es, una «relación que hace que una particularidad concreta asuma la representación de una universalidad totalmente inconmensurable con su ayuda» con el fin de lograr «una profundización y articulación de una gran variedad de antagonismos existentes en el seno del estado y de la sociedad civil que permitan librar una «guerra de posición» respecto a las formas hegemónicas dominantes» que a su vez son, claro está, particularidades universalizadas que dan lugar a un discurso ideológico –por seguir la terminología de John Austin- performativo que –por seguir la terminología de Marx- domina la superestructura social y –por seguir el planteamiento de Gramsci- controla a su través la infraestructura material, construyendo en el camino los nuevos e imprescindibles sujetos revolucionarios finalmente capacitados –previa difusión de los oportunos relatos generadores de funcionales conflictos a la causa de la izquierda- para tomar el relevo tras el fracaso de la clase obrera en su misión histórica: los colectivos identitarios⁷⁶⁵.

Llegados, entonces, a su punto de inflexión histórica, cabría quizá pensar que los mentados colectivos responderían con recelo y desconfianza hacia esta aproximación de la política a sus reivindicaciones. Que tratarían de evitar toda posible contaminación proveniente del oscuro y turbio mundo de la política, si es que no del politiquero. *A fortiori* visto que el acercamiento de la izquierda a sus demandas parecía, al principio, claramente improvisado, y después, a todas luces interesado, y no solo por lo evidente de planteamientos como el de Laclau y Mouffe, por ejemplo, sino porque (en un plano pragmático más evidente todavía), a diferencia de la derecha, que siempre se caracterizó por tener vínculos con políticas de corte identitario, como por otra parte era de esperar habida cuenta de su propia naturaleza desigualitarista o de mantenimiento -cuando no de defensa- de la diferencia, la izquierda jamás se había acogido a semejantes términos. De hecho, cuando lo hizo, y ello en la medida en la que realmente sea lícito decir que lo hizo, fue de la mano de la reclamación de una conciencia *de clase* que, también por su propia naturaleza, no podía sino redundar en una apelación a una suerte de identidad colectiva o colectivista, sí, pero transversal, universal y mayoritaria (o tendente a serlo conforme a las predicciones sobre la progresiva y forzosa pauperización socioeconómica e histórica que pronosticaba Marx), nunca cerrada, hermética ni circunscrita a una serie de experiencias vitales exclusivas, ininteligibles, intransferibles o incomunicables al resto de miembros de la sociedad.

Sin duda, los grupos de identidad no eran fundamentales para la izquierda. Los movimientos sociales y políticos de masas de la izquierda, es decir, los inspirados por

⁷⁶⁴ Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, p. 25.

⁷⁶⁵ Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, pp. 17, 112. Por cierto que los autores no limitan la posibilidad de configurar posiciones hegemónicas a un único lado del espectro, por ejemplo la izquierda, puesto que estas podrían surgir en otro, por ejemplo la derecha: «Las formas de articulación de un antagonismo (...), lejos de estar predeterminadas, son el resultado de una lucha hegemónica. Esta afirmación tiene consecuencias importantes, porque implica que estas nuevas luchas no tienen necesariamente un carácter progresista, y que es un error pensar, como hacen muchos, que se sitúan espontáneamente en el contexto de una política de izquierdas. (...) Todas las luchas, tanto obreras como de otros sujetos políticos tienen, por sí mismas, un carácter parcial, y pueden ser articuladas en discursos muy diferentes». (Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, p. 213.) Se trata, en cualquier caso, de lo mismo: lograr que una serie de ideas –las que interesa propagar, imponer y, en suma, tornar hegemónicas- se «sentidocomunicen» de tal manera que sea difícil, cuando no prácticamente imposible, contrariarlas, así como contrariar a quienes las sostienen (con el riesgo de ser tildado de inmoral y, por tanto, de acabar insoportablemente marginado).

las revoluciones americana y francesa y por el socialismo, eran a decir verdad coaliciones o alianzas de grupos, *pero lo que les mantenía unidos no eran los objetivos específicos de cada grupo, sino grandes causas universales a través de las cuales cada grupo creía que podría llegar a ver realizados sus objetivos particulares*: la democracia, la república, el socialismo, el comunismo o lo que sea. (...) ¿[Q]ué tiene que ver [entonces] la política de la identidad con la izquierda? Permítanme decir con firmeza lo que no debería ser preciso repetir. *El proyecto político de la izquierda es universalista: se dirige a todos los seres humanos*. Como quiera que interpretemos las palabras, no se trata de libertad para los accionistas o para los negros, sino para todo el mundo. No se trata de igualdad para los miembros del Club Garrick o para los discapacitados, sino para cualquiera. No se trata de fraternidad únicamente para los ex alumnos del Eton College o para los gays, sino para todos los seres humanos. Y, básicamente, *la política de la identidad no se dirige a todo el mundo sino sólo a los miembros de un grupo específico*. (...) Por esa razón, *la izquierda no puede basarse en la política de la identidad*. Los temas que la ocupan son más amplios.⁷⁶⁶

Esto sería lo natural, lo lógico, lo previsible y esperable... *en la izquierda clásica*. No en la actual, cuya sinceridad en lo concerniente a su tamaño cambio de opinión al respecto de tan vitales aspectos no podía, pues, sino antojarse, cuanto menos, dudosa, indigna por consiguiente de aceptación y credibilidad. Y, sin embargo, los colectivos de marras no solo no rechazaron ese apoyo; lo aplaudieron. Le dieron la bienvenida y lo consideraron un logro, un éxito, un avance decisivo. Por fin alguien –la izquierda– daba voz a sus reclamaciones y les brindaba una dimensión política hasta entonces vetada para ellos, esto es, una oportunidad real (política) de satisfacerlas⁷⁶⁷. Desde este punto de vista, que el citado acercamiento fuese interesado era lo de menos, aunque solo fuera porque ese interés era, en realidad –como hemos visto con Laclau y Mouffe–, mutuo, y en concreto, siquiera parcialmente, económico, como bien supo prever –una vez más– Bell:

En el último cuarto del siglo XX, vamos hacia *sociedades administradas por el Estado*. Y estas surgen a causa del aumento de las exigencias sociales en gran escala (salud, educación, bienestar, servicios sociales, etc.) que se han convertido en reclamaciones de la población. Las nuevas “luchas de clases” de la sociedad postindustrial son menos un conflicto entre administradores y obreros en la empresa económica que *un forrajeo entre varios sectores organizados para influir en el presupuesto del Estado*.⁷⁶⁸

⁷⁶⁶ Hobsbawm, «La izquierda y la política de la identidad», pp. 119-120. La cursiva es añadida. Se trata de una paradoja interesante teniendo en cuenta no solo la tradición igualitarista de la izquierda y la diferencialista de la derecha, sino también las llamativas consecuencias que la asunción de esa actitud diferencialista por la izquierda tiene en su relación de oposición con la derecha. Dicho de otra manera: si antes la izquierda se distinguía de la derecha, entre otras cosas, por apelar, a lo sumo, a identidades transversales promotoras de igualdad en términos democráticos, ahora la situación es, aunque solo sea en cierto modo, inversa; al hacer suyas las causas de cada colectivo identitario considerado históricamente marginado o simplemente tenido por vulnerable, el criterio diferencialista de la izquierda resulta ser mucho menos inclusivo (en la medida en la que sea dable hablar de inclusividad al ocuparnos de colectivos de corte identitario) que el de la derecha, que se mantiene estable en torno al criterio nacional(ista) y que por tanto admite en su seno a todo aquel que comparta la condición ciudadana independientemente, *en principio*, de su raza, su sexo, su religión, sus preferencias sexuales o cualesquiera otras características de idéntica o parecida índole. Observamos, pues, cómo el criterio identitario predominante en la derecha es, aparentemente, más fácil de cumplir y compartir que cualesquiera de los otros patrimonializados por la izquierda, cuyos defensores «en ese sentido son tanto o más intolerantes con la diversidad como aquellos a quienes usualmente critican por su intolerancia con el matrimonio homosexual, el aborto u otros temas». (Kaiser, *La tiranía de la igualdad*, p. 38.)

⁷⁶⁷ «En países donde los partidos compiten por los votos, constituirse como un grupo de identidad de este tipo puede aportar ventajas políticas concretas: por ejemplo, discriminación positiva a favor de los miembros del grupo, cuotas en puestos de trabajo, etcétera». (Hobsbawm, «La izquierda y la política de la identidad», p. 116.) En dirección opuesta, podríamos señalar que defender los intereses de una multiplicidad de grupos puede favorecer la instauración de una red clientelar con no poco rédito electoral.

⁷⁶⁸ Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, p. 36. La primera cursiva está en el original; la segunda es añadida. A este respecto, de nuevo en una afirmación hecha pensando en uno de los colectivos identitarios paradigmáticos como el nacionalismo, pero de todo punto extrapolable a cualquier otro, Ovejero se expresa más reciente, cercana e incluso contundentemente: «Que la identidad cotiza estratégicamente hoy lo saben todos. (...) Que nadie se engañe: aunque lo llaman identidad, quieren decir poder propio o, simplemente, *dinero*». (Ovejero, *La trama estéril*, p. 137. La cursiva es añadida.)

Con todo, tal vez quepa la posibilidad de que esta alianza de conveniencia entre una izquierda en proceso de obligatoria reconfiguración supervivencial y esos «varios sectores organizados para influir en el presupuesto del Estado», léase colectivos hasta entonces dejados de lado por la política (y por ende incapaces de cambiar las cosas de forma deliberada y sistemática), no fuera tan insólita como pudiera parecer a ojos de los más puristas. No habida cuenta de que «la mayor amplitud de los temas que ocupan a la izquierda implica, desde luego, el apoyo por parte de ésta a muchos grupos de identidad, por lo menos en algunos momentos, y que estos últimos, a su vez, acudan a la izquierda», y ello hasta el punto de que, «de hecho, algunas de estas alianzas son tan antiguas y tan íntimas que la izquierda se sorprende cuando tocan a su fin, tal y como la gente se sorprende cuando los matrimonios se rompen después de toda una vida»⁷⁶⁹. Pero, aun así, lo llamativo en este caso es que semejante maridaje pronto dio lugar a lo que más arriba ya hemos sugerido en varias ocasiones: la conversión de esos mismos colectivos en novedosos lobbies paralelos a los partidos políticos, o mejor dicho, complementarios y aun fiscalizadores de los mismos. Los antiguos colectivos invisibilizados adquirieron entonces su propia conciencia de clase, vale decir, su propia conciencia identitaria, y ahora que contaban con dimensión y respaldo políticos no estaban en absoluto dispuestos a desperdiciar su oportunidad. Como observa Giglioli, su paradójica condición de «víctimas históricas» y, en realidad, de víctimas a secas, les granjeaba y les granjea, no menos paradójicamente, un halo de invulnerabilidad a toda crítica:

Por su propia fuerza, el dispositivo victimista tiene la palabra sin mediación alguna, está presente para sí mismo y no necesita de verificaciones externas: frente a una víctima real, sabemos enseguida qué sentir y pensar. De este estatus se apropia el líder victimista (y a menudo también el líder de las víctimas), transformando, por transferencia analógica, una desventaja en ventaja: ¿cómo podéis debatir acerca de mi dolor, de mi inocencia, de mis prerrogativas? Yo soy irrefutable, estoy por encima de toda crítica, soy dueño y señor de vuestra mirada y de vuestras palabras. No tenéis derecho a cualquier tipo de enunciados; solo a los que me son favorables, so pena de degradaros en verdugos.⁷⁷⁰

Ello es así porque

la víctima garantiza la verdad. La víctima está en lo verdadero por definición. No tiene por qué desconfiar de sí misma. No tiene necesidad de analizar e interpretar nada. No la tocan, no le afectan los escrúpulos con los que un siglo y pico de hermenéutica de la sospecha ha escudriñado el nexo inquietante entre verdad y poder. (...) La víctima es irresponsable, no responde de nada, no tiene necesidad de justificarse: es el sueño de cualquier tipo de poder. La víctima genera liderazgo. ¿Quién habla en su nombre, quién tiene derecho a hacerlo, quién la representa, quién transforma la impotencia en poder?⁷⁷¹

Respondiendo en breve: tradicional e históricamente, el cristianismo; actualmente, su presunto heredero, que recoge el testigo:

⁷⁶⁹ Hobsbawm, «La izquierda y la política de la identidad», p. 121.

⁷⁷⁰ Giglioli, *Crítica de la víctima*, p. 32. Como es lógico, podría indagarse en el porqué tras la falta de resistencia ante semejante tipo de incontestadas (probablemente porque se dan por incontestables) afirmaciones. Y si bien no es esto, ni mucho menos, objeto de estudio de nuestra investigación, sí nos atrevemos a sugerir que es alguna suerte de sentimiento de culpabilidad «por no ser víctima» lo que predispone a quien así se considera (es decir, a quien no se tiene por víctima) a compadecerse y aun condescender con quien sí lo es en un intento, comprensible tan pronto como se asuman las premisas, de «compensar» al desvalido por ese mismo desvalimiento (presunto o real). Para una muestra de la viabilidad de esta hipótesis, véase *Dogville* (2003), película de Lars von Trier que explora los irónicos efectos y las paradójicas consecuencias de la arrogante superioridad moral de su protagonista para con sus correspondientes «inferiores» morales.

⁷⁷¹ Giglioli, *Crítica de la víctima*, pp. 104-105, 12.

[E]sa exaltación del réprobo, de la cual sabemos desde Nietzsche que es el patrimonio del cristianismo, culpable en su opinión de haber divinizado a la víctima, esa consideración para con el débil, que él llama la moral de los esclavos, y que nosotros llamamos humanismo, *puede degenerar a su vez en perversión cuando se transforma en amor de la indigencia por la indigencia, en la ideología caritativa, en victimización universal en la que no hay más que afligidos ofrecidos a nuestro buen corazón, nunca culpables.* (...) Esta cuasi divinidad del débil, que aún persiste hoy en día, esta gloria oscura fruto del ultraje impide que poco a poco vayamos conformando nuestro siglo, que se acabe con la era victoriana, tan dura con los menesterosos. Este interés por los desposeídos, que Nietzsche consideraba la peor herencia de la moral de los esclavos, es decir del cristianismo, culpable en su opinión de haber divinizado a la víctima, nosotros por el contrario sabemos que *constituye el patrimonio y el orgullo de la civilización.* (...) La izquierda histórica (...), heredera del mensaje evangélico, ha conseguido imponer al conjunto del mundo político el punto de vista de los desfavorecidos; pero con demasiada frecuencia se ha estrellado en el amanecer posrevolucionario, *en la transformación ineludible del antiguo explotado en nuevo explotador.*⁷⁷²

Esta última apreciación no es baladí, porque, con el pretexto teórico de la búsqueda de la igualdad (de derechos y de oportunidades, pero sobre todo, como ya hemos comentado más arriba, *de resultados*), los modernos colectivos identitarios no hacen, en la práctica, por el contrario, más que cercenar cualquier posibilidad de igualdad real al insistir en sus particulares e inimitables -so pena de abominable «apropiación cultural»- singularidades, que en tanto tales exigen no solo reconocimiento propio y específico, sino también privilegio jurídico y político. En una palabra: desigualdad.

En este sentido *la victimización es la versión fraudulenta del privilegio*, permite rehacer inocencia como se rehace una virginidad; sugiere que la ley tiene que aplicarse a todos salvo a mí y esboza una sociedad de castas al revés donde el hecho de haber padecido un daño reemplaza las ventajas de la cuna. (...) [S]i este sistema acabara extendiéndose, los individuos ya no serían juzgados sino *prejuzgados*, absueltos [o condenados] a priori no en función de lo que hubieran hecho sino de lo que son: disculpados antes de cualquier examen si se sitúan del buen lado de la barrera, aplastados en el caso contrario. So pretexto de defender a los débiles, se establecerían de antemano unas categorías determinadas al margen del derecho común (...). Bajo esta perspectiva la justicia se convertiría, junto a la política, en un medio de corregir las desigualdades sociales y el juez se erigiría en competidor directo del legislador. (...) Que cada vez más grupos o minorías diversas (...) luchan a través del activismo jurídico o político contra el ostracismo de que son objeto es perfectamente legítimo (...). Pero el combate contra la discriminación ha de hacerse en nombre del principio según el cual la ley se aplica a todos con los mismos derechos y las mismas restricciones. Si plantea de antemano que determinados grupos, en tanto que desfavorecidos, pueden beneficiarse de un trato particular, éstos, pronto seguidos de otros, sentirán la tentación de constituirse en nuevas feudalidades de oprimidos. *Si basta con que a uno le traten de víctima para tener razón, todo el mundo se esforzará por ocupar esa posición gratificante.*⁷⁷³

Así, resulta que los mismos grupos que reclaman igualdad, diseñan «espacios seguros» solo para miembros de su colectivo y abogan por la consolidación de todo tipo de legislaciones especiales e incluso de la consignación de asimetrías penales (véase la Ley Integral contra la Violencia de Género española); los mismos grupos que demandan el fin de los privilegios de

⁷⁷² Bruckner, *La tentación de la inocencia*, pp. 17-18, 252, 18. La cursiva es añadida.

⁷⁷³ Bruckner, *La tentación de la inocencia*, pp. 131, 133-134. En cursiva en el original. Naturalmente, se sobreentiende que si «todo el mundo se esforzará por ocupar esa posición gratificante», también los tradicionales privilegiados aspirarán a eso, cosa que efectivamente hacen (recuérdese lo apuntado acerca de este particular sobre los partidos de centro radical populista y, en especial, de derecha radical populista).

otros, requieren para sí el establecimiento de sistemas de discriminación positiva o, más en concreto, cuotas en todos aquellos ámbitos en los que los miembros de su colectivo estén (*casi siempre con independencia del motivo*⁷⁷⁴), infrarrepresentados (sin que normalmente pidan, como coherente contrapartida, lo mismo para otros ámbitos en los que son ellos los sobrerrepresentados⁷⁷⁵); los mismos grupos, en resumen, que protestan por su marginación y acallamiento históricos se encargan ahora, al amparo de idéntico subterfugio histórico, de marginar y acallar a los presuntos privilegiados (obviando convenientemente que esta marginación y este acallamiento desmonta la idea-fuerza de su discurso, ya que ambas acciones solo son posibles en tanto en cuanto ni los privilegiados lo son ya, puesto que si lo fueran no sería posible marginarlos ni acallarlos, ni los oprimidos lo son ya, puesto que si lo fueran no les sería posible marginar ni acallar a aquellos)⁷⁷⁶.

¿Resulta, por lo tanto, necesario hacer de la negritud, de la africanidad, un modo de pensamiento, de conducta? ¿Hay que definir un lazo fundamental entre el patrimonio genético de un individuo y sus cualidades intelectuales o morales y redistribuir de otro modo los atributos de inferioridad y de superioridad? ¿Hay una razón negra y una blanca, una guerra de epidermis? ¿Desde cuándo la biología determina a una persona salvo que volvamos a los postulados del pensamiento colonial y del racismo «científico» del siglo XX? Es una ceguera del pensamiento progresista creer que no puede haber racismo antiblanco o antisemita entre los antiguos oprimidos ni entre los jóvenes de los arrabales, puesto que ellos mismos han sufrido este mal. Son las víctimas, y están a salvo de los prejuicios que afectan a la mayor parte de la población. Sin embargo, ocurre todo lo contrario. El racismo se multiplica a una velocidad exponencial entre grupos y comunidades, los tabúes se vienen abajo, todo se explica desde el punto de vista físico, de la identidad, de la pureza y de la diferencia. *Y es un racismo tanto más seguro de estar en su derecho cuanto que se considera como una reacción legítima de los perseguidos.* (...) Pero lo que resulta todavía más grave es que so capa de respetar las diferencias culturales o religiosas (credo básico del multiculturalismo), se encierra a los individuos en una definición étnica o racial, se los vuelve a meter en la trampa de la que se pretendía sacarlos. Ahí quedan el negro y el árabe prisioneros para siempre de su historia, reinsertados por sus buenos amigos progresistas en el contexto de la antigua dominación, sometidos al espíritu de campanario étnico. Como en la época colonial, están destinados a vivir en su epidermis, en su origen. *Por una dialéctica perversa, se refuerzan los prejuicios que se querían extirpar.* ya no se puede seguir considerando al otro como a un igual, sino como a un inferior, un oprimido perpetuo cuyas adversidades pasadas nos interesan más que sus méritos actuales. (...) Un individuo sólo existe como tal cuando su singularidad prevalece sobre su nacionalidad, su color de piel o su

⁷⁷⁴ Esta observación es decisiva para todo debate que se pretenda serio y honesto acerca de esas cuestiones, puesto que es muy fácil llevarse a engaño a su respecto. En este sentido, el manido concepto de la «brecha de género» salarial constituye un caso de manual: si bien pocos dudan de que exista tal brecha, menos aún son los que, al señalarla como realidad a erradicar a toda costa, entran en detalle y tratan de explicar *por qué* existe dicha realidad a sabiendas de que, en buena parte de los casos, la respuesta que encontrarán —que es el resultado de la libertad de elección de la que gozan las mujeres en Occidente— les resultará incómoda tanto en sí misma (desearían que las mujeres escogiesen otras profesiones mejor remuneradas) como, huelga decirlo, en relación a su discurso contra el sistema, en este caso el sistema patriarcal o heteropatriarcal (cuya invención e inexistencia —a día de hoy, en tierras occidentales— quedan al descubierto tan pronto como se reconoce la citada libertad de elección, lo que echaría por tierra absolutamente toda su retórica y, junto con ella, las pertinentes subvenciones).

⁷⁷⁵ Como ocurre, por ejemplo, con el «colectivo de mujeres» en todos los niveles de la educación, donde dicho colectivo copa puestos en abrumadora mayoría (con especial atención a la educación infantil y la primaria).

⁷⁷⁶ Como muestra de esto citaremos un evento «antirracismo» celebrado en la Universidad de Edimburgo en el que no se permitió a los blancos intervenir en el turno de preguntas por el mero hecho de ser blancos. Cramb, Auslan, «Anti-racism event hosted by Edinburgh University bans white people from asking questions», *The Telegraph*, 27 de septiembre de 2019. Disponible en línea (en inglés): <https://www.telegraph.co.uk/news/2019/09/27/anti-racism-event-hosted-edinburgh-university-bans-white-people/> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020] Naturalmente, esta prohibición no fue considerada racista por parte de los organizadores, dado que se parte del presupuesto de que los blancos, en calidad de tales, pertenecen a un grupo privilegiado y opresor por defecto y definición que, a su vez, en calidad de tal, jamás podrá ser discriminado (en sentido negativo) por miembros de colectivos oprimidos igualmente por defecto y definición.

pertenencia. (...) Toda la ambigüedad del multiculturalismo procede de que encarcela, en nombre de las mejores intenciones, a los hombres, a las mujeres y a los niños en un modo de vida, en unas tradiciones de las que muy a menudo aspiran a emanciparse. En efecto, *las políticas de la identidad reafirman la diferencia en el momento en que se quiere afirmar la igualdad* (...). Ocurre que las minorías, a la vista de los daños que se les han infligido (...) [a]firman ruidosamente su personalidad, se enorgullecen de ser lo que son, practican la autocelebración, no se reconocen ningún contratiempo, no se permiten ningún cuestionamiento, a veces incluso se sustraen a las leyes comunes (...). Se han transferido a las minorías los privilegios prohibidos a las clases dominantes y a las naciones. (...) Con el pretexto de celebrar la idea de la diversidad se establece a la vez la separación de las personas y su desigualdad, ya que algunos, por el solo hecho de existir, disfrutan de ventajas negadas a los otros.⁷⁷⁷

Esta es la «mercancía averiada» que ha hecho suya, *literalmente*, la izquierda contemporánea. Una suerte de «izquierda de Schrödinger» igualitarista y desigualitarista a la vez y que si por algo se ha caracterizado estratégicamente –nunca mejor dicho de acuerdo con lo visto en relación a Laclau y Mouffe– de un tiempo a esta parte ha sido, amén de por asumir las peticiones de todos o casi todos estos grupos y colectivos de la clase definida y aun de arrogarse el derecho exclusivo de representación de los mismos, por aprovechar su condición de tal representante con el fin de retomar de forma deliberada el método de la confrontación presuntamente aparcado junto con la lucha de clases. La lógica tras esta recuperación de la mecánica dialéctica nunca abandonada es simple y puede resumirse en lo que desde Chomsky se conoce como la estrategia «problema-reacción-solución»: se crea un problema y, tras observar la reacción de un determinado público al que se pretende engatusar, el creador del mismo se presenta como su solución⁷⁷⁸. Esto es exactamente lo que parece pretender (cuanto menos una parte de) la izquierda actual y, claro está, los colectivos identitarios que (en) ella (se) ampara(n) y que también actúan por su cuenta en este mismo sentido, a saber: suscitar, avivar y enardecer conflictos de carácter identitario en el seno de las sociedades (occidentales) de tal manera que estos alcancen un grado tal de recrudescimiento que sea indispensable, so pena de enfrentamiento verdaderamente crítico, la aparición de un agente conciliatorio y armonizador capaz de abarcar y atender los intereses de todos los entes cuyas demandas han entrado en conflicto para, así, ofrecer una alternativa sistémica habilitada para solventarlos en tanto ese mismo agente se propone como el único con capacidad para «comprender» y mediar entre todas estas partes. Es en la medida en la que esta estrategia logra consumir una suerte de auto-victimización de la ideología o el movimiento de turno en la que resulta realmente efectiva, ya que no es tanto de la creación del problema como de su asimilación por parte del público del que se espera una reacción de lo que depende la consideración de la ideología o el movimiento de marras como víctimas y, en este sentido, como agentes moralmente inatacables:

La de hoy es (...) una moral de monstruos en cuanto que tiene a la víctima en su centro, pero al monstruo como único principio activo; una moral que pretende

⁷⁷⁷ Bruckner, *La tiranía de la penitencia*, pp. 74, 120-121, 123, 124. La cursiva es añadida. Hobsbawm también concuerda en que «la política de la identidad asume que una entre las diversas identidades que todos tenemos es la que determina, o por lo menos domina, nuestra acción política: ser mujer, si se es feminista, ser protestante, si se es un unionista de Antrim, ser catalán, si se es un nacionalista catalán, ser homosexual, si se pertenece al movimiento gay. Y asume también, por supuesto, que hay que librarse de los otros porque son incompatibles con tu «verdadero» yo». (Hobsbawm, «La izquierda y la política de la identidad», p. 118.) Como hemos visto, Sen congenia totalmente con este parecer.

⁷⁷⁸ Estrategia esta tan antigua como la política y ya presente, por ejemplo, en el pensamiento de Platón, que la criticaba como la más propia y detestable de los tiranos: «El pasaje de la democracia a la tiranía se produce fácilmente –declara Platón– cuando surge un jefe popular que sabe cómo explotar el antagonismo de clase entre ricos y pobres dentro del estado democrático y que consigue formar una guardia de corps o un ejército privado para su propia defensa. Los mismos que en un principio lo saludan como al campeón de la libertad, no tardan en ser esclavizados y, en una etapa ulterior, deben luchar por él, en “una guerra tras otra que el tirano habrá de provocar... porque debe hacer sentir a su gente la necesidad de un general”». (Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, p. 55. La cursiva es añadida.)

identificarse (reconocerse, complacerse) no en lo que se hace, sino en lo que no se hace, declarándose no más fuerte, sino más débil que quien se equivoca y quedando, por tanto, potencialmente a su merced. Hay algo tranquilizador en sentirse uno potencialmente *a merced de*. Una vacuna, un protocolo inmunitario que consolida a través de lo que en puridad debería disgregar.⁷⁷⁹

Una vez logrado este propósito, el camino queda expedito. Habida cuenta, por un lado, de que a la víctima, dada su condición de tal, no es *moralmente* posible reprocharle nada, y, por otro lado, de que su mensaje exige, por eso mismo, publicidad y escucha, no se tarda demasiado en confeccionar y difundir un discurso de *corrección política* que tarda menos aún en tornarse hegemónico en los medios de comunicación de masas (incluidas, naturalmente y aunque con mayores dificultades, las redes sociales), los cuales se pliegan inmediatamente ante dicho discurso –bajo pena y, sobre todo, temor de ser acusados de contribuir a perpetuar la tradicional invisibilidad de esos colectivos y ser tachados, en consecuencia, de *inmorales*- y ejercen una función performativa de indudable cuño gramsciano (o laclauiano-mouffeano) a través, por ejemplo, del formidable recurso que constituye el establecimiento de la agenda. Dado este paso, toda opinión, criterio o parecer contrario a la postura hegemónica –huelga decir que en el sentido de tomar la parte o, si se quiere, algunas partes (reunidas en torno a determinado elemento común y aglutinador de las mismas) por el todo- es o tiende a ser, *ipso facto*, señalada, marcada, denostada e, incluso, en último término, linchada, censurada y silenciada bajo pretexto no tanto de su ilegitimidad como –insistimos- de su inmoralidad⁷⁸⁰ en una dinámica de arrastre que conduce, a su vez, a una «espiral del silencio»⁷⁸¹. No es ni mucho menos casual, por tanto, que los partidos radical populistas de centro y de derecha tiendan a definir esta situación como «dictadura de lo políticamente correcto» y a rebelarse, especialmente en el caso de los de derechas, contra tal dictadura y, por extensión, contra aquellos a quienes tienen por sus creadores, vale decir, la izquierda⁷⁸². Como señala el psiquiatra Anthony Daniels (alias Theodore Dalrymple):

⁷⁷⁹ Giglioli, *Crítica de la víctima*, p. 27.

⁷⁸⁰ De nuevo, Bell tuvo la perspicacia suficiente como para aventurar los riesgos de esta suerte de «propensión a la moralización» del discurso que necesariamente redundaba en la condena del discrepante y en su endeudamiento moral: «El momento decisivo en la revolución de los derechos civiles fue, evidentemente, la decisión del Tribunal Supremo [de Estados Unidos] de mayo de 1954, que asestó un golpe al principio de la segregación en las escuelas públicas. Al adoptarla, el Tribunal subrayó el símbolo *igualdad* como valor supremo para juzgar el cambio social. Declaraba que los negros deben tener igual y pleno acceso a los medios y servicios públicos de la nación. Pero esta decisión tuvo otras dos consecuencias sociológicas. Una fue el hecho de que el más alto tribunal del país hubiese *legitimado* las exigencias de los negros; la segunda, que la iniciativa moral había pasado a sus manos. La carga de la prueba ya no correspondía a los negros, sino a los blancos. Lo que había hecho el Tribunal Supremo había sido reconocer las injusticias históricas cometidas con los negros (...). Con esa medida, el Tribunal Supremo hizo difícil para cualquier persona o grupo oponerse a las demandas de los negros, aunque algunas de ellas, según criterios anteriores, pudieran considerarse “extremas” (como la preferencia en la admisión en las escuelas o en los alquileres). *Cuando una nación ha admitido públicamente una culpa moral, es difícil decir “no” a quienes ha ofendido. Y cuando una nación admite una culpa moral, pero es lenta en la reparación, la mezcla explosiva se hace aún más inflamable*». (Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, pp. 177-178. La cursiva es añadida.)

⁷⁸¹ Conocida expresión acuñada por la politóloga alemana Elisabeth Noelle-Neumann con el objetivo de describir lo que ocurre con las opiniones impopulares, o sea, expuestas en un contexto en el que resultan contrarias a la opinión pública (y publicada). Entendiendo esta opinión pública como una forma de control social, Noelle-Neumann señala que las opiniones impopulares tienden a entrar en una espiral que propende sistemáticamente a acallarlas, estigmatizando en el ínterin a quien las sostiene salvo en aquellos casos en los que la espiral no tiene más remedio que detenerse ante la existencia de un grupo irreductible que no solo no se arredra o amedrenta ante la presión, sino que, por el contrario, se reafirma en sus posiciones o planteamientos y no se resigna a ser silenciado. Como es natural, para una mayor profundización en el tema remitimos a la obra clave de Noelle-Neumann, *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, de 1993.

⁷⁸² A la que, sin embargo, se le responde con los mismos medios que ella emplea. Observemos, a este respecto, la observación del periodista Jorge Bustos, jefe de opinión del periódico El Mundo, sobre el caso de Vox, partido nacionalpopulista liberal de DRP que intenta crecer y alimentarse -cuestión catalana y nacionalista en general al margen- mediante la opresiva dieta políticamente correcta dictada desde la izquierda contra la que el mismo Vox y otros tantos nacieron para rebelarse: «VOX se declina a sí mismo en positivo, por amor filial a España, pero en su estrategia y programa pesan más las fobias que las filias. Como todo populismo, emplea una táctica agonista: para crecer necesita de la confrontación entre un ellos maligno y un nosotros inmaculado. El cordón sanitario es el mejor regalo que sus rivales podrían hacerle, pues acreditaría su aura resistencialista frente a los partidos establecidos. Se trata, por lo tanto, de un partido fóbico, diseñado para ofrecer la revancha contra los valores dominantes. *Sin la superioridad moral de la izquierda, tan estomagante,*

Sospecho, aunque no puedo demostrarlo, que en parte [la necesidad de expresar emociones en público] es consecuencia de vivir en un mundo, incluyendo el mundo mental, completamente saturado por productos de los medios de comunicación de masas. En un mundo así, todo lo que se hace o sucede en privado, en realidad no sucede, al menos en el sentido más completo. No es real en el sentido en que lo son los *reality* de la televisión. La expresión pública de los sentimientos tiene importantes consecuencias. En primer lugar *exige una respuesta* por parte de los que la están presenciando. Esta respuesta debe ser de simpatía y apoyo, a menos que el testigo esté dispuesto a correr el riesgo de una confrontación con la persona sentimental y ser tachado de insensible o incluso cruel. Por eso *hay algo coercitivo o intimidatorio en la expresión pública del sentimentalismo*. Debes unírte a él o, al menos, abstenerte de criticarlo. Se ha creado una presión inflacionaria sobre este tipo de exhibiciones. No tiene mucho sentido hacer algo en público si nadie lo nota. Eso implica que se requieren unas demostraciones de sentimientos cada vez más extravagantes si se pretende competir con los demás y no pasar desapercibido. (...) En segundo lugar, las demostraciones públicas de sentimentalismo no sólo coaccionan a los observadores casuales arrastrándolos a un fétido pantano emocional, sino que, cuando son suficientemente fuertes o generalizadas, *empiezan a afectar a las políticas públicas*. (...) [E]l sentimentalismo permite a los gobiernos hacer concesiones al público en vez de afrontar los problemas de una manera racional aunque impopular o controvertida.⁷⁸³

Sea como fuere, le pongamos el nombre que le pongamos (globalización/mundialización, neoliberalismo, heteropatriarcado, racismo sistémico/estructural/institucional, apropiación cultural, emergencia climática o, más recientemente, apocalipsis climático, fascismo, franquismo, etc.) a ese «monstruo», este, ora más real, ora más ficticio, existe, y además es necesario e imprescindible:

El éxito de un discurso de esta índole procede de su carácter improbable: *nada lo confirma puesto que nada tampoco lo desmiente*. Instala a aquel que lo sostiene en la doble función de vigilante y de guerrero. A él no hay quien le engañe: contra todos los ingenuos, combina los prestigios de la lucidez y de la intransigencia. Sabe que el sistema es tanto más satánico cuanto que parece tolerante. Pero su grito de guerra: Sois todos esclavos aunque no lo sepáis, nos tranquiliza. Cree descubrirnos el apocalipsis, y nos señala una cábala difusa, tan maléfica como inasible y que aúna todo lo negativo, lo incomprensible. La invocación de estas fuerzas de la oscuridad nos alivia: *puesto que una causalidad diabólica modela nuestros destinos a nuestro pesar, ya no tenemos por qué responder de nuestros actos*: estamos exculpados, nuestras penas tienen un origen que no es nosotros. Más vale invocar extravagantes conjuras a base de imágenes

habría sido imposible el revanchismo emancipador que predica VOX (...). En realidad, (...) la derecha identitaria, desde Trump, ha soplado con puntería en las brasas de un orgullo cultural herido para aventar la llama del revanchismo. Puede parecer ridículo postular que esa gran identidad está amenazada y debe empoderarse por pura necesidad de supervivencia, pero *si el mensaje de VOX cala es porque la protección de las minorías se percibe claramente como una hiperprotección*. Y en la era de la posverdad no importan los hechos, sino la percepción de tu tribu, convenientemente fabricada y estimulada por los filtros burbuja de las redes sociales». (Bustos, Jorge, «Despejando la X de Vox. ¿Cuál es la razón de este cabreo?», capítulo recogido en Müller, John (coord.), *La sorpresa VOX. Las respuestas a las 10 grandes preguntas que todos nos hacemos sobre Vox*, Planeta, Barcelona, 2019, pp. 48-49. La cursiva es añadida.)

⁷⁸³ Dalrymple, Theodore, *Sentimentalismo tóxico. Cómo el culto a la emoción pública está corroyendo nuestra sociedad* (2010), traducción de Dimitri Fernández Bobrovski, Alianza, Madrid, 2017, p. 68. La cursiva es añadida. Cabe resaltar que Davies/Dalrymple también señala que «la noción de que todos los que sufren son víctimas tiene [como] corolario –falso desde el punto de vista de la lógica, pero muy poderoso psicológicamente– que los que no son víctimas no sufren. Dado que el estatus de víctima lo otorga la pertenencia a un grupo social que tiene certificado su papel de víctima, los que no forman parte de ese grupo, por definición, no son víctimas, no sufren y, por tanto, no merecen nuestra simpatía». (Dalrymple, *Sentimentalismo tóxico*, p. 154). Esto encaja con lo que hemos apuntado anteriormente; en la medida en la que se pone el foco de atención en unos colectivos y se margina a otros, estos tienden a sentirse discriminados, en consecuencia a enfurecer y, finalmente, a constituirse como nuevos grupos identitarios en respuesta a aquellos que los ningunean bajo el pretexto (cierto o no) de que los nuevos ninguneados lo son en tanto (históricamente) privilegiados, lo que los privaría del derecho a quejarse o reclamar un protagonismo que (presuntamente) siempre han tenido.

subliminales y de sustancias invisibles que aceptar la triste, la banal verdad: que moldeamos nuestra historia.⁷⁸⁴

Tanto es esto así que no parece precisamente casual que, bajo todas sus posibles y cambiantes manifestaciones y facetas, permanezca una sustancia común inalterada e inalterable que concita en torno a sí todas o la mayoría de las sensibilidades identitarias que hoy en día se encuentran en boga y que tan naturalmente hace suyas la izquierda: el odio al capitalismo y, como condición de posibilidad de la ulterior y ansiada destrucción del mismo, el odio a Occidente y lo occidental.

Del existencialismo al deconstruccionismo, todo el pensamiento moderno se agota en la denuncia mecánica de Occidente, cuya hipocresía, violencia y abominación se ponen de manifiesto. Los mejores espíritus han perdido ahí una buena parte de su esencia. Hay pocos que no hayan sucumbido a esta rutina espiritual: uno aplaudiendo una revolución religiosa, un régimen de opresión, el otro exaltándose ante la belleza de los actos terroristas o apoyando esta o aquella guerrilla por el hecho de que se opone a nuestra lógica imperial. Indulgencia hacia las dictaduras extranjeras, intransigencia con respecto a nuestras democracias. Movimiento eterno: un pensamiento crítico, en principio subversivo, se vuelve contra sí mismo y se convierte en nuevo conformismo, pero aureolado por el recuerdo de la antigua rebelión.⁷⁸⁵

Un odio que tiene como epifenómeno paradigmático la alianza entre izquierda (para la cual «la «Western Civilization» representa el fracaso de la modernidad, la devastación del globo, el aplastamiento de las singularidades y de las minorías, el sometimiento y la masacre de los pueblos»⁷⁸⁶) e islam:

El izquierdismo islámico ha sido pensado básicamente por los trotskistas británicos del Partido Socialista de los Trabajadores al comprobar que la religión del profeta, aunque reaccionaria, *es un factor de perturbación y no de pasividad en el corazón de nuestras sociedades*, son proclives a un entrismo razonable, alianzas tácticas y provisionales con ella sobre determinados asuntos. La esperanza que anima a una franja revolucionaria de *ver convertirse al Islam en la punta de lanza de una nueva insurrección en nombre de los oprimidos* no deja de tener segundas intenciones recíprocas. *Los trotskistas, los altermundistas y los tercermundistas utilizan a los islamistas como arietes contra el capitalismo liberal*. El odio al mercado bien vale algunas concesiones en los derechos fundamentales, sobre todo el de la igualdad hombre/mujer. Los integristas, disfrazados de amigos de la tolerancia, practican el disimulo y *se sirven de la izquierda para adelantar sus peones bajo la máscara de una retórica progresista*. Engaño por partida doble. Unos apoyan el velo y la poligamia en nombre de la lucha contra el racismo y el neocolonialismo. Los otros fingien atacar la globalización para imponer su visión de la fe. *Dos corrientes del pensamiento establecen vínculos temporales contra un enemigo común*. No es difícil prever cuál de ellas aplastará a la otra una vez alcanzados los objetivos. La intransigencia izquierdista que rechaza cualquier compromiso con la sociedad burguesa y que no tiene palabras lo bastante duras como para fustigar a los «blanquitos» colabora activamente con los elementos más reaccionarios de la confesión musulmana. Pero si la ultraizquierda corteja con semejante constancia a esta teocracia totalitaria, tal vez sea menos por oportunismo que por afinidad real. Ella, que no ha hecho jamás el duelo por el comunismo,

⁷⁸⁴ Bruckner, *La tentación de la inocencia*, pp. 139-140. La cursiva es añadida.

⁷⁸⁵ Bruckner, *La tiranía de la penitencia*, p. 10. También Sen ha reparado en este fenómeno: «El enfoque que hoy se usa, con devastadores efectos, es el del cultivo y la explotación del descontento causado por el sentimiento de las humillaciones pasadas o de las desigualdades presentes, *basado en una oposición singularista de la identidad, en particular a través de la fórmula «Occidente-antioccidente»*». (Sen, *Identidad y violencia*, pp. 196-197. La cursiva es añadida.)

⁷⁸⁶ Bruckner, *La tiranía de la penitencia*, p. 72.

demuestra una vez más que su verdadera pasión no es la libertad, sino la servidumbre en nombre de la justicia.⁷⁸⁷

Este odio furibundo al capitalismo o, si se quiere, este vehemente anticapitalismo de -no lo olvidemos- filiación marxista en el que hacen hincapié, sin excepción, los movimientos de este tipo, teóricamente sustentados, siquiera en parte, en los planteamientos hegemónico-estratégicos de Laclau y Mouffe que ya hemos señalado, constituye el auténtico elemento muñidor, o mejor, articulador de la convergencia entre izquierda y colectivos identitarios. Su clave de bóveda. Su rasgo a todas luces más característico y, en última y preclara instancia, explicativo. Los propios Laclau y Mouffe son los primeros en reconocer su deuda con el marxismo:

Llegados a este punto debemos decirlo sin ambages: hoy nos encontramos en un terreno claramente posmarxista. No podemos seguir manteniendo la concepción de la subjetividad y las clases que elaborara el marxismo, ni su visión del curso histórico del desarrollo capitalista, ni, evidentemente, la concepción del comunismo como sociedad transparente libre de antagonismos. Pero si el proyecto intelectual recogido en este libro es *posmarxista*, también es *posmarxista*. Hemos desarrollado ciertas intuiciones y formas discursivas del marxismo, inhibido y eliminado otras, para construir un concepto de hegemonía que, pensamos, puede llegar a ser un instrumento útil en la lucha por una democracia radicalizada, libertaria y plural.⁷⁸⁸

Y tiene sentido. Máxime si, concordando, ahora sí, con Mises, constatamos que, a diferencia de lo que ocurría (u ocurre) en las sociedades precapitalistas, donde «el sujeto puede atribuir la adversidad de su destino a circunstancias ajenas a sí mismo» porque «le hicieron de condición servil y por eso es esclavo», de manera que la culpa de su precaria y aun miserable situación «no es suya» y «no tiene por qué avergonzarse», bajo el capitalismo «la cosa ya no pinta del mismo modo»⁷⁸⁹. En efecto, en el orden capitalista

[l]a posición de cada uno depende de su respectiva aportación. (...) La tan comentada dureza inhumana del capitalismo estriba precisamente en eso, en que se trata a cada uno según su contribución al bienestar de sus semejantes. (...) Se le critica al capitalismo, precisamente, por otorgar a todos la oportunidad de alcanzar las posiciones más envidiables, posiciones que, naturalmente, sólo pocos alcanzarán. (...) Tratamos con gentes que lograron lo que nosotros no pudimos alcanzar. Hay quienes nos aventajaron y frente a ellos alimentamos subconscientes complejos de inferioridad. (...) La confianza en sí mismo, el equilibrio moral, se quebranta al ver pasar a otros de mayor habilidad y superior capacidad para satisfacer los deseos de los demás. La propia ineficacia queda de manifiesto.⁷⁹⁰

En este sentido, sucede que las personas que, puestas a prueba por el sistema, no logran dar la talla, no pueden alcanzar los requisitos meritorios mínimos para el puesto que ambicionan o, sencillamente, no son capaces de satisfacer sus anhelos y colmar sus aspiraciones,

para consolarse y recuperar la confianza propia, buscan siempre un chivo expiatorio. El fracaso —piensan— no les es imputable (...). *Es el orden social dominante la causa de su desgracia* (...). Esa ansiosa búsqueda de una víctima propiciatoria es la reacción propia

⁷⁸⁷ Bruckner, *La tiranía de la penitencia*, pp. 29-30. La cursiva es añadida.

⁷⁸⁸ Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, p. 28. En cursiva en el original. También reconocen sin reparos la naturaleza socialista de su proyecto y lo que dicha naturaleza conlleva: «Como hemos dicho, todo proyecto de democracia radical incluye necesariamente la dimensión socialista, es decir, *la abolición de las relaciones capitalistas de producción*». (Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, p. 239. La cursiva es añadida.)

⁷⁸⁹ Mises, *La mentalidad anticapitalista*, p. 23.

⁷⁹⁰ Mises, *La mentalidad anticapitalista*, pp. 23-24.

de quienes viven bajo *un orden social que premia a cada uno con arreglo a su propio merecimiento* (...). Quien no ve sus ambiciones plenamente satisfechas se convierte, bajo tal orden social, en rebelde resentido. Los zafios se lanzan por la vía de la calumnia y la difamación; los más hábiles, en cambio, procuran enmascarar el odio tras filosóficas lucubraciones anticapitalistas. Lo que, en definitiva, desean tanto aquéllos como éstos es ahogar la denunciadora voz interior; la íntima conciencia de la falsedad de la propia crítica alimenta su fanatismo anticapitalista.⁷⁹¹

Esto, que ocurre a nivel individual, acaba teniendo, no obstante, repercusión colectiva; antes que admitir la carencia de las habilidades necesarias para culminar la meta deseada, buena parte de los individuos tenderán a escudarse y excusarse en la perversión del sistema estructural, social y/o económico –por ejemplo, el heteropatriarcado, el capitalismo, el heteropatriarcado capitalista o el capitalismo heteropatriarcal- que les impide ser o tener lo que quieren, lo que a su vez les permitirá hallar no poca comprensión entre otros tantos como ellos que, lejos de asumir su responsabilidad y hacer autocrítica, preferirán, conforme a las automáticas ventajas derivadas de procesos que ya hemos visto, victimizarse y, claro está, unirse a un colectivo que, a este respecto, dé mejor y más contundente y efectiva cuenta que ellos mismos por sí solos de sus sufrimientos y reivindicaciones mediante la oportuna presión política y siga eximiéndolos de toda responsabilidad individual y personal en su propia vida. Instrumentalizando así a las víctimas a las que representan y envolviéndose con ello en el halo de impenetrable e incontestable invulnerabilidad que tal portavocía les brinda, estos colectivos se muestran invariablemente contrarios, siquiera en sus versiones hegemónicas (con frecuencia ya institucionalizadas), al capitalismo. Pareciera incluso que se tratase de una suerte de precio a pagar o deuda a saldar, por parte de estos hacia aquella, a cambio de los servicios (políticos) prestados, puesto que incluso movimientos como el feminista o el LGTBI, cuyas demandas y reclamaciones no habrían de ser en absoluto incompatibles –por no decir que no tienen nada que ver- con el capitalismo, se han adherido sistemáticamente –repetimos, en sus versiones hegemónicas y mediáticas- a su crítica, y ello hasta el punto de hacer poco menos que indisoluble de sí y de sus respectivas causas, a modo de condición irremplazable de posibilidad del éxito de las mismas, dicho carácter anticapitalista⁷⁹². Pero no, no es un precio a pagar ni una deuda a saldar. Es, simplemente, un requisito indispensable de la articulación que, de la pluma de Laclau y Mouffe, pretende lograr la izquierda, cuyo proyecto hegemónico constituye

un proceso a través del cual distintas fuerzas sociales se empiezan a unir para potenciarse en el contexto de conflictos. Pongamos un ejemplo para aclarar la idea: un grupo de trabajadores mantiene demandas particulares como, por ejemplo, la necesidad de un aumento salarial; grupos de mujeres, por otra parte, construyen demandas de protección para el sexo femenino frente a los casos de violencia contra la mujer; grupos indígenas, por su lado, reclaman porciones de tierra basándose en supuestas posesiones de sus antepasados remotos. Estas demandas, separadamente,

⁷⁹¹ Mises, *La mentalidad anticapitalista*, pp. 25-26. La cursiva es añadida.

⁷⁹² No hay más que ver, por citar tan solo un ejemplo, los manifiestos correspondientes a las «huelgas feministas» que cada 8 de marzo se celebran, entre otros lugares, en España. El más reciente de estos manifiestos anticapitalistas se encuentra disponible para su consulta en el siguiente enlace: <http://hacialahuelgafeminista.org/wp-content/uploads/2019/03/Manifiesto-8M-2019.pdf> [última fecha de acceso: 20 de febrero de 2020] Esta actitud trasciende lo puramente económico o, mejor dicho, economiza (con un sesgo decididamente anticapitalista) todo cuanto toca. El ejemplo más evidente es el de la gestación subrogada, cuya regularización (sea bajo la forma que sea, altruista o remunerada) favorecería, *a priori*, siquiera los intereses de parte de los «miembros» de estos colectivos (con especial atención al LGTBIQ+), pero que, sin embargo, tiende a ser sistemáticamente rechazada (al menos en el caso de los colectivos hegemónicos feminista y «legetebeico») por entenderla –*incluso aunque no haya dinero de por medio*- como una intolerable reificación y «mercantilización» capitalista-heteropatriarcal del cuerpo de la mujer. Siempre, por descontado, con independencia de las preferencias personales, individuales, libres y autónomas de estas, que son inmediatamente soslayadas al entenderlas como producto de la alienación generada por esa misma totalitaria estructura capitalista-heteropatriarcal que todo lo domina y determina (sean ellas conscientes de ello o no).

carecen de fuerza hegemónica. *Pero la izquierda tiene la misión de instituir un discurso que (...) articule estas fuerzas en un proceso hegemónico que las haga equivalentes frente a un enemigo común: el capitalismo liberal.* Es decir, la izquierda debe crear una ideología en la cual estas fuerzas puedan identificarse y unirse en una causa común; la nueva izquierda debe ser el pegamento que unifique, invente y potencie a todos los pequeños conflictos sociales, aunque estos no revistan naturaleza económica. De tal suerte que la hegemonía se logra cuando una fuerza política determina el complejo de significados y palabras –y por añadidura moldea la forma de pensar– por los cuales han de reconducirse quienes se encuentran bajo su dirección.⁷⁹³

Sin duda, se trata de algo impensable en pretéritas luchas pro derechos e igualdad anteriores, como por ejemplo la del movimiento encabezado por Martín Luther King, y es contra eso contra lo que, como señalaba Fukuyama (en tácita consonancia con Ovejero, Lilla y otros), se rebela esa izquierda tan distinta de la clásica que «había aceptado muchos de los principios básicos de la Ilustración occidental» (entre ellos, por supuesto, el kantiano de la mayoría de edad de la humanidad); esa izquierda que, sin embargo, partía ahora del presupuesto incuestionable de que «lo que había que derribar no era un orden político que explotaba a la clase trabajadora, sino la hegemonía de la cultura y los valores occidentales»; esa izquierda que recuperaba la estrategia leninista consistente en «golpear juntos y marchar separados»; esa izquierda que, con la inestimable e impenetrable salvaguardia que le ofrecen los colectivos de «víctimas» que ella protege (vale decir, que instrumentaliza) precisamente porque las protege (vale decir, porque para eso las instrumentaliza), se siente con potestad para decir, desdecer, hacer, deshacer, pontificar y aleccionar todo y a todos sin que nadie pueda, no sin riesgo de condena *moral* y, en ese sentido, suprema e inapelable, protestar ni resistirse; esa izquierda que, precisamente por eso, actúa cual Júpiter respecto al rebaño; esa izquierda, en breve, que se dice progresista pero que, en realidad, es reaccionaria⁷⁹⁴.

Entre nosotros, el conservadurismo tiene la particularidad de que se manifiesta siempre con el lenguaje de la revolución, ya que *la ultraizquierda desempeña el papel de Superpó de la República* [francesa] (...). *A ella hay que rendirle cuentas*, y es ella la que impide la aparición de una socialdemocracia al estilo del laborismo inglés o del modelo escandinavo. *Cualquiera que actúe, que legisle, debe medirse con esta vara ideológica que ha reemplazado a la Iglesia y a las autoridades morales.* Todos los oficiantes se inclinan ante su magisterio y bordan amables variaciones sobre sus temas fundamentales: *¡no se acepta ningún discurso que no empiece por una sólida condena del mercado!* (...) Por eso vemos a los viejos progres del 68, cortesanos derrengados, que están de vuelta de todos los compromisos, de todas las bajezas, reanudar rápidamente el servicio y sumergirse en el anticapitalismo de su juventud: el radicalismo de la andropausia. (...) Y como la izquierda ejerce, desde 1945, su influencia cultural sobre el país [Francia], distribuye las prohibiciones semánticas e impone sus formas de pensar; cualquiera que desee

⁷⁹³ Márquez y Laje, *El libro negro de la nueva izquierda*, p. 39. En cursiva en el original.

⁷⁹⁴ Hasta el punto de que, andando el tiempo, como nos recuerda con pesar Ovejero, tal vez resulte obligado repensar en qué consiste la porpia izquierda: «Piensen, por ejemplo, en el extendido diagnóstico según el cual la izquierda ha abandonado las ideas de izquierdas. Para que una afirmación como esta resulte interesante, o al menos inteligible, hay que manejar dos usos distintos de]] término izquierda: el primero hacía referencia a la izquierda «realmente existente» -PSOE o Podemos, por ejemplo-, mientras que el segundo, el uso conceptual, estipulativo, propio del investigador o tasador, haría referencia a ciertos principios ideológicos. Con este contraste operan las críticas y reproches de buena parte de los analistas: la izquierda realmente existente no está a la altura de los principios que definen a la izquierda, aquellos que con más coherencia conseguirían armonizar valores, historia y propuestas. La contraposición está plenamente justificada, o eso creo después de haber dedicado más de un libro a precisar su sentido. Incluso me atrevería a sugerir un diagnóstico, inevitablemente parcial: la deriva sentimental, irracional y hasta reaccionaria de la izquierda no sería ajena a la realización de muchas de sus aspiraciones y al socavamiento de no pocas de las circunstancias materiales, sociales, que estaban en su origen. (...) Si la izquierda real continúa alejándose de modo radical y duradero de la izquierda conceptual o ideal, llegará un día en que tengamos que plantearnos de qué hablamos cuando hablamos de izquierda». (Ovejero Lucas, Félix, *Sobrevivir al naufragio. El sentido de la política*, Página Indómita, Barcelona, 2020, p. 348. La cursiva es añadida.)

opinar de manera diferente debe rendir pleitesía a sus valores. *Si uno dice que es de izquierdas, se le permitirá todo. Si dice que es de derechas, no se le concederá nada.*⁷⁹⁵

3) De las repercusiones de la transformación (para nuestra investigación)

Teniendo en cuenta que nuestra definición del centro político lo comprende como una categoría relacional que necesita de dos adláteres a izquierda y derecha para, ya a título ideológico y no meramente pragmático, nutrirse de ellos, sintetizarlos, reformularlos y obtener con ello su derecho a la existencia como posicionamiento político diferenciado, resulta ineludible preguntarnos en qué medida afecta o no esta, por utilizar la descripción de Ovejero, «deriva reaccionaria» que ha caracterizado a la izquierda de mayo del 68 en adelante y que hoy en día parece hallarse en pleno auge⁷⁹⁶. Y la respuesta es simple: en poca, aunque no en ninguna.

La reivindicación fundamental de la izquierda clásica era la consecución de la igualdad *material* y, por tanto, su propuesta fundamental era la redistribución de la riqueza. Esto no ha desaparecido en la izquierda moderna. Tanto los partidos socialdemócratas de izquierda como, sobre todo, los socialpopulistas de izquierda radical populista y los comunistas de extrema izquierda (que podrían considerarse, aun con sus veleidades y devaneos identitarios, los más «fieles» a su tradición) mantienen, con mayor o menor énfasis, su aspiración a una redistribución justa y equitativa de la riqueza como elemento constitutivo. Y si bien de un tiempo a esta parte han ido sumando otro tipo de demandas a sus programas, las cuales, en la práctica (de nuestras sociedades posmaterialistas), se podría decir que han llegado a pesar tanto o más que aquella, la redistribución se mantiene como elemento programático definitorio de todos ellos y, por consiguiente, de la izquierda como categoría y práctica políticas. Así, no obstante lo contradictorio y hasta «antinatural» del derrotero que la izquierda, otrora ilustrada, racionalista y cosmopolita, de objetivos transversales y universales, lleva décadas siguiendo en pos de un reconocimiento -y aprovechamiento instrumental- de minorías cuya manifestación visible poco o nada tiene que ver con los principios rectores de la Ilustración, el racionalismo, el cosmopolitismo, la transversalidad y la universalidad, la aspiración igualitaria redistributiva aún se conserva. De una manera o de otra, en primer plano o no, pero se conserva. Y dado que el centro está ocupado por el socioliberalismo, no es necesario nada más. Porque lo que el socioliberalismo tiene de *socio-*, esto es, lo que toma *constitutivamente* de la izquierda, es justamente el principio redistributivo -con lo que esto conlleva, entre otras cosas, en términos de importancia del Estado y de su intervención⁷⁹⁷- que requiere para hacer factible la igualdad de partida y oportunidades que caracteriza su proyecto ideológico y político, y ese principio, consideremos la izquierda que consideremos, clásica o moderna, sigue estando ahí. En este sentido, en tanto en cuanto ni la izquierda ni la ideología socioliberal renuncien a esa, nunca mejor dicho, seña de identidad suya, el centro socioliberal continuará siéndolo, y ello sin menoscabo, empero, de que la propia izquierda pueda seguir avanzando por la «pintoresca» senda que, de mayo del 68 a esta parte, parece haber elegido transitar, e incluso de que determinadas manifestaciones socioliberales –caso de Ciudadanos, sin ir más lejos- sí lleguen a asumir parte de los *accidentales* rasgos que ahora

⁷⁹⁵ Bruckner, *La tentación de la inocencia*, pp. 150, 152. La cursiva es añadida. Como curiosidad, el rótulo seleccionado por Bruckner para intitular la sección a la que pertenece este fragmento habla por sí solo: «¿Quiénes son los reaccionarios?».

⁷⁹⁶ Retrógrada realidad que también Fukuyama se encarga de poner de manifiesto: «La clase de política de la identidad cada vez más en boga, tanto en la izquierda como en la derecha, es contraproducente, porque *retrocede a una versión de la identidad basada en características fijas como la raza, el origen étnico y la religión que tanto costó derrotar*». (Fukuyama, *Identidad*, p. 173. La cursiva es añadida.)

⁷⁹⁷ Intervención justificada, aun a riesgo de cierta paradoja, en un componente emancipador igual y tradicionalmente propio de la izquierda y que, como es evidente, el socioliberalismo, dada su naturaleza, sus propósitos y sus ideales, gustosamente hace suyo.

caracterizan la susodicha senda⁷⁹⁸ (y que, en potencia y última instancia, podrían resultar incompatibles con la naturaleza sintética o, mejor, *pactista* del centro⁷⁹⁹). Porque si bien se puede concebir un socioliberalismo exento de reivindicaciones de corte colectivista identitario (y también una izquierda, aunque a la sazón esto se antoje bastante más complicado), no se puede hacer otro tanto de lo mismo con uno que careciese del o renunciase al principio económico redistributivo imprescindible para garantizar una igualdad de oportunidades no menos constitutiva, como sabemos, de la doctrina socioliberal.

⁷⁹⁸ La actitud de estos partidos, en este caso, es diferente de la de los de derecha radical. Si estos, respecto al juego identitario de la izquierda, apuestan -como más arriba indicamos- por participar de lleno en él, los de centro socioliberal -de nuevo caso de Ciudadanos, sin ir más lejos- optan por asumir el terreno de juego identitario pero tratando de paliar los excesos que en él se produzcan mediante lo que podríamos considerar como una suerte de «(socio)liberalización» de dichas identidades. Por eso a esta actitud «cabría describirla como conformista o, recuperando una antigua distinción de Umberto Eco, como «integrada». Este planteamiento acepta por completo la exuberancia identitaria de nuestros días y simplemente trata de ser aceptado dentro de ella. Así, en lugar de oponerse al feminismo, propone un «feminismo liberal». Ante el auge de las reivindicaciones LGBTIQ+, aspira a unirse a sus desfiles como un modo más de defensa de tales colectivos. Si se exacerbaban los conflictos nacionalistas, confía en que éstos queden calmados por elevación, cuando todos los sintamos integrados en entidades mayores (la Unión Europea, un planeta Tierra aunado a modo de Cosmópolis) que nos doten de identidades «mejores» (más ilustradas, más cosmopolitas). Según este modo de ver las cosas, pues, la era de las identidades en realidad sólo necesita ser manejada de la manera correcta: un manejo que evite el conflicto que a menudo implican las políticas identitarias, pero que no se cuestione el hincapié en las identidades que hoy se da. Naturalmente, quienes comparten este enfoque a menudo se enfrentan a una realidad para ellos dura: los grupos identitarios con los que pretenden confraternizar exhiben ante los representantes de este centrismo una actitud mucho más hostil que la que éstos reputarían razonable; las feministas no aceptan que el feminismo liberal sea auténtico feminismo; las entidades que organizan los desfiles del Orgullo LGBTIQ+ se inventan alambicados vericuetos para excluirlos; muchos conciudadanos no acaban de entender por qué deberían adoptar nuevas identidades, mas «correctas» (europeas, cosmopolitas), cuando no encuentran problema alguno en las otras (nacionales, regionales) que a día de hoy disfrutan. Y es que este planteamiento «integrado» a menudo olvida una simple verdad (...): que la exuberancia identitaria no es un simple fenómeno meteorológico, sino que tiene unos orígenes y propósitos muy concretos, que incluyen la oposición al liberalismo que, desde las filas «integradas», a menudo se intenta en vano compatibilizar con ella». (Marco, José María, y Quintana Paz, Miguel Ángel, «La era de las identidades», *La hora de España*, pp. 51-53.)

⁷⁹⁹ Al fin y al cabo, difícilmente es posible (si es que realmente lo es) conciliar una vocación jurídica y política universalista como la del (socio)liberalismo con la condición eminentemente particularista de las demandas identitarias.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía

- Ali, Tariq, *El extremo centro*, Alianza, Madrid, 2015
- Anderson, Perry, *Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas*, Akal, Madrid, 2008
- Appiah, Kwame Anthony, *Las mentiras que nos unen. Repensar la identidad. Creencias, país, color, clase, cultura*, Taurus, Barcelona, 2019
- Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2013
- Aristóteles, *Política*, Alianza, Madrid, 2010
- Bell, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1989
- Blair, Tony, *La Tercera Vía. Nueva política para un nuevo siglo*, Ediciones El País, Madrid, 1998
- Bobbio, Norberto; Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de política, a-j*, Siglo XXI, Madrid, 1997
- Bobbio, Norberto, *Derecha e izquierda*, Taurus, Madrid, 2014
- Bolinaga, Íñigo, *Breve historia del fascismo*, Nowtilus, Madrid, 2013
- Bolinaga, Íñigo, *Breve historia de la Revolución Francesa*, Nowtilus, Madrid, 2014
- de Bonald, Louis-Ambroise, *Teoría del poder político y religioso. Teoría de la educación social*, Tecnos, Madrid, 1988
- Brea García, Sergio, «Volksgemeinschaft durch Volkwerdung. Ingeniería social nacionalsocialista para una sociedad sin clases», *Eikasia*, 61, 2015, pp. 323-360. Disponible en línea: <http://www.revistadefilosofia.org/numero61.htm>
- Brea García, Sergio, *Lo llaman democracia y no lo es. La contraposición entre democracia y liberalismo en la doctrina jurídico-política de Carl Schmitt*, Ápeiron, Madrid, 2016
- Brea García, Sergio, «A propósito de la visión política de Baruch de Spinoza: democracia, totalitarismo y contemporaneidad. Las aportaciones de Carl Schmitt y Giorgio Agamben», en Javier Gil et al., *Pensamiento filosófico contemporáneo. Volumen 2*, Eikasia Editorial, Oviedo (próxima publicación en 2020)
- Brea García, Sergio, «En el nombre del Progreso. Las dicotomías liberalismo clásico/liberalismo moderno y modus vivendi/universalismo en el pensamiento de John Gray», en Javier Gil et al., *Pensamiento filosófico contemporáneo. Volumen 2*, Eikasia Editorial, Oviedo (próxima publicación en 2020)
- de Broca, Salvador, *Falange y filosofía*, UNIEUROPE – Editorial Universitaria Europea, Salou (Tarragona), 1976
- Bruckner, Pascal, *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona, 1999

La (a)tracción del centro

- Bruckner, Pascal, *La tiranía de la penitencia. Ensayo sobre el masoquismo occidental*, Ariel, Madrid, 2008
- Bueno, Gustavo, «En torno al concepto de “izquierda política”», *El Basilisco*, nº 29, 2001.
Disponible en línea: <http://www.filosofia.org/rev/bas/bas22901.htm>
- Bueno, Gustavo, *El mito de la Izquierda*, Ediciones B, Barcelona, 2006
- Bueno, Gustavo, *El mito de la Derecha*, Temas de Hoy, Madrid, 2008
- Burke, Edmund, *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1978
- Bury, John B., *La idea del progreso*, Alianza, Madrid, 2009
- Campabadal, Josep, y Miralles, Francesc, *De Ciutadans a Ciudadanos. La otra cara del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2015
- Campione, Roger, «Fascismo y filosofía del derecho», *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), núm. 103, enero-marzo de 1999, 297-315
- Cantarero del Castillo, Manuel, *Falange y socialismo*, DOPESA, Barcelona, 1973
- Carsten, Francis L., *La ascensión del fascismo*, Seix Barral, Barcelona, 1971
- Casals, Xavier, «¿Por qué los obreros apoyan a la ultraderecha? Diez reflexiones para elaborar una respuesta». Disponible en línea: <https://www.icps.cat/archivos/Workingpapers/wp341.pdf?noga=1>
- Chapoutot, Johann, *La revolución cultural nazi*, Alianza, Madrid, 2018
- Chaves Nogales, Manuel, *Bajo el signo de la esvástica. Cómo se vive en los países de régimen fascista*, Almuzara, Córdoba, 2012
- Colom, Francisco y Rivero, Ángel (eds.), *El espacio político. Aproximaciones al giro espacial desde la teoría política*, Anthropos, Barcelona, 2015
- Dalrymple, Theodore, *Sentimentalismo tóxico. Cómo el culto a la emoción pública está corroyendo nuestra sociedad*, Alianza, Madrid, 2017
- Díez Nicolás, Juan e Inglehart, Ronald (eds.), *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*, Fundación para el Desarrollo Social de las Comunicaciones (FUNDESCO), Madrid, 1994
- Droz, Jacques (dir.), *Historia general del socialismo. De los orígenes a 1875*, Destino, Barcelona, 1984
- Ellkuría, Iñaki, y Albert de Paco, José M., *Alternativa naranja. Ciudadanos a la conquista de España*, Penguin Random House, Barcelona, 2015
- Eatwell, Roger y Goodwin, Matthew, *Nacionalpopulismo. Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia*, Península, Barcelona, 2019

Bibliografía

- Feder, Gottfried, *El programa nacionalsocialista y sus concepciones doctrinarias ideológicas fundamentales*, Editorial Central del NSDAP, Múnich, 1938
- Ferrer Sánchez, Albert, «El avance del Front National en Francia», *Anuari del conflicte social*, Universidad Autónoma de Barcelona, 2015
- Freeden, Michael, *Liberalismo. Una introducción*, Página Indómita, Barcelona, 2019
- Freeden, Michael, *Ideología. Una breve introducción*, Universidad de Cantabria, Santander, 2013
- Fritzsche, Peter, *De alemanes a nazis, 1914-1933*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006
- Fukuyama, Francis, *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*, Deusto, Barcelona, 2019
- Furet, François, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1995
- Gay y Forner, Vicente, *Qué es el socialismo, qué es el marxismo, qué es el fascismo. La lucha de las tres doctrinas*, Librería Bosch, Barcelona, 1933
- Gentile, Emilio, *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007
- Gentile, Emilio, *La vía italiana al totalitarismo. Partido y Estado en el régimen fascista*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005
- Gentile, Emilio, *Fascismo. Historia e interpretación*, Alianza, Madrid, 2004
- Gentile, Emilio, *Mussolini contra Lenin*, Alianza, Madrid, 2019
- Giddens, Anthony, *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Cátedra, Madrid, 1996
- Giddens, Anthony, *La tercera vía: la renovación de la socialdemocracia*, Taurus, Madrid 1999
- Giglioli, Daniele, *Crítica de la víctima*, Herder, Barcelona, 2017
- Gil, Javier, “Abstaining citizenship. Deliberative and epistocratic understandings of refraining from voting”, en Claudia Wiesner et al. (eds.), *Shaping Citizenship: A Political Concept in Theory, Debate and Practice*, Routledge, New York, 2017, pp. 71-85
- Gil, Javier, «La emancipación como resistencia. Esfera pública y sujetos emergentes en *Teoría de la acción comunicativa* de Jürgen Habermas», *Eikasía*, nº 87, 2019, pp. 23-81
- Gray, John, *Liberalismo*, Alianza, Madrid, 1994
- Gray, John, *Las dos caras del liberalismo. Una nueva interpretación de la tolerancia liberal*, Paidós, Barcelona, 2001
- Gray, John, *Perros de paja. Reflexiones sobre los humanos y otros animales*, Paidós, Barcelona, 2008
- Gray, John, *Contra el progreso y otras ilusiones*, Paidós, Barcelona, 2006
- Gray, John, *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, Sexto Piso, Madrid, 2017

La (a)tracción del centro

- Gregor, Anthony, *Los rostros de Jano. Marxismo y fascismo en el siglo XX*, Biblioteca Nueva, Universidad de Valencia, Valencia, 2002
- Griffin, Roger, *Modernismo y fascismo*, Akal, Madrid, 2010
- Griffin, Roger, *Fascismo*, Alianza, Madrid, 2019
- Grunberger, Richard, *Historia social del Tercer Reich*, Ariel, Barcelona, 2010
- Haidt, Jonathan, *La mente de los justos. Por qué la política y la religión dividen a la gente sensata*, Planeta, Barcelona, 2019
- Haidt, Jonathan, y Lukianoff, Greg, *La transformación de la mente moderna. Cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso*, Deusto, Barcelona, 2019
- Hayek, Friedrich, *Camino de servidumbre*, Alianza, Madrid, 2011
- Hermanidad de la Vieja Guardia, *Manual del Nacionalindicalismo*, Aracena Ediciones, Biblioteca Falangista, Madrid, 2007
- Hernández Sandoica, Elena, *Los fascismos europeos*, Ediciones Istmo, Madrid, 1992
- Hitler, Adolf, *Mi lucha*, Jusego, Madrid, 2016
- Hobbes, Thomas, *Leviatán*, Alianza, Madrid, 2009
- Hobhouse, L.T., *Liberalismo*, Comares, Granada, 2007
- Hobsbawm, Eric, «La izquierda y la política de la identidad», *New Left Review*, n° 0, 2000, pp. 114-125. Disponible en línea: <https://newleftreview.es/issues/0/articles/eric-hobsbawm-la-izquierda-y-la-politica-de-la-identidad.pdf>
- Hughes, Robert, *La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas*, Anagrama, Barcelona, 1994
- Inglehart, Ronald, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1991
- Inglehart, Roland, *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2001
- Inglehart, Ronald y Welzel, Christian, *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2006
- Innerarity, Daniel, «La renovación liberal de la socialdemocracia», *Claves de la Razón Práctica*, n° 106, Octubre de 2000, pp. 64-66
- Jiménez Losantos, Federico, *Memoria del comunismo. De Lenin a Podemos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2018
- JONS. *Órgano teórico de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (1933-1934)*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2011

Bibliografía

- Kaiser, Axel, *La tiranía de la igualdad. Por qué el igualitarismo es inmoral y socava el progreso de nuestra sociedad*, Deusto, Barcelona, 2017
- Laclau, Ernesto, y Mouffe, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 2015
- Ledesma Ramos, Ramiro, *Escritos políticos, 1935-1936. ¿Fascismo en España? La Patria Libre. Nuestra Revolución*, Rivadeneyra, Madrid, 1988
- Ledesma Ramos, Ramiro, *Escritos políticos. La Conquista del Estado. 1931*, Rivadeneyra, Madrid, 1986
- Lepenes, Wolf, *La seducción de la cultura en la historia alemana*, Akal, Madrid, 2008
- Lilla, Mark, *El regreso liberal*, Penguin Random House, Barcelona, 2018
- Lipset, Seymour Martin, *El hombre político: las bases sociales de la política*, Tecnos, Madrid, 1987
- Ludwig, Emil, *Conversaciones con Mussolini*, Editorial Juventud, Barcelona, 1979
- Maestú Barrio, Ceferino L., *Los enamorados de la Revolución. La Falange y la C.N.T. en la II República*, Plataforma 2003, Madrid, 2012
- de Maistre, Joseph, *Consideraciones sobre Francia*, Tecnos, Madrid, 1990
- Marco, José María, y Quintana Paz, Miguel Ángel, «La era de las identidades», en Marco, José María, y Martín Frías, Jorge (coords.), *La hora de España*, Deusto, Barcelona, 2020, pp. 35-53
- Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional*, Seix Barral, Barcelona, 1972
- Marcuse, Herbert, *Tolerancia represiva* (1965), *Ilustración crítica*. Disponible en línea: <https://www.ilustracioncritica.com/texto-marcuse.html>
- Márquez, Nicolás, y Laje, Agustín, *El libro negro de la nueva izquierda. Ideología de género o subversión cultural*, Unión Editorial, Madrid, 2016
- Menéndez Alzamora, Manuel, y Robles Egea, Antonio, *Pensamiento político en la España contemporánea*, Trotta, Madrid, 2013
- Michels, Robert, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Amorrortu, Buenos Aires, 1969
- Mill, John Stuart, *Sobre la libertad*, Alianza, Madrid, 2009
- Mises, Ludwig von, *Liberalismo*, Unión Editorial, Madrid, 1982
- Mises, Ludwig von, *La mentalidad anticapitalista*, Unión Editorial, Madrid, 2019
- Moreno, Carmelo, «Sobre trilemas y trileros. Por qué la ideología es cosa de tres y las emociones ayudan a gestionar las distintas opciones sobre la idea de igualdad», *Revista de Estudios Políticos*, nº 176, pp. 309-339
- Mouffe, Chantal, *La paradoja democrática*, Gedisa, Barcelona, 2012

La (a)tracción del centro

- Müller, John (coord.), *#Ciudadanos. Deconstruyendo a Albert Rivera. Las respuestas a las diez grandes preguntas sobre Ciudadanos*, Deusto, Barcelona, 2015
- Müller, John (coord.), *La sorpresa VOX. Las respuestas a las 10 grandes preguntas que todos nos hacemos sobre Vox*, Planeta, Barcelona, 2019
- Mussolini, Benito, *La doctrina del fascismo*, U.S.I. Salamanca, 1932
- Negro Pavón, Dalmacio, «Ontología de la derecha y la izquierda», *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, nº 70, curso 1998-1999, Madrid, 1999, pp. 449-487
- Noelle-Neumann, Elisabeth, *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, Paidós, Barcelona, 1995
- Nolte, Ernst, *El fascismo. De Mussolini a Hitler*, Plaza & Janés, Barcelona, 1975
- Norberg, Johan, *Progreso. 10 razones para mirar al futuro con optimismo*, Deusto, Barcelona, 2017
- Norling, Erik (y Nogueira Pinto, Jaime), *Fascismo revolucionario*, Nueva República Ediciones, Barcelona, 2011
- Olmedo Cantalapiedra, Jorge, *La Falange y la derecha*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2014
- Ovejero Lucas, Félix, *La trama estéril. Izquierda y nacionalismo. Contra Cromagnon 2*, Montesinos, Barcelona, 2011
- Ovejero Lucas, Félix, *La seducción de la frontera. Nacionalismo e izquierda reaccionaria. Contra Cromagnon 3*, Montesinos, Barcelona, 2016
- Ovejero Lucas, Félix, *La deriva reaccionaria de la izquierda*, Página Indómita, Barcelona, 2018
- Ovejero Lucas, Félix, *Sobrevivir al naufragio. El sentido de la política*, Página Indómita, Barcelona, 2020
- Overy, Richard, *Crónica del Tercer Reich*, Tusquets, Barcelona, 2013
- Paxton, Robert O., *Anatomía del fascismo*, Península, Barcelona, 2005
- Payne, Stanley G., *Falange. Historia del fascismo español*, Ruedo Ibérico, Madrid, 1986
- Payne, Stanley G., *El fascismo*, Alianza, Madrid, 2009
- Pendás, Benigno, «Bentham y los orígenes del centro reformista», *ABC*, 29/1/2000, p. 3
- Pérez-Riesco, José Luis, *La Falange, partido fascista*, Ediciones BAU, Barcelona, 1977
- Pinker, Steven, *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Paidós, Barcelona, 2016
- Popper, Karl R., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Barcelona, 1991
- Pradera, Javier, *La mitología falangista (1933 a 1936)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2014
- Primo e Rivera, José Antonio, *Discursos*, Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, Madrid, 1938

Bibliografía

- Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo segundo. Discursos parlamentarios*, Ediciones FE (Editora Nacional), Barcelona, 1939
- Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo tercero. Misión y Revolución*, Ediciones FE (Editora Nacional), Barcelona, 1940
- Primo de Rivera, José Antonio, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Tomo cuarto. Política española*, Ediciones FE (Editora Nacional), Barcelona, 1941
- Primo de Rivera, José Antonio, *Textos de doctrina política*, Editorial Almena, Madrid, 1970
- Primo de Rivera, Pilar, *Recuerdos de una vida*, Ediciones Dyrsa, Madrid, 1983
- Quintana Paz, Miguel Ángel, «El imperio del emotivismo», en *The Objective*, 26 de septiembre del 2019. Disponible en línea: <https://theobjective.com/elsubjetivo/el-imperio-del-emotivismo/>
- Rallo, Juan Ramón, *Liberalismo. Los 10 principios básicos del orden político liberal*, Planeta, Barcelona, 2019
- Reinhold, Hermann, Reinhold, Arthur y Ritsch, Arthur, *La economía en la cosmovisión nacionalsocialista*, Editorial del NSDAP, Múnich, 1934
- Rivera, Albert, *El cambio sensato*, Espasa, Barcelona, 2015
- Rivero, Ángel; Zarzalejos, Javier, Del Palacio, Jorge (eds.), *Geografía del populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*, Tecnos, Madrid, 2017
- Roca Barea, María Elvira, *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*, Siruela, Madrid, 2016
- Rodríguez-Arana, Jaime, *El espacio de Centro*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001
- Rodríguez Kauth, Ángel, «El «centro» en política», *Fundamentos en Humanidades* (Universidad Nacional de San Luis), año IV, n° I/II (7/8), 2003, pp. 19-28
- Sagarra Renedo, Pablo, y González López, Óscar, *Atlas ilustrado. Falange Española de las JONS*, Susaeta, Madrid, 2016
- Sala Rose, Rosa, *El misterioso caso alemán. Un intento de comprender Alemania a través de sus letras*, Alba Editorial, Barcelona, 2010
- Sen, Amartya, *Identidad y violencia. La ilusión del destino*, Katz, Buenos Aires, 2007
- Shirer, William L., *Auge y caída del Tercer Reich. Volumen I. Triunfo de Adolf Hitler y sueños de conquista*, Alianza, Madrid, 2013
- Schmitt, Carl, *Sobre el parlamentarismo*, Tecnos, Madrid, 1990
- Speer, Albert, *Memorias*, Acantilado, Barcelona, 2011
- Spencer, Herbert, *El hombre contra el Estado*, Aguilar, Buenos Aires, 1963

La (a)tracción del centro

- Sponholz, Hans, *Breviario político nacionalsocialista*, Editorial del NSDAP, Múnich, 1935
- Spotts, Frederic, *Hitler y el poder de la estética*, Machado, Madrid, 2011
- Steiner, George, *En el castillo de Barba Azul: aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Gedisa, Barcelona, 1991
- Sternhell, Zeev, Sznajder, Mario y Asheri, Maia, *El nacimiento de la ideología fascista*, Siglo XXI, Madrid, 2016
- Suárez González, Fernando, *Melquíades Álvarez: El drama del reformismo español*, Marcial Pons, Madrid, 2014
- Toscano Méndez, Manuel, «¿Democracia de los ciudadanos o democracia de las nacionalidades?», en Rubio Carracedo, José; Rosales, José María y Toscano, Manuel, *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, Trotta, Madrid, 2000, pp. 87-116
- Toscano Méndez, Manuel, «La comunidad imaginada. Los dos conceptos de nación y el nacionalismo», en Rosales, José María y Toscano Méndez, Manuel (dirs.), *Democracia, ciudadanía y educación*, Akal, Madrid, 2009, pp. 173-197
- Van den Broek, Hans-Peter, «Una xenofobia ‘ilustrada’», *Claves de Razón Práctica*, nº 237, Noviembre/Diciembre de 2014, pp. 78-87
- Veyrat, Miguel, y Navas-Migueloa, J. L., *Falange, hoy*, G. Del Toro, Editor, Madrid, 1973
- Weber, Max, *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo*, Alianza, Madrid, 2011
- Weber, Max, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979
- Wiesner, Claudia et al. (eds.), *Shaping Citizenship: A Political Concept in Theory, Debate and Practice*, Routledge, New York, 2017

Videografía

- Arrimadas, Inés, discurso y réplicas en la investidura de Pedro Sánchez, 4 de enero de 2020. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=krB8dbdtUPs>
- Ciudadanos, presentación de la campaña de las Elecciones Generales de diciembre de 2015, 22 de noviembre de 2015. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=RbyLLqDAjnQ&index=198&list=PLMx7r-wq28zmgziGMFy1Ezixi3goSQAVn>
- Ciudadanos, acto central de campaña de las Elecciones Generales de diciembre de 2015, 13 de diciembre de 2015. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=hX-aQBYz0Ug>

Bibliografía

- Ciudadanos, acto de cierre de campaña para las Elecciones Generales de diciembre de 2015, 18 de diciembre de 2015. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=OA8j70aTDFw>
- Ciudadanos, Escuela de Verano, mesa «Liberalismo es Progreso», 29 y 30 de junio de 2018. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=KtuIT2ttRdU&list=PLMx7r-wq28zmKLHfAsD7HopcqoWf2iuW4&index=12>
- Ciudadanos, «Encuentro de España Ciudadana en Sevilla. Con Albert Rivera», 29 de septiembre de 2018. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=ti8IyJn8En8>
- Ciudadanos, acto de la plataforma España Ciudadana en Alsasua, Navarra, 4 de noviembre de 2018. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=B73AUcwh4M&index=5&list=PLMx7r-wq28zlRnNCa21tXBFXeXqAupv89>
- Rivera, Albert, «A un PSC entregado al nacionalismo hay que sustituirlo», Parlamento de Cataluña, pleno del 13 de marzo de 2013. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=IYfwLSXLeJQ&t=2s>
- Rivera, Albert, intervención en la investidura de Pedro Sánchez, 1 de marzo de 2016. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=59jkbghdq6g>
- Rivera, Albert, primera intervención en la investidura de Mariano Rajoy, 31 de agosto de 2016. Disponible en línea: https://www.youtube.com/watch?v=ar_Q096_gOM&t=2s
- Rivera, Albert, discurso de presentación de la plataforma España Ciudadana, 20 de mayo de 2018. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=RpdMhPyT6tw&list=PLMx7r-wq28zl40bWPRrLfi5BW9k0AzLAD&index=1>
- Rivera, Albert, réplica en la moción de censura de Pedro Sánchez a Mariano Rajoy, 31 de mayo de 2018. Disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=dwKA9StdC3c&t=2s>

Webgrafía

- Al Rojo Vivo*, «Así explica Irene Montero la ausencia de hombres en ‘su’ Ministerio de Igualdad», *La Sexta*, 16 de enero de 2020. Disponible en línea: <https://www.lasexta.com/programas/al-rojo-vivo/entrevistas/la-defensa-de-irene->

montero-ante-las-criticas-por-formar-un-ministerio-sin-hombres_202001165e2060400cf20f1d1a81eda8.html

Alonso, Mariano, «Rivera trata de explicarle a Pedro Sánchez qué es una nación», *Libertad Digital*, 26 de mayo de 2017. Disponible en línea: http://www.libertaddigital.com/espana/2017-05-26/rivera-trata-de-explicarle-a-sanchez-lo-que-es-una-nacion-1276599846/?utm_source=dlvr.it&utm_medium=facebook

Alonso Ibarra, Miguel, «Entrevista con Roger Griffin, historiador del fascismo europeo y la crisis de la modernidad», *Seminario Interuniversitario de Investigadores del Fascismo*, 27 de noviembre de 2014. Disponible en línea: <https://seminariofascismo.wordpress.com/2014/11/27/entrevista-con-roger-griffin-historiador-del-fascismo-europeo-y-la-crisis-de-la-modernidad/>

Amanecer Dorado, página web. Disponible en línea (en inglés): <http://golden-dawn-international-newsroom.blogspot.com.es/2012/10/our-real-socialism.html>

Amón, Rubén, «Le Pen y Mélenchon: extremadamente iguales», *El País*, 21 de abril de 2017. Disponible en línea: https://elpais.com/internacional/2017/04/20/actualidad/1492680931_179061.html

Bayón, Eduardo, «El voto obrero en Francia es de Marine Le Pen», *Debate 21*, 31 de marzo de 2017. Disponible en línea: <http://debate21.es/2017/03/31/voto-obrero-francia-de-marine-le-pen/>

Campos, Cristian, «Por qué se equivocan los que creen que el gobierno PSOE-Podemos se estrellará en un año», *El Español*, 8 de diciembre de 2019. Disponible en línea: https://www.elespanol.com/opinion/tribunas/20191208/equivocan-creen-gobierno-psoe-podemos-estrellara-ano/450324965_12.html

Ciudadanos, *Ideario*. Disponible en línea: <https://docplayer.es/12968995-Ciudadanos-c-s-es-el-fruto-maduro-de-una-reaccion-ciudadana-que-tiene-su-origen-en-cataluna-y-que-posteriormente-se-proyecta-a-toda-espana.html>

Ciudadanos, programa para las elecciones europeas de 2009. En su momento disponible en línea en: https://www.ciudadanos-cs.org/statico/pdf/programas/Programa_europeas_2009.pdf

Ciudadanos, «Nuestros Valores», IV Asamblea General de Ciudadanos, 5 febrero de 2017. Disponible en línea: <https://www.ciudadanos-cs.org/nuestros-valores>

Bibliografía

- Córdoba Castro, Ernesto, «Los fundamentos filosóficos de Marine Le Pen», *Eurozine*, 12 de octubre de 2017. Disponible en línea: <http://www.eurozine.com/los-fundamentos-filosoficos-de-marine-le-pen/>
- Cramb, Auslan, «Anti-racism event hosted by Edinburgh University bans white people from asking questions», *The Telegraph*, 27 de septiembre de 2019. Disponible en línea (en inglés): <https://www.telegraph.co.uk/news/2019/09/27/anti-racism-event-hosted-edinburgh-university-bans-white-people/>
- El Confidencial*, «Socialistas y conservadores piden en masa el voto para Macron para frenar a Le Pen», 23 de abril de 2017. Disponible en línea: https://www.elconfidencial.com/mundo/2017-04-23/elecciones-francia-pierde-hamon-fillon-pide-voto-macron_1371391/
- El Jueves*, «TEST: ¿Frase de Albert Rivera o de José Antonio Primo de Rivera?», 2 de junio de 2017. Disponible en línea: http://www.eljueves.es/news/test-frase-albert-rivera-jose-antonio-primo-rivera_1166
- Esteban, Paloma, «La bala de Rivera contra Pedro Sánchez: un millón de votantes socialistas son de centro», *El Confidencial*, 29 de mayo de 2017. Disponible en línea: http://www.elconfidencial.com/espana/2017-05-29/millon-votantes-psoe-centro-consecuencia-pedro-sanchez-albert-rivera-ciudadanos_1389100/?utm_source=twitter&utm_medium=social&utm_campaign=BotoneraWeb
- Heid, Ludger: «El preludio del Holocausto. En el Ober Ost del Reich durante la Gran Guerra», *Seminario Interuniversitario de Investigadores del Fascismo*, 6 mayo de 2014. Disponible en línea: <https://seminariofascismo.wordpress.com/2014/05/06/el-preludio-del-holocausto-en-el-ober-ost-del-reich-durante-la-gran-guerra-por-ludger-heid/>
- Manifiesto Comisión Feminista 8 de Marzo Madrid, 2019. Disponible en línea: <http://hacialahuelgafeminista.org/wp-content/uploads/2019/03/Manifiesto-8M-2019.pdf>
- Manifiesto de Verona (fragmento). Disponible en línea: http://es.wikipedia.org/wiki/Manifiesto_de_Verona
- Miscelánea de modelos espectrales. Disponible en línea (en inglés): <http://www.friesian.com/quiz.htm>

- Muñoz Lagarejos, David, «Podemos y el Frente Nacional, no tan diferentes», *PoliticAhora*, 18 de julio de 2016. Disponible en línea: <https://politicahora.es/2016/07/18/podemos-frente-nacional-no-tan-diferentes/>
- Passarello Luna, Hugo, «2007, le FN's affiche avec une jeune métisse», *Slate (FR)*, 16 de abril de 2012. Disponible en línea (en francés): <http://www.slate.fr/story/52465/photos-campagne-2007-le-pen-affiche>
- Sáinz, Jorge, «Rivera: “Vamos a definir los atributos del centro político para ser un partido de gobierno”», *El Español*, 3 de febrero de 2017. Disponible en línea: https://www.elespanol.com/espana/politica/20170202/190731952_0.html
- Sanchidrián, Antonio, y Rodríguez, Antonio, «Rivera: “En Europa la izquierda es antinacionalista y aquí compra la mercancía del nacionalismo”», *Vozpópuli*, 7 de noviembre de 2019. Disponible en línea: https://www.vozpopuli.com/politica/entrevista-Albert-Rivera-Ciudadanos-Europa-antinacionalista-Espana-nacionalismo_0_1189082298.html?utm_content=bufferb3620&utm_medium=social&utm_source=twitter.com&utm_campaign=buffer
- Soriano, Domingo, «La economía de Iglesias y Le Pen: más gasto, más intervencionismo y más impuestos», *Libremercado*, 26 de mayo de 2014. Disponible en línea: <https://www.libremercado.com/2014-05-26/la-economia-de-iglesias-y-le-pen-mas-gasto-mas-intervencionismo-y-mas-impuestos-1276519665/>